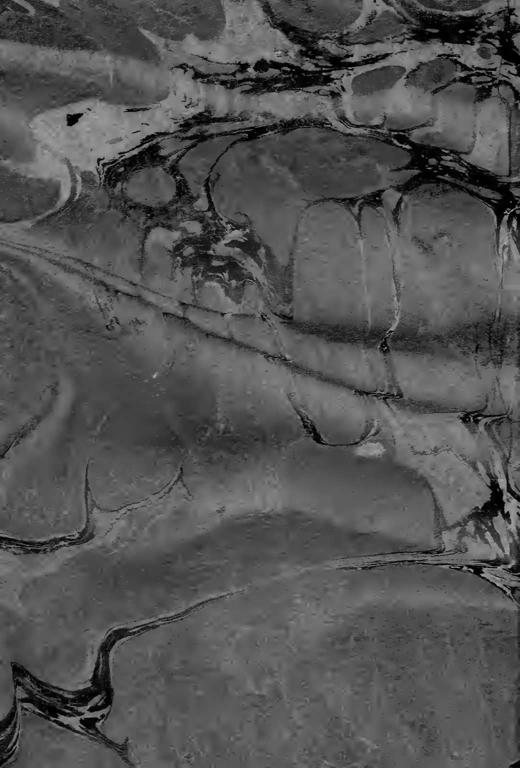
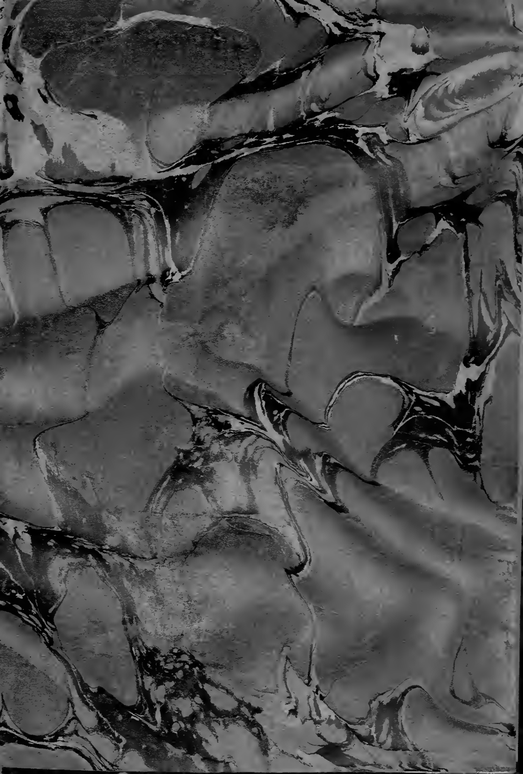

INFATAO





DECADAS DE TITO LIVIO,

PRINCIPE DE LA HISTORIA ROMANA

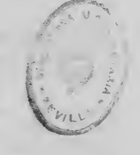
TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR FR. PEDRO DE VEGA, DEL ORDEN DE S. GERÓNIMO;

CORREGIDAS Y AUMENTADAS POSTERIORMENTE

POR ARNALDO BYRKMAN.

TOMO III.





CON LICENCIA.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

MDCCXCIIII.

Se hallarán de venta los tres tomos en la Librería de Escribano, calle de las Carretas, frente á la Imprenta Real.

LIBRO SEPTIMO

DE LA TERCERA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMDRO.

De como Anibal despues que perdió muchos lugares en la tierra de los Brutios, se fue á Herdonea, y desbarató al Proconsul Ceneo Fulvio, y de como el Consul Marcello se encontró con Anibal.

De la manera dicha estaban las cosas en España: y en Italia hobiendo el Consul Marcello tomado por traicion á Salapia, tomó por fuerza á Maronea, et á Meles de los Samnites, donde fueron muertos cerca de tres mil Caballeros de Anibal, que él habia dexado en ellas para su guarda. E alguna parte de el despojo otorgó á sus soldados. Y fueron allí hallados docientos y quarenta mil moyos de trigo, y ciento et diez mil de cebada. Mas no fue de esto tanto el gozo de los Romanos, quanta fue la destruycion que en pocos dias recibieron no muy lejos de la ciudad de Herdonea. El Proconsul Ceneo Fulvio tenia allí su real con esperanza de tomar á Herdonea, la qual despues de la destruycion de Cannas se habia revelado de los Romanos. Esta ciudad no era puesta en lugar harto seguro, ni estaba enfortalescida con guarnicion. Y la negligencia natural del Capitan crescia por la esperanza que tenia, porque habia sentido, que estos no tenian firme la fe á Anibal, despues que, Salapia perdida, oyeron que Anibal se ha bia ido á los Brutios. Todas estas cosas notificadas de Herdonea por mensajeros secretos á Anibal, juntamente le hicieron tener cuidado de defender la ciudad, que le era ami-

ga, et de acometer á los enemigos desapercebidos. E luego con el exército á la ligera, que casi caminaba mas que la fama, llegó á grandes jornadas á Herdonea, y por hacer mayor espanto al enemigo vino con la gente ordenada. El Capitan Romano con igual osadia, mas empero desigual en consejo y fuerzas, sacando con arrebato su hueste se puso á la batalla. Y la quinta legion et la ala izquierda comenzaron reciamente la pelea. Mas Anibal dió señal á sus Caballeros; que al tiempo que los peones et Caballeros Romanos ocupasen sus ojos, et ánimos en la batalla presente, ellos cercándolos, la una parte acometiese el real de los enemigos, et la otra saltase sobre las espaldas á los que peleaban. Y achacando él la semejanza del nombre de Ceneo Fulvio, porque en estos mismos lugares dos años ante habia vencido á Ceneo Fulvio Pretor, afirmaba que el mismo fin seria de esta batalla que fue el de la otra. Y no fué vana su esperanza, porque cayendo muchos de los Romanos cerca en la esquadra et batalla de peones, et no por eso dexando de perseverar las ordenanzas et banderas; juntamente fue oido grande alboroto de Caballeros de tras, et en el real clamor de los enemigos, con lo qual la sexta legion puesta en la segunda batalla, fue la primera turbada de los Numidas, et luego la quinta et los que estaban en las primeras banderas. E muchos huyendo fueron desbaratados, otros muertos en medio, donde cayó muerto Ceneo Fulvio con doce Tribunos de Caballeros. ¿Quién afirmará de cierto quántos Romanos et amigos murieron en aquella batalla, como yo haya hallado en una parte que fueron trece mil, en otra mas de siete mil? Anibal vencedor tomó el real et el despojo, et puso fuego á Herdonea, porque supo que se queria pasar á los Romanos, et que no quedaria en la fe con él, si de allí se partiese. Y habiendo primero enviado toda la multitud de la gente á Metaponto et á los Turios, man-

dó matar todos los principales, que supo que habian hablado secretamente con Fulvio. Los Romanos que de tan grande destruicion se libraron, huyeron, por diversos caminos, medio desarmados al Consul Marcello á Samnio. Y Marcello no fue mucho espantado por tan grande destruycion, et escribió al Senado del Capitan et hueste perdidos en Herdonea, diciendo que el mismo que despues de la batalla de Cannas habia domado á Anibal feroz por aquella victoria, iria contra él, et que faria que la alegria que lo hacia ensoberbecer, le durase poco tiempo. En Roma habia gran llanto por lo pasado, et gran temor por lo advenidero. El Consul pasando de Samnio á los Lucanos asentó su real acerca de Numistron en la vista de Anibal, en un lugar llano, como los Africanos tuviesen el cerro. E hízole otra muestra de confianza, sacando primero que él la gente á la batalla. E Anibal no rehusó luego que vió las banderas salir por las puertas del real, mas de tal manera ordenaron la batalla, que los Africanos alzaron la ala derecha hácia el collado del monte, et los Romanos allegaron la izquierda á la ciudad. E como la batalla durase de la hora de tercia hasta la noche, y las primeras esquadras fuesen cansadas de pelear, et los Romanos sacasen á la batalla la primera legion, et Anibal á la ala derecha Caballeros Españoles, et Mallorqueses que tiraban con hondas, et los Elefantes, la batalla estuvo á ninguna parte mucho tiempo inclinada. Y la tercera legion socorrió á la primera, et la izquierda ala socorrió con gran esfuerzo et ánimo á la diestra, y tambien en los enemigos otros de nuevo entraron en lugar de los cansados: demanera que de batalla ya fatigada, súbitamente se encendió otra nueva et muy cruel por los ánimos et cuerpos recientes et renovados, mas la noche los despartió con victoria incierta. El dia siguiente los Romanos, desde que el sol salió hasta grande parte del dia,

estuvieron en el campo, mas despues que ninguno de los enemigos les salió delante, recogieron á su placer los despojos, et llegaron los cuerpos de los suyos en un lugar, et quemáronlos. En la noche siguiente Anibal secretamente et callando movió su real, et se fue á Apulia. Y Marcello desque el dia descubrió la fuga de Anibal, dexando en Numistron los heridos con poca guarda, y dando el mando de ellos á Lucio Furio Purpurion Tribuno de los Caballeros, continuó en perseguir á los enemigos, y alcanzólos en Menusia. Adonde algunos dias los unos et los otros hicieron algunas escaramuzas, mas alborotadas et súbitas que grandes, las quales casi todas fueron prósperas á los Romanos. Despues las huestes fueron por Apulia sin ninguna batalla digna de nombre y fama, porque Anibal siempre levantaba las banderas y real de noche, buscando lugar para engañar á Marcello. Y Marcello nunca lo siguia sino de dia claro, enviando delante espias por fuir de sus astucias y engaños.

CAPITULO II.

De como en Capua fueron quemadas ciertas moradas que los soldados Romanos para sí habian hecho, y de como vinieron á Roma los Embaxadores del Rey Siphax.

Entretanto que Flacco estaba en Capua vendiendo los bienes de los principales de ella, y daba á tributo los campos publicados, et el trigo, porque no faltase materia et causa de hacer qualquiera crueldad contra los Campanos, por cierto indicio se descubrió un nuevo crimen, el qual siendo oculto crescia mucho. E habia constreñido á sus soldados, que edificasen moradas de guerra para sí mismos en los muros, y puertas de la ciudad, et apartólos de las casas, ansi por dar en alquiler juntamente los campos con

las casas, como temiendo que el mucho deleite de la ciudad no amollentase su exército, como habia hecho el de Anibal. Estas habitaciones ó casillas muchas eran hechas de cañas ó tablas, otras cubiertas de cañas et de pajas, et de cosas fáciles para travar el fuego en ellas, asi como si á sabiendas fueran hechas para dar ocasion de quemarlas. Ciento et setenta Campanos conjuraron con dos hermanos Bloscos, principales en la conjuracion, de les poner fuego á una hora cierta de la noche, et las quemar. E fue esto descubierto por los servidores de los Bloscos. E luego por mandamiento del Proconsul, fueron cerradas todas las puertas, et como los soldados por señal que les fue dada, concurriesen á las armas, todos los que eran en esta culpa fueron tomados, et fecha muy recia inquisicion, fueron todos condenados et muertos, y á los descubridores fue dada libertad, et diez mil dineros de moneda. E Fulvio envió á Roma al Senado los de Nuceria, et de Acerras, que se quejaban que no tenian donde morasen siendo Acerras en parte quemada, et Nuceria destruida. El Senado dió licencia á los de Acerras, que edificasen lo que era quemado, y los de Nuceria fueron traspasados á Attella, que asi lo quisieron, y fue mandado á los Attellanos, que fuesen á morar á Galatia. Entre muchas y grandes cosas, que á las veces prósperas, y á las veces contrarias ocupapaban los pensamientos et ánimos de los hombres, nunca los Romanos se olvidaron de la fortaleza de Tarento, et por eso enviaron Embaxadores á Etolia á Marco Ogulino, y á Publio Aquilio á mercar trigo, el qual fuese levado á Tarento, et mil soldados del exército, que estaba en guarda de Roma, et otros tantos de los Romanos, y amigos de ellos fueron enviados á Tarento con trigo. E ya el estio se pasaba, et se allegaba el tiempo de los ayuntamientos para elegir Cónsules; mas las cartas de Marcello, en que escribia que no era provecho de la república apartarse

un paso de Anibal, que se iba retirando sin querer batalla, et él lo perseguia, pusieron grande pensamiento de no quitar de la guerra al Consul Marcello, que entonces hacia muy bien las cosas de la república, et de otra parte que no faltasen Cónsules para el año que venia. Y asi les pareció mucho mejor llamar de Sicilia al Consul Valerio, aunque estuviese fuera de Italia, que á Marcello. E luego Marco Manlio Pretor de la ciudad le envió sus letras por mandamiento del Senado con las que el Consul Marcello habia enviado, para que por ellas conosciese, qué causa habia movido á los Padres de llamar, mas á él que á su compañero. E á caso vinieron en aquel mismo tiempo los Embaxadores del Rey Siphax á Roma, contando las batallas prósperas que él habia hecho contra los Cartagineses, et decian que su Rey de ningun pueblo era mas enemigo que del de Cartago, ni mas amigo que del Romano, que él ya antes habia enviado sus Embaxadores en España á Ceneo et á Publio Cornelio Scipiones Capitanes Romanos, et que agora queria demandar la amistad Romana del Senado, asi como de la fuente de ella. El Senado no solo respondió con mucha benignidad á los Embaxadores, mas aun envió sus Embaxadores al Rey con dones, conviene saber, á Lucio Genucio, Publio Petellio, y Publio Popilio. Los dones que levaron fueron una toga et vestidura de púrpura, et una silla de marfil, et una taza ó copa hecha de cinco libras de oro. E mandó mas el Senado á los Embaxadores que fuesen á otros Reyes pequeños de Africa, á los queles tambien levaron togas pretextas et tazas ó copas de oro de peso de tres libras. E Marco Attilio et Marco Acilio fueron enviados Embaxadores á Alexandria al Rey Ptolomeo, et á Cleopatra para acordarles et renovar con ellos amistad, y leváronles dones, al Rey una toga et vestidura de púrpura con una silla de marfil, et á la Reyna un brial pintado con la co-

bertura de púrpura. En aquel estío que estas cosas fueron hechas, se publicaron en Roma muchas malas señales et prodigios de las ciudades et campos comarcanos, como que quatro estatuas que estaban en el bosque de Feronia, en el campo de Capenas, habian sudado copia de sangre un dia y una noche, y otros, et fueron hechos muchos sacrificios para los purificar et aplacar. E Marco Valerio el Consul llamado por cartas del Senado, encomendó la provincia et exército á Cincio Pretor, et envió á Marco Valerio Messala Capitan de la armada con parte de las naos en Africa á robar, et á espiar lo que aparejaba et hácia el pueblo de los Cartagineses, et él con diez naos se vino á Roma. Y en llegando con buen tiempo, ayuntó el Senado, donde contó las cosas que él habia hecho, y como habiendo tenido los Romanos guerra en Sicilia acerca de sesenta años por mar et por tierra con grandes pérdidas et destruyciones, agora él la habia dado fin, y habia asosegado todas las cosas, et decia que ningun Africano quedaba en Sicilia, et que todos los Sicilianos que habian fuido de ella por temor, estaban reducidos en sus ciudades et campos, et que araban et sembraban, et volvian á curar de la tierra tan próspera et fertil desamparada por la guerra, que daba mantenimiento muy cierto en tiempo de paz et de guerra á sus mismos provinciales y al pueblo Romano. E despues fue dada licencia á Mutines de entrar en el Senado, et á todos los otros que habian hecho algo por la república, donde fueron galardonados segun lo que cada uno merecia, et la palabra et fe, que el Consul les habia dado fue complida. E Mutines fue hecho ciudadano Romano, dando el Senado autoridad al Tribuno del pueblo, para lo negociar con el dicho pueblo. E haciéndose estas cosas en Roma, Marco Valerio Messala, aportando antes del dia con cincuenta naos en Africa, hizo una súbita corrida en el campo de Vtica,

et talándolo en gran manera se volvió á las naos con mucha presa, ansi de hombres como de otra qualquiera manera, é todo lo envió á Sicilia. Despues de trece dias, que partió de ella, tornó á Lylibeo, et haciendo inquisicion supo de los captivos estas cosas, las quales por orden escribió al Consul Valerio Levino, para que supiese en que orden et estado fuesen las cosas de Africa, conviene saber, que cinco mil Numidas estaban en Cartago con Masinissa hijo de Gala, mancebo muy esforzado, et que por toda Africa conducian á sueldo otros muchos Caballeros, los quales habian de pasar en España á Asdrubal, para que él con muy grande hueste en el primero tiempo que fuese bueno, pasase á Italia, y se ayuntase con Anibal, y que los Cartagineses creian que en esto estaba la victoria de la guerra; et sin esto que aparejaban grande armada por mar para cobrar á Sicilia, la qual creia que en breve tiempo enviarian.

CAPITULO III.

De como en Roma despues de muchas contenciones fueron elegidos nuevos Cónsules y Prétores, y Sacerdotes y de como Cayo Lelio vino á Roma y contó las cosas que Scipion habia hecho en España.

Las cosas sobredichas de tal manera movieron al Senado que todos determinaron, que el Consul no debia esperar el ayuntamiento, mas que nombrando él un Dictador, luego se debia volver á su provincia. Una contencion los detenia, que decia el Consul que él nombraria, quando fuese en Sicilia, Dictador á Marco Valerio Messala, que entonces era Capitan de la armada del mar. Los Senadores decian, que no podia ser nombrado Dictador fuera del campo Romano, el qual fenecia en Italia. Marco

Lucrecio Tribuno del pueblo consultado de esta causa, determinó el Senado que antes que el Consul se partiese de la ciudad, preguntase al pueblo, qué Dictador queria que fuese nombrado, y que nombrase Dictador al que el pueblo quisiese, et si el Consul no quisiese, que el Pretor de la ciudad, preguntase al pueblo lo mismo. E si tan poco el Pretor quisiese, entonces los Tribunos lo hablasen con el pueblo. Y como el Consul dixese que él no rogaria al pueblo lo que era de su poderio, y mandase, et vedase al Pretor hacer cosa; los Tribunos del pueblo hicieron la pregunta, y el pueblo determinó et mandó que fuese nombrado Dictador Fulvio, que entonces estaba en Capua. Mas la noche antes del dia que habia de ser este consejo del pueblo, el Consul se partió secretamente para Sicilia. Y los Senadores desamparados enviaron cartas á Marco Claudio Marcello, que socorriese á la república desamparada de su compañero, et nombrase el Dictador que el pueblo queria. Y de esta manera Fulvio fue nombrado Dictador por el Consul Marcello. Y por la misma determinacion del pueblo el Dictador Fulvio nombró á Publio Licinio Craso Pontífice Máximo. El Dictador despues que vino á Roma, envió á Cayo Sempronio Bleso que habia tenido por legado en Capua, á la provincia de Hetruria en lugar de Calphurnio Pretor, al qual hizo venir por sus letras para gobernar á Capua, et á su exército. El Dictador mandó hacer los ayuntamientos el primero dia que pudo, los quales no podian ser acabados por contienda puesta entre los Tribunos et el Dictador. La Centuria de los mancebos de la Tribu Galeria á la qual por suerte cupo la prerogativa, habia nombrado Cónsules á Quinto Fulvio, et á Quinto Fabio, y las otras Centurias llamadas por su vez se inclinaran al mismo, sino se interpusieran los Tribunos del pueblo Cayo y Lelio Arianos, los quales decian que no era cosa del bien de la ciudad, que el oficio y dignidad

fuese continuado, y que era cosa de malo y feo exemplo ser nombrado por oficial el que tenia el ayuntamiento. E por esto decian que si el Dictador aceptase su nombre, que ellos se oponian y contradirian á los ayuntamientos, y que si tuviese respecto á los otros y no á él, que ellos no pornian impedimento en los ayuntamientos. El Dictador defendia la causa del ayuntamiento, con la autoridad del Senado, y con la determinacion del pueblo, y con exemplo: ca decia que el Consul Ceneo Servilio, quando Flaminio el otro Consul murio en Trasymeno, por autoridad de los Padres habló con el pueblo, y que el pueblo ordenó, que entretanto que la guerra fuese en Italia, el pueblo tuviese poderio de rehacer Cónsules los que quisiese, y quantas veces quisiese, de los que ya antes habian sido Cónsules, y que en esta causa tenia el exemplo antiguo de Lucio Posthumio Magello, el qual siendo Interrey en los ayuntamientos, que él habia allegado, fue elegido Consul con Iunio Ceneo Bubulco, y tambien tenia exemplo nuevo de Quinto Fabio, el qual nunca consintiera, que el Consulado fuera en él continuado, sino en bien et provecho comun de la república. E contendiendo mucho tiempo con estas razones, á la postre concordáronse los Tribunos, y el Dictador de tal manera que estuviesen á lo que el Senado juzgase. E á los Padres paresció que aquel tiempo era tal que debia ser administrada la república por Capitanes viejos, y aprobados y sabios en la guerra, y asi no les plugo dilatar los ayuntamientos. Y los Tribunos consintieron en ello, donde fueron declarados Cónsules Quinto Fabio Máxîmo la quinta vez, et Quinto Fulvio Flacco la quarta. E Prétores fueron nombrados Lucio Veturio Philo, et Tito Quincio Crispino, Cayo Hostilio Tubulo, Cayo Arunculeio. Hechos estos oficiales para un año., Quinto Fulvio renunció la dictaduria. En fin de aquel estio una armada Africana de quarenta naos con el Capi-

tan Amilcar pasó de Cartago á Cerdeña, et primero taló et robó el campo Olbiense: et despues porque ahi le paresció delante el Pretor Publio Manlio Vulso con el exército, dando vuelta al otro lado de la isla, taló el campo de Caller, y con robo y despojo de toda manera se volvió á Africa. Algunos Sacerdotes Romanos murieron aquel año, y en lugar de ellos fueron hechos otros. Cayo Servilio fue hecho Pontífice en lugar de T. Octacilio Craso, y Decemviro para hacer los sacrificios T. Sempronio Longo hijo de Cayo en el de T. Sempronio Longo hijo de Tito. E murió M. Marcio Rey de las cosas sagradas, et M. Emilio Papo Maxîmo Curion, et en aquel año no se hicieron Sacerdotes en su lugar. Este año fueron Censores Lucio Veturio Philon, et Publio Licinio Crasso Pontífice Máxîmo. E Crasso Licinio no habia sido Consul, ni Pretor antes que fue hecho Censor, y de la edilidad subió á la censoria. Estos Censores no escogieron Senadores, ni hicieron cosa alguna de la república, porque murió Lucio Veturio. Por lo qual Licinio se privó de la censoria. Los Ediles curules Veturio y Publio Licinio Varo, hicieron un dia los juegos Romanos. E los Ediles del pueblo Quinto Caucio, y Lucio Poncio Licinio de penas pecuniarias dieron al templo de Ceres unas imágines de cobre, et segun la facultad del tiempo hicieron juegos de magnífico aparato. En fin de este año Lelio Embaxador de Scipion, llegó á Roma treinta y quatro dias despues que partió de Tarragona. Y entrando él en la ciudad con gran multitud de captivos, movió gran concurso de hombres á lo mirar. El dia siguiente entró en el Senado y explicó como Cartagena, cabeza de España, habia sido tomada en un dia, et otras ciudades que se habian rebelado, et otras nuevamente habian venido á la compañia, et amistad del pueblo Romano. Tambien por dicho de los captivos hallaron casi lo mismo que Messala habia escripto en sus cartas. Gran cuida-

do puso en los Padres el pasar de Asdrubal en Italia, la qual con dificultad resistia á Anibal y á sus armas. E Lelio, traido al Senado, dixo las mismas cosas. El Senado determinó, que hiciesen suplicaciones á los Dioses, por lo que con tanta prosperidad habia hecho Scipion, y mandaron á Cayo Lelio, que al primero tiempo bueno se tornase á España con las mismas naos que habia venido. Yo movido por muchos autores he puesto la presa de Cartagena en este año, no ignorando que hay algunos que dicen que fue tomada el año siguiente, ca no me parece que tiene semejanza de verdad, que Scipion estuviese todo un año en España, no haciendo cosa alguna.

CAPITULO IV.

De como los Cónsules y Prétores partieron entre sí las provincias, et de las huestes á ellos asignadas, et de la contienda que fue en Roma sobre el sacerdocio.

Quinto Fabio Máximo la quinta vez Consul, y Quinto Fulvio Flacco la quarta comenzaron á 13 de Marzo, á usar de su oficio. E Italia fue asignada que fuese provincia de entrambos, aunque la gobernacion fue partida en regiones, que Fabio hiciese la guerra á Tarento, et Fulvio en los Lucanos y Brucios. E á Marco Claudio fue prolongado su Imperio por un año. Los Prétores echaron por suerte las provincias. A Cayo hostilio Tubulo vino la de la ciudad, á Lucio Veturio Philo la peregrina con Francia, á Tito Quinto Crispino Capua, á Cayo Aurunculeyo Cerdeña. E las huestes fueron asi partidas por las provincias, que Fulvio tomase dos legiones, las quales Valerio Levino tenia en Sicilia, et Quinto Fabio tomase las que Calphurnio tenia en Hetruria, et que el exército de la ciudad fuese á Hetruria, et Cayo Calphurnio gobernase la

misma provincia, et exército, et Tito Quinctio tuviese á Capua con el exército que habia tenido Quinto Fulvio, et Cayo Hostilio recibiese la provincia y exército de Cayo Lectorio Propretor, el qual entonces ya estaba en Arimino. E á Marco Marcello fueronle asignadas las dos legiones, con las quales siendo Consul habia hecho el servicio de la república. E á Marco Valerio con Lucio Cincio, tambien fue alargada la gobernacion en Sicilia, et fuéles dado el exército de Cannas, y mandaron que lo supliesen de los Caballeros que habian quedado de Ceneo Fulvio. Los Cónsules los hicieron buscar et enviáronlos á Sicilia, et diéronles la mesma mengua et vergüenza que tenian los de Cannas en la guerra, et los que del exército de Ceneo Fulvio Pretor por ira de semejante fuida habian sido enviados á la misma Sicilia por el Senado. A Cayo Aurunculeio determinaron las mesmas legiones para Cerdeña, que estuvieron con Publio Manlio Vulso, que habia tenido aquella provincia. Y á Publio Sulpicio mandaron que tuviese á Macedonia, con la misma legion y armada de mar, et prolongáronle el Imperio por un año. E tambien mandaron que de Sicilia fuesen á Tarento al Consul Fabio, treinta y cinco galeas, et toda la otra armada mandaron que fuese con Marco Valerio Levino á robar en Africa, ó que Valerio enviase á Lucio Cincio, ó á Marco Valerio Messala. E ninguna mutacion hicieron de España, sino que prolongaron el Imperio á Scipion et á Sillano, no por un solo año, mas hasta que el Senado los mandase venir. Desta manera las provincias, et exércitos et Imperios fueron partidas. Entre los pensamientos y cuidados que tenian los Romanos de mayores cosas, la eleccion de Máximo Curion, como fuese puesto Sacerdote en lugar de Marco Emilio, despertó una vieja contienda, no queriendo los Patricios que fuese escuchado Cayo Manlio Vitulo, el qual siendo del pueblo, por ser rico, demandaba aquel sacerdocio que nunca

antes de él habia sido dado á alguno, sino que fuese de los Padres. Y llamados los Tribunos, remitieron esta causa al Senado. El Senado dió su poderio al pueblo. E de esta manera fue hecho el primero del pueblo Máximo Curion Cayo Manlio Vitulo. E Publio Licinio el gran Pontífice constriñió á Cayo Valerio Flacco á consagrarse Sacerdote dial. E Cayo Lectorio fue hecho uno de los diez Varones para hacer los sacrificios en lugar de Mucio Scevola muerto. E de grado callara yo la causa de ser forzado á consagrarse Flamen ó Sacerdote dial, si su mala fama no se convertiera en buena, ca Cayo Flacco, por su mocedad negligente y luxuriosa, habia sido elegido Sacerdote de Publio Licinio gran Pontífice, et de Lucio Flacco su hermano, y de todos los otros parientes era mal querido por estos vicios. Este despues que el cuidado de los sacrificios et de sus ceremonias entró en su ánimo, asi á deshora dexó las costumbres antiguas, que ninguno de todos los mancebos fue tenido primero que él, ni mas aprobado, asi por sus parientes como por los agenos. Con este consentimiento de la fama levantado en confianza de sí mismo, volvio á demandar la cosa que muchos años estaba ya dexada por la indignidad de los Sacerdotes diales sus antecesores, conviene saber, que entrase en el Senado. E asi entró en el Senado, et Lucio Licinio Pretor lo sacó fuera. Por lo qual el Sacerdote apeló á los Tribunos del pueblo, requiriendo el derecho antiguo de los Sacerdotes que fue dado á Cayo Flaminio. El Pretor decia que el derecho no habia de estar á los exemplos ya viejos et por la antigüedad olvidados, mas al uso nuevo de qualquiera costumbre, y que en la memoria de los padres et avuelos no se hallaba que ningun Sacerdote dial hobiese usurpado aquel derecho. E los Tribunos juzgando que la cosa olvidada por la pereza de los Sacerdotes no era daño á la dignidad del sacerdocio, mas solo á los Sacerdotes, con consentimiento de los Senadores y del

pueblo, no contradiciéndolo el Pretor, metieron el Sacerdote en el Senado, pensando todos que el Sacerdote habia alcanzado aquello, mas por la santidad de su vida, que por el derecho del sacerdocio.

E los Cónsules antes de ir á las provincias escribieron de la ciudad dos legiones de hombres, de armas, quantos eran menester para complimiento y socorro de los otros exércitos. El Consul Fulvio dió el exército viejo de la ciudad á Cayo Fulvio Flacco hermano suyo y legado, para que lo levase á Hetruria, et traxiese á Roma las legiones que eran en Hetruria. Y el Consul Fabio mandó á su hijo Quinto Máximo que levase á Marco Valerio Proconsul en Sicilia las reliquias del exército de Fulvio que habian sido halladas, et fueron tres mil y trecientos y treinta y seis hombres de armas, et que tomase de Marco Valerio dos legiones et treinta galeas. Estas legiones sacadas de la isla de Sicilia en ninguna cosa diminuyeron la forma, ni fuerzas de la guarnicion de aquella provincia, porque allende que Valerio tenia dos legiones viejas bien guarnescidas, et tenia grande fortaleza de Numidas fugitivos, Caballeros et peones, tambien escribio en su sueldo los Sicilianos esforzados et sabidos en la guerra, que habian estado en el exército de Epicides et de los Africanos; de manera que ayuntando todos estos socorros de gente extraña á las legiones Romanas, guardó la forma de dos exércitos, et con el uno mandó á Lucio Cincio guardar aquella parte de isla, donde habia sido el Reyno de Gereon, et con el otro guardaba él todo lo otro de la isla, que en tiempos pasados fue partido con los fines del Imperio Romano et Africano. Tambien puso en orden una armada de setenta naos, que á todas partes fuese guardada la costa del mar. El con la gente de caballo de Mutines cercaba toda la provincia, por ver qué campos eran labrados, et quáles no, para que alabase los dueños y señores de ellos, ó los reprehendiese. E

de esta manera con la solicitud y cuidado hizo tanto, que grande abundancia de trigo vino á Roma, et tambien fue levado mucho á Catania para poder enviarlo al exército que habia de estar aquel estío en Tarento.

CAPITULO V.

De como algunos pueblos de las Colonias de Roma se quejaron del trabajo que pasaban por las guerras, y rehusaron de dar gente y sueldo, et otras estuvieron firmes con la ciudad.

Los hombres de armas enviados á Sicilia, de los quales la mayor parte era del nombre Latino y de los amigos del pueblo Romano, fueron quasi causa de grande movimiento, ca de cosas pequeñas nascen muchas veces grandes diferencias. Enrre los Latinos y amigos se levantó en sus consejos murmuracion, porque en diez años habian sido quasi deshechos, asi en enviar gente á la guerra, como en pagar sueldo, et que cada año peleaban con grande destruicion de ellos, que unos morian en la batalla, et otros de enfermedades, y que mas morian sus ciudadanos siendo soldados de los Romanos que presos de los Africanos, porque los enemigos voluntariamente los enviaban á sus tierras, y los Romanos los enviaban fuera de Italia, mas á destierro que á guerra; y que los soldados que fueron desbaratados en Cannas, ya habia ocho años que se envejecian, et que antes serian muertos que el enemigo saliese de Italia, porque » agora mas que nunca está poderoso; et si los viejos » no vuelven á ella et se escogen otros nuevos, en poco tiem» po quedara ninguno de ellos. De manera que lo que den» tro de poco la necesidad ha de negar, debese agora ne» gar al pueblo Romano, antes que vengamos á la pos» trera soledad y pobreza. E si los Romanos ven sus ami-

» gos concordes en esto, ellos ciertamente pensarán de ha» cer paz con los Cartagineses, ca de otra manera viviendo » Anibal, nunca Italia será sin guerra." Estas cosas tractaron en sus consejos. Entonces eran treinta colonias ó poblaciones del pueblo Romano, et estas teniendo todas Embaxadores en Roma, las doce negaron á los Cónsules tener de donde diesen hombres de armas, ni dinero para pagarlos. E estas fueron Ardea, Nepeta, Sutri, Circeia, Alba, Carseolis, Suesa, Sora, Setia, Callese, Narnia y Ynteramna. Los Cónsules movidos por esta novedad queriendo apartarlas de tan abominable consejo, pensando aprovechar, reprehendiéndolas antes que hablando con mansedumbre, decian que ellos habian tenido atrevimiento de decir á los Cónsules, lo que los Cónsules no osaron pensar de hablar en el Senado; porque aquello no era disminuir el número de la milicia, mas era claramente revelarse del pueblo Romano. Y por ende que se tornasen luego á sus ciudades et como si tal maldad no hobiesen osado sino por manera de conversacion, consultasen con sus principales et les traxesen á la memoria que ellos no eran Campanos, ni Tarentinos, mas Romanos et de Roma nascidos, de donde habian sido enviados á las colonias, ó poblaciones, et á los campos tomados por guerra, por causa de multiplicar la generacion. Y que lo que los hijos debian á los Padres, aquello mesmo debian ellos á los Romanos, si tenian algun acatamiento y memoria de la antigua patria; que consultasen de nuevo, porque las cosas que entonces habian tratado, eran para traicion del Imperio Romano, et dar la victoria á Anibal. Tractando mucho tiempo estas cosas los Cónsules entre ellos, los Embaxadores no se moviendo en cosa alguna, dixeron que no tenian que pudiesen reportar á su patria, ni sus Senados tenian que pudiesen consultar de nuevo, pues no tenian hombres de guerra que pudiesen escoger, ni dineros para sueldo. Entonces los Cónsules viéndolos obstinados,

recontáronlo en el Senado. Por lo qual tan grande temor entró en los ánimos de todos, que la mayor parte decia que el Imperio Romano era perdido, et que lo mesmo harian las otras colonias, et que lo mesmo habian consentido todos los amigos et compañeros para dar la ciudad de Roma á Anibal. Los Cónsules esforzaban et consolaban al Senado, et decian que las otras poblaciones estarian en la fe et oficio antiguo, et que las poblaciones que habian faltado de lo que debian, si les enviasen Embaxadores que los reprehendan et no les rueguen, ternan vergüenza del Imperio Romano. Entonces el Senado remitió á los Cónsules que hiciesen lo que viesen ser provecho de la república. Y ellos tentando primero los ánimos de las otras Colonias, llamaron los Embaxadores et preguntáronles, quántos hombres de armas tenian aparejados segun la costumbre. Y por diez y ocho colonias respondió Marco Sextilio Fregelano, que tenian aparejados hombres de armas segun la costumbre, et si mas eran menester que mas darian, y que con todas sus fuerzas harian qualquiera cosa que mandase et quisiese el pueblo Romano, para lo qual no les faltaban facultades, y les sobraban ánimos. Los Cónsules paresciéndoles que era poco, segun sus merescimientos, alabarlos con su sola voz, si todos los Padres no les hiciesen gracias, mandaron que los siguiesen dentro al Senado. El Senado les habló con decreto muy honrado, et mandó á los Cónsules que tambien los levasen al pueblo, et entre otras cosas excelentes que habian hecho agora á ellos, et antes á sus antecesores, recontasen el nuevo beneficio que agora hacian á la república. Y porque agora despues de tantos tiempos no sean callados, ni defraudados de su alabanza, estos fueron los Siguinos, Nolanos, Nobranos, Saticulanos, Brundusinos, Fregellanos, Nucerinos, Adrianos, Firmianos, et Ariminenses, et en el otro mar los Pontianos, Pestanos, Consanos, et de medio de la tierra, los

Benaventanos, Servinos, Spoletanos, et Cremoneses. Con la ayuda de estas colonias entonces se mantuvo el Imperio del pueblo Romano, et el Senado et pueblo les hicieron gracias. E mandaron los Padres que no se hiciese mencion de las otras doce poblaciones que habian rehusado el Imperio, y que los Cónsules ni los despidiesen, ni detuviesen, ni les hablasen. Este castigo callado paresció ser convenible á la dignidad Romana.

Expediendo los Cónsules las otras cosas que convenian para la guerra, plúgoles sacar á fuera el oro procedido de la veintena de los manumitidos, que estaba guardado en lugar muy secreto para las últimas necesidades. E fueron sacadas á cerca de quatro mil libras de oro, del qual dieron quinientas libras á cada uno de los Cónsules, y á Marco Marcello, y á Publio Sulpicio Proconsul, y á Lucio Veturio Pretor, el qual habia tomado por suerte la provincia de Francia, et al Consul Fabio añadieron cient libras de oro, para que fuese levado á la fortaleza de Tarento. Y del otro oro usaron para hacer con dinero de contado los asientos de las vestiduras et otras cosas convenientes al exército, que hacia la guerra en España con buena fama suya, et de su Capitan. Y tambien les plugo de procurar et hacer sacrificios por las malas señales et prodigios, antes que los Cónsules fuesen. En el monte Albano habian sido heridas de rayo la estatua de Júpiter, y un arbol cercano al templo, el lago de Ostia, el muro de Capua, y el templo de la Fortuna, y en Sinuesa el muro et la puerta. Algunos autores escriben que la agua Albana corrió mezclada con sangre. Y en Roma dentro de la cámara del templo de la Diosa Fortuna una imagen que estaba en la corona cayó de la cabeza por sí mesma, et se puso en la mano: et en Priverno era cosa cierta que un buy habló, y un buitre baxó á una tienda, estando la plaza llena: que en Sinuesa nació un niño de sexô dudoso

entre hombre y muger, los quales el vulgo llama Androgynos en lengua Griega, como mas facil para componer la mayor parte de las palabras, et que llovió leche, et que un niño nasció con cabeza de elefante. Estos prodigios fueron procurados con hostias mayores, et se señaló un dia para hacer suplicaciones y rogativas á todos los Dioses. E mandose que Cayo Hostilio ofreciese y hiciese juegos á Apolo como en tales años se habian hecho.

CAPITULO VI.

De como fueron hechos Censores, et el Consul Fulvio destruyo los campos de los Brucios, et Marco Marcello peleó con Anibal.

En aquellos mesmos dias el Consul Quinto Fulvio tuvo ayuntamiento para elegir Censores, y fueron Censores Marco Cornelio Cetego, et Publio Sempronio Tuditano, los quales aun no habian sido Cónsules. Los Censores por auctoridad de los Padres hablaron con el pueblo sobre dar á alquilar las tierras de Campania, et el pueblo dió su decreto. Entre los Censores hubo discordia de la eleccion del Príncipe, la qual detuvo la eleccion del Senado. La eleccion era de Sempronio; mas Cornelio decia que debian seguir la costumbre dada por los antepasados, conviene saber, que el que primero hubiese sido Censor de los que viviesen, fuese escogido Principe, et este era Lucio Manlio Torquato, Sempronio decia que los Dioses que le habian dado la suerte de elegir tambien le habian dado el alvedrio libre, que él lo haria á su voluntad, et elegiria á Quinto Fabio Máxîmo, el qual ganaria él á que era el Príncipe de la ciudad de Roma aun á juicio de Anibal. E despues que ellos contendieron mucho de palabras, con consentimiento de su compañero, Sempronio eligió Príncipe del Se-

nado á Quinto Fabio Máxîmo Consul. E despues de esto fue elegido el demas Senado, dexados ocho Senadores aparte, entre los quales fue Marco Cecilio Metello, infame consejador de desamparar á Italia, despues de la destruicion de Cannas. E la misma causa fue guardada en la censura de Caballeros; mas eran muy pocos á los que la tal infamia tocaba. A todos aquellos, et eran muchos, fueron quitados los caballos, que eran Caballeros en Sicilia de las capitanías de Cannas. Tambien ayuntaron sobre aquella aspereza el tiempo, que los sueldos de los tiempos pasados no aprovechasen á los que habian estado en la guerra con caballos públicos, mas que diesen otra paga de diez sueldos á los que habian ido á la guerra con caballos propios. E despues desto buscaron grande número de los que debian ganar sueldo con caballos; et de los que en el comienzo de aquella guerra tenian diez y seis años, et no habian estado en la guerra, á todos estos hicieron pagar cierto precio para sueldo. Despues dieron orden de rehacer todo lo que acerca de la plaza ó mercado se habia quemado, conviene saber las siete boticas, la carneceria, y el palacio real.

Acabadas todas las cosas que se debian hacer en Roma, los Cónsules se fueron á la guerra. E primero Fulvio fue á Capua, et despues de pocos dias lo siguió Fabio, el qual en presencia rogó á su compañero, y á Marcello por cartas, que con guerra muy recia detuviesen á Anibal, entretanto que él combatiria á Tarento, porque siendo aquella ciudad quitada á los enemigos et echados de todas partes, no ternia á donde estar, ni hallaria lugar donde se fiase, ni ternia causa de detenerse en Italia. Tambien envió un mensajero á Rhegio al Prefecto de la guarnicion que el Consul Levino allí habia asentado contra los Brucios. Esta guarnicion era de ocho mil hombres sacados los mas de Agatirna, ciudad de Sicilia, (como ya lo hemos dicho) hombres usados de vivir de robos et de ladronicios,

y á ellos se habian allegado los fugitivos de los Brucios iguales en osadia, et en acometer qualquiera cosa con la necesidad. Esta gente mandó ir primero á robar et talar el campo de los Brucios, despues á combatir la ciudad Caulonia. Estos executaron los mandamientos del Consul, no con pereza, mas con mucha codicia; et despues de haber echado los labradores del campo, con grande fuerza combatian la ciudad.

Y Marcello movido por las cartas del Consul, et tambien porque tenia creido en su ánimo que ningun Capitan era tanto igual á Anibal quanto él, luego que en los campos hobo abundancia de pastos, saliendo de donde habia tenido el invierno se puso delante Anibal acerca de Canusio. Estaba Anibal solicitando los de Canusio á que se revelasen de los Romanos, mas luego que oyó que Marcello se allegaba, levantó su real. Y aquella region era abierta sin lugares secretos para asechar; por ende se comenzó de ir de allí á lugares de bosques et dehesas. E Marcello seguíalo de rastro, et asentaba su real delante él. Anibal se detenia con ligeras escaramuzas de esquadras de caballeria y flecheros de á pie, et no le parecia entrar en batalla campal á banderas tendidas; mas fuéle forzado hacerlo que fuya, porque partiéndose Anibal, Marcello lo alcanzó en lugares llanos, et abiertos, donde queriendo asentar el real, combatió reciamente sobre los obreros que hacian lugar para las tiendas. En esta manera lo hizo venir á la batalla, et pelearon con todas las huestes, et veniendo la noche se partieron de la batalla iguales. Los reales, apartados poco uno del otro, antes que viniese la noche fueron enfortalescidos. El dia siguiente en amanesciendo, Marcello sacó su gente del real á la batalla, la qual Anibal no rehusó, esforzando con muchas palabras sus Caballeros que acordándose de Trasimeno et de Cannas amansasen la ferocidad de sus enemigos, que les fatigaban et no les dexaban

asentar real, ni resollar, et que mirasen quan gran enojo era ver cada dia juntamente salir el sol et la hueste Romana en el campo delante de sus ojos, et si agora con una batalla sangrienta les castigaban, dende adelante levarian la guerra con mayor reposo et asosiego. Los Africanos incitados por estas palabras, et tambien por el enojo de la ferocidad de los enemigos que cada dia los enojaban, comenzaron de recio la batalla y combatieron mas de dos horas. E despues comenzó la ala derecha de los Romanos et los de la compañia del General volver atras, y viéndolo Marcello puso en la primera esquadra la décima octava legion. Y entretanto que los unos espantados se retraen, et los otros perezosamente entran, toda la batalla fue turbada. Y despues desordenados de todo punto, volvieron á huir, venciendo el temor á la vergüenza. En esta batalla murieron dos mil et setecientos ciudadanos et amigos, entre los quales fueron quatro Centuriones, dos Tribunos de Caballeros, conviene saber Marco Licinio, et Marco Elvio, et perdiéronse quatro banderas de la legion que fuyó, y dos de la legion que succedió á los que fuian. Y Marcello, despues que tornaron al real, habló á sus Caballeros con tanta aspereza, que les fue mas triste la habla del Capitan irado, que la batalla que con tanta desdicha habian todo el dia sufrido. »Yo dixo Marcello, como en tal cosa se debe hacer, hago gracias á los Dioses inmortales, »que nuestro enemigo, fuyendo vosotros con tanto temor, »no ha entrado por las puertas de nuestro real, porque cierto vosotros con el mismo espanto que dexastes la batalla, »habríades desamparado las tiendas. ¿Qué espanto ó que »temor es este? ¿ó qué olvido ha entrado en vuestros ánimos, que asi os habeis olvidado quien sois et con quien »combatis? Por cierto estos son los mismos enemigos, los »quales vencistes el verano pasado, et vencidos los persiguistes y matastes, y huyendo ellos de noche y dia,

» estos dias los habeis acosado, y con ligeras escaramuzas los » habeis muchas veces fatigado; y ayer no los dexastes ir camino, ni asentar rela. Dexo agora de hablar de las cosas de » que os podeis alabar, quando de lo mismo os debeis avergonzar et arrepentir ¿Pues cómo ayer con iguales manos departiésedes la batalla, que os ha quitado esta noche et este dia? ¿Ha sido vuestra hueste diminuida, ó » la suya acrescentada? No me parece en verdad que hablo con mi exército, ni con Caballeros Romanos: solo » teneis los mismos cuerpos y armas. ¿Pensais que si tuviérades los mismos ánimos, que los enemigos vieran vuestras espaldas, et quitaran alguna bandera de vuestra esquadra? ¿No se gloriaban hasta aquí haber muerto legiones Romanas? Pues vosotros hoy les habeis dado la primera honra de haber hecho huir un exército." Despues que Marcello hobo dichas estas palabras, levantaron todos grandes clamores, diciendo que los perdonase de aquel dia, et que despues quando quisiese, esperimentase los corazones de sus Caballeros. Oyendo esto Marcello dixo: » Yo » por cierto os esperimentaré, et mañana en amanesciendo os sacaré al campo, porque antes vencedores que » vencidos alcanceis el perdon que pedis." E mandó entonces que diesen pan de cebada á las esquadras que habian perdido las banderas. E á los Centuriones de las quadrillas que habian perdido las banderas dexó con las espadas desembainadas y sin vanda, et mandó que el dia siguiente todos, ansi Caballeros como peones, viniesen delante de él armados. E de esta manera los dexó, conosciendo todos et confesando con razon ser reprehendidos, y que aquel dia en toda la hueste Romana no habia sido varon alguno sino el Capitan, al qual debian satisfacer, ó con la muerte, ó con victoria gloriosa.

CAPITULO VII.

De como Marcello peleó con Anibal, y alcanzó de él victoria sangrienta, et de como el Consul Quinto Fabio tomó á Tarento por medio de una muger de la ciudad á quien servia el Capitan de los Brucios.

En el dia siguiente todos ordenados y armados vinieron al mandamiento del Capitan, el qual les dixo, que pornia en la primera cohorte, ó esquadra, los que el dia pasado comenzaron á fuir, et perdieron las quadrillas et banderas, et que les mandaba que todos peleasen et venciesen, et que trabajasen todos que no llegase antes á Roma la fama de la fuida de ayer, que de la victoria de hoy. Despues mandólos que comiesen et bebiesen, para que tuviesen fuerza, si la batalla fuese luenga. E despues que fueron dichas et fechas todas las cosas con las quales se esforzasen los corazones de los Caballeros, salieron al campo. Viendo esto Anibal dixo: » Por cierto con aquel enemigo tenemos guerra, el qual no puede sufrir buena, ni » mala fortuna, si vence, con ferocidad persigue los ven- » cidos: si es vencido, luego renueva la batalla con los » vencedores." E despues desto mandó tocar las trompetas, et saco el exército et combatieron de entrambas partes algo mas recio que el dia pasado. Los Africanos trabajaban por guardar la honra que el dia pasado habian ganado, los Romanos trabajaban de echar de sí la mengua. La ala izquierda de los Romanos, y las legiones que habian perdido las banderas, peleaban en la delantera, et la veintena legion estaba aparejada en la ala derecha. E Lucio Cornelio Lentulo, Cayo Claudio Neron legados eran presidentes en las alas. Marcello esforzaba la esquadra del centro con su presencia amonestando á todos. E de la parte

de Anibal los Españoles tenian la delantera, et esto era lo mas esforzado en todo su exército. E como la batalla estuviese mucho tiempo en duda, mandó Anibal poner los elefantes en la primera esquadra, por probar si esto podria poner alboroto et espanto en los enemigos. Y al principio los elefantes turbaron las banderas et ordenanzas, tropellando muchos entre los pies, et ya habian abierto la esquadra en una parte, et bien mas fuyeran los Romanos sino que Cayo Decimio Flavio, Tribuno de Caballeros, arrebató la bandera del primero que tenia lanza, y mandó al Alferez de aquella bandera que lo siguiese, y levólo donde los elefantes hacian grande alboroto, y mandó que echasen las lanzas sobre ellos, las quales sin dificultad se hincaron en sus cuerpos por ser echadas de cerca. Mas asi como no todos fueron feridos, asi los que tenian las lanzas en las espaldas, como es linage de animal incierto, volvieron á fuir, et hicieron tambien huir á los que no eran heridos. Entonces no una quadrilla, mas cada uno hombre de armas por sí que podia alcanzar los elefantes que fuian, echaba las lanzas; por lo qual caian ellos mas sobre los suyos mesmos, en los quales hicieron mayor estrago que habian hecho en los enemigos, porque estos animales mas se desbaratan por el temor, que se rigen por quien los gobierna. Los peones Romanos luego levaron sus banderas contra los enemigos que estaban turbados por el correr á una parte et otra de los elefantes, et con poca batalla los desordenaron et hicieron volver. Entonces Marcello envió tras los que fuian la gente de caballo, la qual no dexó el alcance, hasta que con mucho temor se retraxeron dentro su real. E sin las otras cosas que les pusieron allí espanto, dos elefantes habian caido en la puerta, et los hombres de pelea fueron forzados de entrar por la cava et muros en el real. E allí fue hecha grande matanza, porque fueron muertos acerca de ocho mil hombres et cinco elefantes. Ni los

Romanos hobieron esta victoria sin sangre, porque de dos legiones fueron muertos quasi mil et setecientos, et de los amigos et compañeros mas de mil et trecientos, et muchos ciudadanos et amigos fueron heridos. Anibal la noche siguiente movió su real. E Marcello deseábalo perseguir, mas la multitud de los feridos lo detuvo; empero envió tras de él espias que lo siguiesen, las quales el dia siguiente volvieron, diciendo que Anibal iba á los Brucios.

Quasi en estos mesmos dias se dieron á Quinto Fulvio Consul los Hirpinos, et Lucanos, et Volscentes, dándole las guarniciones de Anibal, que tenian en las ciudades, et el Consul los recibió con mucha clemencia, reprehendiéndolos solamente de palabras por el error pasado. E semejable esperanza de perdon movió á los Brucios, de los quales vinieron á Fulvio Vibio et Pactio, hermanos, los mas nobles de aquella gente, diciendo que se darian con la misma condicion de perdon que fue dada á los Lucanos.

El Consul Quinto Fabio, tomó en los Salentinos por fuerza de armas una Ciudad llamada Manduria, en la qual tomó hasta quatro mil hombres, con algunos otros despojos. Y de allí se fue hácia Tarento, et puso su real en la entrada del puerto. E parte de las naos que Livio habia para guardar et defender las vituallas, cargó de instrumentos necesarios et aparato para combatir los muros, et parte de piedras et trabucos, et de qualquiera manera de armas que se pueden arrojar. E tambien ordenó los barcos de mercaderias para que unos levasen edificios et escalas á los muros, et otros apartados de las naos firiesen los que defendiesen la subida dellos. Estas naos fueron ordenadas para acometer la ciudad en el mar abierto, et la mar era libre et segura de la armada Africana, que habia sido enviada á la isla de Corfú; porque Filipo, Rey de Macedonia, queria hacer guerra á los Etolos. En este me-

dio los que combatian á Caulonia, en los Brucios, sintiendo la venida de Anibal, se retraxieron á un montecillo bien seguro para el ímpetu presente, mas para otras cosas desaprovechado.

Teniendo Fabio cercado á Tarento, una cosa bien ligera le dió grande ayuda para alcanzar una muy importante. Los Tarentinos tenian la guarnicion de Brucios dada por Anibal: el Capitan de ella estaba muy enamorado de una muger, la qual tenia un hermano en el exército de Fabio. Este siendo avisado por cartas de su hermana de la nueva amistad que ella tenia con el extrangero Capitan, rico, et muy honrado de los de la ciudad, tomó esperanza, que por su hermana el amigo podria ser traido á toda cosa, et luego dixo al Consul la esperanza que tenia. E no paresciendo al Consul este pensamiento vano, le mandó que como fugitivo se pasase á Tarento. E allí por medio de la hermana tomó amistad con el Capitan, et al principio tentó secretamente su ánimo, y despues conosciendo bien su liviandad, con los alhagos de la muger lo atraxo á dar por traicion la guarda del lugar que él tenia á su cargo. E despues que concordaron la manera y el tiempo de hacer el negocio, el hermano de la muger se salió de noche secretamente de la ciudad, et dixo al Consul todo lo que habia hecho, y lo que habia concertado de hacer. E Fabio en la primera vigilia dando señal á los que estaban en la fortaleza, et á los que tenian la guarda del puerto, asentóse de la parte de la ciudad contra oriente, y despues tocando las trompetas juntamente de la fortaleza, y del puerto y de las naos que del mar abierto habian llegado, de todas partes salió grande ruido, y el alboroto fue hecho adrede mayor de la parte que el peligro era menor. El Consul en este medio tenia su hueste callada. Entonces Demócrates, que habia sido Capitan de la armada del mar, et acaso guardaba aquella par-

te, despues que vido todas las cosas cerca de sí estar en silencio, y que las otras partes hacian tanto estruendo, que parecia á las veces que la ciudad era tomada, temiendo que si él tardase, el Consul no hiciese alguna fuerza, y metiese sus banderas, pasó su guarnicion contra la fortaleza, donde el sonido era mas terrible. E Fabio sintiendo con el espacio del tiempo, et con el que donde poco antes habia grande alboroto de los que despertaban et llamaban á las armas, agora no habia voz alguna, et las guardas se eran idas, mandó traer escalas á la parte del muro donde el tratador de la traicion le habia dicho que estaba la guarnicion de los Brucios. Y por ella primero fue tomado el muro, et ayudándolos et recibiéndolos los Brucios, entraron los de Fabio en la ciudad. E despues quebrantaron la puerta, que estaba allí cerca, para que con todo el exército entrasen las banderas. Entonces levantando grandes álaridos, quasi en amanesciendo llegaron á la plaza, no hallando ningun armado. E allí se ayuntaron contra ellos de todas partes los que peleaban acerca de la fortaleza y al puerto. Y en la entrada de la plaza fue trabada una grande pelea con mayor ímpetu que perseverancia. Los Tarentinos no eran iguales á los Romanos en ánimo, et armas, et arte de guerra, et fuerzas de cuerpo et vigor; et solamente echaron las lanzas, et antes que viniesen á las manos volvieron las espaldas, et derramados por las calles conocidas de la ciudad, fuyeron á sus casas et de sus amigos. Y dos de los Capitanes, conviene saber, Nico et Democrates, murieron peleando esforzadamente. Y Filomenes, que habia sido el autor de la traicion que hicieron, quando se dieron á Anibal, como hobiese salido de la batalla corriendo con un caballo, un poco despues fue el caballo conocido sin dueño por las calles. Y el cuerpo de Filomenes nunca fue hallado, et fue fama que del caballo se habia echado en un pozo abierto. Y Car-

thalo Capitan de la guarnicion Africana viniendo sin armas al Consul á le retraer á la memoria la amistad de su padre, fue muerto por un hombre de armas ante que llegase. E los otros sin diferencia alguna iban por la ciudad á todas partes matando Cartagineses et Tarentinos armados et desarmados. Y tambien fueron muertos muchos de los Brucios, ó por error, ó por el odio antiguo que tenian contra ellos, ó por deshacer la fama de la traicion, porque pareciese que habian tomado á Tarento, mas por fuerza de armas que por traicion. E despues dexaron de matar, et todos corrieron á robar la ciudad. E dícese que fueron presos treinta mil, y fue tomada grande cantidad de plata hecha y marcada, y de oro ochenta y tres mil libras, y muchas estatuas é imágenes, que quasi se igualaban con los ornamentos de Syracusa. Mas con mayor ánimo se detuvo de las robar Fabio, que Marcello, el qual á un Escribano que le preguntó, qué queria que se hiciese de las estatuas, que eran Dioses de tamaño desmesurado, cada uno formado con su hábito á manera de peleadores, mandó que los Dioses irados quedasen á los Tarentinos. Y despues mandó derribar el muro que departia la ciudad de la fortaleza.

Entretanto que estas cosas se hacian en Tarento, Anibal tomando en su poderio los que cercaban á Caulonia, et oido el combate que daban á Tarento, corriendo de noche et de dia con su exército para la socorrer, supo que la ciudad ya era tomada. Entonces dixo: » Tambien los Romanos tienen » su Anibal: con la misma astucia que tomamos á Tarento, la » habemos perdido;" mas por no mostrar que se volvia con su gente como fuyendo, asentó su real quasi á cinco millas de la ciudad. Y estando allí pocos dias volviose á Metaponto. E de allí envió á Fabio á Tarento dos Metapontinos con cartas de los principales de la ciudad para que tomasen la fe del Consul que les perdonaria lo pasado, si

le diesen por traicion á Metaponto con la guarnicion Africana. E Fabio pensando ser verdad lo que traian, ordenó el dia que iria á Metaponto, et envió cartas á los principales, las quales fueron levadas á Anibal, el qual fue muy alegre por la astucia, como aunque fuese por engaño, venciese á Fabio. E púsose en celada no muy lejos de Metaponto. E Fabio mirando antes de salir de Tarento las señales de las aves, no le dieron buena señal, ni tampoco los sacrificios muertos, y demandando consejos á los Dioses, le dixo el Sacerdote Aruspice, que se guardase de asechanzas, et de engaño de los enemigos. E los Metapontinos viendo que no venia al dia ordenado, fueron otra vez enviados al Consul para decirle que no tardase de ir. E tomados presos repentinamente, por temor de tormentos graves, descubrieron las asechanzas et astucia de Anibal.

CAPITULO VIII.

De como muchos nobles Españoles por causas diversas se ayuntaron con Scipion, et de como peleó él con Asdrubal et lo venció, y los Españoles lo llamaron Rey defendiendo él que no lo llamasen con tal nombre.

Al principio de aquel estío en el qual estas cosas se hacian en Italia, Publio Scipion en España despues que hobo gastado todo el invierno en reconciliar las voluntades de los Españoles, parte con dádivas, et parte dándoles rehenes, et captivos, vino á él Edesco, generoso entre los Capitanes Españoles, porque su muger et hijos estaban en poderio de los Romanos. E sin esta causa lo traxo una como súbita inclincion de las voluntades, la qual convertió toda España del Imperio Africano al de los Romanos. Y la misma causa tuvieron Indibilis et Mandonio, los mas principales de toda España. Estos con toda la multitud de sus

populares, dexando á Asdrubal, se pasaron en unos montecillos sobrepuestos á su real, para que por los cerros et collados juntos pasasen seguros á los Romanos. Asdrubal viendo crescer las cosas de los enemigos tanto, et las suyas diminuir, et que si él no movia alguna cosa, se desharian, deliberó luego de dar la batalla. E tambien Scipion deseaba lo mismo, parte con la esperanza que le acrescentaba la buena succesion de las cosas, y parte porque antes que se ayuntasen los exércitos, queria mas combatir con un Capitan et una hueste que con todos ayuntados. E ansi como si hobiera de pelear con todos, con cierta arte et astucia habia acrecentado su exército, ca viendo que no tenia provecho de las naos, porque toda la costa de España estaba vacía de armadas Africanas, mandó sacar las naos en tierra á Tarragona, et puso los marineros en el exército, y tenia harta abundancia de armas de las que habia tomado en Cartagena, et de las que despues habia hecho, teniendo tantos maestros encerrados para hacerlas. E salido con toda esta hueste Scipion de Tarragona en el principio del verano, ca Lelio ya era vuelto de Roma, sin el qual no queria hacer alguna gran cosa, comenzó de ir contra los enemigos. E yendo él por todos lugares con mucha paz et asosiego, por qualquiera pueblo que pasaba lo seguian et recibian los amigos y compañeros. E tambien Indibilis y Mandonio con sus huestes le vinieron delante. E habló Indibilis por los dos, y aunque bárbaro, no imprudente et nesciamente, antes con una gravedad honesta, mas pronto para escusar el pasar, ó tránsito que hacian de Asdrubal á Scipion como necesario, que no para gloriarse de él como de ocasion arrebatada, diciendo: que bien sabia él que el nombre de los que fuyen de una hueste á otra, es abominable á los amigos que dexan, y sospechoso á los que toman. E que él no reprehendia la costumbre de los hombres, si la causa y la verdad, et no el nombre solo hace

el aborrecimiento de los unos et de los otros. E despues contó y manifestó los beneficios que habian hecho á los Capitanes Cartagineses, y la avaricia, soberbia, é injurias de muchas maneras que contra ellos et los suyos los mesmos Cartágineses les habian hecho. E por esto, que hasta entonces solos sus cuerpos habian estado con ellos, mas que sus corazones et ánimos allí habian estado á donde creian que se guardaba lo que es justo. Y que con gran humildad se venian para los Dioses, los que no pueden sufrir la violencia et injuria de los hombres; y que por tanto rogaban á Scipion que su mutacion no les fuese de daño, ni la honrase: mas que desde aquel dia adelante, segun los conoceria et probaria esperimentándolos, asi les diese el pago de sus obras. El Capitan Romano respondió que en todo asi haria, et que no ternia por fugitivos de una hueste á otra, los que no tenian la amistad firme donde no eran seguras las cosas divinas ni humanas. Y despues Scipion mandó traer delante de ellos sus mugeres y hijos, y llorando ellos de mucho gozo, gelos restituyó. E aquel dia los hizo levar á su posada, et el dia siguiente les tomó la fe con pacto et concordia, et los dexó ir á traer sus exércitos. Despues fueron en el mismo real de Scipion, hasta que, siendo ellos guiadores, allegaron á los enemigos. El exército de Asdrubal Cartagines estaba acerca de la ciudad llamada Becula. E delante el real tenia las estaciones de los de á caballo, á las quales los lacayos, y compañeros de banderas et los que eran de la primera esquadra viniendo del camino, antes de tomar lugar para el real, con tanto menosprecio arremetieron, que facilmente parescia el ánimo que tenia cada uno. E los Caballeros, fuyendo con temor, fueron retraidos al real, y las banderas Romanas quasi llegaron á las puertas. E aquel dia solo fueron movidos los ánimos para la batalla, et los Romanos asentaron su real. En la noche Asdrubal levó su exérci-

to á un montecillo que en la cumbre tenia un campo llano, et detras et delante lo cercaba un rio á manera de una ribera cortada, et debaxo estaba otra llanura, et tambien tenia dificil la subida. En este campo mas baxo, el dia siguiente, Asdrubal despues que vido los enemigos estar delante su real, puso los Caballeros Numidas et los Mallorqueses et Africanos de armas ligeras. Y Scipion cercando sus Caballeros et banderas, les mostraba como el enemigo habia tomado el monte por temor de combatir en lo llano, y perdido la esperanza de pelear en el campo igual, et que se habia puesto en la vista confiando mas del lugar que del esfuerzo et armas, y que mas altos eran los muros de Cartagena, los quales ellos habian traspasado, y ni los montes, ni la fortaleza, ni el mar habia resistido á sus armas. Y que las alturas que los enemigos habian tomado, eran para que saltando por las rocas derribadas pudiesen fuir, et que tambien él les cerraria aquel camino. Entonces mandó á dos capitanías, que la una tuviese la entrada del valle, por el qual corria el rio, et la otra cercase el camino que va de la ciudad á los campos, por las traviesas del monte. El fuese con la gente ligera, que el dia pasado habia hechado las estaciones de los enemigos, contra los de armas ligeras que estaban en la cumbre del monte mas baxo. E al principio fueron por lo fragoso, no empachándoles otra cosa sino el camino. Y despues que allegaron á un tiro de dardo, luego una gran fuerza de toda manera de armas fue derramada contra ellos. Y no solo los soldados, mas los leñadores, et otra manera de gente mezclada con los armados lanzaban sobre ellos piedras, et otras cosas que el lugar daba para echar. Mas aunque la subida era dificil, et quasi eran fundidos de armas et piedras, con la costumbre que tenian de subir á los muros, y con la porfia del ánimo, los primeros subieron, los quales luego que tomaron lugar llano para estar firmes,

presto echaron los enemigos que ligeramente corrian, et eran poco esforzados á pelear de cerca, et con grandes matanzas arremetieron á la hueste que estaba en el monte mas alto. E despues Scipion mandó á los suyos vencedores que pasasen contra la media esquadra, y partió la otra gente con Lelio, et mandóle que rodease la parte derecha del monte, hasta que hallase camino de mejor subida. Y él por la parte izquierda con poco cerco corrió contra los enemigos que estaban al traves. E despues luego fue turbada la esquadra, como quisiesen volver las alas y órdenes contra el clamor que de todas partes sonaba. En este alboroto et ruido sobrevino Lelio, y en tanto que se retraian por no ser feridos á las espaldas, afloxó la primera esquadra, y los que estaban en medio tuvieron lugar para subir por donde nunca subieran, ca por ser el monte tan áspero, si estuvieran firmes las ordenanzas de los enemigos y los elefantes que estaban puestos delante las banderas. E como á todas partes fuesen hechas muertes, Scipion que habia corrido de la ala izquierda á la derecha, combatia reciamente contra los lados desarmados de los enemigos. E ya no habia lugar por donde fuyesen, porque la estaciones Romanas habian cercado de cada parte derechs y izquierda los caminos, y la fuida del Capitan y principales habia cerrado la puerta del real et el miedo de los elefantes, á los quales desbaratados temian tanto quanto á lo enemigos: de manera que fueron muertos de los enemigos hasta ocho mil. E Asdrubal, mucho antes de la batalla, enviando el dinero y elefantes que pudo, pasó el rio Tajo y se fue á los montes Pyrineos. E Scipion tomó el rea de los enemigos, et hizo merced á los Caballeros de todol el despojo, sacados los hombres libres. E hallando captivos en el cuento diez mil peones, y dos mil Caballeros, envió destos todos los Españoles á sus tierras sin precio ninguno, et mandó al tesorero que vendiese los Africanos. Des-

pues toda la multitud de los Españoles que se habian dado, y que el dia antes fueron presos, con grande consentimiento todos lo llamaron Rey. Scipion mandando con pregon que todos callasen, dixo que el nombre de Capitan que sus Caballeros le habian puesto era muy grande para él, et que el nombre de Rey, en otras partes era grande, mas que en Roma era intolerable, et que el tenia ánimo real, y que si esto tenian por gran cosa de él, que lo juzgasen en sus corazones, y no lo hablasen por la boca. Los Españoles sintieron la grandeza del ánimo de Scipion, que menospreciaba lo que otros hombres tienen en admiracion. E despues desto Scipion dió muy grandes dones y presentes á los Principes, y otros Caballeros grandes de los Españoles, y de una grande cantidad de caballos, mandó que Indibilis escogiese trecientos los que mas quisiese.

Como el Questor, ó Thesorero vendiese los Africanos por mandamiento del Capitan, oyendo que entre ellos habia un mozo muy hermoso de linage real, luego lo envió á Scipion. Y preguntándole Scipion, quién era, et de qué tierra, et de por qué en tal edad estaba en la guerra: respondió, que era de Numidia, llamado Masiva, y que despues de su padre muerto, lo crió su abuelo de parte de madre, llamado Galla, Rey de Numida, y que habia pasado en España con su tio Masinisa, el qual habia venido con gente de caballo á socorrer á los Cartagineses, et que Masinisa le habia vedado entrar en batalla, por la poca edad que tenia; mas que el dia que los Cartagineses se combatieron con los Romanos, sin saberlo su tio, tomó armas et caballo et salió á la batalla, donde cayendo su caballo, fue derribado et preso por los Romanos. Scipion oyendo esto, mandándolo guardar, et estando asentado en su tribunal, dió fin á las cosas que habia de hacer. Despues entrando en su pretorio, mandólo llamar, et preguntóle, si

queria volver á su tio Masinisa. E como él llorando de gozo respondiese que lo deseaba mucho; entonces Scipion le dió una sortija de oro, et una túnica, ó vestido de clavo ancho con un ságulo, ó albornóz Español, et hebilla de oro, et dióle un caballo muy bien ataviado, mandando á ciertos Caballeros que lo acompañasen hasta donde quisiese, et ansi lo envió. Despues tuvo su consejo de la guerra, donde algunos aconsejaban que luego debia perseguir á Asdrubal. E pensando él ser cosa peligrosa si Magon et Asdrubal ajuntaban con él los exércitos, envió guarnicion solo para ocupar los Pyrineos, y él gastó el tiempo que le quedaba de aquel estío en cobrar en amistad los pueblos de España.

Pocos dias despues de la batalla de Becula, como Scipion se tornase á Tarragona, et hobiese pasado el bosque Castulonense, Asdrubal, hijo de Gisgon, et Magon, Capitanes, vinieron de la España ulterior á socorrer á Asdrubal. E trataron entre si lo que habian de hacer para se gobernar para lo venidero, et que ánimos tuviesen los Españoles en qualquiera parte de la provincia. Solo Asdrubal, hijo de Gisgon, decia que la postrera costa, ó orilla de España, que está contra el mar Oceano et Caliz, aun no tenia noticia de los Romanos, y que por eso seria bien fiel á los Cartagineses. El otro Asdrubal et Magon tenian por cierto, que los ánimos et voluntades de todos ya estaban prevenidos por los beneficios que habian recibido de Scipion, y que no cesarian de pasar todos á Scipion, sino que los hombres de armas Españoles fuesen apartados de los fines de España, ó traspasados en Francia. E por ende aunque el Senado de los Cartagineses no lo determinase, Asdrubal debia ir á Italia, donde estaba la principal et mayor guerra, et que juntamente levase consigo los hombres de guerra Españoles, por los apartar del nombre de Scipion et de España. E de esta manera el exército de Asdrubal disminui-

do, ansi por los que se pasaban á Scipion, como por los que en la batalla adversa eran muertos et presos, que fuese rehecho et reparado con los Caballeros Españoles. Y que Magon dexando su hueste á Asdrubal, hijo de Gisgon, con mucho dinero debia pasar á Mallorca á traer soldados, y Asdrubal de Gisgon, con la hueste se fuese dentro en Lusitania, et no combatiese con los Romanos, y que á Masinisa de toda la gente de caballo mas esforzada le cumpliesen tres mil caballos, para que corriese por todas las partes de la España citerior ayudando á los amigos de los Cartagineses, et robase y talase las villas y campos de los enemigos. Estas cosas asi deliberadas, los Capitanes se dispusieron á poner por obra lo que habian ordenado.

CAPITULO IX.

De como Marcello vino á Roma, y se desculpó delante los Tribunos, y fue hecho Consul, y de como las provincias fueron repartidas.

Estas cosas hechas aquel año en España, cada dia crescia mas la fama de Scipion en Roma. Tambien Fabio alcanzó gloria por la presa de Tarento, aunque habia sido mas por ingenio que por esfuerzo, et la fama de Fulvio comenzaba á se envejecer. Marcello tambien estaba en mala reputacion. Lo primero por haber mal combatido contra los enemigos, y lo segundo, porque yendo Anibal por Italia, habia retraido en medio del estío la gente á Venusio dentro los muros. Era enemigo de Marcello Cayo Poblicio, Tribuno del pueblo: este desde la primera batalla, que fue adversa á Marcello, con muchas hablas lo habia infamado y ser mal quisto del pueblo, y aun tractaba de le quitar el Imperio. Mas los parientes et amigos de Claudio Marcello alcanzaron, que dexando Marcello su legado en Venusia,

viniese á Roma á desculparse de lo que sus enemigos le oponian, et que no se tractase en su absencia de le quitar la gobernacion. E acaso en el mismo tiempo Marcello vino á Roma á se purgar de su mala fama, y Fulvio Consul para hacer los ayuntamientos. Y del Imperio de Marcello se tractó en el cerco Flaminio con grande concurso del pueblo, y de todas las órdenes, et el Tribuno del pueblo acusó, no solo á Marcello, mas tambien á todos los Nobles que por engaño de ellos y pereza, se hacia que Anibal toviese la provincia de Italia diez años, y que mas tiempo habia vivido en ella que en Cartago: que el fructo y provecho, que el pueblo Romano tenia del imperio prolongado á Marcello, era dos veces haber sido vencido et muerto su exército, et que en medio del estío se estaba en Venusio á la sombra de las casas. Y en tal manera deshizo esta acusacion del Tribuno Marcello, trayendo en memoria las cosas que habia hecho, que no solo cesó la habla de le quitar el imperio y gobernacion, mas aun todas las Centurias con gran consentimiento, el dia siguiente, lo hicieron Consul, y fuéle dado Compañero Tito Quincio Crispino, el qual entonces era Pretor. Y el dia siguiente fueron hechos Prétores, Publio Licinio Craso Dives, gran Pontífice, y Publio Licinio Varo, Sexto Julio Cesar, y Quinto Claudio Sacerdote. En los dias de las elecciones la ciudad estuvo en cuidado por la rebelion de Hetruria. E Cayo Calphurnio, que era Pretor en aquella provincia, habia escripto, que el principio de ella habian sido los Aretinos. E asi luego fue enviado á ella el Consul Marcello, para que viese el negocio, et si le pareciese cosa digna, llamando el exército, pasase la guerra de Apulia á Hetruria. Los Hetruscos, refrenados por este temor, se asosegaron.

En este tiempo vinieron á Roma Embaxadores de Tarento, que demandaban paz con libertad y sus leyes, á los

quales el Senado respondió, que se tornasen, hasta que el Consul Fabio fuese venido á Roma. Aquel año fueron renovados los juegos Romanos y del pueblo por cada un dia. E fueron Ediles Curules, Lucio Cornelio Caudino, y Servio Sulpicio Galba; y del pueblo, Cayo Servilio, et Quinto Cecilio Metello. Decian que Servilio no habia sido con razon Tribuno del pueblo, ni era Edil, porque su padre, que era uno de los tres varones de los campos, habia sido fama que habia diez años, que fuera muerto por los Boios cerca de Modena, y agora era cosa cierta que vivia, et estaba en poderio de los enemigos.

El onceno año de la guerra Africana comenzaron el consulado Marco Marcello la quinta vez, contando el que no exerció por haber sido hecho con vicio, et Quinto Crispino. E á entrambos los Cónsules fue determinada por provincia Italia, y los dos exércitos consulares del año pasado: con el tercero, que entonces estaba en Venusia, el qual habia tenido el Marcello; demanera, que de los tres escogiesen los dos, que mas quisiesen, et el tercero fuese dado á quien vernia Tarento, y la provincia de Salento. Las otras provincias fueron partidas á los Prétores de esta manera: á Publio Licinio Varo, la de la ciudad; á Publio Licinio Craso, el gran Pontífice, la extrangera; y lo que el Senado deliberaria; á Sexto Iulio Cesar, Sicilia; á Quinto Claudio Flamen, Tarento; á Quinto Fulvio Flacco prorogaron el imperio por un año, para que tuviese la provincia de Capua con una legion, donde habia estado Tito Quincio Pretor. Tambien fue prolongado á Cayo Hostilio Tubulo, para que succediese á Cayo Calphurnio en Hetruria en lugar de Pretor con dos legiones. Y Lucio Veturio Philon, como Lugarteniente de Pretor, tuviese la misma provincia de Francia con las mismas dos legiones que siendo Pretor tenia. Y lo mismo fue hecho con Cayo Arunculeio. E fue propuesto delante el pueblo de prolongar el imperio,

ó gobernacion al Pretor que habia tenido á Cerdeña con dos legiones, y ayuntáronle para guarda de la provincia cincuenta galeas, las quales Publio Scipion habia enviado de España. E á Publio Scipion, et á Marco Sillano fueron señaladas sus Españas y sus exércitos por un año. E á Scipion fue mandado que de ochenta naos, que habia levado de Roma, y habia tomado en Cartagena, enviase cincuenta á Cerdeña, porque era fama, que grande aparato de naos estaba aquel año en Cartago, que con docientas naos hinchirian toda la costa de Italia, et Sicilia, et Cerdeña. Y en Sicilia de tal manera partieron las cosas, que á Sexto Cesar fue dado el exército de Cannas, y á Marco Valerio Levino, al qual tambien habian prolongado la gobernacion, que toviese la armada que estaba en Sicilia de setenta naos, et que ayuntase á ellas treinta naos, que el año pasado habian estado en Tarento, con las quales seria armada de cient naos, et si le paresciese pasase en Africa á robar. Y á Publio Sulpicio, para que con su misma armada tuviese por provincia á Macedonia et á Grecia, le fué prolongado su imperio por un año. De las dos legiones que habian sido en Roma, ninguna cosa fue mudada, et permitieron á los Cónsules, que supliesen lo que fuese menester. Con veinte y una legion fue aquel año defendido el Imperio Romano. Y fue dado cargo á Publio Licinio Varo, Pretor de la ciudad, que rehiciese treinta galeas viejas, que estaban en Hostia, y hinchese de marineros veinte galeas nuevas, para que pudiese defender la costa de la mar, propinqua de Roma, con armada de cincuenta galeas. E á Cayo Calphurnio fue mandado, que no se moviese de Aretio, hasta que viniese su succesor. E lo mismo mandaron á Tubulo, que guardase con diligencia, que no saliesen de allí algunos nuevos consejos.

Los Prétores partieron á las provincias, y los Cónsules quedaron en Roma por la religion, y porque ciertos prodigios

que fueron anunciados, no fueron aplacados facilmente. E avisaban de Capua que el templo de la Fortuna, et el de Marte, y algunos sepulcros habian sido heridos de rayos. Y añadian á esto, que en el templo de Júpiter los ratones royeran el oro; ca en tan pequeñas cosas la Religion viciada mezcla los Dioses: que en Casino un grande enxambre de abejas se habia asentado en la plaza, en Hostia un rayo hiriera la puerta y el muro, en Cere un buytre baxara volando al templo de Júpiter, y en los Vulsinos un lago manara sangre. E por estos prodigios se hizo un dia de suplicaciones, y se mataron hostias mayores algunos dias sin aplacar los Dioses. Y al fin el daño de estos prodigios se convertió sobre las cabezas y vida de los Cónsules con salud de la república. Los juegos Apollinares fueron primeramente hechos en el consulado de Quinto Fulvio, y Apio Claudio, por Publio Cornelio Sylla, Pretor de la ciudad. E despues todos los Prétores de la ciudad los hicieron, mas prometíanlos para un año, y hacíanlos en dia incierto. Aquel año fue gran pestilencia en la ciudad y campos, la qual mas se terminó en dolencias luengas que mortales. E por causa de esta pestilencia hicieron suplicacion á los Dioses por toda la ciudad en las encrucijadas. E á Publio Licinio Varo, Pretor de la ciudad, fue mandado que propusiese una ley delante el pueblo, que estos juegos fuesen para siempre votados en dia cierto, y él señalólos á quatro dias de Julio. E despues fue aquel dia guardado con solemnidad.

CAPITULO X.

De como á los Aretinos fueron demandados rehenes, y de lo que se determinó acerca de la peticion de los Tarentinos, y de como Anibal mató muchos Romanos en una celada.

La fama de los Aretinos cada dia crecia mas, y el cuidado crecia en los Padres. E por ende escribieron á Cayo Hostilio, que no dilatase el tomar de los rehenes, y enviaron á Cayo Terencio Varron, á quien los diese, para traer á Roma. E como llegó, mandó Hostilio á una legion que tenia el real delante la ciudad, que levase las banderas contra la ciudad, y dispuso sus guardas en lugares convenibles. E despues llamando los Senadores, mandó que le diesen rehenes, y demandando el Senado dos dias de tiempo, para lo consultar, él les dixo, que luego gelos diesen, sino que él el dia siguiente tomaria todos los hijos de los Senadores. Despues mandó á los Tribunos de los Caballeros, y á los Prefectos de los amigos et Capitanes de ciento, que guardasen bien las puertas, porque ninguno saliese de noche de la ciudad. Esto hicieron ellos con negligencia, que siete principales del Senado, antes que las guardas fuesen puestas en las puertas, se salieron de noche con sus hijos. El dia siguiente en amanesciendo como comenzaron llamar el Senado á la plaza, faltaron aquellos, et sus bienes fueron vendidos. E ciento y veinte hijos de los otros Senadores fueron tomados en rehenes, y fueron dados á Cayo Terencio, que los levase á Roma. Este hizo en el Senado todas las cosas mas sospechosas, que antes habian sido. Y asi estando aparejado el tumulto Hetrusco, fue mandado al mismo Cayo Tarencio levar una de las legiones de Roma á Aretio, et tenerla en guarda de la

ciudad. E plugo al Senado que Cayo Hostilio, con el otro exército, cercase toda la provincia, et proveyese que no tuviesen ocasion alguna los que deseaban hacer novedades. Cayo Terencio en allegando con la legion á Aretio, demandó á los oficiales las llaves de las puertas, y diciendo que no parescian, pensó que mas habian sido apartadas con astucia, que perdidas con negligencia, y luego hizo otras, y trabajó con diligencia que todas las cosas estuviesen en su poderio, y amonestó á Hostilio que tuviese esperanza, que los Hetruscos no harian movimiento, si trabajase que no les diese lugar para ello.

Despues de esto en el Senado fue grande contienda sobre los Tarentinos delante de Fabio, que defendia los que con armas habia tomado, estando los otros irados contra ellos, et igualábanlos muchos á la culpa y pena de los Campanos. E la deliberacion del Senado fue hecha al parecer de Marco Acilio, que la ciudad fuese tenida con gran guarda de gente, et que todos los Tarentinos fuesen detenidos dentro los muros, y que la causa se tractase de nuevo, despues quando Italia estuviese en mayor asosiego y reposo. Tambien tractaron en el Senado, no con menor contencion, de Marco Livio, Prefecto del castillo de Tarento: unos lo notaban con sus sentencias, y pareceres, diciendo, que por su negligencia Tarento habia sido dado á los enemigos: otros decian que debia ser galardonado, porque cinco años lo habia defendido, y que principalmente por su diligencia habian cobrado á Tarento. Otros tomaron el medio, diciendo, que el conocimiento de esto pertenecia, no al Senado, mas á los Censores, del qual parecer fue Fabio. E añadió mas, que él confesaba, que Tarento fuera cobrado por la diligencia de Livio, como sus amigos decian publicamente en el Senado, porque no fuera cobrado, sino fuera perdido.

Quincio Crispino, uno de los Consules, se fue á los

Lucanos con acrescentamiento de gente, para tomar la hueste que Quinto Fulvio Flacco habia tenido. E Marcello fue detenido por unas religiones sobre otras, puestas en su ánimo; porque habiendo él prometido en la guerra Francesa de hacer en Clastidio un templo á la Diosa Honra, y á la Diosa Virtud, los Pontífices le defendian la dedicacion, diciendo, que una celda ó capilla no estaba bien dedicada á dos Dioses, porque si fuese tocada del rayo del cielo, ó en ella se hiciese algun prodigio y mala señal, seria la purificacion de ella muy dificil, porque no se podria saber, á qual de las Diosas habian de hacer el sacrificio, y que segun su costumbre no podian bien hacer un sacrificio á dos Dioses, sacados algunos. E por esto el Consul ayuntó otro templo á la Virtud con obra muy apresurada; mas él no dedicó estos templos. E dado fin á esto, fuese á la hueste con guarnicion mayor, la qual hueste el año pasado habia dexado en Venusia.

Crispino trabajó en los Brucios de combatir los Locros, porque Tarento habia dado gran fama á Fabio. E hizo traer de Sicilia toda manera de ingenios y artillerias para los combatir. E habia asimismo hecho venir naos, que combatiesen la parte de la ciudad que estaba contra la mar. Este combate fue dexado, porque Anibal habia levado su hueste á Lacinio, et era fama que el otro Consul habia sacado ya su exército de Venusia, con el qual Crispino se queria ayuntar: de manera que de los Brucios se volvió á Apulia, et entre Venusia et Bancia, los Cónsules se asentaron con dos reales, á menos espacio de una legua. E Anibal tornóse á la misma region, apartada la guerra de los Locros. E allí entrambos los Cónsules feroces de ingenio, casi cada dia conmovian los Caballeros et hombres de armas al campo, con esperanza cierta, que si los enemigos se afrontaban con dos exércitos consulares, serian vencidos. Anibal porque el año pasado habia con Marcello dos veces sido

vencedor et vencido, no tenia esperanza ni temor de se combatir con él; mas creyó que no seria igual á los dos Cónsules. E por ende convertiéndose del todo á sus astucias, buscaba lugar para los asechar; mas entre ellos se hacian continuamente escaramuzas ligeras. E creyendo los Cónsules que con aquellas ligeras escaramuzas pasarian el estio, pensaron que podian con todo eso combatir los Locros, et escribieron á Lucio Cincio, que de Sicilia pasase con armada á los Locros; et porque pudiesen combatir los muros por mar, y por tierra, mandaron traer parte del exército, que estaba en guarda de Tarento. E como Anibal fuese de todo esto avisado por unos Thurinos, envió á ocupar el camino de Tarento; et allí, debaxo del monte de Pitilia, puso dos mil Caballeros et tres mil peones, en los quales cayeron los Romanos, yendo sin espias. E murieron acerca de dos mil, et fueron presos casi mil et docientos vivos, y los otros desbaratados fuyendo por los montes y bosques, se volvieron á Tarento. Entre los reales Romanos et Africanos, en un monte, habia una selva, que no habia sido ocupada por los unos, ni por los otros, porque los Romanos no sabian qué tal fuese la parte de ella, que estaba vuelta al real de los enemigos, et Anibal creyó que era mas apta et convenible para celada, que para poner en ella el real. E asi encerró en medio del bosque ciertas capitanías de Numidas, de los quales ninguno se movia entre dia, porque ni las armas, ni ellos fuesen vistos de lejos.

CAPITULO XI.

De como los Cónsules cayeron en la celada de Anibal, á donde fue Marcello muerto, y Quincio Crispino ferido, et Anibal tomó el anillo y sello de Marcello.

En el Real de los Romanos algunos decian muy claramente que debian ocupar aquel monte, y poner en él una fortaleza, porque si Anibal lo ocupase primero, ternian los enemigos casi acuestas. Esta cosa movió á Marcello, et dixo á su compañero, que por qué no iban con pocos Caballeros á lo espiar, porque viéndolo con los ojos, tendrian consejo mas cierto. E consentiendo en ello Crispino, fueron con docientos y veinte Caballeros, de los quales quarenta eran Fregellanos, et los otros eran Hetruscos. Y siguieronlos Marco Marcello, hijo del Consul, et Aulo Manlio, Tribunos de Caballeros, et dos Prefectos de los amigos et compañeros, conviene saber, Lucio Arennio, et Marco Aulio. algunos dicen que aquel dia Marcello habia hecho sacrificio, et que en la primera hostia se habia encontrado el hígado sin una cabeza, et en la segunda, todo, segun costumbre, et una cabeza mas: y estas señales no habian agradado al Sacerdote Auruspice, porque despues de las primeras entrañas faltosas et infaustas, las segundas habian parecido demasiado alegres. Mas el Consul Marcello tenia tanta cobdicia de se combatir con Anibal, que nunca creia que el real estaba bien allegado al otro real. E saliendo del muro del real hizo señal á los Caballeros que estuviesen aparejados, que si les agradaba el monte que iban á espiar, recogiesen todo el fardaje, et lo siguiesen. Un poco de campo estaba delante el real, et despues habia un camino abierto, et de cada parte paten-

te que iba al monte. Una espia de los Numidas, que estaba puesta allí, no por esperanza de tan grande hecho, mas solo para ver si algunos saldrian á apascentar, ó hacer leña, hizo señal que todos saliesen de sus celadas, los que estaban en el monte, para salir delante á los Romanos. E no se demostraron, hasta que otros los rodearon, y les cerraron el camino, para que no pudiesen tornar atras. Entonces á todas partes salieron todos, et levantando grandes clamores arremetieron sobre ellos. E los Cónsules viéronse en el valle en tal manera, que no podian subir al monte ya ocupado por los enemigos, ni podian tornar atras, pues tenian los enemigos encima; mas bien pudieran en algo diferir el combatir, sino que los Hetruscos, comenzando á fuir, pusieron temor en los otros. Mas los Fregellanos, desamparados de los Hetruscos, no dexaron de pelear, en tanto que los Cónsules esforzándolos, et combatiendo con ellos sostuvieron la necesidad; mas desque vieron entrambos los Cónsules heridos, y que Marcello traspasado de una lanza cayó del caballo quasi muerto, siendo pocos comenzaron de huir con el Consul Crispino, herido de dos saetas, ó dardos, et con Marcello el mancebo tambien herido. En aquella escaramuza et celada murieron Aulo Manlio, Tribuno de Caballeros, et de los dos Prefectos de los amigos y aliados murió Marco Aulio, et Arennio fue preso, et cinco Lictores de los Cónsules fueron presos vivos: los otros, ó fueron muertos, ó fuyeron con el Consul. Y de los Caballeros murieron quarenta y tres, ó en la pelea, ó en la fuida, et diez y ocho fueron presos vivos. Los del real movian alboroto para ir á socorrer á los Cónsules, quando vieron venir el un Consul, y el fijo del otro heridos. La muerte de Marcello fue miserable, ansi por su edad, porque tenia ya mas de sesenta años, como porque habia ido desapercebidamente, y no con su acostumbrada prudencia, y porque habia puesto á su compañero, y casi to-

da la república en perdicion. E yo haria muchas disgresiones en una cosa, si quisiese seguir extensivamente todas las cosas que los escriptores varian de la muerte de Marcello. Mas dexando los otros, Lucio Cecilio pone en tres maneras la orden de este caso. La una es sabida por la fama: la otra por un elogio escrito por el hijo, el qual se halló en el caso: la tercera es la que él dice que ha buscado et hallado. Y la fama asi es diversa, que muchos dicen, que salió del real por causa de espiar el lugar, et todos dicen que fue engañado por asechanzas y celada. E Anibal pensando que los enemigos tenian grande espanto por la muerte de él un Consul, et por la herida del otro, y por no faltar á alguna ocasion, luego pasó su real al monte donde habian peleado, et allí sepultó el cuerpo de Marcello que fue hallado. Crispino espantado por la muerte de su compañero, et por su herida, partióse la noche siguiente con silencio, et en los montes mas cercanos que alcanzó, puso su real en lugar alto y muy seguro. Entonces los dos Capitanes se movieron con mucha astucia, el uno para engañar al otro, et el otro para guardarse de ser engañado. E Anibal juntamente con el cuerpo de Marcello tomó un anillo con el sello. E Crispino, temiendo que Anibal no engañase algunos pueblos con error de aquel sello, envió á las ciudades comarcanas mensageros de la muerte de su compañero, y que los enemigos habian tomado su sello, porque no diesen fe á cartas enviadas en nombre de Marcello. Y no mucho antes allegó á Salapia este mensagero del Consul, quando Anibal envió cartas en nombre de Marcello, en las quales estaba escripto, que en la noche siguiente vernia á Salapia, et que los Caballeros que estaban en guarda estuviesen aparejados, para si en algo los hobiese menester. Los de Salapia sintieron esta astucia, y pensando que Anibal buscaba ocasion de los castigar, no solo por haberse dado ellos á los Romanos,

mas tambien por los Caballeros que le habian muerto, despacharon el mensagero, el qual era un fugitivo Romano, porque los soldados hiciesen lo que quisiesen sin arbitro alguno, et dispusieron los ciudadanos por los muros y lugares convenibles de la ciudad, et aquella noche con mayor atencion ordenaron las velas et guardas. E á la puerta, por la qual pensaban que debian venir los enemigos, pusieron toda la gente mas esforzada de la guarnicion. Anibal casi á la quarta vigilia de la noche llegó á la ciudad, et estaban en la delantera los fugitivos Romanos, y tenian armas Romanas. E llegando estos á la puerta, hablando en Latin, despertaron las velas, diciendo que abriesen la puerta, que el Consul venia. Las velas como si se despertasen por la voz de ellos, hacian ruido, et daban priesa et movian la puerta: y la compuerta estaba cerrada, la qual alzaron con barras, et con cuerdas, en tanta altura que pudiesen entrar derechos. E apenas estaba el camino bien abierto, quando los fugitivos entraron apriesa por la puerta. E como fuesen entrados casi seiscientos, afloxando la cuerda con que estaba colgada la compuerta, cayó con grande sonido. Entonces los Salapianos, unos acometieron á los fugitivos, que traian las armas descuidadamente colgadas en los hombros, como entre amigos, et otros espantaban los enemigos, de la torre de la puerta et muros, con piedras, palos y lanzas. En esta manera Anibal engañado con su misma astucia, se fue de allí.

Partiéndose Anibal de Salapia fuese á los Locros, por quitarles el cerco, el qual tenia sobre ellos Lucio Cincio, et los combatia con grande esfuerzo é ingenios, et toda manera de artillería que habia traido de Sicilia. E Magon que ya casi desconfiaba de poder tener et defender la ciudad, cobró la primera esperanza, oyendo la muerte de Marcello. E despues le vino mensagero, que Anibal venia á gran priesa con la gente de pie, habiendo ya enviado delante los

caballeros Numidas. E asi luego que sintió que se allegaban los Numidas, dando señal de las atalayas, súbitamente abrió la puerta de la ciudad, et con mucha ferocidad arremetió contra los enemigos: et en el principio la batalla fue dudosa, mas por la haber hecho de súbito, que por ser igual en fuerzas con los enemigos. Despues quando sobrevinieron los Numidas, tan grande espanto recibieron los Romanos, que por todas partes fuian al mar, et á las naos, dexando las obras y pertrechos, con los quales combatian los muros. De esta manera, con la venida de Anibal, fue levantado el cerco de los Locros.

Despues que Crispino supo que Anibal se habia ido á los Brucios, mandó á Marco Marcello, Tribuno de Caballeros, levar á Venusia la hueste que su compañero el Consul muerto habia regido. Y él con las legiones se fue á Capua, sufriendo con muchísimo trabajo el movimiento de las andas, por las grandes heridas, et muy malas que tenia. Y luego escribio á Roma de la muerte de su compañero, del peligro en que él estaba, et que no podia ir á Roma para hacer las elecciones, porque le parescia, que no podria sufrir el trabajo del camino, y tenia gran cuidado de la ciudad de Tarento, que Anibal no volviese á ella el exército que tenia en los Brucios, y que era menester que le enviasen legados, hombres prudentes y cuerdos, con los quales pudiese hablar las cosas que quisiese de la república. Leidas estas letras en Roma hicieron grande llanto sobre la muerte del un Consul, y mucho temor del otro. Y enviaron á Quinto Fabio, el menor, á la hueste de Venusia, y al Consul enviaron tres legados, conviene saber, Sexto Julio Cesar, Lucio Licinio Pollio, Lucio Cincio Alimento, que pocos dias ante habia venido de Sicilia. A estos fue mandado que dixesen al Consul, que si no podia venir á Roma á las elecciones, que él hiciese en el campo Romano un Dictador para los ayuntamientos: y

si el Consul fuese ido á Tarento, mandaron á los legados, que al Senado placia que Quinto Claudio, Pretor, levase las legiones Romanas á la parte donde pudiese defender muchas ciudades de los amigos y aliados.

En aquel mismo estío pasó Valerio de Sicilia en Africa con armada de cient naos, y corriendo cerca de la ciudad Clupea, taló todos los campos, no le saliendo casi ninguno al encuentro. E despues súbitamente retraxo su gente, con grande despojo, á las naos, porque era fama que la armada Africana venia, que era de ochenta y tres naos. E con esta armada, no muy lejos de Clupea, combatieron los Romanos con victoria, y tomaron diez y ocho naos, et las otras huyeron; de manera que con grande despojo de tierra y de mar se tornó Valerio á Lilybeo.

CAPITULO XII.

De como el Rey Filipo de Macedonia desbarató todos los Etolos, et echó á los Romanos de los campos de Corintho, y de como fue despues desbaratado por los Romanos.

En aquel mismo estío, el Rey Filipo dió socorro á los Acheos que gelo pidieron, á los quales, Machanidas, tirano de los Lacedemonios, fatigaba con guerra: y los Etolos, pasando su exército por el estrecho del mar, que era entre Naupacto y Patras, llamado Rhion, los habian robado. Y era fama que Attalo, Rey de Asia, queria pasar en Europa, porque los Etolos agora de nuevo le habian dado la mayor dignidad et oficio de su gente. Por esto los Etolos con el Capitan Physia, el qual aquel año habian hecho Pretor con Attalo ausente, salieron al encuentro á Philipo que descendia en Grecia, acerca de la ciudad llamada Lamia. Tenian consigo socorro enviado por el Rey Attalo, y casi mil hombres de la armada Romana enviados por Sulpicio

E contra este Capitan et exército dos veces combatió el Rey Filipo con victoria, et en entrambas las batallas mató muchos de los enemigos. Y despues, como los Etolos, forzados por el temor, se detuviesen dentro de los muros de Lamia, Filipo levó su hueste á Phalera. Este lugar es en el seno Maliaco, y en el tiempo pasado era muy poblado, por el excelente puerto et estaciones, ó playas seguras para qualquiera oportunidad de tierra, et de mar. E allí vinieron Embaxadores de Ptolomeo Rey de Egypto, et de los de Rodas, et de Athenas, et de los Chios, para estorbar la guerra entre Filipo et los Etolos. Los Etolos dieron por pacificador á Aminander su comarcano, Rey de los Attamanes. E todos estos no tenian tanto cuidado por los Etolos, mas feroces, que no era en los ingenios de los Griegos, como porque Filipo et su reyno, que habia de ser cosa grave para la libertad, no se mezclase en las cosas de Grecia. La consulta de la paz, fue dilatada hasta la congregacion et ayuntamiento de los Acheos.

Y para esta congregacion de los Acheos fue señalado dia y lugar cierto, y entretanto fueron puestas treguas por treinta dias. E despues el Rey se partió de allí á gran priesa por tierra de Thessaliá y Beocia, et vino á la ciudad de Chalcis de Euboea, para apartar de los puertos, y costas del mar al Rey Attalo, el qual habia oido que venia con armada á Euboea. Y dexando en ella guarnicion contra Attalo, si por ventura en este medio pasase, se partió con pocos caballeros de ligeras armas, et vino á la ciudad de Argos, donde por favor del pueblo hizo los juegos Hereos, y Nemeos, porque los Reyes de Macedonia se dice que tomaron su origen de aquella ciudad. Despues que fueron concluidos, se fue súbitamente á Rhion, donde muchos dias habia que estaba ordenada la congregacion de sus amigos. Y allí tractaron de acabar la guerra de Etolia, porque los Romanos, ni Attalo tuviesen causa de entrar en

Grecia. Mas apenas fue acabado el tiempo de las treguas que los Etolos turbaron todas estas cosas, luego que oyeron que el Rey Attalo habia venido á Egina, et que la armada Romana estaba en Naupacto. E llamados ellos al ayuntamiento de los Acheos, en el qual estaban las mismas embaxadas que en Phalera habian tractado de la paz, lo primero se quejaron de algunas cosas hechas contra la palabra del pacto en el tiempo de las treguas; á la postre dixeron, que no se podia quitar la guerra, sino que los Acheos restituyesen á Pilo á los Mesenios, et á los Romanos Athamanis: á Cordileo et Pleurato los Arideos. No paresció cosa digna á Filipo, que los vencidos pusiesen condiciones al vencedor, antes dixo, que él no habia oido alguna cosa de la paz, ni habia hecho treguas, porque tuviese esperanza que los Etolos asosegarian, mas porque hobiese á todos los amigos por testigos, que siempre él habia buscado causa de paz, et ellos de guerra. Y de esta manera, sin hacer la paz, se salió del ayuntamiento, dexando para ayuda de los Acheos quatro mil hombres de armas, et tomando cinco galeas: las quales si ayuntase á la armada de los Cartagineses, que le habian enviado, et á las naos que venian de Bithinia del Rey Prusia, deliberaba de hacer guerra por mar á los Romanos, los quales habia ya mucho tiempo, que eran poderosos por mar en aquella region. E de aquel ayuntamiento se volvió á Argos, porque se acercaba el tiempo de los juegos Nemeos, los quales él queria honrar con su presencia. Siendo el Rey ocupado en el aparato de los juegos, et dándose al placer et reposo, mas que el tiempo de la guerra requeria, Sulpicio saliendo de Naupacto, aportó con su armada entre Sycion y Corintho, y destruyeron y talaron el campo muy fertil de aquella tierra. E la fama que Sulpicio hacia, forzó á Filipo á dexar los juegos, et súbitamente se fue con la gente de caballo, mandando á los peones que lo siguie-

sen. E luego, dando sobre los Romanos derramados por los campos, et cargados de despojos, que no tenian ningun temor, les hizo retraer á las naos. La armada Romana, no muy alegre, se volvió á Naupacto con el despojo. E Filipo se tornó á ver lo que quedaba de los juegos; y porque la fama habia acrescentado la victoria que habia ganado, bastando que fuese de los Romanos, honró con grande placer los dias de las fiestas: en tanta manera, que quitándose publicamente la corona de la cabeza, et el vestido de púrpura, et el otro atavío real, se abaxó á igualarse con los otros, la qual cosa suele ser mucho aplacible á las ciudades libres. E cierto él diera con esto clara esperanza de libertad, si con su luxuria no hiciera cosas incomportables, sucias et deformes. Ca iba como quiera por las casas de mugeres casadas, con uno, ó con dos compañeros de noche et de dia: et sometiéndose como persona privada, quanto menos era visto, tanto era mas disoluto, et mostrando á los otros vana libertad, toda la volvia á su voluntad. E no curaba alcanzar las cosas por precio, ó por lisonjas, mas sus intolerables maldades hacia con mucha violencia et fuerza, et era cosa peligrosa, asi á los padres como á los maridos, querer poner dilacion, con severidad dañosa, á sus muy desordenados apetitos. E sin esto quitó á un principal de los Acheos, llamado Arato, la muger llamada Polycracia, et con esperanza de se casar el Rey con ella, la hizo levar á Mocedonia.

Despues de estas cosas tan malas, acabando los juegos de los Nemeos, et estando asi pocos dias, fuese á la ciudad de Dymas, para echar de ella la guarnicion de los Etolos, que habia sido llamada et recibida dentro de la ciudad por los Eleos. Et Cycliadas que tenia el mando y gobernacion, et los Acheos salieron á recibir al Rey acerca de Dymas, ayrados por odio contra los Eleos, porque se habian apartado de los otros Acheos, et enemigos de los Etolos,

los quales creian haber movido la guerra de los Romanos contra ellos. E partidos de Dymas, ayuntados los exércitos, pasaron el rio Larisso, que divide los campos de los Eleos, y de Dymas, y el primero dia que entraron en los campos de los enemigos, gastaron en talar y robar. Y el dia siguiente con ordenada batalla se allegaron á la ciudad, enviando delante los Caballeros, para que corriendo delante las puertas, moviesen los Etolos, gente pronta para salir á tales cavalgadas, ca no sabian que Sulpicio con quince galeas habia pasado de Naupacto á Cyllene, y poniendo en tierra quatro mil hombres armados, con el silencio de la noche por no ser visto, habia entrado en Elis. Y por ende esta cosa súbita les puso grande espanto, quando conoscieron entre los Etolos et Eleos mostrarse las armas et banderas Romanas. Y al principio quisiera el Rey retraer los suyos; mas despues siendo ya trabada batalla entre los Etolos et Trallos, viendo él que los suyos estaban en trabajo, corrió el mismo Rey con la gente de caballo contra la esquadra Romana. E allí su caballo fue ferido de una lanza, y derribado el Rey de cabeza ayuso: y de cada parte se encendió cruel batalla, haciendo los Romanos ímpetu contra el Rey, et defendiéndole los suyos, donde él peleó maravillosamente, y fue forzado de combatir de pie entre los de caballo. E despues como la batalla fuese ya desigual, et cerca de él cayesen muchos, et otros fuesen feridos, fue arrebatado de los suyos, et puesto en otro caballo, y asi fuyó. Aquel dia puso su real á cinco millas de la ciudad de Elis. Y el dia siguiente sacó todo su exército acerca de un castillo de los Eleos, llamado Pyrgo, donde habia oido haberse recógido gran multitud de labradores con los ganados, por temor de ser robados: y llegando, con el primero espanto tomó aquella multitud desordenada et sin armas, et con aquel despojo recompensó la mengua que habia recibido en Elis. E partiendo el despojo et

captivos, que eran quatro mil hombres, et de todo género de ganado veinte mil cabezas, vínole mensagero de Macedonia, diciendo, que un Europo habia tomado á Lichnido, con traicion del Capitan de la fortaleza y guarda, et que tenia algunas villas de los Dassaritios, y que atraia á sí los Dardanos. E dexando el Rey Filipo la guerra de Achaia, y de Etolia, et dos mil y quinientos hombres armados de toda manera, et por Capitanes á Menippo, et Poliphonto, para guarda de sus amigos, partiose de Dymas, y por Achaia, y Beotia, y Euboea, y asentando diez veces su real, allegó á Thessalia á la ciudad Demetriade. E allí le vinieron unos mensageros de mayor alboroto, conviene saber, que los Dardanos se habian derramado por Macedonia, et que ya tenian á Orestide, et habian descendido en el campo Argesteo, et que entre aquella gente bárbara era fama pública, que Filipo era muerto. En la batalla, que hubo en Sicio con los taladores del campo, con la furia del caballo habia encontrado en un gran arbol, et un recio ramo le habia quebrado la una parte del almete, y aquella parte quebrada la habia hallado un Etolo, et la habia levado á Etolia á Scerdileo, que conocia la señal del almete del Rey; et por aquí se habia publicado la fama que el Rey era muerto. Despues que el Rey se partió de Achaia, Sulpicio se fue con su armada á Egina, et se ayuntó con el Rey Attalo. E los Acheos combatieron con los Etolos y Eleos, no muy lejos de Messene con buena victoria. El Rey Attalo, y Publio Sulpicio pasaron el invierno en Egina.

CAPITULO XIII.

De como el Consul Tito Quincio Crispino murió de la una ferida, y Lucio Marcio fue hecho Dictadór para tener las elecciones, y para hacer ciertos juegos.

Al fin de este año murio el Consul Tito Quincio Crispino de la ferida, habiendo nombrado antes á Lucio Manlio Torquato Dictador para hacer los ayuntamientos y juegos. Unos dicen que murió en Tarento, otros en Campania. Dos Cónsules muertos, lo que nunca antes en guerra habia acaecido, sin batalla digna de memoria, dexaron la república casi huérfana. El Dictador Manlio nombró maestro de Caballeros á Cayo Servilio, que entonces era Edil curul. El primero dia que el Senado fue ayuntado, mandaron que el Dictador hiciese grandes juegos, los quales Marco Emilio, Pretor de la ciudad, siendo Cayo Flaminio, et Ceneo Servilio Cónsules, habia hecho, y prometido de los hacer de cinco en cinco años. Entonces el Dictador celebró los juegos, et los votó para otros cinco años. En este tiempo, porque estaban dos consulares exércitos tan cerca de los enemigos sin Capitanes, dexando todas las otras cosas á parte, un principal cuidado vino en los Senadores y el pueblo, de hacer luego Cónsules, y tales que la virtud y esfuerzo de ellos fuese segura de la astucia de Anibal, y de la qual se supiesen bien guardar, como en toda aquella guerra ninguna cosa hobiese tanto dañado á los Romanos, quanto los ingenios apresurados et hervientes de los Capitanes. Et principalmente aquel año los Cónsules, por demasiada codicia de combatir con los enemigos, habian caido en la celada no pensada; mas los Dioses inmortales habian compasion del nombre Romano, et habian guardado los exércitos que no tenian culpa, et habian echado la pena

del error sobre las cabezas y vidas de los Cónsules. Mirando y pensando los Padres, qué Cónsules hiciesen, sobre todos les parecia, que lo debia ser Cayo Claudio Neron, y buscábanle compañero. E á este tenian por varon muy excelente; empero mas pronto et esforzado, que los tiempos de la guerra, et el enemigo Anibal requeria, et juzgaban que debian templar su ingenio agudo, ayuntándole por compañero varon templado y prudente. Marco Livio era un varon que muchos años antes habia sido privado del consulado por juicio del pueblo. El qual recibió esta mengua con tanto enojo, que se fue al campo á su posesion, et muchos años estuvo fuera de la ciudad, et apartado de la compañia de los hombres: y despues casi á ocho años de su privacion, Marco Claudio Marcello, y Marco Valerio Levino, Cónsules, lo volvieron á la ciudad. Mas andaba vestido de vestiduras no acostumbradas, et sucio, et con el cabello et barba luenga, mostrando en su gesto, et hábito la memoria notable de la mengua recibida. E los Censores, Lucio Veturio, et Publio Licinio le mandaron hacer la barba, et cortar el cabello, et dexar aquella suciedad, et le hicieron venir al Senado, et usar de los otros públicos oficios. Mas aun entonces, ó con la palabra consentia, ó se arrimaba á alguna sentencia, hasta que la causa de su pariente, Marco Livio Macato, de cuya fama se tractaba, le forzó, estando en el Senado, á decir su parecer. Entonces comenzando á hablar despues de tanto tiempo, convertió asi los ojos de todos los que estaban en el Senado. Y dió mucha ocasion y causa á que hablasen, diciendo generalmente todos, que el pueblo le habia hecho injuria indignamente, et que esto habia sido grande daño, que en guerra tan grande la república no se habia aprovechado de la diligencia, ni consejo de tal varon: y que no podian ser dados compañeros en el consulado á Cayo Neron, Quinto Fabio, ni Marco Valerio Levino, por-

que no era cosa lícita que dos Patricios fuesen hechos Cónsules: que la misma causa era en Tito Manlio, ademas que habia rehusado el consulado que le daban, et lo habia de rehusar, y que serian dos excelentes Cónsules, si hiciesen á Marco Livio, compañero de Cayo Claudio. El pueblo no menospreció la mencion de este negocio, pues habia salido de los Senadores. Solo uno contradecia en la ciudad esta cosa, conviene saber, aquel á quien daban la dignidad, porque reprehendia la liviandad de la ciudad, diciendo, que los que no habian habido misericordia de un reo sucio, ofrecian la toga blanca al que no la queria, poniendo en un mismo lugar honra et pena: et que si lo tenian por buen varon, ¿por qué lo habian condenado por malo y dañoso? ¿y por qué habiéndole dado malamente el primero consulado, agora le daban el otro? Este hablaba estas cosas et otras semejantes, et se quejaba. Los Padres le reprehendian, trayéndole á la memoria, que Marco Furio sacado del destierro, habia restituido la patria á su lugar, del qual la habian echado, et que la crueldad de la patria se debe mitigar sufriendo, et comportando, como la de los padres et madres contra los hijos. E asi todos se esforzaron, et hicieron Consul á Marco Livio con Cayo Claudio. E á tres dias despues se ayuntaron para hacer Prétores, et fueron hechos Lucio Porcio Licinio, Cayo Mamilio, Aulo, et Cayo Hostilios Catones. E acabando de hacer los Prétores, et hechos los juegos, el Dictador et Maestro de Caballeros, renunciaron sus oficios. E Cayo Tarencio Varron fue enviado á Hetruria Lugarteniente de Pretor, porque de aquella provincia se fuese Cayo Hostilio á Tarento, á la hueste que el Consul Tito Quincio habia tenido. E mandaron que Lucio Manlio fuese allende del mar embaxador, et viese las cosas que allá se hacian: junto con esto, porque aquel estío habian de ser los juegos de Olympia, los quales se hacian en Grecia con gran ayuntamiento de gente,

le encomendaron que si pudiese seguramente, fuese á los dichos juegos, porque si algunos Sicilianos estuviesen allí, fuidos de la guerra, ó algunos ciudadanos de Tarento, desterrados por Anibal, volviesen á sus casas, et supiesen que el pueblo Romano les tornaba todas las cosas que tuvieron antes de la guerra. E porque parecia á todos que se aparejaba el año muy peligroso, ni en la república habia Cónsules, todos se volvieron á los Cónsules nombrados, et querian que luego partiesen por suerte las provincias, porque supiese cada uno qué provincia, et que enemigos habia de tener. Tambien se tractó en el Senado de la reconciliacion de la amistad entre ellos, haciendo de ello principio Quinto Fabio Máxîmo, porque habia entre ellos enemistades muy conocidas, et la adversidad de Livio las habia hecho mas fuertes et indignas, porque creia que habia sido menospreciado en aquella fortuna. Por esto era mas implacable, y decia que no habia necesidad de reconciliacion, que ellos harian todas las cosas mas esforzada, et mas atentamente, temiendo cada qual, de no dar lugar á su compañero de crecer. Mas proveyó la autoridad del Senado, que dexadas á parte las enemistades, con ánimo et consejo comun rigiesen la república. Y las provincias les fueron asignadas, no mezcladas las regiones, como los años pasados, mas apartadas en los postreros fines de Italia. Y al uno asignaron los Brucios et Lucanos contra Anibal, et al otro á Francia contra Asdrubal, el qual era fama que se allegaba á los Alpes. E mandaron que el Consul, á quien por suerte viniese Francia, tomase de dos exércitos que habia en Francia, y en Hetruria, el que mas quisiese, con el que estaba en la ciudad. El Consul á quien viniese la provincia de los Brucios, escribiendo nuevas legiones de la ciudad, tomase el exército que mas quisiese, de los Cónsules del año pasado. Y que Quinto Fulvio, Proconsul, tomase el exército, que el Consul dexase, et la gobernacion

le fuese dilatada por tiempo de un año. E á Cayo Hostilio, al qual por Hetruria habian mudado la provincia de Tarento, et por Tarento Capua, dieron una legion, la qual habia gobernado Fulvio el año pasado. Los Padres tenian cada dia mayor ciudado de la venida de Asdrubal en Italia. Los Embaxadores de Marsella habian primero contado que él habia pasado en Francia, et que los ánimos de los Franceses estaban levantados, porque era fama que traia mucho dinero para tomar á sueldo socorros. Y despues junto con estos fueron enviados de Roma Sexto Antistio, y Marco Recio por embaxadores para ver el negocio. Estos dixeron que habian enviado con los de Marsella ciertos hombres para saber la verdad por medio de los principales Franceses, que eran sus huéspedes, et que hallaron cierto que Asdrubal habia ajuntado gran hueste, para luego en el principio del verano pasar en Italia, y que otra cosa no le detenia, sino los Alpes que estaban cubiertos de mucha nieve aquel invierno. En lugar de Marco Marcello, fue hecho Augur Lucio Elio Peto: y Ceneo Cornelio Dolabella, fue hecho Rey de los sacrificios en lugar de Marco Marcio, que habia dos años que era muerto. En este mismo año los Censores, Publio Sempronio, et Marco Cornelio, ordenaron el lustro. E fueron contados ciudadanos ciento treinta y siete mil, y ciento y ocho personas: este número fue algo menor del que habia sido antes de la guerra. Dicen algunos, que aquel año fue el primero que los ayuntamientos fueron cubiertos, despues que Anibal vino en Italia, y que los juegos Romanos fueron renovados una vez por los Ediles curules, que fueron Quinto Metello, y Cayo Servilio. Y los juegos del pueblo fueron renovado dos dias por los Ediles del pueblo, Quinto Manlio, y Marco Cecilio Metello: y tres estatuas, ó coronas fueron dadas á la Diosa Ceres, y fue hecho el convite de Júpiter, segun era costumbre, por causa de los juegos.

CAPITULO XIV.

De como los Prétores tomaron por suerte las provincias, y fueron partidos los exércitos, y de cierta manera de sacrificios et ceremonias que se hicieron en Roma.

Despues de esto comenzaron el consulado Cayo Claudio Neron, et Marco Livio la segunda vez, los quales porque ya, despues de nombrados, habian sorteado las provincias entre sí, mandaron á los Prétores, que repartiesen por suertes las suyas. E á Cayo Hostilio vino la Jurisdiccion de la ciudad, et ayuntáronle la extrangera, porque tres pudiesen salir á las provincias. E asi á Licinio vino Cerdeña, á Cayo Mamilio Sicilia, á Lucio Porcio Francia. Y la suma de las legiones fue de veinte y tres, partidas en tal manera por las provincias, que los Cónsules tuviesen cada dos, y las Españas tuvisen quatro. Tres Prétores en Sicilia, Cerdeña, et Francia tuviesen cada dos. E Cayo Terencio en Hetruria tuviese dos, y Quinto Fulvio en los Brucios otras dos. E Quinto Claudio acerca de Tarento y los Salentinos dos, et Cayo Tubulo una en Capua: et mas se escribesen dos en la ciudad. E para las quatro primeras legiones hizo el pueblo Tribunos, et á las otras los Cónsules los enviaron. E antes que los Cósules se fuesen á sus provincias, fue ordenado un sacrificio de nueve dias, porque en la ciudad de los Veyos habian caido piedras del cielo. E como se acostumbra, despues de la mencion de una mala señal, ó prodigio fueron publicadas otras: que en Minturna habia sido herido de rayo el templo de Júpiter, et el bosque de Marica Nympha, y en Atela el muro et la puerta. Otra cosa mas espantable añadian los de Minturno, que un rio de sangre habia nacido en la puerta.

En Capua un lobo habia entrado de noche en la ciudad, et despedazado un guarda. E todas estas señales fueron aplacadas con sacrificios. E tambien deliberaron los Pontífices, que veinte y siete doncellas, de nueve en nueve, anduviesen por la ciudad cantando ciertos cantos, los quales habian de aprender en el templo de Júpiter Stator, compuestos por el Poeta Livio. El templo de la Reyna Juno en el monte Aventino fue tocado de rayo, et los Sacerdotes Auruspices dixeron, que esta mala señal et prodigio pertenecia á las dueñas, y que la Diosa debia ser aplacada con dádibas; y entonces por mandamiento de los Ediles curules fueron convocadas al Capitolio, las que tenian casas dentro de la ciudad et de fuera, hasta dos leguas. Y ellas entre sí escogieron veinte y siete, á las quales todas las otras traxesen cierta cantidad de dinero de sus dotes. Y de esta suma hicieron un bacion de oro, el qual levaron al monte Aventino, y pura y castamente las dueñas lo consagraron á la Diosa. Y luego los diez varones denunciarion un dia para hacer otro sacrificio á la misma Diosa, el qual fue hecho por esta orden. Del templo de Apolo fueron traidas á la ciudad por la puerta carmental dos vacas blancas, y detras de ellas levaban dos estatuas de ciprés de la Reyna Juno: las veinte y siete vírgenes vestidas con vestidos largos iban cantando á la Reyna Juno los versos, por ventura loables en aquel tiempo por los ingenios groseros, mas agora enojosos serian, et mal compuestos, si se dixesen. E seguian la orden de las doncellas los diez varones coronados de laurel, et vestidos con la ropa pretexta. E desde la puerta vineron por la calle Iugaria á la plaza. E la pompa et orden de esta gente se detuvo en la plaza, et las doncellas, tomadas entre sí de las manos, fueron baylando con los pies al son de la voz. E de allí por la calle Tusca y Velabro por medio de la plaza Boaria subieron al templo de Juno donde las dos bacas fueron sa-

crificadas por los diez varones, et las estatuas de ciprés fueron puestas en el templo.

Despues que los Dioses fueron aplacados, los Cónsules escribian la gente de armas mas reciamente, et con mayor cuidado que se habia hecho en los años pasados, porque el espanto de la guerra fue doblado por la venida del nuevo enemigo á Italia. E porque habia poca gente de mancebos para la guerra, por esto forzaron á dar gente á los colonos que tenian esencion sagrada. E como ellos rehusasen, mandaron los Consules que á cierto dia cada uno traxese al Senado el derecho con que tenian la esencion. E aquel dia vineron al Senado estos pueblos, conviene saber, el Ostiense, Alsiense, Antias, Anxuras, Diturnense, Sinuesano, et del mar de arriba, el de Senogalla. E como todos estos rezasen sus licencias, á ninguno de ellos fue guardada, pues estaban los enemigos en Italia, sino al de Antias et Ostiense. E los mancebos de estas dos colonias hicieron juramento, que pasados de quarenta no tendrian la noche de fuera de los muros de su colonia entretanto que el enemigo estuviese en Italia. E juzgando todos que luego que fuese el tiempo bueno, los Cónsules debian ir á la guerra, porque debian de salir al encuentro á Asdrubal, que descendia de los Alpes, para que no conmoviese los Franceses que moraban de esta parte de los Alpes, ni la Hetruria que estaba movida para hacer alguna novedad, y debian ocupar á Anibal con su propia guerra, porque no pudiese salir de los Brucios, et ayuntarse con su hermano; el Consul Livio se detenia confiando poco de los exércitos de sus provincias, ca su compañero tenia la eleccion de dos excelentes exércitos consulares, et del tercero, que habia gobernado Quinto Claudio en Tarento. Asi habia hecho mencion de hacer tornar á la guerra los Volones, que eran siervos de guerra. El Senado dió libre poderio á los Cónsules de suplir de donde quisiesen, et de

todos los exércitos escoger los que mas quisiesen, y de trocar y sacar de las provincias los que les paresciesen ser mas provechosos para la república. Todas estas cosas hicieron los Cónsules con grande concordia, y los Volones fueron escriptos en las legiones decima nona, y vicesima. E tambien Scipion envió al Consul Livio gente de grande esfuerzo de España. Escriben algunos autores, que fueron ocho mil Españoles y Franceses, et dos mil de las legiones de hombres de armas, et Caballeros mil y ochocientos, mezclados Numidas y Españoles, y que este exército traxo Marco Lucrecio en naos, et que Cayo Mamilio envió de Sicilia hasta quatro mil ballesteros et tiradores de honda. Las cartas que Lucio Porcio, Pretor de Francia, envió al Senado, movieron en Roma grande alboroto, ca decian, que Asdrubal se habia levantado de donde habia tenido el invierno, y que ya pasaba los Alpes, y que ocho mil Ligurianos ó Genoveses se habian escripto y armado, et que estos, en pasando en Italia, se ayuntarian con él, si no enviasen contra ellos quien los ocupase con guerra. E decia mas, que él con su exército, no muy fuerte, saldria contra ellos lo mas seguro que pudiese. Estas cartas hicieron salir á los Cónsules á sus provicias mas presto que tenian determinado, con tal pensamiento, que cada uno de ellos detuviese los enemigos en su provincia, et que no sufriesen que se ayuntasen Asdrubal y Anibal, ni ayuntasen sus fuerzas en uno. E mucho ayudó á esto la opinion de Anibal, el qual aunque creia que su hermano habia de pasar aquel estío en Italia, acordándose de lo que él habia pasado en el paso del Ródano y de los Alpes, combatiendo y peleando con los hombres et lugares por espacio de cinco meses, no esperaba que facilmente y tan presto pasase su hermano; y esto fue causa que él partió tarde de donde habia estado el invierno.

CAPITULO XV.

De como Asdrubal pasó muy presto los Alpes et puso sitio sobre Placencia, et los Cónsules se fueron á sus provincias.

Asdrubal hizo todas sus cosas mas presto et con menos empacho que él esperaba, et todos los otros, porque no solo lo recibieron los Arvernos, et despues otras gentes Francesas et de los Alpes, mas aun lo siguieron en la guerra. E no solo levava su hueste por muchas partes enfortalecidas con el pasar de su hermano, que antes no tenian camino, mas tambien siendo abiertos los Alpes, et con la costumbre de doce años, pasaban ya entre gente mas humana, porque hasta allí aquella gênte no había tenido conversacion con extrangeros, ni habian visto hombres agenos en su tierra, mas eran salvages et enemigos de qualquiera generacion. Y en el principio no sabiendo adonde pasaba Asdrubal, creian que venian á robar sus fortalezas y castillos, et ganados et hombres. Mas despues la fama de la guerra Africana, la qual habia ya doce años que duraba en Italia, les habia bien enseñado, que los Alpes solo eran camino, et que dos valientes ciudades, muy apartadas entre sí con grande espacio de mar et de tierra, combatian sobre el imperio et riquezas. Estas causas abrieron los Alpes á Asdrubal; mas lo que hizo con la presteza del camino, todo lo gastó con la tardanza que hizo sobre Placencia, cercándola mas en vano, que combatiéndola. Creia el que ligeramente podria tomar la ciudad puesta en el campo llano, et la nobleza de la colonia le habia persuadido que pondria grande espanto á otras ciudades, si aquella destruyese. E aquel combate, no solo detuvo á él, mas tambien detenia á Anibal, que despues de la fama de su pasada tanto

mas breve de lo que esperaba, movia de donde habia tenido el invierno con el exército; ca no solo pensaba quanto hacia perder tiempo el combatir las ciudades, mas tambien quanto en vano él mesmo habia tentado aquella colonia, volviendo vencedor de Trebia. E partiéndose los Cónsules de la ciudad por diversos caminos, asi como en dos guerras habian ocupado los pensamientos de los hombres, acordándose de las destruiciones que habia traido en Italia la primera venida de Anibal. E tambien les solicitaba otro cuidado, conviene saber, qué Dioses habian de ser tan favorecedores á su ciudad y Imperio, que en un mismo tiempo hiciesen á dos partes guerra con prosperidad de la república. E cotejando las cosas prósperas con las adversas, la cosa babia sido traida hasta aquel tiempo. Como en Italia, en Trasimeno y Cannas fue derribada la república Romana, en España las guerras prósperas la habian levantado. Despues como en España hobiese venido una destruicion sobre otra, perdiendo dos Capitanes tan excelentes, et habiendo destruido casi dos exércitos; las cosas hechas con prosperidad en Italia, y en Sicilia habian esforzado la república cansada. Y el intervalo del lugar, porque la una guerra era en las postreras partes del mundo, habia dado espacio para respirar; mas agora dos guerras eran tomadas en Italia, y dos Capitanes de grande fama estaban en derredor de Roma, et todo el peligro et carga se habia acostado en un lugar: de manera que el que primero de ellos venciese, en pocos dias ayuntaria el real con el otro. Tambien les espantaba el año pasado, triste por las muertes de dos Cónsules. Con estos pensamientos los hombres cuidadosos siguieron á los Cónsules que iban á sus provincias. Tambien dicen que Marco Livio estaba aun lleno de ira contra los ciudadanos, y que, partiendo para la guerra, respondió á Quinto Fabio, que le aconsejaba que no se pusiese neciamente á combatir antes de conocer la manera, et

linage de los enemigos, que donde quiera que viese el exército de los enemigos, combatiria con ellos. Y preguntado de la causa que lo movia á se apresurar tanto, dixo. Porque, ó conseguiré excelente gloria de los enemigos, ó recibiré gozo bien merecido, si no honesto, de los ciudadanos vencidos.

E antes que el Consul Claudio llegase á su provincia, Cayo Hostilio Tubulo, salió contra Anibal que levaba su exército por el campo Larinate á los Salentinos, et acometiendo con las esquadras ligeras sobre la gente desordenada, hizo grande alboroto en los enemigos, mató cerca de quatro mil hombres, y tomó nueve banderas de guerra. Y á la fama de los enemigos Quinto Claudio se habia movido del lugar á donde habia estado el invierno, el qual tenia su real ordenado por las ciudades del campo Salentino. E Anibal por no combatir con dos exércitos, levantó de noche su real del campo de Tarento, y se apartó á los Brucios. E Claudio volvió su gente á los Salentinos, et Hostilio yendo á Capua, salió delante al Consul Claudio en Venusia, donde de los dos exércitos fueron escogidos quarenta mil peones, y dos mil y quinientos caballeros, para que con ellos el Consul hiciese la guerra contra Anibal. Y fue mandado á Hostilio que levase la otra parte del exército á Capua para que lo diese á Quinto Fulvio Proconsul.

CAPITULO XVI.

De como el Consul Claudio desbarató á Anibal, y de como fueron por los Romanos tomadas las cartas que Asdrubal enviaba á Anibal.

Hanibal recogiendo de todas partes el exército que habia tenido en quarteles de invierno, ó en guarniciones en el campo de los Brucios, fuese á Grumento, en los Lucanos, con esperanza de cobrar las villas que por temor de los Romanos se le habian rebelado. E al mismo lugar se fue de Venusia el Consul Romano, habiendo primero espiado los caminos; et quasi á mil et quinientos pasos cerca de los enemigos, asentó su real. El baluarte de los Africanos parecia estar quasi junto á los muros de Grumento. E quinientos pasos habia entre el real Africano et Romano, y entre medias estaba un campo. Y estaban unos collados, ó cerros al lado izquierdo de los Cartagineses, y al derecho de los Romanos, ni á unos, ni á otros sospechosos, porque no tenian árboles ni cuevas para poner celadas. En medio del campo, corriendo de un lado á otro, hacian escaramuzas no muy dignas de ser escriptas. E solo parecia que el Capitan Romano no queria dexar ir los enemigos. Anibal deseando librarse de allí, salia con todas fuerzas á la batalla. Entonces el Consul usó de la astucia del enemigo: y quanto menos temor habia de celada en los cerros tan abiertos, mandó á cinco esquadras, ayuntándoles otros cinco esquadrones con sus banderas, pasasen de noche el altura del collado, et se asentasen en los valles de la otra parte, y dixo á Tito Claudio Asello, Tribuno de Caballeros, y á Publio Claudio, Capitan de los amigos que enviaba con ellos, á qué tiempo habian de salir de la celada, et acometer á los enemigos. Y él, en amaneciendo, sacó al cam-

po todo su exército de caballeros y de peones. Y dende á poco hizo Anibal señal de batalla, y en su real fueron levantados alaridos et voces de los que corrian á las armas: et despues los caballeros et peones salian apriesa por las puertas, y tendidos por los campos iban contra los enemigos. E viéndolos el Consul ir desmandados, mandó á Cayo Aurunculeio, Tribuno de los caballeros de la tercera legion, que con quanto mayor ímpetu pudiese enviase los caballeros de su capitanía sobre los enemigos: que se desmandaran á manera de bestias por todo el campo et antes que se ordenasen podian ser deshechos. Y Anibal aun no habia salido de su real, quando oyó las voces de los que peleaban, et asi movido por el alboroto, súbitamente sacó toda la hueste contra los enemigos. E ya el espanto de los caballeros habia ocupado los primeros, et tambien la primera capitanía de peones, et la ala derecha comenzaban la batalla. Los enemigos desordenados, como el caso les traia delante caballeros ó peones, asi peleaban; y la batalla crecia con los socorros, et con el número de los que corrian á ella. E cierto Anibal ordenara su gente entre el alboroto et espanto, lo qual es cosa muy dificil, sino en exército, et Capitan viejo y experimentado; mas oido á las espaldas el clamor de las capitanías que estaban en la celada, et corrian ya por los cerros, púsoles temor de que cerrasen el camino para volver al real. Entonces todos se espantaron, et comenzaron á huir por todas partes, et la matanza en ellos fue menor, porque estando cerca el real, les hacia breve la huida, aunque los caballeros les iban á las espaldas, y las esquadras salian á los lados, teniendo camino abierto et facil por los cerros. Empero mas de ocho mil hombres fueron muertos, y presos mas de setecientos, et fueron tomadas nueve banderas de guerra. E de los elefantes, que en tan súbita batalla no pudieron aprovechar, fueron muertos quatro, et dos tomados; et cayeron docientos

de los Capitanes de los Romanos, y de sus amigos. El dia siguiente los Africanos reposaron. El capitan Romano, sacando al campo su exército, despues que vido que los contrarios no sacaban las banderas, mandó coger los despojos de los enemigos muertos, et hizo sepultar los cuerpos de los suyos en un lugar. E despues algunos dias continuos, asi estuvo en las puertas del real, que quasi parecia que queria sacar las banderas á combatir, hasta que Anibal en la tercera vigilia de la noche dexando muchos fuegos, et las tiendas, de la parte que estaba hácia los enemigos, et dexando ciertos Numidas que se mostrasen en el baluarte et puertas, se partió para ir á Apulia. Y en amaneciendo, la gente Romana se fue contra el baluarte. Los Numidas, como lo tenian ordenado, un poco se mostraron en el baluarte et puertas, y engañando algun tanto los enemigos, corriendo con los caballos, alcanzaron la hueste de los suyos. El Consul viendo silencio en el real, et no viendo aquellos pocos que en la primera luz andaban entre las puertas, envió dos caballeros á espiar al real, et desque fue de todo informado, mandó sacar las banderas, et tanto se detuvo por allí, quanto la gente discurrió á robar el real; despues mandó hacer señal á recoger, et mucho antes que anocheciese recogió el exército. El dia siguiente partió luego de mañana siguiendo con grandes jornadas la fama et el rastro de los enemigos, los quales alcanzó no muy lejos de Venusia. A donde tambien fue la batalla súbita, et fueron muertos mas de dos mil Africanos. Despues Anibal, yendo de noche por los montes, por no dar lugar de combatir, se fue á Metaponto, y de allí envió á Hannon, que era Capitan de la guarnicion de aquel lugar, á los Brucios con poca gente para hacer nuevo exército. E juntado el de Hannon con el suyo, por los mesmos caminos por donde vino, se tornó á Venusia, et de allí pasó á Canusio. Y Neron nunca se apartaba del rastro

del enemigo, et yendo él á Metaponto, hizo ir á Quinto Fulvio á los Lucanos, porque aquella region no estuviese sin guarnicion.

En este medio, Asdrubal, despues que levantó el cerco de Placencia, envió quatro Caballeros Franceses et dos Numidas con cartas á Anibal. Y como hubiesen pasado por medio de los enemigos quasi toda la longura de Italia; quando seguian á Anibal que se retraia á Metaponto, no sabiendo el camino, vinieron á Tarento. E allí fueron levados de los Romanos, que robaban los campos, á Quinto Claudio, Lugarteniente de Pretor. Al principio estos se revolvian con respuestas inciertas, mas despues que hubieron temor de los tormentos, confesaron la verdad, et dixeron, que levaban cartas de Asdrubal á Anibal. E con las mesmas cartas, como estaban selladas, fueron dados á Lucio Virginio, Tribuno de caballeros, para que los levase al Consul Claudio Neron. E fueron enviadas con ellos juntamente dos capitanías de Samnites, por levarlos en buena guarda. E depues que llegaron al Consul, et las cartas fueron leidas por el intérprete, et los presos fueron preguntados; Claudio pensó entonces no ser este tiempo de la república, que cada uno dentro de su provincia hiciese guerra con sus exércitos contra los enemigos por el Senado señalados, mas que antes debian acometer et osar alguna cosa súbita et no pensada, la quál comenzada no hiciese menos espanto en los ciudadanos que en los enemigos, et acabada, los convirtiese de grande temor en grande alegria. E pensando esto, luego envió las cartas de Asdrubal al Senado, et juntamente escribió á los Senadores lo que él aparejaba hacer, para que, como Asdrubal escribia á su hermano que le saldria delante en Umbria, los Padres mandasen ir la legion de Capua á Roma, et en Roma escribiesen gente de armas, et pusiesen el exército de la ciudad acerca de la ciudad Narnia á los enemigos. Estas

cosas escribió el Consul al Senado. Despues envió delante hombres por el campo Larinate, et Marrucino, et Ferentino, et Pretuciano, por donde habia de levar su exército, para que todos, de los campos et ciudades, sacasen al camino vituallas aparejadas para comer la gente, et sacasen caballos et otras acémilas, para que hobiese abundancia de cavalgaduras para los cansados. El de toda su hueste escogió de lo mas esforzado et valiente seis mil peones, et mil caballeros, et díxoles, que queria tomar en los Lucanos la ciudad mas cercana, et que en ella queria tomar la guarnicion Africana; por eso que todos estuviesen aparejados para camino. Partiendo de noche volvió su camino al campo Piceno, et con las mayores jornadas que podia, iba con los suyos hácia su compañero, habiendo dexado á Quinto Cacio, legado, gobernador del real.

CAPITULO XVII.

Del temor que hobieron en Roma sobre la ida del Consul, y de como él reveló á sus Caballeros á donde iba.

En Roma no era menor el temor, espanto, et alboroto, que habia sido dos años antes, quando el exército, y real Africano estaba puesto delante los muros et puertas de Roma. Y no sabian si alabasen, ó reprehendiesen el tan atrevido et osado camino que el Consul Claudio Neron habia tomado, ca parecia que alcanzaria fama por el acaecimiento, lo que es cosa muy mala: et decian, que habia dexado el real acerca del enemigo Anibal sin caudillo, y que habia quitado al exército lo mas florido et esforzado de la gente, et que el Consul habia significado que iba á los Lucanos, yendose á Piceno, et á Francia, dexando el real no por otra cosa mas seguro, que por el error

et ignorancia de los enemigos, que no sabian que el Capitan, et parte del exército estaban absentes. ¿Qué será si esto se descubre? ó ¿si Anibal querrá perseguir con toda su hueste á Neron, que ha ido con seis mil hombres, ó querrá dar sobre el real dexado sin fuerzas, et sin imperio, et favor de los Dioses? Los peligros, daños et destruiciones viejas de aquella guerra, et dos Cónsules, poco antes muertos, los espantaban. Que todos estos peligros et otros muchos males habian acontecido estando un exército et un Capitan de los enemigos en Italia, et agora se habian hecho dos guerras Africanas, dos grandes exércitos, et quasi dos Anibales estaban en Italia, porque Asdrubal del mismo Padre Hamilcar era hijo, Capitan esforzado et exercitado tantos años en España en guerra contra los Romanos, famoso por dos victorias, et por haber muerto dos Capitanes con exércitos esclarecidos. Y que de la presteza del camino de España á Italia se podia mucho mas gloriar que Anibal, habiendo movido las gentes Francesas á la guerra, porque en aquellos lugares él habia recogido aquel exército, en los quales Anibal perdió la mayor parte de su gente por hambre, et frio, que son maneras muy miserables de morir. E sin esto decian los que sabian las cosas de España, que Cayo Neron se habia de encontrar, no con Capitan no conocido, mas con aquel que lo habia otras veces engañado, et tenido en cuenta de niño, escribiéndole engañosas condiciones de paz, en tiempo que Asdrubal era detenido por Neron en un bosque harto fragoso. Tambien con el temor, que siempre, ó las mas veces inclina los ánimos á lo peor, juzgaban todas las fuerzas de los enemigos ser mayores que las suyas, aunque no fuese verdad.

Despues que Neron conoció que habia apartado su gente de los enemigos, tanto espacio quanto le pareció ser cosa segura descubrir et manifestar su consejo et intencion, con

pocas palabras habló con sus Caballeros, diciendo. » Yo sé » que ningun consejo de Capitan hasta hoy, en la aparien» cia, ha sido mas osado que el mio, ni de hecho mas segu» ro; ca sabed que os llevo á todos vosotros á victoria cier» ta, conviene saber, á la guerra, á la qual mi compañero » no ha querido ir antes que el Senado le diese gran abun» dancia de caballeros et peones á su contentamiento, et » mayores et mas armados que se debiera ir contra el mis» mo Aníbal. Asi quanto quier que acrecentareis de fuer» zas, vosotros inclinareis todo el negocio. Solamente sepan » los enemigos, que viene el otro Consul con otro exér» cito, aunque yo trabajeré que no lo sepan hasta que sea» mos con ellos, et haré victoria cierta. Y la fama de este » hecho dará fin á toda la guerra, porque cosas de poco mo» mento suelen conmover et despertar los ánimos á esperanza » y á temor. E si en este negocio bien obráredes, alcanza» reis el fruto de la gloria y la utilidad, et provecho casi todo » será para vosotros. Siempre lo que á la postre viene á se » ayuntar á alguna cosa, aquello parece que lo hace todo. » Vosotros veis con quanto concurso, et admiracion, y favor » de hombres ha sido honrado vuestro camino." E cierto pasaban por todos lugares á donde muchos órdenes de hombres, y de mugeres, muy ataviados, los salian á recibir, y entre sus votos, deseos et ruegos llamábanlos socorro de la república, conservadores de la ciudad, et Imperio Romano: decian, que en sus manos y armas estaba puesta la salud et libertad de ellos y de sus hijos. Rogaban á los Dioses que les diesen camino dichoso y bien aventurado, y batalla próspera, et cumplida victoria de los enemigos, y que ellos fuesen condenados á cumplir los votos que por ellos tomaban, y que como agora les iban detras con cuidados, asi dentro pocos dias los saliese, con mucho gozo, á recibir alegres por la victoria. Despues todos juntos, cada uno por sí, los convidaban á que tomasen de ellos las cosas necesarias

para ellos y á sus caballos y acémilas, et todas gelas ofrecian delante, y les fatigaban con ruegos, que todas estas cosas les daban cumplidamente con mucha benignidad. E los Caballeros contendian con templanza de no tomar mas de lo necesario: no se detenian, ni se apartaban de las banderas: iban noche y dia tomando de comer, y apenas daban reposo á los cuerpos sino lo que era conveniente al deseo natural. Neron habia enviado mensageros á su compañero que le avisasen de su venida, et le demandasen si queria que viniesen escondida, ó públicamente, de noche, ó de dia, et que si se asentasen en su real ó en otro. E pareció ser mejor que entrase de noche. Y Marco Livio habia dado señal y orden, que el Tribuno recibiese al Tribuno, et el Centurion al Centurion, y el caballero al caballero, y el peon al peon: ca no era menester extender los reales, ni hacer regocijo, porque el enemigo no sintiese la venida del otro Consul, et que facil cosa era muchos apretarse en lugar angosto, porque la gente de Claudio no habia traido otra cosa sino las armas. Mas en el camino habia crecido la gente, ofreciéndose de su voluntad muchos de los caballeros viejos, ya licenciados, et de los mancebos, los quales á porfia daban sus nombres. E hizo Claudio escribir todos los que le parecieron dispuestos para la guerra, asi en cuerpos como en fuerzas. El exército del otro Consul estaba en Senogalla, et estaba de él apartado Asdrubal quasi quinientos pasos. E por esto allegando, Neron se detuvo cubierto de unos montes, por no entrar de dia en el real. En la noche entró con grande silencio toda la gente, et cada uno de ellos fueron levados por los de su orden á las tiendas, et con grande gozo fueron amigablemente recibidos. El dia siguiente tuvieron consejo, en el qual entrevino Lucio Porcio, Pretor. Este tenia su real junto al de los Consules, el qual, antes de la venida de ellos, levando el exército, algunas veces por lugares altos, otras

por angostos y ásperos por cerrar el paso, et otras saliendo á los enemigos á los lados, ó detras, los habia burlado con todas astucias de guerra. Este estaba entonces presente en el consejo. Era el parecer de muchos, que hasta que Neron repasase su gente cansada por el camino, et tomase para sí pocos dias para conocer los enemigos, fuese diferido el tiempo de la batalla. Neron trabajó, no solo en les amonestar, mas en les rogar, que no hiciesen su consejo peligroso deteniéndose, el qual la suma diligencia habia hecho muy seguro: que Anibal detenido por la ignorancia, la qual no puede mucho durar, no acometia su real dexado sin caudillo, ni habia entendido en le seguir, que antes que Anibal se moviese, podia ser destruido el exército de Asdrubal, et él volverse á Apulia. E dixo aun Neron, que quien dilatando daba espacio al enemigo, daba ocasion de dar su real á Anibal, et le abria camino para volver á Francia, para que á su placer, quando quisiese, se ayuntase su exército con el de su hermano Asdrubal. Asi que luego, sin otro embarazo ni dilacion, debian hacer señal para salir al campo et usar de la ventaja del error que tienen los enemigos presentes et absentes, en tanto que los absentes no saben que tienen que hacer con pocos, ni los presentes saben tener que hacer con muchos mas, y mas esforzados et valientes. E por esto dexado el consejo hicieron señal de batalla, y súbitamente salieron al campo.

CAPITULO XVIII.

De como Asdrubal conoció por ciertas señales que los dos Cónsules estaban juntos, et quiso huir la batalla, et de como fue muerto en ella.

Ya los enemigos estaban delante el real, y dilatose un poco la batalla por causa que Asdrubal habia conocido escudos viejos de los enemigos, los quales no habia antes visto, y vido caballos mas flacos, et tambien mayor multitud de gente de la acostumbrada. E sospechando lo que era, luego mandó hacer señal á recoger, y envió al rio donde abrebaban los caballos, hombres que mirasen si verian algunos mas quemados en el color de la cara, como nuevamente venidos. E tambien mandó cercar el real, et mirar si el baluarte en alguna parte era acrecentado, et que escuchase si en el real tocaban las trompetas una vez, ó dos. E como estas cosas por orden le fuesen dichas, los reales no crecidos le daban causa de error, porque eran dos, como antes de la venida del otro Consul, el uno de Livio, et el otro de Porcio, et ninguno de ellos habia sido crecido en los baluartes para los tender mas en ancho. Una cosa movió al Capitan viejo y exercitado enemigo de los Romanos, que le decian que en el real del Pretor habian oido una vez la trompeta, et en el del Consul dos veces. E decia, por cierto dos Cónsules hay: et tenia grande cuidado como el Consul se pudiese haber apartado de Anibal, et en ninguna manera podia sospechar lo que era, conviene saber, que Anibal fuese burlado en cosa tan grande, et que no supiese donde fuese el Capitan et exército con quien tenia su real afrontado. E temia Asdrubal en gran manera que Anibal no fuese espantado de alguna grande destruicion, et que por eso no habia osado seguirle. Y creia

que él venia tarde á ayudar á las cosas ya perdidas, et que los Romanos ya tenian en Italia la fortuna próspera que tenian en España. Y pensaba que sus cartas no habian llegado á Anibal, et creia que habiéndolas tomado el Consul, habia acudido presto allí por le deshacer. Estando fatigado con estos cuidados et pensamientos, matando los fuegos á la primera vigilia de la noche, hizo señal, que con silencio recogiesen las tiendas, et mandó sacar las banderas. Y como los que guiaban, con el temor de la noche no fuesen bien guardados en el camino, el uno se quedó en lugares escondidos, et el otro por los vados conocidos pasó el rio Metauro, de manera, que la esquadra desamparada de las guias, iba derramada por los campos, et algunos cansados del velar se echaban á todas partes á dormir, dexando las banderas. Y mandó Asdrubal, hasta que el dia ya mostrase el camino, que levasen las banderas por la orilla del rio; et yendo por las vueltas del rio torcido, no pasó mucho adelante. E tenia ordenado de pasar por donde el dia le mostraria paso convenible; empero quanto mas se apartaba del mar, no hallaba vados, porque las riberas eran altas, et el rio angosto, et hondo. Y gastando asi el dia, dió espacio á los enemigos para lo perseguir. Y primero vino Neron con toda la gente de caballo, et despues lo siguió Lucio Porcio con toda la gente de armas ligeras: los quales corriendo esforzadamente á todas partes, et encontrando con los enemigos cansados, el Capitan Africano, dexando el camino, quisiera asentar su real en un montecillo sobre la ribera del rio. E quando el se ocupaba en esto llegó Livio con todo el exército de peones ordenados et armados, no solo para camino, mas tambien para combatir subitamente. Y luego que ayuntaron todas las huestes, et partieron las esquadras cada una en su lugar, Claudio ordenó su batalla en la ala derecha, Livio en la izquierda, et la esquadra del medio dieron al Pretor.

Asdrubal dexó de enfortalecer el real, viendo que le era forzado de combatir, et asentó en la primera esquadra los elefantes, et acerca de ellos puso, en la ala izquierda, los Franceses contra Claudio, no tanto por la confianza que de ellos tenia, quanto creyendo que los enemigos los temian. Y él tomó la ala derecha con los Españoles contra Livio, porque tenia mayor esperanza en los caballeros viejos y exercitados. E los Ligures, ó Genoveses puso en medio, despues de los elefantes. Y su esquadra era mas luenga que ancha, et un collado alto cubria los Franceses. E la delantera que tenian los Españoles, encontró con la ala izquierda de los Romanos: et toda la esquadra de la parte derecha, estando en alto et fuera de la batalla, estaba queda, pues el collado puesto delante impedia que no pudiesen acometer á los Franceses por delante, ni por el lado. Entre Livio y Asdrubal estaba la batalla encendida, y de cada parte habia grandes muertes. E allí estaban entrambos los Capitanes, y la mayor parte de los peones y caballeros Romanos, et los Españoles, gente vieja en la guerra, et sabidos en el combatir de los Romanos, et los Ligures, linage fuerte en las armas. E á la mesma parte volvieron los elefantes, los quales en el primero encuentro habian turbado á todos los que estaban delante de las banderas, et con el gran ímpetu que hicieron sobre ellos, habian movido las banderas del lugar que tenian. Y despues creciendo la batalla et el clamor, no se podian regir, et andaban entre las dos haces, no sabiendo quasi cuyos eran, asi como las naos que andan sin gobernalle donde las leva la fortuna. Entonces comenzó Claudio llamar á sus Caballeros á grandes voces, diciendo. ¿ Para qué venimos tan luengo camino en tan poco tiempo, si vosotros fuis? E luego se esforzó á subir sus banderas al montecillo. Y viendo que no podia por allí pasar á los enemigos, sacó de la ala derecha algunas capitanías, y mandóles que cercasen la esquadra de los ene-

migos. Y con tanta presteza corrian á todas partes que mostrándose á los lados, ya peleaban en las espaldas de los enemigos, et ya en los lados, de manera que de todas partes los Españoles, et Ligures eran muertos. E ya allegába la matanza á los Franceses, donde la batalla no fue fuerte, porque mucha parte de ellos estaban apartados de las banderas, caidos et derribados á dormir por los campos. Y los que estaban con las banderas, cansados del camino, et del velar, como son cuerpos que no sufren el trabájo, con dificultad levaban las armas en los hombros. Y tambien ya era medio dia, et la sed, et el calor los hacia estar con las bocas abiertas, esperando de ser muertos, ó presos. De los elefantes mas mataron los que los regian que los enemigos, y tenian para ello un cuchillo muy agudo et tajante con un martillo. Y quando los elefantes se ensañaban et comenzaban á se volver sobre los suyos, el que los regia les ponia el cuchillo entre las orejas, donde la juntura departe la cabeza de la cerviz, y con el martillo con el mayor golpe que podia, lo hincaba por la juntura. Este camino tan ligero hallaron para matar los animales de tan grande cuerpo, quando no les podian regir. Y el primero que lo habia hallado et ordenado, era Asdrubal, Capitan, por cierto, digno de perpetua memoria, et principalmente en aquella batalla, porque esforzando él los suyos, et cerrando con los peligros sostuvo la batalla, et rehacia y enflamaba en muchas partes los que no querian pelear et estaban cansados de mucho enojo et trabajo, rogándoles á las veces con palabras dulces, otras reprehendiéndolos con palabras no enojosas, y hacia volver los que huian, y en muchos lugares restituyó la batalla que ya estaba desamparada. E á la postre viendo claramente que la fortuna favorecia á los enemigos, deliberó de no vivir, muriendo tan grande exército que habia seguido su nombre. Y asi poniendo las espuelas al caballo, se echó en medio de la capitanía Ro-

mana, donde cayó muerto con la honra que debia á su padre Amilcar, et á su hermano Anibal. E nunca murieron en una batalla tantos enemigos quantos en esta, y parecia que habia sido dada igual destruicion á la de Cannas, por la muerte del Capitan, y del exército, ca cincuenta y seis mil hombres fueron muertos, y cinco mil et quatrocientos presos. E fue grande el despojo de todas maneras, principalmente de oro, et de plata. E tambien fueron cobrados mas de quatro mil ciudadanos Romanos que estaban presos en poderio de los enemigos. Y esto fue consolacion por los que en aquella batalla se habian perdido, ca no fue sin sangre, porque entre los Romanos et sus amigos fueron muertos acerca de ocho mil. Y en tan gran manera se hartaron los vencedores de derramar sangre et matar, que como el dia siguiente, dixesen algunos á Livio, que los Franceses de esta parte de los Alpes, et los Ligures, que entre las muertes huyeron, se iban en una esquadra sin Capitan cierto et banderas, y sin ordenanza et gobernacion, que todos serian muertos si enviasen una ala de caballeros: respondió él et dixo: »Vivan algunos para »que sean mensageros de la destruicion de nuestros enemigos, »et pregoneros de nuestra virtud et esfuerzo."

CAPITULO XIX.

De como el Consul Claudio Neron se tornó á su real despues de la victoria, et de como hizo echar la cabeza de Asdrubal delante el real de Anibal.

Neron en la noche siguiente, que fue despues de la batalla, mas presto que habia venido se volvió con los suyos en espacio de seis dias á su real, et á los enemigos. E su camino no fue tan freqüentado quanto habia sido primero, ca no habia ido ningun mensagero delante, mas fue

honrado con tan gran gozo, que por el placer que tenian quasi no eran de sí mismos. E no se puede bien decir, qué tal era en Roma la disposicion de los ánimos, ni en que estado estaba la ciudad con la esperanza incierta del fin, ni como recibió la fama de la victoria. Ca des que vino á Roma la fama que el Consul Neron habia partido, todos los dias dende que el sol salia hasta que se ponia, nunca se partieron los Padres del Senado et Corte, et el pueblo de la plaza. E las matronas, porque no podian ayudar en otra cosa, nunca cesaron de suplicar en todos los templos, et fatigar á los Dioses con oraciones et votos.

Estando, pues, la ciudad tan solícita et suspensa et tan incierta, vino primero una nueva no muy cierta, que dos Caballeros de Narnia habian venido de la batalla al real que estaba puesto en las entradas de Umbria, los quales decian que los enemigos eran muertos. Esto al principio fue recibido mas con las orejas, que con los ánimos, como cosa que era mayor et mas alegre que podian recibir en sus corazones. E la venida tan presta quitaba mucho de la fe, porque decian, que dos dias antes de su venida habia sido la batalla. Despues Lucio Manlio Acidino envió sus letras del real, en las quales decia la venida de los Caballeros Narnienses. Estas cartas siendo traidas por la plaza al tribunal del Pretor, movieron á los Padres á ir al Senado. Y el pueblo corrió con tanta contienda et alboroto á las puertas del Senado, que el mensagero no podia entrar, ni pasar adelante, muchos le retraian, et querian, et voceaban que las cartas se leyesen primero en la plaza pública, llamada Pro rostis, que en el Senado. A la postre, despues que fueron apartados et quitados por los oficiales, las cartas fueron leidas primero en el Senado, et despues delante del pueblo. Y segun la condicion de cada uno, los unos tenian gozo cierto, et los otros no lo querian creer hasta que viesen los embaxadores, ó letras de los Cónsules.

Despues vino fama que los embaxadores venian, et que ya se allegaban: entonces todos los salian á recibir, deseando cada uno ser el primero á tomar tan grande gozo con los ojos, et orejas. E grande gente salió hasta la puente Milvio. Los embaxadores eran Lucio Veturio Philo, Públio Licinio Varo, et Quinto Metello. E cercados con freqüencia de toda manera de gente, llegaron á la plaza, et unos preguntaban á ellos, otros á los que venian con ellos, lo que se habia hecho. E como cada uno habia oido que el exército de los enemigos et el Capitan de ellos era muerto, et las legiones Romanas et los Cónsules salvos, luego participaban su gozo con otros. Y llegaron con grande trabajo al Senado, et con mayor fue quitada la multitud del pueblo, porque no se mezclase con los Padres. Entonces fueron leidas las cartas, et despues los embaxadores entraron donde el pueblo estaba ayuntado. E Lucio Veturio, despues que fueron leidas las cartas, con grande silencio de todos, les dixo mas claramente como se habian hecho todas las cosas. E á la postre alzando todo el pueblo las voces, apenas podian tomar tanto placer. E unos corrian con mucha priesa á los templos de los Dioses, con gran devocion, á les dar gracias por el bien que recibieran, otros á sus propias casas á comunicar tan buena nueva con sus mugeres et hijos. E tambien el Senado determinó, porque Marco Livio, et Claudio, Cónsules, habian muerto el Capitan de los enemigos, quedando salva su hueste y exército, de hacer suplicacion á los Dioses por tres dias. Esta suplicacion mandó publicar delante el puebló Cayo Hostilio, Pretor, et fue freqüentada de varones et de mugeres. Todos los templos en aquellos dias estuvieron llenos de gente, et las matronas con grandes vestidos et con sus hijos et hijas, como si la guerra del todo fuera acabada, quitado aparte todo temor, hacian gracias á los Dioses inmortales. Tambien aquella victoria movió el

estado de la ciudad, demanera, que todos entre sí, como si estuviesen en paz, osaban hacer contratos, vendiendo, mercando, emprestando y pagando lo debido.

E llegando Cayo Claudio, Consul, á su real, mandó echar delante las tiendas de los enemigos la cabeza de Asdrubal, la qual habia traido bien guardada, y mandó que les fuesen mostrados los Africanos captivos como estaban atados. Y tambien mandó soltar dos de ellos para que se fuesen á Anibal, et le dixesen todo lo que habia sido hecho. Entonces Anibal herido de tan grande llanto, asi por el mal público, como por el suyo propio, es fama que dixo, que él conocia la fortuna de Cartago. Despues partiéndose de allí con su exército, recogió al postrero rincon de Italia, esto es, á los Brucios, todos los socorros et guarniciones, que por estar derramados no los podia bien conservar, ni defender, et traspasó tambien al campo de los Brucios los Metapontinos con toda la ciudad movida de sus casas, et los Lucanos que eran de su señorio.

LIBRO OCTAVO

DE LA TERCERA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De como Marcello Silano venció á Hannon, et mató muchos de los suyos, et Scipion combatió una ciudad llamada Oringe.

E quanto la guerra parecia haberse declinado á Italia por haber pasado en ella Asdrubal, tanto parecian las Españas ser alivadas; mas súbitamente nació en ellas otra guerra igual á la pasada. En aquel tiempo, ansí los Romanos et Africanos tenian las Españas, que Asdrubal, hijo de Gisgon, se habia retraido hasta el mar Oceano, y á Caliz: y la costa de nuestro mar, y casi toda la España, que está hácia oriente, era de Scipion, y del señorio Romano. E como Hannon, nuevo Capitan, hobiese pasado de Africa en lugar de Asdrubal Barchino, con nuevo exército, y se hobiese ayuntado con Magon, y en poco tiempo hobiese armado grande número de hombres en Celtiberia, que está en medio de los dos mares, Scipion envió contra él á Marco Sillano con diez mil peones, y quinientos caballeros. E Sillano con las mayores jornadas que pudo, aunque le impedian las asperezas de los caminos, y muchos bosques estrechos, de los quales hay gran abundancia en muchas partes de España, llegó á donde estaban los enemigos, adelantándose, no solo á los mensageros, mas tambien á la fama de su ida. E guiábanlo los fugitivos de los Celtiberos, por quien supo quando estaban á diez millas de los ene-

migos , que acerca del camino por donde iban, estaban dos reales, et que en el izquierdo estaban los Celtiberos, exército nuevo de mas de nueve mil hombres, et en el derecho los Africanos: et que este real estaba firme y seguro con sus estaciones y velas, y toda guarda de guerra, y que el otro estaba abierto y descuidado, como de hombres nuevos en la guerra, et que temian menos por estar en su propia tierra. E Sillano pensó que primero debia acometer aquel real, et asi mandó que las banderas fuesen á la mano izquierda, porque de ninguna parte fuesen vistos de los Africanos. Y enviando delante espias, quan presto pudo se fue contra los enemigos. Y ya estaba quasi tres millas de ellos, et ninguno de los enemigos tenia de ello sentimiento, porque los lugares fragosos, y los cerros espesos de árboles los cubrian. E allí en un valle baxo et cerrado mandó que su gente se asentase et comiese. En este medio allegaron las espias afirmando lo que habian dicho los fugitivos. Entonces los Romanos echaron aparte las cargas, et tomaron las armas, et fueron con su haz ordenada á los combatir. E ya estaban á mil pasos quando los enemigos les vieron, et comenzaron á temer. Y Magon salió de su real corriendo, á caballo, donde sintió el primero clamor et alboroto. Y habia en el exército de los Celtiberos quatro mil empavesados, et docientos de caballo. Esta legion, que era lo mas esforzado, colocó en la primera esquadra, y puso la gente de ligera armadura en socorro. Y como los sacase del real ordenados de esta manera, aun quasi no habian salido del baluarte, quando los Romanos les echaron las lanzas. Los Españoles se detuvieron contra las armas echadas de los enemigos, y despues se alzaron para echar las suyas. E como los Romanos juntos, como suelen, las recibiesen con los escudos, comenzáronse allegar unos con otros, y comenzaron á pelear con las espadas; mas la aspereza de los lugares hacia inutil la ligereza de los Cel-

tiberos, que son usados en las batallas, et no era dañosa á los Romanos, que eran acostumbrados á combatir estando firmes y quedos, salvo que las estrechuras de los lugares, y las arboledas deshacian las ordenanzas. Por esto les era forzado de combatir con ellos uno á uno, ó dos á dos como con iguales; lo qual era gran impedimiento á los enemigos para fuir, y esto los traia á la muerte como si fuesen atados. E muertos ya casi todos los empavesados de los Celtiberos, los de las armas ligeras, y los Cartagineses, que habian venido del otro real á los socorrer, tambien eran muertos. E solos tres mil peones et toda la gente de caballo, sin comenzar batalla, fuyeron con Magon. E Hannon, el otro Capitan, fue tomado vivo con los que vinieron postreros, acabada la batalla. E casi toda la gente de caballo, y los peones viejos siguiendo á Magon que fuia, en diez dias llegaron á la provincia de Caliz á Asdrubal. Los Celtiberos, gente nueva en la guerra, entrándose por las selvas fuyeron á sus casas. Esta victoria fué muy oportuna al pueblo Romano, no tanto por causa de la presente guerra, quánto por la que se esperaba de los Celtiberos et de otros pueblos, si entonces no fueran vencidos y desbaratados. E asi Scipion alabando mucho á Sillano, con esperanza de poner fin á todas las partes de la guerra que quedaba, se fue á la postrera parte de España contra Asdrubal. E Asdrubal no esperó al Capitan de los Romanos; mas teniendo él su real en Betica, que es la provincia de la Andalucia, para detener las voluntades de sus amigos en la fe, levantó súbitamente las banderas, y mas á manera de fuir que de caminar, se fue con su exército al mar Oceano, á Caliz, y columnas de Hercules. E pensando que mientras tuviese junto el exército seria el objeto de la guerra, antes que pasase por el estrecho de Caliz, dividió á todas partes el exército las ciudades, para que se defendiesen ellos con los muros, y con las armas defendie-

sen los muros. Scipion desque supo que la guerra estaba derramada, y que ir con armas á todas las ciudades era cosa de trabajo mas largo, que grande, volvióse atras. Mas porque no dexase aquella region á los enemigos, envió su hermano Lucio Scipion con diez mil peones, et mil caballeros, á combatir una ciudad muy rica en aquellos lugares, que era llamada Oringe. Esta ciudad está en los fines de los Melesos gente de España, tierra muy fertil, y los moradores de ella cavaban minas de plata. Esta ciudad tenia por fortaleza Asdrubal para hacer correr los pueblos mediterráneos. E Lucio Scipion asentando el real cerca de la ciudad, antes de la sitiar, envió hombres á las puertas, para que tentasen las voluntades, et les amonestasen que quisiesen experimentar primero la amistad de los Romanos, que las fuerzas. E quando vido que no respondian bien, cercó la ciudad con cava y dos baluartes, et partió su hueste en tres partes, para que la una parte siempre combatiese y las dos reposasen. E quando la primera parte comenzó combatir, fue la batalla cruel et dudosa, porque era trabajo subir et levar escalas á los muros, por las armas que les echaban encima. Y tambien los que alzaban las escalas á los muros, eran derribados con horcas, instrumentos hechos para ello, otros de arriba les echaban lobos de fierro, con los quales temian ser levantados en alto á los muros. Viendo Scipion que por ser los suyos muy pocos, la batalla era igual, y que los enemigos vencian por combatir de los muros, tomando las otras dos partes de su exército, recogida la primera, dió el combate á la ciudad. Esta cosa puso tanto espanto en los enemigos ya cansados de combatir con los primeros, que los de la ciudad desampararon luego los muros huyendo, et la guarnicion Africana temiendo que la ciudad no fuese dada por traicion, dexando sus estaciones, se recogió en uno. Despues los de la ciudad, temieron, que si los enemi-

gos entraban en la ciudad, todos serian muertos sin diferencia, ansi Africanos como Españoles, et abriendo la puerta todos se salieron de la ciudad cubriéndose con los escudos, porque no fuesen heridos, y mostrando las manos derechas desnudas, porque pareciese que habian echado las armas. Y no se sabe si los Romanos, no vieron esto por la distancia, ó si fue sospecha de algun engaño, pues hicieron ímpetu et acometieron á estos que huian á su parte, como si fueran enemigos, y ansi los mataban como si fuéran de los enemigos y contrarios. E por la misma puerta entraron las banderas en la ciudad. E las otras puertas eran quebradas y derribadas con segures y destrales, y todos los de caballo que entraban, corrian apriesa á ocupar la plaza, porque asi les estaba mandado. E á los caballeros habian ayuntado los Triarios en socorro. Y los de las legiones acometieron por todas las otras partes, mas no robaron ni mataron sino los que se defendian con armas. Todos los Cartagineses fueron puestos en guarda, y de los de la ciudad casi trecientos, que habian cerrado las puertas. E á los otros dexáronles la ciudad, y volviéronles sus haciendas. En el tomar esta ciudad murieron de los enemigos casi dos mil, de los Romanos no mas de noventa. Esta victoria hizo mucha gloria al Capitan y á todo el exército, y quando volvieron de ella fueron muy alabados y tenidos en mucha reputacion, levando delante sí grande multitud de prisioneros. E Scipion despues que alabó á su hermano con quanta honra pudo de palabras, diciendo, que igualaba la presa de la ciudad Oringe, que su hermano habia hecho, á la que él hiciera de la ciudad de Cartagena. Y porque ya venia el invierno, y no podia tentar á Caliz, ni perseguir la hueste de Asdrubal, que estaba dividida por la provincia á muchas partes, volvió todo su exército á la España citerior: y dexando las legiones en las estaciones del invierno, et enviando á Roma á su hermano Lucio Scipion con

Hannon, Capitan de los enemigos, y otros nobles presos, él se fue á Tarragona.

CAPITULO II.

De como el Proconsul Marco Valerio taló los campos de Cartago, et peleó con la armada de los Africanos, y los venció. Y de como los amigos de los Etolos hicieron aparatos para la guerra del Rey Filipo.

En el mismo año el Proconsul Marco Valerio, pasó la armada Romana de Sicilia en Africa, et hizo grandes cavalgadas, et taló el campo de Utica, y de Cartago: et en los postreros fines de los Cartagineses, y acerca de los muros mismos de Utica hizo grandes robos. E tornándose á Sicilia salióles delante la armada Africana, que era de setenta galeas. E de estas fueron tomadas diez y siete, et quatro fueron echadas en el profundo del mar, y las otras todas fuyeron desparcidas; en manera, que siendo el Romano vencedor por mar y por tierra se tornó con todo linage de despojos á Lylibeo. E despues fueron traidas á Roma grandes vituallas de trigo, lanzadas de todo aquel mar las naos de los enemigos.

En el principio de aquel estío, en que estas cosas fueron hechas, Publio Sulpicio Proconsul, y el Rey Attalo, como hobiesen tenido el invierno en Egina, segun lo diximos de suso, pasaron dé allí á la isla Lemnos con la armada junta, en la qual habia veinte y cinco galeas Romanas, y del Rey treinta y cinco. E como Filipo para estar aparejado á todos los esfuerzos, bien hobiese de salir al encuentro á los enemigos, ó por mar, ó por tierra, descendió á Demetriade al mar; y mandó que el exército para cierto dia se ajuntase en Larissa. E las embaxadas de sus amigos

por todas partes vinieron á Larissa á la fama del Rey. E porque los Etolos habian alzado sus ánimos, parte por la amistad que tenian los Romanos, parte por la venida del Rey Attalo, y robaban los pueblos comarcanos: por esto no solo los Acharnanes, y Beocios, y los que moran en Euboea, tenian mucho temor, mas tambien los Acheos; á los quales, allende de la guerra Etolica, tenia espantados Machanidas Lacedemonio Tyranno, habiendo asentado su real no muy lejos del término de los Argivos. Todos estos, recontando los peligros que por mar y por tierra esperaban á sus ciudades, pedian ayuda al Rey. Ni de su reyno le vinieron nuevas de mucho asosiego y reposo: ca decian, que Scerdileto, y Pleurato se habian movido, y de los Traces los Medos, y que si el Rey se ocupase en alguna guerra de lejos, ellos correrian los lugares cercanos de Macedonia. E los Beocios y pueblos de mas adentro de Grecia decian que el bosque de Thermopylas, donde las gargantas angostas estrechan el camino, era encerrado por los Etolos con cavas y baluartes, porque no diesen paso al Rey Filipo, para defender las ciudades. Estos alborotos, asi derramados, pudieran mover á qualquier Capitan perezoso; mas Filipo, despidió las embaxadas, ofreciéndoles, que como el tiempo y negocio lo pidiese, él socorreria á todos, y que aparejasen entretanto las cosas que eran mas necesarias. Entonces envió á Peparetho guarnicion para la ciudad de donde supo, que el Rey Attalo, pasado con toda la armada de la isla de los Lemnos, habia talado el campo. Tambien envió á Poliphantes con poca gente á Beocia. E despues envió á la ciudad de Calcis á Menippo, uno de los Capitanes reales, con mil hombres adargados, con mas quinientos Agrianos, porque pudiesen defender todas las partes de la isla. Y él fuese á Scotusa, adonde mandó pasar el exército de los Macedones de la ciudad de Larissa. Allí le fue dicho, que los Etolos habian declarado hacer ayuntamiento

en Heraclea, et que el Rey Attalo habia de venir allí para consultar de la guerra. E por turbar este ayuntamiento, fue á grandes jornadas á Heraclea, y allegó siendo ya acabado: y destruyendo las mieses et panes, que ya estaban casi secos para segar, especialmente en el seno Aniano, volvió la hueste á Scotusa, y dexando allí todo el exército, fuese á Demetriade con la capitania real. E despues por poder acorrer á todos los movimientos de los enemigos, envió á Phocis y á Euboea, y á Pepareto hombres que escogiesen lugares altos de donde los fuegos levantados se pudiesen ver. Y él puso espias en Tisseo, que es un monte muy alto, para que súbitamente, viendo los fuegos levantados, conociese donde los enemigos hiciesen algun movimiento. El Capitan Romano, y el Rey Attalo, pasaron de Pepareto á Nicea, y de allí pasaron la armada á Euboea á la ciudad Oreo, que es la primera de las ciudades de Negroponte, puesta á la parte izquierda, yendo del seno Demetriaco á Calcis, y al Euripo: y concordaron Attalo y Sulpicio, que los Romanos combatiesen del mar, et los del Rey de parte de la tierra. Quatro dias depues que allegó la armada, comenzaron á combatir la ciudad, porque estos dias gastaron en hablas secretas con Plator, que tenia la ciudad en guarda por Filipo. Dos fortalezas tiene la ciudad, una á la parte del mar, otra en medio de la ciudad. Y de esta habia un camino cubierto para el mar, el qual camino cubria una torre del mar, hecha de cinco tablados, obra excelente et de grande defension. E al principio allí combatieron reciamente, et siendo la torre guarnecida de toda manera de armas, sacaron de las naves los pertrechos et ingenios para la combatir. E como esta batalla volviese los ánimos y ojos de todos, Plator por la puerta de la fortaleza del mar recibió los Romanos, y luego fue ocupada. Los de la ciudad echados de ella iban por medio de la ciudad á la otra fortaleza. Y tambien estaban en ella

puestos hombres que cerrasen las puertas. E lanzados por esta manera, fueron muertos y captivados. E los de la guarnicion de Macedonia estuvieron recogidos debaxo el muro de la fortaleza, ni osaron claramente fuir, ni combatir: et para estos Plator alcanzó perdon de Sulpicio, y puestos en naos los envió á Demetrio en Theotidis, y él se fue al Rey Attalo. Y Sulpicio ensalzado por la victoria tan facil que hubo en Oreo, con la armada vencedora, se fue luego para Calcis, donde el fin no le sucedió á su cuenta. El mar ancho retraido de cada parte en angosto, al principio le dió semejanza de dos puertos vueltos en dos bocas; empero la playa, ó lugar para estar la flota de naos no era facil hubiese otra peor; porque unos vientos súbitos y tempestuosos de los montes altos de ambas partes se echan, et hacen el estrecho crecer, no siete veces en el dia como cuenta la fama, mas sin órden alguna, ca volviéndose el mar á unas partes et á otras segun el viento, corre arrebatado á manera de un torrente que baxa por un monte despeñado. Asi que ni de noche ni de dia las naos no tienen reposo. Hallando pues la armada tan mal puerto, et la ciudad de una parte cerrada por el mar, et de parte de la tierra bien enfortalecida et con valiente guarnicion, y sobre todo la fe de los Alcaydes et principales, el Capitan Romano viendo tantas dificultades, por no perder el tiempo en vano, con prudencia desistió de lo que habia comenzado, y levó su armada á Cyno de Locris. Este es el mercado, ó feria de la ciudad de los Opuncios, que está á mil pasos del mar. E los fuegos que fueron encendidos en Oreo, movieron á Filipo, aunque tarde, por la traicion de Plator, y su armada desigual á la de los Romanos, no podia facilmente allegar á la isla. E por esto el Rey dexó de socorrerla; mas luego que fue dada señal, fuese á socorrer á Calcis, que aunque es ciudad de la misma isla, tiene el mar tan angosto, que con puente se ayunta

á la tierra, y por ella tiene mas ligera la entrada que por el mar. Echando pues Filipo la guarnicion, y desbaratando los Etolos, que tenian el monte de Termopylas, partiendo de Demetriade para Scotusa, et de aquí en la tercera vigilia de la noche, hizo retraer los enemigos á Heraclea, y en un dia se fue á Elacia de Phocis, mas de veinte leguas.

CAPITULO III.

De como el Rey Filipo vino en socorro de los Opuncios, y tomó algunas ciudades de Grecia, et se tornó despues á Macedonia.

E casi en aquel mismo dia, el Rey Attalo daba sacomano á la ciudad de los Opuncios, porque Sulpicio le habia otorgado el despojo de ella: ca no habia muchos dias, que los Romanos sin los del Rey habian robado á Oreo. E la armada Romana se habia recogido á Oreo, et Attalo no sabiendo la venida del Rey Filipo, gastaba el tiempo en tomar dineros de los principales. E la venida del Rey Filipo fue tan súbita, que si unos hombres de Candia no salieran de la ciudad, y vieran de lejos el exercito de los enemigos, pudiera Attalo ser oprimido. E aun con todo esto desarmado, y sin orden se retraxo al mar y á las naos, et estando allegando las naves al mar sobrevino el Rey Filipo, y le puso gran temor. Y despues se volvió á Opunte blasfemando de los hombres y Dioses, que le habian quitado casi de los ojos tan gran victoria. E con la misma ira reprendió tambien á los Opuncios, que pudiendo sufrir el cerco hasta su venida, poco menos que voluntariamente se habian dado en viendo los enemigos. E ordenadas las cosas en la ciudad de Opunte se fue á Tronio, et el Rey Attalo se fue á Oreo. E como despues supo que Prusia, Rey

de Bytynia, habia entrado en su reyno dexando los Romanos, et la guerra de Etolia, pasose en Asia; et Sulpicio se fue á Egina, de donde en el principio del verano se habia partido. Y no con mayor batalla que Attalo habia tomado á Opunte, tomó el Rey Filipo á Tronio. E moraban en aquella ciudad los Phtioticos fuidos de Thebas; ca habiéndoles tomado el Rey Filipo su ciudad, fueron á la amistad de los Etolos, los quales les habian dado el asiento de aquella ciudad, destruida y desamparada por la primera guerra del mismo Rey Filipo. E salido de Tronio, que poco antes la habia tomado, como ya es dicho, tomo á Tritono y Orumias, villas pequeñas de Doris, et despues fuese Elacia, mandando á los embaxadores de Ptholomeo, et á los de Rodas, que le esperasen en ella. E tractando allí de dar fin á la guera Etolica, porque estaban ahí los embaxadores, que antes habian estado en Heraclea en el ayuntamiento de los Romanos y Etolos, vínole nueva que Machanida habia determinado acometer á los Eleos, que aparejaban la fiesta solemne de los juegos Olímpicos. E pensando de prevenir esto, dexó los embaxadores con respuesta benigna, diciendo que él no habia sido causa de esta guerra, y que estaba dispuesto á hacer paz si fuese con igual et honesta condicion, et luego con la gente desempachada se fue por Beocia et Megara, et despues á Corintho. E tomando allí vituallas se fue á Philunte et á Pheneo, et en llegando á Eréa, oyó que Machanida, espantado de la fama de su venida, habia fuido á Lacedemonia, et fuese á Egio al ayuntamiento de los Acheos. E pensó tambien con esto de hallar la armada Africana, la qual habia llamado para hacer algo por mar; mas los Cartagineses pocos dias antes se habian ido á Phoceas, et de allí al puerto de los Acharnanes, despues que oyeron que Attalo et los Romanos se habian ido de Oreo, temiendo que no viniesen sobre ellos et los desbaratasen entre Rhion, que

son las estrechuras del seno de Corintho. E Filipo estaba muy enojado, et tenia dolor, porque habiendo ido prestamente á todas las cosas, á ninguna habia llegado con tiempo, et que la fortuna, quitándole todas las cosas de los ojos, se habia burlado de su diligencia. En el ayuntamiento, disimulando su enojo, habló con ánimo alto jurando á los Dioses, et hombres, que él no habia faltado en ningun lugar ni tiempo, mas antes donde sentia sonar las armas de los enemigos allí iba con la mayor presteza que podia, y que no podia hallar razon si la guerra se hacia con mayor osadia suya, ó con mayor huir de los enemigos, pues que Attalo se habia ido de Opunte, et Sulpicio de Calcis, et en los mismos dias Machanida se le habia ido de entre las manos. Y decia que el huir no era siempre dichoso, y que no debia ser tenida por dificil la guerra, en la qual si el hombre encuentra con los enemigos vence; y lo que primero era, que él tenia la confesion de los enemigos, que no eran iguales con él, y que en poco tiempo ternia cierta la victoria, y que ellos no pelearian con él con mejor fin de guerra, que esperanza. Los amigos alegres oyeron al Rey, y despues restituyó Erea y Triphilla á los Acheos, et Aliphera á los Megalopolitas, que probaban haber sido sus términos. E despues tomando naos de los Acheos, que eran tres galeas et tres bergantines, pasó á Anticyra, y de allí con siete galeas, y mas de veinte barcos, los quales habia enviado para se ayuntar con la armada de los Cartagineses al seno de Corintho, descendió en Erithra de los Etolos, que está cerca de Eupalio. Et no engañó los Etolos, porque toda la gente que estaba en los campos y castillos comarcanos de Potidania y Apolonia, huyó á las selvas y montes, y los ganados que no pudieron ser retraidos, fueron robados y levados á las naos. Y con estos ganados et otro despojo envió á Nicia, Pretor de los Acheos, á Egio, y llegando él á Corintho, mandó que

la gente de á pie fuese por tierra por Beocia, et él de Cenchrea navegando cerca la tierra Attica sobre el golfo Sunio, casi entre medio de las armadas de los enemigos, llegó á Calcis. Despues alabando la fe y virtud de ellos, que ni temor, ni esperanza habia afloxado sus ánimos, y amonestándoles que de allí adelante permaneciesen en la misma firmeza y amistad, si quisiesen mas su fortuna, que no la de los Oreos y Opuncios, fuese de Calcis navegando á Oreo; y dando el regimiento y guarda de la ciudad á aquellos principales, que tomada la ciudad, quisieron mas huir que darse á los Romanos, se pasó de Euboea á Demetriade, de donde habia venido á ayudar á sus amigos. E despues poniendo en Casandrea carenas para cient galeas, y recogiendo para efecto de aquella obra una multitud de maestros, considerando que la ida de Attalo, et el socorro que él habia dado á buen tiempo á sus amigos que estaban en trabajo, habian asosegado las cosas en Grecia, volviose atras á su reyno para hacer guerra á los Dardanos.

CAPITULO IV.

De como los Cónsules entraron en Roma con triunfo, et fueron hechos nuevos Cónsules.

En la fin de aquel verano que estas cosas fueron hechas en Grecia, Quinto Fabio Máximo, el padre, enviado embaxador por Marco Livio Consul á Roma, dixo al Senado, que el Consul creia que en Francia habia buena guarnicion, porque estaba allí Lucio Porcio con sus legiones, y que él se podia tornar y sacar el exército consular. Los Senadores mandaron, que no solo Marco Livio se tornase á la ciudad, mas tambien Claudio Neron su compañero. Esto solo fue diverso en el decreto, que la hueste de Marco Livio volviese á Roma, y la de Neron que se que-

dase en la provincia contra Aníbal. Los Cónsules se concordaron por cartas de esta manera, que pues con un ánimo habian administrado el oficio, tambien aunque venian de diversas regiones, entrasen en un mismo tiempo á la ciudad, y el que primero viniese á Preneste, que esperase allí al otro. E acaso aconteció que en un mismo dia llegaron entrambos á Preneste. Despues enviando su mandamiento á la ciudad, para que tres dias despues todo el Senado se ayuntase al templo de Bellona, y saliéndolos á recibir toda la multitud, allegaron á la ciudad; et no solo todos enderredor de ellos los saludaban, mas tambien cada uno deseaba tocarles las manos vencedoras. Unos se gozaban de los ver, otros les hacian gracias, que por su diligencia la república era salva. Ellos demandaron en el Senado, segun la costumbre de todos los Capitanes, diciendo las cosas que habian hecho, que por la república fuerte y prósperamente administrada, hiciesen honra á los Dioses inmortales, y que ellos triunfando pudiesen entrar en la ciudad, et los Senadores respondieron, que ellos concedian las cosas que demandaban, primeramente por el beneficio de los Dioses, y despues por el de los Cónsules. Y en nombre de entrambos fue concedida la suplicacion, et el triunfo á cada uno de ellos. Y entre los dos fue concordado, que pues habian hecho la guerra con igual ánimo, no dividiesen los triunfos: y porque en la provincia de Marco Livio habia sido la guerra, y el dia en que fue la batalla, él habia tenido los Auspicios, y la hueste de Livio era venida á Roma, y la de Neron no podia salir de la provincia, que Marco Livio entrase en la ciudad en Carro, y le siguiesen los Caballeros, et el Consul Neron entrase en caballo sin Caballeros. E acompañado de esta manera, el triunfo acrecentó gloria á entrambos, y mas á aquel, el qual quanto mas excedia en merecimiento, tanto habia dado lugar á su compañero en la honra. Decian que el Caballero en espacio de seis dias

habia corrido toda la longura de Italia, et que aquel dia habia peleado á banderas tendidas con Asdrubal, en el qual Anibal creia que tenia su hueste en Apulia puesta contra él; et asi decian, que un Consul por las dos partes de Italia habia opuesto de una parte el consejo, et de otra el cuerpo contra dos grandes Capitanes, et que el nombre de Neron habia abastado á tener á Anibal en su real, et que Asdrubal no por otra cosa era deshecho et muerto sino por la venida de Neron. E por esto decian. » Vaya el » un Consul siquiera ensalzado en el carro de muchos ca» ballos, que el verdadero triunfo es del que va en un ca» ballo, et Neron, aunque sea á pie, ó por la guerra ga» nada, ó por menospreciar el triunfo, terná gloria inmortal." Estas hablas et dichos de los que miraban, siguieron á Neron hasta el Capitolio. Levaron la moneda á la casa del tesoro, y fue treinta veces cien mil sextercios. E Marco Livio partió á sus Caballeros cierta cantidad de moneda, et otra tanta prometió Claudio Neron á sus Caballeros absentes, para quando volviese al exército. Y notaron aquel dia, que mas cantos hicieron los soldados á Claudio, que á su Consul. Los Caballeros dixeron muchas alabanzas á Lucio Veturio, et á Quinto Cecilio, Legados, y amonestaron al pueblo que los hiciese Cónsules para el año venidero. E los Cónsules dieron su autoridad á la peticion de los Caballeros, et hicieron el dia siguiente relacion quán esforzados y fieles habian sido los Legados. E allegándose el tiempo de los ayuntamientos para hacer los oficiales, plugo al Senado, que el Dictador los mandase llamar. Entonces Cayo Claudio Neron nombró por Dictador á Marco Livio su compañero, y Livio nombró á Quinto Cecilio por maestro de Caballeros. E por Marco Livio fueron hechos Cónsules Lucio Veturio, y Quinto Cecilio el mismo, que entonces era maestro de Caballeros. Despues hicieron ayuntamiento para hacer los Prétores, y fueron elegidos Cayo Servilio, Mar-

co Cecilio Metello, Tito Claudio Asello, y Quinto Mamilio Turino, el qual era entonces Edil del pueblo. Acabadas las elecciones, el Dictador renunció su oficio, et dexando el exército, por deliberacion del Senado fuese á Hetruria, para entender sobre qué pueblos Toscanos et Umbros, en la venida de Asdrubal, habian tenido consejos de se rebelar, y le habian ayudado con vituallas et otras cosas. Estas cosas hicieron aquel año los Romanos en la ciudad y en la guerra. Los juegos et fiestas Romanas fueron tres veces renovadas, con todas las ceremonias, por Ceneo Servilio Cepion, et Servio Cornelio Lentulo, Ediles Curules. Asi tambien los Ediles del pueblo, Marco Ponponio Maton, y Quinto Manlio Thurino, renovaron los juegos et fiestas.

CAPITULO V.

De como fueron repartidas las provincias, et hechos muchos et grandes sacrificios, y los Cónsules mandaron al pueblo sembrar los campos.

En el año treceno de la guerra Africana, siendo Cónsules Lucio Veturio Philon, et Quinto Cecilio Metello, fue determinado, que entrambos tuviesen por provincia los Brucios, y hiciesen la guerra á Anibal. Y las preturas fueron dadas por suertes, et cupo á Marco Cecilio Metello la de la ciudad, á Quinto Mamilio la extrangera, á Cayo Servilio Sicilia, y á Tito Claudio Cerdeña. Los exércitos fueron partidos de esta manera, que el uno de los Cónsules tuviese el que Cayo Claudio, Consul del año pasado, habia tenido, el otro tomase el que Quinto Claudio, Propretor, habia tenido, que eran dos legiones, y que en Hetruria el Proconsul Livio, al qual prolongaron la gobernacion, tomase de Cayo Tarencio dos legiones de Volones, que son siervos de guerra. Y fue deliberado, que Quinto Mamilio, dando la jurisdiccion á su compa-

ñero, tuviese á Francia con el exército que habia tenido Lucio Porcio, Propretor; y mandáronle que talase los campos de los Franceses, que en la venida de Asdrubal se habian rebelado. E á Cayo Servilio encomendaron Sicilia, que la guardase con dos legiones Cannenses, asi como la habia tenido Cayo Manlio. E traxeron de Cerdeña el exército viejo que habia tenido Aulo Hostilio. E los Cónsules hicieron una nueva legion, y ordenaron que la levase Tito Claudio. E prolongaron á Quinto Claudio, que tuviese á Tarento, et á Cayo Hostilio Tubulo, Capua. E mandaron á Marco Valerio, Proconsul, que diese á Cayo Servilio treinta naos, y se volviese á la ciudad con toda la otra armada que tuviera cerca de Sicilia para defender la costa del mar.

Estando la ciudad muy solícita en tan grandes peligros de la guerra, refiriendo á los Dioses las causas de todas sus prosperidades y adversidades, cada dia se publicaban muchas malas señales, diciendo como en la ciudad Tarracina, en el templo de Júpiter habian caido rayos del cielo, et los de Sutrio estaban muy espantados, porque en el templo de Júpiter cayeron en las puertas dos sierpes. De Antio vino nueva que los segadores vieron las espigas del trigo sangrientas. En la ciudad de Cere habia nacido un puerco con dos cabezas, y un cordero macho y hembra. Decian que en Alba habian visto dos soles, y en Fregellas la noche pareció dia, y en el campo Romano habló un buey. Los Consules por mandamiento del Senado aplacaron estos prodigios, ó señales con sacrificios mayores, et tuvieron un dia de suplicacion á los Dioses. E lo que mas espanto puso en sus ánimos fue, que en el templo de Vesta se murió el fuego. E fue por ello azotada la virgen, que aquella noche tenia cargo de lo guardar, por mandado de Publio Licinio, Pontífice. E como quiera que esto acaeció no señalando ninguna cosa por ello los Dioses, mas antes por la negligencia humana, no dexaron por eso los Romano de

lo purgar con grandes sacrificios, et hacer especial suplicacion en el templo de la Diosa Vesta. Y primero que los Cónsules se partiesen á la guerra fueron amonestados del Senado, que tuviesen cuidado de reducir el pueblo á los campos, pues que por la benignidad de los Dioses la guerra ya era fuera de la ciudad de Roma y de Latio, y podian sin temor morar en los campos, y que no convenia tener mayor ciudado de arar y sembrar á Sicilia que á Italia. Mas este negocio no era muy facil al pueblo, habiendo perdido los labradores libres en la guerra, y no teniendo siervos, y siendo perdidas todas las bestias de labor, y las casas de los campos destruidas et encendidas. Mas grande parte movida por la auctoridad de los Cónsules volvió á los campos. Y de esta cosa movieron mencion los embaxadores de los Cremonenses et Placentinos, quejándose que los Franceses sus comarcanos hacian cavalgadas en sus campos et los talaban, y que grande parte de sus labradores estaban perdidos, y que tenian muchas ciudades todo el campo destruido, et desamparado. Fue mandado á Mamilio, Pretor, que defendiese de los enemigos las colonias, ó poblaciones. Los Cónsules mandaron por determinacion del Senado, que los ciudadanos Cremonenses y Placentinos antes de cierto dia volviesen á sus poblaciones. Y despues en el principio del verano los Cónsules dichos se fueron á la guerra. E Quinto Cecilio, Consul, tomó el exército de Cayo Neron, et Lucio Veturio hubo el de Quinto Claudio, Propretor, y cumpliolo con nuevos Caballeros, que él habia escripto. E los Cónsules levaron el exército al campo de Cossencia, destruyéndolo á todas partes. Y como la esquadra fuese llena del despojo, fueron salteados en un bosque angosto por los Brucios et ballesteros Numidas, de manera, que no solo vino el despojo en peligro, mas tambien los hombres de armas. Y mayor fue el alboroto que la batalla, et enviando delante el despojo, las legiones salie-

ron á lugares cubiertos. Despues fueronse á los Lucanos. E toda esta gente se volvió al señorio de los Romanos sin batalla alguna.

Este año ninguna cosa se hizo contra Anibal, porque él no se ofreció, ni se mostró en lugar alguno, á causa del daño tan grande como nuevamente habia recibido por la muerte de Asdrubal. Ni tampoco los Romanos le incitaron, antes estuvieron quedos conociendo quan grandes fuerzas tenia, aunque todas las cosas enderredor le fuesen contrarias. Y yo no sé si fue mas maravilloso en las adversidades, que en las prosperidades, como quien haciendo la guerra por espacio de trece años tan lejos de su tierra con fortuna tan variable, con exército no de su ciudad, mas mezclado de allegamiento de todas gentes, las quales no tenian ley comun, ni lengua, mas antes otro hábito, otras armas, otras costumbres, otros sacrificios, y casi otros Dioses, asi los ayuntó y gobernó en paz, et asosiego, que nunca apareció entre ellos, ni contra el capitan discordia alguna, mayormente faltando muchas veces dinero para sueldo, et vituallas en el campo, por falta de las quales en la primera guerra muchas cosas malas, et feas fueron acometidas entre los Capitanes et soldados. Mas despues que el exército de Asdrubal fue perdido con el Capitan, en los quales Anibal tenia asentada toda la esperanza de la victoria, retrayéndose él á un rincon de los Brucios, dexando el resto de Italia, ¿quién no se maravillará, que aun entonces en su real nunca fue hecho movimiento? Entre los otros males se le ayuntó este, que no tenia esperanza de poder mantener el exército, sino de los campos Brucios, los quales aunque todos fuesen arados et sembrados, eran pequeños para sostener, y dar bastecimiento á tan grande exército, mayormente que la guerra habia apartado la mayor parte de los labradores de arar los campos, et tambien la costumbre natural de aquella gente viciosa

de exercitar la arte militar, et de guerra por robar. E á esto se ayuntaba, que no le enviaban socorro de Africa, porque tenian cuidado de retener á España, pensando que las cosas le eran prósperas en Italia.

CAPITULO VI.

De como Asdrubal hijo de Gisgon se juntó con Magon, et hizo aparato de grande exército para pelear contra Scipion, et fue por él desbaratado.

Las cosas de España por una parte tenian la fortuna igual con las de Italia, et por otra parte desigual. E tenian la igual, porque los Cartagineses vencidos en la batalla, muerto su Capitan, se retraxeron á la última orilla de España, hasta el mar Océano. Era desigual, porque España, no solo quanto Italia, mas tanto quanto otra parte del mundo era mas apta et dispuesta para renovar et reparar la guerra por los ingenios de los hombres, et naturaleza de los lugares. Y por esto los Romanos comenzaron la guerra en aquella provincia primero, que en quantas hay en la tierra firme, y ha sido domada la postrera de todas, agora en nuestra edad et tiempos, por Cesar Augusto. En esta provincia Asdrubal hijo de Gisgon, el mayor et mas esclarecido Capitan en aquella guerra despues de los Barchinos, conviene saber, despues de Anibal et Asdrubal, vuelto de Caliz con la esperanza de tornar á la guerra con ayuda de Magon, hijo de Amilcar, ayuntó gente por la España ulterior, et armó hasta cincuenta mil peones, et quatro mil et quinientos caballeros. En la gente de caballo quasi todos los auctores concuerdan, en la de los peones algunos escriben que traxo setenta mil á la ciudad llamada Silpia. E allí sobre los campos anchos se asentaron los dos Capitanes Africanos con pensamiento de no rehusar la batalla. Y Scipion desque su-

po la fama de tan grande exército, pensando que con las legiones Romanas no seria tan igual á tanta multitud, que á lo menos los socorros de los bárbaros no fuesen convenientes en apariencia, sin poner ellos tantas fuerzas, que mudando la fe, la qual fue la principal causa de la perdicion de su padre, et de su tio, hiciesen grande daño; envió delante á Syllano á Colca, que reinaba en veinte et ocho villas, para que recibiese de él los caballeros et peones, que le habia ofrecido allegar en el invierno. Y él partiéndose de Tarragona luego, et recogiendo socorros de los amigos, que moraban acerca del camino, llegó á Castalona, á donde truxo Syllano la gente, porque habia oido, que eran tresmil peones, y quinientos caballeros. E de alli se fue á la ciudad llamada Betula con todo el exército de ciudadanos y compañeros, de peones y caballeros que eran quarenta y cinco mil. Y estando asentando allí el real, los acometieron Magon y Massinissa con toda su caballería, et los impidieran et turbaran, sino fuera por unos caballeros que Scipion con astucia para aquello habia ordenado detras de un monte; los quales salieron de improviso contra ellos, y desbarataron quasi sin pelear á los mas esforzados que se derramaban sobre los que enfortalescian el real, et se habian mucho acercado al baluarte. Con los otros que habian acometido debaxo de las banderas et ordenanza de esquadra, fue la pelea luenga et mucho incierta. Mas despues que las capitanías desembargadas salieron de las tiendas, y los soldados fueron quitados de la obra, et muchos mandados tomar armas, sin cesar entraron en lugar de los cansados y gran monton de armados corrió á la batalla, los Africanos claramente volvieron las espaldas. E al principio iban los Numidas en las esquadras no desmandándose de la ordenanza; mas despues que los Romanos reciamente sobrevenian á los postreros, et no bastaban á resistir al ímpetu, luego no se acordando de la orde-

nanza, se derramaron á fuir desbaratados por donde les parecia mas cerca. E como quiera que en aquella pelea algun tanto eran crecidos los ánimos de los Romanos et disminuidos los de los enemigos, no cesaron por eso algunos dias siguientes los caballeros et los de armas ligeras de hacer escaramuzas. E despues que con ellas hobieron harto tentádo las fuerzas, Asdrubal sacó primero su exército al campo, et despues salieron los Romanos; mas entrambas las huestes estuvieron ordenadas delante sus baluartes. E como ni unos ni otros comenzasen á pelear, queriéndose ya poner el sol, el Capitan Africano primero, y despues el Romano, volvieron sus gentes á los reales. Esto mismo hicieron por algunos dias. E siempre el Africano sacaba primèro la gente del real, y primero la volvia á él. E ninguna de las partes corrió, ni echó armas, ni sacó la voz de la boca. El medio de la esquadra tenian, de la una parte los Romanos, et de otra los Cartagineses con los Africanos. Los amigos tenian las alas, et de cada parte estaban los Españoles delante. E los elefantes que estaban delante la esquadra Africana parecian de lejos castillos. E ya en las dos huestes se decia que habián de pelear de la manera que estaban ordenadas, et que las medias esquadras, conviene saber, los Romanos y Castagineses, entre los quales era la causa de la guerra, encontrarian con igual esfuerzo de animos y de armas. Scipion desque vido que esto era de cada parte firmemente creido, adrede mudó todas estas cosas para el dia que habia de pelear. E á la tarde dió orden por las tiendas, que antes que amaneciese, los hombres et caballos comiesen, et los caballeros tuviesen los caballos ensillados y enfrenados. E aun no amanecia el dia, quando envió toda la caballeria con la gente de armas ligeras á las tiendas de los enemigos, y despues luego los siguió él con todas las legiones. E no sabiendo cosa alguna de esto los suyos ni los enemigos, enfortalesció las alas de la ba-

talla de caballeros Romános, poniendo en medio de la haz los amigos et aliados. Mas Asdrubal sintiendo el clamor de los caballeros, saltó de la tienda, et vido el alboroto delante el palenque, et el espanto de los suyos, et las banderas resplandecientes de las legiones, et los campos llenos de enemigos. E sacó luego toda su caballeria contra los caballeros Romanos, et con la esquadra de los peones salió del real, no mudando cosa alguna en la haz de lo que tenia ordenado. La pelea de los caballeros espacio habia que estaba dudosa y peligrosa á cada parte: ni se podia conocer á qual parte inclinase, porque quando estaban en alguna priesa, ansi los de la una parte como los de la otra, se recibian seguros á la esquadra de los peones. Mas despues que las haces fueron apartadas entre sí espacio de quinientos pasos, haciendo Scipion señal de recoger, y abriendo las ordenanzas, recibió en medio toda la caballeria, et los de armas ligeras y partiéndolas en dos partes asentolas en socorro detras de las alas. E despues quando fue tiempo de comenzar la batalla, mandó á los españoles, que era la media esquadra, ir á paso asosegado. Y él desde la ala derecha que gobernaba, envió un mensagero á Syllano y á Marcio, que tendiesen la ala en la parte izquierda, como viesen que él tenderia la derecha, y que con peones y caballeros ligeros trabasen la pelea con los enemigos, primero que las haces de medio se pudiesen ayuntar. Tendidas de esta manera las alas con tres esquadras de peones y tres de caballeros, et mas con los velites, que son caballeros ligeros, dieron súbitamente sobre los enemigos, siguiendo los otros al traves. En medio estaba grande espacio vacío, porque las banderas de los Españoles iban á paso. Y ya las alas se habian encontrado, quando lo mas fuerte que estaba en la esquadra de los enemigos, que eran los Cartagineses et Africanos, no se habian acercado al tiro de la lanza, ni osaban

correr á las alas, para socorrer á los que peleaban, por no abrir la esquadra de medio á los enemigos que venian de la parte contraria. Las alas se constreñian la una á la otra con pelea dudosa, et los de caballo et de armas ligeras cercando las alas al derredor daban sobre los lados, et las capitanías afrontaban delante á los enemigos, por cortar las alas de la otra esquadra. Mas como quiera que no era de todas partes igual lapelea, ademas los Mallorqueses y Españoles, nuevos en la guerra, estaban puestos contra los Romanos y Latinos. Y porque ya era pasada grande parte del dia, comenzaron las fuerzas á faltar al exército de Asdrubal, que habian sido fatigados con el alboroto de la mañana, et habian sido forzados salir á la batalla á deshora, antes que pudiesen tomar esfuerzo en sus personas con el comer y beber. E Scipion adrede habia de esta manera dilatado el dia, porque la pelea fuese tarde. Hasta despues de la hora setena del dia no corrieron las banderas de los peones contra las alas, et á las esquadras de medio algo mas tarde vino la pelea: de manera que el calor del sol de medio dia, et el trabajo de estar debaxo las armas gran tiempo, y tambien la hambre et gran sed cansaron los cuerpos antes que peleasen. E asi se estuvieron firmes sobre los escudos. Ademas los elefantes con la alborotada pelea de los caballeros et los de ligeras armas echados de las alas, y espantados se habian puesto en medio de la batalla. Pues cansados en los ánimos et cuerpos, volvieron atras guardando sus ordenanzas no menos que si por mandamiento del Capitan se retraxese la haz entera; mas como los vencedores mas esforzadamente acometiesen de todas partes, quando sintieron que iba inclinada; y no podian ligeramente sostener los encuentros aunque Asdrubal retenia y se oponia á los que se retraian, llamando que á las espaldas tenian cerros, et lugares seguros para se recoger; pero venciendo el temor á la vergüenza, como cada uno mas cercano cediese á los ene-

migos, súbitamente volvieron las espaldas, et todos se derramaron á huir. Y al principio comenzaron parar las banderas al pie de los collados, et llamar la gente á la ordenanza, tardándose los Romanos de levantar su esquadra hácia el collado; pero despues que vieron que las banderas entraban con mucha priesa, renovando su huida con mucho temor fueron retraidos á su real. Ni los Romanos estaban lejos del baluarte, et con tanto ímpetu tomaran el real, sino que despues del grande sol, qual suele ser entre las nubes cargadas de lluvia, tanta abundancia de agua cayó, que los vencedores Romanos con grande trabajo volvieron á su real. Algunos hubo que por temor de la religion ó supersticion juzgaron aquel dia no deber hacer mas cosa alguna.

CAPITULO VII.

De como Asdrubal huyó á Caliz, con gran pérdida de los suyos, y Scipion se tornó á Tarragona.

Y aunque la noche constreñia á los Cartagineses á necesario reposo por estar tan cansados por el trabajo et heridas; mas porque el temor y peligro no les daba tiempo de mucho descuidarse, esperando que los enemigos en amaneciendo combatirian su real, trayendo piedras de cada parte de los valles propinquos crecieron su baluarte, para defenderse con él, si en las armas habia poca defension. Mas viendo que se pasaban sus amigos á los Romanos, parecioles que era mejor huir que quedar. E Attanes, Señor de los Turdetanos, fue el primero, que se pasó con grande multitud de los de sus pueblos. Despues dos fuertes villas con las guarniciones fueron dadas por los Prefectos al Capitan Romano. E porque este mal no se extendiese mas, siendo ya una vez inclinados los ánimos á se rebelar,

Asdrubal levantó su real en el silencio de la siguiente noche, et fuese.

E Scipion, en amaneciendo, luego que supo que los enemigos se eran idos, enviando delante la gente de caballo, mandó sacar las banderas; et tan diligentemente salieron, que si por camino derecho los persiguieran, sin duda los alcanzáran; mas Scipion creyó á las guias, que decian que habia otro camino mas corto para el rio Betis para que al paso los acometiesen. Asdrubal viendo que el paso del rio estaba ya ocupado volvió contra el mar Océano. E de allí adelante su gente fue ya derramada á manera de huir sin concierto, y esto les alejó algun espacio de las legiones Romanas. Mas los caballeros et la gente de ligeras armas corriendo sobre ellos, á las veces detras, otras á los lados, los fatigaban et hacian detener; y mas como las banderas se parasen á tan espesos alcances y alborotos, y peleando á veces los caballeros, á veces los de ligeras armas y los peones, sobrevinieron las legiones. Entonces comenzaron á hacer en ellos, no pelea, mas matanza como de bestias, hasta que el Capitan Asdrubal, movedor del fuir, se libro y escapó con siete mil, casi desarmados, en unos cerros que estaban allí cerca. Todos los otros fueron muertos y presos. Estos muy presto se enfortalecieron sobre un monte en lugar bueno y provechoso para se defender, adonde trabajando en vano los enemigos para subir por la áspera subida, ellos se defendieron ligeramente; mas con gran trabajo podian pocos dias sufrir el sitio en aquel lugar desnudo et pobre. E por esto muchos se pasaban á la parte de los Romanos. A la postre dexando el Capitan el exército, de noche se fue al mar que estaba cerca, et tomando allí naos se fue huyendo á Caliz. Despues que Scipion supo que el Capitan de los enemigos era fuido, dexó á Syllano diez mil peones y mil caballeros, para el sitio del real de los enemigos, et con el otro exército volvióse á Tarragona, co-

nociendo luego las causas de las ciudades y señores de pueblos, porque pudiesen ser dados á cada uno de ellos los galardones, segun la verdadera estimacion de los merecimientos.

Despues que Asdrubal se partio, Massinissa habló en secreto con Syllano, que tomase su gente pronta y obediente para nuevos consejos; y con pocos de su pueblo se pasó en Africa, no tanto con causa evidente de la súbita mutacion en aquel tiempo, quanto demostrando con la fe, y amistad que despues tuvo con los Romanos, hasta su última vejez, que lo que hizo entonces, no lo hizo sin causa probable et excusada. Y Magon se fue á Caliz en las naos que Asdrubal le envió de allí; y la otra gente, desamparada por los Capitanes, unos se pasaron á los Romanos, otros huyendo se repartieron por las ciudades comarcanas, siendo hombres de poco y sin fuerzas. En esta manera con guia et favor et esfuerzo del Proconsul Scipion, los Cartagineses fueron echados de España á doce años que la guerra fue comenzada, et á cinco años que el Proconsul Scipion tomó la provincia y el exército. Y no mucho despues Syllano diciendo á todos que la guerra era acabada, se volvió á Tarragona al Proconsul Scipion.

CAPITULO VIII.

De como Scipion tentó la voluntad de Syphas Rey de los Massesylos por medio de Cayo Lelio, et de como despues él en persona pasó en Africa, y hecha con ella confederacion, se volvió á España.

Con muchos nobles prisioneros fue Lucio Scipion enviado á Roma mensagero de la recepcion de España. E como todos los otros alabasen este hecho con alegria et con gran gloria, solo él que lo habia hecho, conviene saber Scipion, varon de grandísima virtud et digno de verdadera alabanza,

tenia en poco haber cobrado las Españas, en comparacion de las cosas que en la esperanza et grandeza de su ánimo habia concebido; porque ya miraba á Africa, et á la gran Cartago, et la gloria de aquella guerra, asi como acabada en honra et nombre suyo. E por esto pensando que debia aparejar para ello todas las cosas convenibles, et atraer los ánimos y voluntades de los Reyes et pueblos, deliberó primero tentar al Rey Syphas. Este Syphas era Rey de los Massesylos. Esta gente son unos pueblos que afruentan con los Mauros en derecho de la parte de España, donde está asentada Cartagena. En aquel tiempo el Rey Syphas tenia alianza con los Cartagineses. Y pensando Scipion que no le seria á él cosa mas grave ni mas santa, que es comunmente á los Bárbaros, los quales guardan la fe segun es la fortuna de aquel con quien la tienen, enviole embaxador á Cayo Lelio con dádibas. Alegre por estas cosas el Bárbaro, et porque entonces donde quiera las cosas eran prósperas á los Romanos, et á los Africanos en Italia eran adversas, et de España ya eran echados, plúgole de tomar la amistad de los Romanos; mas no quiso dar la fe, ni tomarla sino delante con el mismo Capitan Romano. E por esto Lelio tomando solo del Rey la fe, que la venida del Capitan seria segura, se tornó á Scipion. Syphas era á Scipion de grande provecho para todas las cosas de Africa, porque era el mas rico Rey de aquella tierra, et habia experimentado con guerra á los Cartagineses, y los fines de su reyno estaban puestos en derecho de España, porque son apartados con pequeño mar. E por esto pensando Scipion ser cosa digna de se buscar con grande peligro, pues que en otra manera no podia, dexó para guarda de España á Lucio Marcio en Tarragona, et á Sillano en Cartagena, adonde habia venido de Tarragona por tierra con grandes jornadas; et él con Cayo Lelio, partiéndose de Cartagena con dos galeas por el mar asosegado, ayu-

dándose con los remos, et á las veces con viento ligero, pasó en Africa. E á caso acontescio que en el mesmo tiempo Ardrubal echado de España, entró en el puerto con siete galeas de tres remos, et echadas las áncoras allegaba las galeas á la tierra. E como fueron vistas las dos galeas, tuvieron por cierto que eran de los enemigos; et antes que entrasen en el puerto pudieran ser tomadas por las mas; empero no hicieron otro movimiento sino un alboroto de armarse, et de marineros que aparejaban vanamente las cosas necesarias. Entonces levantose un gran viento de mar, et firió reciamente en las velas de los Romanos, de manera que primero entraron las dos galeas en el puerto, que los Cartagineses hobiesen recogido las áncoras: ni fue osado ninguno de hacer mas alboroto en el puerto del Rey. Pues salidos en tierra, primero fue Asdrubal, et despues Scipion y Lelio al Rey. Esto pareció cosa magnífica al Rey Syphas, lo que asi era, que en un tiempo y un dia, Capitanes de dos riquísimos pueblos habian venido á pedir su paz y amistad. E mandó que viniesen entrambos á su posada, et pues quiso la fortuna que estuviesen debaxo de un techo et casa, trabajó el Rey de los traer á habla, por causa de quitar las enemistades. Scipion dixo que él no tenia odio particular con Asdrubal, el qual se pudiese acabar con habla, et que de la república él no podia hacer ninguna cosa sin mandamiento del Senado. El Rey contendió con grande porfia, para que ninguno de ellos paresciese ser echado de la mesa, que consintiese asistir á una misma comida, et vino en ello Scipion. E así entrambos cenaron con el Rey, et se asentaron aun en una mesa, porque el Rey asi lo quiso. Tanta era la humanidad et cortesia de Scipion, et la destreza del ingenio natural para todas las cosas, que hablando con mucha elegancia, no solo se conciliaba et atraia á Siphas, bárbaro et apartado de todas costumbres Romanas, mas tambien hablando con facundia atraxo

á su amor al enemigo tan ayrado. E mostraba Asdrubal que Scipion le parecia mas maravilloso por lo que entonces hacia, que por quantas cosas habia hecho en la guerra; et no dudaba que Siphas, et su reyno fuese en poderio de los Romanos, pues que era tanta la excelencia del ingenio de aquel varon para atraer las voluntades. E por esto le parecia que los Cartagineses no habian tanto de buscar como se habian perdido las Españas, quanto debian pensar de que manera habian de tener á Africa. Pensaba muy bien Asdrubal que tan grande Capitan Romano, et tan maravilloso varon no iba peregrinando, ni buscando las deleytosas costas del mar, habiendo dexado la provincia nuevamente ganada et los exércitos, ni habia pasado en Africa con dos naos, et encomendadose en tierra de enemigos, en poderio del Rey, et en la fe no experimentada; mas que tenia la esperanza de Africa: que mucho tiempo habia que él levaba esto en su ánimo, et que publicamente se quejaba Scipion porque no hacia la guerra en Africa, como Anibal en Italia. E Scipion habiendo hecho paz con Siphas, et confirmado con él sus pactos, se partió de Africa, et en quatro dias con vientos ásperos y fuertes aportó á Cartagena.

CAPITULO IX.

De como Scipion tomó por fuerza de armas á Illiturgia, y mató los que le pareció, y acabó la ciudad, et despues tomó á Castulon por traicion.

Las Españas como estaban reposadas de la guerra Cartaginese, asi parecia que algunas ciudades estaban asosegadas con la conciencia de la culpa, mas por temor, que por fe; entre las quales eran mas señaladas en la grandeza et en la culpa Illiturgia et Castulon. Los Castulo-

neses habian sido amigos de los Romanos en la prosperidad, et despues de muertos los Scipiones con las huestes, pasáronse á los Cartagineses. Los Illiturgitanos sobre haberse pasado á los Cartagineses, hicieron una grande maldad, dando á traicion, y matando los que de aquella rota habian venido á ellos huyendo. E contra estos pueblos, con razon mas que con provecho, usára Scipion crueldad en su primera venida, siendo las Españas inciertas; mas despues estando las cosas en asosiego, por que le parecia que era venido el tiempo de les demandar la pena de lo por ellos cometida, envió á Lucio Marcio con la tercera parte del exército á combatir á Castulon. Y él con el otro exército, quasi en cinco dias, allegó á Illiturgia. Estaban las puertas cerradas, et todas las cosas ordenadas et aparejadas para echar de sí el combate, porque sabian muy bien lo que merecian por lo que habian acometido, et su conciencia les era por guerra declarada. Despues Scipion comenzó á exhortar á sus Caballeros, diciendo que los mismos Españoles, en cerrar las puertas, mostraban que habian merecido, porque tuviesen temor, et por esto que debian hacer la guerra contra ellos con mas airados ánimos que contra los Cartagineses; ca con aquellos combatian quasi sin ira, por el imperio y gloria, et de estos habian de tomar penas de su crueldad et maldad. »Ya es venido el tiempo en el qual »debeis vengar la cruel muerte de vuestros compañeros de »guera, et el engaño aparejado contra vosotros mismos, si »viniérades huyendo á ellos, y en que para siempre con gra»ve escarmiento debeis ordenar, que ninguno en algun »tiempo piense de hacer injuria á Ciudadano, ó Caballero »Romano en qualquiera fortuna que lo vea puesto." Conmovidos por esta exhortacion del Capitan repartieron las escalas á varones escogidos por las capitanías; et partido el exército en manera que Lelio legado presidiese á la una parte, juntamente por dos lugares con espanto dudoso

comenzaron el combate contra la ciudad. No un Capitan, ó muchos principales exhortaban á los de la ciudad á la defender esforzadamente, mas su propia conciencia, con el temor de la culpa. E acordábanse y decian unos á otros, que los enemigos no querian de ellos victoria, mas tormento con vergüenza, et qué diferencia habia morir en la batalla, donde la pelea es comun, y muchas veces levanta los vencidos, et derriba los vencedores, ó despues de quemada y derribada la ciudad, entre tormentos y heridas, sufriendo cosas feas et indignas, morir delante sus mugeres et hijos captivos. Entonces no solo los mancebos que eran de edad para la guerra, y los varones, mas tambien las mugeres et niños, superiores á las fuerzas del ánimo y cuerpo, venian presentes, y ministraban armas á los que defendian los muros, et traian piedras para enfortalecerlos. No se trataba solamente de la libertad, la qual sola despierta los corazones de los hombres esforzados, mas todos tenian delante los ojos los extremos tormentos et muerte cruel, et encendíanse sus corazones con la porfia del trabajo et del peligro: de manera que con tanto ardor y encendimiento comenzaron la batalla, que el exército vencedor de toda España, muchas veces echado et rebatido de los muros por la juventud de una ciudad, en pelea no muy honrosa, temblaba. Despues que Scipion vido esto, temiendo que con tan vanos esfuerzos no creciese el ánimo de sus enemigos, y sus soldados desmayasen, pensando que él mismo debia trabajar en tomar parte del peligro, reprehendiendo la cobardia de los soldados, mandó traer las escalas y dixo, si ellos no querian subir, que él subiria. E ya él habia subido en los muros no con poco peligro, quando un gran clamor fue levantado por los soldados temerosos del peligro del Capitan, et por muchas partes comenzaron alzar escalas; y tambien de la otra parte Lelio combatia esforzadamente. Entonces fue vencida la fuerza

de los de la ciudad, et echados los que defendian los muros, fueron ocupados por los Romanos. Tambien el castillo, por la parte que parecia no poder ser combatido, fue tomado entre el alboroto. Los Africanos fugitivos que entonces estaban en ayuda de los Romanos, como los de la ciudad estaban vueltos á defender las partes donde parecia el peligro, et los Romanos subian por escalas á los muros por donde podian, vieron una parte muy alta de la ciudad, que por estar cubierta de una roca alta, no era fuerte por obra alguna, et estaba vacía de defensores. Ellos de cuerpos livianos, et por el mucho exercicio ligeros, llevando consigo ganchos de fierro, subieron por donde podian asir en las saliduras desiguales de la roca, et donde se les ofrecia la roca alta et lisa hincaban los granchos de poco en poco espacio, et haciendo con ellos como escaleras, subian, et los primeros daban las manos á los que venian tras ellos, et los de abaxo ayudaban á los que iban delante; y de esta manera allegaron á lo alto de la peña, et de allí corrieron con grande grita á la ciudad ya tomada por los Romanos. Entonces pareció que la ciudad fue conquistada por ira y odio, pues que ninguno se acordó de tomar presos ni de robar aunque tenian todas las cosas delante los ojos, mas igualmente mataban armados et desarmados, mugeres et varones, et la ira cruel llegó hasta la muerte de los niños. E despues echaron fuego en las casas, et derribaron por suelo las que no podian quemar: tanto tenian voluntad de deshacer hasta las señales de la ciudad, et del todo consumir la memoria de la morada de los enemigos. Despues Scipion llevó el exército á Castulon, la qual ciudad guardaban no solo los Españoles que de fuera habian venido á ella, mas tambien los que habian quedado del exército Africano, et huyendo se habian retraido á ella; mas la fama de la destruicion de los Illiturgitanos previno á la venida de Scipion et de allí habia entrado en ellos

grande espanto y desesperacion. E como siendo diversas las causas cada uno quisiese proveer para sí sin tener respecto de otro, al principio una sospecha cubierta, et despues clara discordia, hizo division entre los Cartagineses et Españoles. A los Españoles gobernaba Cerdubello, que fue público auctor de se dar á los Romanos, et á los Cartagineses Himilcon. Cerdubello tomando secretamente la fe, dió á ellos y á la ciudad en poderio del Capitan Romano. Aquella victoria no fue tan cruel, porque Castulon no habia acometído tan grande culpa, et tambien la voluntaria dedicion mitigó en algo la ira. De allí fue enviado Marcio contra los Bárbaros, para que si algunos no eran aun vencidos, los traxiese al poderio de los Romanos. E Scipion volviose á Cartagena á cumplir los votos ofrecidos á los Dioses, et á celebrar los juegos de esgrima, que por causa de la muerte de su padre et de su tio, habia aparejado de hacer. La fiesta et espectáculo de los juegos no fue de aquella manera de hombres, la qual acostumbran mercar los maestros de esgrima, buscando hombres siervos et libres que venden su propia sangre, mas toda la diligencia de los que en estos juegos se combatieron, fue voluntaria et de grado: ca unos fueron enviados por los pequeños Reyes por hacer muestra de la virtud natural de su nacion: otros decian que querian pelear por hacer servicio al Capitan: otros vineron por requerir á quien quisiese salir en ellos, et para no rehusar si fuesen requeridos. Otros hubo que teniendo diferencias, las quales no habian podido ó querido determinar, hicieron pactos entre sí, que la victoria del pleyto fuese de quien con las armas venciese. Dos Caballeros nobles et ilustres varones, llamados Corbis et Orsua, primos hermanos de parte de padres, contendiendo sobre quien seria señor de la ciudad, llamada entonces Ibe, prometieron entre sí de dar fin á su diferencia con armas. Corbis era mayor de dias; y el padre de Orsua habia sido

el postrero señor, habiendo tomado el señorio despues de la muerte del hermano mayor. Queriendo Scipion que esta causa fuese determinada con palabras, et trabajando de amansar sus iras, entrambos dixeron que no era tal cosa permitida entre parientes comunes, et que no querian ni tomarian otro juez, ni de los Dioses, ni de los hombres, si no al Dios Mars, Dios de las batallas. El mayor, feroz por las fuerzas, et el menor por la flor de la edad, deseaban antes morir en el campo, que quedar el uno sujeto al imperio del otro. E como no pudisen ser apartados de tan grande rabia, dieron á los miradores y exército muy señalado espectáculo, y enseñanza para todos, quan grande mal sea entre los hombres la codicia del enseñorear. El mayor con el uso y exercicio que tenia de las armas facilmente venció las locas fuerzas del menor. A estas fiestas de las armas juntó Scipion los juegos funerales, segun la facultad et aparato de la provincia, y del real. En este medio los legados tambien hacian la guerra; ca Marcio habiendo pasado el rio Betis, al qual los moradores llaman Circes, tomó sin batalla dos ciudades muy ricas.

CAPITULO X.

De como Astapa, ciudad de España, fue combatida por Marcio, y los ciudadanos de ella, parte murieron en la pelea, parte se lanzó con sus mugeres et hijos en grande fuego.

Astapa era una ciudad siempre de la parte de los Cartagineses, et esto no era tanto digno de ira, quanto que sin las necesidades de la guerra tenian odio principal contra los Romanos. Estos no tenian la ciudad fuerte et segura por el asiento de ella, ni por muros que les hiciesen los ánimos feroces; mas los ingenios de los moradores

gozándose de hurtar, los habian movido á hacer corridas et cavalgadas en los campos comarcanos, que eran de los amigos del pueblo Romano, y tomaban los Caballeros Romanos que hallaban desmandados, et mercaderes, et los que llevaban vituallas al real. E tambien en una celada y lugar aventajado mataron una grande compañia de gente que pasaba por sus términos, ca pocos no iban muy seguros. E llegando el exército á combatir esta ciudad, los ciudadanos con la conciencia de sus maldades, porque no les parecia cosa segura darse á los enemigos, con tanta causa y razon irados, ni tenian esperanza de defender su salud con muros et armas, acometieron contra sí mismos un hecho crudelísimo. Ca señalando en la plaza un lugar donde recogieron las cosas mas preciosas que tenian, et mandando asentar sobre el monton sus mugeres et hijos, traxeron en derredor mucha leña. E despues mandaron á cincuenta mancebos armados, que en tanto que el fin de la batalla fuese dudosa, guardasen en aquel lugar sus riquezas et los cuerpos que eran mas caros, que las riquezas. Mas si viesen la cosa inclinada, y la ciudad estar ya en paso de ser tomada, supiesen que quantos veian ir á la pelea, todos iban á morir en ella; y que les rogaban por los Dioses del Cielo y del infierno, que acordándose de la libertad, la qual aquel dia habia de haber fin, ó con muerte honesta, ó con servidumbre vergonzosa, no dexasen cosa alguna contra la qual los enemigos pudiesen usar de crueldad. »En las manos teneis armas et fuego: las »manos amigas et fieles primero consuman et gasten las co»sas que se han de perder, que los enemigos salten sobre »ellas con soberbio escarnio." Estas amonestaciones acabadas, dieronles su maldicion si alguno de ellos volviese atras del propósito, por esperanza alguna, ó por flaqueza de corazon. Despues arremetieron con grande furia et alboroto, por las puertas abiertas. Y los enemigos no tenian alguna firme

estacion que les pudiese contradecir, porque no habia cosa que ménos temiesen que el osar salir de la ciudad; y asi pocas esquadras de caballeros y la gente de armas ligeras, enviada súbitamente del real, les salió delante. La pelea fue mas recia por el ímpetu et ánimos, que compuesta por orden; de manera que los caballeros que salieron delante al enemigo, primero echados, y retraidos, pusieron espanto en los de ligeras armas. E pelearan debaxo del baluarte, sino fuera por los mas valientes de las legiones que en poco espacio se ordenaron en esquadra. E tambien allí acerca de las banderas hubo un poco de temor y espanto, viendo que los enemigos, ciegos por el furor, con osadia loca se echaban sobre las armas para herir y recibir heridas. Despues los viejos soldados firmes contra los desvariados arremetimientos, haciendo matanza en los primeros, reformaron la fuerza de los otros siguientes. E viendo un poco despues que ninguno daba lugar, y que con porfia todos morian donde una vez habian puesto los pies, abrieron la esquadra, y tendiéndose, tomáronlos enmedio, y aunque peleaban reciamente, los mataron todos. Esto fue hecho por los Romanos, irados con derecho y razon de guerra, contra los armados y repugnantes. E dentro en la ciudad habia una mas cruel matanza, matando los mismos ciudadanos las mugeres y niños desarmados et no dispuestos á guerra, et echaban los cuerpos medio vivos en el fuego encendido, et los rios de la sangre amortiguaban las llamas. E á la fin cansados ellos de la grande matanza de los suyos se echaron con las armas en medio del encendimiento del fuego. E ya el matar era acabado, quando vinieron los Romanos vencedores. E al principio, maravillados de ver cosa tan cruel, estuvieron un poco espantados; mas despues con la codicia de la condicion humana, queriendo arrebatar el oro, et plata, que resplandecia en el monton de las otras cosas, algunos murieron, et otros fueron

quemados del vapor de la llama, mayormente que los primeros no podian volver atras, siendo detenidos de la grande multitud que cargaba unos sobre otros. De esta manera fue Astapa destruida con armas y fuego. E Marcio, despues que por el miedo hubo recibibo á su mando las otras ciudades de aquella region, tornóse con el exército vencedor á Scipion á Cartagena.

CAPITULO XI.

De como Scipion envió á tomar la ciudad de Caliz, y él enfermó, et volando la fama que era muerto, dos Príncipes Españoles, que eran llamados Mandonio y Indiblis, hicieron guerra á los amigos Romanos.

En aquellos mesmos dias unos hombres que huyeron de Caliz, vinieron á Scipion ofreciéndole la ciudad, et la guarnicion Africana, et que le darian el Capitan de la guarnicion con la armada de mar. Magon, despues que huyó, se detuvo allí, y recogidas naos en el mar Océano, habia allegado algunos socorros de allende el mar et de la costa de Africa y de los lugares vecinos de España, por medio de Hannon. E tomada por Scipion la fe de estos que habian huido, y dada la suya, envió allá á Marcio con capitanias desembarazadas, et tambien á Lelio con siete galeas, para que por tierra y por mar, con consejo comun, hiciesen la guerra. Scipion cayó en una enfermedad grave; et fue mas grave por la fama, la qual á lo que cada uno oyera, con la natural voluntad de los hombres de sembrar cosas nuevas, habia añadido mas de lo que era; de manera que turbó toda la provincia, y especialmente los lugares de ella muy apartados. E pareció entonces claramente quanto daño hiciera á los Romanos, et quan grande movimiento despertara la verdadera destruicion, quando una falsa y vana nueva despertó tantas tempestades; porque ni los amigos queda-

ron en la fe, ni el exército en lo que debia hacer. E Mandonio, y Indiblis, á los quales no sucediera las cosas á su voluntad, porque habian pensado en sus ánimos, que echados los Cartagineses, el Reyno seria suyo; agora de nuevo conmovieron las de sus pueblos, que eran los Lacetanos: y tambien movieron la juventud de los Celtiberos, et como enemigos robaron los campos de los Suesetanos y Sedetanos, que eran amigos del pueblo Romano. E tambien en el real acerca del rio Sucron nació otro escándalo entre los ciudadanos soldados. Allí estaban ocho mil hombres puestos en guarda de las gentes que son aquende del rio Ebro, los pensamientos de los quales fueron movidos, no entonces de nuevo quando la fama incierta se publicaba de la muerte del Capitan, mas mucho antes, como se suele hacer por la licencia del mucho ocio nacida, et tambien porque siendo acostumbrados á vivir sin freno en las cosas de los enemigos, en la paz no tenian tanta licencia. Estos, al princípio, decian entre ellos secretamente. » ¿Si la guerra se ha» ce en la provincia, nosotros qué haremos acá entre los » pacíficos? si la guerra es acabada, et la provincia toda » tomada, ¿por qué no nos vuelven á Italia?" E tambien demandaban con mayor importunacion que requeria la costumbre, et templanza de soldados, que luego les fuese pagado el sueldo. E las guardas decian sin comedimiento muchas palabras vergonzosas á los Tribunos que cercaban et visitaban las velas en el real. E de noche algunos iban al campo á robar las cosas de los amigos, et al fin publicamente sin licencia se apartaban de las banderas. Todas las cosas eran hechas con licencia suelta de los soldados, et ninguna por la ordenacion et establecimientos de la arte militar, ni por mandamiento de los que gobernaban; empero se mantenia la forma del real Romano con una sola esperanza, porque pensaban que los Tribunos contraerian aquella locura, et serian partícipes de la discordia et division.

Asi consentian que los Tribunos determinasen las causas en sus tiendas, dando la justicia como era su oficio, et tomaban de ellos la señal, y asistian con orden á sus estaciones y guardas; y como quitasen la fuerza del imperio y mando á los Tribunos, ellos, gobernando, guardaban la forma de parecer que obedecian de voluntad á los dichos de los Tribunos. Despues salió la discordia, quando sintieron que los Tribunos reprehendian las cosas que hacian, et les resistian á sus malos hechos, y manifiestamente decian que no querian participar en sus furores et desvarios. E asi echando los Tribunos de sus oficios, et despues del real, toda la gobernacion, con consentimiento de todos, fue dada á los principales del escándalo, que eran soldados de los mas baxos, conviene saber, Cayo Albio Caleno, Cayo Atrio Umbrio; los quales no siendo contentos de las insignias, ó ornamentos de los Tribunos, tambien osaron tomar las del imperio grande, que son las vergas et segures, no pensando ellos que aquellas vergas et segures, las quales levaban delante de sí para temor de los otros, estaban aparejadas para sus espaldas et cervices. La muerte de Scipion falsamente creida les cegaba los ánimos, por cuya fama ya publicada no dudaban que toda España se convertiria en guerra. E pensaban que podrian mandar en tal movimiento á los amigos del pueblo Romano que pagasen el sueldo, et podrian robar las ciudades comarcanas, et siendo las cosas revueltas, como todos osarian hacer qualquiera cosa, lo que ellos harian no seria muy notado. Esperando ellos despues mensageros mas ciertos, no solo de la muerte de Scipion, mas aun de la sepultura et exêquias ya hechas, como no viesen ninguno, et la fama locamente divulgada se deshiciese; entonces comenzaron á buscar los primeros auctores de aquella fama, et ayrábanse para que pareciese haber antes neciamente creido, que fingido tal cosa. Los Capitanes mismos tenian ya temor de las insignias, y por la vana ima-

gen del imperio que habian tomado, temian el verdadero y justo poderio que se habia de volver contra ellos. Y estando asi espantados, vineron mensageros diciendo que Scipion vivia, y que estaba bueno. E luego sobrevinieron siete Tribunos de Caballeros enviados por Scipion. E á la venida destos, al principio fueron sus ánimos enconados; y despues amansando ellos á los conocidos que encontraban con apacibles palabras, se amansaron; ca andando entre las tiendas donde veian algunos allegados hablando unos con otros, preguntaban mas que reprehendian, qué causa habia sido de su ira y desmayo. Todos respondian que no les habian pagado el suelo al tiempo debido, et que en el tiempo mismo que fue la maldad de los Illiturgitanos, et despues del estrago et muerte de dos Capitanes, y dos exércitos, con su esfuerzo y armas habia sido defendido el nombre Romano, et la provincia conservada: que los Illiturgitanos habian recibido la pena merecida de su pecado, y que á ellos no habia quien les pagase la gracia de sus buenas obras. Los Tribunos respondian, que demandaban cosa justa, y que ellos lo dirian al Capitan, y que se alegraban que todo se podia bien remediar; ca el Proconsul Publio Scipion, y la república, por la benignidad de los Dioses, eran para les satisfacer. E Scipion siendo mas acostumbrado en guerras que en tempestades de bullicios, tenia mucho cuidado, que ni su exército pecando, ni él castigando, saliesen de la raya de la justicia. E por esto le plugo al presente, como lo habia comenzado, de se haber con mansedumbre; et enviando cogedores de los Tribunos á las ciudades pecheras, dió á todos esperanza de les pagar luego el sueldo. E depues hizo mandamiento que viniesen á Cartagena á demandar el sueldo cada uno por sí, ó todos en general, como mas quisiesen.

El súbito asosiego de los Españoles rebeldes pacificó el alboroto del exército, que ya se iba enfriando de sí mis-

mo; porque Mandonio et Indibilis, sabedores de que vivia Scipion, dexando su empresa, volvieron atras, et ya no tenian ciudadanos, ni extrangeros con quien acompañasen su furor et locura. E mirando enderredor todos los consejos, no tenian otro sino uno, que era el mas seguro, de encomendarse á la justa ira, ó á la clemencia del Capitan, el qual acostumbraba á perdonar á los enemigos con quien peleaba, et que su alboroto habia sido sin herida ni sangre, et no cruel, ni digno de pena cruel. Estas cosas pensaban ellos, segun la condicion de los ingenios humanos, que son sobradamente facundos á quitar cada uno la culpa de sí mismo. Una cosa sola dudaban, conviene saber, si cada capitanía iria por sí, ó todas juntas, á demandar el sueldo; y parecioles mas seguro ir todos juntos. Y en los mismos dias que ellos consultaban estas cosas, tambien se tenia consejo en en Cartagena contra ellos; y disputaban en él con diversos pareceres, si habian de ser castigados solo los movedores del alboroto, que no eran mas de treinta y cinco, ó si con castigo de muchos se habia de penar la rebeldia, mas que alboroto, de tan malo et acelerado exemplo. E venció allí el parecer mas benigno, conviene saber, que fuese la pena de donde salió la culpa, et que á los otros bien bastaba la reprension de palabras. Y acabado el consejo, mandó Scipion al exército que estaba en Cartagena, que hiciese aparato de guerra contra Mandonio et Indibilis, et que aparejasen vituallas para algunos dias, para que pareciese que de esto se habia tratado en él. Los siete Tribunos del pueblo que antes habian ido al rio Sucron á asosegar el alboroto, salieron al exército al camino, et supieron cinco nombres de los principales que habian movido el escándalo, para que algunos hombres de bien los convidasen á comer á sus posadas, con palabras dulces et gestos amigables, et despues que hobiesen comido et bebido, fuesen presos et atados. No eran muy lejos de Car-

tagena, quando supieron, de los que encontraban, que el dia siguiente todo el exército habia de ir con Sillano y Lelio contra los Lacetanos. Y por esto dexaron todo el temor que tenian en sus ánimos, y tomaron grande gozo porque mas ternian el Capitan solo, que no estarian en su poderio. Y quando el sol se ponia entraron en la ciudad, et vieron que el otro exército aparejaba todas las cosas para camino. Fueron recibidos con palabras adrede compuestas, diciéndoles que su venida alegraba mucho al Capitan, et que venian á buen tiempo, á la partida del otro exército; et asi fuéronse á curar de sus personas. Los movedores del escándalo fueron levados por hombres á propósito á las posadas, donde sin ruido alguno fueron por los Tribunos presos et atados. Y en la quarta vigilia de la noche el fardage del exército que fingia camino, comenzó andar, et antes del dia movieron las banderas, et detuvieron la esquadra á la puerta, et en todas las puertas de la ciudad pusieron guardas, porque ninguno saliese. E despues llamaron á ayuntamiento á los que vinieron el dia pasado, et ellos corrieron con ferocidad á la plaza al tribunal del Capitan, asi como si con voces lo hobiesen de espantar. Subio el Capitan al tribunal, et los armados fueron llamados de las puertas, y se pusieron en derredor de la multitud desarmada. Entonces toda la ferocidad de ellos se amansó, et como despues otorgaron, ninguna cosa tanto los espantó quanto la fortaleza et color del Capitan, el qual creian que habian de ver flaco, et su aspecto, tal qual nunca antes se lo habian visto aun en batalla. El Capitan subido en alto, calló un poco, hasta que le dixeron que ya habian traido allí los movedores del alboroto et escándalo, et que todo estaba aparejado. Entonces mandó con voz de pregon que todos callasen, et comenzó su habla en esta manera.

CAPITULO XII.

Oracion de Scipion, en la qual reprehende el alboroto que hizo su exército, et del castigo que fue hecho en los movedores.

» Nunca crei yo que me desfalleciesen palabras para ha» blar con mi exército, no porque haya yo mas exercita» do las palabras que los hechos, mas porque desde mi » niñez, estando siempre en los reales de la guerra, habia » sido acostumbrado en los ingenios de la milicia. E ago» ra no me acorre consejo, ni se me ofrece oracion, de » la manera como debo hablar delante vosotros, que aun » no sé como os llame. Si os nombro ciudadanos, habeisos » rebelado contra vuestra patria: si soldados, habeis des» hechado la gobernacion de vuestro Capitan, y rompido » la religion del sacramento, et homenage militar. ¿Lla» maros he enemigos? Veo en vosotros los cuerpos, las » caras, los vestidos et hábitos de ciudadanos, mas los he» chos, dichos, et consejos, et ánimos de enemigos. De» cidme, ¿qué otra cosa habeis deseado, ó esperado, si no » lo que los Ilergetes et Lacetanos? Pero ellos han se» guido á Mandonio y á Indibilis, Capitanes de su furor, » mas varones de nobleza real: vosotros habeis dado el fa» vor et imperio á Umbrio Actio, et á Caleno Albio, los » mas baxos de toda la hueste. Negad que todos no lo » habeis hecho, ó que no quisisteis que fuese hecho, y » que este desvario et locura es de pocos; que de volun» tad creeré yo á los que lo negarán; porque no han sido » las cosas cometidas tales, que participadas por todo el exér» cito se puedan purgar sin grandes sacrificios. Contra mi » voludtad toco yo estas cosas, como llagas; mas si no son » tocadas, no se pueden sanar. Yo por cierto despues de

„echados los Cartagineses de España, no creia que en „toda la provincia se hallase lugar, ni hombres que aborre„ciesen mi vida, segun la manera que habia tenido, no „solo con los amigos, mas aun con los enemigos. ¡Ay „dolor, et quanto me engañó mi opinion, que en mi real „la fama de mi muerte, no solo fue recibida, mas aun de„seada! No digo yo esto, porque pretenda que todos sean „culpados en esta maldad; ca si yo creyese que toda mi „hueste me desease la muerte, luego aquí delante de vues„tros ojos me moriria, ca no me placeria vivir con abor„recimiento de mis ciudadanos et caballeros. Mas la mul„titud es como la mar que no se mueve sino como los vien„tos la mueven: asi ha sido en vosotros, que toda la cau„sa et principio de este alboroto está en los movedores de él, „en vosotros la locura et desvario fue solo apegadizo. E „cierto á mi me parece que aun vosotros no sabeis en quan „grande locura habeis entrado, ni qué maldad habeis co„metido contra mí, et contra la patria, contra vuestros „padres é hijos, y contra los Dioses, testigos del sacramen„to y homenage, et contra los Auspicios, debaxo de los „quales estais en la guerra, y contra la costumbre de la „arte militar y doctrina de vuestros antecesores, y contra „la magestad del Imperio Romano. Callo lo que á mí to„ca, sobre lo qual os permito que creais antes mal que „bien, et que sea yo tal que no sea maravilla que el exér„cito se enoje de mi imperio; mas ¿la patria que mal os „ha hecho para que cometais contra ella traicion, acompa„ñando vuestros consejos con Mandonio y con Indibilis? „¿Que merecia el pueblo Romano, cuyo imperio habeis „quitado á los Tribunos que él eligió, y lo habeis da„do á hombres privados? E ¿no contentos de los tener por „Tribunos habeis dado las insignias de vuestro Capitan á „hombres que nunca tuvieron un siervo á quien manda„sen? Albio et Actio estubieron en la tienda del Capitan,

» y delante de ellos sonaron las trompetas et instrumentos
» de la guerra, á ellos fue demandada la señal de bata-
» lla, asentáronse en el tribunal del Proconsul Publio Sci-
» pion, los Lictores se presentaron delante de ellos, delante
» les fueron abriendo el camino, et delante levaron las ma-
» zas con los Destrales. ¿Pensais que llover piedras, y caer
» rayos del cielo, y los animales parir hijos no acostumbra-
» dos, que son malas señales? Esta es la mala señal et contra
» la naturaleza, la qual no puede ser alimpiada con sacri-
» ficios et suplicaciones, sin la sangre de los que tan gran-
» de maldad han cometido. E yo, aunque ninguna mal-
» dad tiene razon, querria saber, como en cosa nefaria y
» mala, qué pensamiento y qué consejo haya sido el vues-
» tro. Una legion enviada en tiempo pasado para defension
» de Regio, matando malamente los principales tuvo la ciu-
» dad muy rica diez años; y por esta maldad toda la ca-
» pitanía, que era de quatro mil hombres, fueron degolla-
» dos en la plaza de Roma. Mas estos no siguieron á Actio
» Umbrio Villano, et Capitan de nombre abominable, mas
» á Decio Jubelio, Tribuno de caballeros: et no se ha-
» bian ayuntado con Pyrro, ni con los Samnites y Lucanos,
» enemigos del pueblo Romano, et vosotros habeis comu-
» nicado vuestros consejos con Mandonio et Iudibilis, y qui-
» sisteis ayuntaros con ellos. Aquellos querian tener para
» siempre á Regio, asi como los Campanos á Capua, quita-
» da á los viejos Toscanos, et los Mamertinos á Mecina en
» Sicilia, ni querian hacer guerra al pueblo Romano, ni
» á sus amigos; et vosotros ¿queríades tener á Sucron, adon-
» de si yo vuestro Capitan os quisiera dexar, acabada la
» guerra, tornándome á Roma, debiérades demandar la fe
» de los Dioses, et de los hombres, porque no os dexaban
» tornar á vuestras mugeres, é hijos? Mas asi como os ha-
» bíades olvidado de la patria et de mí, tambien teníades
» echado de vuestros ánimos la memoria de ellos. Yo quie-

„ro seguir el camino del consejo acelerado, mas no del to„do loco. ¿Siendo yo vivo, y el otro exército salvo, con „el qual en un dia tomé á Cartagena, et con el qual „hice fuir et desbaraté quatro Capitanes, et quatro exér„citos de Cartagineses, et los eché de España, vosotros „ocho mil hombres, por cierto de mayor precio que Al„bio et Umbrio, á los quales os habeis sometido, habiais „de quitar la provincia de España al pueblo Romano? De„xo aparte mi nombre, quiero que no me hayais ofendido „en otra cosa, sino en creer asi de ligero mi muerte; ¿por„que yo muriera, conmigo habia de espirar la república, „et conmigo habia de caer el Imperio Romano? No lo „quiera el grande et bueno Júpiter, que la ciudad edifi„cada para siempre, siendo los Dioses fundadores de ella, „sea igual á este cuerpo fragil et mortal. E despues de „muertos en una guerra Flaminio, Paulo Emilio, Gra„cho, Posthumio Albino, Marco Marcello, Tito Quinto „Crispino, Cayo Fulvio, et los Scipiones mios, tantos et „tan excelentes Capitanes, vive et vivirá, et será salva la „república, aunque mil otros mueran con fierro, ó con „enfermedad; y ¿con la muerte de mí solo se habia de „perder la república del pueblo Romano? Vosotros mismos „aquí en España, despues de muertos dos Capitanes, mi „padre et mi tio, escogisteis por Capitan á Septimo Mar„cio contra los Africanos, que estaban gloriosos por la re„ciente victoria. Pero asi hablo yo como si las Españas „hobiesen de estar sin capitan. ¿Creíades que Marco Silla„no enviado conmigo á la provincia con el mesmo dere„cho et poder, et Lucio Scipion mi hermano, et Cayo Le„lio, legados, habrian faltado á vengar la magestad del Im„perio Romano? Veamos agora: ¿vuestro exército podía„se comparar con el que quedára con ellos, y vuestros Ca„pitanes con los otros Capitanes, y la dignidad y la cau„sa? Mas, ¿aunque en estas cosas fuérades mayores, to-

» máredes armas contra vuestra tierra et vuestros ciudadanos en favor de los Cartagineses? E ¿quisiérades que Africa mandase á Italia, et Cartago á la Ciudad de Roma? » ¿Y por qué culpa de la patria ? En el tiempo pasado el » destierro miserable et indigno, et la condicion injusta movió á Coriolano á venir á combatir la patria; mas la piedad particular lo retraxo del público et comum parricidio. A vosotros ¿qué dolor, ó que ira os ha movido? El » sueldo no pagado en pocos dias, por la enfermedad del » Capitan, ha sido causa tan digna para denunciar guerra » contra la patria, et para que os pasásedes del pueblo Romano á los Ilergetes, y para que ninguna cosa dexásedes divina, ó humana que no la corrompiésedes ? Por cierto, caballeros, salísteis de seso, ni fue mayor la enfermedad que entró en mi cuerpo que en vuestros ánimos. » Mi ánimo se horroriza en recontar que es lo que los hombres hayan creido et esperado et deseado Dexe pues á » parte todas estas cosas vanas la olvidanza si puede, et si » no puede, cúbralas el silencio. No negaré que mi oracion, » no os haya parecido triste et cruel. ¿Quánto, pues, creeis » vosotros que vuestros hechos han sido mas crueles que » mis dichos? ¿Por ventura juzgais que es cosa justa que » yo sufra lo que hicísteis, et vosotros no sufrireis que os » sea dicho lo que habeis hecho? Sea asi de aquí adelante que todo se calle. Oxalá tan facilmente os olvideis vosotros de ello, quanto yo lo olvidáre. Y por lo que » toca á todos vosotros, yo mucho soy satisfecho si os arrepentis del error; mas Albio Caleno, et Actio Umbrio, » y los otros movedores del escándalo tan acelerado, paguen con su sangre lo que acometieron. Y vosotros si habeis vuelto á buen seso, debeis mirar su pena, no con » tristura, mas con gozo, porque de ninguno consultaron » mas enemigamente que de vosotros."

E dando Scipion fin á la habla, todos se espantaron mu-

cho, porque el exército que estaba armado enderredor comenzó hacer ruido con las armas et escudos, et fue oida la voz del pregon que citaba los nombres de los condenados en el consejo, et traxieronlos delante de todos desnudos, et con ellos todo el aparato de los tormentos y penas que habian de recibir. E luego fueron atados al palo, y azotados con vergas, y degollados con tanto temor de los que estaban presentes, que no solo no fue oida voz alguna feroz contra la crueldad de la pena, mas ni aun gemido. Despues, quitados todos delante, et purificado el lugar, los soldados todos, llamados por sus nombres delante los Tribunos, juraron en las palabras de Scipion, y nombradamente fue pagado el sueldo á cada uno. Este fin hobo el alboroto del exército movido acerca de Sucron.

CAPITULO XIII.

De como Marcio desbarató la gente que Hannon habia recogido, y Lelio combatió en la mar con Adherbal, y lo venció, y descubierta la conjuracio de Caliz se volvió á Cartagena.

En este mismo tiempo, siendo Hannon enviado por Magon de Caliz al rio Guadalquevir, solicitando los Españoles de aquella comarca con sueldo, armó cerca de quatro mil mancebos. E fue despues despojado de las tiendas, y real por Lucio Marcio, perdiendo la mayor parte de su gente, en el alboroto del tomar del real, et otros perdiéndose por huir de los caballeros que les perseguian; y él huyendo con pocos de los suyos, se libró. Entretanto que estas cosas se hacian acerca del rio Guadalquevir, Lelio salió por el estrecho al mar Océano, et llegó con la armada á Cartheia. Esta ciudad está asentada en la costa del Océano, donde comienza el mar á se ensanchar despues del

estrecho. E tenia Lelio esperanza de tomar á Caliz sin batalla, porque por su voluntad habian venido al real Romano algunos que gela ofrecian; mas esta traicion antes de tiempo fue descubierta, et á todos los que eran en ella prendió Magon, et los dió á Adherbal, Pretor, para que los levase á Cartago. Adherbal los puso en una galea, y la envió delante, y él con ocho galeas ligeras la siguió de cerca. E la galea en que iban aquellos, entraba en el estrecho, quando Lelio salió del puerto de Cartheia en otra galea siguiendole otras siete, et arremetió sobre Adherbal et á las galeas, muy cierto de que la galea asaltada en la corriente del estrecho no podria retroceder atras. El Africano estuvo dudando en cosa tan súbita un poco si seguiria la galea, ó si volveria la cara contra los enemigos. Esta duda le quitó la facultad de desechar la batalla, porque los enemigos ya estaban á un tiro de dardo, et le rodeaban á todas partes, et la marea le quitaba el alvedrio de poder regir las naos. Ni era semejante batalla de mar, porque no habia cosa voluntaria, ni arte, ni consejo; et toda la pelea se hacia segun el alvedrio et naturaleza de aquel mar, que ya los echaba contra sus navios, ó contra los enemigos. A las veces la que huia era vuelta por los remolinos en medio de las que vencian, et la que acometia, en llegando adonde la corriente le era contraria, retrocedia á manera de huir: et quando una iba á herir á otra con la proa acerada, ella misma de traves era herida, y la que acometia de traves, traida enderredor se volvia de proa. E siendo la batalla mezclada entre las galeas de tres remos á regimiento de la fortuna, la galea de cinco remos Romana, ó porque era mas asentada por el peso, ó por los muchos remos que rompian al agua, siendo mas facilmente regida, desbarató tres de las otras de los enemigos, et alcanzára las otras, si Adherbal con las cinco alzando velas no se pasára en Africa. E Lelio se tornó vencedor á Car-

theia, et oyendo las cosas hechas en Caliz, et la traicion descubierta, et los conjurados haber sido enviados á Cartago, et que la esperanza porque habian venido, era vana et sin efecto, envió mensageros á Lucio Marcio, diciendo, que se debian tornar al Capitan, sino querian gastar en vano el tiempo estando sobre Caliz. E consintiendo en ello Marcio, hasta pocos dias entrambos se volvieron á Cartagena. Por su partida, Magon que estaba atribulado, et por tierra et por mar no solo cobró ánimo, mas oida tambien la rebelion de los Ilergetes alcanzó esperanza de cobrar á España. E luego envió mensageros á Cartago, para que diciendo el alboroto de los ciudadanos en el real Romano, et magnificando con palabras la rebelion de los amigos del pueblo Romano, amonestasen al senado de Cartago á enviar ayuda conque pudiesen cobrar el Imperio de sus antecesores.

CAPITULO VIX.

De Como Scipion fue sobre Mandonio et Indibilis, et los desbarató.

E tornados Mandonio et Indibilis á sus términos, estuvieron un poco en sosiego hasta saber, que se haria de los escandalosos, confiando que si el error de los ciudadanos Romanos fuese perdonado, ellos tambien podrian alcanzar perdon. Mas despues que supieron la crueldad de la pena, pensando que su culpa era estimada de igual castigo, llamando otra vez sus populares á las amas, et recogiendo tambien las ayudas que antes habian tenido, descendieron con veinte mil peones, et dos mil et quinientos caballeros al campo Sedetano, á donde en el principio del alboroto habian tenido sus asientos. E Scipion con la fe de pagar el sueldo á todos, así á los que tenian culpa, como á los que no la tenian, habiendo con su habla ligeramente re-

reconciliado las voluntades de los soldados, primero que moviese el real de Cartagena, los llamó á ayuntamiento; á donde con muchas palabras reprehendió la alevosía et maldad de los rebeldes, Mandonio et Indibilis, et dixo que no iba con el mesmo ánimo á vengar esta maldad, con el qual un poco antes habia sanado el error de los ciudadanos; porque entonces, como si cortára sus entrañas, gimiendo et llorando, habia purgado con la vida de treinta y cinco hombres la imprudencia, ó culpa de ocho mil, et agora iba con ánimo alegre et levantado á la muerte de los Ilergetes, porque sabia que no eran nacidos en una misma tierra, ni ayuntados consigo en compañia alguna, et que la sola fe, et amistad que tenian, habian rompido por traicion et alevosia. Y en su exército, ademas que él veia que todos eran ciudadanos, ó compañeros, y del nombre Latino, tambien por aquello se movia, que quasi no habia soldado que no habia venido de Italia, traido, ó por su tio Ceneo Scipion, que fue el primero del nombre Romano que vino á aquella provincia, ó por su padre, Consul, ó por sí mismo, y que todos eran acostumbrados del nombre de los Scipiones; los quales él queria levar consigo á la patria al triunfo merecido, y que tenia esperanza que serian presentes, quando él demandase el consulado, como si su honra hobiese de ser comun de todos. Y por lo que á la presente expedicion pertenecia, que olvidadose habria de quantas cosas habia él hecho en batallas, quien la considerase como guerra, et que tenia mayor cuidado de Magon, que habia fuido con pocas naos de fuera del circuito de las tierras á la isla cercada del mar Océano, que no de los Ilergetes; porque allí estaban Capitan Cartagines y guarnicion Africana, mas aquí ladrones y caudillos de ladrones, los quales como tenian algunas fuerzas para talar los campos de sus comarcanos, y quemar las casas, y robar los ganados, así en la batalla delante las banderas,

no tenian esfuerzo, y q uemas fiaban de la ligereza para huir, que de las armas. Y que no pensasen que él quería destruir los Ilergetes, porque de ellos viese algun peligro, ó simiente de mayor guerra, mas porque no quedase sin castigo rebelion tan escelerada, et porque en la provincia ganada con tanto esfuerzo et felicidad no pudiese ser dicho que dexaban enemigos del pueblo Romano. E por ende que lo siguiesen con la ayuda de los Dioses, no tanto para hacer guerra, porque no era con enemigos iguales, mas para tomar castigo de los hombres escelerados et malos. Enviados de esta habla, mandó Scipion, que para el dia siguiente se aparejasen á ir camino; et partido de allí, en diez dias allegó al rio Ebro, y pasado el rio, el quarto dia puso su real en vista de los enemigos. Estaba un campo á todas partes cercado de montes, y en este mandó Scipion poner muchos ganados tomados de los campos de los enemigos, para mover la ferocidad de estos bárbaros, y envió en guarda los lacayos ó soldados de armas ligeras; los quales como comenzasen á correr y pelear, mandó que saliese Lelio de súbito con la gente de caballo. Y la altura del monte encubrió la celada de los caballeros, et asi no hubo tardanza de pelear; porque los Españoles, luego arremetieron por los ganados, y ocupándose en el robar, saltaron sobre ellos los lacayos; y en el principio afrontaron con ellos con los dardos y saetas, que eran armas, mas para mover que para determinar batalla, y despues de echadas estas armas ligeras, sacaron las espadas, y cara á cara comenzaron á combatir. Y la pelea fuera á todas partes igual, sino sobreviniera la gente de caballo, la qual á las veces delante, otras á los lados, et otras saltando á las espaldas sobre los enemigos, hizo mayor matanza que suele ser hecha en escaramuzas. En esta pelea mas fueron encendidos los ánimos de los bárbaros que disminuidos, los quales, por no mostrar ser echados del campo, el dia siguien-

te, en amaneciendo, salieron con esquadra ordenada. En este valle angosto, como ya hemos dicho, no cabian todas las haces et gente; asi casi dos partes de los peones, et todos los caballos baxaron á un campo, et lo que quedaba de peones se puso en un cerro travieso. E Scipion juzgó que la estrechura del lugar hacia para él, porque en lo angosto parecia mas convenible la pelea á los Romanos que á los Españoles, et porque el exército de los enemigos estaba en lugar que todos no cabian. Tambien inclinó su animo á nuevo consejo, pensando que él con las alas no podia rodear su gente de caballo en espacio tan angosto, y que al enemigo le seria de ningun provecho la que sacase con los de á pie; et por tanto mandó á Lelio, por un camino muy oculto sacar la gente de caballo, y quanto pudiese, apartase la pelea de los caballeros de la de los peones. El volvió todas las banderas de los peones contra los enemigos, et puso en la delantera quatro esquadras, porque no podia tenderse mas anchamente, et luego travó pelea con ellos, por los divertir de la vista de los caballeros, que ya pasaban por los cerros; lo qual no fue por ellos sentido, hasta que oyeron el ruido á las espaldas. E asi eran dos peleas diversas, dos esquadras de peones, et dos de caballeros combatian por la longura del campo, porque los lugares angostos no daban lugar, que la batalla de los de caballo y peones se mezclase. E como los Españoles de pie no pudiesen ayudar á los de caballo, ni los de caballo á los de pie; los peones, puestos neciamente en el campo con confianza de los caballeros, morian; y los de caballo cercados no pudiendo subir delante los peones, que ya eran derribados los suyos, ni á los caballeros, que les daban sobre las espaldas, defendiéndose mucho tiempo al derredor con los caballos sin moverse, todos fueron muertos. Y ninguno de quantos caballeros et peones pelearon en el valle quedó vivo. La tercera parte que estuvo en el cerro,

mas para ver de lugar seguro, que tomar parte de la pelea, tuvo lugar y tiempo para fuir. Entre estos tambien fuyoron Mandonio y Indibilis, que salieron entre el alboroto et ruido primero que toda su esquadra fuese cercada. El mismo dia fue tomado el real de los Españoles con casi tres mil hombres allende del otro despojo. De los Romanos, y de sus amigos murieron en aquella batalla acerca de mil et ducientos, y fueron heridos mas de tres mil. E la victoria fuera menos sangrienta si combatirian en campo llano et mas ancho, et mas facil para fuir.

Indibilis echando aparte todos los consejos de la guerra, pensó que en las cosas tan adversas no tenia otra mas segura que la fe et clemencia de Publio Scipion, la qual él ya habia experimentado; et asi le envió á su hermano Mandonio. Este puesto de rodillas delante sus pies, echó toda la culpa á la rabia de los hados de aquel tiempo, porque asi como por una pestilencia y contagio, no solo los Ilergetes, pero tambien el real Romano se habia enloquecido: et dixo que la condicion suya, de su hermano, y de todos los de sus pueblos era tal, que si le parecia, le daban las vidas, ó que guardados le ofrecian para siempre las que dos veces debian á él solo; et que la esperanza que antes habian tenido, era en la causa que traian, no habiendo aun probado su clemencia, y que agora, por el contrario, ninguna esperanza tenian en la causa, mas que toda la tenian en la misericordia del vencedor. Era costumbre antigua de los Romanos, que con quien no tenian amistad por pacto, ó por leyes iguales, no usaban de su imperio como con pacificados, hasta que hubiesen tomado de ellos todas las cosas divinas et humanas, et rehenes, y quitadoles las armas, y puéstoles guarniciones en las ciudades. Scipion reprehendiendo mucho á Mandonio presente, et á Indibilis absente, dixo que ellos por sus maldades justamente merecian la muerte, mas que vivirian por benefi-

cio del pueblo Romano et suyo; et que él no les quitaria las armas, porque son prendas de los que temen rebelion, mas que de grado gelas dexaba, et que estuviesen sin temor. E díxoles que si se rebelaban que ninguna crueldad usaria contra los rehenes, mas contra ellos, y daria pena y castigo, no á los desarmados, mas al enemigo armado, et que en su eleccion dexaba si querian tener los Romanos por amigos, ó por enemigos. De esta manera despidió á Mandonio, mandándoles solo pagar cierto dinero para dar el sueldo á su gente. Despues mandó á Marcio, que fuese delante á España ulterior, et hizo volver á Syllano á Tarragona; y él deteniéndose algunos dias por recibir la imposicion de moneda, que habia mandado pagar á los Ilergetes, con la gente ligera alcanzó á Marcio que se acostaba al mar Océano.

CAPITULO XV.

De como Scipion y Massinissa se vieron, y de la vista quedaron amigos.

Lo que con Massinissa habia comenzado á tratarse, fue dilatado, no sin alguas causas, porque queria Massinissa verse con Scipion, y mano á mano firmar con él la paz; lo qual fue causa que Scipion fuese tan luengo camino, y tan apartado. Estaba en Caliz Massinissa, donde siendo avisado por Marcio de la venida de Scipion, luego puso entre los suyos achaque, que los caballos encerrados en la isla se gastaban, et hacian mucha carestia de las vituallas, la qual sentian todos, et lo que era mas, que los caballeros holgando se corrompian olvidando el exercicio militar. Con estas palabras atraxo al Capitan para que lo dexase entrar en tierra firme, para talar et robar los campos de España. Y luego que fue pasado, envió tres principales de los Nu-

midas para ordenar tiempo et lugar para la habla con Scipion, et mandóles que los dos quedasen en rehenes con Scipion, y el otro volviose para lo levar y guiar donde le fuese mandado. Desta manera Scipion y Massinissa vinieron á habla con poca gente cada uno. Massinissa tenia en mucho la fama de las hazañas de Scipion, y tenia en su ánimo concebida la nobleza de su cuerpo; empero mucho mas se maravilló, quando lo vido presente, et lo tuvo en mayor acatamiento, porque allende que de su naturaleza tenia en el rostro grande magestad, mucho lo atabiaba y ordenaba el cabello luengo, et el hábito del cuerpo no delicado, mas viril y militar, et tenia la edad en lo mejor de las fuerzas, las quales demostraba mas llenas et recias la flor de la juventud como renovada despues de la dolencia. De estas cosas Massinissa fue casi turbadó en la primera vista, et hízole gracias de haberle enviado el hijo de su hermano, et díxole, que desde aquel tiempo, hasta entonces siempre habia buscado aquella ocasion, la qual por beneficio de los Dioses inmortales no habia perdido, y que deseaba servir á él, et al pueblo Romano, en tal manera, que ninguno extrangero ayudase á la república Romana con mayor diligencia que él; lo qual aunque habia mucho tiempo, que lo deseaba, no lo habia podido hacer en España, por ser tierra apartada et no conocida de él, mas que en la tierra donde era nacido et criado; en esperanza del reyno de su padre, facilmente lo haria, et que si los Romanos enviaban á Scipion por Capitan en Africa, que él esperaba que Cartago duraria poco tiempo. Scipion lo vido et oyó con gozo, porque sabia que Massinissa era la cabeza de todo en la caballería de los enemigos, y siendo mancebo demostraba en el rostro la semejanza y figura del ánimo. E asi dándose el uno al otro la fe, Scipion se volvió á Tarragona. Y Massinissa con licencia del Capitan Romano, porque no pareciese que sin causa ha-

bia salido en tierra firme, talando et robando algunos campos comarcanos se tornó á Caliz.

CAPITULO XVI.

De como Magon vino á Cartagena donde muchos de los suyos fueron muertos, y él se volvió á Caliz, et no pudo entrar en ella.

Magon desesperando de España, segun la esperanza á que su ánimo se habia alzado por el alboroto del real de los Romanos, et despues por la rebelion de Indibilis, aparejábase para pasar en Africa; et estando en esto vínole nueva de Cartago, que el Senado mandaba que fuese á Italia con la armada que tenia en Caliz, y que allegando la mas gente que pudiese de Franceses y Genoveses se ayuntase con Anibal, y no dexase enflaquecer la guerra comenzada con grande ímpetu y mayor fortuna. Para esto le fue traida mucha cantidad de dinero de Cartago, y él tomó quanto pudo de Caliz, no solo despojando el tesoro de ella, mas tambien los templos de los Dioses, y particularmente forzando á todos que le truxiesen el oro y plata que tenian. Pasando delante de la costa de España, no lejos de Cartagena, sacó la gente en tierra, y taló los campos, despues allegose á la ciudad, con la escuridad de la noche, á la parte del muro por donde la ciudad habia sido tomada por los Romanos, pensando que no habia en ella buena defension, y que algunos de la ciudad moverian alguna novedad. Mas ya sabian en la ciudad de su venida por los campesinos que huyendo habian venido de los campos talados, et de dia habian visto la armada por el mar, y parecia que no sin causa se habia puesto delante de la ciudad; y por esto ya estaban aperejados dentro de la puerta, que esta hácia el mar. Despues que los ene-

migos se tendieron contra los muros mezclados los marineros y hombres de armas, con mayor alboroto que fuerzas, los Romanos abriendo la puerta á deshora salieron con gran grita, et los persiguieron hasta el mar matando en él los que fueron turbados et fuyeron al primer acometimiento y tiro de los dardos; y sino se retraxeran á las naos que estaban en la orilla ninguno quedara vivo. Aun en las naos temieron que los enemigos entrasen mezclados con ellos, pues por no se detener cortaban las cuerdas de las áncoras, et puentes, y muchos nadando y no sabiendo adonde, ni de qué fuir murieron ahogados. El dia siguiente fuyendo la armada atras contra el mar Océano de donde habia venido, fueron hallados muertos ochocientos hombres, entre el muro y la orilla del mar, et armas fueron halladas dos mil. E Magon se volvió á Caliz, donde no fue recibido. Y de allí se fue á Cimbis, que es un lugar no muy lejos de Caliz, et envió embaxadores á los de Caliz, quejándose, que siendo amigos ellos le habian cerrado las puertas. Ellos se escusaron, diciendo que el pueblo lo habia hecho, irado por ciertas cosas que le habian sido quitadas. Entonces los Sufetes de los de Caliz, que es un oficio muy preeminente entre los Africanos, fueron traidos á habla, y quando los tuvo dentro en las naos, despues de bien ozotados los mandó ahorcar. E de allí se fue á la isla de Pytyusa, que está á cien millas de tierra firme, y entonces la tenian los Cartagineses, donde su armada fue bien recibida; y no solo en ella le dieron vituallas de voluntad, mas tambien para reparo de la armada le fueron dados hombres mancebos, y armas. E con esta fiucia, el Cartagines Magon navegó á las islas Baleares, que están á cincuenta millas de Pityusa. Dos son las islas Baleares, la una mayor et mas rica de armas y de gente, tiene puerto, donde creyó Magon que estaria muy bien en el invierno, que ya era fin del otoño. Mas aí

les salieron al encuentro, con sus hondas, como si la isla fuera de los Romanos: ca entonces solas aquellas armas usaban, como tambien agora las usan, ni otro de qualquiera otra gente vale tanto en aquella arte, quanto los Baleares; de manera que allegándose la armada á la tierra, tanta multitud de piedras, á semejanza de granizo muy espeso, fue derramada sobre ella, que no osaron entrar en el puerto, mas luego volvieron al alto mar. De allí fueron á la isla menor, que es fertil de campos, mas no tan poderosa de armas y de gente; y en saliendo en ella asentaron su real sobre el puerto en lugar bien fuerte, y sin batalla tomaron la ciudad y campos, donde hicieron dos mil hombres de ayuda. Estos enviaron á Cartago, y entonces sacaron sus naos en tierra para estar allí en el invierno. Los de Caliz, despues de la ida de Magon, se dieron á los Romanos.

CAPITULO XVII.

De como Publio Scipion se tornó á Roma, y Lucio Veturio hizo los ayuntamientos para celebrar la eleccion de los Cónsules et Prétores, et las provincias fueron asignadas; y de la oracion que los embaxadores de Sagunto hicieron en el Senado.

Las cosas sobredichas hizo Scipion en España; y dexando la provincia á Lucio Lentulo, et á Lucio Manlio Acidino, con diez naos volvió á Roma. El Senado le dió audiencia fuera de la ciudad en el templo de Belona, y relató sus hazañas; conviene saber, quantas veces en España habia peleado á banderas tendidas, y quantas ciudades por fuerza de armas habia tomodo de los enemigos, las gentes que habia reducido al señorio del pueblo Romano, y como habia ido á España contra quatro Capitanes, y quatro exér-

citos vencedores, y que de aquella tierra habia echado todos los Cartagineses. Y por estas cosas por él hechas, mas quiso tentar la esperanza del triunfo, que pedirla, porque hasta entonces ninguno habia triunfado, que sin dignidad de oficio grande hobiese hecho tales hazañas. Y salido del Senado entró en la ciudad levando delante de sí catorce mil et trecientas et quarenta y dos libras de plata, y mucha cantidad y número de plata monedada. Despues Lucio Veturio Philo tuvo los ayuntamientos para hacer Cónsules, donde todas las Centurias, con grande favor, nombraron á Publio Scipion Consul, et diéronle por compañero á Públio Licinio Craso Pontífice Máxîmo. Estos ayuntamientos fueron freqüentados de mas gente, que ningunos otros en tiempo de aquella guerra, et es fama que venian de todas partes, no tanto por dar los votos á Scipion, quanto por lo ver, y todos concurrian á su casa et al Capitolio, quando hacia el sacrificio con cien bueyes, que en España habia prometido á Júpiter. E todos tenian en sus pensamientos por cosa cierta, que ansi como Luctacio habia acabado la primera guerra Africana, asi Publio Cornelio Scipion pornia fin en la que quedaba, y que como habia echado de España los Africanos, asi los echaria de Italia. Tambien le asignaban la provincia de Africa, como si ya la guerra fuese acabada en Italia. Despues llamaron ayuntamientos para hacer Prétores, et hicieron dos que entonces eran Ediles del pueblo, conviene saber, Spurio Lucrecio, et Ceneo Octavio, et de los que no tenian oficio, á Ceneo Servilio Cepio, et Lucio Emilio Pappo.

El catorceno año de la guerra Africana, Publio Cornelio Scipion, et publio Licinio Craso comenzaron su Consulado. E las provincias fueron nombradas á los Cónsules. Sicilia fue asignada fuera de suerte á Scipion por voluntad de su compañero, porque los sacrificios lo detenian en Italia por ser Pontífice Máxîmo. Los Brucios fueron nom-

brados para Craso. E sortearon las provincias de los Prétores, et la de la ciudad vino á Ceneo Servilio: et Arimino, que asi llamaban la Gallia, vino á Spurio Lucrecio, Sicilia á Lucio Emilio, Cerdeña á Ceneo Octavio. El Senado fue allegado en el Capitolio, donde proponiendo Publio Scipion, determinaron, que de la moneda que habia traido al tesoro, hiciese los juegos que habia prometido en España, quando sus hombres de armas se alborotaron. Entonces mandó que entrasen en el Senado los embaxadores de Sagunto, de los quales el mas antiguo habló de esta manera: » Padres conscriptos, como quiera que no nos quedan mayores males que los que hemos pasado por guardar hasta la muerte la fe que con vosotros tenemos, los beneficios que de vosotros y de vuestros Capitanes hemos recibido han sido tales, que no nos pesa de nuestros daños y destruiciones. Por nosotros habeis tomado la guerra, et con tanta porfia la habeis hecho catorce años, que muchas veces habeis venido al último peligro, et al mismo habeis traido el pueblo de los Cartagineses. Quando en Italia teníades la guerra muy cruel, et á Anibal por enemigo, enviásteis Cónsules á España, para recoger las reliquias de nuestra destruicion; y Publio y Ceneo Cornelios, luego que vinieron á la provincia, nunca cesaron de hacer á nosotros provecho, y á los enemigos daño. Antes de todas las cosas nos restituyeron nuestra ciudad, et redimieron de servidumbre á libertad nuestros ciudadanos, que por España estaban vendidos, enviando quien los buscase. E como ya poco menos tuviésemos que la fortuna de miserable et adversa vuelta en favorable, Publio et Ceneo Cornelios, vuestros Capitanes, murieron con mayor llanto et tristeza nuestra, que vuestra. Entonces nos pareció que éramos retraidos de lugares apartados á nuestro asiento antiguo para perdernos otra vez, et á ver otra destruicion de nuestra patria; y no habia necesidad para

„nuestro perdimiento de caudillo, ó exército Cartagines, „pues lo podian hacer los Turdetanos, nuestros enemigos „antiguos, los quales tambien fueron causa de nuestra pri„mera destruicion. Entonces vosotros, de súbito, y sin nin„guna esperanza nuestra, nos enviásteis este Publio Scipion; „al qual, pues vemos elegido en Consul, y porque podre„mos decir á nuestros ciudadanos, que hemos visto á nues„tra esperanza, socorro y salud, nos parece que somos los „mas bien afortunados de todos los de Sagunto. Este to„mando muchas ciudades de vuestros enemigos, siempre „retornó los Saguntinos á sus propias casas, sacándolos del „número de los otros captivos. A la postre asi prosiguió „con guerra, y deshizo á Turdetania, nuestra tan cruel „enemiga, la qual estando en su ser, Sagunto no po„dia bien librar, que no solo nosotros, mas aun nues„tros descendientes no ternán mas temor de ella. Hemos „visto destruida la ciudad de aquellos pueblos, por cuyo „favor Anibal destruyó á Sagunto, y de sus campos re„cibimos renta; la qual cosa no la tenemos en tanto por la „utilidad, como por la venganza que de ellos tomamos. „Por estos tan grandes beneficios, que mayores no los „podíamos esperar de los Dioses inmortales, el Senado et „pueblo Saguntino, nos ha enviado diez embaxadores á „haceros gracias, et á mostraros el gozo que tienen, por„que las cosas en estos años os han sucedido prósperamen„te en España et Italia: ca teneis á España sojuzgada por „vuestras armas, no solo hasta el rio Ebro, mas tambien „hasta donde el mar Océano fenece las postreras tierras „del mundo, y de Italia ninguna parte habeis dexado á „los Africanos, sino quanto el baluarte del real los ro„dea. E no solo traemos mandamiento de hacer gracias „al muy bueno y muy gande Júpiter, presidente de la „fortaleza Capitolina, mas tambien si vosotros lo permitis, „traemos en servicio al Capitolio esta corona de oro por

» causa de la victoria. E os suplicamos que deis en esto
» lugar, et si os parece, con vuestra autoridad confirmeis pa-
» ra siempre los beneficios y utilidades que por vuestros
» Capitanes nos han sido dados." El Senado respondió á los embaxadores, que la ciudad de Sagunto, destruida por Anibal, et restituida por los Romanos, seria enseñanza et exemplo á todas las gentes de la fe et amistad guardada entre ellos, et que sus Capitanes habian hecho bien, et de voluntad del Senado restituir á Sagunto, et librar de servidumbre sus ciudadanos, et todas las otras cosas que liberalmente les habian dado: que el Senado quiso, que asi fuesen hechas, y que consienten que pongan el servicio et corona en el Capitolio. Despues mandaron los Senadores dar á los embaxadores lugares y aposientos muy buenos, et por el servicio de la corona mandaron que fuesen dados á cada uno de ellos diez mil dineros de moneda. Y despues mandaron que entrasen en el Senado las otras embaxadas, y oyéronlas con mucha humanidad. E á los Saguntinos que pidieron que les dexasen ir á ver á Italia con la seguridad que pudiesen, dieron guias et escribieron á las ciudades, que todas los recibiesen con mucho amor et voluntad.

CAPITULO XVIII.

De como se trató en el Senado de dar á Scipion á Africa por provincia, et de la oracion que Quinto Fabio Máximo hizo sobre ello, reprehendiendo la ida de Scipion en Africa.

Esto hecho, trataron de la república, y de distribuir los exércitos et provincias. E diciendo algunos por fama que Africa era declarada sin suerte nueva provincia para Scipion, y él no contento de poca gloria dixese, que habia sido de-

clarado Consul, no solo para hacer la guerra, mas tambien para le dar fin, lo qual no se podia hacer en otra manera, sino que él pasase la hueste en Africa, et que si el Senado le contradecia en esto, que él lo alcanzaria del pueblo; este consejo no fue placible á los principales de los Senadores, mas antes algunos, ó por temor de mayor mal, ó por cobdicia et ambicion, murmuraban. Entonces Quinto Fabio Máxîmo, rogado que dixiese su parecer, habló de esta manera: » Bien sé yo, Padres conscriptos, que á mu» chos de vosotros parecerá, que hoy tratamos aquí de co» sa ya hecha, et que quien dixere su parecer de la pro» vincia de Africa, si piensa que habla de cosa que es» tá por hacer, hablará en vano. Yo por cierto primera» mente ignoro en que manera la provincia de Africa ya » sea cierta del Consul, varon fuerte y noble, porque, ni » el Senado ha determinado que este año sea provincia, ni » el pueblo lo ha mandado. E si por ventura lo es, pien» so que el Consul yerra, que fingiendo tratar cosa ya » hecha, se burla del Senado; mas no yerra el Senador que » preguntado en su lugar dice su parecer. Tengo yo por » cierto, que descordando del aquejado pasar en Africa, » entraré en opinion de dos cosas. La una, de tardanza » natural á mi condicion, la qual si quiera los mancebos la » llamen temor y pereza, pues yo no me arrepiento, que has» ta agora los consejos de los otros hayan parecido á la prime» ra vista mas hermosos, y los mios siempre mas provecho» sos; la otra es, que seré tenido por maldecidor et lle» no de envidia contra la gloria del fortísimo Consul, que » de cada dia crece. De estas sospechas sino me libra mi » vida pasada y mis costumbres, y la ditadura con cinco » consulados, y la fama y la gloria que he alcanzado en guer» ra y en paz, que estoy ya mas cerca del fastio, que de » la codicia de ella, á lo menos librarme há la edad. Ved » vosotros, ¿qué envidia puedo yo tener con el que aun

» no es igual con mi fijo ? Quando yo fui Dictador en el » tiempo, que aun estaba lleno de fuerzas, y estaba en el cur» so de cosas muy grandes, ninguno me oyó rehusar en el Se» nado, ni delante el pueblo, que el imperio del Maestro de » Caballeros que me perseguia como enemigo, cosa nunca » antes oida, se igualase con el mio. Yo siempre quise mas al » canzar el mando por hechos que por palabras; porque » el que por juicio de algunos se habia igualado conmigo, » despues por su misma confesion publicase la excelencia » que yo le tenia. Pues mucho menos agora habiendo ya » dexado las dignidades y honras, proporné en mi ánimo » de contender et tener envidia contra el mancebo que flo» rece, para que viviendo yo cansado de las cosas que » he hecho, si la provicia de Africa le fuere á él negada, » la quiera yo para mí. Con la gloria que hasta hoy he » ganado quiero vivir et morir. Yo hice que Anibal no » venciese, para que pudiese ser vencido de vosotros, cu» yas fuerzas siempre crecen. Una cosa quiero, Publio Cor» nelio, que perdones, y es, que si yo en mí mismo nun» ca estimé mas la opinion et fama de los hombres que la » república, no anteponga tu gloria al bien comun. Si en » Italia no tuviésemos guerra, ó si el enemigo fuese tal, » que despues de vencido ninguna gloria alcanzásemos, qual» quiera que te detuviese en Italia, puesto que lo hiciese » por el bien comun, pareceria que junto con la guerra te » querria quitar la materia de tu gloria. Mas como el ene» migo Anibal haya catorce años cumplidos que con su exér» cito tiene sitiada á Italia, ¿te pesará, Publio Cornelio, » de tu gloria, si siendo Consul echas de Italia aquel ene» migo, que ha sido causa de tantas muertes et destrui» ciones nuestras? ¿Y si como en Cayo Luctacio quedó el » título et alabanza del fenecimiento de la primera guer» ra, en tí queda la gloria de esta ? sino que queremos » decir, que Amilcar fue mayor Capitan que Anibal, y

„aquella guerra fue mayor que esta, ó que la victoria de „aquella fue mas esclarecida que será la de esta, como „quiera que siendo vos Consul, seamos vencedores. ¿Quieres tú mas apartar á Amilcar de Drepano, et de Erice, que echar á Anibal et á los Cartagineses de Italia? Por „cierto tú aunque hagas mayor caso de la gloria que has „ganado, que de la que esperas, no te gloriarás tanto de „haber librado á España, quanto á Italia. Ni es Anibal „tal, que no muestre mas temerlo, que tenerlo en poco qualquiera que quiera mas otra guerra que la suya. „Pues ¿por qué no te aparejas á lo mas necesario, et por „qué no dexas de hacer la guerra por esos rodeos? ¿Esperas que quando seas pasado en Africa, Anibal te persiga? Hazle aqui primero camino derecho, donde él está, la guerra. ¿Esa excelente victoria buscas, de haber „encendido la guerra de Africa? Sabe que esto es primero por naturaleza, que despues que hobieres defendido „tu casa, puedes ir á combatir la agena. Sea primero paz „en Italia, que guerra en Africa; et antes que hagamos „temor á otros, perdamos el nuestro. Si lo uno et lo otro „se puede hacer por tu guia y favor, despues que habrás „vencido acá á Anibal, combatirás allá á Cartago. E si la „una de estas dos victorias has de dexar para otros Cónsules, la primera sea tuya, que es mayor et mas esclarecida, et será causa de la siguiente. E agora dexando aparte, que el tesoro Romano no puede sostener „dos exércitos apartados, uno en Italia, otro en Africa, ni „tenemos de donde defendamos las armadas, ni somos suficientes á darles vituallas, ¿quién ignora, en que peligro „et quán grande entraremos? Publio Licinio hará guerra „en Italia, et Publio Scipion en Africa; y ¿qué será, lo que „los Dioses todos aparten, et mi corazon se espanta de lo „decir, mas las cosas que han acaecido pueden acaecer, „si Anibal vencedor viniere sobre la ciudad? ¿Llamaremos

» entonces á tí de Africa, como á Quinto Fulvio de Capua, » mayormente que entonces en Africa tambien será comun » la guerra? Seate exemplo tu casa; padre et tio, muer» tos con dos exércitos, en espacio de treinta dias, en aque» lla tierra, donde por algunos años, haciendo grandes ha» zañas por mar et por tierra, habian dado nombre de gran» de fama por todas las gentes extrangeras al pueblo Ro» mano, y á tu familia et linage. El dia me faltaria si » quisiese contar los Reyes et Capitanes que han entra» do neciamente en la tierra de enemigos con grandes per» diciones suyas y de sus huestes. Los Atenienses, ciudad » muy discreta et prudente, dexando la guerra de su mis» ma tierra, enviaron por consejo de su Capitan, man» cebo igualmente esforzado y de sangre muy noble, grande » armada á Sicilia, y en una batalla de mar derribaron pa» ra siempre su república tan florecida. Cosas peregrinas et » muy antiguas son las que hablo. La misma Africa y Marco » Atilio Regulo, exemplo señalado de qualquiera fortuna, » sírvanos de enseñanza. E cierto, Publio Cornelio, quando » del mar mirares á Africa, tus Españas te parecerán ha» ber sido burla y juego. ¿Qué semejanza piensas que hay? » Tú por el mar pácifico acerca la costa de Italia y de » Francia aportaste con la armada á Empurias, ciudad de » nuestros amigos, y sacando la gente en tierra llegaste » por caminos seguros á Tarragona, amiga y compañera del » pueblo Romano: despues fuiste cerca el rio Ebro entre » las guarniciones Romanas et exércitos de tu tio et padre, » mas feroces despues de perdidos los Capitanes, que an» tes, y mandados por Lucio Marcio, escogido, segun el tiem» po, por eleccion de la hueste, mas que si la nobleza et » dignidades lo acompañasen, en qualquiera arte de guerra » es igual con los Capitanes famosos: combatiste tú á Car» tagena con mucho ocio, dónde ninguno de los tres exér» citos Africanos la defendió. Los otros hechos no los quie-

„ro mucho disminuir, mas en ninguna manera son de com„parar con la guerra de Africa, donde ningun puerto hay „abierto para nuestra armada, ningun campo pacífico, nin„guna ciudad, ni Rey amigo y compañero, ni hay lugar „para detenerse, ni para pasar adelante. A quantas par„tes volvamos los ojos, todo está lleno de enemigos. ¿Tie„nes por ventura confianza en Siphas, y los de Numida? „Abaste de haberles dado crédito una vez, y sabe que el „ligero creer no trae siempre buena fortuna, porque los „engañadores y astutos en las cosas de poco muestran mu„cha fe y verdad, para despues, quando les sea provecho„so, engañarte con grande daño tuyo. Tu padre et tu tio „no fueron engañados por los enemigos, mas por los Cel„tiberos, amigos fingidos: ni tú pasaste tanto peligro por „Magon et Asdrubal, Capitanes de los enemigos, quanto „por Mandonio et Indibilis recibidos en tu fe. Tú que has „probado por experiencia el escándalo et apartamiento de „tus Caballeros, ¿podrás tener confianza en los Numidas? „Siphas et Massinissa quieren ser mas poderosos en Africa, „que los Cartagineses, et los Cartagineses mas que los „otros. Agora que ven que está lejos el miedo extrangero, „la voluntad que tienen los unos de ser mayores que los „otros, mueve entre ellos la discordia; mas si les muestras „armas Romanas, y exército extrangero, luego todos se „ayuntarán entre sí, como quien concurre á matar el fue„go comun. Los Cartagineses en una manera defendian á „España, et en otra defenderán los muros et casas de su „propia tierra, los templos de sus Dioses, los altares et „públicos hogares, viendo que quando fueren á las batallas „les irán detras las propias mugeres llenas de temor, et „les saldrán delante llorando los hijos pequeñitos. A la pos„tre ¿qué me dirás, si los Cartagineses confiando en la „concordia de Africa, et en la fe de los Reyes sus amigos, „et de sus muros, et defensiones, vieren á Iralia desnuda

» de tu defension, et de tu exército, et enviaren de Africa nueva hueste contra Italia? O¿ qué sabemos si mandarán que Magon se ayunte con Anibal, el qual sabemos que ha salido con grande armada de las islas Baleares, et va por la costa de los Lygures, y Alpinos, que están en la frontera de Génova? Cierto es, que estaremos en el mismo peligro et temor, que estuvimos quando Asdrubal pasó en Italia; el qual tú que no solo pretendes con tu exército cerrar á Cartago, mas tambien á Africa de tus manos lo echaste en Italia. Sufre que nosotros atribuyamos á tu consejo, quantas prosperidades han venido á tí, et al imperio Romano, et remitamos las adversidades á los casos de la guerra et fortuna que son inciertos. Por eso quanto tú eres mejor et mas esforzado, tanto mas la patria et toda Italia te quiere detener por su presidente. No puedes disimular que donde Anibal está, allí está la cabeza et fuerza de esta guerra, puesto que tú mismo manifiestas, que la causa de te pasar en Africa, es por levar de aquí allá á Anibal. Asi claro es que, ó acá, ó allá con Anibal has de tener la guerra; pues ¿donde esperas tú ser mas fuerte, en Africa, siendo solo, ó en Italia, teniendo junto tu exército con el de tu compañero? Los Cónsules, Claudio et Livio, con tan reciente exemplo, ¿no te dan doctrina quanta sea la importancia de esto? ¿Qué diré de Anibal? ¿quién lo hará mas poderoso en armas et gente, el postrero rincon del campo de los Brucios, ó la propinqua Cartago, et toda Africa amiga et compañera? Que consejo es ese tuyo, querer mas combatir y hacer guerra, donde tu exército sea al medio menor et el de los enemigos mucho mayor, ó donde has de combatir con dos huestes contra una ya cansada de tantas batallas, et de guerra tan luenga et tan grave. Piensa quanto sea igual tu consejo al consejo de tu padre. El siendo Consul partió para España,

„et por salir al encuentro á Anibal, que descendia de los „Alpes, volvió de la provincia á Italia; ¿et tú estando „Anibal en Italia, la quieres dexar, no por que esto sea „provechoso á la república, mas por que te parece cosa mag„nífica et gloriosa para tí? Asi como quando tú siendo Ca„pitan del pueblo Romano dexaste la provincia y exér„cito sin ley, y sin determinacion del Senado pusiste en „dos galeas el bien y ventura de la república, y la ma„gestad del imperio Romano, que de tu cabeza y vida „pendian. Yo, ó Padres conscriptos, pienso que habeis he„cho Consul á Publio Cornelio para la república y noso„tros, y no para sí solo; y los exércitos son hechos para de„fension de la ciudad y de Italia, y no para que los Cón„sules con soberbia los lleven á su voluntad, á manera de „Reyes, por donde quieran."

CAPITULO XIX.

De como Publio Cornelio Scipion respondió á la oracion de Fabio, deshaciendo sus razones, mostrando ser bien de la república el pasar de Africa.

Como Fabio con esta oracion dispuesta para el tiempo y con su autoridad et fama antigua de su prudencia hobiese movido gran parte del Senado, y principalmente á los mas viejos, et los mas de ellos alabasen mucho mas el consejo del viejo, que el ánimo esforzado del mancebo Scipion; dicen que Scpion habló en esta manera.

„Quinto Fabio, Padres conscriptos, en el principio de „su oracion dixo, que en decir su parecer, podria ser nota„do de envidioso, de lo qual yo no osaré tanto acusar á tal „varon, quanto aquella sospecha no es alimpiada, ó por el „vicio de su habla, ó de la cosa: ca en tal manera en su ora„cion, ha magnificado y ensalzado sus honras, la fama de sus

» obras, para amatar el crimen de la envidia, como si tambien tenga yo peligro de otro baxo que se iguale conmigo, y no de él, que porque excede á los otros, á lo qual no quiero disimular que no me esfuerzo, no quiere que yo me iguale con él. Así se ha hecho viejo que ya ha acabado sus dignidades, y á mí ha puesto debaxo de la edad de su hijo, como si la codicia de la gloria no se extienda mas, que el espacio de la vida humana, y la mayor parte de ella no se extienda á la memoria et á los venideros. Yo tengo por cierto en mi ánimo que á todo hombre grande acaece, que se compare, no solo con los varones esclarecidos presentes, mas tambien con los de otra edad qualquiera. Yo Quinto Fabio, no disimulo que quiero, no solo alcanzar tus alabanzas, mas tambien, hablando sin tu ofensa, deseo si puedo sobrepujarlas. No tengamos tal ánimo, ni tú contra mí, ni yo contra los menores de mi tiempo, que queramos que ningun ciudadano sea á nosotros semejante: ca esto no solo seria daño á aquellos á quien tenemos odio, mas tambien á la república, y casi á todo el linage humano. Y ha dicho en quan grande peligo entraria yo si pasase en Africa, porque parezca que tiene grande cuidado, no solo de la república y exército, mas tambien de mí. E ¿de donde le ha nacido tan súbito cuidado de mí? Siendo muertos mi padre et mi tio, y sus dos exércitos casi destruidos, et las Españas perdidas, y estando en ellas quatro exércitos de Africanos, et quatro Capitanes que ocupaban todas las cosas con temor et armas; buscando vosotros Capitan para esta guerra, ninguno se osó demostrar sino yo, y ninguno osó publicar su nombre: quando teniendo yo veinte y quatro años, el pueblo Romano me dió el imperio; ¿por qué entonces no habló ninguno de mi edad, ni del poder de los enemigos, ni de la dificultad de la guerra, ni de la muerte reciente de

„mi padre y de mi tio? ¿Por ventura hemos recibido ago- „ra en Africa alguna destruicion mayor que fue aquella „en España? ¿ó hay mayores exércitos, agora en Africa, „y mas, y mejores Capitanes que eran entonces en Es- „paña? ¿ó mi edad era entonces, mas dispuesta para ha- „cer la guerra, que agora? ¿ó es por ventura cosa mas „convenible hacer la guerra contra los Cartagineses en Es- „paña que en Africa? Despues de haber desbaratado et he- „cho fuir quatro exércitos Africanos, et haber tomado tan- „tas ciudades por fuerza, ó forzado á se entregar por te- „mor: despues de haber sojuzgado todas las cosas hasta el „mar Océano, tantos Reyes pequeños, tantas gentes crue- „les, et haber tomado toda España, de manera que no „queda señal ninguna de guerra, es facil cosa tener en „poco mis hechos. Es por cierto tan ligera como, si yo „vencedor volviese de Africa, disminuir aquellas cosas, las „quales agora por causa de me detener son ensalzadas con „palabras, porque parezcan terribles. Dice que no hay en- „trada para Africa, et que no hay puertos para allá. Dice „que Marco Attilio fue preso en Africa, como si Marco „Attilio en su primero acometimiento en Africa entrope- „zára, et no se acuerda que á aquel Capitan tan desdicha- „do fueron abiertos los puertos de Africa, et el primero „año hizo cosas maravillosas, y que quanto á lo que to- „ca á los Capitanes Cartagineses, á la postre quedó no „vencido. Pues con ese exemplo en ninguna cosa me es- „pantas. Si recibiéramos esa destruicion en esta guerra, et „no en la pasada: sí, agora de nuevo et no quarenta años „antes; ¿qué mas dificultad habria para pasar yo en Afri- „ca, siendo preso Regulo, que hobo para España siendo „muertos los Scipiones? No consentiria yo que Xantippo „Lacedemonio fuese nacido mas bienaventuradamente pa- „ra Cartago, que yo para mi patria; et de aquello mis- „mo creceria en mí la fiucia, considerando quan grande et

„poderosa puede ser la virtud de un hombre. Dice que de„bemos tomar exemplo de los Atenienses, que neciamente „pasaron á Sicilia, dexando la guerra en su tierra. E pues „hay lugar de contar fablillas Griegas, ¿por qué no te acuer„das como Agatocles Rey de Syracusa, quando Sicilia ardia „mucho tiempo por la guerra Africana, pasó á la misma Afri„ca, et volvió la guerra allá donde habia venido? ¿Mas qué „necesidad hay de os amonestar quan provechoso sea que de „voluntad pongais miedo á los enemigos, et apartando de „vosotros el peligro, levarlo contra ellos, con exemplos „viejos et extrangeros? ¿Puede ser por ventura ningun „exemplo mayor y mas presente que Anibal? Grande di„ferencia hay en talar los campos agenos, y en ver que„mar y talar los vuestros. Mayor ánimo tiene quien ha„ce el daño que el que lo defiende, y mayor es el es„panto de las cosas no conocidas, que si entrando en los „términos de los enemigos de cerca ve los bienes y ma„les de ellos. No habia esperado Anibal que despues de „la traicion de Cannas se habian de pasar á él los pue„blos de Italia que se pasaron; ¿pues quánto serán menos „firmes á los Cartagineses sus cosas en Africa, donde los ami„gos les son sin fe, siendo ellos señores graves et sober„bios? Y nosotros desamparados de nuestros amigos con nues„tras fuerzas, et Caballeros Romanos nos defendimos: los „Cartagineses no tienen esfuerzo de ciudadanos, toda la „gente tienen á sueldo, Africanos et Numidas, hombres de „ingenios muy ligeros, et que presto mudan la fe. Aquí „no tenga yo embarazo alguno, que en un mismo tiem„po oireis que soy pasado, et que Africa arde con guerra, „et que Anibal se parte de acá, et que Cartago es cerca„da. Esperad mas espesos et mas alegres mensageros de Afri„ca, que los recibíades de España. Estas esperanzas me „ofrece la fortuna del pueblo Romano, et los Dioses tes„tigos de los pactos rompidos por los enemigos, y el Rey

„Siphas et Massinissa, de cuya fe tanto confiaré, que seré „bien seguro de qualquiera maldad que me puedan hacer. La „guerra abrirá et despertará muchas cosas, que agora por el „entrevalo no parecen. A todo varon y Capitan diligente et „esforzado conviene no faltar á la fortuna quando se le ofrece, „et las cosas ofrecidas á caso volverlas al consejo. Yo, Quinto „Fabio, tengo por contrario á Anibal, mas yo lo atraeré an„tes que él me detenga; yo le forzaré á combatir en su pro„pia tierra, et Cartago será primero galardon de la victo„ria, que los castillos medio derribados de los Brucios. Y „que entretanto que traspaso y saco mi exército en Afri„ca, y allego mi real á Cartago, la república no reciba aquí „algun daño, lo qual, tú Quinto Fabio, podiste hacer, quan„do Anibal vencedor iba volando por Italia; guarda que no „sea cosa injuriosa, siendo Anibal debilitado et casi des„hecho, decir que Publio Licinio, Consul, varon muy es„forzado, no pueda hacer esto; el qual porque, siendo gran „Pontífice, no esté absente de los sacrificios, por eso no le „ha venido en suerte provincia tan apartada. E por cier„to, aunque la guerra no se acabase tan presto, en la ma„nera que yo juzgo; empero pertenece á la dignidad del „pueblo Romano, y su fama, para delante de los Re„yes et gentes extrangeras, demostrar que tenemos ánimo, „no solo para defender á Italia, mas tambien para hacer „guerra en Africa: y que no se crea, ni publique que „Anibal haya osado hacer lo que Capitanes Romanos no „osan, y que en la primera guerra Africana, quando la „tienda era sobre Sicilia, Africa fue tantas veces comba„tida por nuestros exércitos y armados, y agora que la qües„tion es sobre Italia, Africa está en paz. Pues repose ya „Italia tanto tiempo fatigada, y sea quemada y talada Afri„ca. Asiéntese el real Romano primero sobre las puertas „de Cartago, que nosotros veamos otra vez de nuestros „muros el baluarte de los enemigos. Sea Africa asiento de

»la guerra que queda. Vuélvanse á ella el espanto y fuir, »la destruicion de los campos, y el faltar de los amigos, »y otros daños de guerra que por catorce años nos per- »siguieron. Bien abaste haber dicho de las cosas que con- »vienen á la república, y á la guerra que tenemos entre »las manos, et provincias de que agora tractamos: La ora- »cion mas luenga, et á vosotros impertinente quédese pa- »ra quando asi como Quinto Fabio ha disminuido las co- »sas que yo hice en España, yo, por el contrario, quisiese »burlarme de su gloria, y ensalzar la mia con palabras. »Pero ninguna de estas cosas haré yo, Pradres conscriptos: »aunque yo mancebo en otra cosa no sobrepuje á el viejo, »á lo menos en la modestia y templanza de la lengua lo »venceré. En tal manera he vivido y hecho mis cosas, que »callando he sido contento de la opinion que por vuestra voluntad de mí habeis concebido en vuestros ánimos."

CAPITULO XX.

De como despues de muchas alteraciones en el Senado fue señalada la provincia de Africa á Scipion, y los exércitos fueron repartidos.

Scipion fue oido con ánimos menos favorables, porque era fama que si él no alcanzaba del Senado que le fuese dada la provincia de Africa, que lo tractaria con el pueblo. E por esto Quinto Fulvio que habia sido Censor, y quatro veces Consul, pidió al Consul que dixese publicamente en el Senado, si consentia á los Senadores que determinasen de las provincias, y si estaria á lo que deliberasen, ó si lo trataria con el pueblo. E como Scipion respondiese, que haria lo que seria bien et provecho de la república, dixo Fulvio: »No te pregunté yo porque ignorase lo que habiais de responder et hacer, como sea cierto

„ que muestras mas tentar al Senado, que consultar con „ él, y que si luego no te señalamos la provincia que quie„ res, tienes aparejada la rogacion al pueblo. Por ende Tri„ bunos del pueblo yo os requiero, que me ayudeis, que „ por eso no digo mi parecer, porque si se siguiere mi pa„ recer, el Consul no lo aprobára." De aquí nació una contienda, diciendo el Consul, que no era razon que los Tribunos se entrepusiesen á ningun Senador preguntado á su tiempo, que no dixese su parecer. Los Tribunos deliberaron, si el Consul permitia al Senado las provincias, que ellos estarian á lo que el Senado determinase, y que no sufririan, que de ello se hablase al pueblo; mas si no lo consentia, que ellos ayudarian á quien rehusase decir sobre ello su parecer. El consul demandó un dia para hablar con su compañero; y el dia siguiente fue dada la comision al Senado. Y las provincias fueron partidas de esta manera. Al uno de los Cónsules señalaron Sicilia y treinta naos, que Cayo Servilio habia tenido el año pasado, et diéronle poderio de pasar en Africa, si le pareciese ser bien de la república. Al otro Consul señalaron los Brucios, y la guerra contra Anibal con aquel exército que Lucio Veturio, ó Quinto Cecilio habian tenido; y que estos dos sorteasen entre sí, ó concordasen qual de los dos quedase en los Brucios con dos legiones que el Consul hobiese dexado; y que por un año fuese prolongado el Imperio al que aquella provincia viniese. A los otros, sacados los Cónsules et Prétores que habian de gobernar los exércitos et provincias, fueron alargados sus regimientos. E á Quinto Cecilio vino por suerte que estuviese en los Brucios con el Consul contra Anibal. Despues se hicieron los juegos de Scipion con grande freqüencia et favor de los miradores. Y enviaron por embaxadores á Marco Pomponio Mato, et Quinto Catulo á la ciudad de Delphos, los quales levaron del despojo de Asdrubal una corona de oro de docien-

tas libras, et las imágenes de los despojos, fabricadas de mil libras de plata.

E no alcanzando Scipion del Senado poder hacer levas de gente, ni pretendiéndolo con mucho esfuerzo, consiguió que levase los soldados que de su voluntad lo quisiesen seguir. E porque habia dicho que la esquadra de mar no causaria gastos á la república, dieronle facultad para poder tomar las cosas que los amigos et compañeros le diesen para fabricar nuevas naos. Todos los pueblos de Toscana, cada uno, segun sus haciendas, le prometieron de ayudar. Los Cerites ofrecieron trigo et vituallas de toda suerte para los marineros, los Populienses fierro, los Tarquineses lino para velas, los Volaterranos armadura de las naos, et trigo: los Aretinos treinta mil escudos, et otros tantos capacetes, lanzas Romanas et Francesas, y hastas luengas, et que de cada género complirian por igual la suma de cincuenta mil: que proveerian de quanto fuese menester, como son destrales, azadas, hoces, espuertas, muelas para quarenta naos luengas, y darian trigo ciento y veinte mil celemines para camino á los centuriones, y remadores. Los Perusinos y Clusinos, y Russellanos prometieron madera para hacer las naos, et grande número de trigo; et tomó la madera de los bosques comunes. Los pueblos de Umbria y los Nursinos, y Reatinos, y Amiterninos, y todo el campo Sabino prometieron hombres de armas. E muchos de los Marsos, et Pelignos, et Marrucinos de su voluntad se hicieron escribir para la armada. Los Camertes teniendo alianza con los Romanos enviaron una capitanía armada de seiscientos hombres. E como fuesen dispuestas carenas de treinta naos, y veinte galeas de cinco remos por banco, et diez de quatro, él puso tanta diligencia en la obra, que en quarenta y cinco dias despues que la madera fue sacada de los montes, las naos fueron aparejadas y armadas, y puestas en el agua. E partió para Sicilia con treinta naos

luengas, et quasi con siete mil hombres por su voluntad puestos en las naos.

CAPITULO XXI.

De como el otro Consul se fue á su provincia, y los otros Prétores vendieron los campos de los Campanos, y como Magon vino con mucha gente á Italia, y ocupó la costa de Génova.

Publio Licino se fue á los Brucios á dos exércitos consulares, de los quales tomó para sí aquel que el Consul Lucio Veturio habia tenido; et dió lugar á Metello que se tuviese las legiones que habia tenido, porque pensó que mas facilmente haria la guerra con los que tenia acostumbrados á su imperio. E los Prétores se fueron cada uno á su provincia. Y porque faltaba moneda para la guerra, mandaron á los tesoreros que vendiesen los campos Campanos que estaban de la Caba Griega vueltos hácia la mar; et permitieron que el campo demostrado haber sido de ciudadano Campano, fuese público del pueblo Romano, y al demostrador mandaron dar en premio la decima parte de la moneda en que fuese tasado el campo. E á Ceneo Servilio, Pretor de la ciudad, dieron poderio que los ciudadanos Campanos morasen donde por el Senado les fuese consentido, y que castigase á los que en otra parte morasen.

En este mismo estío, Magon, hijo de Amilcar, pasó en Italia de la menor isla de las Baleares, donde habia tenido el invierno, trayendo en su armada de mancebos escegidos doce mil peones, et quasi dos mil de caballo con treinta naos gruesas, y otras muchas de carga. E con su súbita venida tomó á Génova, no teniendo defension alguna en la costa. E despues levó su armada á la costa de los Ligures de los Alpes para hacer allí algunos mo-

vimientos. E los Ingaunos, gente de los Ligures, tenian en aquel tiempo guerra con los Epanterios, montañeses. E dexando el Capitan Africano el despojo en Saona, ciudad de los Alpes, y diez naos para defension, envió las otras á Cartago para defender la costa, porque era fama que Scipion habia de pasar allá. Y firmando su alianza con los Ingaunos, porque mas queria la amistad destos, que de los otros, deliberó de combatir los montañeses. E cada dia crecia mas su exército, viniendo de todas partes los Franceses á la fama de su nombre. Estas cosas sabidas por cartas de Spurio Lucrecio, pusieron grande cuidado en los Padres, que no en vano se hubiesen alegrado dos años antes por la pérdida de Asdrubal et de su exército, si de allí nacia otra guerra igual, solamente siendo mudado el Capitan. Y por esto mandaron al Proconsul Marco Livio que levase el exército de los Volones de Toscana á Arimino. Y dieron cargo á Ceneo Servilio, Pretor, que si le pareciese ser provechoso de la república, mandase sacar de la ciudad dos legiones, dando el mando de ellas á quien le pareciese. E Marco Valerio Levino llevó aquellas capitanías á Aretio. En estos mesmos dias fueron tomadas ochenta naos de mercaduria de los Africanos, acerca de Cerdeña, por Ceneo Octavio que gobernaba aquella provincia. Y dice Celio que estas eran cargadas de trigo y vituallas enviadas á Anibal. E Valerio dice que levaban á Cartago el despojo de Hetruria, ó Toscana, y los captivos de los Ligures montañeses. Aquel año ninguna cosa digna de memoria fue hecha en los Brucios; porque la pestilencia entró con igual daño en los Romanos, et Cartagineses. Y el exército Africano, allende de la pestilencia, tuvo mucha hambre. Anibal estuvo el estío acerca del templo Juno Lacinia, y allí edificó un altar; et lo dedicó con un título esculpido de letras Africanas et Griegas de las cosas que él habia hecho.

LIBRO NONO

DE LA TERCERA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De como Scipion se proveyó de todas las cosas que le eran menester para pasar en Africa, et envió delante á Lelio á destruir los campos de Cartago.

Scipion, despues que llegó á Sicilia, ordenó et distribuyó en centurias los hombres de armas voluntarios; y de estos puso á cerca de sí trecientos mancebos sin armas, florecidos en edad y de recias fuerzas, no sabiendo ellos para que los queria asi desarmados. E despues de los mancebos, de Sicilia escogió trecientos Caballeros de los principales en linage y riquezas, para que pasasen con él en Africa, et mandóles saber el dia que viniesen ataviados de armas y caballos. Esto pareció á los Sicilianos grave, y que andando fuera de sus reynos et patria, por mar et por tierra, les traeria muchos trabajos et grandes peligros; y no solo los que habian de ir, mas tambien sus padres y parientes estaban en mucho cuidado. Despues que vino el dia, que él les habia mandado, y hicieron alarde de sus armas y caballos; Scipion díxoles, que habia sabido que algunos Caballeros Sicilianos tenian aquella guerra por grave et áspera, et por ende que todos los que fuesen de tal parecer, que él queria mas que entonces lo dixesen, que no despues, quando fuesen desaprovechados et dañosos á la república, et por esto que luego declarasen su parecer, que él les oiria de buena voluntad. E como uno de ellos dixese que si le de-

xasen escoger, mas queria no ir á la guerra, entonces Scipion le dixo: » Mancebo, pues tu no has disimulado lo que » sientes, yo te daré uno que esté en la guerra por tí, » al qual tú darás las armas y caballo et los otros ins- » trumentos de la guerra; et levarlo has luego contigo á » tu casa, et ten cuidado de le exercitar et enseñar, dán- » dole tu caballo et armas." Y aceptando aquel con alegria este pacto et condicion, Scipion le dio uno de los trecientos que consigo tenia desarmados. E despues que los otros vieron este hombre de armas despedido con voluntad y amor del Capitan, cada uno se excusaba et tomaba otro para su lugar. En esta manera fueron substituidos Caballeros Romanos á los trescientos Sicilianos sin ningun gasto público. Los Sicilianos tuvieron cuidado de los enseñar et exercitar; porque el Capitan hizo mandamiento público, que el que no enseñase et exercitase al que en su lugar él ponia, que fuese obligado de ir á la guerra. Dicen que esta capitanía de hombres de armas fue muy excelente, y que en muchas batallas ayudó á la república. Despues mirando Scipion las legiones, escogió de ellas los soldados de muchos sueldos, principalmente los que habian estado so la gobernacion de Marcello; por que creia que estaban abezados con buena doctrina militar, et que por el luengo cerco de Syracusa sabian bien de combatir ciudades. Cierto es que Scipion no levaba en su corazon pensamiento de cosa pequeña, mas antes la destruicion de Cartago. Despues que repartió su exército por las villas et lugares, mandó á las ciudades de Sicilia que proveyesen de trigo, et mandó guardar lo que habia traido de Italia, y reparó las naos viejas, et con ellas envió á Cayo Lelio robar á Africa; y sacó en Palermo las naos nuevas, para que el invierno estuviesen en lo seco, porque habian sido hechas de rebato, et de madera verde. Todas las cosas aparejadas para la guerra, fue á Syracusa, la qual aun

no estaba asosegada de los grandes movimientos de la guerra. Los Griegos Syracusanos requerian que se les volviesen las haciendas que les habia concedido el Senado, las quales les tenian algunos Italianos con la mesma fuerza, con la qual en la guerra las habian tomado. Entonces Scipion pensando que lo principal era guardar la fe pública, restituyó sus haciendas á los Syracusanos, parte por público edicto et mandamiento, parte castigando los pertinaces et porfiosos en la injuria. Y no solo agradó esto á los Syracusanos, mas tambien á todos los pueblos de Sicilia, et por eso con mayor esfuerzo le ayudaron para la guerra.

CAPITULO II.

De como Livio Lentulo, et Lucio Manlio combatieron en España con Indibilis et otros rebelados, et mataron muchos de ellos.

En este mesmo estío en España se encendió gran guerra, moviéndola Indibilis, por ninguna otra causa, sino que por admiracion de Scipion tuvieron en menosprecio los otros Capitanes, que pensaban que él solo quedaba Capitan de los Romanos, siendo los otros muertos por Anibal; et que por eso, despues de muertos los Scipiones, no tenian otro que enviar á España, y despues que en Italia la guerra les fatigaba, lo habian llamado contra Anibal. Sin que los Romanos no tenian otra cosa en España sino los nombres de Capitanes, tambien habian sacado de ella el exército viejo: que todas sus cosas estaban turbadas, et la muchedumbre de nuevos soldados desconcertada, y que nunca como agora tendrian tal ocasion de librar á España, que hasta este tiempo habia servido á los Cartagineses ó Romanos, et á las veces á entrambos en un tiempo. E pues que los Cartagineses eran echados por los Romanos, si los Españoles con-

sintiesen, podrian echar los Romanos, para que España, libre de qualquiera imperio extrangero, para siempre volviese á sus primeras costumbres. Diciendo Indibilis estas cosas conmovió, no solo los de sus pueblos, mas tambien los Ausetanos, gente comarcana, et otros pueblos vecinos á él y á ellos. Y en pocos dias se ayuntaron treinta mil peones, et quasi quatro mil de caballo en el campo Sedetano, á donde habian concertado. Tambien los Capitanes Romanos, que eran Lucio Lentulo, et Lucio Manlio Acidino, porque la guerra al principio no creciese teniéndola en menosprecio, se fueron con sus exércitos juntos por el campo Ausetaño, levando su gente como por tierra pacífica al asiento de los enemigos; et á espacio de tres millas asentaron su real apartado de los enemigos. Al principio tentaron con embaxadores, aunque sin efecto, que se apartasen de las armas; mas despues como los caballeros Españoles hiciesen ímpetu contra los Romanos que iban á pacer, enviando los Capitanes la gente de caballo, la batalla fue de caballeros sin hecho ninguno de memoria de una parte, ni de otra. Y al otro dia, en saliendo el sol, todos fueron armados et ordenados, demostrando su esquadra quasi á mil pasos del real Romano. Los Ausetanos estaban en medio, et la ala derecha tenian los Ilergetes, la izquierda tenian pueblos no conocidos; et entre los lados y la esquadra de medio hicieron espacios bien anchos, por donde, quando fuese menester, saliese la gente de caballo. Los Romanos habiendo ordenado su hueste segun su costumbre, en solo esto imitaron á los enemigos, que entre las capitanías tambien dexaron caminos abiertos á la gente de caballo. Mas Lentulo pensando que aquella parte levaria lo mejor que primero enviase los caballeros contra la esquadra de los enemigos abierta con espacios, mandó á Sexto Cornelio, Tribuno de caballeros, que mandase á los de caballo que etrasen por la esquadra de los enemigos abier-

ta. E siendo la batalla de pie comenzada no muy bien, solamente se detuvo él hasta que retrayéndose la docena legion, que puesta en el lado izquierdo contra los Ilergetes iba de vencida, sacó la trecena en socorro para la primera esquadra. E despues que la batalla fue igual, fue á Lucio Manlio que estaba entre las primeras banderas exhortando et poniendo socorro donde era menester, y díxole que el lado izquierdo estaba seguro, et que él habia enviado á Sexto Cornelio para circunndar los enemigos con grande tempestad de caballeros. E apenas hubo dicho estas palabras, quando los caballeros Romanos metidos enmedio de los enemigos turbaron las esquadras de los peones, et juntamente cerraron el camino á los caballeros Españoles para meter los caballos. E asi los Españoles dexando la pelea de los caballos descendieron á pie. Los Capitanes Romanos desque vieron turbadas las ordenanzas de los enemigos, et el temor et las banderas inclinadas, exhortaban et rogaban á los suyos que diesen reciamente sobre los enemigos turbados, et no les dexasen rehacer las esquadras. No sufrian tan recio encuentro los Bárbaros, sino que Indibilis con los caballeros apeados se puso delante las primeras banderas de los peones. E allí fue algun tanto la batalla feroz y muy recia; et á la postre despues que los que pevaleaban acerca del Rey Indibilis, medio muerto et clavado en tierra con una lanza, cayeron cubiertos de armas, á todas partes comenzaron á fuir. E muchos fueron muertos, porque á los de caballo no les daban espacio para cavalgar, et porque los Romanos dieron reciamente sobre ellos turbados, que no se apartaron hasta que tambien les tomaron el real. Aquel dia murieron trece mil Españoles, et quasi ochocientos fueron presos: de los Romanos et sus amigos murieron pocos mas de docientos, et la mayor parte destos en el lado izquierdo. Entonces llamados por Mandonio á consejo, quejándose de sus destruiciones, et repre-

hendiendo á los autores de la guerra, acordaron de enviar embaxadores para dar las armas et á sí mesmos. Y estos echando la culpa sobre los movedores de la guerra, Indibilis et otros principales que habian muerto en la batalla et dando las armas et á sí mesmos; hobieron por respuesta, que con tal condicion los recibian los Romanos que diesen vivos á Mandonio, á et á los otros movedores de la guerra, sino que ellos entrarian con el exército en los campos de los Ilergetes et Ausetanos, et despues en los otros pueblos. Estas cosas fueron dichas á los embaxadores, et relatadas en el consejo, donde Mandonio, et los otros principales fueron presos y entregados á los Romanos, para que fuesen castigados. E á los pueblos de España fue dada paz, et mandáronles pagar aquel año doblado sueldo, et trigo para seis meses, et mantas et vestidos para el exército, y se tomaron rehenes quasi de treinta pueblos. Y pacificado por esta manera en pocos dias el alboroto de España que se rebelaba, todo el espanto de la guerra fue convertido contra Africa.

CAPITULO III.

De como Lelio descendió en los campos de Hippona, et puso gran espanto en Cartago, per lo qual los Cartagineses, hicieron aparatos de guerra, y enviaron á hacer sueldo, y solicitar sus Capitanes contra los Romanos.

Cayo Lelio llegando de noche á Hippona, ciudad real, en amaneciendo sacó la gente de armas et marineros para robar el campo. E los de Hippona estando sin cuidado, á manera de paz, recibieron grandes daños, et muchos temerosos hinchieron la ciudad de Cartago de gran espanto, diciendo que la armada Romana y el Capitan Scipion habia venido. E decian esto porque ya tenian fama

que era pasado en Sicilia. No sabiendo bien quantas naos habian visto, ni quanta gente entraba á robar los campos, todas las cosas creian ser mayores acrecentándolas el temor. De manera que al principio entró en ellos temor et espanto, despues tristeza, ca tanto se habia vuelto la fortuna, que los que antes vencedores habian puesto su exército delante los muros de Roma, y destruyendo tantos exércitos de los enemigos, habian tomado, ó por fuerza, ó por voluntad, todos los pueblos de Italia, agora vuelta la fortuna de la guerra, habian de ver las destruiciones de Africa et el cerco de Cartago, et que no serian de iguales fuerzas para sufrir aquellos males con los Romanos: que á estos el pueblo Romano y Latio les habia siempre dado gente esforzada mayor y mejor, y que siempre crecia despues de tantos exércitos perdidos, mas su pueblo era desaprovechado para la guerra en la ciudad y en los campos de ella, y que á sueldo buscaban ayuda de los Africanos, gente de poca fe, y variable á qualquiera movimiento de esperanza: et que el Rey Siphas, despues de la habla de Scipion, se habia apartado de ellos, y que Massinissa claramente les habia faltado, y les era recio enemigo, de manera que ninguna esperanza, ni ayuda tenian: que ni Magon movia cosa alguna de Francia, ni se ayuntaba con Anibal, et el mesmo Anibal ya se envejecia en fama y en fuerzas. E siendo ellos derribados en estos lloros por la nueva tan reciente, el espanto presente retraxo otra vez sus ánimos para consultar en que manera saldrian delante á los peligros presentes; et plúgoles de escoger súbitamente gente en la ciudad et campos, et enviar á buscar et conducir ayudas, et enfortalecer la ciudad et traer trigo y aparejar armas, et aderezar las naos, et enviarlas á Hippona contra la armada Romana. Estando ellos en esto, vino mensagero diciendo, que Lelio era pasado et no Scipion, et que el exército era tanto quanto abastaba para correr los campos y no mas, et que la fuerza de la guerra

aun estaba en Sicilia. E de esta nueva cobraron corazon, et comentaron enviar grandes embaxadas al Rey Siphas et á otros Reyes por causa de firmar alianza con ellos. Tambien enviaron á Filipo embaxadores, que le prometiesen docientos talentos de plata, para que pasase en Sicilia ó en Italia, et enviaron á sus Capitanes que estaban en Italia, que con todo espanto retuviesen á Scipion en Italia. E á Magon enviaron no solo embaxadores, mas tambien veinte et cinco naos luengas, et seis mil peones, et ochocientos caballeros, et siete elefantes, et mucha moneda para recoger ayuda de muchas gentes con las quales se allegase acerca la ciudad de Roma, et se ayuntase con Anibal.

Estas cosas se hacian y aparejaban en Cartago. E Massinissa movido por la fama de la venida de la armada Romana, vino con pocos de caballo á Lelio que hazia muy grandes despojos et robos del campo desnudo et desarmado et sin defension. E quejóse que Scipion se habia perezosamente en no haber pasado ya el exército en Africa, viendo en quanto temor estaban los Cartagineses, y á Siphas envuelto en guerras comarcanas, el qual tenia por cierto que si le diesen espacio para componer sus cosas, ninguna fe guardaria á los Romanos; por ende que exhortase á Scipion que no tardase, que él aunque estaba echado del reyno vernia muy presto con buen exercito de caballeros et de peones. Y díxole que él no debia estar mucho en Africa, porque creia que una armada habia salido de Cartago, con la qual en absencia de Scipion no seria seguro el combatir. E despues de esta habla Massinissa se fue, et Lelio el dia siguiente se fue de Hippona con sus naos cargadas de los despojos; y vuelto á Sicilia contó á Scipion lo que Massinissa le habia encomendado.

E quasi en los mesmos dias las naos que fueron enviadas de Cartago al Capitan Magon entre los Albigaunos et Ligures Alpinos llegaron á Génova. E tenia allí enton-

ces acaso Magon su armada, el qual oyendo las palabras de los embaxadores que mandaban que hiciese quan grandes exércitos pudiese, luego hizo ayuntamiento de Franceses y Ligures, ca de entrambas estas gentes habia allí gran multitud; et díxoles que él habia sido enviado á ellos para los reducir en libertad, et como ellos veian que le enviaban de Cartago socorro, mas que en su poderio estaba con quantas fuerzas et exército se debia hacer esta guerra: que él bien sabia que habia dos exércitos Romanos, el uno en Francia, el otro en Hetruria, et que Spurio Lucrecio se ayuntaria con Marco Livio; asi que tambien ellos debian armar muchos millares de gente, para resistir á dos Capitanes, et á dos exércitos Romanos. Los Franceses decian que para esto tenian muy gran voluntad, mas como tuviesen un real de los enemigos dentro en sus términos, et otro en Hetruria, tierra vecina quasi á la vista, sí se sabia que ellos lo ayudaban, luego de cada parte los exércitos tan recios harian corridas en sus campos. Por ende que quisiese de ellos cosas con las quales pudiese secretamente ser ayudado; mas que los Ligures que tenian el real de los enemigos lejos de sus campos et ciudades, debian armar su gente, et era razon que tomasen esta guerra por su parte. Los Ligures no rehusaron, solamente demandaron tiempo de dos meses para hacer su eleccion de la gente. En este medio Magon dexó ir los Franceses, mas secretamente en los campos de ellos conducia gente á sueldo, et tambien los pueblos Franceses le enviaban secretamente vituallas de toda manera. Marco Livio levó el exército de los Volones de Hetruria á Francia, et ayuntándose con Lucrecio, aparejó de ir contra Magon, si se moviese por allegarse á Roma; mas si se detuviese pacífico debaxo del rincon de los Alpes, determinó de se estar en la mesma region acerca Ariminio para defender á Italia.

CAPITULO IV.

De como Scipion tomó los Locros, et dexó alli á Quint. Pleminio con guarnicion Romana.

Despues de la tornada de Lelio de Africa, Scipion movido por las amonestaciones de Massinissa, et los soldados viendo toda la armada llena del despojo de la tierra de los enemigos, encendidos á pasar en Africa, luego al mayor pensamiento sobrevino otro menor, de tomar la ciudad de Locros, la qual en la rebelion de Italia tambien se habia pasado á los Cartagineses. E la esperanza de intentar este negocio salio de cosa pequeña; porque entonces las cosas se hacian en los Brucios, mas á manera de robar que de guerra. E comenzaron esto los Numidas, et los Brucios que convenian con aquella costumbre, no tanto por la amistad y compañia Africana, quanto por sus propias inclinaciones. Y á la postre tambien los hombres de guerra Romanos alegrándose ya de hurtar, como por un mal apegadizo, quanto los Capitanes los dexaban, hacian corridas en los campos de los enemigos, et salteaon ciertos Locrenses que salieron de la ciudad, et llevaronlos á Rhegio. Entre aquellos presos fueron algunos oficiales acostumbrados á trabajar con los Africanos en el castillo de los Locrenses por salario. Estos fueron conocidos de los principales de los Locrenses que estaban en Rhegio, echados por el bando contrario que habia dado la ciudad de Locros á Anibal. Estos oficiales manifestaron las cosas que se hacian en la ciudad á estos principales que las preguntaban con mucha aficion, como es costumbre de los que mucho tiempo están absentes de sus casas; y mas les dieron esperanza et ofrecimiento, que si ellos los rescatasen y los dexasen ir á la ciudad, que les darian el castillo, por-

que ellos moraban allí, et los Cartagineses en todas las cosas se fiaban de ellos. E con el deseo de volver á la tierra, et con la codicia de vengarse de sus enemigos, luego los rescataron et enviaron, habiendo primero concordado la orden de hacer el negocio, et las señales que de lejos habian de mirar; et ellos fuéronse á Syracusa á Scipion, con el qual estaba parte de los desterrados, et dixéronle lo que los prisioneros le habian prometido. El Capitan, viendo que habia en ello esperanza de se poder hacer, envió con ellos á Marco Sergio, et á Publio Matieno, Tribunos de Caballerós, et mandóles que llevasen de Rhegio á los Locros tres mil hombres de armas, et escribió á Quinto Pleminio, Propretor, que se halláse en lo que se haria. Partidos de Rhegio, levando escalas hechas á la altura del castillo, casi á media noche del lugar donde habian concertado, hicieron señal á los que les habian de dar el castillo; los quales estando atentos y aparejados, como echasen tambien escalas ya hechas para ello por muchos lugares recibian los que subian, et primero que el clamor se levantase, saltaron sobre las velas de los Africanos adormidas sin ningun temor. E antes fue oido el gemido de los que morian, et despues el súbito despertar del sueño y alboroto, no sabiendo la causa de él. E á la postre avisados unos despertaban á otros, y cada uno por sí llamaba á las armas, que los enemigos estaban en el castillo, y mataban las guardas y velas. Los Romanos fueran vencidos et muertos por ser pocos, sino fuera el clamor de los que estaban fuera de la ciudad, el qual incierto de donde salia, hizo parecer cosas vanas acrecentadas el alboroto de la noche. E á asi los Africanos espantados como si el castillo fuera lleno de enemigos, dexando de pelear fueron al otro castillo, ca habia dos no muy apartados el uno del otro, et la ciudad estaba puesta en medio, la qual parecia ser premio para quien venciese. De los dos castillos cada dia se

h c an batallas ligeras. Quinto Pleminio era Capitan de los Romanos, y Amilcar de los Cartagineses: estos dos Capitanes llamando ayudas de los lugares comarcanos acrecentaban sus huestes. A la postre Anibal mismo venia, et no bastáran los Romanos á se defender de él, sino que los Locrenses fatigados de la soberbia y avaricia de los Africanos se inclinaron á la parte de los Romanos. Despues que supo Scipion que en Locros los suyos estaban en grande peligro, et que Anibal en persona venia; porque su guarnicion no pasase peligro por no poder tornar ligeramente de allí, dexó en Mecina para defension de ella á Lucio Scipion su hermano, et luego que la marea abaxó puso las naos en el mar. E Anibal envió mensagero del rio Butroto, que no está muy apartado de la ciudad de Locros, para que los suyos, en amaneciendo, con grande esfuerzo peleasen con los Romanos y Locrenses, porque él, siendo todos vueltos al tal alboroto, acometeria por detras la ciudad descuidada. E hallando ya, siendo el dia, la batalla comenzada, no quiso entrar en el castillo pensando con su gente ocupar el lugar angosto, ni habia traido escalas para subir á los muros. E descargando sus cargas en un monton hizo muestra de su esquadra acerca de los muros para espantar los enemigos. E con los caballeros de Numidia cavalgaba en derredor de la ciudad, entretanto que aparejaban las escalas et las otras cosas necesarias para dar el combate. E pasando hasta el muro por mirar por donde daria el combate, fue herido de una saeta: de manera que espantado del caso tan peligroso, mandó hacer señal á recoger, y asentó su real á un tiro de ballesta de la ciudad. La armada Romana allegando de Mecina á Locros, quedándole grande parte del dia, todos salieron de las naos, et antes del sol puesto entraron en la ciudad. El dia siguiente los Africanos comenzaron de combatir del castillo. E como Anibal con las escalas y todas las

otras cosas aparejadas para el combate subiese á los muros, súbitamente los Romanos, abriendo la puerta, salieron contra él no lo pensando él; et en arremetiéndole matáronle docientos hombres descuidados, et los otros retráxolos luego al real sintiendo que el Consul estaba allí; y enviando un mensagero á los que estaban en el castillo, que ellos mesmos hiciesen lo que les pareciese mejor, levantó de noche el real, y fuese. Los del castillo echando fuego en las casas que tenian por detener á los enemigos, dieron priesa á fuir, y antes que viniese la noche alcanzaron la hueste de los suyos. Scipion desque vido que los enemigos habian desamparado el castillo, y el real vacío, llamó los Locrenses á consejo, y reprehendiólos mucho por la falta que hicieron en pasarse á los Cartagineses, y hizo sentenciar los movedores de ello, y dió sus bienes á los principales del otro bando por la fe tan excelente que habian tenido á los Romanos. E díxoles, que él publicamente no daria, ni quitaria alguna cosa á los Locrenses; mas que enviasen embaxadores á Roma, que lo que el Senado les daria, aquello ternian: que él bien sabia, queaun que ellos se habian habido mal con los Romanos, mejor estado ternian debaxo la ira de ellos, que habian tenido baxo la amistad de los Cartagineses. E dexando Scipion á Quinto Pleminio legado et la guarnicion que habia tomado el castillo en defension de la ciudad, con el exército que traxo se tornó á Mecina.

CAPITULO V.

De como Pleminio y los suyos se dividieron con crueldad y avaricia, por lo qual hubo entre ellos grande escándalo; y queriendo Pleminio maltratar los Tribunos, le fueron cortadas las narices et orejas, et despues él los hizo matar, aunque Scipion habia mandado que fuesen levados á Roma, y de como fue traida de Grecia la madre de los Dioses.

Y con tanta soberbia y crueldad los Locrenses habian sido tratados de los Cartagineses despues que se rebelaron á los Romanos, que parecia que podian sufrir pequeñas injurias, no solo con ánimo igual, mas quasi voluntario. Empero Pleminio et los suyos, que estaban en la guarnicion, tanto sobrepujaron á Amilcar y á los Cartagineses en avaricia, et en otra qualquiera maldad, que parecia que contendian, no en armas, mas en vicios. Ninguna cosa que puede traer aborrecimiento del rico al pobre dexó de hacer Pleminio et sus caballeros contra los de la ciudad. Abominables fueron las injurias que hicieron en los cuerpos de ellos, y de sus hijos, y mugeres; ca la avaricia no se detuvo en despojar los lugares sagrados, ni solo despojaron los otros templos, mas tambien robaron los tesoros de Proserpina, nunca por otro tocados sino por Pyrrho, el qual conociendo su gran sacrilegio se purificó et tornó el despojo. Pues asi como las naos del Rey Pyrrho despedazadas por las tempestades et naufragios, ninguna cosa sacaron en tierra, sino la moneda et tesoro sagrado de la Diosa, el qual se levaban; asi tambien en otra manera de destruicion y castigo el mesmo tesoro puso furor et locura en todos los que habian puesto las manos et corrompido el templo, et convertió con rabia et furor de enemigos los Capitanes et hombres de ar-

mas unos contra otros. Pleminio era el mayor Capitan de los hombres de armas. Y una parte que él habia traido de Rhegio estaba debaxo de su mando, et otra parte debaxo los Tribunos. E un soldado de Pleminio habiendo hurtado una taza de plata de casa de un ciudadano, iba huyendo, et persiguiéndole aquellos de quien era la taza, á caso encontróse con Sergio et Matieno, Tribunos de caballeros; y como por mandamiento de los Tribunos le fuese quitada la taza, luego salió entre los hombres de armas de Pleminio, et de los Tribunos contienda y clamor, y á la postre pelea. E como cada uno venia á favorecer á los suyos, crecia juntamente la multitud et el alboroto. Y los hombres de armas de Pleminio vencidos, corrieron con grandes voces et saña á Pleminio, demostrándole las feridas y sangre, et diciéndole los vituperios et injurias, que en el alboroto habian sido dichas contra él. El encendido en ira salio con gran furor de casa, et llamó los Tribunos, y mandó traer vergas para los azotar, et que fuesen despojados. Entretanto que se gastaba tiempo en depojarlos, porque resistian y demandaban ayuda de sus caballeros, á deshora los caballeros feroces por la victoria reciente concurrieron de todos los lugares como contra enemigos. E como vieron los cuerpos de los Tribunos feridos con vergas, encendidos en mayor rabia, sin tener respeto, no solo á la dignidad, mas ni aun á la humanidad, arremetieron contra el legado Pleminio, y hirieron primero á los Lictores, pusieron en él despues las manos, que estaba apartado de los suyos, et dexáronlo casi muerto habiéndole cortado las narices y orejas. E dichas estas cosas en Mecina, Scipion en pocos dias tornó á Locros en una galea de seis órdenes; et oyendo la causa de Pleminio, y de los Tribunos, absolvió de la culpa á Pleminio, et dexólo en la guarnicion et defensa del mismo lugar, et á los Tribunos puso en cárceles, et juzgólos por culpables, para que fuesen enviados

á Roma al Senado, y él volvióse á Mecina, et luego á Siracusa. E Pleminio, vencido de ira, pensando que Scipion habia hecho poco caso de su injuria, et que muy ligeramente la habia tomado, y que ninguno otro podia estimar aquella causa, sino el que habia sentido tan grande crueldad, mandó que le traxesen los Tribunos, et despedazándolos con todos los tormentos que algun cuerpo puede sufrir, matólos. E no contento de la pena que les dió en vida, los dexó sin sepultura. Y de semejante crueldad usó contra los principales de Locros, que supo que habian ido á se quejar á Scipion de las injurias; et el que primero con avaricia et apetito desenfrenado habia dado crueles exemplos contra los compañeros et amigos, entonces con la ira dábalos de muchas maneras, et causaba infamia, y odio, no solo á sí, mas tambien al Capitan. E ya se allegaba el tiempo de las elecciones, quando vinieron á Roma cartas del Consul Publio Licinio, que él y su exército estaban afligidos con graves enfermedades, y que no se podian sostener, sino que los mismos males, ó mayores entrasen en los enemigos. Y pues que él no podia ir á los ayuntamientos, si pareciese á los Senadores, que él nombraria Dictador á Quinto Cecilio Metello por causa de las elecciones; et que era provecho de la república despedir el exército de Quinto Cecilio, en ninguna manera necesario, porque ya Anibal con los suyos se habia retraido á invernar; et que en aquel real habia tanta pestilencia, que si luego no lo despidiesen, parece que ninguno podria quedar en él. Los Senadores dieron poderio al Consul que hiciese lo que le pareciese ser provecho de la república.

Y en aquel tiempo entró una religion súbita en la ciudad; ca fue hallado un verso en los libros de la Sibilla, los quales fueron mirados por causa que aquel año muchas veces habian caido piedras del cielo; y decia que quan-

do el enemigo extrangero hiciese la guerra en Italia, podria ser echado de Italia, et ser vencido, si la Diosa madre Idea fuese traida de Pessinunte á Roma. Este verso, hallado por los diez varones, movió mas los ánimos de los Senadores, porque los embaxadores, que habian levado el don á Delphos, decian, que quando ellos sacrificaban al Dios Apolo Pythio, las asaduras de los sacrificios parecieron buenas, et que les fue respondido por el oráculo, que muy mayor victoria se aguardaba para el pueblo Romano que aquella de cuyos despojos traian dones. Para cumplimiento de esta esperanza comparaban el ánimo de Scipion, que quasi habia adivinado la fin desta guerra en demandar la provincia de Africa. Por ende para que mas presto alcanzasen la victoria que se ofrecia con todos los fados et respuestas de los Dioses, pensaban como traer la Diosa á Roma. Y entonces el Pueblo Romano ningunas ciudades tenia amigas en Asia. Mas acordábanse que en el tiempo pasado habian traido de Grecia, sin tener con ella amistad alguna, á Esculapio, por causa de la salud del pueblo Romano, et que ya tenian amistad con el Rey Atalo por la guerra comun contra el Rey Filipo, et que él haria quanto pudiese por causa del pueblo Romano. E asi determinaron de le enviar por embaxadores á Marco Valerio Levino, que dos veces habia sido Consul, et habia hecho guerra en Grecia, et á Marco Cecilio Metello, varon Pretorio, et Sulpicio Galba Edilicio, et á dos tesoreros, conviene saber, á Cayo Tremelio Flacco, y Marco Falto. E á estos dieron cinco galeas de cinco remos para ir á aquellas tierras, segun la dignidad del pueblo Romano, con las quales hiciesen amiga la magestad del nombre Romano. Los embaxadores llegando á Asia luego que desembarcaron en Delphos, fueron al templo de Apolo para tomar consejo del negocio por el qual habian sido enviados de Roma, et para saber como se podria acabar. Dicen que hobieron respuesta que

por el Rey Atalo lo alcanzarian, et que como hobiesen levado la Diosa á Roma, tuviesen cuidado que el mejor hombre de Roma la recibiese en su casa. E de allí fuéronse á la ciudad de Pergamo al Rey; y él, recibiendo los embaxadores con humanidad, levólos á Phrigia á Pessinunte, et dióles una estatua de piedra sagrada, la qual los moradores de aquella tierra llamaban Madre de los Dioses, y mandó que la levasen á Roma. E Marco Valerio Falto fue enviado delante por los embaxadores, et contó como traian la Diosa, et que debian buscar el mejor hombre de la ciudad para que la recibiese en su casa.

CAPITULO VI.

De como en Roma fueron hechos nuevos Cónsules, y de como los Etolos trataron paz entre el Rey Filipo et los Romanos.

Quinto Cecilio Metello fue nombrado en los Brucios Dictador por el Consul para tener las elecciones, et su exército fue despedido. E Lucio Veturio Philo fue maestro de caballeros. Y el Dictador hizo los ayuntamientos, donde fueron hechos Cónsules Marco Cornelio Cethego, et Publio Sempronio Tuditano absente, que tenia la provincia de Grecia. Despues fueron hechos Prétores Claudio Neron, Marco Marcio Ralla, Lucio Scribonio Libo, y Marco Pomponio Matho. E acabados los ayuntamientos el Dictador renunció el oficio, et los juegos Romanos fueron tres veces renovados, y los del pueblo siete veces. Eran Ediles Curules Ceneo y Lucio, Cornelios Lentulos. E Lucio teniendo la provincia de España, fue hecho Edil absente et de allí administró aquel eficio. Tito Claudio Asello, y Marco Junio Peno, fueron Ediles del pueblo. E Marco Marcello hizo aquel año templo á la Virtud acerca la puerta

Capena á diez y siete años despues que su padre en el primer consulado lo prometió hacer acerca de Castidio en Francia. E aquel año murió Marco Emilio Regulo, Sacerdote de Marte.

En estos dos años no curaron los Romanos de las cosas de Grecia; et asi el Rey Filipo firmó la paz con las condiciones que quiso demandar á los Etolos desamparados de la ayuda de los Romanos, en quien solos confiaban. E sino la apresurára hacer con toda fuerza, Publio Sempronio, Proconsul, lo desbaratára estando peleando con los Etolos, ca era enviado sucesor del imperio á Sulpicio con diez mil peones, et mil caballeros, et treinta y cinco naos rostradas, cosa de no poco socorro para sus amigos. Apenas la paz era hecha quando vino la nueva al Rey, que los Romanos habian llegado á Dyrachio, y los Partenos, y otras gentes comarcanas se habian movido con esperanza de inovar alguna cosa, et que combatian á Dimalo: que allí se habian vuelto los Romanos del socorro de los Etolos, á donde habian sido enviados, con enojo, que sin su autoridad, et contra el pacto que con ellos tenian habian hecho paz con el Rey. Viendo estas cosas Filipo, porque algun movimiento mayor no saliese en las gentes et pueblos comarcanos, fuese á grandes jornadas á Apollonia, á donde estaba recogido Sempronio, habiendo enviado á Letorio, Legado, con parte del exército et quince naos á Etolia, para ver en que estaban las cosas, et á deshacer, si pudiese, la paz. Filipo taló los campos de los Apoloniates, et llegando su hueste á la ciudad, demostró lugar de batalla al Capitan Romano; mas como vido que estaba quedo defendiendo los muros, et no confiando mucho en sus fuerzas para combatir la ciudad; deseando tambien hacer paz con los Romanos como con los Etolos, si pudiese, ó á lo menos treguas, no moviendo mas odio con nuevas batallas, se tornó á su reyno.

En este mesmo tiempo los Epirotas con enojo de la guerra tan luenga, tentando primero la voluntad de los Romanos, enviaron embaxadores de paz comun al Rey Filipo, afirmándole que tenian esperanza que ella se concordaria, si él viniese á habla con el Capitan Publio Sempronio. Facilmente alcanzaron que pasase á Epyro, porque la voluntad del Rey no era agena de ello. Penice es una ciudad de Epy donde el Rey primeramente habló con Eropo, et Dara, et Filipo, Prétores de los Epirotas, et despues habló con Sempronio. E fue presente en la haba Aminander, Rey de los Athamanes, et otros oficiales de los Epirotas y Acarnanes. Filipo, el Prétor, habló primero, et pidió juntamente al Rey, et al Capitan Romano que diesen fin á la guerra, y diesen aquella gracia á los Epirotas. Publio Sempronio dixo las condiciones de la paz que los Partenos, et Dimallo, et Bargulo, et Eugenio fuesen de los Romanos, et que Atintanias fuese del Macedonio, si lo alcanzaba del Senado con embaxadores enviados á Roma. E concordando con estas condiciones la paz, juntó el Rey en los pactos á Prusia, Rey de Bitinia, et los Acheos, Beocios, Thesalos, Acarnanes, Epirotas: los Romanos comprehendieron los Ilienses, et el Rey Atalo, Pleurato, y Nabis, tirano de los Lacedemonios, et Eleos, et Mesenios y Atenienses. Estas cosas fueron escriptas et firmadas, et hicieron treguas por dos meses hasta que fuesen enviados embaxadores á Roma para que el pueblo mandase la paz con estas condiciones. E asi todas las tribus la mandaron, porque vuelta la guerra á Africa, querian al presente descargarse de todas las otras guerras. Entonces Publio Sempronio hecha la paz fue á Róma á regir el consulado.

CAPITULO VII.

De como en Roma fueron partidas las provincias, y los exèrcitos entre los oficiales, y de como Publio Cornelio Scipion fue escogido por el mejor hombre para recibir la Diosa.

Siendo Consules Publio Sempronio, y Marco Cornelio, el quinceno año de la guerra Africana, las provincias fueron repartidas, á Cornelio Hetruria, con el exército viejo, á Sempronio los Brucios, para hacer nuevas capitanías. A los Pretores, la de la ciudad á Marco Marcio, y la extrangera á Lucio Scribonio Libo, con Francia, á Marco Pomponio Mato Sicilia, y á Tito Claudio Neron Cerdeña. E á Publio Cornelio Scipion fue prolongado el imperio por un año, con el mismo exército y armada que tenia: á Publio Licinio que tuviese los Brucios con dos legiones, hasta que pareciese al Consul ser bien de la república que estuviese en la provincia con el mando. E á Marco Livio, y á Spurio Lucrecio prolongaron la gobernacion en Francia con dos legiones, con las quales la habian defendido contra Magon: y á Ceneo Octavio mandaron, que desque hobiese dado Cerdeña y la capitania á Tito Claudio, guardase él con quarenta galeas la costa del mar, en los confines que el Senado mandase. E á Marco Pomponio, Pretor, en Sicilia, señalaron dos legiones del exército de Cannas, y determinaron que como Lugartenientes de Pretor Tito Quincio tuviese á Tarento, y Cayo Hostilio á Capua, como el año pasado, cada uno con la guarnicion vieja. Del imperio de España, porque les placia enviar á aquella provincia dos Proconsules consultáronlo con el pueblo. Todas las tribus mandaron que Lucio Cornelio Lentulo, y Lucio Manlio Acidino, con autori-

dad de Cónsules tuviesen aquellas provincias, como las habian tenido el año pasado. Los Cónsules determinaron de hacer eleccion de gente de armas para hacer nuevas legiones contra los Brucios, et para complimiento de los otros exércitos, que asi lo habia mandado el Senado. Aunque la provincia de Africa no la habian determinado abiertamente, creo yo que los Padres encubrian esto porque los Cartagineses no lo sintiensen, mas la ciudad estaba levantada en esperanza, que aquel año acabaria la guerra en Africa, y seria la fin de la guerra Africana. Y los ánimos estaban llenos de superesticion, y dispuestos para anunciar et creer señales. Estas señales decian que eran muchas, conviene saber, haber visto dos soles, et que de noche habian resplandecido, et que de oriente hasta poniente habia parecido en Setia una hacha encendida á manera de estrella, y que en Tarracina y Agnania las puertas de la ciudad, y en muchos lugares los muros habian sido tocados de rayos del cielo, y que en Lanuvio, en el templo de Juno Sospita habia sido un grande ruido con quebrantamiento espantoso. Y por causa de purificar estas señales hicieron un dia suplicacion á los Dioses, y sacrificio de nueve dias, porque habian caido piedras del cielo.

E á lo que suso es dicho se ayuntó la consultacion de recibir la madre Idea, la qual sin que Marco Valerio, uno de los embaxadores, habia dicho que luego seria en Italia, vino nueva reciente que ya era en Tarracina. Estaba el Senado detenido en juicio de cosa grande, conviene saber, qué varon fuese muy bueno en la ciudad. Y por cierto cada uno quisiera mas la verdadera victoria de esta cosa, que qualquiera imperio, y honras dadas por voto, et favor del Senado, ó del pueblo. Los Padres conscriptos juzgaron que el mejor varon de toda la ciudad era Publio Scipion hijo de Ceneo, aquel que habia sido muerto en España, mancebo que aun no habia tenido él oficio de tesorero. E

por qué virtudes fueron movidos para juzgar esto, asi como gustosamente escribiré lo que han escripto los mas cercanos escriptores de la memoria de aquellos tiempos, ansi no diré mis opiniones et conjeturas sobre cosa sepultada en la vejez. Pues á este Publio Cornelio fue mandado ir con todas las dueñas Romanas para tomar la Diosa de la nao, y puesta en tierra darla á las dueñas para que ellas la truxiesen. Y despues que la nao se llegó á la boca del rio Tyber, él entró en ella, y tomó á la Diosa de los Sacerdotes, y la sacó en tierra. Llegaron las principales dueñas de la ciudad á la tomar, entre las quales el mas señalado nombre es de Claudia Quinta, á la qual la fama antes dudosa, como dicen, hizo para adelante mas esclarecida la castidad por servicio tan religioso. E unas sucediendo á otras de mano en mano, viniendo toda la ciudad al encuentro, poniendo por donde la levaban perfumes delante las puertas, y rogándole con el incienso encendido, que de buena voluntad y favorecedora entrase en la ciudad; la levaron al templo de la Victoria, que está en el palacio, et aquel dia fue fiesta, y el pueblo en gran número levó dones al palacio á la Diosa, y hicieron estrados y juegos, llamados Megaleses.

E al tiempo que tractaban en el Senado de rehacer las legiones que eran en las provincias, algunos de los Padres dixeron, que era tiempo de no tolerar mas las cosas, que en la incertitud de la guerra habian sufrido, pues por el favor de los Dioses ya era quitado todo temor. Estando en esto inciertos los Padres, esperando que seria, dixeron que doce colonias, ó poblaciones, las quales, siendo Cónsules Quinto Fabio y Quinto Fulvio, no quisieron dar gente para la guerra, ya casi seis años estaban libres de la guerra, como por causa de honra et de beneficio: como los buenos et obedientes amigos por guardar la fe, et servir al pueblo Romano estuviesen destruidos sacándoles cada año gen-

te para la guerrr. E por este decir no tanto los Senadores renovaron en sí la memoria de la cosa, casi ya olvidada, quanto despertaron la ira; et por esto no sufrieron que los Cónsules hablasen de otra cosa, sino que luego mandasen llamar á los Magistrados y diez principales de Nepete, y Sutrio, y Ardea, y Cales, y Alba, y Carseolos, y Sora, y Sinuesa, y Setia, Circeos, y Narnia, y Enterana, ca estas poblaciones eran en aquella causa, y que les mandasen, que quantos soldados cada una de ellas habia dado al pueblo Romano desde que los enemigos estaban en Italia, que diesen dos tantos peones, y de caballeros, diese cada una ciento y veinte. E asi alguna de ellas no podia bastar al número de los caballeros, que por un caballero diese tres peones, y que los caballeros y peones fuesen ricos, y fuesen enviados fuera de Italia, donde quiera que fuese menester, para rehacer las faltas de las capitanias. E si algunas colonias rehusasen, que sus oficiales fuesen detenidos en Roma, et si por ello enviasen embaxadores, no fuesen escuchados en el Senado, hasta que hiciesen lo que les era mandado. E allende de esto que para sueldo les fuese impuesto un dinero por cada tres mil de bienes, la qual cada año pagasen, et que en ellas se hiciese el empadronamiento de los bienes, segun la forma que darian los Censores Romanos, la qual querian que fuese la misma que en Roma, á donde seria enviado al pueblo Romano por los Censores de las Colonias con juramento, antes que saliesen del oficio. Por esta determinacion del Senado fueron llamados á Roma los principales de aquellas colonias, y los Cónsules les mandaron dar la gente y pagar el sueldo. Y de ellos, unos mas que otros, rehusaban y clamoreaban, diciendo que no podian hacer tanta gente, y que si lo uno solo les mandasen, segun la costumbre, con grande dificultad se podrian esforzar para ello, y que les rogaban que les diesen licencia para entrar á su-

plicar al Senado, que ninguna cosa ellos habian cometido, porque los debiesen asi destruir, y que aunque hobiesen de morir, que ni ellos, ni la ira del pueblo Romano bastaban á hacer, que diesen mas gente de la que tenian. Los Cónsules firmes en su propósito, mandaron que los embaxadores quedasen en Roma, y los oficiales volviesen á sus casas para hacer la eleccion de la gente, y que sino traian á Roma la suma de la gente que les habian mandado, que ninguno los dexaria entrar en el Senado. En esta manera perdida la esperanza de entrar en el Senado, y de le suplicar, en estas doce colonias acrecentado el número de los mancebos por la luenga vacacion sin dificultad se hizo la eleccion de la gente. E asi mismo Marco Valerio Levino habló de otra cosa casi por tan luengo silencio puesta en olvido, diciendo que era razon que fuesen restituidos á las personas particulares los dineros, que siendo él y Marco Claudio Cónsules, habian sido emprestados: et que ninguno se debia maravillar que él tuviese el principal cuidado en la fe obligada publicamente, porque allende que pertenecia alguna cosa al Consul de aquel año en que los dineros fueron emprestados, tambien él habia sido autor de traer aquel dinero de aquella manera, en la necesidad del tesoro, y no abastando el pueblo para pagar el tributo. Este amonestamiento plugó á los Senadores, y mandando á los Cónsules que la pusiesen en consejo, determinaron que en tres pagas pagasen aquel dinero, ordenando que el primero pagamiento hiciesen los que entonces eran Cónsules, los dos pagasen los terceros y quintos Cónsules.

CAPITULO VIII.

De como los embaxadores de los Locrenses fueron á Roma á se quejar de las injurias que habian recibido de Pleminio, y de como los Cónsules los hicieron entrar en el Senado, y de la oracion que hizo uno de ellos.

Todos los otros pensamientos ocupó uno, conviene saber, la publicacion de las destruiciones de los Locrenses, hasta entonces no sabidas, por la venida de los embaxadores. Y no movió tanto á ira la maldad de Pleminio, quanto la negligenciá ó ambicion de Scipion. Diez embaxadores de los Locrenses, cubiertos de tristeza y dolor, estando los Cónsules asentados en el ayuntamiento, vinieron delante el tribunal extendiendo con las manos ramos de olivas, como es costumbre de los Griegos, y con voces llorosas se derribaron por tierra. Y preguntada por los Cónsules la causa, dixeron que los Locrenses habian sufrido de Quinto Pleminio, Legado Romano, y de sus hombres de armas cosas que el pueblo Romano no querria que los Cartagineses las sufriesen, y que suplicaban á los Senadores les diesen lugar y licencia de entrar á llorar sus desventuras y daños. Y como la audiencia del Senado les fue otorgada, el mayor de ellos en edad dixo de esta manera: »Yo »sé, Padres conscriptos, en quanta estima tengais vosotros »nuestras querellas, et que va mucho en que sepais bien »como Locros fue dado á Anibal, y comó, echada á »fuera la guarnicion de Anibal, haya sido restituido á »vuestro señorio; porque si la culpa de la rebelion no na»ció del consejo público, y sí parece que habemos torna»do á vuestro señorio, no solo con voluntad, mas aun »con trabajo y diligencia nuestra, mas os indignareis que »á vuestros buenos et fieles amigos se hagan tan crueles

„y feroces injurias por vuestro Legado y Caballeros. Mas yo „pienso que la causa de nuestras entrambas rebeliones se de„be diferir para otro tiempo por causa de dos cosas: la una „porque se trate delante de Publio Scipion que cobró á „Locros, el qual es testigo de nuestros hechos malos et „buenos, et la otra, porque, tales quales somos, no de„bíamos por eso sufrir los males que habemos padecido. „No podemos disimular, Padres conscriptos, que nosotros, „quando teníamos los Africanos en nuestro castillo, no „hayamos tolerado muchas cosas sucias et crueles de Amil„car, Capitan de la guarnicion, et de los Numidas y „Africanos; mas comparados aquellos males con los que „hoy pasamos, no son ninguna cosa. Yo suplico, Padres „conscriptos, que con perdon oyais lo que contra mi vo„luntad diré. En duda está el linage humano, quales se„rán señores del mundo, ó vosotros, ó los Cartagineses; „mas si el Imperio Romono, y el de los Cartagineses se „debe estimar por las cosas que de ellos habemos sufri„do, ó por las que agora padecemos de vuestra guarni„cion, no hay ninguno que no desee mas por señores á „ellos, que á vosotros. Mas ved en que manera los Lo„crenses están animados para vosotros; pues quando re„cibíamos mucho menores injurias de los Cartagineses, „recurrimos á vuestro Capitan; et quando padecemos de „vuestra guarnicion cosas mas que de enemigos, á nin„guno traemos nuestras quejas sino á vosotros. O, Pa„dres conscriptos, ó vosotros mirareis nuestras cosas per„didas, ó ninguna cosa nos queda que podamos rogar „á los Dioses inmortales. El Legado Quinto Pleminio „fue enviado con guarnicion á cobrar á Locros del po„derio de los Cartagineses, et con la misma guarnicion „fue dexado allí. Este vuestro Legado, pues, para ha„blar libremente, Padres conscriptos, las últimas miserias „en que estamos le dan esfuerzo, ninguna cosa tiene de

„ hombre sino la figura y aspecto, ni de ciudadano Ro„ mano, sino el hábito, y vestido, et la voz, et son de la„ lengua. Pestilencia es et bestia fiera, quales dicen los Poe„ tas en sus ficciones, fueron aquellas que ocuparon el es„ trecho del mar que nos separa de Sicilia, para destruir „ los que por allí naᴧegaban. Si él solo se contentáia de „ exercitar su maldad et apetito desordenado, et avaricia „ contra vuestros amigos, con nuestra paciencia hartáramos „ nosotros su gula y pielago tan profundo; mas tanto ha „ querido extender la licencia de su maldad, que á todos „ los Centuriones y hombres de guerra ha hecho Pleminios. „ Todos roban, despojan, azotan, apalean, fieren, y ma„ tan; deshonran las dueñas, arrebatan, y corrompen las „ vírgenes de los brazos de sus madres y padres: de ma„ nera que cada dia nuestra ciudad es presa, cada dia es„ tá puesta á saco mano, y cada noche y dia las mugeres „ et niños son robados, et todos los lugares resuenan de los „ que son robados y levados por fuerza. Qualquiera que „ lo sepa, se maravillará cómo nosotros lo podemos sufir, „ ó como los que lo hacen no están ya hartos con tantas „ injurias. Ni yo puedo decir, ni es menester que voso„ tros oigais particularmente las cosas que habemos sufri„ do; mas notándolas todas en una generalidad, digo que „ en Locros no hay casa, ni hombre que esté sin haber „ recibido injuria, et que no hay linage de maldad et ava„ ricia que hayan dexado de hacer contra qualquiera que „ lo haya podido padecer. No podemos hallar qual de las „ adversidades de nuestra ciudad sea mas abominable, ó quan„ do los enemigos la tomaron por guerra, ó quando el pes„ tilencial tirano la ha oprimido por fuerza y por armas; ca „ quantas cosas padecen las ciudades conquistadas por ar„ mas, tantas habemos nosotros padecido, y muy mas su„ frimos agora de presente. Todas las crueldades que los „ tiranos ferocísimos pueden hacer contra los ciudadanos

„ opresos y afligidos, tantas ha hecho Pleminio con nosotros, „ nuestras mugeres et hijos. Una cosa hay, de la qual par- „ ticularmente la religion puesta en nuestros ánimos nos „ fuerza á nos quejar, y queremos que, si os pareciere, „ la oigais, y libresis vuestra república de tal pecado. He- „ mos visto, ó Padres conscriptos, con quanta reverencia „ et ceremonia, no solo honrais vuestros Dioses, mas aun „ recibais los extrangeros. Nosotros tenemos el templo de „ Proserpina, de cuya santidad creo que alguna fama ha „ llegado á vosotros en la guerra del Rey Pyrrho: el qual „ volviendo de Sicilia, y pasando con su armada delante de „ Locros, entre las otras cosas crueles que hizo contra nues- „ tra ciudad por la amistad que con vosotros teníamos, fue „ una que robó los tesoros de Proserpina, los quales nun- „ ca hasta entonces habian sido tocados, et poniendo en „ sus naos todo el dinero et moneda, se fue de la tierra. „ Pues ¿qué se siguió de esto, Padres conscriptos? El „ dia siguiente fue la armada despedazada por muy cruel „ tempestad, y todas las naos que tenian el dinero sagra- „ do fueron echadas en nuestra costa; por el qual nau- „ fragio et perdicion, el Rey soberbio conocio que habia „ Dioses, et mandó buscar toda la moneda, et tornarla á „ los tesoros de Proserpina, aunque de allí adelante nunca „ le sucedió cosa alguna con prosperidad; ca echado de Ita- „ lia, et entrando neciamente en Argos, murió con muer- „ te aviltada y deshonesta. Oyéndonos estas cosas vuestro „ Legado, et los Tribunos de Caballeros, et mil otras que „ les decíamos, no por les poner mas temor, mas porque „ les teníamos vistas et conocidas por la divinidad de la „ Diosa presente, no dexaron por eso de poner las ma- „ nos esceleradas en los tesoros nunca antes tocados, et man- „ cillaron á sí mismos et á sus casas, et á vuestros solda- „ dos con el robo que no se debe nombrar. Asi que, Pa- „ dres conscriptos, por vuestra fe et por vosotros os supli-

» co, que antes que alimpieis su maldad no hagais con ellos » guerra en Italia ni en Africa, porque el crimen y sacri- » legio que acometieron lo paguen solo con su sangre, y » no con daño et destruicion de la república: aunque, Pa- » dres conscriptos, ya agora, ni en los Capitanes, ni en » los Caballeros, cesa la ira de la Diosa, que ya algu- » nas veces han peleado unos contra otros. Y de la una » parte era Capitan Pleminio, et de la otro dos Tribunos » de caballeros, et no menos ferozmente han combatido en- » tre sí, que si peleáran con los Cartagineses. Y con su lo- » cura dieran ocasion que Anibal hobiese cobrado á Locros, » sino que sobrevino Scipion, llamado por nosotros. ¿Pen- » sais que solo á los hombres de armas, persigue el furor » et locura del sacrilegio, et que en castigar los Capita- » nes no ha parecido el poderio de la Diosa? Pues en estos » ha sido más principal; porque el Legado ha mandado azo- » tar con vergas á los Tribunos, et el Legado tomado de » los Tribunos fue en todo el cuerpo acuchillado, y de- » xado por muerto, habiéndole cortado las narices y ore- » jas. Y despues el Legado, sanando de las heridas, ma- » tó los Tribunos cortando sus cuerpos á piezas, y ator- » mentándolos con tormentos serviles, et despues de muer- » tos no consintió que fuesen enterrados. Estas penas dió la » Diosa á los despojadores de su templo, y no cesará de » los perseguir con todas las furias, hasta que el dinero sa- » grado sea restituido á sus tesoros. Nuestros antecesores en » la guerra de los Crotonenses, porque el templo está fue- » ra de la ciudad, quisieron traspasar aquel dinero en la ciu- » dad, et de noche oyeron una voz del templo, que no » lo tocasen, que la Diosa lo defenderia; y porque no osa- » ban mover de allí los tesoros, quisieron cercar al templo » de muro, y ya habian alguna cosa subido los muros, quan- » do cayeron adeshora. Mas agora, et otras veces muchas, la » Diosa ha defendido su asiento et su templo, ó ha dado gra-

„ves castigos á los que los han tocado. Nuestras injurias, „Padres conscriptos, ninguno las puede ni pueda vengar „sino vosotros. A vosotros, pues, y á vuestra fe, veni„mos con mucha humildad, et os advertimos, que para no„sotros la misma cosa es que dexeis que Locros esté de„baxo de aquel Legado, y de aquella guarnicion, que „si nos dais á Anibal y á los Cartagineses, para que con „tormento executen su ira sobre nosotros. No os deman„damos que luego creais á nuestras palabras en su absen„cia: venga delante, óigalas él mismo, él mismo se alim„pie, y si ha dexado de hacer contra nosotros qualquiera „crueldad que hombre puede hacer contra hombre, no „rehusamos de sufrir, sí podremos otra vez, todas las mis„mas crueldades, y él quede libre de toda culpa divina „et humana."

CAPITULO IX.

De lo que se habló en el Senado en las cosas de los Locrenses, y de como fueron enviados embaxadores á Locros á se informar de la verdad.

Habiendo dicho estas cosas los embaxadores, preguntoles Quinto Fabio, si se habian quejado de ellas á Publio Scipion: ellos respondieron, que le habian enviado embaxadores, mas que él estaba ocupado en el aparato de la guerra, y que, ó ya era pasado en Africa, ó en breve habia de pasar: y que habian experimentado quanta era la voluntad del Capitan para el Legado, pues que conocida la causa entre él y los Tribunos, puso los Tribunos en cárceles y prisiones, y al Legado dexó en su poderio, siendo tanto, ó mas culpable. Y mandados los embaxadores salir, los Senadores comenzaron á murmurar, no solo de Pleminio, mas tambien de Scipion: et principalmente lo

acusaba Quinto Fabio, diciendo, que Scipion era nacido para corromper la disciplina militar, et que asi tambien en España, mas habian perdido por la discordia de los soldados que por la guerra, ca con costumbre real et extrangera daba demasiada licencia á los caballeros, et se hacia cruel contra ellos. Y despues ayuntó su parecer tan cruel como su habla, diciendo, que le placia que Quinto Pleminio fuese traido á Roma las manos atadas, et que en la prision respondiese á la acusacion, et si las cosas que los embaxadores decian eran verdaderas, que fuese muerto en la carcel, et sus bienes fuesen vendidos. Y Publio Scipion porque se habia ido de la provincia sin mandamiento del Senado, fuese mandado tornar á Roma, et que debian hacer con los Tribunos del pueblo que hablasen al pueblo de quitarle el imperio. Que el Senado, respondiese á los Locrenses de las injurias de que se quejaban, y les habian sido hechas, que ni el Senado, ni el pueblo quisieran que les hobiesen sido hechas, et que los tenian por buenos hombres compañeros y amigos, en que les fuesen restituidos los hijos y mugeres, y todas las otras cosas que les habian sido quitadas: et que fuese buscada la moneda, quanta habia sido sacada de los tesoros de Proserpina, et que la tornasen doblada: que hiciesen sacrificio hablando primero al colegio de los Pontífices, que por causa que los tesoros sagrados habian sido movidos y abiertos, et robados, qué sacrificios, y á qué Dioses, et con qué hostias les placia que fuesen hechos: et que los hombres de armas que eran en Locros fuesen traspasados á Sicilia, et quatro Capitanías del nombre Latino fuesen levadas para guarnicion á Locros. Aquel dia no se pudieron acabar los pareceres de los Senadores con las voluntades contrarias en favor de Scipion et contra él. Sin la maldad de Pleminio et destruicion de los Locrenses, tambien decian que el hábito del Capitan no era Romano, ni aun militar, por-

que iba á la escuela con palio, y que se exercitaba en libros et luchas, y que tambien toda la hueste delicada gozaba de los deleytes de Syracusa, olvidándose de Cartago et de Anibal, y que todo el exército estaba corrompido por la demasiada licencia, asi como habia estado en España en Sucron, et agora en Locros, que mas temor ponia en los amigos que en los enemigos. Estas cosas aunque eran dichas parte en verdad, et parte mezcladas, et por eso semejantes á verdaderas, venció el parecer de Metello, el qual aprobó todas las otras cosas, mas no las que tocaban á Scipion, diciendo, que no era cosa convenible, que el que la ciudad poco antes habia escogido siendo muy joven para cobrar España, y lo habia hecho Consul para poner fin á la guerra pública, et con esperanza lo habia señalado para sojuzgar á Africa, et quitar á Anibal de Italia, asi ligeramente casi condenado, como Quinto Pleminio, sin dar razon de sí, lo hiciesen volver de la provincia: mayormente que los males, de que se quejaban los Locrenses, no decian que fuesen hechos en presencia de Scipion, ni de otra cosa le podian acusar sino de paciencia, ó vergüenza, porque habia perdonado al Legado. E dixó que le parecia, que Marco Pomponio, Pretor, á quien por suerte habia venido la provincia de Sicilia, luego dentro de tres dias fuese á ella, y que los Cónsules escogiesen del Senado diez embaxadores, los que les pareciese, y los enviasen con el Pretor, y dos Tribunos del pueblo y un Edil, et que con este consejo el Pretor conociese de las cosas de que se quejaban los Locrenses. Y que si estas fueran hechas por mandado et voluntad de Publio Scipion, le mandasen salir de la provincia; et si Publio Scipion ya hobiese pasado en Africa, que los Tribunos del pueblo, y el Edil con dos embaxadores, los que les pareciesen ser mas aptos al Pretor, fuesen á Africa: los Tribunos y Edil para traer á Scipion, y los embaxadores para que gobernasen el

exército, hasta que fuese nuevo Capitan. Mas si Marco Pomponio y los diez embaxadores hallasen que aquellas cosas no habian sido hechas por mandamiento y voluntad de Publio Scipion, que Scipion se quedase en el exército, y que hiciese la guerra como lo habia propuesto. E hecha esta dificion del Senado, hicieron con los Tribunos que se concertasen entre sí, ó escogiesen por suerte los dos que fuesen con el Pretor et los embaxadores. Y tambien propusieron delante el colegio de los Pontífices de purificar las cosas que en Locros en el templo de Proserpina habian sido tocadas et corrompidas et sacadas de allí.

CAPITULO X.

De como los que fueron á Locros y á Sicilia condenaron á Pleminio con otros treinta, et los traxeron presos á Roma, et contentos del aparejo de Scipion lo dexaron libre, y se volvieron á Roma.

Marco Claudio Marcello, et Marco Cincio Alimento, Tribunos del pueblo, partieron junto con el Pretor, y los diez embaxadores, á los quales fue dado el edil del pueblo, para que por mandamiento de los Tribunos tomase preso á Scipion si en Sicilia no obedeciese al mandamiento del Pretor, ó si ya fuese pasado en Africa por razon y derecho del poderio sagrado lo volviese atras. Estos ordenaron de ir primero á Locros que á Mecina. E acerca de lo que toca á Pleminio en dos maneras se relata; ca unos dicen que oyéndo él lo que en Roma se habia ordenado, yéndose desterrado á Nápoles, cayó acaso en las manos de Quinto Metello, uno de los embaxadores, et que él lo traxo por fuerza á Rhegio. Otros dicen que el dicho embaxador fue enviado por Scipion con treinta nobles Caballeros, para que tomasen preso al dicho Quinto Pleminio

con los principales del escándalo y discordia. Estos todos, ó por mandamiento de Scipion primero, ó entonces por mandamiento del Pretor fueron dados en guarda á los de Rhegio. E luego que el Pretor et los embaxadores llegaron á Locros, asi como les fue mandado, tuvieron cuidado de las cosas sagradas, ca luego tornaron al tesoro toda la moneda que tenian Pleminio y los Caballeros, con la que ellos traian. E hicieron sacrificio para alimpiar la injuria de las cosas sagradas. Entonces el Pretor mandó llamar toda la gente del exército á consejo, y sacar las banderas fuera de la ciudad. E asentado su real en el campo con edicto grave que si algun hombre de armas quedase en la ciudad, ó sacase lo que no fuese suyo, que él daria licencia á los de Locros, que cada uno tomase lo que conociese ser suyo, et lo que no pareciese, que lo demandasen. E principalmente ordenó, que todos los cuerpos libres sin tardanza fuesen restituidos á los Locrenses, sino que él castigaria con castigo grave al que no hiciese la dicha restitucion. Despues llamó los Locrenses á consejo, et díxoles que el pueblo Romano y Senado les restituia sus libertades y sus leyes, et que si alguno se queria quejar de Pleminio, y de qualquiera otro, que fuesen á Rhegio donde él iba. Y que si publicamente se querian quejar de Publo Scipion, diciendo que las cosas malas que habian sido hechas en Locros contra los Dioses et hombres, habian sido hechas con mandamiento y voluntad suya, que enviasen embaxadores á Mecina, que allí él las conoceria con un consejo. Los Locrenses hicieron por ello gracias al Pretor y embaxadores, y al Senado y pueblo Romano, y que ellos se irian á quejar de Pleminio. E de Scipion dixeron que aunque se habia dolido poco de las injurias de su ciudad, que era tal varon que ellos lo querian, mas por amigo que por enemigo, y que tenian sabido que tantas cosas y tan crueles no habian sido hechas por su mandamien-

to, ni por su voluntad; mas que él por ventura habia creido mucho á Pleminio, y poco á ellos, et que la naturaleza de algunos era tal, que querian mas no pecar, que tener gran corazon para castigar los pecados. Y no fue entonces pequeña carga quitada al Pretor y á su consejo de conocer en lo de Scipion. E asi condenaron á Pleminio, et á otros treinta y dos con él, y enviáronlos á todos á Roma. Y ellos fuéronse á donde Scipion estaba, para ver con sus ojos las cosas que se decian del hábito et negligencia del Capitan, y de la disciplina militar deshecha por su mucha licencia, para decir despues en Roma lo que hallasen ser verdad. En viniendo ellos á Syracusa, Scipion aparejó obras, et no palabras para se excusar, y mandó delante de ellos ayuntar todo el exército, y probar toda su armada, como si aquel dia hobiera de pelear por mar et por tierra con los Cartagineses. El dia que allegaron, aposentólos con mucha humanidad, et el dia siguiente hizo alarde de los exércitos de tierra y de mar, et demostró la armada en el puerto que hacia semejanza de batalla de mar. Y levó al Pretor et á los embaxadores á ver las vituallas et aparejos que tenia para la guerra; los quales se maravillaron tanto de todas las cosas, que todos creyeron que con aquel Capitan et exército, et no con otro, se podia vencer el pueblo de los de Cartago. Y mandáronle pasar en hora buena, et quanto antes compliese al pueblo la esperanza que habia concebido, el dia que todas las Centurias lo nombraran Consul primero. E ansi se tornaron á Roma con tanto gozo de sus ánimos como si fuesen á contar la victoria, et no el aparato magnífico de la guerra.

Pleminio et sus compañeros despues que vinieron á Roma, luego fueron puestos en cárceles; y traidos la primera vez delante el pueblo por los Tribunos, no hallaron lugar de misericordia en los ánimos preocupados por la destruicion de los Locrenses. E despues como fuesen muchas

veces sacados, envejeciéndose ya el odio, las iras se mitigaron: tambien la diformidad de Pleminio, et la memoria de Scipion absente, mas facilmente lo reconciliaba con el pueblo; mas murió en la carcel antes que el pueblo acabase de lo juzgar. Claudio Licinio escribe en el tercero libro de las cosas Romanas, que este Pleminio en los juegos que Africano habia prometido, et celebró en la segunda vez que fue Consul en Roma, trabajó con algunos que por dinero habia corrompido, de encender la ciudad en algunos lugares, porque tuviese tiempo de romper la carcel et de fuir, et despues que fue sabida su maldad, por deliberacion del Senado, fue puesto en la carcel Tuliana. Y de Scipion no se tractó sino en el Senado, donde todos los embaxadores et Tribunos magnificando con palabras la armada et exército, y el Capitan, hicieron que el Senado mandase que al primero tiempo que fuese bueno pasasen en Africa, et que diesen lugar á Scipion, que de los exércitos que eran en Sicilia, escogiese él los que quisiese pasar en Africa, y los que quisiese, dexase en guarda y defension de la provincia.

CAPITULO XI.

De como Asdrubal hijo de Gisgon dió su hija por muger al Rey Siphas, y ordenó que él enviase á decir á Scipion que no pasase en Africa, et de como Scipion se embarcó para pasar, diciendo á los suyos, que el Rey le daba para ello priesa.

Entre tanto que los Romanos hacian estas cosas, los Cartagineses estuvieron aquel invierno en muchos cuidados, poniendo atalayas en todos los montes, et preguntando todos los mensageros. E ayuntaron no poca defension para Africa con la amistad del Rey Siphas, por cuya confianza principalmente

creyeron que el Capitan Romano pasaria en Africa. E Asdrubal, hijo de Gisgon, no solo tenia amistad con el Rey ya dicho, quando á caso en un mismo tiempo vineron á él de España Scipion y Asdrubal, mas tambien habian tratado de comenzar parentesco, esto es, que el Rey tomase por muger la hija de Asdrubal; y para ordenar esto, porque la doncella ya era de edad de casar, fue Asdrubal. E como vido al Rey encendido en el matrimonio, ca los de Numidia, sobre todo los Bárbaros, son inclinados á luxuria, mandó traer la doncella de Cartago, et dió priesa en hacer las bodas. Y entre las otras cosas de placer, porque la publica alianza se ayuntase á la particular, firmaron con juramento compañia entre el pueblo Cartagines y el Rey, dando de una parte y otra la fe, que tendrian unos mismos amigos y enemigos. E acordándose Asdrubal de la amistad que el Rey habia comenzado con Scipion, y quan vanas y mudables son las condiciones de los Bárbaros, temiendo que si Scipion pasase en Africa, este casamiento no seria durable, acordó en tanto que el Rey estaba encendido por el nuevo amor, de lo atraer, por medio de la hija, á que enviase embaxadores á Scipion en Sicilia, á le decir que confiando en sus pasados ofrecimientos no pasase en Africa, porque él estaba junto con el pueblo de Cartago por matrimonio, y que tenia pública alianza con aquel pueblo, y que le amonestaba que los Romanos hiciesen la guerra con los Cartagineses lejos de Africa, porque él no tuviese necesidad de se entreponer en sus batallas, et negando las armas de los unos, ó de los otros, de seguir una de las dos amistades. Y que si Scipion no dexaba de pasar en Africa, y allegaba el exército á Cartago, que le era necesario pelear por la patria Africana donde él habia nacido, y por la ciudad de su muger, y por el padre y Dioses penates. Con estos mandamientos del Rey fueron enviados los embaxadores á Scipion, et halláronlo en Siracusa. E Scipion quando oyó es

to, como quiera que era desamparado de gran ayuda y esperanza para hacer la guerra en Africa, envió muy presto los embaxadores á Africa, primero que se publicase por qué habian venido, et escribió al Rey amonestándole que no rompiese la amistad que con el pueblo Romano habia comenzado, y que no faltase en el derecho y fe, y manos derechas, y en los Dioses testigos et árbitros de lo que los dos habian pactado et firmado. Mas porque la venida de los embaxadores Numidas no se podia celar, porque ya habian ido por la ciudad y entrado en el palacio del Capitan, et si se callase lo que venian á pedir, habia peligro, que la verdad por ser encubierta no se descubriese mejor, y entrase temor en el exército si habian de hacer guerra juntamente contra el Rey y los Cartagineses; entonces previniendo los ánimos de los hombres, con cautelosa mentira apartólos de la verdad, et llamando á ayuntamiento sus Caballeros, díxoles que no debian mas tardar, que los Reyes amigos le daban priesa que pasase en Africa, porque ya el Rey Massinissa habia venido á Lelio, quejándose que el tiempo se perdia por se detener Scipion, y que agora el Rey Siphas le enviaba embaxadores maravillándose qué era la causa de tan luega tardanza, y que pedia, ó que luego el exército pasase en Africa, ó si habian mudado de parecer, le avisasen porque él pudiese mirar por sí, y por su reyno. E decíales que pues, todas las cosas estaban ordenadas et bien aparejadas, y la cosa ya no requeria mas tardanza, él tenia determinado que, pasada la armada á Lilybeo, et levada allí toda la hueste de caballeros et de peones, el primero dia que hicise buen viento fuesen en nombre de Dios á pasar en Africa. E Scipion envió sus letras á Marco Pomponio, diciéndole que si le pareciese viniese á Lilybeo, para que entrambos consultasen qué Capitanías, et quánta gente pasasen en Africa. E tambien envió por la costa del mar, para que to-

masen las naos de carreo et todas la traxesen á Lilybeo. Como toda la gente de armas et las naos que estaban en Sicilia se ayuntaron en Lilybeo, et la gente no cabia en la ciudad, ni las naos en el puerto, todos estaban tan encendidos en la pasada de Africa, que parecian que no iban á la guerra, mas á seguros galardones de victoria. Principalmente los caballeros que habian quedado del desbarato de Cannas, creian que con aquel Capitan et no con otro, trabajando por la república, podrian dar fin á su milicia vergonzosa. E Scipion no menospreciaba esta manera de caballeros, porque él sabia que el desbarato de Cannas no habia sido por culpa de ellos, y que no habia en la hueste Romana caballeros tan viejos et probados, no solo en adversas batallas, mas tambien en el combatir de las ciudades. Estas eran la quinta y sexta legiones de Cannas. E como les hobo dicho que las queria pasar en Africa, reconoció todos los hombres de armas de uno en uno, y dexó los que creia que no eran dispuestos, et en lugar de ellos puso los que habia traido consigo de Italia; y en tal manera cumplió aquellas legiones, que cada una tenia seis mil y docientos peones, y trecientos caballeros. Tambien escogió del exército de Cannas peones et caballeros de los amigos del nombre Latino. Y del número de la gente que Scipion levó en Africa, hay diversidad entre los auctores no ligera, ca unos dicen que levó diez mil peones, y dos mil y docientos caballeros, otros deciseis mil peones, y mil y quinientos caballeros, otros ponen algo mas de la metad, é dicen que puso en las naos treinta y cinco mil entre peones y caballeros. Otros no pusieron número, entre los quales me quise mas poner, ansi como cosa incierta. Celio como se aparta del número, asi acrecienta la apariencia de la multitud á cosa muy grande; ca dice que las aves caian en tierra por los clamores de la gente de armas, y que tanta multitud entró en las naos, que parecia que ningunos

quedaban en Sicilia et en Italia. Y tomó Scipion cuidado, que los hombres de armas entrasen en las naos con orden y sin alboroto: Cayo Lelio, que era Pretor de la armada recogió antes los marineros en las naos, y los mantuvo en su deber: á Marco Pomponio fue dado el cargo de poner vituallas para quarenta et cinco dias, y de ellas cocidas para quince. E despues que todos fueron en las naos envió al derredor bateles para que de todas las naos los gobernadores y maestros, y dos soldados viniesen á la plaza para tomar los mandamientos. Y despues que vinieron, primero les pregunto si habian puesto el agua necesaria para los hombres y caballeros, et azémilas, para tantos dias para quantos habian puesto trigo. Y como respondieron que habian puesto agua para quarenta y cinco dias, entonces mandó á la gente de armas que todos callasen sin ruido, et sin contienda obedeciesen á los marineros para que pudiesen bien hacer sus oficios: que él et Lucio Scipion con veinte naos al ala derecha, et Cayo Lelio, Prefecto, con Marco Porcio Caton, que era Qüestor, irian en la izquierda con otras tantas en guarda de las naos cargadas de las vituallas, et que en cada nao de noche hobiese una lumbre, et en las naos de carreo dos, et en la capitana hobiese tres lumbres por señal. Y mandó á los gobernadores que fuesen á Emporia, campo muy fertil, et por eso la region abunda de todas las cosas, et como muchas veces acontece en la tierra abundante, los Bárbaros son de pocas fuerzas, y parecia que podian ser tomados antes que hobiesen socorro de Cartago. Y publicados estos mandamientos, dixo que se volviesen á las naos, et el dia siguiente, con la ayuda de los Dioses, hecha señal partieron las naos. Muchas armadas Romanas habian salido de Sicilia, et de aquel puerto; mas ninguna partida en aquella guerra habia sido de tanto espectáculo, ni es esto maravilla, porque las mas armadas habian ido solo á robar, como esta,

ni tampoco en la pasada. Aunque si las armadas se estimasen por el número, dos Cónsules con dos exércitos antes habian pasado, et quasi tantas naos luengas habian sido en aquellas armadas, quantas entonces Scipion pasaba de carreo, en que, sin las quarenta naos luengas, pasó el exército quasi con quatrocientas. Mas parecia esta guerra á los Romanos mas feroz que la otra, ansi porque se hacia en Italia, como porque habian sido hechas grandes matanzas de exércitos juntamente con los Capitanes tantos muertos. El Capitan Scipion, afamado por sus esforzadas hazañas, y por su propia fortuna acrecentar la honra grande, convertia los ánimos de los hombres et tambien la voluntad suya de pasar en Africa, la qual ningun Capitan habian tentado en aquella guerra antes de él, porque era fama pasaba en Africa, para hacer salir de Italia á Anibal, et tornar et fenecer la guerra en Africa. Grande multitud concurrian al puerto á ver la partida, no solo de los de Lilybeo, mas aun de todas las embaxadas de Sicilia, que habian venido á acompañar á Scipion por causa de le honrar, et habian seguido á Marco Pomponio, Pretor de aquella provincia. Tambien las legiones que quedaban en Sicilia, salian á acompañar sus compañeros de guerra, et no solos los de la tierra se maravillaban en ver las naos, mas los de las naos con grande maravilla miraban la tierra llena á todas partes de gente.

CAPITULO XII.

De como Scipion partió de Sicilia, haciendo primero oracion á los Dioses, y del gran temor que hobieron los de Cartago.

En amaneciendo mandó Scipion, con voz de pregon, que todos callasen, y oró de esta manera, diciendo: » ¡Oh Dioses » et Diosas que morais en los mares et tierras! yo os ruego et » suplico que las cosas que yo he hecho en el tiempo de mi » imperio, y las que hago, y despues haré, todas sean en » bien á mí, y al pueblo Romano, et á los compañeros » et amigos, et al nombre Latino, los quales siguen por » tierra, et por mar, et por rios, al pueblo Romano, y » á mí y á mi gobernacion y auspicio: y que vosotros » ayudeis á estas cosas, y seais favorecedores, et que los » volvais conmigo á las propias cosas, y patria sanos et sal- » vos, vencedores de los enemigos, honrados y cargados » de los despojos et muy triunfantes, et nos deis facultad » et poderio de nos vengar de los enemigos, et otorgueis » á mí et al pueblo Romano, de poder hacer contra la » ciudad de Cartago todas las cosas que los de aquel pue- » blo han trabajado de hacer contra nuestra ciudad." Despues de esta oracion, como era costumbre, echó en el mar asaduras crudas de un animal muerto por sacrificio de » victoria, et con trompeta hizo señal de partir, et yendo bien con recio viento luego fueron quitados de la vista de la tierra. E al medio dia habia comenzado parecer una niebla, de manera que con trabajo podian apartarse de encontrar unas naos con otras, pero quando fueron dentro en el mar el viento se hizo mas manso. La misma niebla escura tuvo la noche de aquel dia; mas en saliendo el sol, se deshizo et crecio la fuerza de los vientos, et ya veian la tier-

ra. Y no mucho despues el Piloto Tito Posthumio dixo á Scipion, que Africa estaba lejos cinco millas, y que él veia el promontorio de Mercurio, et que si él mandaba que endrezasen el camino hácia él, luego toda la armada seria en el puerto. Scipion despues que la tierra fue á ojo, rogó á los Dioses que con bien suyo y de la república fuese la vista de Africa, y mandó dar velas, y acercarse á otro lugar mas baxo. Aunque el mismo viento los levaba, mas la niebla, que salió casi al mismo tiempo que el dia pasado, les quitó la vista de la tierra; et la niebla cesó arreciando el viento. Despues la noche les hizo todas las cosas mas inciertas, de manera que echaron áncoras, porque las naos no se encontrasen unas con otras, ó no saliesen á la tierra. Y luego que amaneció, el mismo viento deshaciendo toda la niebla, descubrió todas las costas de Africa, y preguntando Scipion que promontorio era mas cercano, dixéronle que el de Pulchro. Oyendo esto dixo: agrádame el pronóstico, volved las naos á él. Entonces toda la armada corrió allá, y toda la hueste salió en tierra. Creido hé yo á muchos auctores Griegos et Latinos, que dicen que esta navegacion fue próspera, y sin temor y alboroto. Celio solo dice que la armada pasó todos trabajos, et del cielo et del mar, sino que las naos no se perdieron, et que la tempestad apartó de Africa la armada á la isla Egimuro, y casi siendo las naos fundidas, sin mandamiento del Capitan, los hombres de guerra salieron en tierra con barcas, sin armas y grande alboroto, como si hobiesen por la tempestad perdido las naos. Sacado el exército en tierra, los Romanos asentaron el real en los montecillos propinquos. El temor y espanto por la vista primera de la armada, y por el alboroto de los que salian en tierra, no solo se extendió por los campos vecinos del mar, mas tambien llegaba á las ciudades, y no solo la multitud de las mugeres y niños hinchian á todas partes los caminos, mas tambien los,

aldeanos levaban delante sí los ganados; de manera que parecia que súbitamente desamparaban á Africa, y ponian en las ciudades muy mayor espanto que el que levaban consigo. Y principalmente en Cartago fue el alboroto muy grande, como si fuese tomada, porque despues de Marco Attilio Regulo, y Lucio Manlio, Cónsules, en cincuenta años no habian visto algun exército Romano, sino armadas cosarias, y de robar, las quales entraban en los campos marinos, y robando lo que la fortuna les demostraba, primero se volvian á las naos que el clamor de los aldeanos se despertase. Y á esta causa fue entonces mayor el fuir y espanto en la ciudad. Y por cierto no tenian exército valiente en su tierra, ni Capitan que opusiesen á los enemigos. Asdrubal, hijo de Gisgon, era el mas principal de la ciudad en linage y fama, y riquezas, y tambien por el parentesco del Rey Siphas; mas recordábanse, que él habia sido desbaratado y vencido en España en algunas batallas por Scipon, y que no era mas igual él para Capitan contra Scipion, que el exército arrebatado para el exército Romano; de manera que asi echaron voces á las armas, como si Scipion luego hobiera de combatir la ciudad, y luego cerraron las puertas, y ordenaron hombres armados en los muors, y velas en sus estaciones, y aquella noche velaron. El dia siguiente enviaron quinientos caballeros al mar para espiar, y perturbar la salida de los de las naos; los quales cayeron en las estaciones Romanas, porque Scipion ya habia enviado la armada á Utica, y él no se habiendo apartado mucho del mar habia tomado los montes vecinos, y habia puesto caballeros en estaciones y en lugares convenibles, y habia enviado por los campos á talar y robar. E como estos travaron la pelea con los caballeros Cartagineses, en la escaramuza tomaron pocos, y persiguieron á los mas que fuian, entre los quales mataron al caudillo de ellos que habia nombre Hannon, man-

cebo de noble linage. Y Scipion, no solo destruyó los campos, mas tambien tomó una ciudad de los Africanos muy rica, donde allende de las otras cosas que luego puso en las naos de mercaderia, et las envió á Sicilia, tomó presos ocho mil entre siervos y libres. En el principio de la guerra fue muy agradable á los Romanos la venida de Massinissa, el qual, segun dicen algunos, vino con docientos de caballo, et otros, et los mas dicen que vino con dos mil. Mas como este Rey haya sido el mayor de todos los de su edad, et haya mucho ayudado á los Romanos, paréceme que es razon de salir un poco del propósito, por contar quan diversa fortuna tuvo en perder et cobrar el reyno de su padre.

CAPITULO XIII.

De la contraria y diversa fortuna, que tuvo el Rey Massinissa en perder y cobrar el Reyno de su padre.

Estando Massinissa en la guerra en favor de los Cartagineses en España, murió su padre, llamado Gala: el reyno vino á su hermano Desalces, mayor de edad, segun la costumbre de los Numidas. E no mucho despues murió el Rey Desalces, et Capusa, el mayor de sus dos hijos, tomó el reyno de su padre, siendo el otro muy niño. Mas como este tuviese el reyno, mas por costumbre de aquella nacion, que por autoridad, ó fuerzas entre los suyos; uno que era llamado Mezetulo, no ageno de la sangre real, y de familia siempre enemiga á los Reyes, et que contendia con diversa fortuna con los que entonces tenian el mando, conmoviendo los del pueblo, en los quales el odio de los Reyes era de grande autoridad, puso publicamente real, et forzó al Rey descender á batalla et pelear sobre el reyno. En esta batalla murió Capusa con muchos de los principales, et toda la gente de los Massylios vino

al señorio et mando de Mezetulo: mas no se puso nombre de Rey, antes contento de nombre de tutor, nombró por Rey á un niño llamado Lacumaces que quedaba del linage real, y casóse con una noble muger de Cartago, hija de hermana de Anibal, que no mucho antes habia sido casada con el Rey Desalces. Y hizo esto con esperanza de tener amistad con los Cartagineses, et renovó la amistad vieja con Siphas, enviándole embaxadores. E todas estas ayudas y defensiones aparejó él contra Massinissa. Y Massinissa, despues que supo de la muerte de su tio, et de su primo, pasó de España en Mauritania. Y en aquel tiempo era Rey de Mauritania Bocchar, del qual alcanzó Massinissa, con ruegos muy humildes, quatro mil Mauros para ayuda del camino, que para la guerra no podia. E con estos, enviando primero un mensagero á los amigos de su padre et suyos, allegó á las fronteras del reyno, donde vinieron á él quasi quinientos Numidas. Pues mandando volver los Mauros á su Rey, como lo habian concertado, aunque menos gente habia acudido que la esperanza, con la qual no podia bien osar de se poner en tan grande negocio, pensó que trabajando et aparejando recogeria fuerzas para hacer alguna cosa: é yendo el niño Lacumaces al Rey Siphas, salióle al encuentro acerca de Tapso. E como la gente del mozo se recogiese con temor en la ciudad, Massinissa con el primero ímpetu tomó la ciudad, et recibió de los del Rey Lacumaces á los que se le daban, et á los otros que querian hacer armas, mató. E la mayor parte poniéndose en salvo con el mozo se libró entre el alboroto, et aportaron al Rey Siphas adonde levaban su camino. E la fama de este hecho tan próspero en el principio convirtió los Numidas á Massinissa, et cada dia le venian de todas partes de los campos, y de los lugares los viejos caballeros de Gala, y exhortaban al mancebo Massinissa á cobrar el reyno de su padre. Mezetulo era mayor en el número de la gen-

te, porque él tenia el exército con que habia vencido á Capusa, y algunos de los que habia recibido despues de la muerte del Rey; et el mozo Lacumaces habia traido grandes ayudas del Rey Siphas, conviene saber, quince mil peones, et Mezetulo tenia diez mil de caballo. Y con ellos peleó Massinissa, que no tenia tantos de pie ni de caballo, mas venció la virtud de los hombres usados en la guerra et la prudencia del Capitan exercitado entre armas Romanas et Africanas: et el pequeño Rey Lacumaces con su tutor, et poca gente de los Masylios fuyó al campo de los Cartagineses. Y viendo Massinissa que habia desta manera cobrado el reyno de su padre, et que le quedaba no menor guerra contra Siphas, pensó que era mejor reconciliarse por amistad con su primo; et asi envió mensageros al mozo que le dixesen, que si él se encomendaba en su fe que lo ternia en la misma honra que estuvo primero Desalces con Gala, et que dixesen á Mezetulo, que él le perdonaria et le restituiria toda su hacienda y bienes. Y desta manera atraxo á sí á los dos que mas deseaban tener poca hacienda en la propia tierra que andar desterrados, aunque los Cartagineses á sabiendas trabajaban que ninguna destas cosas se hiciese. Al tiempo que estas cosas se negociaban, Asdrubal acaso estaba con Siphas; y creyendo Siphas que á él no le venia perjuicio si el reyno de los Massylios fuese de Lacumaces, ó de Massinissa, díxole Asdrubal, que se engañaba si pensaba que Massinissa se contentaria con lo que su padre Gala, ó su tio Desalces se contentaron: antes eran en él señales de mayor ánimo et ingenio que en ninguno de aquella gente nunca habian sido, porque muchas veces en España habia demostrado, asi á los enemigos como á los amigos tanta virtud en su persona quanta en pocos hombres se halla. E aun dixo que si Siphas et los Cartagineses no mataban aquel fuego que se encendia, que despues, quando no lo podrian re-

mediar ; se quemarian con grande encendimiento , y que por entonces sus fuerzas eran tiernas et que se podrian quebrar , que aun no crecian tanto para guardar su reyno. E importunándolo desta manera, Asdrubal hizo que levase exército á los mojones , ó términos de los Massylios , y que asentase su real en el campo sobre el qual habia contendido muchas veces con Gala , no solo con palabras , mas tambien con armas , como si sin duda fuese de su señorio. E si alguno lo quisiese echar de allí , como era necesario, que lo departiese con batalla , y si por temor le dexaban el campo, que entrase en medio del reyno , porque ó sin batalla los Massylios vendrian á su señorio , ó no serian iguales con él en armas. E movido Siphas con estas palabras de Asdrubal comenzó la guerra contra Massinissa , et en la primera batalla desbarató los Massylios , et los hizo fuir. E Massinissa con pocos caballeros fuyó á un monte que los moradores llamaban Balbo. E algunas familias con sus majadas y ganados , que aquella es su riqueza , siguieron á su Rey , et toda la otra gente de los Massylios vino al señorio de Siphas. El monte que tomaron los que huyeron era lleno de aguas et de yerbas , et porque era bueno para criar ganados , tenia abundancia de vituallas , de carne y de leche. E de allí luego comenzaron con cavalgadas secretas , et de noche saltear y robar los campos , et despues públicamente robaban y quemaban , mayormente el campo de los Cartagineses , porque habia mas que robar que en los de Numidia , et el saltear era mas seguro: de manera que sin temor hacian lo que querian , en tanto que hasta la mar llevaban los robos et los vendian á mercaderes que venian allí con naos , et mataban et tomaban mas de los Cartagineses , que si peleáran en batalla trabada en campo. Los Cartagineses se quejaban de estas cosas delante Siphas , et aunque él tenia gran enojo conmovíanlo á perseguir lo que quedaba de la guerra , mas no le pa-

recia cosa digna de Rey proseguir á un salteador que corria á su placer por los montes. Fue escogido para ello Bocchar, uno de los principales del Rey, hombre esforzado et diestro, al qual dieron quatro mil peones et dos mil caballeros, et cargáronlo de gran esperanza de mercedes si traxese vivo á Massinissa, ó su cabeza. E arremetiendo este súbitamente contra los que iban descuidados et derramados, sacando de su guarda gran multitud de ganados y de hombres, hizo retraer á Massinissa con pocos en la altura del monte. E despues ya como quasi combatido y vencido envió al Rey, no solo el robo de ganados et hombres presos, mas tambien hizo volver la mayor parte de la gente, y con quinientos de caballo et pocos mas peones persiguió á Massinissa, que salia de los cerros del monte, et lo encerro en un valle angosto, cercando de cada parte las salidas. E allí fue grande matanza de los Massylios. E Massinissa se libró con solos cincuenta caballeros por ciertos lugares no conocidos; mas Bocchar siguió el rastro, et alcanzándolo en los campos llanos, cercólo acerca de la ciudad Clupea, et matóle toda la gente, sacados quatro caballeros, con los quales se le fue de las manos ferido. Y fuian los caballeros en la vista de los enemigos tendidos por el campo ancho, yendo muchos al traves por les salir al encuentro por donde quiera que ellos revolvian, y se echaron en un grande rio sin los caballos, como el temor les daba priesa: et arrebatados de la fuerza del agua et revueltos al derredor en la hondura, siendo ahogados dos, creyeron los enemigos que Massinissa era muerto; mas los dos que quedaron con él se ocultaron de la otra parte del rio en unos ramos de árboles. E aquí cesó Bochcar de lo perseguir, no osando entrar en el rio, et creyendo que no tenia á quien perseguir. Despues se volvió al Rey con nueva falsa que Massinissa era ahogado, et luego fueron enviados hombres á Cartago para les anunciar las buenas nue-

vas de gozo. E toda Africa llena de la fama de la muerte de Massinissa, causó diversidad en sus corazones. E Massinissa curó sus heridas en una cueva secreta con yerbas, et con lo que robaban los dos caballeros vivió algunos dias; mas despues que la llaga fue curada et pareció que podia sufrir el trabajo, con grande osadia perseveró en ir á cobrar el reyno. Y en el camino recogió quarenta de caballo, et viniendo á los Massylios, diciendo públicamente quien era, hizo tanto movimiento, parte por el favor antiguo, parte por el gozo no esperado, porque veian salvo al que creian era muerto, que en pocos dias se ayuntaron con él seis mil peones armados, et quatro mil caballeros. E ya no solo era en la posesion del reyno de su padre, mas tambien talaba los términos de los Cartagineses, et los términos de los Masessulos, que era el reyno de Siphas. E Siphas provocado á guerra, se asentó entre Cirtha et Hippona en cerros de montes convenibles á todas las cosas. Y pensando Siphas que esta era cosa mayor, que se pudiese hacer por otro Capitan, envió parte de su exército con su hijo mancebo, llamado Vermina, et mandóle que levando la esquadra al derredor saltase sobre los enemigos en las espaldas, quando estuviesen atentos contra él. Vermina que habia de salir de la celada, fue de noche, et Siphas fue de dia por el camino manifiesto, et como si hobiera de pelear á banderas desplegadas, movió su real. E despues que le parecio que ya era tiempo que fuesen llegados los que primero habia enviado secretamente, él por una baxada llana que iba á los enemigos, confiando en la mucha gente et en las celadas que tenia aparejadas detras, subió con su esquadra derecha por un monte. E Massinissa confiando mucho del lugar, en el qual mejor pelearia él que los enemigos, enderezó los suyos. E la batalla fue muy cruel, et grande tiempo reñida, ayudando á Massinissa el lugar et esfuerzo de los caballeros, et á Siphas la mul-

titud que era mucho mayor. E como aquella multitud se partiese, et unos peleasen delante, et otros se derramasen por las espaldas, dió cierta victoria á Siphas, et los de Massinissa no tenian por donde fuir, porque estaban cercados delante et detras, et asi los otros caballeros et peones fueron muertos, ó presos. E Massinissa mandó á docientos caballeros que estaban recogidos acerca de él, que partidos en tres esquadrones arremetiesen en el lugar ya dicho, al qual fuyendo desbaratados se ayuntasen, et él por donde habia tentado, salió por medio de las armas de los enemigos. E los dos esquadrones no pudieron salir, et el uno por miedo se dió á los enemigos, et el otro, porfiando á resistir, fue muerto et cubierto de armas. Vermina que iba en el alcance de Massinissa, cansado con enojo et desesperacion dexó de lo perseguir, porque Massinissa lo engañaba torciendo los caminos. Y fuese Massinissa con setenta caballeros á la Syrte menor, donde con la honrosa satisfaccion del reyno de su padre tantas veces cobrado, vivió entre los emporios Africanos et la gente de los Garamantes hasta la venida de Cayo Lelio, et de la armada Romana en Africa. Estas cosas inclinan mi ánimo á creer, que Massinissa mas vino á Scipion con pocos caballeros que con muchos, ca los muchos son de quien reyna, et los pocos son convenibles á la fortuna del que está echado fuera del reyno.

CAPITULO XIV.

De como los Cartagineses mandaron llamar á Asdrubal, et rogaron á Siphas que les ayudase, et enviaron á Hannon que echase á Scipion de los campos.

Habiendo los Cartagineses perdido una ala de caballeros con el Capitan, et habiendo hecho otra gente de caballo, hicieron Capitan de ella á Hannon, hijo de Amilcar, et despues por cartas y mensageros, y á la postre por embaxadores llamaron á Asdrubal et á Siphas: mandando á Asdrubal que viniese á socorrer la patria sitiada por los enemigos, et rogando á Siphas que socorriese á Cartago et á toda Africa. E tenia entonces Scipion sus reales trasladados del mar, acerca de Utica, quasi á mil pasos de la ciudad, donde pocos dias habian estado juntos con la armada del mar. Y Hannon tomando la gente de caballo no muy valiente para encontrar con los enemigos, ni aun para defender los campos de las cavalgadas Italianas que en ellos se hacian, lo primero que hizo, fue que tomó toda la gente que podia haber no dexando la extrangera, et principalmente los Numidas, que son la gente mas principal en Africa de caballeros. E ya tania quatro mil de caballo quando ocupó una ciudad llamada Salera, que estaba quasi á quince millas del real Romano. E sabiendo esto Scipion et que la gente de caballo estaba en el estío dentro de las casas de la ciudad, dixo, siquiera sean mas, como tengan tal Capitan. E ansi pensó que quanto ellos estaban mas perezosos, menos se debia él tardar, et luego envió delante á Massinissa con la gente de cavallo, et mandóle cavalgar acerca de las puertas de la ciudad, y provocar á los enemigos á pelea, y quando todos fuesen salidos de la ciudad, y fuesen en batalla mas esforzados, que él les pudiese resistir, se re-

traxese un poco, que él vernia al tiempo de la pelea. E ansi se detuvo tanto quanto le pareció que Massinissa habia allegado á mover los enemigos, y despues él siguió con la gente de caballo Romana, et cubierto de los montes que estaban puestos acerca las vueltas del camino, oculto pasó adelante. E Massinissa como estaba concertado, á las veces demostrando espantarlos, cavalgaba acerca de las puertas, otras veces demostrando temor, volvia atras por dar osadia á los enemigos, et provocábalos á que descuidados los persiguiesen. Aun todos no eran salidos, et el Capitan se fatigaba en muchas maneras, forzando á unos pesados por el vino et sueño á tomar las armas et enfrenar los caballos, et á otros deteniendo que no saliesen de las puertas derramados et sin orden et banderas. Al principio Massinissa esperaba los que venian contra él sin cordura, et despues muchos amontonados saliendo por la puerta se derramaban et igualaban la batalla; et á la postre como toda la gente de caballo se allegase, Massinissa no los pudo mas tiempo esperar, et no fuyendo, mas sabiamente retrayéndose poco á poco, recibia los ímpetus de ellos, hasta que los traxo á los montecillos que cubrian la gente de los Romanos. E de allí salieron con esfuerzo los de caballo con los caballos ligeros y frescos, et rodearon á Hannon, et á los Africanos cansados de pelear, y Massinissa súbitamente dió vuelta con su gente de caballo á la pelea: et allí fueron muertos con el Capitan Hannon quasi mil que eran de la primera esquadra, et no se pudieron retraer. E á los otros espantados por la muerte del Capitan, huyendo desbaratados, los vencedores los persiguieron una milla, y tomaron dos mil caballeros. Entre estos fueron docientos caballeros de Cartago et algunos muy ricos, y de esclarecido linage. E acaso el mesmo dia que fue esta batalla, las naos que levaron el despojo á Sicilia volvieron con vituallas, como que adivinasen que venian

á levar otro despojo. Todos los auctores no dicen que dos Capitanes Cartagineses, de un mismo nombre, fueron muertos en dos batallas de caballeros: creo yo que temieron que no fuesen engañados por una mesma cosa dicha dos veces. Celio y Valerio dicen que Hannon fue preso. Y Scipion galardonó á los Capitanes et caballeros, segun habian sido las obras de cada uno, et principalmente á Massinissa, et dexando en Salera recia guarnicion, él con el otro exército se fue, no solo talando et robando los campos por donde iba, mas tambien tomando algunas ciudades et lugares, y extendiendo anchamente el temor de la guerra. E despues de siete dias que partió volvió al real trayendo grande presa y quantidad de hombres y ganados de toda suerte. Y otra vez envió las naos cargadas de grandes despojos de los enemigos. E dexando de hacer cavalgadas pequeñas convirtió todas las fuerzas á combatir la ciudad de Utica, pensando, si la tomaba, de hacer en ella asiento para toda la guerra. Y en un mesmo tiempo acercó los marineros de las naos por la parte que la ciudad es bañada por el mar, y el exército de la tierra se allegó del monte que está quasi sobre los muros. Tambien habia traido consigo trabucos et otros instrumentos que de Sicilia le habian enviado con las vituallas, y otros nuevos artificios que cada dia hacia, teniendo muchos maestros de tales obras. E los de Utica tenian toda su esperanza en los Cartagineses, y los Cartagineses en Asdrubal, si él hacia mover á Siphas; mas todas cosas se movian mas tarde que era el deseo de los Uticenses que tenian necesidad de socorro. Asdrubal con muy atenta inquisicion hizo treinta mil peones, et tres mil de caballo; mas antes de la venida de Siphas no osó mover su real acerca de los enemigos. Siphas vino con cincuenta mil peones, et diez mil de caballo, y luego sacando el real de Cartago, asentóse no muy lejos de Utica, et de las guarniciones Romanas. La

venida destos hizo que Scipion despues de haber cercado en vano quarenta dias á Utica, et experimentado todas las cosas, fuese de allí sin hacer ninguna cosa, porque ya venia el invierno. Y asi asentó su real, et fortalecíalo para el invierno, en un promontorio, el qual ayuntado á la tierra por un pequeño cerro se extiende al mar con algun espacio, et con un vallado abrazó la armada de las naos, en medio del cerro puso las tiendas de las legiones. La costa contra el norte, tenian las naos et marineros, y los de caballo tenian el valle de parte del medio dia, declinado á la otra costa. Estas cosas fueron hechas en Africa hasta la fin del otoño. Sin el trigo que traian de cada parte de los campos robados, y sin las vituallas que traian de Sicilia y de Italia, Ceneo Octavio, Lugarteniente de Pretor, traxo de Cerdeña de Tito Claudio, Pretor, que tenia aquella provincia, grande quantidad de trigo, et no solo hinchieron los graneros que habian hecho, mas tambien hicieron otros luego de nuevo. E como faltaban ropas al exército, se mandó á Octavio que hiciese con el Pretor, si alguna cosa se podia enviar, ó mercar de aquella provincia; lo qual fue hecho con tanta diligencia, que en poco tiempo fueron enviados mil y docientos vestidos y doce mil camisas.

CAPITULO XV.

De como el Consul Romano fue desbaratado en los Brucios por Anibal, y despues ayuntándose con el Proconsul, tornó á desbaratar á Anibal, y de las cosas que los Censores hicieron en Roma.

En aquel estío que estas cosas fueron hechas en Africa, el Consul Publio Sempronio, que tenia los Brucios, combatió con Anibal en los campos de Croton en el camino

con batalla alborotada, donde los Romanos fueron rechazados: y mas con alboroto que por batalla, siendo muertos del exército del Consul quasi mil et docientos, con gran temor se volvieron al real. E los enemigos no osaron combatirlo; mas la noche siguiente con silencio partió el Consul, et enviando delante un mensagero á Publio Licinio, Proconsul, que allegase sus legiones, se ayuntó con él. Y desta manera dos huestes et dos Capitanes volvieron contra Anibal, et no hubo tardanza en la pelea, porque el Consul tenia las fuerzas dobladas, y Anibal por la victoria pasada tenia esfuerzo de corazon. Sempronio puso sus legiones en la delantera, et en la reguarda puso las de Licinio. El Consul en el principio de la batalla votó el templo de la Fortuna Primigenia, si aquel dia venciese á los enemigos, et alcanzó su deseo, que desbarató et hizo fuir los Africanos, et mató mas de quatro mil, y tomó quasi trecientos vivos et quarenta caballos, et once banderas. E Anibal movido por esta batalla adversa, volvió su exército á Croton.

En el mesmo tiempo el Consul Marco Cornelio en la otra parte de Italia, no tanto por armas, quanto por temor delos juicios, detuvo la provincia de Hetruria quasi vuelta toda á Magon, et por el á esperanza de hacer algunas novedades. Y allí hizo las inquisiciones, segun la deliberacion del Senado, sin ninguna aceptacion de personas, et primeramente muchos nobles Toscanos que habian ido, ó enviado á Magon sobre la rebelion de sus pueblos, fueron en presencia condenados: despues fueron condenados los que por su conciencia se desterraban ellos mismos, los quales guardando sus vidas, dexaron los bienes y haciendas. En tanto que los Cónsules hacian estas cosas en diversas partes, en Roma, Marco Livio y Cayo Claudio, Censores, nombaron el Senado, et otra vez fue escogido Principe Quinto Fabio Máximo, et siete fueron notados, mas

ninguno que se hobiese asentado en silla Curul. Y esforzadamente et con mucha fe hicieron repartir las cosas, y dieron orden en hacer la calle del mercado, llamado Boario, hasta el templo de Venus, y acerca de los asientos públicos, et el templo de la Gran Madre en el palacio, et ordenaron nueva renta de la provision de la sal. La sal valia en Roma y por toda Italia un sextante, et en Roma la arrendaron que se vendiese al mesmo precio, y á mas en los mercados y ayuntamientos, y en otras partes á otro precio. Esta renta creian que era invencion del uno de los Censores, airado contra el pueblo, porque en tiempo pasado habia sido condenado por juicio injusto, et creian que las parroquias, por cuya diligencia él habia sido condenado, eran muy cargadas en el precio de la sal, de donde le pusieron nombre Livio Salinator. El lustro se hizo mas exâctamente, porque enviaron los Censores por las provincias para que veyesen quanto fuese el número de los ciudadanos Romanos que estaban en los exércitos, ó en otra qualquiera parte, y empadronaron con ellos docientos y quince mil hombres. Hizo el lustro Cayo Claudio Neron. Despues recibieron el padron de doce colonias, lo que nunca antes habiasido hecho, trayéndolo los Censores, porque quedase memoria en públicas escripturas del poder de los Romanos; asi en número de hombres de armas, como en dineros. Despues comenzaron hacer la censura de los caballeros. E acaso entrambos los Censores tenian caballos del comun, y como vinieron á la tribu Pollia, en la qual estaba el nombre de Livio, et el pregonero se tardase en lo citar, dixo Neron: emplazad al mesmo Marco Livio; et ó por el odio antiguo, ó por importuna jactancia de la severidad, mandó á Marco Livio vender el caballo, porque era condenado por juicio del pueblo. E tambien Marco Livio quando vinieron á la tribu Narniense, et al nombre de su compañero, mandó á Cayo Claudio vender el caballo por dos

causas: la una, porque habia testificado falsamente contra él; et la otra, porque no habia vuelto en su amistad con entera fe: de manera, que hicieron una vergonzosa contienda, ensuciando la fama el uno del otro con el daño de su propia fama. En el fin de la censura, jurando Cayo Lelio las leyes, y subiendo al tesoro, entre los nombres de aquellos que dexaba pecheros, dió el nombre de su compañero. Despues Marco Livio vino al tesoro, et sacada la tribu Metia, la qual no lo habia condenado, et no lo habia hecho Consul ó Censor condenado, dexó todo el pueblo Romano pechero, conviene saber, treinta y quatro tribus, porque lo habian condenado, et condenado, lo habian hecho Consul y Censor, no pudiendo ellas negar que una vez habian pecado en el juicio, ó dos en los ayuntamientos. Poca contienda fue sobre las censuras entre los Censores, pero la castigacion de la inconstancia del pueblo fue digna de la gravedad censoria, y de aquellos tiempos. Como los Censores fuesen enemigos, Ceneo Bebio, Tribuno del pueblo pensando ser esto ocasion para ellos de crecer mas el odio, los citó para cierto dia delante del pueblo. Esta causa por consentimiento de los Senadores fue discutida, porque despues la censura no fuese obligada al favor del pueblo.

En el mismo estío, en los Brucios, Petilia fue tomada por el Consul: Consencia y Pandosia, y otras ciudades, no muy nobles, se dieron á los Romanos por su voluntad. E como se allegase el tiempo de las elecciones plugo al Senado que viniese á Roma de la provincia Toscana, donde no habia ninguna guerra, el Consul Cornelio. Este hizo Cónsules á Ceneo Servilio Cepion, y Cayo Servilio. E despues hicieron ayuntamiento para hacer Prétores, y fueron hechos Publio Cornelio Lentulo, Lucio Quintilio Varo, Publio Elio Peto, Publo Vilio Tappulo: estos dos siendo Ediles plebeyos, fueron hechos Prétores. El Consul, acabados los ayuntamientos, se volvió á Hetruria á su exérci-

to. Aquel año murieron algunos Sacerdotes, y en lugar de ellos fueron puestos otros, conviene saber, Tito Veturio Philo, Sacerdote Marcial, en lugar de Marco Emilio Regillo, que habia muerto el año pasado, y en lugar de Marco Pomponio Matho Augur, y Decemviro fueron hechos Decemviro, Marco Aurelio Cotta, y Augur, Tito Sempronio Graccho muy mancebo, lo qual entonces acontecia poco en dar los sacerdocios. E aquel mesmo año pusieron en el Capitolio carros de quatro Caballos de oro los Ediles Curules, Cayo Livio y Marco Servilio Gemino, y dos dias se renovaron los juegos Romanos, et tambien los de la plebe fueron hechos otros dos dias por los Ediles, Publio Elio y Publio Vilio, y por causa de los juegos hubo el convite de Júpiter.

LIBRO DECIMO

DE LA TERCERA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De como fueron repartidas las provincias y los exércitos en Roma entre los oficiales nuevos.

E hablando Ceneo Servilio Cepio, et Cayo Servilio en el Senado de la república, y guerra, et provincias (era este año el decimosexto de la guerra Africana) deliberaron los Padres, que los Cónsules concertasen entre sí, ó echasen por suertes qual de ellos tomase los Brucios contra Anibal, y qual por provincia á Hetruria et Liguria: y el que tomase los Brucios, recibiese el exército de Publio Sempronio, et Publio Sempronio, á quien tambien dilataban su imperio con autoridad de Consul, sucediese á Publio Licinio, et Licinio que tornase á Roma. Era este Licinio tenido por buen ciudadano para la guerra y para las otras cosas, en las quales ninguno era mas enseñado que él, siendo en él ayuntados todos los bienes de naturaleza et fortuna humana. Era noble de linage, et rico, et valia mucho en la disposicion et fuerzas del cuerpo: teníanlo por muy eloqüente, ansi para relatar alguna causa, como para persuadir, ó disuadir en el Senado, ó delante del pueblo. Era muy sabio en el derecho pontificio, et allende desto las virtudes militares le habian hecho alcanzar el consulado. Lo mismo que se habia deliberado con la provincia de los Brucios, fue decretado, tocante la Hetruria et Liguria. E á Marco Cornelio fue mandado dar el exército

al Consul nuevo, et á él prolongándole el imperio mandáronle tener la provincia de Francia con las capitanías, que en el año pasado Quinto Scribonio, Propretor, habia tenido. E despues los Cónsules sortearon las provincias, y los Brucios vinieron á Cepio, et Herruria á Servilio. Y echaron despues á suerte las provincias de los Prétores, et la jurisdiccion de la ciudad vino á Elio Peto, Cerdeña á Publio Lentulo, Sicilia á Publio Vilio, Arimino con dos legiones que habia tenido Lucio Spurio, á Quintilio Varo, et á Lucrecio alargaron el imperio, porque edificase la ciudad de Génova, que Magon Africano habia derribado et asolado. E á publio Scipion prolongaron su imperio, no por tiempo determinado, mas hasta que la guerra fuese acabada en Africa, et ordenaron que hiciesen procesion y suplicacion á los Dioses, porque habia pasado en Africa, para que fuese cosa provechosa al pueblo Romano y al Capitan y al exército. En Sicilia hicieron tres mil hombres de guerra; y porque la gente mas esforzada que aquella provincia tenia, habia pasado en Africa, y porque ningnna armada pasase de Africa á ella, plúgoles que fuese guardada la costa de Sicilia con quarenta galeas. E Vilio levó consigo, á Sicilia, trece nuevas, las otras viejas fueron reparadas en Sicilia. E Marco Pomponio, Pretor del año pasado, fue hecho Capitan de esta armada; et levó nueva gente de Italia, y la puso en las galeas. El Senado repartió igual número de naos á Ceneo Octavio, Pretor tambien del año pasado, con igual derecho de gobernacion para defender la costa de Cerdeña. E á Lentulo, fue mandado dar al Pretor para las naos dos mil hombres. E mandaron á Marco Marcio, Pretor del año pasado, guardar con otras tantas naos la costa de Italia, porque no se sabia adonde los Cartagineses enviarian su armada, et parecia que irian donde quiera que supiesen que no habia defension. Los Cónsules por deliberacion del Senado pusie-

ron en aquella armada tres mil hombres de guerra, et señalaron para los acaecimientos de la guerra dos legiones de la ciudad. Las Españas con sus exércitos fueron dexadas á los Capitanes viejos, conviene saber, Lucio Lentulo et Manlio Acidino. Aquel año los Romanos hicieron guerra con veinte legiones, y ciento y quarenta galeas. Los Prétores se fueron á las provincias, y fue mandado á los Cónsules, que primero que fuesen á sus provincias hiciesen grandes juegos, los quales habia prometido Tito Manlio Torquato hacer de cinco en cinco años, si la república estuviese en el mesmo estado. E las malas señales que entonces fueron anunciadas de muchas partes movian nuevas religiones en los ánimos de todos. En Ancio los ratones royeron una corona de oro: todos los campos enderredor de Capua se llenaron con grande multitud de langostas, sin que se supiese de donde habian venido allí: en Reate nació un caballo con cinco pies. E tambien sacrificando el un Consul, faltó una cabeza al higado de la primera hostia. Estos prodigion fueron alimpiados con grandes sacrificios, y el colegio de los Pontífices nombró los Dioses á quien se hiciesen los sacrificios. Estas cosas hechas, los Cónsules y los Prétores se fueron á sus provincias.

CAPITULO II.

De como Scipion procuraba la paz con Siphas, y entre tanto espiaba su real, et puso fuego en sus campos, y mató mucha gente de ellos.

Todos los oficiales Romanos tenian grande cuidado de Africa, ó porque allí estaba la principal guerra, ó por hacer placer á Scipion en quien toda la ciudad tenia puestos los ánimos; de manera, que no solo de Cerdena, segun ya diximos, mas tambien de Sicilia et de España le

traian vestidos et trigo et armas, et toda manera de vitualles. E Scipion en ningun tiempo del invierno afloxaba las obras de la guerra, las quales eran muchas, et de todas partes lo rodeaban. E tenia cercada á Utica, et el real de Asdrubal estaba en la vista, los Cartagineses habian traido naos, et tenian armada aparejada para tomarle las provisiones. Entre estas cosas no dexaba Scipion de su corazon el cuidado de reconciliar á Siphas, si por ventura ya estuviese harto del amor de su muger, por tener muchas. Y Siphas mas tentaba condiciones de paz, tratando que los Romanos saliesen de Africa, et los Cartagineses de Italia, que no daba esperanza de separarse de los Cartagineses si combatiesen. Estas cosas creo yo que se hacian por mensageros, y esto dicen la mayor parte de los auctores, et no, como dice Valerio Antias, que Siphas fue al real Romano á hablar con Scipion. Al principio el Capitan Romano con mucha dificultad quiso oir aquellas condiciones, mas despues por dar á los suyos causa probable de pasar al real de los enemigos, mas mansamente negaba las mesmas condiciones, y andando y viniendo ellos de un real á otro les daba esperanza de concordia. Las estaciones de invierno de los Cartagineses eran quasi todas edificadas de madera et de qualquiera otra materia recogida de los campos. Los Numidas principalmente las tenian texidas de cañas, y gran parte de ellos moraban en casas sin orden esparcidas, et otros, fuera de la cava et baluarte como en lugares ocupados sin el imperio de Capitan. E sabidas estas cosas tuvo Scipion esperanza de poder quemar el real de los enemigos. E con los embaxadores que enviaba á Siphas, en lugar de acemileros enviaba los principales de la ordenanza esforzados et cuerdos, en hábito de mozos de servicio, para que entre tanto que los embaxadores estuviesen en la habla, ellos anduviesen por los reales á todas partes mirando todas las entradas y salidas, y el asien-

to y forma de las tiendas, et las partes que tenian los Cartagineses, et los Numidas, et la distancia que habia entre el real del Rey, et de Asdrubal, et que conociesen la costumbre de las estaciones et velas, et quando fuesen mas dispuestos, para ser asechados, de noche, ó de dia. Y entre las muchas hablas, á sabiendas enviaba otros y otros, porque todas las cosas fuesen sabidas por muchos. Tratando muchas veces la cosa, puso esperanza de paz al Rey Siphas, y por él á los Cartagineses. Los embaxadores Romanos dixeron que su Capitan les habia mandado que no tornasen mas, sino que se les diese cierta respuesta, et por ende si estaba determinado, ó si habia de consultar con Asdrubal et con los Cartagineses, lo mirase, que ya era tiempo de concordar la paz, ó de hacer nuevamente la guerra. Entre tanto que Siphas consultó con Asdrubal, y Asdrubal con los Cartagineses, las espias tuvieron tiempo de ver todas las cosas, y Scipion de aparejar lo que era necesario para el negocio. Y de la mencion y esperanza de la paz, salió como acaece, en los Cartagineses y Numidas negligencia de proveer que no recibiesen algun daño de los enemigos. En fin porque el Capitan Romano parecia mucho desear la paz, respondieron proponiendo algunas otras cosas desiguales, que dieron muy buena causa á Scipion de quitar las treguas, et dixo al mensagero del Rey Siphas que pondria la cosa en consejo: y respondió el dia siguiente; que á él solo porfiando en vano, et no á otro ninguno habia placido la paz, y que dixese al Rey, que no tenia otra esperanza de paz con los Romanos, sino que desamparase á los Cartagineses. De esta manera quitó las treguas, porque libre de la fe y palabra executase lo que habia comenzado.

E ya era el principio del verano, quando Scipion, echando en ellos las naos en el água, puso los pertrechos y artilleria, como si del mar quisiese combatir á Utica, y envió dos mil

hombres sobre Utica á tomar el monte que habia tenido primero: parte por divertir, et apartar los ánimos de los enemigos de lo que él aparejaba, á pensar otras cosas, parte, porque quando él fuese contra Siphas y Asdrubal, no saliese de la ciudad alguna armada contra su real, que quedaba con poca guarnicion. Aparejadas estas cosas y llamado consejo, y mandando á las espias decir lo que habian hallado; et Massinissa que sabia todas las cosas de los enemigos; Scipion propuso lo que aparejaba para la noche siguiente, mandando á los Tribunos, que en saliéndo los de la tienda capitana, y tañendo las trompetas, luego sacasen las legiones del real. E asi como el lo habia mandado, quando el sol se ponia, comenzaron á sacar las banderas, et casi á la primera vela tendieron la esquadra, y á media noche á paso reposado, llegaron al real de los enemigos que estaba á siete millas. Allí Scipion dió parte del exército, et Massinissa y los Numidas á Lelio, y mandó que saltasen sobre el real de Siphas, y echasen fuego en él. Y despues apartó á Lelio y á Massinissa, y á cada uno rogó por su parte, que quanto la noche los impedia, tanto cumpliesen con diligente cuidado: que él en un mismo tiempo daria sobre Asdrudal, y el real de los Cartagineses, mas que no comenzaria primero que viese arder el real de Siphas. Esto no fue mucho tardado, porque echado el fuego en las primeras tiendas, luego se extendió por todas las otras, et puso tanto espanto quanto era menester en un incendio de noche tan anchamente dilatado. Mas pensando ellos que era fuego, no de los enemigos, sino encendido á caso, salieron sin armas para matarlo, y cayeron en las manos de los enemigos armados, principalmente de los Numidas, puestos por Massinissa en lugares dispuestos á las salidas de los caminos, por el conocimiento que tenia del real de Siphas. Muchos fueron quemados en las tiendas que estaban medio adormidos, y muchos fuyendo caian unos so-

bre otros, y en las salidas de las puertas fueron muertos. Las velas de los Cartagineses promovieron la llama ardiente, et despues despertados los otros con el alboroto de la noche, con el mismo error creyeron que aquel fuego de sí mismo se habia encendido. E levantado el clamor entre las muertes et feridas, incierto, si era por el temor de la noche, quitaba el sentimiento de la verdad: de manera que cada uno por sí, et todos desarmados, no sospechando cosa alguna de los enemigos, por las puertas que mas cerca les estaban levando las cosas que eran necesarias para matar el fuego, caian en la esquadra Romana. Y todos estos fueron muertos, que ningun mensagero pudo fuir. E luego Scipion arremetió sobre las puertas del real, como desamparadas en tal alboroto, y echando fuego en las casas primeras, la llama primeramente se manifestó como derramada por muchos lugares, et despues extendiéndose á todas partes muy presto las quemó. Los hombres y acémilas medio quemadas, al principio fuyendo, et despues con el grande extrago, cerraban los caminos de las puertas. E los que no tomó el fuego fueron muertos con las armas. Dos reales fueron destruidos en un dia; mas entrambos los Capitanes, con solos dos mil peones et quinientos caballeros de tanta gente, fuyeron derramados siendo la mayor parte de ellos feridos et tocados del fuego. E fueron muertos, ó quemados acerça de quarenta mil hombres, et presos mas de seis mil, muchos de los Cartagineses nobles, once Senadores et ciento et setenta et ocho banderas, et dos mil et setecientos caballos de los Numidas, et seis elefantes, y ocho quemados y muertos, et muchas armas, las quales el Capitan hizo quemar, consagrándolas á Vulcano. E Asdrubal, fuyendo, fuese á la ciudad mas cercana de los Africanos, á donde se recogieron todos los que habian quedado, siguiendo al Capitan; et despues se partió de allí por temor que no fuese dado en

manos de Scipion. Luego los Romanos fueron en ella recibidos con las puertas abiertas, donde no hicieron daño ninguno, porque de grado se habian dado. E despues tomaron dos ciudades, et las destruyeron, et el despojo de ellas y el de los reales quemados fue dado á la gente. Siphas puso su real quasi á ocho millas en lugar fuerte.

CAPITULO III.

De los consejos diversos que tuvieron los de Cartago, y como Siphas et Asdrubal allegaron gran exercito y fueron desbaratados por Scipion.

Asdrubal se fue á Cartago, porque despues de la reciente destruicion no se pensase alguna cosa de flaqueza entre ellos, ca el espanto que tenian era tan grande, que creian que Scipion dexaria á Utica, y adeshora pornia cerco sobre Cartago. E por esto luego llamaron el Senado y los Sufetes, que entre ellos era como la gobernacion de Cónsules, y allí fueron dichos tres pareceres. El uno era de los que deliberaban que enviasen embaxadores á Scipion para hacer paz. El otro era que Aníbal viniese á defender la patria de guerra tan cruel. El tercero decia, que á semejanza de la firmeza de los Romanos repasasen el exército, y rogasen á Siphas que no se apartase de la guerra. Este parecer venció por ser presente Asdrubal, y porque todos los del bando Barchino mas querian la guerra que paz. Despues comenzaron hacer gente por la tierra y por la ciudad, y enviaron embaxadores á Siphas, que con mucha diligencia se rehacia para la guerra, porque su muger, no como de primero con alhagos y lisonjas, que pueden mucho en el ánimo del que ama, mas con ruegos y misericordia lo movia, y estando siempre llorando le suplicaba que no dexase perder á su padre y á toda su pa-

tria, ni sufriese que Cartago ardiese de las mesmas llamas que los reales. Tambien los embaxadores le ponian buena esperanza diciéndole, que quatro mil Celtiberos, mancebos escogidos, habian sido conducidos en España, et los habian visto ya cerca de la ciudad llamada Abba, y que luego vernia Asdrubal con grande exército. E no solo él respondio bien á los embaxadores, mas tambien les mostró gran multitud de Numidas aldeanos, á los quales en aquellos dias habia dado armas y caballos, et dixo que moveria todos los mancebos de su reyno: y que él sabia que el daño que habian recibido no era por guerra, mas por el encendimiento, y que aquel seria menor en la guerra que fuese vencido con armas. Estas cosas respondió á los embaxadores; y despues de pocos dias Asdrubal y Siphas ayuntaron los exércitos, que fueron de treinta mil hombres. Y la fama que la guerra se rehacia, retraxo á Scipion que estaba aparejado para dar combate á la ciudad de Utica, pensando haber puesto fin á lo que tocaba á Siphas y á los Cartagineses. E por esto dexando pocas guarniciones por tierra et por mar, solo por demostrar que tenia cerco sobre ella, con la fuerza del exército se fue á los enemigos, y primeramente asentó en un monte que estaba apartado, casi quatro millas de los reales de Siphas y Asdrubal. Y el dia siguiente salió con la gente de caballo á los campos llamados Grandes, que estan debaxo de aquel monte, y allegándose á las tieudas de los enemigos, y moviéndolos con escaramuzas ligeras, gastó aquel dia. E los dos dias siguientes, corriendo alborotadamente unos contra otros, casi no hicieron ninguna cosa. Al quarto dia de una parte y de otra salieron á la batalla. El Capitan Romano asentó detras de las primeras banderas de los lanceros los príncipes, y puso los triarios en reguarda, y en la ala derecha puso sus caballeros Italianos, y en la izquierda los Numidas y Massinissa: Asdrubal y Siphas pusieron

los Celtiberos en medio de las esquadras contra las banderas de las legiones, et los Numidas contra los caballeros Italianos, y los Cartagineses contra Massinissa. E de esta manera ordenados todos, arremetieron los unos contra los otros. En el primero encuentro los Numidas y Cartagineses fueron echados, porque los Numidas, principalmente los villanos, no pudieron resistir á los caballeros Romanos, ni la gente nueva de los Cartagineses pudieron resistir á Massinissa, que entre las otras cosas estaba feroz y terrible por la reciente victoria. Y la esquadra de los Celtiberos estaba firme, aunque desnuda de cada parte de las alas, porque no veian manera para fuir, no conociendo la tierra, ni tenian esperanza de alcanzar perdon de Scipion, porque habian venido en Africa á ganar sueldo en la guerra contra Scipion, que tantos beneficios habia hecho á ellos y á su gente. E derramándose á todas partes los enemigos, ellos, cayendo unos sobre otros, morian obstinadamente. E volviéndose todos contra ellos, Syphas y Asdrubal tuvieron algun tiempo para fuir, y la noche tomó á los vencedores, mas cansados de matar que de pelear. El dia siguiente Scipion envió á Lelio et á Massinissa con toda la gente de caballo Romana y Numídica, con los mas ligeros de á pie, en alcance de Siphas y de Asdrubal, y él con todo el poderio del exército sojuzgó parte por fuerza, parte por temor, todas las ciudades comarcanas que eran del señorio de los Cartagineses.

CAPITULO IV.

De como los de Cartago determinaron de llamar á Anibal, et enviaron su armada á Utica, que hoy se nombra Viserta.

En Cartago tenian grande temor, y creian que Scipion tomando tan súbitamente todos los lugares comarcanos, vernia luego sobre Cartago. E asi rehacian los muros, armaban defensas, y todos traian de los campos, cada uno por sí, las cosas necesarias para sufrir luengo cerco. Hacian poca mencion de paz, y mucha de enviar embaxadores para llamar á Anibal. Y la mayor parte queria que enviasen la armada, que estaba aparejada para traer vituallas, á destruir las naos que estaban cerca de Utica desapercibidas, y que tambien por ventura tomarian el real de las naos que estaba con poca guarda. Y á esto principalmente inclinaron su consejo: mas deliberaron de enviar embaxadores á Anibal, porque aunque con la armada del mar, pudiesen en alguna cosa aliviar el cerco de Utica, mas no tenian otro Capitan que pudiese defender á Cartago sino Anibal, ni otra hueste sino la suya. Y asi el dia siguiente pusieron las naos en el agua, y juntamente los embaxadores fueron á Italia. Todas las cosas hacian de rebato estimulándolos la fortuna, y en lo que cada uno tardaba, pensaban que era traidor á la salud de todos. E Scipion trayendo el exército lleno de despojos de muchas ciudades, envió los captivos, y la otra presa al real viejo á Utica, y él ya teniendo ojo á Cartago, tomó á Tunez desamparado por la huida de los guardas. Está Tunez á doce millas de Cartago, lugar fuerte por edificios y por su naturaleza, y que se ve de Cartago, y puede dar vista á esta ciudad, y al mar que está delante de ella. De

allí, estando los Romanos haciendo el baluarte, vieron la armada de los enemigos que iba de Cartago á Utica. E luego dexando la obra comenzaron de ir et levar las banderas, porque las naos que estaban vueltas hácia la tierra, et al cerco de la ciudad, y no dispuestas á batalla marina, no fuesen tomadas y deshechas. Y á la verdad, ¿cómo bastarian á resistir á la armada ligera y proveida de instrumentos de mar estando puestas en exercicio de traer provision, ó allegadas á los muros, para dar paso á manera de puentes? Por esto Scipion en allegando, contra lo que es costumbre en batalla de mar, puso en la postrera esquadra acerca de la tierra las naos rostradas que podian defender las otras et por muro contra los enemigos, quatro órdenes de las de carreo: y estas, porque en el alboroto de la batalla no se pudiesen turbar las órdenes, traspasando de una nao en otra los árboles y antenas, et atándolas con recias cuerdas, como una trava entre sí, las juntó, y puso encima tablas para que hubiese paso entre ellas todas, y debaxo de las mismas puentes dexó espacios, por donde los bergantines pudiesen correr contra los enemigos, y retraerse con seguridad. E habiendo ordenado estas cosas de rebato, segun el tiempo, puso en las barcas de carreo casi mil hombres escogidos para las defender, y puso en ellas grande cantidad de dardos, y armas para tirar, para que bastasen aunque la batalla fuese luenga. Desta manera aparejados et avisados esperaban la venida de los enemigos. E los Cartagineses si se aquejaran, hallaran al primero encuentro todas las cosas turbadas y revueltas, mas espantados por los daños que en la tierra habian recibido, y por eso no confiando mucho en el mar, donde ellos eran mas poderosos, gastando el dia en navegar con pereza, al poner del sol allegaron á un puerto que los Africanos llaman Ruscinon. Y el dia sigunte, antes de salir el sol, ordenaron en el mar alto las naos como para pelear

en él, pensando que los Romanos saldrian contra ellos como á batalla igual. E despues que vieron que los enemigos ninguna cosa movian, entonces acometieron contra las naos de carreo. Esta cosa no parecia batalla de naos, mas tenia semejanza de naos que combaten muros. E como las naos de carreo eran algun tanto mas altas, los Africanos echaban de las rostradas muchas armas en vano contra lo alto: y los tiros de las de carreo eran pocos, mas como eran de lugar alto eran mas ciertos con su pesadumbre. Los bergantines y barcos ligeros, que corrian debaxo de las puentes por los espacios, al principio eran anegados con el solo ímpetu de las naos grandes, et despues hacian empacho á los que los defendian, porque mezclados con las naos de los enemigos muchas veces forzaban refrenar los tiros, con temor que los golpes inciertos no cayesen en los suyos. A la postre comenzaron á echar de las naos Africanas sobre las Romanas manos de fierro, que llaman los hombres de guerra harpagones. Los quales como no se pudiesen cortar ni las cadenas con que estaban atados, segun cada nao retraida atras traia consigo la que tenia travada, asi se deshacian los atamientos con que unas con otras estaban atadas, y juntamente atraian otra orden de muchas naos. En esta manera fueron deshechos todos los puentes, y con trabajo tuvieron espacio de saltar en la segunda orden de naos los que las defendian. Casi seis naos de carreo fueron arrastradas por las popas á Cartago, donde el gozo fue mayor que era la cosa; y tanto mayor quanto entre tan continuos daños et lloros les salió un gozo no esperado, et les parecia que la armada Romana on habia estado muy lejos de perdicion si los Capitanes de sus naos no hobiesen cesado, y Scipion no socorriera á tiempo.

CAPITULO V.

De como Lelio y Massinissa pelearon con los Numidas, et fue preso Siphas, y tomada la ciudad de Cirtha, y de como Massinissa se casó con la muger de Siphas.

Acaso en aquellos mismos dias Lelio y Massinissa casi en catorce dias allegaron á Numidia, et los Massylios dieron á Massinissa el reyno de su padre como á Rey mucho habia deseado. Siphas viendo echados de allí sus prefectos y guarniciones, deteníase en su antiguo reyno con voluntad de mover alguna cosa, porque la muger y el suegro lo incitaban, y tenia mucha gente et caballos: de manera que las fuerzas de su reyno, que por muchos años florecian, puestas delante de sus ojos, aunque su ánimo fuera menos bárbaro y feroz, le podian poner esperanza. Pues trayendo en uno todos los que podian hacer guerra, dióles á todos caballos y armas, y ordenó los caballeros y peones en esquadras como en tiempo pasado habia deprendido de los Capitanes Romanos. E con esta hueste no menor que la que antes tenia, aunque quasi toda nueva y sin disciplina, se fue contra los enemigos. E asentando su real en lugar cercano, al principio pocos caballeros salian de sus estaciones para atalayar de lugar seguro; mas despues echados por armas de los enemigos tornaban atras á los suyos. E despues de una parte et de otra se hacian cavalgadas, y como la ira encendiese los rechazados, salian muchos; lo qual es encendimiento de escaramuzas de caballo, quando la esperanza ayunta en uno los vencedores, ó la ira los vencidos. De esta manera siendo la batalla travada por pocos, á la postre el deseo de pelear derramó de cada parte toda la gente de caballo, y en tanto que duraba la

batalla, la multitud de los Masessulos por las grandes esquadras que Siphas enviaba, con grande trabajo podia sostenerse. Pero luego que la gente de pie Romana, corriendo de súbito por sus capitanías, que hacian camino, hizo detener la batalla, et puso espanto en los enemigos, que venian derramados sobre ella; los bárbaros floxamente hacian ir los caballos, y despues parábanse, y quasi eran turbados de la nueva manera de pelea. E á la postre, no solo se retraian de la gente de pie, mas tambien no podian sostener la gente de caballo, que con la ayuda de los peones tomaba esfuerzo. Y ya tambien las banderas de las legiones se allegaban; et entonces los Masessulos, no solo no pudieron sufrir el primero encuentro, mas ni la vista de las banderas et armas: tanto pudo en ellos la memoria de las primeras destruiciones, ó el espanto presente. Siphas yendo con su caballo en cerco de las esquadras de los enemigos, si por vergüenza ó por peligro suyo pudiese detener el fuir, cayó con el caballo mal ferido, y fue preso, y vivo fue levado á Lelio para dar vista alegre á Massinissa mas que á todos. Cirtha era la cabeza del reyno de Siphas, adonde se habia retraido mucha gente fuyendo. En aquella batalla fue menor la matanza que la victoria, porque solamente pelearon los de caballo, y no fueron muertos mas de cinco mil, y menos de la metad presos con el ímpetu que fue hecho contra el real, adonde mucha gente, despues de perdido el Rey, se habia recogido. Massinissa dixo á Lelio, que al presente no le parecia otra cosa mejor et mas hermosa, que pues habia vencido, él fuese á visitar el reyno de su padre, que despues de tanto tiempo venia agora á su mano; pero que asi las cosas prósperas, como las adversas, no dexan lugar de descanso: et que si le dexase pasar adelante de Cirtha con la gente de caballo, y Siphas preso, que pornia espanto en toda la tierra, que ya estaba temerosa, et que Lelio lo podia seguir

con la gente de pie poco á poco. Dando Lelio su consentimiento, Massinissa se fue delante la ciudad de Cirtha, et mandó llamar á habla los principales de ella; mas ninguna cosa pudo con ellos con ruegos, ni con amenazas, ni diciéndoles lo sucedido, porque no sabian la pérdida de su Rey, hasta que les demostró el Rey atado. Entonces viendo cosa tan lastimosa, comenzaron á hacer grandes lloros, et unos por temor desampararon los muros, otros súbitamente queriendo alcanzar la voluntad del vencedor, abrieron las puertas. Luego Massinissa poniendo guardas en las puertas et en los muros, porque ninguno pudiese fuir, corriendo á caballo fue á tomar el palacio del Rey. Y entrando por la puerta, Sophonisba, muger de Siphas, hija de Asdrubal Africano, le salió delante, et viendo en medio de la gente á Massinissa muy señalado en las armas et vestidos, pensando que era Rey, como lo era, se derribó á sus pies, et hablóle de esta manera: » Los Dioses, junto con tu virtud y felicidad, te han dado que pudiésedes todas las cosas contra nosotros; mas si puede una captiva hablar delante el señor de su vida et muerte, si puede tocar los pies y manos vencedoras, yo te ruego et suplico por la magestad real, en la qual poco antes tambien nosotros fuimos, et por el nombre de la gente de los Numidas, el qual fue comun á tí et á Siphas, et por los Dioses de este palacio real, los quales te reciban con mejor dicha, que con la que de aquí enviaron á Siphas, que otorgues á mí humilde esta gracia, que tú ordenes de mí captiva qualquiera cosa que tu ánimo deseare, et no consientas que yo sea dada á la voluntad de algun cruel, et soberbio Romano. Y aunque otra cosa á esto no me moviese, sino haber sido muger de Siphas, empero mas quisiera experimentar la fe de hombre Numida, et engendrado como yo en la misma Africa, que no de algun extrangero. Tú ves que

„ debe temer la muger Cartagines del Romano, y que „ la hija de Asdrubal. Y si con ninguna otra cosa pue- „ des, yo te suplico que con la muerte me libres del po- „ derio de los Romanos." Era muy hermosa et de edad flo- recida, y asi como tomándolo de la mano, le demandase la fe y palabra que no fuese dada á algun Romano, y sus palabras pareçiesen mas alhagos que ruegos; no solo inclinó su ánimo á misericordia, mas como la gente de los Numídas sea inclinada á luxuria, luego el vencedor se encendió en amor de la captiva, y dándole la fe á lo que pedia, entró en el palacio real, donde estuvo consigo pensando como podria cumplir con lo que le habia prometido. Y no se pudiendo determinar, tomó consejo desvergonzado y loco del amor, casándose á deshora con ella el mismo dia, por no dar lugar á Lelio, ó á Scipion de consultar alguna cosa contra ella como captiva, pues era casada con él. Y, el matrimonio hecho, sobrevino Lelio, el qual no disimuló de abominar este caso, mas antes trabajó de la sacar del palacio real, y junta con Siphas et los otros captivos, enviarla á Scipion. Mas siendo vencido de los ruegos de Massinissa, que le pedia que reservase á Scipion el juicio para determinar la fortuna de qual de los dos Reyes debia seguir Sophonisba envio á Siphas y los otros captivos, y con la ayuda de Massinissa tomó las otras ciudades, que estaban por el Rey Siphas. E luego que se supo en el real de Scipion que traian á Siphas, todos salieron como á ver un gran triunfo, et iba delante el Rey vencido, et despues lo seguia gran compañia de nobles Numidas. E quanto cada uno podia, ayuntaba á la grandeza del Rey Siphas, et á la fama de aquella gente, acrecentando su victoria, y decian ser aquel el Rey á cuya magestad tanto atribuyeron los mas poderosos pueblos del mundo, conviene saber, el Romano et Cartagines, que Scipion, su Capitan, por ganar su amistad, dexó á España,

y la hueste que en ella tenia, y con dos galeas pasó á Africa, y Asdrubal, Capitan de los Cartagineses, no solo vino á su reyno, mas aun le dió su hija por muger: y que él un tiempo tuvo en su mano dos Capitanes, conviene saber, el Romano y Cartagines, et que cada uno de ellos asi como pedia paz de los Dioses inmortales con sacrificios, asi de cada parte demandaban su amistad; y que ya habia tenido tanta potencia, que despues de haber echado á Massinissa del reyno, lo constriñó á que su vida con la fama de ser muerto et en las cuevas fuese escondida, viviendo, como las fieras, de hurtos en las espesuras de los bosques. Pregonando, pues, estas cosas los que iban acerca del Rey preso, lo llevaron á la tienda de Scipion. E no se olvidó Scipion del antiguo estado de tal Rey, et de la presente fortuna en que lo veia, y acordóse de la amistad et alianza que los dos hicieron pública et particularmente. Estas mismas cosas dieron ánimo á Siphas para hablar, ca demandándole Scipion que queria hombre que no solo habia desechado la amistad Ramana, mas sin causa habia hecho la guerra, confesaba él que habia pecado et desvariado, mas que entonces fue el fin de su locura, quando tomó armas contra el pueblo Romano, et no el principio, et que entonces habia sido loco quando echó de su ánimo las amistades particulares et los pactos públicos, y quando traxo á su casa muger Cartagines; porque con aquel matrimonio se habia encendido su casa, et que aquella furia y pestilencia con todas las lisonjas y alhagos habia revuelto y enojado su ánimo, y que no habia cesado hasta que ella misma con sus manos le vistió las armas malditas contra los huéspedes y amigos: y que viéndose afligido y perdido, tenia este consuelo, que veia aquella pestilencia y furia haber pasado en la casa y palacio del mayor enemigo que él tenia; et que Massinissa no era mas prudente, ni mas constante que Siphas, y aun por causa

de juventud era menos astuto y sabio, et que cierto Massinissa se habia casado con ella con mayor locura y destemplanza que él. Y como él hubiese dicho estas cosas, no solamente por el odio mortal, mas tambien por los estímulos del amor, movió el ánimo de Scipion no con pequeño cuidado: et el matrimonio hecho casi entre las armas, y sin esperar, ni consultar con Lelio, y la priesa tan grande que el dia que vido la Reyna captiva, en el mismo se habia casado con ella, y haber hecho las bodas en la casa de su enemigo, hacian creer lo que Siphas decia. Y esto tenia Scipion por mas feo, porque siendo él mancebo en España nunca le movió hermosura de muger captiva. Estando él pensando en esto, allegaron Lelio et Massinissa. E como los recibiese con cara alegre, y delante todos les ensalzase con grandes alabanzas, tomó á Massinissa á parte, y hablóle de esta manera.

CAPITULO VI.

De como Scipion reprehendió con palabras corteses á Massinissa del casamiento que habia hecho con la muger de Siphas, y de como ella se mató con veneno que el nuevo marido le envió.

» Yo pienso, ó Massinissa, que tú viste en mí algunos » bienes, quando al principio viniste en España á ayun» tar conmigo amistad, et despues en Africa, encomendas» te á tí mismo, et todas tus esperanzas á mi fe. Pues nin» guna virtud hay entre las que me hayan hecho parecer » digno de que tú me buscases, con la qual tanto yo me » haya gloriado, quanto es el refrenamiento y templanza » de los deleytes y luxuria. Esta querria yo que tú, Massi» nissa, acompañases á todas las otras tus excelentes virtu» des. Creeme, que nuestra edad no recibe tanto peligro

» de los enemigos armados, quanto de los deleytes que » de cada parte nos cercan. El que los refrena y doma con » su templanza, mayor honra y victoria alcanza, que noso- » tros habemos alcanzado de Siphas vencido. Las cosas que » tú has hecho esforzadamente en mi absencia, con mu- » cha voluntad las he yo alabado, et me acuerdo de ellas: » las otras mas quiero que las pienses entre tí mismo, que » no que seas avergonzado diciéndolas yo. Siphas por la » fortuna del pueblo Romano, ha sido vencido et preso: » por ende él, et su muger, el reyno, los campos, vi- » llas y ciudades, los hombres que en ellas moran, et quan- » to ha sido de Siphas, es despojo del pueblo Romano. » E seria necesario que enviásemos á Roma el Rey y su » muger, aunque no fuese ciudadana de Cartago, ni vié- » semos su padre ser Capitan de los enemigos: et que el » juicio y determinacion de ella fuese del Senado et del » pueblo Romano, pues que ella, dicen, ha apartado de » nosotros el Rey que era nuestro amigo, et le ha forza- » do tomar armas contra nosotros. Vence tu ánimo, guar- » da que con un vicio no ensucies muchas virtudes, et no » corrompas la gracia de tantos merecimientos, con mayor » culpa que la causa de ella." Oyendo estas cosas Massinissa, no solo se corrió de vergüenza, mas tambien le salieron lágrimas de los ojos, respondiendo que queria estar á su mandamiento, et rogándole que quanto la causa lo sufriese, mirase á la palabra que él neciamente habia dado, que le habia ofrecido de no darla en poderio de otro alguno. E diciendo esto salióse confuso del Pretorio del Capitan, et fuese á su tienda, donde estando solo con muchos suspiros et gemidos, que facilmente los podian oir los que estaban enderredor de la tienda, gastó algun tiempo. E á la postre echando un grande gemido, llamó uno de sus siervos muy fiel, en cuya guarda, á costumbre de los Reyes, estaba el veneno para los casos inciertos

de la fortuna, et mandóle que lo levase á Sophonisba mezclado con vino, y que le dixese que Massinissa de voluntad le guardára la primera fe et palabra, qual marido debia á muger, mas pues los que mas pueden le quitaban el albedrio de ella, que le guardaba la segunda fe et palabra, conviene saber, que viva no viniese en poderio de los Romanos; et que acordándose de su padre, et de la patria, y de dos Reyes con quien habia sido casada, mirase lo que le pareciese serle mejor. Levando el siervo esta embaxada et el veneno á Sophonisba, oyéndolo ella dixo: »Yo recibo el don del matrimonio de bue»na voluntad, si mi marido no me puede dar otra cosa ma»yor, mas dile que muriera mejor sino me casára en la muer»te." E no habló mas feroz, que tomó el vaso; et no haciendo señal de temor, con grande esfuerzo lo bebió. E sabiendo esto Scipion, porque Massinissa, triste de ánimo et mancebo feroz, no hiciese alguna cosa mas grave, mandólo llamar, y á las veces lo consolaba, y otras lo reprehendia livianamente, que habia pagado una temeridad con otra, y que habia hecho la cosa mas triste de lo que era necesario. Y el dia siguiente por hacer que apartase el ánimo del movimiento presente, subió Scipion en el tribunal, et mandó llamar ayuntamiento, y delante todos primero nombró á Massinissa Rey, et despues de lo haber mucho alabado, púsole una corona de oro, et le dió una copa de oro, et una silla Curul de marfil, y un báculo de marfil y un vestido pintado, y una ropa triunfal, et honrólo mucho de palabras, diciendo, que los Romanos no tenian cosa mas magnífica que el triunfo, et que los que triunfan no tenian mas magnífico hábito et aparato que aquel, del qual el pueblo Romano tenia por digno y merecedor á solo Massinissa entre todos los extrangeros. Despues alabó á Lelio, y dióle una corona de oro, et hizo mercedes á otros varones militares, segun que cada

uno merecia. Con estas honras fue mitigado el ánimo del Rey, y levantado á esperanza propinqua de haber toda Nudia, pues Siphas era perdido. E Scipion enviando á Cayo Lelio con Siphas et los otros captivos á Roma, con los quales fueron los embaxadores de Massinissa, tornó el real á Tunez, et enfortaleció los baluartes que habia comenzado.

CAPITULO VII.

De como los Cartagineses enviaron embaxadores á Scipion á pedir paz, y de lo que Scipion les respondió et de las leyes et pactos de la paz.

Los Cartagineses alegres, no solo de gozo breve, mas casi vano, por el combatir próspero de las naos, despues que supieron que Siphas era preso, en el qual casi habian puesto mas esperanza que en Asdrubal et su hueste, no oyéndose ya ninguno que fuese autor de guerra, enviaron treinta embaxadores principales de los viejos á pedir paz. Este era el consejo mas respetado entre ellos, et la mayor fuerza para regir el Senado. Y luego que llegaron al real Romano, et á la tienda del Capitan, á manera de lisonjeros, creo yo que siguiendo la costumbre de la region, de donde eran nacidos, se derribaron por tierra, et su habla fue conforme á tan humilde lisonja. No purgaban su culpa, mas echaban el principio de la culpa contra Anibal, et contra los favorecedores de su ferocidad. Pedian perdon para su ciudad, ya dos veces antes destruida por la locura de los ciudadanos, y que habia de ser otra vez libre por beneficio de los enemigos; et que pues el pueblo Romano buscaba el imperio de los enemigos vencidos, et no su destruicion, que mandase lo que quisiese, que aparejados estaban para servir con obediencia. Scipion oyendo esto, díxoles, que él era venido en Africa con es-

peranza, la qual se habia acrecentado con la próspera fortuna de la guerra, y que él levaria á su tierra victoria y no paz. Mas pues tenia casi en las manos la victoria, no negaria la paz, porque supiesen todas las gentes que el pueblo Romano toma y acaba las guerras justamente. Pues estas serán las leyes de paz, que se restituyan los captivos, pasados et fugitivos, et que se saquen los exércitos de Italia, et de Francia, et que se dexen de España, et salgan de todas las islas que están entre Italia y Africa, et den todas las galeas, sino treinta, y quinientos mil moyos de trigo, et trecientos mil de cebada. E quanta moneda pidiese, en esto no concuerdan los escriptores, ca en unos hallo cinco mil talentos, en otros cinco mil libras de plata, et en otros que les mandó pagar doblado sueldo para los hombres de armas. „Con estas condiciones si la „paz os agrada, os daré tres dias para consultar. E si os „placera, haced conmigo treguas, y embiad embaxadores „á Roma al Senado." En esta manera despidió los Cartagineses, que á el vinieron, los quales no rehusaron condicion alguna de la paz, porque buscaban tardanza de tiempo, hasta que Anibal pasase en Africa. E asi enviaron unos embaxadores á Scipion, para que hiciesen treguas, et otros á Roma á pedir la paz, los quales levaron consigo muy pocos captivos, pasados et fugitivos por demostracion, para alcanzar la paz.

Muchos dias antes llegó á Roma Lelio con el Rey Siphas, et con los principales de los Numidas captivos, et publicó et contó delante los Senadores por orden todas las cosas hechas en Africa, con gran gozo de todos por lo presente, et por la esperanza de lo advenidero. Dspues los Senadores ordenaron que el Rey Siphas fuese enviado á Alba con buena guarda, et que Lelio se detuviese, hasta que los embaxadores de Cartago viniesen. Y ordenaron de hacer quatro dias suplicaciones á los Dioses. Y Publio Elio

Pretor, saliendo del Senado, et llamando el ayuntamiento del pueblo, subió con Lelio en el lugar llamado Rostra, donde los que oian que los exércitos de los Cartagineses eran desbaratados, y que el Rey de tan gran nombre et fama era vencido y preso, y que toda Numidia, con excelente victoria era traspasada, no podian tener callado tan gran gozo, mas antes con voces et con otras señales que suele hacer el pueblo, demostraban el grande placer que tenian. Y el Pretor mandó que abriesen todos los templos sagrados por toda la ciudad, et que por todo aquel dia el pueblo tuviese licencia de cercar et saludar los Dioses, y de hacerles gracias. El dia siguiente el Pretor hizo entrar en el Senado los embaxadores de Massinissa, los quales mostraron el gozo que tenian, porque Publio Scipion hacia bien sus cosas en Africa, et despues hicieron gracias, porque no solo habia nombrado á Massinissa Rey, mas lo habia hecho Rey restituyéndole el reyno de su padre, en el qual despues de echado Siphas, si á los Padres pareciese, sin temor ni contienda reynaria. E despues dieron gracias de las mercedes que le habia hecho, habiéndole alabado Scipion delante el ayuntamiento y consejo de la gente de armas, las quales mercedes Massinissa se habia esforzado á merecer, y esforzaria en adelante. E que les suplicaban que el nombre de Rey et los otros beneficios et mercedes que Scipion le habia dado, fuesen confirmadas por deliberacion del Senado, y que si no recibiesen pena, tambien pedia Massinissa que enviasen los captivos de Numidia que estaban en Roma, ca esto ternian los de su pueblo en mucho. El Senado respondió á los embaxadores, que el gozo de las cosas hechas en Africa con prosperidad era comun á ellos y al Rey, y que les parecia que Scipion hizo bien en nombrarlo Rey, et que todas las otras cosas que habia hecho para honra de Massinissa, que los Senadores lo confirmaban et alababan. E determinaron sin todas es-

tas cosas de le enviar sus dones con los embaxadores. Y entre las otras cosas le enviaron dos sagulos ó albornoces de carmesí con hebillas de oro y ropas de clavo ancho, y dos caballos enjaezados, dos armaduras de caballeros con lorigas y tiendas, y ornamento y atavio militar, segun se acostumbraba dar á Consul. Estas cosas mandaron al Pretor que enviase al Rey. E á cada uno de los embaxadores dieron cinco mil dineros, et á sus compañeros cada mil, et á los embaxadores á cada uno dos vestidos, et sendos á los compañeros, et á los Numidas que enviaban al Rey. E sin esto mandaron que á los embaxadores les diesen casas y lugares libres, et muy suntuosas expensas.

CAPITULO VIII.

De como Magon fue desbaratado en Insubria por los Romanos, y volviendo á Cartago, acerca de Cerdeña, murió de la herida que recibió en la batalla.

En el mismo estío que estas cosas fueron ordenadas en Roma et echas en Africa, Publio Quintilio Varo, Pretor, et Marco Cornelio, Proconsul, combatieron á banderas desplegadas con Magon en el campo de los Franceses Insubres. E las legiones del Pretor fueron en la primera esquadra; et Cornelio tuvo las suyas en reguarda, y él fue á las primeras banderas con su caballo. El Pretor y Proconsul delante las dos alas con muy grande esfuerzo exhortaban á los caballeros á levar las banderas contra los enemigos. E viendo que no los movian, dixo Quintilio á Cornelio: »La batalla se hace, como ves, con pereza, y »hay peligro que el temor de los enemigos endurecido, »contra la esperanza, para resistir, no se vuelva en osa»dia. Menester es que movamos la gente de caballo, si »los queremos turbar et mover de dondo estan firmes; por

„ ende, ó tú sosten la batalla en las primeras banderas, „ y yo traeré la gente de caballo á pelear, o yo pelearé „ en la primera esquadra, y tú lleva contra los enemigos „ los caballeros de quatro legiones." El Proconsul dixo al Pretor, que tomase la parte que quisiese. Quintilio Pretor con su hijo, llamado Marco, mancebo esforzado, fue á los caballeros, et mandó que luego cavalgasen, et fueron contra los enemigos, y el clamor de las legiones acrecentó el alboroto de los caballeros. E no se detuviera la esquadra de los enemigos, sino que Magon al primero movimiento de los caballeros, luego sacó los elefantes aparajados ya para la batalla: del ruido, olor y vista de los quales espantados los caballos hicieron la pelea vana. Y como mezclados de manera que pudiesen usar de la lanza et de la espada, eran los caballeros Romanos de mayor fuerza, asi volviendo los caballos espantados atras, mejor usaban los Numidas de los dardos et saetas. Y juntamente la docena legion de los peones, destruidos en gran parte mas tenia el lugar por vergüenza que por esfuerzo, et no durara mucho salvo que la trecena legion socorriendo á la primera esquadra, tornó en sí la batalla. E Magon sacó de la reguarda et puso los Franceses delante la legion entera: los quales siendo desbaratados con pequeña pelea, los lanceros de la oncena legion se ayuntaron; y acometieron sobre los elefantes, que ya turbaban la esquadra de los peones. Y echando contra ellos ayuntados lanzas, et ninguna cayendo en vano, los hicieron volver atras sobre los suyos, et quatro cayeron oprimidos de las heridas. Entonces movida la primera esquadra de los enemigos, tendiéronse juntamente todos los peones, viendo los elefantes vueltos, para acrecentar en los enemigos el espanto et alboroto. Mas entretanto que Magon estuvo delante las banderas, las órdenes retrayéndose paso á paso guardaron el tenor de la pelea; mas despues que lo vie-

ron caer herido en la pierna, y que lo sacaban de la batalla medio muerto, luego todos volvieron á fuir. Aquel dia murieron casi cinco mil de los enemigos, et fueron tomadas diez y ocho banderas. Ni los Romanos levaron la victoria sin sangre, ca del exército del Pretor se perdieron dos mil et trecientos, et mucho mayor parte de la docena legion, con dos Tribunos de caballeros, conviene saber, Marco Costonio, et Marco Menio, et tambien de la trecena legion, que fue en la postrera batalla, murió Ceneo Helvio, Tribuno de caballeros, al rehacer de la pelea; y diez y ocho caballeros nobles murieron con algunos Centuriones debaxo de los elefantes. Y la batalla fuera mas luenga, sino fuera por la herida del Capitan. Magon partiéndose con el silencio de la noche siguiente, caminó quanto podia sufrir por la herida, y llegó camino derecho á los Ligures Ingaunos. E allí vinieron á él embaxadores de Cartago, que pocos dias antes habian llegado, y mandáronle que luego que fuese buen tiempo pasase en Africa, ca lo mismo habia de hacer su hermano Anibal, porque otros embaxadores de Cartago habian ido á él por la misma razon, pues que las cosas de los Cartagineses no estaban para tener con armas á Italia et á Francia. E Magon movido, no solo por el mandamiento del Senado et peligro de la patria, mas temiendo que si se detenia, los enemigos vencedores lo persiguiesen, et que los Ligures viendo que los Cartagineses desamparaban á Italia, se pasasen á los Romanos, en cuyo poderio habian de ser, y tambien esperando que el dolor de la herida seria menor yendo por mar que por tierra, et que todas las cosas serian mas buenas para curar, puso la hueste en las naos et fuese. E apenas habia pasado de Cerdeña quando murió de la herida, y algunas naos de los Africanos derramadas por el mar fueron tomadas por la armada Romana que estaba cerca de Cerdeña. Estas cosas fueron hechas por mar

et por tierra en la parte de Italia, que está cerca de los Alpes.

CAPITULO IX.

De como Anibal dicen fue desbaratado en los Brucios por el Consul Romano Servilio, y de como se partió de Italia contra su voluntad.

Cayo Servilio no habiendo hecho cosa alguna digna de memoria en Hetruría y Francia, hasta donde habia llegado; cobrado de la captividad su padre Cayo Servilio, y á Cayo Luctacio su tio, despues de diez y seis años, que habian sido presos por los Boios, acerca de la villa Taneto, puesto en medio del padre, et del tio, con honra mas particular, que pública, se tornó á Roma. E fue referido al pueblo que no fuese de daño á Cayo Servilio, que, siendo vivo su padre, el qual se habia asentado en silla curul, no sabiendo que era vivo, hubiese sido Tribuno del pueblo, et Edil contra la ordenacion de las leyes. Hecha esta rogacion, tornóse á la provincia. E á Ceneo Servilio, Consul, que estaba en los Brucios se pasó Consencia, Uffugo, Vergas, Bessidias, Hetriculo, Sypheo, Argetano, Clampecia, y muchos otros pueblos pequeños, viendo que las fuerzas Africanas se envejecian. Y el mismo Consul combatió con Anibal en el campo de Croton; mas la fama de aquella batalla está escura. Valerio Antias dice, que murieron cinco mil de los enemigos. Afirmar esto es cosa tan grande, que, ó es fingida desvergonzadamente, ó omitida negligentemente. E ninguna otra cosa mas se halla que Anibal hiciese en Italia, porque tambien ansi como á Magon en aquellos mismos dias le vinieron embaxadores, que lo llamaban á Cartago. Y dícese, que con gemidos et batimiento de dientes, et casi con lágrimas oyó las palabras de los embaxadores. Y despues que fueron publicados

los mandamientos dixo: „Ya no escura, mas claramente me „llaman, los que muchos dias há me querian sacar de „Italia, vedando que no me fuese enviado socorro y mo„neda. Pues vencido há á Anibal, no el pueblo Roma„no tantas veces vencido et desbaratado; mas el Senado „de Cartago con envidia. Ni con esta deformidad de mi „tornada se alegrára, y se ensalzára tanto Scipion, quanto „Hannon, el qual quando con otra cosa no ha podido, „ha oprimido nuestra casa con destruicion de Cartago." Y ya adivinando esto en su ánimo habia antes aparejado naos, et dexando la gente inutil, á semejanza de defensa, en las villas del campo de los Brucios, las quales pocas se contenian mas por temor que por amor, pasó en Africa todo lo que en el exército era mas esforzado, matando primero cruelmente muchos del linage Italiano, que rehusaron de lo seguir á Africa, en el templo de Juno Lacinia, no mancillado con muertes hasta allí. E dícese que ninguno salia desterrado de su patria mas triste, que Anibal salia de la tierra de los enemigos, y que muchas veces miraba atras la costa de Italia, acusando á los Dioses, et á los hombres. Tambien maldecia á sí mismo et á su vida, que despues de la victoria de Cannas no habia levado su gente sangrienta á Roma: que Scipion habia osado ir á Cartago, el qual, siendo Consul, no habia visto en Italia enemigos Africanos, et él habiendo muerto cien mil hombres en Trasymeno et Cannas, se habia envejecido acerca de Casilino, y Cumas, et Nola. Estas cosas acusando et quejándose salió de la luenga posesion de Italia. En aquellos dias fue nueva á Roma, que Magon y Anibal eran partidos de Italia. E de este doblado placer se disminuyó el gozo, porque los Capitanes parecian haber tenido poco ánimo, et fuerzas en detenerlos, como por el Senado les fuera mandado, y porque tenian cuidado, siendo todo el peso de la guerra inclinado á un Capitan, en que pararia el negocio.

CAPITULO X.

De como los Saguntinos tomaron en la mar moneda de los Cartagineses, y en Roma, por la partida de Anibal, hicieron suplicacion á los Dioses, y de lo que se determinó en el Senado, acerca de la demanda de los embaxadores de Cartago.

En los mismos dias vinieron á Roma embaxadores de Sagunto trayendo presos algunos Cartagineses, que con mucho dinero habian pasado á España á hacer gente á sueldo. E pusieron en la entrada de la curia docientas y cincuenta libras de oro, y ochocientas de plata. Los Cartagineses fueron presos y puestos en cárceles, y el oro y plata fue vuelto á los embaxadores, et les hicieron gracias, y les dieron dones et naos con que se tornasen á España. Despues los ancianos hicieron mencion, que los hombres mas perezosamente sienten los bienes que los males, y que siempre se acordarian de la pasada de Anibal en Italia, et quanto miedo et espanto hizo; y despues ¿qué daños y destruiciones y llantos habian acaecido? Que de los muros de la ciudad habian visto el real de los enemigos; y ¿que votos entonces todos juntos, y cada uno por sí habian hecho á los Dioses? ¿Quántas veces en los ayuntamientos habian oido las voces de los que alzaban las manos al cielo, quándo seria aquel dia que verian á Italia vacía de los enemigos, et florecida con buena paz? Que los Dioses, en fin, les habian dado esto al cabo de diez y seis años, y que no habia quien se acordase, que debian dar gracias á los Dioses; mas decian que los hombres eran muy desagradecidos al beneficio presente, quanto mas para que se acordasen bastante del pasado. Oyendo estas cosas de todas partes de la curia alzaron voces, que Publio

Elio, Pretor, lo hablase, y deliberaron que cinco dias hiciese suplicaciones en todos los estrados, y sacrificasen sacrificios grandes ciento y veinte. Y ya habian enviado á Lelio y los embaxadores de Massinissa, quando vino nueva, que en Puzol habian visto los embaxadores de los Cartagineses, que venian al Senado sobre la paz, et que venian por tierra. El Senado mandó que se tornase Lelio, porque delante de él se tratase de la paz. Quinto Fulvio Gillo, embaxador de Scipion, truxo los Cartagineses á Roma, á los quales defendieron la entrada de la ciudad, y diéronles posada en una alquería pública, et el Senado les dió audiencia en el templo de Bellona. E casi la misma oracion hicieron delante el Senado que habian hecho delante Scipion, retorciendo toda la culpa del consejo publico contra Anibal, que habia pasado sin mandamiento del Senado, no solo los Alpes, mas tambien el rio Ebro. Y que no solo habia hecho la guerra contra los Romanos, mas tambien contra los Saguntinos, por su consejo particular: y que si verdaderamente lo querian estimar, que el Senado et pueblo de Cartago hasta entonces no habia quebrado los pactos con los Romanos. Y por ende que no les habian sido dados otros mandamientos, sino que pidiesen que pudiesen estar en la paz, que postreramente habian hecho con Luctacio. El Pretor, segun la costumbre de los antiguos, dió licencia, si alguno queria preguntar alguna cosa á los embaxadores. E como los Ancianos que habian sido, quando se hicieron los pactos, unos preguntasen unas cosas, et otros otras, los embaxadores decian, que por la edad no se acordaban, porque todos eran casi mancebos. Entonces dieron voces de todas partes de la corte, que con astucia Africana habian sido escogidos embaxadores, que pidiesen la paz antigua, de la qual no se acordaban. E despues mandaron salir los embaxadores de la corte, et comenzaron á preguntar los pareceres. E Marco Livio dixo

que debian llamar á Cayo Servilio, Consul, que estaba el mas cercano, porque delante de él se tratase de la paz: ca como no se pudiese tener consejo de cosa mayor, que de aquella, no era razon, segun la dignidad del pueblo Romano, tratar de ello en absencia de los dos Cónsules, ó del uno de ellos. Quinto Metello que habia tres años que habia sido Consul y Dictador, dixo, que como Publio Scipion derramando los exércitos, et talando los campos habia constreñido á los enemigos á tal necesidad que pidiesen paz, y ninguno podria mejor juzgar, con qué intencion era demandada aquella paz, sino aquel que hacia la guerra delante las puertas de Cartago, que no debian tomar, ó negar la paz por consejo de otro sino de Scipion. Marco Valerio Levino, que habia sido dos veces Consul, dixo, que aquellos eran espias y no embaxadores, et que debian mandarles salir de Italia, y enviar guardas con ellos hasta las naos, et debian escribir á Scipion que no afloxase la guerra. Lelio y Fulvio dixeron, que Scipion tenia puesta la esperanza de la paz, en que Anibal et Magon no fuesen llamados, ni mandados salir de Italia; mas que los Cartagineses disimularian qualquiera cosa esperando sus Capitanes et exércitos, et despues se olvidarian de los pactos hechos de nuevo y de los Dioses, et tornarian á hacer la guerra. E por esto muchos fueron del consejo de Marco Levino, et los embaxadores fueron enviados sin hacer la paz, et casi sin levar respuesta alguna.

En estos mismos dias el Consul Ceneo Servilio, teniendo por cierto que en él quedaria la gloria de la Italia pacificada, pasó en Sicilia persiguiendo á Anibal, como si él lo hobiese hechado, et con intencion de pasar en Africa. Luego que esto fue sabido en Roma, determinaron los Senadores que el Pretor escribiese al Consul, que el Senado tenia por bien que se tornase á Italia. E como el Pretor dixese que el Consul no haria caso de sus cartas, fue

hecho Publio Sulpicio Dictador para ello, y con el derecho de mayor oficio mandó al Consul que volviese á Italia. Y acabó lo que le quedaba del año, juntamente con Marco Servilio, maestro de caballeros, en visitar las ciudades de Italia, que en la guerra se habian agenado, y en conocer las causas de cada una de ellas. En el tiempo de las treguas pasaron en Africa cien barcos de carreo con granles vituallas, que Lentulo, Pretor, puso en ellos en Cerdeña con defensa de veinte naos luengas, por el mar, seguro de enemigos y tempestades. Y la fortuna no fue tan favorable á Ceneo Octavio que pasaba de Sicilia con docientos barcos et treinta galeas, el qual llegando con buen viento á la primera vista de Africa, luego que allí llego le faltó el viento, el qual vuelto en Africo, los turbó et echó á muchas partes las naos. Y él con trabajo de los que remaban tomó el promontorio de Apollo con las galeas. Y la mayor parte de los barcos de carreo levó el viento á la isla Egimuro, la qual, por la parte del mar, cierra el seno, donde está asentada Cartago, casi á treinta millas de la ciudad: otras fueron levadas delante la misma ciudad á un lugar que se llama las Aguas Calientes. Todo estaba en la vista de Cartago, de manera que de toda la ciudad corrieron á la plaza Los oficiales llamaban al Senado, y el pueblo estaba murmurando en la puerta de la corte, que no perdiesen tan grande robo y despojos de los ojos y de las manos. Algunos opusieron delante la fe de la paz que habian demandado, otros las treguas que aun no eran acabadas: á la postre mezclado el consejo del Senado y del pueblo, consintieron que Asdrubal con armada de cincuenta naos pasase á la isla Egimuro, y de allí recogiese las naos Romonas derramadas por la costa y puertos. Los barcos desamparados de los marineros fueron levados, primero de Egimuro, despues de las Aguas Calientes, por las popas, hasta Cartago.

CAPITULO XI.

De como los de Asdrubal hicieron agravio á los embaxadores que Scipion envió á Cartago, et de como el Rey Filipo no quiso recibir los embaxadores que le enviaron los amigos de los Romanos.

Y los embaxadores no habian aun vuelto de Roma, ni se sabia qué tal era la sentencia del Senado Romano sobre la guerra, ó paz, ni era salido el dia de las treguas. Por tanto pensando Scipion, que la injuria hecha era mas indigna, porque habian rompido la esperanza de la paz, et la fe de las treguas, los que la paz y las treguas habian demandado, envió luego por embaxadores á Cartago á Lucio Bebio, et Marco Servilio, et Lucio Fabio. E siendo ellos casi maltratados del pueblo, et no viendo la tornada mas segura que la venida, pidieron á los oficiales que los habian defendido, que enviasen naos que los acompañasen. E diéronles dos galeas, et en llegando al rio Bagrada, de donde el real Romano se visitaba, se volvieron á Cartago. Y la armada Africana estaba acerca de Utica. Y de ella salieron tres galeas contra la galea Romana, ó por mensagero enviado secreto de Cartago que asi se hiciese, ó por Asdrubal que era Capitan de la armada, que se atrevió á tal maldad. Y dieron subitamente sobre la galea Romana, que ya pasaba el promontorio; mas no la podian herir en la proa, que con la ligereza se les iba, ni podian los armados saltar de las suyas baxas en ella, porque era mas alta, y defendíase muy bien entretanto que tuvo armas. E despues que faltaron, no pudiendo otra cosa defenderla, sino la vecindad de la tierra, et mucha gente que salió del real á la costa, remando á priesa quanto pudieron, echáronla en tierra, y rompiéndose ella, todos sa-

lieron libres. Y de esta manera ayuntando una maldad contra otra, y siendo las treguas claramente rompidas, allegaron de Roma Lelio et Fulvio con los embaxadores, á los quales dixo Scipion, que como quiera que los Cartagineses hobiesen rompido, no solo la fe de las treguas, mas el derecho comun de todas las gentes en los embaxadores, mas que él no haria en ellos cosa que fuese indigna de las ordenaciones del pueblo Romano, y de sus costumbres. E asi envió los embaxadores libres, y él aparejóse para la guerra.

E Anibal allegándose hácia tierra, mandó que uno de los marineros subiese en el mástil de la nao, para mirar á qué parte aportaban. E diciéndole el marinero que la proa estaba derecha al sepulcho destruido, ca ansi se llamaba aquel lugar, maldixo et abominó el lugar; et mandando al piloto que pasase adelante, aportó á Leptis, et allí sacó su hueste.

Estas cosas fueron hechas aquel año en Africa, y las siguientes pasaron el año que Marco Servilio Gemino, que era entonces maestro de caballeros, et Tito Claudio Neron fueron hechos Consules. E como en la salida del año pasado los embaxadores de las ciudades amigas de Grecia se quejasen, que sus campos habian sido destruidos por las guarniciones del Rey, y que los embaxadores enviados á Macedonia al Rey Filipo no habian sido de él recibidos, y dixesen que quatro mil hombres de armas habian pasado en Africa con el Capitan Sopatro, para socorrer á los Cartagineses, et que tambien les habia enviado alguna moneda; el Senado determinó que fuesen enviados al Rey embaxadores, que le dixesen que esto parecia al Senado ser hecho contra los pactos. E fueron enviados Cayo Terencio Varron, Cayo Mamilio, y Marco Aurelio. E á estos dieron tres galeas de cinco órdenes de remos.

Este año fue muy señalado por el gran fuego con el

qual se quemó la baxada pública hasta el suelo, et tambien por las muchas aguas, et lo muy abundante de vituallas, ca sacando que toda la Italia estaba abierta por la paz, tambien fue enviada grande quantidad de trigo de España, el qual los Ediles del pueblo, Marco Valerio Falto, y Marco Fabio Buteo, repartieron en los barrios á quatro dineros cada moyo. En este mismo año murió Quinto Fabio Máxîmo de gran edad, si verdad es que fue Augur quarenta et dos años, segun que algunos autores los escriben. Y cosa cierta es que fue varon digno de tal renombre, aunque comenzára en él nuevamente. Sobrepujó las dignidades de su padre, igualóse con las de su abuelo. Su abuelo Rullo fue señalado en mas victorias y mayores batallas, mas un solo enemigo Anibal puede igualar todas ellas. Este fue tenido por mas astuto que pronto: y asi como puedes dudar, si fue mas tardio por su naturaleza, ó porque asi convenia á la guerra, que entonces se hacia, asi ninguna cosa hay mas cierta que esta, conviene saber, que un hombre tardando nos restituyó la república, como dice Ennio. En lugar de él fue hecho Augur su hijo Quinto Fabio Máxîmo, et en lugar de él mismo, ca tuvo dos sacerdocios, fue hecho Pontífice Servilio Sulpicio Galba. Los juegos Romanos fueron renovados un dia, y los Plebeyos tres veces por los Ediles Marco Festio Sabino, y Ceneo Tremellio Flacco. Estos dos fueron hechos Prétores, et con ellos Cayo Livio Salinator, y Cayo Aurelio Cotta.

CAPITULO XII.

De como las Provincias fueron repartidas, y los exércitos, y de los pensamientos que tenian los Romanos sobre la guerra de Africa.

Quien tuvo los ayuntamientos de aquel año, ó si los hizo el Consul Ceneo Servilio, ó Publio Sulpicio nombrado por el Dictador, porque él por deliberacion del Senado estaba detenido en Hetruria conociendo de las conjuraciones de los principales, los autores diversos lo hacen incierto. En el principio del año siguiente Marco Servilio, et Tiberio Claudio, llamando el Senado al Capitolio, trataron de las provincias, diciendo que Italia y Africa fuesen puestas en suerte, pues entrambos querian á Africa. E defendiéndolo mucho Quinto Metello, Africa ni fue dada ni negada; y fue mandado á los Cónsules que tratasen con los Tribunos del pueblo, quién queria que hiciese la guerra en Africa. Todas las tribus mandaron que Publo Scipion; mas no por eso los Cónsules dexaron de sortear á Africa, porque ansi lo habia determinado el Senado. Y cupo á Tiberio Claudio, para que pasase á ella una armada de cincuenta naos, et todas las galeas de cinco órdenes de remos, et fuese Capitan igual con Scipion. Marco Servilio tomó por suerte á Herruria. En la mesma provincia prolongaron el imperio á Cayo Servilio, si pluguiese al Senado que el Consul quedase en la ciudad. Y de los Prétores Marco Sestio tomó á Francia, et que Publio Quintilio Varo le diese dos legiones et la provincia, et Cayo Livio tomó los Brucios con dos legiones que habia regido Publio Sempronio, Proconsul del año pasado, et Ceneo Tremelio á Sicilia, tomando de Publio Vilio Tappulo, Pretor del año pasado, la provincia et dos legiones. Vilio

Lugarteniente de Pretor con veinte galeas et mil hombres guardase la costa de Sicilia, y que de allí Marco Pomponio en las otras veinte galeas levase á Roma mil et quinientos hombres. La provincia de la ciudad vino á Cayo Aurelio Cotta. E á los otros, como cada uno tenia provincia et exércitos, fueron prolongados sus imperios. Aquel año se defendió el Imperio Romano con diez y seis legiones. E porque comenzasen todas las cosas aplacados los Dioses, hicieron los juegos et sacrificios mayores que Tito Manlio, Dictador, habia votado, siendo Cónsules Marco Claudio Metello, y Tito Quincio, si la república en aquellos cinco años estuviese en el mesmo estado. Y mandaron que los Cónsules los hiciesen antes de ir á la guerra. Y asi fueron hechos los juegos quatro dias en el cerco, et los sacrificios fueron hechos á los Dioses que habian sido prometidos.

Entre estas cosas juntamente crecia en los Romanos cada dia mas la esperanza y el cuidado, ni tenian bien cierto en sus ánimos si era cosa mas digna de gozo que Anibal, despues de diez y seis años partiéndose de Italia, dexase la posesion de ella al pueblo Romano, ó si debian mas temer, porque con su exército lleno habia pasado en Africa. Ca decian que el lugar solamente era mudado, mas no el peligro, et que Quinto Fabio Máxîmo, que habia poco era muerto, adevino de aquella grande contienda, no en vano acostumbra decir, que Anibal seria mas recio enemigo en su tierra, que habia sido en la agena: et que Scipion no tendria que hacer con Siphas, Rey Bárbaro, que traia el exército de medio acemileros perezosos, ó con su suegro Asdrubal, Capitan fugacísimo, ó con exércitos alborotados, hechos de súbito de multitud de Campesinos medio armados, mas con Anibal casi nacido en la tienda de su padre, Capitan muy esforzado et criado de niñez entre las armas, hecho Capitan aun no siendo mancebo, el

qual hecho viejo vencido habia hinchido las Españas, á Francia y á Italia, de los Alpes hasta el estrecho de Sicilia, de grandes hazañas: que tenia el exército tan viejo en las armas como él, et endurecido en paciencia de todos los trabajos, que era dificil creer que hombres los hubiesen podido sufrir, mojado mil veces en sangre Romana; et que levaba despojos, no solo de los hombres de guerra, mas tambien de Capitanes; et que en la batalla vernian muchos delante á Scipion que con su mano habrian muerto Pretores, Capitanes y Cónsules Romanos, señalados con coronas murales, que se habrian paseado por reales y ciudades Romanas; et que hoy no tenian los oficiales Romanos tantas mazas, ó insignias, quantas Anibal podia levar delante de sí, tomadas de Capitanes muertos. E pensando en los ánimos estas cosas acrecentaban el cuidado et temor, et tambien porque acostumbrados por algunos años tener la guerra delante los ojos en unas y otras partes de Italia, y con esperanza de no haber fin, habian levantando los corazones de todos Scipion et Anibal, Capitanes, asi como nacidos para la postrera batalla. E aun los que tenian gran confianza en Scipion et esperanza de victoria, quanto mas la esperaban, tanto mas estaban en cuidado. E no era muy desigual la disposicion de los ánimos de los Cartagineses, los quales viendo á Anibal et la grandeza de sus hazañas, á las veces se arrepentian de haber demandado paz, otras mirando que dos veces habian sido vencidos, et Siphas preso, et que eran echados de España, et que todas estas cosas habian sido hechas por virtud et consejo de solo Scipion, teníanle como á Capitan nacido por los hados para la destruicion dellos.

CAPITULO XIII.

De como llegando Anibal á donde Scipion estaba determinó de lo hablar, et de como le pidió en su habla paz, et lo que Scipion respondió.

E ya Anibal habia llegado á Adrumento, donde habiendo estado algunos dias para rehacer la gente cansada del mar, movido por mensageros que decian que acerca de Cartago estaban los enemigos, á grandes jornadas se fue á Zama. Está Zama camino de cinco dias de Cartago, et de allí envió sus espias, las quales fueron presas por las guardas Romanas et levadas á Scipion; el qual las dió á los Tribunos de los caballeros, et mandóles que sin temor los levasen por todo el real, et viesen todas las cosas á su placer. E despues preguntados si lo habian bien visto todo, dándoles quien los acompañase, enviólos á Anibal. Y Anibal ninguna cosa de las que ellos decian oyó de buen corazon, ca decian que aquel dia habia venido á Scipion Massinissa con seis mil peones, y quatro mil caballeros. E principalmente fue movido por la confianza de los enemigos, sin duda no concebida vanamente. Por eso aunque él era causa de aquella guerra, y con su venida habia turbado las treguas ya hechas, et la esperanza de los pactos; mas pensando que si primero de ser vencido pidiese la paz, alcanzaria cosas mas justas, envió un mensagero á Scipion que le diese lugar para hablar con él. Esto si lo hizo él por sí mesmo, ó por consejo público, no tengo porque afirmar lo uno ó lo otro. Valerio Antias dice, que en la primera batalla fue vencido por Scipion, en la qual murieron doce mil hombres, et mil et setecientos fueron presos, et que él vino con otros diez embaxadores al real de Scipion. Y como Scipion no negase la habla, por concordia entram-

bos los Capitanes allegaron los reales, porque de acerca se pudiesen ayuntar. E Scipion se asentó no muy lejos de la ciudad Nadagara, lugar convenible á todas las cosas, y que tenia el agua dentro de un tiro de dardo. Anibal tomó un montecillo seguro á quatro millas, para todo dispuesto, salvo que tenia la agua lejos. En medio escogieron un lugar á todas partes abierto, porque no hubiese asechanzas. E apartando los suyos en espacio igual, con sendos intérpretes vinieron á la habla los mayores Capitanes, no solo de su edad, mas iguales con los pasados de todas las gentes et Reyes de toda memoria. Entrambos estuvieron un poco callando con la admiracion que tomaron de la vista el uno del otro. E despues Anibal comenzó su habla en esta manera.: »Si esto estaba asi dado por hado, que »yo, que primero hice la guerra al puelo Romano, pues »tantas veces tuve la victoria quasi en las manos, de mi »voluntad hobiese de venir á pedir la paz, alégrome que »tú has sido á quien yo principalmente la haya de demandar. Y no será para tí, entre muchas cosas excelentes, la »menor de tus alabanzas, que Anibal, al qual los Dioses »han dado tantas veces victoria de los Romanos, te dé la »ventaja, et que tú pongas fin á esta guerra, mas señalada por vuestras destruiciones, que por las nuestas. E no »sé si la fortuna, ó el acaecimiento ha usado desta burla, »que yo que tomé armas con el Consul tu padre, et combatí primero con él siendo Capitan Romano, agora desarmado venga á su hijo á pedirle paz. Buena cosa fuera que »los Dioses dieran á nuestros padres tal pensamiento que vosotros hubiesedes sido contentos del imperio de Italia, et »nosotros del de Africa. Y cierto, ni Sicilia ni Cerdeña no »son muy dignos precios de tantas armadas, de tantos exércitos, et de tan excelentes Capitanes perdidos. Mas las cosas pasadas mas se pueden reprehender que corregir. Ahora ansi habemos deseado lo ageno, que peleásemos sobre

» lo nuestro, ca no solo teneis vosotros la guerra en Italia, et nosotros en Africa, mas vosotros en vuestras puertas et acerca de los muros habeis visto las banderas et armas de los enemigos, et nosotros, desde Cartago, oimos el ruido del real Romano. Pues lo que nosotros abominaríamos mucho, et vosotros cierto lo desearíais antes de todas las cosas, en vuestra mejor fortuna se trata de la paz, y tratámosla los que habemos menester que haya paz, et que qualquiera cosa que haremos, nuestras ciudades lo han de tener por firme. Mas es menester que tengamos el ánimo no apartado de los consejos reposados. E lo que á mí pertenece, ya la edad, tornando viejo á la patria donde sali niño, ya las cosas prósperas, ya las adversas me lo han enseñado, que quiero mas seguir la razon que la fortuna. Temo tu mocedad et continua dicha, que son dos cosas mas feroces que es menester en consejos reposados, que á quien la fortuna nunca engañó, quasi no piensa en la incertitud de los casos. Lo que yo fui en Trasimeno, et en Cannas, eso eres tú hoy. Habiendo tomado el mando quasi antes de la edad militar et comenzando todas las cosas con osadia, nunca la fortuna te ha engañado. Persiguiendo la muerte de tu padre et tio, de la destruicion de tu casa has sacado señalada honra de virtud, et de maravillosa piedad, y has cobrado las Españas perdidas, echando dellas quatro exércitos Africanos. Hecho Consul, como los otros tuviesen poco ánimo para defender á Italia, pasaste en Africa, deshaciendo dos exércitos, et en la mesma hora tomando et quemando dos reales: et habiendo preso á Siphas, Rey muy poderoso, et tomando tantas ciudades de su Reyno, et tantas de nuestro imperio, has retraido á mí, que ya habia diez y seis años que tenia posesion de Italia. Digo, pues, que tu ánimo puede mas querer victoria que paz. Mas yo conozco en vosotros mas grandes

„corazones que provechosos. E yo algun tiempo tuve tal „fortuna. Pero si en la prosperidad los Dioses nos diesen „buen pensamiento, consideraríamos, no solo las cosas que „acaécen, mas tambien las que pudiesen suceder. E aunque „te olvides de todos los otros, yo soy buen exemplo en „todos los casos, al qual poco ha viste, puesto el real „entre el rio Aniene et la ciudad de Roma, levar las ban- „deras á los muros de Roma, et agora me ves huérfano „de dos hermanos, varones muy esforzados et Capitanes „esclarecidos, delante los muros de mi patria quasi cer- „cada, que ruego por ella las cosas mesmas con que es- „panté vuestra ciudad. No debemos dar crédito á qualquie- „ra gran fortuna. En tus cosas buenas, et en las nuestras „inciertas, la paz es magnífica et gloriosa á tí que la das, „et á nosotros que la pedimos, es mas necesaria que ho- „nesta. Mejor et mas segura es la paz cierta, que la vic- „toria esperada. La paz está en tu mano, et la victoria „en la de los Dioses. No pongas la felicidad de tantos años „en peligro de una hora. Pon delante tu ánimo tus fuer- „zas, et las de la fortuna, et la suerte comun de la guer- „ra, et de cada parte habrá hierro et cuerpos humanos. En „ninguna parte menos responden los acaecimientos á la es- „peranza que en la guerra. Si vences en la batalla, no au- „mentaras tanta gloria como será la que podrás haber dan- „do la paz, quanta quitáras si te viniere alguna adver- „sidad. Las cosas hermosas, ganadas et esperadas, la fortu- „na en una hora las puede deshacer. En tu poderio está, „Publio Cornelio Scipion, de ayuntar todas las cosas en la „paz, et en la guerra será de temer aquella fortuna que „los Dioses darán. Entre pocos exemplos de felicidad et vir- „tud fuera Marco Attilio en esta mesma tierra, si él, sien- „do vencedor, no negára la paz á nuestros padres que gela „pedian; mas á la postre no poniendo medida á su feli- „cidad, ni refenando la fortuna que lo levantaba, quan-

» to mas alto habia subido, tanto con mayor mengua ca-
» yó. Al que da la paz conviene dar las condiciones della,
» et no al que la pide; pero aun no estamos tan que-
» brantados, que á nosotros mesmos nos pongamos castigo.
» Por lo demás no rehusamos que todas las cosas porque
» se ha comenzado esta guerra, sean vuestras, conviene sa-
» ber, Sicilia, Cerdeña, España, et quantas islas hay en
» todo el mar entre Africa et Italia: ni que nosotros los
» de Cartago encerrados dentro la costa de Africa, veamos
» á vosotros, pues que asi ha placido á los Dioses, aun en
» mar et tierra regir imperios. No extrangeros negaré yo
» que por la paz pedida no muy sínceramente, ó agora de
» nuevo deseada os será sospechosa la fe de los Africanos;
» mas mucho importa, ó Scipion, para la fidelidad en guar-
» dar la paz, quien sean aquellos por quien sea demandada.
» Tambien, como yo oigo, vuestros Senadores negaron la
» paz, porque habia poca dignidad en la embaxada: pues
» yo, Anibal, la demando, et no la pediria si no creyese
» que es provechosa, et por la misma utilidad que la pido,
» la guardaré. E asi como por haber yo comenzado la guer-
» ra, porque ninguno se arrepintiese della, trabajé entre
» tanto que los Dioses no me tuvieron envidia, asi agora
» me esforzaré que ninguno se arrepienta de la paz habi-
» da por mí." A estas palabras el Capitan Romano respon-
dió quasi en esta sentencia.

» No ignoraba yo, Anibal, que con la esperanza de
» tu venida los Cartagineses habian turbado las treguas y la
» esperanza de paz: ni tú cierto lo disimulas, pues quitas
» todas las cosas de las condiciones pasadas de la paz, sa-
» cando aquellas que ha mucho tiempo que estaban en
» nuestro poderio. Mas como tú tengas cuidado de que tus
» ciudadanos sientan quanto por tí sean aliviados, asi yo
» tengo de trabajar, que lo que entonces firmaron et concer-
» taron, siendo quitado hoy de las condiciones de la paz,

„no parezca galardon del quebrar la fe. Siendo indignos „de la mesma condicion, tambien pedis que vuestros en„gaños os aprovechen. Ni nuestros padres hicieron la guer„ra por Sicilia, ni nosotros por España; mas antes enton„ces el peligro de los Mamertinos, amigos nuestros, y ago„ra la destruicion de Sagunto nos han hecho tomar armas „justas. Habernos vosotros provocado, tú mesmo lo confie„sas, et los Dioses son testigos; los quales dieron el fin „de aquella guerra, segun derecho et justicia, et lo dan „y darán desta. E quanto á lo que á mí conviene, yo me „acuerdo de la enfermedad humana, et considero la fuer„za de la fortuna, y sé que todas las cosas que hace„mos, estan sujetas á mil casos. Mas ansi como confesaria „yo que lo haria con soberbia et presuncion, si antes de „haber pasado en Africa te menospreciase, viniendo á pedir „paz, saliendo por tu voluntad de Italia, et poniendo el „exército en las naos, asi agora, como yo te haya atrai„do á Africa, quasi tomado de la mano por fuerza, dete„niéndote et buscando pretextos, no te soy obligado con „respeto alguno. E por ende si á aquellas cosas en las qua„les la paz parecia que habia de hacerse, y quales sean „ya las sabes, alguna pena se añade por el combatir et „tomar las naos con las vituallas en el tiempo de las tre„guas, et hacer ímpetu sobre los embaxadores, tengo cosa „que ponga en consejo; mas si aquellas cosas os parecen „graves, aparejaos á la guerra, pues que no babeis po„dido sufrir la paz."

CAPITULO XIV.

De como de cada parte se aparejaron para la batalla, y fueron ordenadas las haces, et esforzados los caballeros por sus Capitanes, et vencieron los Romanos.

Desta manera, sin hacer paz, se partieron de la habla cada uno á los suyos, diciendo que en vano habian hablado: que con armas se habia de determinar, y tomar la fortuna que los Dioses les darian. E luego que llegaron á los reales, cada uno dixo á su gente, que aparejasen sus armas y corazones á la postrera batalla, no para un dia, mas para siempre; ca los vencedores, ó fuese Roma, ó fuese Cartago, habian de ser señores del mundo, y que antes de la noche del dia siguiente se sabria que el premio de la victoria seria, no Africa, ó Italia, mas todo el mundo, y que el peligro era igual al galardon para los que la fortuna fuese adversa en la batalla, porque los Romanos no tenian lugar de fuir en tierra agena y no conocida, et tambien á la ciudad de Cartago parecia estar presente su destruicion, si su postrero socorro et ayuda se perdiese. A este peligro salieron el dia siguiente dos Capitanes muy esclarecidos, de dos pueblos muy ricos, y dos exércitos muy esforzados para acrecentar en aquel dia, ó perder muchas hazañas hechas antes con mucha honra. La esperanza y el temor que los tenia inciertos turbaban los ánimos: y contemplando cada uno de su parte, á las veces su exército, otras el de los enemigos, median mas con los ojos que con la razon las fuerzas; et ansi estos pensamientos á las veces les causaban cosas alegres y otras tristes. Los Capitanes los amonestaban et les decian muchas cosas. E Anibal les traia á la memoria lo que en diez y seis años habian hecho en Italia, tantos Capitanes Romanos et

exércitos muertos, y particularmente decia á cada uno sus excelentes hechos, quando le venia á la memoria alguna batalla particular dende hobiese hecho alguna cosa digna de alabanza. Scipion les ponia delante las Españas, y las batallas recientes en Africa, et la confesion de los mesmos enemigos, que no habian podido por temor no demandar paz, ni perseverar en ella por la natural malicia y poca fe de sus ánimos. E decíales mas, la habla que habia tenido con Anibal en secreto, por lo qual podia torcerla á donde queria; y que los Dioses significaban los mesmos auspicios, con los quales sus antecesores habian peleado en las islas Egates, y que ya era venido el fin de la guerra y los trabajos, y que en las manos estaba el despojo de Cartago, y la tornada á sus casas et patria, y á sus padres et hijos y mugeres, y á los Dioses penates. E de tal manera decia estas cosas con el cuerpo levantado y la cara alegre, que parecia que ya habia vencido. Despues ordenó en la delantera los lanceros, y en pos dellos los principales, et con los triarios cerró la postrera esquadra. E no ponia las cohortes estrechas delante sus banderas, mas ponia las esquadras algo apartadas unas de otras, porque entrando los elefantes de los enemigos no turbasen su ordenanza. Y puso en la ala izquierda con los caballeros Italianos á Lelio, que habia sido su embaxador, y aquel año, sin suerte, por deliberacion del Senado era Qüestor. E á Massinissa y á los Numidas puso en la ala derecha, y las calles abiertas entre las esquadras de los antesignanos hinchió de soldados ligeramente armados, mandándoles que quando los elefantes arremetiesen, ó fuyesen detras de los órdenes derechos, ó á la parte derecha, é izquierda, allegándose á los antesignanos, diesen camino por donde los elefantes cayesen entre las armas de entrambas partes. E Anibal, para poner espanto, ordenó delante los elefantes, que eran ochenta, quantos en ninguna batalla antes habia te-

nido; y despues puso el soccoro de Ligures et Franceses mezclando con ellos los Baleares et Mauros. Y en la segunda esquadra puso los Cartagineses et Africanos, et la legion de los de Macedonia. E dexado poco espacio, puso en socorro la esquadra de los Italianos: estos los mas eran Brucios que habian venido con el de Italia, mas por fuerza y necesidad, que por voluntad. E con la gente de caballo rodeó las alas, et en la derecha estaban los Cartagineses, en la izquierda los Numidas. En aquel exército habia diversas amonestaciones entre tantos hombres, los quales no tenian una misma lengua, costumbres, ley, armas, vestidos, ni una mesma causa de pelear. A los de socorro demostraban el sueldo presente et multiplicado del despojo que tomarian. Los Franceses se encendian por el odio propio et natural contra los Romanos. A los Ligures demostraban en esperanza de victoria los campos fértiles de Italia, á donde serian sacados de muy ásperos montes. A los Moros y Numidas los amedrentaba con la dominacion insoportable de Massinissa. A unos se les ponia esperanza á otros temor. A los Cartagineses demostraban los muros de la patria, los Dioses Penates, las sepulturas de sus antecesores, los hijos con las madres, las mugeres temerosas, en la destruicion et servicio, ó el imperio del mundo, et ningun medio ponian entre la esperanza et temor. Y tratando estas cosas Anibal con los Cartagineses, y los Capitanes extrangeros entre las otras gentes, los Romanos tocaron las trompetas, et tan grande fue la grita y el clamor, que los elefantes se convirtieron contra los suyos, principalmente en la ala izquierda de los Mauros et Numidas, á los quales turbados aumentó el espanto Massinissa, et de aquella parte desnudó la esquadra del socorro de gente de caballo. Mas unos pocos de los elefantes entrando sin temor en los enemigos, hacian grande extrago con sus muchas heridas entre las órdenes de los Velites; peros los Velites

retrayéndose á las banderas haciendo camino á los elefantes, porque no fuesen estropeados, de cada parte tiraban sobre ellos las lanzas: ni cesaban de las echar los que estaban delante las banderas, hasta que echados de la esquadra Romana con las lanzas que de cada parte caian sobre ellos, tambien en su ala derecha hicieron huir los caballeros Cartagineses. Lelio desque vido los enemigos turbados puso en ellos gran espanto. De cada parte la esquadra Africana estaba desnuda de caballeros, quando salió la gente de pie, no igual en fuerzas, ni en esperanza. E sin esto sobrevino cosa por sí pequeña, pero grande para tal tiempo, conviene saber, el concorde clamor de los Romanos et de todo su exército; et por eso mayor, et muy mas terrible, ca los de Anibal tenian las voces discordes como de lenguas diversas de muchas gentes. La batalla Romana estaba firme ansi con su peso como con el de las armas que daban sobre los enemigos: de la otra parte habia mas de correr y velocidad que fuerzas. Pues en el primero encuentro luego los Romanos hicieron mover de su lugar la esquadra de los enemigos, y despues con la ala y escudos fueron sobre ellos movidos de su lugar, y pasaron algun espacio sin resistencia de ninguno; y los postreros impelian á los primeros, desque sintieron la esquadra movida, lo qual daba gran fuerza para echar los enemigos. La segunda haz de los Africanos y Cartagineses en tanto no detenia los auxîliares que retrocedian, que antes huian, porque el enemigo no llegase hasta ellos, muertos los primeros, que obstinadamente resistian. E desta manera los del socorro luego volvieron las espaldas, et vueltos contra los suyos fuian á la segunda haz, , ó hacian muertes en los que no los recibian, como antes no los ayudasen. E quasi ya eran dos batallas mezcladas, porque los Cartagineses eran forzados de pelear con los enemigos et con los suyos; á los quales, aunque asi heridos et irados, no los recibieron en

su esquadra, mas antes recogiéndose las órdenes los echaron de fuera de la batalla en el campo vacío ácia las alas, porque no perturbasen su esquadra cierta y cumplida con los soldados espantados con la huida et heridas. Mas los del socorro con tanto extrago de hombres et armas habian hinchido el lugar donde habian estado, que quasi era mas dificil por allí el paso que habia sido por los enemigos. E asi los primeros lanceros siguiendo á los enemigos por los montes de los cuerpos y armas, cada uno por donde podia, confundieron las órdenes y banderas; y tambien las banderas de los principales comenzaron ondear viendo ir delante de sí la esquadra á una parte et á otra. E como vido Scipion esto, mandó hacer señal á recoger los lanceros, et sacando á la postrera esquadra los heridos, puso en las alas los triarios et principales para que la esquadra de los lanceros puesta en medio fuese mas firme et mas segura. Desta manera se rehizo la batalla de nuevo, porque vinieron á los enemigos verdaderos et iguales en el género de armas et uso de guerra, y fama de hechos y en la grandeza de la esperanza et peligro; mas los Romanos tenian ventaja en cuento et en ánimo, porque ya habian desbaratado los caballeros y los elefantes, y habiendo echado la primera esquadra, peleaban en la segunda. En este tiempo Lelio y Massinissa que algun espacio habian perseguido á los caballeros, volviendo arremetieron contra la haz de los enemigos. E con este ímpetu fueron acabados de desbaratar los enemigos, et muchos cercados et heridos, et por el campo abierto fuyendo derramados, fueron muertos muchos á todas partes, ocupando la gente de caballo todos los lugares. Aquel dia murieron de los Cartagineses et de sus amigos mas de veinte mil, y quasi otros tantos fueron presos con ciento y treinta y tres banderas, et once elefantes: de los vencedores murieron acerca de diez mil. E Anibal con poca gente de

caballo fuyó á Adrumento, habiendo antes de la batalla et en ella probado todas las cosas primero de salir. E aun por dicho de Scipion et de todos los que sabian la disciplina militar, alcanzó aquella alabanza, que con arte singular aquel dia habia ordenado la batalla poniendo los elefantes en la delantera, con cuyo ímpetu fuerte y fuerza intolerable impidiese que los Romanos no siguiesen las banderas, ni guardasen las órdenes, en lo qual ponian mucha esperanza. Que despues habia puesto los de socorro ante la esquadra de los Cartagineses, porque los hombres mezclados de muchas gentes, los quales no detenia la fe, mas el sueldo, no tuviesen lugar para fuir; y tambien porque recibiendo el primero ardor y ímpetu de los enemigos los fatigasen, y aunque no hiciesen otra cosa, con sus heridas embotasen las armas de los enemigos; et porque los Cartagineses et Africanos, donde estaba toda la esperanza, aunque en las otras cosas fuesen iguales con los enemigos, fuesen mayores en esto, que peleasen descansados con cansados et heridos. E apartó los Italianos en cierto espacio en la postrera haz, porque no sabia si serian amigos, ó enemigos. Echo esto, huyendo á Adrumento, fue llamado á Cartago; et tornando á ella, despues de treinta y seis años, que salió niño, en la corte confesó, que no habia sido vencido solamente en la batalla, mas tambien en la guerra, et que no habia otra esperanza de salud, si no alcanzar paz.

CAPITULO XV.

De como Scipion fue por mar et por tierra á Cartago, donde le vinieron embaxadores á pedir paz, y como Vermina hijo de Siphas, fue desbaratado, y fuyó.

Scipion, despues de la batalla, luego combatió et robó el real de los enemigos, et con gran despojo se tornó á las naos,

donde le vino nueva, como Publio Lentulo con cincuenta naos grandes et ciento de carreo con grandes vituallas era llegado á Utica. E pensando que debia poner por todas partes grande espanto en Cartago, y enviando á Lelio á Roma con la nueva de la victoria, mandó á Cayo Octavio, que levase por tierra las legiones ó capitanías á Cartago, y él, ayuntando á su vieja armada la nueva de Lentulo, partió de Utica, et fuese al puerto de Cartago. Y no estaba muy lejos, quando le vino delante una nao de los Cartagineses cubierta de paños blancos, y de ramos de oliva. E habia en ella diez embaxadores principales de la ciudad enviados, por consejo de Anibal, á pedir paz. E allegando ellos á la popa de la nao capitana, tendieron los vestidos con humildad, rogando et suplicando la fe et misericordia de Scipion; y ninguna otra respuesta les dió Scipion, sino que fuesen á Tunez, que allí levaria él su real. E tornóse á Utica, á donde tambien mandó venir á Octavio, despues de contemplado el asiento de Cartago, no tanto por conocerlo de presente, quanto por espantar los enemigos. Yendo ellos despues á Tunez, vino nueva que Vermina, hijo de Siphas, habia venido á socorrer á los Cartagineses con un exército, pero con mas gente de caballo que de pie. Y envió Scipion contra él parte del exército con toda la gente de caballo, et con los primeros de la esquadra desbarató con ligera pelea el exército de los Numidas, et cerrándoles la salida para fuir, cercándolos á todas partes, mató quince mil hombres, y tomó presos mil et docientos, et mil et quinientos caballos de Numidia, et setenta et dos banderas, et el hijo del Rey huyó entre el alboroto con pocos.

Entonces Scipion asentó el real acerca de Tunez en el mismo lugar donde antes lo asentára. Y de Cartago vinieron treinta embaxadores, et hablaron mucho mas miserablemente que de primero, porque la fortuna constreñia

mas á ello; empero fueron oidos con menos misericordia, por la memoria de la reciente maldad. E aunque la ira justa incitaba á todos para destruir á Cartago, mas pensando quan gran cosa, et de quanto tiempo seria el cerco de la ciudad tan fuerte et invencible, et como la esperanza del succesor que habia de venir á alcanzar la fama de la guerra acabada por trabajo de otro, moviese á Scipion, los ánimos de todos se convirtieron á paz. Y el dia siguiente llamados los embaxádores, y amonestados con mucha reprehension del quebrantamiento de la fe, que enseñados por tantas destruiciones creyesen que habia Dioses y juramento, les dió las condiciones de la paz, que libres viviesen con sus leyes; et que tuviesen todas las ciudades y campos y términos que habian tenido antes de la guerra, y que aquel dia los Romanos hiciesen fin de talar y robar, y que diesen á los Romanos todos los fugitivos et captivos, y les diesen todas las naos rostratas, salvo diez galeas de tres órdenes de remos por banco, et los elefantes que tuviesen domados, et que no domasen otros, y que no hiciesen guerra en Africa, ni fuera de Africa sin mandamiento del pueblo Romano, et tornasen á Massinissa sus cosas, y que hiciesen pactos y paz con él, y que diesen trigo y sueldo á los Romanos, hasta que los embaxadores viniesen de Roma, et que pagasen por tiempo de cincuenta años diez mil talentos de plata en pensiones iguales, y diesen cien rehenes á voluntad de Scipion, que no fuesen menores de catorce años, ni mayores de treinta; y que les daria treguas, si restituyesen las naos de carreo, con lo que en ellas estaba, que fueron tomadas en las treguas pasadas; de otra suerte que no tuviesen esperanza de treguas, ni de paz.

CAPITULO XVI.

De como los de Cartago por consejo de Anibal aceptaron las condiciones de la paz, y enviaron á Roma sus embaxadores.

E tornados los embaxadores dixeron en su Senado las condiciones de la paz, que Scipion pedia. Entonces Gisgon salió á hablar contra ella, et el pueblo lo oyó. E airado Anibal contra él, porque en tal tiempo decia tales cosas, et lo oian, quitólo del lugar alto arrebatándolo, con mucho enojo, del brazo. Esta cosa no acostumbrada en ciudad libre movió el pueblo. E perturbado Anibal por la libertad de la ciudad excusóse diciendo: » Saliendo yo de » entre vosotros de edad de nueve años, he tornado des» pues de treinta y seis, y me parece que sé bien las ar» tes militares, las quales de niño me ha enseñado la for» tuna, ansi privada como pública; mas es menester que » los derechos et leyes et costumbres de la ciudad voso» tros me los enseñeis." Y excusando su imprudencia, con muchas palabras hablo de la paz, quanto era justa et necesaria. Y lo mas dificil de todo era lo de las naos, que habian sido tomadas en las treguas, pues sino ellas, nada parecia, ni era ligera cosa buscarlo. E reprehendiendo á los que contradecian á la paz, plúgoles de tornar las naos, et buscar en todo lugar los hombres, y todo lo otro que faltase lo apreciase Scipion, y que lo pagasen con dinero los Cartagineses. E dicen algunos que Anibal despues de la batalla se fue al mar, y de allí con una nao que tenia aparejada se fue luego al Rey Antiocho, y que demandándolo Scipion primero que todas las otras cosas, le respondieron que Anibal no estaba en Africa. Despues que volvieron los embaxadores á Scipion, fue mandado á

los tesoreros escribir en públicas escripturas las cosas públicas, que habian sido en las naos, et las particulares, que las publicasen sus dueños et pidieron por ellas suma de veinte et cinco mil pesos de plata. E dió Scipion á los Cartagineses treguas por tres meses, y mandóles que en el tiempo de las treguas no enviasen embaxadores sino á Roma, y que si algunos embaxadores viniesen á Cartago, no los enviasen primero de avisar al Capitan Romano quien fuesen, et que demandasen. Con los embaxadores Cartagineses fueron enviados á Roma Lucio Veturio Philo, y Marco Marcio Ralla, et Lucio Scipion, hermano del Capitan. En estos mesmos dias las vituallas de Sicilia et de Cerdeña valieron tan poco que los mercaderes dexaban el trigo á los marineros por el porte. En Roma fue temor á la primera nueva de la rebelion de Cartago; et habian mandado á Tiberio Claudio ir luego á Sicilia con armada, y que de allí pasase en Africa, et el otro Consul, Marco Servilio, que se estuviese en Roma hasta que supiesen en qué estado estaban las cosas en Africa. Y el Consul Tiberio Claudio, hizo et levó la armada con mucha negligencia, porque los Senadores habian determinado que fuese á voluntad et arbitrio de Scipion, et no del Consul, con qué condiciones se diese la paz. Tambien algunas malas señales, asi en Roma como en otras partes en Italia habian parecido, las quales fueron purgadas por grandes sacrificios.

E salido Claudio de Roma tomóle una gran tempestad entre los puertos Cossano et Laurencio, et púsole mucho temor, et aportando á los Populonios, detúvose allí hasta que la tempestad cesase. E de allí pasó á la isla Ilva, á Corcega et á Cerdeña. E pasando delante los montes llamados Insanos, levantóse mucho mas recia la tempestad, et en lugares mas malos, y desbarató la armada en tal manera, que muchas naos perdieron las velas et armas, y otras se quebraron; de manera que la armada con mucho daño allegó

á Caller. E allí en tanto que las sacaron en tierra para rehacerlas, vino el invierno, et el año fue acabado; y no le prolongando el imperio, como privado, tornó la armada á Roma. Y Marco Servilio porque no lo hiciesen venir á la ciudad por causa de los ayuntamientos, nombró Dictador á Cayo Servilio Gemino, et fuese á su provincia. El Dictador nombró maestro de caballeros á Elio Peto, y comenzando muchas veces los ayuntamientos, las tempestades los vedaron. E ansi allegándose los tres dias de Marzo, los oficiales viejos estaban absentes, et los nuevos no eran elegidos, por lo qual la república estaba sin oficiales Curules. E Lucio Manlio Torquato, Pontífice, murió aquel año, en cuyo lugar hicieron á Cayo Sulpicio Galba. E Lucio Licinio Lucullo, et Quinto Fulvio, Ediles Curules, renovaron tres veces todos los juegos Romanos. E súpose como los Escribanos y Viatores Edilicios habian sacado ocultamente dineros del tesoro, por lo qual fueron condenados, no sin infamia de Lucullo Edil. E Publio Elio Tubero, y Lucio Lectorio hechos Ediles del pueblo viciosamente, renunciaron el oficio, como hobiesen hecho juegos, y por causa de ellos el convite á Júpiter, y hobiesen puesto en el Capitolio tres estatuas de plata de penas. El Dictador et Maestro de caballeros hicieron por determinacion del Senado los juegos cereales.

En llegando los embaxadores Romanos y Cartagineses á Roma, el Senado fue ayuntado en el templo de Belona, donde dixo Lucio Veturio Philo, con gran gozo de los Padres, que habian combatido con Anibal et los Cartagineses en la postrera batalla, et que era dado fin á la guerra tan lamentable, et que Vermina, hijo de Siphas, era vencido. E despues mandáronlo salir delante el pueblo, et hacerle parte del gozo. Entonces haciendo gracias, abrieron todos los templos de la ciudad, y ordenaron de hacer suplicaciones por tres dias. E á los emba-

xadores de los Cartagineses y del Rey Filipo, que tambien habian venido, y pedian que les dexásen entrar en el Senado, respondieron que los Cónsules nuevos le dexarian entrar.

CAPITULO XVII.

De como en Roma fue echa eleccion de nuevos Cónsules et Prétores, et las provincias et exércitos fueron repartidos.

Despues hicieron los ayuntamientos, y hicieron Cónsules á Ceneo Cornelio Lentulo, et á Publio Elio Peto; et Prétores á Marco Julio Penno, al qual vino la suerte de la ciudad, á Marco Valerio Falto, á quien vinieron los Brucios, et á Marco Fabio Buteo, á quien vino Cerdeña, et á Publio Elio Tubero, á quien cupo Sicilia. Y de las provincias de los Cónsules no quisieron tractar antes de oir los embaxadores del Rey Filipo, y de los Cartagineses. E veian en sus ánimos el fin de una guerra, et el principio de otra. El Consul Ceneo Lentulo deseaba mucho la provincia de Africa, porque si habia de ser guerra, la victoria seria ligera, ó si ya fuese al fin, él ternia la gloria de tan gran guerra acabada en su consulado. Y por esto decia que no consentiria que se hiciese alguna cosa, primero que le diesen la provincia de Africa: otorgandoselo su companero, varon templado et prudente, porque veia que la contienda de él en la gloria con Scipion, sobre ser cosa injusta, seria desigual. E Quinto Minucio Thermo, y Marco Attilio Glabrio, Tribunos del pueblo, decian, que Ceneo Cornelio tentaba cosa que en el año pasado la habia tentado en vano Tiberio Claudio: que por autoridad del Senado se habia hablado al pueblo, que quién queria que tuviese el imperio et cargo de Africa, et que todas las treinta et cinco tribus habian deliberado que fuese de Sci-

pion. En el Senado et en el pueblo hubo grandes contiendas, y á la postre concordaron que quedase en poderio del Senado. E los Padres con juramento, que asi fue el pacto, determinaron que los Cónsules se concordasen, ó echasen por suertes qual de ellos tuviese á Italia, ó la armada de cincuenta naos. Y el que tomase la armada fuese á Sicilia, y si la paz no se concordaba con los Cartagineses, pasase en Africa: y que el Consul hiciese la guerra por mar, et Scipion por tierra, con el mismo poderio que tenia, y si concordaban en las condiciones de la paz, los Tribunos demandasen al pueblo quién queria que diese la paz, el Consul, ó el Pretor Scipion, et quien habia de traer el exército vencedor de Africa; si se traxese. Y declararon, que sí mandaban que Publio Scipion diese la paz, et tornase con el exército vencedor á Italia, que el Consul no pasase de Sicilia en Africa; y que el otro Consul que quedase en Italia tomase dos legiones de Marco Sestio, Pretor. E prolongaron el imperio á Publio Scipion con los exércitos que tenia en Africa, et deliberaron que Marco Valerio Falto, Pretor, tuviese en los Brucios dos legiones que el año pasado habia tenido Cayo Livio, et que Publio Elio, Pretor, tomase dos legiones en Sicilia de Ceneo Tremelio, et Cerdeña, que habia tenido Publio Lentulo, Propretor, determinaron que fuese de Fabio con una legion. E á Marco Servilio, Consul del año pasado, alargaron el imperio en Hetruria con dos legiones. E quanto á lo que tocaba á las Españas, ordenaron que pues Lucio Cornelio Lentulo, et Lucio Manlio Acidino habian estado algunos años en ellas, que los Cónsules tratasen con los Tribunos, si les pareciese, que demandasen al pueblo, quién quisiese que las gobernase, et que aquel de los dos exércitos hiciese una legion de hombres Romanos, et quince Capitanias, con las quales hizo tuviese Lucio la provincia, y que Lucio Cornelio, et Lucio Manlio traxesen á

Italia los viejos soldados del nombre Latino. E ordenaron que el Consul Cornelio tuviese armada de cincuenta naos escogidas, como quisiese, de las dos armadas, conviene saber, de la de Ceneo Octavio que estaba en Africa, et de la de Publio Vilio en la costa de Sicilia; y que Publio Scipion tuviese cincuenta galeas que habia tenido, de las quales fuese Capitan, si quisiese, Ceneo Octavio, como lo habia sido el año pasado, et que si las gobernase Lelio, tornase á Roma Ceneo Octavio, y traxese las naos que el Consul no hubiese menester. E á Marco Fabio señalaron diez galeas para Cerdeña, y mandaron á los Cónsules que hiciesen dos legiones de la ciudad, porque aquel año la república fuese regida con catorce legiones y cien galeas. E despues tractaron de los embaxadores del Rey Filipo, et de los Cartagineses.

CAPITULO XVIII.

De como fue dada audiencia en el Senabo á los embaxadores del Rey Filipo et de los Cartagineses, et fue con los de Cartago firmada la paz.

Plugo al Senado que primero entrasen los embaxadores de Macedonia, los quales hablaron muchas cosas en excusacion de lo que los embaxadores Romanos se habian querellado delante el Rey, por el talar de los campos de sus amigos. E tambien acusaron los amigos del pueblo Romano, et mucho mas á Marco Aurelio, el qual siendo de los tres embaxadores enviados á ellos, habiendo hecho gente, se habia quedado, y contra los pactos les habia movido guerra, et muchas veces habia peleado con sus Capitanes. E demandaban que los Macedones, y Sopater, Capitan de ellos, que habian estado en sueldo de Anibal, y estaban presos, les fuesen restituidos. Contra estas cosas

habló Marco Furio, enviado á eso mesmo de Macedonia, que Aurelio se habia quedado, porque los amigos del pueblo Romano, cansados de los robos, no se pasasen al Rey; et que él no habia salido de los términos de sus amigos, mas habia trabajado que los taladores nó entrasen en los campos dellos; et que Sopater era de los favorecidos y parientes del Rey, y que poco habia que era enviado á Africa con quatro mil Macedones et dinero para ayudar á Anibal et á los Cartagineses. E preguntados desto los embaxadores, como no supiesen que responder y dar lícita excusa, dixeron agriamente los Padres, que el Rey buscaba guerra, et si perseveraba, que luego la hallaria; et que en dos maneras habia rompido la paz, en hacer injuria á los amigos del pueblo Romano et hacerles guerra, et ayudar á los enemigos con armas y dinero: y que Scipion habia hecho bien en tener presos como enemigos los que habian tomado armas contra el pueblo Romano, et que Marco Aurelio procuraba el bien de la república, et que al Senado le placia que defendiese sus amigos con armas, pues no podia en otra manera. Con esta respuesta tan triste fueron enviados los embaxadores Macedones.

Despues llamaron á los embaxadores Cartagineses, y viendo las edades y dignidades de ellos, ca eran los mas principales de la ciudad, dixeron entonces, que verdaderamente se trataba de la paz. Era entre ellos el mas excelente Asdrubal, llamado Hedo, que siempre habia querido la paz, y era contrario del bando Barchino; por esto le dieron mas crédito, diciendo que la culpa de la guerra era por la codicia de pocos, y no de la república. Este habló muchas cosas. Unas veces excusaba las culpas de los suyos, otras veces las acusaba, porque si negára las cosas ciertas no alcanzára perdon, otras amonestaba á los Padres, que usasen con templanza de la prosperidad: que si los Cartagineses hubieran oido á él et Annon, y quisieran usar del

tiempo, que el Senado de Cartago habria dado las condiciones de la paz, que entonces pedian, mas que pocas veces se ayuntaban en uno buena fortuna, y saludable consejo: que el pueblo Romano por esto nunca era vencido, porque sabian en la prosperidad proveer y aconsejar, y que seria cosa de maravilla, si en otra manera lo hiciesen. Que la buena fortuna hacia que no puedan refrenarse de su gozo los que nunca la han probado; mas que el pueblo Romano, ya tenia casi olvidados los gozos de la victoria, y que mas habia acrecentado su imperio, perdonando á los vencidos, que venciendo. La habla de los otros fue mas miserable, ca contaban de quantas riquezas et potencia habian caido los Cartagineses, que habiendo sojuzgado el mundo, agora no les quedaba sino los muros de Cartago, en los quales encerrados no veian, ni por tierra ni por mar cosa de su señorio, y que en tanto tendrian su ciudad y sus Dioses Penates, sino quisiese el pueblo Romano usar de crueldad contra ellos. E pareciendo entonces que los Padres se movian á misericordia, dicese que uno de ellos, airado contra los Cartagineses, dixo á voces: ¿por qué Dioses quereis hacer la paz y concordia, pues que habeis faltado á los que primero jurasteis? E luego respondió Asdrubal, et dixo: por los mismos que son tan airados á los que traspasan su fe. E inclinando todos sus corazones á la paz, el Consul Ceneo Lentulo, que tenia cargo de la armada por mar, se entrepuso á la deliberacion del Senado; y luego Marco Atilio, et Quinto Minucio, Tribunos del pueblo, pusieron delante del pueblo, si querian y mandaban que el Senado determinase que hiciesen paz con los Cartagineses, y quien mandaban que diese aquella paz, et traxese el exército. Todas las tribus concordaron en lo de la paz, y que la diese Publio Scipion, y que él mismo traxese el exército. Por esto el Senado determinó, que Publio Scipion, con consejo de diez embaxado-

res, diese paz al pueblo de Cartago, con las condiciones que le pareciese. Entonces los Cartagineses hicieron gracias á los Padres, et pidieron que les diesen licencia de entrar en la ciudad et hablar con sus ciudadanos que estaban en prisiones, porque en ellas estaban algunos parientes suyos, et hombres nobles de linage, y otros á quien traian algunas encomiendas de sus parientes. Y como les hubiesen hablado, pidieron que les diesen lugar para redimir los que quisiesen. Entonces el Senado mandó que publicasen los nombres de los que querian redimir, ó rescatar, et como ellos nombrasen casi docientos, el Senado deliberó que los embaxadores Romanos levasen á Africa, á Scipion, docientos captivos, los que querian los Cartagineses, y que le dixesen, que si hacia la paz, que los restituyese á los Cartagineses, sin tomar de ellos precio ninguno. Los Sacerdotes Feciales siendo mandados ir á Cartago para hacer la paz, pidieron la determinacion del Senado, la qual fue de esta manera; que levasen consigo sendos pedernales et sendas vervenas, y que hiciesen el pacto con los Cartagineses, como mandase el Pretor, et que ellos demandasen al Pretor que les diese la vervena, que es una yerba que acostumbraban dar á los Feciales. Enviados, pues, de esta manera los embaxadores de los Cartagineses de Roma, en llegando á Africa, á Scipion, hicieron la paz con las condiciones que son de susodichas. Y dieron las galeas y elefantes, y los desertores et los siervos fugitivos, y quatro mil cautivos, entre los quales fue Quinto Terencio Culeo, Senador. E mandó Scipion quemar las galeas en alto mar. E dicen algunos escriptores, que fueron quinientas de toda manera, que van con remos. E viéndolas los Cartagineses quemar, tomaron tanta tristeza quanta si vieran quemar á Cartago. E Scipion castigó mas gravemente los desertores que los siervos fugitivos: los que eran del nombre Latino fueron degollados, et los Romanos fueron pues-

tos en cruces. Quarenta años habia que fuera hecha paz con los Cartagineses, siendo Cónsules Quinto Luctacio, y Marco Manlio, y la guerra fue comenzada veinte y tres años despues, siendo Cónsules Publio Cornelio, y Tito Sempronio, y fue acabada despues de diez y siete años, siendo Cónsules Ceneo Cornelio, y Publio Peto. Y dicen que muchas veces despues dixo Scipion, que primeramente la cobdicia de Tiberio Claudio, y despues la de Ceneo Cornelio habian causado que esta guerra no fuese acabada con destruicion de Cartago.

CAPITULO XIX.

De como á los de Cartago pareció grave cosa el pagar del dinero, y se rió de ellos Anibal; y de como Scipion dió á Massinissa el Reyno de Siphas, y tornó á Roma, y entró en ella con triunfo.

Pareciendo á los Cartagineses dificil el pagar del dinero por estar destruidos de la luenga guerra, y teniendo gran lloro y tristeza en la corte, dicen que Anibal se rió: y reprehendiéndole Asdrubal Hedo que, todos llorando, él solo se reia, siendo causa de todos sus males, respondió y dixo: » Si ansi como con los ojos vemos la figura de la » cara, pudiésemos ver el ánimo que está dentro, ligeramen» te os pareceria que esta risa que reprehendeis, no es de » corazon alegre, mas de turbado y malo, la qual no es » tanto intempestiva, quanto esas vuestras feas y agenas » lágrimas. Entonces por cierto era razon que llorásemos, » quando nos quitaron las armas, y quemaron las naos, y » nos vedaron hacer guerra en tierras extrangeras, pues aque» lla fue la llaga que nos derribó. Ni creais que los Ro» manos lo han proveido contra vosotros por aborrecimien» to vuestro. Ninguna grande ciudad puede reposar largo

» tiempo, que si de fuera no tiene enemigos, dentro de sí
» los halla; como los cuerpos recios parecen estar seguros
» de causas de parte de fuera, mas ellos se cargan de sus
» fuerzas. Por cierto tanto sentimos los daños comunes,
» quanto tocan á cosas particulares, y no hay cosa que mas
» nos aguije, que el daño del dinero: y asi quando qui-
» taban á Cartago los despojos de la victoria, viéndola des-
» armada y desnuda entre tantas gentes de Africa, ningu-
» no de vosotros gimió, ni lloró: agora que habeis de
» pagar tributo de lo vuestro propio, llorais como en
» destruicion pública. Mucho temo que antes de mucho
» tiempo sentireis que hoy llorais por poco mal." Estas cosas decia Anibal en Cartago, et Scipion dió á Massinissa, allende del reyno de su padre, la ciudad de Cirtha y otras ciudades y campos, que del reyno de Siphas habian venido en poderio de los Romanos. Y mandó á Ceneo Octavio que levase la armada á Sicilia, y la diese al Consul Ceneo Cornelio; y mandó á los embaxadores de los Cartagineses que fuesen á Roma, para que lo que él habia hecho de parecer de los diez embaxadores, fuese confirmado por autoridad de los Padres, et mandamiento del pueblo. E habiendo puesto paz en mar et en tierra, puso su exército en las naos, y pasó á Lilybeo en Sicilia, y de allí enviando gran parte de la gente por mar, se fue á Roma por Italia, no menos alegre por la paz, que por la victoria. Y saliéndole delante, no solo los de las ciudades, mas aun los de los montes con mucho gozo. Y entró en la ciudad con el mayor y mas esclarecido de todos los triunfos. Levó al tesoro cien mil libras de plata, et partió á sus soldados á quarenta dineros del despojo. El Rey Siphas murió en Tibur, adonde habia sido levado de Alba: mas su muerte fue bien vista, porque fue sepultado con mucha honra. Polybio, escriptor de mucha autoridad dice, que este Rey fue llevado en el triunfo. Quinto Terencio Culeo siguió en el triunfo á

Scipion con un bonete puesto en la cabeza, y despues en toda su vida, como era razon, honró mucho al Africano como á hacedor de su libertad. Y yo no hallo si este nombre Africano le dió el favor de los caballeros, ó el pueblo, ó por ventura si comenzó por lisonja de sus familiares, como á Sylla llamaron venturoso, et á Pompeio Magno. Este Capitan fue el primero que fue ennoblecido de nombre de la gente vencida por él, et por su exemplo, otros no iguales en la victoria hicieron en su linage titulos excelentes de imagenes y esclarecidos renombres.

FIN DE LA TERCERA DECADA.

PROLOGO

DEL CLARISIMO HISTORIADOR

TITO LIVIO PADUANO,

á la quarta Decada, en la qual se trata de la guerra de Macedonia y de Asia.

Como si yo en mi propia persona me hubiera hallado en parte del trabajo et peligro de la guerra Africana, ansi me gozo y alegro por haber llegado al fin de ella. E porque osé confesar que escribiria todas las cosas Romanas, no fuera cosa justa, que me cansára en los hechos particulares de tan gran obra. Mas quando pienso en los quarenta et tres años, que tantos hay de la primera guerra Africana hasta acabada la segunda, et que quasi tantos libros me han ocupado, quantos me ocuparon quatrocientos et setenta y ocho años que hay de la fundacion de Roma, hasta el Consul Apio Claudio, que fue el primero que comenzó guerra contra los Cartagineses; paréceme, como á los que por los vados y rios entran en el mar, que tanto mayor hondura y profundidad hallo, quanto mas dentro entro, et que esta obra, va creciendo, quando parecia disminuirse, acabadas las primeras cosas.

LIBRO PRIMERO

DE LA QUARTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De la comparacion de la guerra de Macedonia á la de Cartago, y de las causas que movieron á los Romanos á tomar guerra con el Rey Filipo, y de lo que en este tiempo Publio Elio, Consul, hizo en Francia contra los Boyos, y de lo que Marco Valerio, Pretor, hizo en Sicilia, y de lo que en Roma se deliberó.

Despues de la paz hecha con los Cartagineses comenzó la guerra Macedonica, no igual en el peligro con la Africana en la virtud y esfuerzo del Capitan, ni de los soldados, mas muy señalada por la excelencia de los Reyes antiguos, y por fama de la antigüedad de la gente, y grandeza del imperio, con el qual en el tiempo pasado habian alcanzado mucha parte de Europa, y la mayor de Asia. Esta guerra comenzada diez años antes contra el Rey Filipo, cesó antes de los tres, porque los Etolos fueron la causa de la guerra y de la paz. Estando los Romanos en paz con los Cartagineses, fueron movidos por los Atenienses para hacer guerra contra el Rey Filipo, que les habia talado el campo, y retraido dentro á su ciudad. E tambien se movieron, acordándose de la poca fe, que habia tenido con los Etolos y otros amigos de los Romanos en aquella region, y por el socorro et dinero que habia enviado á los Cartagineses y á Anibal. En este mismo tiempo vinieron embaxadores del Rey Attalo et de los de Ro-

das, los quales decian que las ciudades de Asia eran solicitadas por Filipo. A estas embaxadas respondió el Senado, que él ternia cuidado de las cosas de Asia. Y puso en poderio de los Cónsules la consulta de la guerra Macedónica, uno de los quales entonces tenia guerra con los Boyos. En este medio enviaron tres embaxadores á Ptholomeo Rey de Egypto, conviene saber, á Cayo Claudio Neron, á Marco Emilio Lepido, et á Publio Sempronio Tuditano, para que le dixesen que Anibal y los Cartagineses eran vencidos, et le hiciesen gracias que en el tiempo que los otros amigos desamparaban á los Romanos, él habia guardado la fe y amistad; y que le pidiesen que si ellos siendo forzados por injurias, tomasen guerra contra el Rey Filipo, que les guardase la amistad que tenian de mucho tiempo á los Romanos.

En este mismo tiempo el Consul Publio Elio, oyendo en Francia que los Boyos, antes de su venida, habian hecho cavalgadas en los campos de los amigos del pueblo Romano, con dos legiones súbitas, y con quatro esquadras de su exército, mandó á Cayo Oppio, Capitan de los amigos, que entrase con esta gente por Umbria, llamada Tribu Sapina, en los campos de los Boyos, y él fuese allá por los montes, camino abierto. Y Oppio entrando en los términos de los enemigos, en el principio hizo cavalgadas muy buenas y seguras. Mas despues escogiendo un lugar bien convenible acerca del castillo Mutilo para recoger los panes, que ya estaban para segar, no mirando bien los contornos, y no poniendo guardias bastante fuertes, que con armas defendiesen de los enemigos á los que estaban ocupados en el trabajar, fue de improviso con todos los que iban á tomar el trigo, cercado de los Franceses, donde fue muerto con siete mil hombres, que andaban derramados por los campos. Los otros se recogieron al real, y de allí sin caudillo, en la noche siguiente, de

xando la mayor parte de lo que tenian, se fueron por la aspereza de los montes, fuera de camino, al Consul; el qual se tornó á Roma no haciendo cosa digna de memoria, sino que taló los campos de los Boyos, y hizo alianza con los Ligures Ingaunos. E luego que tuvo el Senado, demandando todos que no tratase de cosa alguna primero que del Rey Filipo y de las querellas de los amigos del pueblo Romano; determinó el Senado, que el Consul Publio Elio enviase á quien le pareciese, para tomar la armada que traia Ceneo Octavio de Sicilia, y que con ella pasase en Macedonia.

Marco Valerio Levino, siendo enviado con autoridad de Pretor, acerca de Vibon tomó treinta et ocho naos de Ceneo Octavio, y paso á Macedonia. E vino á él Marco Aurelio, Legado, y avisóle de quanto exército et naos el Rey habia hecho, y en qué manera, yendo él, y enviando embaxadores por todas las ciudades, y islas movia todos los pueblos á la guerra; y que los Romanos debian tomar esta guerra con mayor esfuerzo, porque deteniéndose ellos, Filipo no osase hacer lo que antes Pyrrho habia hecho con reyno menor. E plúgole que Aurelio escribiese todas estas cosas á los Cónsules y al Senado. En el fin de este año tratando de los campos que se habian de dar á los viejos soldados que habian estado en la guerra de Africa con Scipion, ordenaron los Padres que Marco Junio, Pretor de la ciudad, si le pareciese, eligiese diez varones para medir y partir los campos de los Samnites y de Apulia, que eran públicos del pueblo Romano. E fueron nombrados Publio Servilio, Quinto Cecilio Metello, Ceneo et Marco Servilios, llamados entrambos Geminos, y Lucio, y Aulo Hostilios Catones, Publio Vilio Tappulo, Marco Fulvio Flacco, Publio Elio Peto, y Quinto Flaminio. En estos mismos dias teniendo Publio Elio los ayuntamientos para elegir Cónsules, fueron hechos Cónsules

Publio Sulpicio Galba, y Cayo Aurelio Cota. E despues hicieron Prétores á Quinto Minucio Ruffo, Lucio Furio Purpurio, Quinto Fulvio Gilo, Ceneo Sergio Planco. Aquel año fueron hechos magníficamente los juegos Romanos escenicos por los Ediles Curules Lucio Valerio Flacco, y Tito Quincio Flaminio, y por dos dias fueron renovados. Y partieron al pueblo á quatro ases el celemin gran quantidad de trigo que el Proconsul Scipion habia enviado de Africa. E los juegos Plebeyos fueron hechos tres veces con todas las ceremonias por los Ediles del pueblo, Lucio Apustio Fullon, y Quinto Minucio Ruffo, que despues de la edilidad fue hecho Pretor; y por causa de los juegos, hicieron el convite de Júpiter.

CAPITULO II.

De como los Romanos determinaron hacer la guerra contra el Rey Filipo de Macedonia.

En el año de quinientos et quarenta, que la ciudad fue edificada, siendo Cónsules Publio Sulpicio Galba y Cayo Aurelio, fue comenzada la guerra contra el Rey Filipo, pocos meses despues que fue dada la paz á los Cartagineses. La primera cosa que habló el Consul Publio Sulpicio á trece dias del mes de Marzo, ca en aquel dia se comenzaba el consulado, fue de esta guerra, y deliberó el Senado, que los Cónsules sacrificasen á los Dioses que les pareciese, sacrificios grandes con la oracion, que la cosa que el Senado y el pueblo tenian en su ánimo de la república, y de comenzar la guerra nueva, viniese con prosperidad al pueblo Romano, y á sus amigos y al nombre Latino, y despues del sacrificio y oracion consultasen de las provincias. En aquellos dias vinieron cartas del Legado Marco Aurelio, y de Marco Valerio Levino, Lugartenien-

te de Pretor muy convenibles para incitar los ánimos á la guerra, y vino nueva embaxada de los Atenienses, que decia que el Rey Filipo se allegaba á sus términos; y que si los Romanos no los ayudasen, en poco tiempo les tomaria, no solo los campos, mas tambien la ciudad. E diciendo los Cónsules que los Aruspices habian respondido, que los sacrificios habian sido bien hechos, et que los Dioses eran propicios, et que significaban acrecentamiento del Imperio Romano con victoria y triunfo; entonces leyeron las cartas de Valerio y de Aurelio, y dieron audiencia á los embaxadores de los Atenienses. E despues mandaron que hiciesen gracias á los amigos, porque aunque habian sido mucho requeridos, no habian rompido la fe y amistad á los Romanos por temor ni por favor alguno; y respondieron que les placia enviar socorro, quando los Cónsules hubiesen partido las provincias, et que el Consul que tomaria la provincia de Macedonia, hiciese con el pueblo que denunciase la guerra contra el Rey Filipo de Macedonia. E Publio Sulpicio hubo por suerte la provincia de Macedonia. Este habló con el pueblo, si querian et mandaban que pregonasen guerra contra el Rey Filipo et los de su reyno por las injurias hechas contra los amigos del pueblo Romano. Al otro Consul Aurelio cupo la provincia de Italia. Despues los Prétores sortearon las provincias, Ceneo Sergio Plancio hubo la de la Ciudad, Quinto Fulvio Gilo á Sicilia, Quinto Minucio Ruffo los Brucios, Lucio Furio Purpurio á Francia. Casi todas las centurias echaron á parte, et quisieron que se callase lo de la guerra Macedónica en los primeros ayuntamientos, parte porque se veian cansados de guerra luenga y pesada, y tenian enojo y peligro de muchos trabajos, parte porque Quinto Bebio, Tribuno del pueblo, reprehendia á los Senadores que unas guerras sacaban de otras, porque el pueblo nunca gozase de paz. E de esto tomaron mucho enojo los Padres, y

reprehendieron en el Senado al Tribuno, et cada uno por sí rogaba al Consul que de nuevo mandase llamar ayuntamiento, y reprehendiese la pereza del pueblo, y le demostrase quan grande daño et mengua era dilatar aquella guerra. El Consul hizo el ayuntamiento en el campo Marcio, y primero de poner las Centurias á votar, llamando el pueblo, habló de esta manera: »Paréceme, ó Quirites, »que ignorais que no consultamos con vosotros si teníades »guerra, ó paz, que esto no lo dexara Filipo en vues»tra libertad, mayormente que por mar y por tierra apa»reja grande armada, mas si debíades enviar gente con»tra Macedonia, ó recibiríades los enemigos en Italia. E »quanta diferencia haya en esto, si nunca antes lo probás»tes, agora cierto en la guerra Africana lo habeis expe»rimentado. ¿Quién duda que si con diligencia hubiésemos »dado ayuda á los Saguntinos, qué estaban cercados y »nos requerian la fe y amistad, asi como nuestros Padres »ayudaron á los Mamertinos, que no volviéramos toda la »guerra sobre España? Mas porque nos tardamos, recibí»mosla en Italia con mucho daño nuestro. Ninguno duda »que habiendo enviado á Levino con armada para hacer la »guerra contra Filipo, lo habemos hecho detener en Ma»cedonia, habiendo ya concertado él con Anibal por em»baxadores, et cartas de pasar en Italia. E ¿lo que en»tonces hicimos teniendo á Anibal nuestro enemigo en Ita»lia, esto agora, siendo echado Anibal y los Cartagine»ses de ella, tardamos de hacer? ¿Sufriremos, qué el Rey »combatiendo á Atenas, conozca nuestra pereza como la »conoció Anibal combatiendo á Sagunto? No penseis que »en cinco meses verna como Anibal de Sagunto, mas em»barcándose en Corintho en cinco dias será en Italia. No »igualareis á Filipo con Anibal, ni los Macedones con los »Cartagineses; por cierto igualarlo heis con Pyrrho, digo, »quanto á la diferencia, que hay de hombre á hombre, y

„de gente á gente. Epiro siempre ha sido pequeña parte „para el reyno de Macedonia: Filipo tiene toda la Mo„rea en su señorio, et tiene á Argos, no mas no„ble por la fama antigua, que por la muerte de Pyrrho. „Comparemos agora nuestra potencia con la de aquellos „tiempos quando mas florecia Italia, y estabamos recios „con tantos Capitanes et exércitos, los quales despues la „guerra Africana ha deshecho. Pues entonces Pyrrho vino „sobre nosotros, et nos quebrantó las fuerzas, et casi ven„cedor vino á Roma; et no solo los de Tarento, et aque„lla costa de Italia, que llaman la gran Grecia, que cre„yérades que seguian la lengua et el nombre, mas tam„bien los Lucanos, Brucios, et Samnites nos faltaron. ¿Creeis „vosotros que si Filipo pasa en Italia, que quedarán estos „pueblos en nuestra fe y amistad? Dirá alguno que estuvie„ron quedos despues en la guerra Africana. Digo que es„tos pueblos nunca nos tendrán lealtad, sino quando no „tuvieren á quien se pasen. Si os pesára de pasar en Afri„ca, hoy tendríades en Italia á Anibal y á los Cartagine„ses. Trabajad que Macedonia tenga la guerra, antes que „Italia, y las ciudades y campos de vuestros enemigos sean „talados y quemados con fuego et hierro. E ya habemos „probado por experiencia, que nuestras armas son mas di„chosas y esforzadas fuera de nuestra tierra que en ella. Yd „á dar vuestros votos dando su favor los Dioses, y man„dad que se haga lo que los Padres han determinado. E „de este parecer, no solo es autor el Consul, mas los Dio„ses inmortales; á los quales haciendo yo sacrificio, y ro„gando que esta guerra fuese próspera á mí y al Senado, „y á vosotros, y á vuestros amigos, y al nombre Latino, „y á nuestras armadas y exércitos, me han mostrado to„das las cosas alegres et prósperas."

CAPITULO III.

De como los Romanos se aparejaron para la guerra de Macedonia, et hicieron muchos Prétores para los exércitos.

Despues de acabada esta habla, fuéronse todos á dar sus votos como les habia rogado, y mandaron que se hiciese la guerra; et el Senado mandó que los Consules hiciesen tres dias suplicaciones á los Dioses, que la guerra que el pueblo Romano mandaba hacer contra Filipo, viniese con prosperidad y victoria. E Publio Sulpicio consultó con los Feciales, si mandaban que denunciasen la guerra al Rey Filipo, ó si abastaba anunciarla en los mojones de su reyno donde tenia la mas cercana defension. E los Feciales deliberaron que qualquiera de estas dos cosas que hiciese, seria bien hecha; et los Senadores dieron licencia al Consul, que enviase el que le pareciese de los de fuera del Senado embaxador á denunciar la guerra al Rey. Entonces trataron de los exércitos de los Cónsules y Prétores, y mandaron que los Cónsules hiciesen dos legiones, y dexasen los exércitos viejos. Permitieron que Sulpicio, al qual habian decretado la guerra nueva y de grande nombre, que del exército que Scipion habia traido de Africa, tomase los que de su voluntad quisiesen ir, y que ninguno llevase de los hombres antiguos en guerra por fuerza; et que el Cónsul diese cinco mil amigos del nombre Latino á los Prétores Lucio Furio Purpurio, y á Quinto Minucio Ruffo, con las quales guarniciones el uno tuviese á Francia, et el otro los Brucios. Tambien mandaron á Quinto Fulvio Gilo, que del exército que habia tenido el Consul Publio Elio, segun cada uno tuviese menos sueldo, escogiese hasta cinco mil amigos del nombre Latino, y que esto

fuese para defension de Sicilia. Y prolongaron para un año la gobernacion á Marco Valerio Falto, que el año pasado habia sido Pretor en la provincia de Campania: que como Pretor pasase á Cerdeña, y que del exército que allí estaba, escogiese cinco mil amigos del nombre Latino, que hobiesen ganado menos sueldos. Y mandaron á los Cónsules hacer dos legiones de la ciudad, las quales estuviesen aparejadas para donde fuese menester enviarlas, porque en Italia habia muchas gentes inficionadas de la compañia de la guerra Africana, et por eso llenas de ira. Con seis legiones ó capitanías la república queria hacer aquel año la guerra.

En este aparejo de guerra vinieron á Roma los embaxadores del Rey Ptholomeo, diciendo que los Atenienses le habian demandado ayuda contra el Rey Filipo; mas como quiera que él les era amigo, que sin autoridad del pùeblo Romano no queria enviar armada por mar, ni exército por tierra á Grecia para defender no ofender á alguno; y que si el pueblo Romano podia defender sus amigos, que él se estaria quedo en su reyno, et que si los Romanos quesian mas estar en asosiego, que él lo sufriria, y enviaria socorro á Atenas contra el Rey Filipo, con el qual se defenderian de él. El Senado hizo gracias al Rey, et respondió, que el pueblo Romano determinaba defender sus amigos, y que si alguna cosa seria necesaria para esta guerra, que ellos gelo harian saber, y que sabian que la potencia de su reyno era defension muy fiel de la república Romana. E despues por deliberacion del Senado dieron á los embaxadores á cada uno cinco mil dineros. Entretanto que los Cónsules aparejaban lo necesario para la guerra, la ciudad religiosa, principalmente en los principios de nuevas guerras, hechas ya sus suplicaciones en todos los templos, no dexando cosa que antes hobiese sido hecha; mandó que el Consul á quien viniese la provincia

de Macedonia, que votase juegos et dones para Júpiter. E Licinio, el gran Pontífice, puso tardanza en el voto público, porque dixo que no debian prometer de moneda incierta: que si aquella moneda no podia aprovechar para la guerra, la debian guardar y no mezclarla con otra, lo qual si no hacian, no podian bien cumplir el voto. E puesto que la cosa y el Pontífice les movia, mandaron empero al Consul que lo consultase con el colegio de los Pontífices, si se podia tomar el voto de dinero incierto. Los Pontífices declararon que se podia hacer, y que era mejor. El Consul hizo el voto con las mismas palabras, yendo delante el grande Pontífice, con las quales acostumbraban hacer los votos de cinco años, salvo que votó los juegos y dones de tanto dinero quanto el Senado determinase quando se pagase. Todas las veces antes los juegos fueron votados de dinero cierto, y estos de incierto fueron los primeros. Estando pues vueltos los ánimos de todos á la guerra de Macedonia, y no teniendo temor alguno, salió adeshora la fama del tumulto Galico. Los Insubres, y Cenomanes, y Boyos, moviendo á los Salios, y Iluaticos, y otros pueblos de Liguria con el capitan Africano Amilcar, que se habia quedado en estos lugares, despues de la salida de Asdrubal, fueron sobre Placencia, y destruyendo la ciudad, y con el enojo quemando la mayor parte de ella, casi no dexaron á vida en ella dos mil hombres, que se libraron entre la destruicion y fuego. E pasaron despues el rio Pado, y fueron á destruir á Cremona. El daño de Placencia, sabido en Cremona, dió tiempo á los moradores de cerrar las puertas, y poner guardas en los muros, para que primero fuesen cercados que tomados, y enviasen mensageros al pueblo Romano. Lucio Furio Purpurio, que entonces gobernaba la provincia, habiendo dexado, por deliberacion del Senado, la otra hueste, que estaba cerca de Arimino, con cinco mil de amigos y

del nombre Latino, escribió al Senado el mal que era en la provincia, et que dos colonias que habian sido libres de la guerra Africana, la una era destruida por los enemigos, y la otra estaba cercada; et que él no tenia socorro para ayudarles, sino aventurase cinco mil amigos, poniéndolos en las manos y armas de quarenta mil enemigos; et que con tan gran destruicion de la colonia y ciudad de los Romanos, que estaban soberbios los ánimos de los enemigos. Leidas estas cartas, mandaron que el Consul Cneo Aurelio mandase ir el mismo dia á Ariminio el exército, que habia mandado allegarse para cierto dia en Hetruria, y que él, si pudiese con bien de la república, fuese á oprimir et deshacer aquel escándalo de los Franceses, ó escribiese á Lucio Furio, Pretor, que en viniendo á el las legiones de Hetruria fuese con ellas á librar la ciudad del sitio, enviando en su lugar los cinco mil amigos que guarneciesen á Hetruria.

Tambien luego enviaron sus embaxadores á Cartago diciendo que su ciudadano Amilcar que habia quedado en Francia, y no sabian si del exército de Asdrubal ó de Magon, les hacia guerra contra los pactos, y que el habia movido exércitos de Franceses et Ligures á tomar armas contra el pueblo Romano; et que si querian paz, que lo hiciesen llamar, y que lo diesen en mano del pueblo Romano. E tambien mandaron que les dixesen que no les habian dado todos los siervos fugitivos, y que grande parte de ellos iban por Cartago, que los debian buscar y prender, para dárselos segun estaba concertado. Esto mandaron que dixesen á los Cartagineses, et que á Massinissa mostrasen el gozo que habian habido, porque no solo habia cobrado el reyno de su padre, mas tambien lo habia acrecentado ayuntándole buena parte del reyno de Siphas; y que le dixesen que habian comenzado guerra contra el Rey Filipo, porque habia ayudado á los Cartagineses, y que

estando Italia encendida en guerra habia hecho injurias á los amigos del pueblo Romano, y que los habia forzado á enviar armadas y exércitos á Grecia, y que el repartir los exércitos habia sido la principal causa de pasar tan tarde en Africa, y que demandasen que para esta guerra enviase socorro de caballeros Numidas. E leváronle muchos dones magníficos, conviene saber, muchos vasos de oro et de plata, una ropa de carmesí, et un vestido triunfal con un palo, ó cayado de marfil, et una silla Curul; y mandaron que le ofreciesen, si algo era menester para asentar y crecer su reyno, que lo dixese, que el pueblo Romano lo haria con mucho esfuerzo por su merecer.

CAPITULO IV.

De como vinieron á Roma los embaxadores de Vermina, hijo de Siphas, y del dinero que fue hurtado en un templo, y de muchas señales que fueron vistas.

En estos dias vinieron á Roma embaxadores de Vermina, hijo de Siphas, excusando su error et mocedad, y echando toda la culpa sobre los Cartagineses; y que pues Massinissa de enemigo se habia hecho amigo de los Romanos, tambien Vermina daria diligencia, que en servir al pueblo Romano no le venciese Massinissa, ni otro alguno, et que pedia que el Senado lo nombrase Rey et amigo. La respuesta que dieron á los embaxadores fue, que su padre Siphas sin causa de amigo se habia hecho enemigo del pueblo Romano, y que él habia dado señal de su mocedad, habiendo movido guerra contra los Romanos; por ende que primero debia pedir la paz al pueblo Romano que ser llamado Rey y compañero y amigo suyo, y que el pueblo Romano acostumbraba dar la honra de aquel nombre por los grandes beneficios, que los Reyes le hacian, y que en Africa

estaban embaxadores Romanos, á los quales el Senado mandaria que diesen condiciones de paz á Vermina, lo qual el pueblo Romano dexaba en su alvedrio: si queria añadir, quitar, ó mudar alguna cosa á estas condiciones, que otra vez lo habia de demandar al Senado. Con estos mandamientos fueron enviados por embaxadores á Africa Ceneo Terencio Varro, Spurio Lucrecio, Ceneo Octavio, y cada uno llevó su galea de cinco remos.

Despues fueron leidas las cartas en el Senado de Quinto Minucio Pretor, que tenia la provincia de los Brucios, en las quales se contenia como de noche en los Locros habia sido hurtada la moneda del templo de Proserpina, et que no habia señal, de quien la hobiese hurtado. Pareció al Senado cosa indigna, que alguna cosa se tomase de lo sagrado, y que Pleminio tan reciente y señalado exemplo de culpa y castigo, no espantaba los hombres malos. Encomendaron este negocio al Consul Cayo Aurelio, que escribiese al Pretor, que al Senado placia que hiciese la inquisicion del tesoro robado en la manera que tres años antes la habia hecho el Pretor Marco Pomponio. Y que la moneda que fuese hallada se cobrase, y la que no se hallase, que se cumpliese con otra tanta, y si pareciese, hiciese sacrificios para alimpiar la violacion del templo, como antes lo hubiesen ordenado los Pontífices.

En este mismo tiempo se dixo, que en muchos lugares habian sido vistas malas señales. En los Lucanos fue visto arder el cielo, y en Priverno todo un dia sereno, el sol fue colorado. Tambien decian partos de animales malos en muchos lugares. En los Sabinos nació un niño, que no conocian si era hombre ó muger, et otro ya de diez y seis años fue hallado de tal naturaleza. En Frusino nació un cordero de cabeza de puerco, en Sinuesa un puerco con cabeza de hombre. En los Lucanos en el campo público nació un cavallo con cinco pies. Todas estas cosas pare-

cian espantosas y disformes, y de la naturaleza que erraba en partos extraños. Sobre todo abominaban á los que eran medio hombres et medio mugeres. E mandaron que luego estos tales fuesen levados al mar, asi como poco antes, siendo Cónsules Marco Claudio et Marco Livio, habia sido levado un parto de esta qualidad. Y tambien mandaron que los diez varones mirasen los libros acerca de este prodigio, et ordenaron de hacer los sacrificios, que poco antes habian hecho por los tales monstruos, y mandaron que veinte y siete vírgenes cantasen por la ciudad un canto, y que levasen un presente á la Reyna Juno. El Consul tuvo cuidado que estas cosas se hiciesen por la respuesta de los diez varones. El canto compuso Publio Licinio Tegula, como en memoria de los padres lo compuso Livio.

Hechas todas estas purificaciones de religion, tambien en los Locros Quinto Minucio hizo inquisicion sobre el hurto del templo sagrado, et de los bienes de los que lo habian hecho, puso el dinero en el tesoro de Proserpina. Estando ya los Cónsules para ir á sus provincias, los que habian emprestado dinero á los Cónsules Marco Valerio, y á Marco Claudio, y les era debida la tercera pension, entraron en el Senado, porque los Cónsules les habian dicho, que no habian de donde fuesen pagados, porque iban á gran guerra con grande armada y exércitos, que apenas el tesoro bastaba para ello. El Senado no sufrió los que se quejaban, que si la república quisiese usar para la guerra Macedónica del dinero dado para la Africana, saliendo unas guerras de otras, ¿qué seria esto sino ser su dinero público por el beneficio como por delito? Y como los particulares pidiesen cosa justa, et la república no pudiese pagar, determinaron de hacer una cosa media entre lo justo y provechoso: que pues la mayor parte de ellos decia que habia campos comunes para vender, y á ellos mismos era menester mercarlos, les die-

sen facultad del campo público, que estaba dentro cincuenta millas, y que los Cónsules los estimasen, y que les pusiesen por yugadas un dinero de renta, porque pareciesen ser campos públicos; y quando el pueblo pudiese pagar, si querian mas el dinero que los campos, restituyesen los campos al pueblo. Los particulares alegres aceptaron esta condicion. Y el campo fue llamado Triencio y Tabulio, porque fue dado por la tercera parte de la deuda,

CAPITULO V.

De como el Consul Sulpicio pasó en su armada á Macedonia, y de la causa de la guerra entre el Rey Filipo y los Atenienses.

Y Publio Sulpicio despues de haber hecho sus votos en el Capitolio, salió de la ciudad, vestido la ropa de Capitan con los Lictores, et vino á Brundusio, y escribiendo en legiones los viejos soldados del exército de Africa, y tomando naos de la armada del Consul Cornelio, otro dia que salió de Brundusio, pasó en Macedonia. E allí le vinieron luego los embaxadores de los Atenienses, rogándole que los librase del cerco, y luego envió á Atenas á Cayo Claudio Cento con veinte galeas y hombres de armas: que el Rey no tenia cerco sobre Atenas, ca en aquel tiempo combatia á Abido, no habiendo hecho ninguna batalla victoriosa con los de Rodas y Atalo por mar. Mas dabále corazon, allende de su natural ferocidad, la alianza que habia hecho con Antiocho Rey de Syria, y ya se habia partido con él el reyno de Egypto, al qual entrambos iban habiendo oido la muerte del Rey Ptholomeo. Los Atenienses habian tomado la guerra con Filipo no con digna causa, no guardando cosa alguna de la vieja fortuna sino los ánimos. Dos mancebos Acarnanes en los dias de los

consagramientos, no siendo ellos consagrados, ignorando la religion entraron en el templo de Ceres mezclados con la ótra gente, et fueron descubiertos por su propia habla preguntando algunas cosas suciamente; et levados á los adelantados del templo, como pareciese publicamente que habian entrado por error, fueron muertos como si cometieran una gran maldad. Hecha esta tan gran crueldad como de enemigos, la gente de los Acarnanes hízolo saber al Rey Filipo, y alcanzaron de él, que dándoles ayuda de Macedones, consintiese que hiciesen guerra á los Atenienses. Esta hueste quemando et talando primero la tierra de los Atenienses, con despojo de toda manera se volvió á Acarnania. Este fue el primero movimiento de los ánimos. E despues hicieron la guerra justa por decretos de la ciudad denunciándosela, quando el Rey Atalo y los de Rodas habiendo perseguido á Filipo, que se retraia á Macedonia, viniendo Atalo á Egina, pasó á Pyreo para confirmar y renovar la amistad con los Atenienses. Toda la ciudad salió con las mugeres y hijos á recibirlo, y los Sacerdotes con sus ropas sagradas, y los Dioses casi movidos de sus templos lo recibieron dentro en la ciudad. E luego mandaron llamar el pueblo á ayuntamiento, para que el Rey hablase delante lo que queria. E despues les pareció mejor y cosa mas digna que escribiese lo que le pareciese, porque no se corriesse en presencia, contando los beneficios, que habia hecho á la ciudad de ellos, ó con las voces y demasía del pueblo. En la escriptura que envió al ayuntamiento del pueblo, primero contaba los beneficios, que habia hecho á la ciudad, et despues las cosas que habia hecho contra Filipo, et á la postre exhortábalos á la guerra, entretanto que tenian á él y los de Rodas, y tambien á los Romanos, y que despues no se quejasen envano, si entonces dexaban la ocasion que se les ofrecia. Despues hablaron los embaxadores de Rodas, cuyo beneficio

era harto reciente, ca quatro naos de los Atenienses que las Macedones habian tomado, ellos las habian cobrado y enviado á Atenas. E asi con grande consentimiento deliberaron de hacer guerra contra el Rel Filipo. Y primero hicieron muchas honras al Rey Attalo, y despues á los de Rodas. Y entonces trataron de ayuntar la tribu, llamada Attalia, á las diez viejas que tenian, y dieron al pueblo de Rodas por su virtud una corona de oro, y les dieron que fuesen ciudadanos de Atenas, como primero los de Rodas habian hecho ciudadanos de ella á los Atenienses.

Despues de esto el Rey Attalo fue á su armada que estaba en Egina, y tambien los de Rodas se fueron de Egina á Cia, y de aquí por medio de las islas del Archipiélago á Rodas, atrayendo á todas á su amistad, salvo Andro y Paro y Cyno, que tenian guarniciones de Macedonia. Attalo se detuvo en Egina sin hacer cosa alguna, esperando embaxadores sobre los mensageros que habia enviado á Etolia, á los quales no pudo mover á la guerra, estando alegres por la paz que habian hecho con Filipo. E si él y los de Rodas, entonces dieran priesa contra Filipo, pudieran alcanzar noble título de haber librado ellos á Grecia; mas dexándolo pasar otra vez en Elesponto, y ocupar lugares oportunos de Grecia, y rehacerse en fuerzas, criaron la guerra, y dieron á los Romanos la gloria de hacerla y acabarla.

CAPITULO VI.

De como el Rey Filipo tomó muchos lugares de Grecia, y puso cerco sobre Abido, y no queriendo ellos aceptar las condiciones que el Rey les daba, se mataron con sus mugeres y hijos.

El Rey Filipo usó mas de ánimo real, ca no siendo igual con Attalo et los de Rodas, no se espantó de los Romanos, mas envió con dos mil peones, et docientos de caballo á uno de sus prefectos, llamado Philocles, á talar y robar los campos de los Atenienses. E mandó á Heraclides, que con la armada de mar se fuese á Maronea; y él con dos mil lacayos ligeros, y docientos de caballo, se fue por tierra al mismo lugar. Y al primero encuentro tomó á Maronea. Despues dió combate á Aeno con gran trabajo, y á la postre tomólo por traicion de Ganymedes, Capitan de Ptholomeo, y ocupó despues otras villas, conviene saber, á Cypsela, et Dorisco, et Serreo. E despues pasó al Chersoneso, y tomó á Eleunte y Alopeconeso, dándose ellos mismos. Y tambien se le dieron Gallipolis et Madotis, et algunas otras villas pequeñas. Los de Abido no recibiendo los embaxadores, cerraron las puertas al Rey. E allí se detuvo mucho Filipo, y ellos se libráran del cerco, si no tardáran Attalo et los de Rodas. Attalo les envió solos trecientos hombres en socorro, et los de Rodas una sola galea que estaba acerca de la isla de Tenedos. Y no pudiendo ellos sufrir el cerco, vino Attalo, et solo les mostró esperanza de socorro, mas no les ayudó, ni por tierra ni por mar. Los Abidenos poniendo pertrechos en los muros, no solo resistian á los que combatian por tierra, mas tambien hacian daño en las naos de los enemigos. E despues que una parte del muro fue derribada, et fue mi-

nado el muro hecho de parte de dentro, enviaron embaxadores al Rey sobre las condiciones de dar la ciudad. Y pedian por pacto, que dexase salir la galea de los de Rodas con los marineros, y la guarnicion de Attalo, y á ellos que los dexase salir con sendos vestidos. Filipo no los quiso escuchar, sino que le diesen todas las cosas. Esta respuesta los encendió tanto en ira, que se volvieron á la rabia de Sagunto, et pusieron todas las mugeres et muchachos, et doncellas et niños con las amas en el templo de Diana, y levaron á la plaza todo el oro et plata, et las ropas ricas pusiéronlas en la nao de Rodas y de los Cicicenos que estaban en el puerto, et mandaron venir los Sacerdotes y sacrificios, y poner altares en medio de la plaza, et escogieron allí hombres para que luego que viesen muertos los que defenderian el muro derribado, matasen las mugeres et hijos, et el oro y plata, y ropas que estaban en las naos, las echasen en el mar, et en las cosas públicas et particulares pusiesen fuego; et hiciéronles jurar que asi lo harian yendo delante los Sacerdotes, echando maldiciones sobre quien el contrario hiciese. Entonces los que eran de edad para pelear, juraron, que ninguno saldria de la batalla vivo, sino venciesen. Estos acordándose de su juramento, pelearon tan esforzadamente, que quando la noche habia de departir la batalla, espantado el Rey de su rabia, se retraxo. Los principales á quien estaba encomendada la mas cruel parte del hecho, viendo que habian quedado pocos de la pelea, et aquellos muy heridos et cansados, enviaron en amaneciendo los Sacerdotes con mitras para dar la ciudad al Rey Filipo.

E primero que los Abidenos se diesen á Filipo, uno de los embaxadores Romanos, que eran enviados á Alexandria, que habia nombre Marco Emilio, el menor de edad, con voluntad de los otros, oyendo el sitio de Abido, fue al Rey Filipo, et quejóse en su presencia de la guerra

que habia hecho al Rey Attalo, et á los de Rodas, et principalmente porque tenia cerco sobre Abido. E como el Rey respondiese que Attalo, et los de Rodas habian movido primero la guerra contra él, díxole Marco Emilio. ¿E tambien los Abidenos han tomado por ventura armas contra tí? E como el Rey no estaba acostumbrado de oir cosas verdaderas, parecióle esta pregunta mas feroz que se debia decir delante de Rey, et díxole: "Tu edad et „ disposicion, et sobre todo el nombre Romano, te háce fe„ roz. Y yo quiero que vosotros, acordandoos de los pac„ tos, me guardeis la paz primero: mas si me haceis mo„ ver, yo tengo determinado de hácer que sintais, que „ el Reyno et nombre de los Macedones no es menos no„ ble que el Romano." Y de esta manera despidiendo el embaxador, Filipo tomó toda la plata et oro, que estaba llegada, et perdió todo el despojo de los hombres, ca tanta rabia entró en el pueblo, que pensando que eran vendidos por traicion los que peleando eran muertos, et unos diciendo á los otros que habian quebrado el juramento, y principalmente á los Sacerdotes, porque los que eran ofrecidos á la muerte, los habian dado vivos en poderio de los enemigos, todos corrieron luego subitamente á matar sus mugeres y hijos, y ellos por todas las calles alegres se mataron á sí mismos. Espantado de esto Filipo, refrenó el furor de sus caballeros, y dixo que daba tres dias á los Abidenos para morir. En el qual espacio de mayor crueldad usaron los vencidos contra sí mismos, que usarian los enemigos vencedores. E á ninguno tomaron vivo, si no al que las prisiones, ú otra necesidad, no le dexó morir. Filipo puso guarnicion en la ciudad, y tornóse á su reyno. Y animado para la guerra Romana por la destruicion de los Abidenos, como fue Anibal por la de Sagunto, viniéronle mensageros como el Consul ya estaba en Epyro, et que habia traido la hueste de tier-

ra á Appolonia, y la armada por mar á la isla de Corcyra, para tener allí el invierno.

CAPITULO VII.

De lo que los embaxadores Romanos hicieron en Africa; y de como los Romanos vencieron en una batalla los Franceses vecinos de Cremona.

En este medio los Cartagineses respondieron á los embaxadores Romanos, que habian ido á Africa sobre lo de Amilcar, caudillo de la hueste de Francia, que ellos no podian hacer otra cosa sino desterrarlo, y vender todos sus bienes, et que todos los pasados et fugitivos que habian hallado, ya se los habian restituido, y que sobre ello enviarian embaxadores á Roma, para que satisfaciesen al Senado. Y enviaron á Roma docientos mil moyos de trigo; et al exército de Macedonia ducientos. Despues los embaxadores Romanos se fueron al Rey Massinissa á Numidia, et diéronle los dones, y dixéronle lo que el Senado mandaba, el qual les dió mil de caballo, et puestos en naos con docientos mil moyos de trigo, et docientos de cebada, los envió á Macedonia. La tercera embaxada habia ido á Vermina, el qual los salió á recibir á los últimos fines de su Reyno, para que ellos escribiesen las condiciones que quisiesen para hacer la paz, ca creia que qualquiera paz con el pueblo Romono le seria buena et justa. E otorgáronsela los embaxadores, y mandaron que enviase sus Legados á Roma, á confirmarla.

En este mismo tiempo el Proconsul Lucio Cornelio Lentulo vino de España, y dixo en el Senado las cosas, que muchos años habia hecho con gran esfuerzo y felicidad, y demandó que le diesen lugar de entrar en la ciudad con triunfo. El Senado determinó que sus obras eran dignas

de triunfo, mas que no tenian para ello exemplo de los antiguos, que el que no habia sido Dictador, ni Consul, ni Pretor triunfase; y que él habia estado en España, no siendo Consul, ni Pretor, mas Lugarteniente de Consul, empero que todos consentian que entrase con Ovacion. Y contra esta declaracion del Senado se opuso Tito Sempronio Longo, Tribuno del pueblo, que dixo que tampoco no era esto costumbre, ni exemplo de los antiguos. E á la postre el Tribuno se dexó vencer por la voluntad y consentimiento de los Senadores; de manera que por deliberacion del Senado Lucio Lentulo entró en la ciudad con Ovacion. Y traxo del despojo quarenta y quatro mil libras de plata; y de oro dos mil quatrocientas y cincuenta, y partió á los soldados, ó gente de armas á ciento y veinte dineros. E ya la hueste del Consul habia pasado de Arecio á Arimino, et cinco mil amigos del nombre Latino habian pasado de Francia en Hetruria. Por ende Lucio Furio á grandes jornadas se fue de Arimino contra los Franceses que tenian cercada á Cremona, y asentó su real á milla y media de los enemigos. E tuvo ocasion de hacer bien sus cosas, si luego camino derecho fuera á combatirles el real, porque iban derramados por los campos sin haber dexado buena guarda; mas temió el cansancio de la gente que habia traido de rebato. Los Franceses, al clamor de los suyos, se retraxeron de los campos al real, dexando el robo que tenian, y el dia siguiente salieron á la batalla, et los Romanos no la desecharon; mas apenas tuvieron espacio de se ordenar: tan presto vinieron los enemigos. La ala derecha, porque tenian el exército de los amigos partido por alas, pusieron en la delantera, et en socorro dos legiones Romanas. Lucio Furio regia la ala derecha, et Marco Cecilio las legiones, y Lucio Valerio regia los caballeros, El Pretor tenia consigo otros dos Legados, conviene saber, á Cayo Lectorio y

Publio Titinio, con los quales pudiese proveer et salir á todos los encuentros de los enemigos. Al principio pensaron los Franceses, que ayuntando toda su multitud en un lugar, que desbaratarian y matarian toda la ala derecha que estaba primera. E no lo podiendo hacer, trabajaron de cercar, y abrazar con las alas la esquadra de los enemigos, porque les parecia cosa ligera siendo ellos muchos y los otros pocos. Viendo esto el Pretor, porque él tambien tendiese su esquadra, cercó con sus dos legiones de socorro la parte derecha y izquierda de la ala que peleaba en la primera esquadra, y votó un templo á Júpiter, si aquel dia vencia los enemigos. E mandó á Lucio Valerio que por una parte metiese los caballeros de las dos legiones, por la otra los caballeros de los amigos en las alas de los enemigos, y que no sufriese, que cercasen la esquadra. E luego que él vido desguarnecida la media esquadra de los Franceses separadas las alas, mandó ayuntar todas las banderas, y dar sobre los enemigos. E la gente de caballo luego desbarató las alas, y la de pie á los del medio. E como á todas partes fuese gran matanza, los Franceses volvieron las espaldas, y desbaratados tornábanse á su real. E los de caballo los persiguieron primero, et despues las legiones hasta el real, et allí pelearon, et no huyeron seis mil, et fueron muertos et presos mas de treinta y cinco mil con setenta banderas, et fueron tomados mas de docientos carros Franceses cargados de mucho despojo. E Amilcar, Capitan Africano, fue muerto en aquella batalla, y tres nobles Capitanes de los Franceses. Los captivos Placentinos eran casi dos mil, et fueron restituidos á sus ciudadanos. E sabida esta gran victoria en Roma por cartas, alegró mucho la ciudad, y ordenaron de hacer suplicacion á los Dioses por tres dias. En esta batalla murieron de los Romanos, et de sus amigos quasi dos mil, y los mas de la ala derecha, sobre la qual al pri-

mero encuentro dieron muchos de los enemigos. E como quiera que el Pretor desbarató los Franceses, mas tambien el Consul Cayo Aurelio, acabadas en Roma las cosas que debia hacer, se vino para Francia, y recibió del Pretor el exército vencedor.

CAPITULO VIII.

De lo que se hizo en Grecia por el otro Consul, y de como los Romanos tomaron á Calcis, Ciudad de la isla Euboea, que agora se llama Negroponte, y de como el Rey Filipo vino sobre Athenas.

Y llegando el otro Consul casi á la fin del otoño á la provincia, tenia el invierno acerca de Appolonia. E Cayo Claudio y las galeas Romanas que de la armada que estaba en Corcyra, segun habemos dicho, fueron enviadas á Athenas, como allegaron á Pyreo, pusieron gran esperanza en los amigos, que ya desconfiaban; porque las corridas y cavalgadas de tierra, que de Corintho por Megara solian ser hechas en los campos, ya no se hacian, et las naos de los corsarios de Calcis, que no solo hacian enemigo el mar á los Athenienses, mas tambien á todos los campos Marinos, no osaban pasar á Sunio, ni salir del estrecho al alto mar. Sobrevinieron á estas tres galeas de Rodas, et habia tres naos Athenienses dispuestas para defender las costas. E contentándose Claudio, que con esta armada pudiese defender la ciudad et campos de los Athenienses, ofreciósele fortuna de cosa mayor, esto es, que ciertos hombres desterrados de Calcis, y echados por injurias de los del Rey, le dixeron que sin batalla podia tomar á Calcis; ca los Macedones, porque no tenian temor de ser cercados de los enemigos, iban derramados, et los de la ciudad confiando de los Macedones no curaban de

la guardar. Por estas palabras partió Claudio, y como quiera que á buen tiempo habia venido á Sunio, que de allí podia ir á las primeras estrechuras de Euboea, mas por no ser visto si pasára el promontorio, detuvo la armada en la playa hasta la noche, et en anocheciendo secretamente, y antes del dia, allegó á Calcis. Y por la parte donde la ciudad era muy poco freqüentada, con poca gente y escalas tomó la primera torre, y el muro acerca de ella, estando en unas partes las guardas durmiendo, et en otras no habiendo guardas. Y de allí pasando á lo mas poblado, et matando las guardas, et quebrando la puerta, recibieron la otra multitud. E despues corrieron por toda la ciudad acrecentando el alboroto, porque acerca la plaza habian echado fuego, et quemaron los graneros del Rey, et el almacen de las armas con gran aparejo de pertrechos y otra artilleria. E comenzaron despues á hacer grande matanza, asi en los que huian, como en los que resistian. E no quedó ninguno que fuese hombre de guerra, que no muriese ó fuyese. Tambien murió aquí Sopatro de Acarnania, Capitan de la guarda. Todo el despojo fue levado á la plaza, despues á las naos. E los de Rodas quebraron la puerta de la carcel, et libraron los captivos, los quales Filipo habia cerrado como en recia guarda. E despues derribaron muchas casas y palacios grandes, y destruyeron las estatuas del Rey, y haciendo señal á recoger se volvieron á gran priesa á las naos, y se tornaron á Pyreo de donde habian venido. E si fuera tan grande el exército, et el número de los soldados Romanos que pudieran tener á Calcis, et no desamparar á Athenas, luego en el princípio de la guerra fueran quitadas al Rey Filipo dos grandes fuerzas, es á saber, Calcis et el estrecho de Euripo; porque asi como por tierra la estrechura de las sierras de Termopilas encierra á Grecia, asi el estrecho encierra el mar.

Entonces el Rey Filipo estaba con todo su exército en Demetriade, donde en sabiendo la perdicion de la ciudad de Calcis amiga suya, aunque su socorro era muy tarde, et toda la diligencia vana, mas buscando la venganza, que es propinqua al socorro, fue á gran priesa con cinco mil peones, et trecientos de caballo, gente muy escogida et para tal arrebato necesaria, á Calcis, pensando que podria desbaratar á los Romanos. E perdida toda esta esperanza, et no viniendo á otra cosa sino á ver la ciudad desamparada de los moradores, et medio destruida et quemada, dexó allí poca gente para enterrar los muertos. E tan aquejamente quanto habia venido, pasando el estrecho por puente, fue á Athenas por Beocia, pensando que haria otro tanto quanto los Romanos. E lo hiciera, sino que un atalaya, si quier espia, que los Griegos dicen hemerodromos, y caminan mucho en un dia, habiendo visto la gente del Rey Filipo de un lugar alto, de noche llegó á Athenas, donde estaba el mismo sueño, et la misma negligencia et descuido que pocos dias antes habia sido la causa de la perdicion de la ciudad de Calcis. E despertados todos los de la ciudad por la apresurada nueva, el Pretor de los Athenienses, et Dioxippo, Capitan de la gente de sueldo, llamando la gente de armas á la plaza, mandaron del Castillo tañer una trompeta, para que todos supiesen que los enemigos venian; de manera que de todas partes corrian á los muros, et á las puertas de la ciudad. E dende á pocas horas, aunque algo antes del dia, allegando Filipo, vistas muchas lumbres, et oido el ruido de los de la ciudad que estaban, como en tales cosas suele ser, alborotados, hizo parar sus banderas, et mandó que la gente reposase, esperando que usaria claramente de su poderio, pues la astucia y engaño no le habia valido. E despues fue á la puerta llamada Dipylos, que estando casi en la boca de la ciudad, es algo mas ancha et mayor

que las otras puertas; et dentro et fuera de ella hay calles anchas, que los de la ciudad podian levar su hueste de la plaza á la puerta, et de fuera, la calle que va casi mil pasos á la escuela de la Academia, daba espacio libre á la gente de pie et caballo de los enemigos. Por aquella calle los Athenienses, con la guarnicion de Attalo et la capitanía de Dioxippo sacaron sus banderas, habiendo ordenado dentro de la puerta la esquadra. Y como vido esto Filipo, pensando que ya tenia los enemigos en su poderio, et que se hartaria de la matanza tan deseada, ca mayor enemigo era de Athenas, que de qualquiera otra ciudad de Grecia, amonestó á sus caballeros, que peleasen mirando á él, et que supiesen que las banderas et esquadra debia estar donde estuviese el Rey, et arremetió con su caballo, no tanto alzado por la ira, quanto por la gloria, porque tenia por cosa muy excelente que lo viesen pelear de los muros que estaban llenos de gente. Y pasando adelante con pocos caballeros en medio de los enemigos, pulso en los suyos mucho encendimiento, et en los enemigos temor, siguiendo et retrayendo hasta la puerta á muchos heridos con su mano de cerca et de lejos, et matando muchos en la entrada de la ciudad. E de este atrevido et loco comienzo, tuvo segura la vuelta, porque los que estaban en las torres de la puerta, se detenian de echar armas por no herir á los suyos que estaban mezclados con los enemigos. Despues viendo que los Athenienses tenian á los suyos dentro de los muros, mandó hacer señal á recoger, et asentó el real acerca de Cinosarges, que era templo de Hércules, rodeado de una escuela et un bosque. Mas quemó á Cinosarges et el bosque, et todo quanto era santo et ameno acerca de la ciudad, et derribó, no solo las casas, mas tambien las sepulturas: ni por la grande et desenfrenada ira, dexó de destruir qualquiera cosa divina et humana.

CAPITULO IX.

De como el Rey Filipo fue al ayuntamiento de los Acheos, y de como tornó sobre Pyreo, y destruyó los campos et templos de los Atenienses.

El dia siguiente como vido el Rey primero las puertas cerradas, et despues abiertas, porque el socorro de Attalo habia venido de Egina, et los Romanos de Pyreo habian entrado en la ciudad, retráxo su real casi á tres millas de la ciudad. De allí fue á Eleusina, con esperanza que adeshora tomaria el templo et castillo que estaba encima, et cercaba el templo. Y viendo que las guardas estaban bien apercibidas, y que la armada de Pyreo venia á los socorrer, dexándolo comenzado se fue á Megara, et luego á Corintho. Y oyendo que los Acheos hacian ayuntamiento en Argos, no pensándolo ellos, sobrevino al ayuntamiento. Consultaban en aquel consejo de la guerra contra Nabis, tirano de los Lacedemonios, el qual, traspasado el mando de Philopemenes á Cicliades, Capitan no igual con él, viendo desvanecidos los socorros de los Acheos, rehacia con diligencia la guerra, et destruia los campos de los comarcanos, et ya ponia espanto en las ciudades. Y tratando ellos quanta gente de pie, ó de caballo harian de qualquiera ciudad contra este enemigo; Filipo les prometió que él les quitaria el cuidado de lo que convenia á Nabis et á los Lacedemonios, y que no solo quitaria el talar et robar de los campos, mas que traspasaria todo el espanto y temor de la guerra contra la misma Lacedemomia levando luego su hueste allá. E como ellos oyesen esta habla con gran consentimiento, díxoles: ›› En tal manera es razon que yo con mis armas defienda vuestras co›› sas, que en este medio las mias no carezcan de socorro;

„por ende, si os parece, haced tanta gente quanta sea me„nester para defender á Oreo y á Calcis, y á Corintho, „porque teniendo los mios defendidos á las espaldas yo se„guro haga la guerra á Nabis y á los Lacedemonios. Bien „conocieron los Acheos, á donde iba este ofrecimiento del „Rey, y la ayuda ofrecida contra los Lacedemonios, ca bus„caba de sacar como en rehenes los mancebos de Peloponeso „para poner la gente en la guerra Romana." El Pretor de los Acheos que habia nombre Cicliadas, pensando que no convenia reprocharselo, diciendo solamente que no era licito por las leyes de los Acheos tratar de otras cosas, sino de aquellas porque habian sido ajuntados, hizo decreto de hacer exército contra Nabis. En esta manera siendo hasta entonces tenido por adulador del Rey, despidió el ayuntamiento, hecho esforzada y libremente. Entonces Filipo caído de gran esperanza, haciendo unos pocos soldados voluntarios se fue á Corintho, y á la tierra Attica.

En estos mismos dias que Filipo estuvo en Achaya, Philocles su Capitan fue con dos mil hombres de Tracia y de Macedonia á destruir los campos de los Athenienses, y delante de Eleusina traspasó el bosque de Cytheron. Y enviando de allí parte de la gente á robar los campos, con la otra parte se puso en celada en un lugar convenible, para que si saliesen del castillo de Eleusina contra los suyos que iban á robar, acometiese él adeshora á los enemigos derramados. No los engañó su celada; et porende llamando á los que habia enviado, y ordenándolos, fue á combatir el castillo. Y de allí se fue bien escarmentado, y ayuntóse con Filipo, que venia de Achaya. Y tambien el mismo Rey tentó de dar combate al castillo. Mas las naos Romanas que venian de Pyreo, y el socorro que habia entrado, le forzaron dexar lo comenzado. El Rey partiendo el exército envió á Philocles con la una parte á Athenas, et él con la otra se fue á Pyreo, porque Philocles allegándose á los muros, et ame-

nazando de dar combate, detuviese los Athenienses en la ciudad, et ansi el tuviese lugar de combatir á Pyreo dexado con poca guarda; mas no le fue mas ligero el combatir á Pyreo que á Eleusina, defendiendolo casi los mismos. De Pyreo se fue ádeshora á Athenas, de donde fue luego echado con subita salida de gente de pie et de caballo entre las estrechuras del muro medio derribado, el qual con dos brazos ayunta Pyreo á Athenas. E dexando el combatir de la ciudad, otra vez partió el exército con Philocles, et fue á destruir los campos; et como hobiese exercitado la primera destruicion en derrivar las sepulturas cerca de la ciudad, por no dejar ninguna cosa sin daño, mandó derribar y quemar los templos de los Dioses, que tenian consagrados por las aldeas. E dió materia á este furor la tierra Atheniense adornada maravillosamente de aquella manera de obras, asi por la abundancia de marmor, como de ingenios de artifices. Y no solo se contentó de derribar los templos y imagenes y estatuas, mas tambien hizo quebrar las piedras, porque enteras no sirviesen para rehacer las destruiciones. Y despues no tanto satisfecha la ira, quanto faltandole materia de la poder exercitar, del campo de los enemigos se fue á Beocia, ni hizo otra casa digna de memoria en Grecia.

CAPITULO X.

De como Apustio Legado Romano tomó muchos lugares en Macedonia, y desbarató el Capitan del Rey Filipo; y de como el Rey envió sus embaxadores á los Etolos.

EL Consul Sulpicio tenía en este tiempo su real entre Appolonia et Durazo á cerca del rio Apso, á donde hizo venir á Tito Apustio su Legado, y con parte de la hueste lo envió á destruir los campos de los enemigos. E Apustio talando los fines de Macedonia, en la primera entrada

tomó estas villas, conviene saber, á Corrago, y Gerrunio, y Orgesso. E fuese para Antipatria, cuidad puesta en lugares angostos, y trabajó primero de los atraher á la amistad de los Romanos llamando los principales á habla. Mas despues viendo que teniendo ellos confianza de la grandeza y muros et asiento de su ciudad, no hacian caso de sus dichos, combatiólos con armas y esfuerzo, et tomó la ciudad. E matando todos los mayores de catorce años, dió á los hombres de guerra todo el despojo, et hizo derribar los muros; et quemar la ciudad. Este espanto hizo que Codrio una villa bien fuerte et guarnecida, sin esperar combate se diese á los Romanos. Y fue tomada por fuerza una villa llamada Ilon, mas conocida por otra villa de Asia que tiene el mismo nombre, que por sí.

E tornandóse el Legado para el Consul con gran despojo, un Capitan del Rey Filipo llamado Athenagoras le salió detras al pasar de un rio, y turbó los postreros. E como el Legado, á las voces de aquellos, corriendo con su caballo mandase volver las banderas, y enderezase la esquadra, los del Rey no pudieron sufrir el encuentro de los Romanos. E asi muchos de ellos fueron muertos, et los mas presos. El Legado trayendo el exército salvo al Consul, luego fue enviado á la armada. Siendo esta guerra comenzada con bien aventurada salida, los principales vecinos de los Macedones vinieron al real Romano, conviene saber, Pleurato hijo de Serdileto, et Aminandro Rey de los Athamanes, y de los Dardanos, Bato, hijo de Longaro, el qual habia por sí tenido guerra con Demetrio padre de Filipo. E ofreciendo todos estos ayuda al Consul, respondióles él que quando levaria el exército contra Macedonia, se serviria de la ayuda de los Dardanos et de Pleurato. Y encomendó á Aminandro, que moviese les Etolos para la guerra; y mandó á los embaxadores del Rey Attalo, que en aquel tiempo habian venido, que el Rey esperase en Egina, donde

tenia el invierno, la armada Romana, et ayuntandóla con la suya hiciese guerra al Rey por mar, como antes habia hecho. Tambien envió embaxadores á Rodas, para que tomasen parte de la guerra. Y no se aparejaba con menor diligencia Filipo, que ya era llegado á Macedonia, para ella; ca envió su hijo Perseo bien mozo á ocupar los estrechos que son acerca de Palegonia, dandole de sus amigos hombres que regiesen su edad. E derribó á Sciato et á Pepareto ciudades bien principales, porque la armada de los enemigos no las robase, et envió embaxadores á los Etolos, porque con la venida de los Romanos no se mudasen aquellas gentes inquietas. El ayuntamiento de los Etolos, que llamaban Panetolio habia de ser en dia cierto. E para hallarse en él los embaxadores del Rey apresuraron su camino, y el Consul envió por embaxador á Lucio Ruffo Purpurio. E tambien vinieron á ellos los embaxadores de los Athenienses. Y fueron primero oídos los Macedones, con los quales la alianza era mas reciente. Estos dixeron que ninguna cosa traían de nuevo, pues no habia cosa alguna nueva, sino que debian guardar la paz hecha con el Rey Filipo, habiendo probado por experiencia la compañia de los Romanos no provechosa; et dixo uno de los embaxadores. » Quereis por ventura vo» sotros mas imitar la licencia de los Romanos, ó no sé si di» ga vanidad? Estos, como hayan mandado en Roma respon» der á vuestros embaxadores: para que venis á nosotros, sin » cuya autoridad habeis hecho paz con el Rey Filipo; ellos » mismos agora os piden que hagais guerra contra Filipo. » E primero fingian que por vuestra causa, et por os de» fender habian tomado la guerra contra Filipo; agora no » quieren que esteis en paz con él. Al principio entraron en » Sicilia para socorrer á Mecina, y otra ver por librar de » los Carthagineses á Syracusa, et han sojuzgado á su im» perio la provincia, haciendola tributaria. Y asi, como vo» sotros haceis ayuntamiento en Naupacto por vuestras leyes

„y por los oficiales hechos por vosotros, para escoger á „vuestra voluntad los amigos, ó enemigos, et tener paz, „ó guerra á vuestro albedrio, asi á las ciudades de Sicilia es „mandado el ayuntamiento por el Pretor Romano en Mecina, ó en Syracusa, ó en Lilybeo. Vienen alli llamados „los Sicilianos, y ven el Pretor cercado de Lictores, ó „maceros, asentado en una silla alta haciendo derechos so„berbios; las vergas estan sobre las espaldas de ellos, las „segures en las cervices, y cada año mudan señor. Ni de„ben, ni pueden maravillarse de esto como vean sojuzga„das al mismo imperio las ciudades de Italia, conviene sa„ber á Rhegio, Tarento, y á Capua, sin hablar de las ve„cinas por cuya destruicion la ciudad de Roma ha sido acre„centada. Capua por cierto, sepultura del pueblo Campano, „siendo el pueblo ó muerto, ó desterrado, queda ciudad sin „Senado, sin pueblo, et oficiales, dexada para mas cruel „morada que si fuera del todo derribada. Muy gran locura es „esperar, que alguna cosa deba durar en un mismo ser y esta„do con unos hombres mas apartados en la lengua y costum„bres et leyes, que en el espacio de tierra, et de mar: quan„do os parece que el Reyno de Filipo es contra vuestra li„bertad, el qual como por vuestro merecimiento os fuese „enemigo, ninguna otra cosa os pidió sino paz, y hoy desea „la fe de la paz firmada. Acostumbrad de poner en estas tier„ras capitanías extrangeras, y tomad el yugo, ca quando „terneis á los Romanos por señores, tarde y en vano busca„reis la amistad de Filipo. Bien ligeras son las causas que á „los Etolos, Acarnanes, et Macedones hombres todos de „una lengua dividen et ayuntan, et no duran mucho tiem„po; pero todos los Griegos tienen et tendran guerra para „siempre con extrangeros et barbaros, ca son enemigos por „la naturaleza que es perpetua, y no por causas que cada „dia se mudan. Mas porque mi oracion acabe donde co„menzó, vosotros mismos seis los que agora tres años fir-

„ masties la paz con el Rey Filipo, reprochando la de los „ Romanos, que agora la quieren turbar. Y pues que la „ fortuna no ha hecho mudanza, no veo porque vosotros la „ habeis de hacer."

CAPITULO XI.

De la oracion ó habla que hicieron los embaxadores de los de Athenas et Romanos en el consejo de los Etolos.

Despues de los Macedones, queriendolo asi los embaxadores Romanos, entraron los de los Athenienses, los quales habian sufrido cosas muy feas, et mas justamente podian quejarse de la crueldad, y ferocidad del Rey. Estos lloraron delante todos la miserable destruicion de sus campos, et no se quejaban de haber sufrido del enemigo cosas enemigas, porque ya eran entre los hombres derechos algunos de la guerra, los quales como se pueden hacer, se pueden recibir, como son quemar sembrados, derribar casas, robar ganados y otras cosas, y tomar presos los hombres et mugeres, que son cosas mas miserables para quien las sufre, que indignas. Mas quejabanse, que el que llamaba á los Romanos, barbaros et extrangeros, en tal manera habia ensuciado las cosas sagradas et no sagradas, que en el su primero talar habia hecho guerra escelerada et maldita contra los Dioses del infierno, et en el segundo contra los Dioses del cielo: ca en sus términos habia derribado todas las sepulturas, et sacado los huesos fuera, et que todos los cuerpos muertos estaban sobre la tierra, et habia encendido todos los templos en las aldeas et castillos, donde los habian conservado sus mayores aun despues de juntarse en una ciudad; de manera que las estatuas de los Dioses estaban quebradas y medio quemadas en las puertas derribadas de los templos. Y que de la manera que habia tratado la tierra de Athenas tan ornada,

et tan rica en los tiempos pasados, que lo mismo haria si pudiese en Etolia et en toda Grecia; et que su ciudad pasára la misma crueldad si los Romanos no la socorrieran, porque con la misma maldad habia ido sobre la ciudad, y sobre la Diosa Minerva defensora de aquella fortaleza; y con la misma crueldad habia tratado el templo de Ceres en Eleusina, et á Jupiter, et Minerva de Pyreo, et que echado no solo de los templos de ellos, mas tambien de los muros habia sido cruel contra los templos que con la sola religion se defendian. E por esto que rogaban et suplicaban á los Etolos, que habiendo compasion de los Athenienses, teniendo por guiadores á los Dioses inmortales, et despues á los Romanos, que podian mucho despues de los Dioses, tomasen la guerra. Y en acabando estos de hablar comenzó el Embaxador Romano su oracion en esta manera.

Toda la forma de mi oracion han mudado primero los Macedones, et despues los Athenienses; porque viniendo yo á me quejar de las injurias, que Filipo ha hecho contra tantas ciudades amigas nuestras, acusando los Macedones en su principio á los Romanos, han hecho que yo tome primero la defension nuestra, que la acusacion suya; y los Athenienses representando las esceleradas, y bestiales crueldades del Rey Filipo contra los Dioses del cielo et del infierno, no han dexado cosa alguna á mí, ni á otro que mas podamos de él decir. Pensad que de esto mismo se quejan desde la Achaya los Chios, Abidenos, Eneos, Maronitas, Thasios, Parios, Samios, Larissenses, Messenios, y aun se quejan de cosas mas crueles et graves aquellos, contra los quales tuvo mayor facultad de dañarles. E á lo que á nosotros toca, si no son cosas dignas de gloria, confieso que no se pueden defender. Ha traido contra nosotros á Rhegio, Capua et Syracusa. En la guerra del Rey Pyrrho, rogandonos los de Rheio, enviamos una legion para defender su ciudad, la qual con mucha maldad la poseyó yendo á defenderla. Decidme

vosotros, si tuvimos por bueno esta cosa. No por cierto: antes perseguimos con guerra á nuestra malvada legion, et traída á nuestro poderio hicimos que con sus espaldas y cuellos pagase la pena merecida. E tornamos á los de Rhegio su ciudad et campos et todas sus cosas, con la libertad et sus leyes. A los de Syracusa oprimidos por tiranos extrangeros, que era cosa menos digna, socorrimos, et por librar la ciudad tan rica, pasamos quasi tres años muchos trabajos por mar et por tierra. E como los mismos de Syracusa quisiesen mas servir á tiranos, que ser tomados por nosotros, con las mismas armas que la tomamos, les volvimos su libertad et ciudad. No negamos que Sicilia sea nuestra provincia, et las ciudades quantas fueron en la parte de los Cartagineses, et concordes con ellos nos hicieron guerra, que no sean tributarias nuestras. Antes por el contrario queremos que vosotros et todas las gentes sepan, que la fortuna está en nuestra mano por cada uno segun lo que merece. ¿Pues nos arrepentiremos de la pena y castigo de los Campanos, de la qual ni ellos se pueden quejar? Estos habiendo nosotros hecho guerra contra los Samnites por defenderlos casi setenta años con muchas destruiciones nuestras, et ayuntandolos con nosotros, primero en alianza y en matrimonios, y despues en parentescos, y á la postre en nuestra ciudad, fueron los primeros de todos los pueblos de Italia, que en nuestra adversidad matando nuestra guarnicion se ayuntaron con Anibal. E despues ayrados porque los teniamos cercados, enviaron á Anibal á combatir á Roma. De estos sino quedára hombre alguno, ó su ciudad, ¿quién diría que no fuese bien ordenado segun su merecimiento? Y mas se mataron por sí mismos por la conciencia de sus maldades, que nosotros quisimos castigar. E á los otros de tal manera les quitamos la ciudad y campos, que les dimos campos et lugar para morar, y dexamos la ciudad que no tenia culpa en su estado; de manera que quien hoy la viere, no hallará en ella señal de ser tomada y combatida.

Mas ¿para qué hablo yo de Capua, quando habemos dado libertad á Cartago vencida et tomada? Mayor peligro tenemos perdonando ligeramente á los vencidos, que por ello despertemos á muchos á querer experimentar contra nosotros la fortuna de la guerra. Esto he dicho por nuestra defension. E lo que agora diré será contra Filipo, del qual, quanto vosotros sois mas vecinos de Macedonia, tanto sabeis mejor las muertes que ha hecho en parientes et amigos, et la luxuria de que usa, que es sobre toda la naturaleza humana. Lo que á vosotros Etolos conviene, nosotros por vuestra causa habemos tomado la guerra contra Filipo, vosotros sin nosotros habeis hecho con él paz. Por ventura direis que estando nosotros ocupados en la guerra Africana, vosotros forzados por temor habeis hecho paz con él, porque era mas poderoso; pues nosotros teniendo otras cosas mayores entre las manos habemos dexado de hacer la guerra, de que vosotros no curastes. E agora, con la misericordia de los Dioses acabada la guerra Africana, con todas nuestras fuerzas habemos venido sobre Macedonia, et vosotros teneis facultad de os restituir á nuestra amistad y compañia, si no quereis antes morir con Filipo, que vencer con los Romanos.

CAPITULO XII.

De lo que el Pretor de los Etolos respondió á los embaxadores susodichos, y de lo que en este medio hizo el Rey Filipo, et el Consul Romano.

Como estas cosas fuesen dichas por el Embaxador Romano, los ánimos de todos se inclinaron á la parte de los Romanos. E Demetrio Pretor de los Etolos, habiendo tomado segun era fama, dineros del Rey, no consintiendo á una parte ni á otra, dixo que ninguna cosa de gran peligro era tan enemiga á los consejos, quanto el mucho apresuramiento, al

qual se sigue muy presta penitencia ; pero tardia et inutil, quando los consejos aquejados, y súbitos no pueden ser vueltos atras, ni restituirse al comienzo. E que por tanto que podian determinar tiempo para hacer aquella deliberacion con la madurez que juzgaba conveniente; y que pues estaba defendido por las leyes que no tratasen de paz ni de guerra, si no en el ayuntamiento Panetolico y Pylaico; porende que determinasen luego, que quando el Pretor quiera tratar de paz y de guerra llame el consejo, para que entonces se trate y se delibere de manera que sea lo hecho asi verdadero, como si fuese ordenado en ayuntamiento Panetolico y Pylaico. Enviando en esta manera los embaxadores sin respuesta cierta, dixo á los suyos, que bien habian provehido y consultado, porque con este consejo se inclinarian á la parte que mejor fortuna de guerra tendria. Estas cosas fueron tratadas en el ayuntamiento de los Etolos. E Filipo con mucha diligencia aparejaba la guerra por tierra y por mar, y juntaba la armada de mar en Thessalia en la ciudad Demetriade, pensando, que el Rey Attalo, y la armada Romana en el principio del verano saldrian de Egina. Hizo Capitan de las naos y de la costa de mar á Heraclides, al qual ya antes habia hecho Capitan, et el hacia gran aparato por tierra, creyendo que habia quitado á los Romanos dos grandes socorros, de una parte los Etolos, y de otra los Dardanos habiendo cerrado los estrechos de Pelagonia su hijo Perseo. El Consul no aparejaba, mas antes hacia la guerra, llevaba su exército por los términos de los Dassaricios, trayendo entero todo el trigo que habia sacado de las estaciones de invierno, porque los campos le daban harto para su gente. E las villas y lugares se le daban, parte por voluntad, parte por temor. E algunas tomaba por fuerza, otras hallaba desamparadas huyendo los barbaros á los montes. El Consul puso su asiento cerca del rio Bevo junto al rio Lyco; y de allí enviaba á traer trigo de los graneros de los Dassaricios.

El Rey Filipo hallaba todos los campos y tierras gastadas, y muy gran espanto en los hombres, mas no sabiendo por donde iba el Consul, envió una ala de caballeros para ver á donde estaban los enemigos. El mismo error era en el Consul, ca sabia que el Rey habia salido de donde habia tenido el invierno, mas ignoraba por donde iba. Y tambien él habia enviado espias. Estas dos alas despues de haber andado por caminos inciertos por los Dasaricios, á la postre se encontraron en un camino. Y en oyendo los relinchos de los caballos, et el ruido de los hombres, conocieron de una parte y de otra ser enemigos; et asi, antes de se ver, habian desembargado los caballos y armas. Y en viendose unos á otros, no tardaron de se acometer. E por ventura como de cada parte eran escogidos, no eran desiguales, ni en el numero, ni en la virtud. Pelearon algunas horas, y cansados ellos y los caballos, se departieron sin victoria determinada. De los Macedones murieron quarenta caballeros, y de los Romanos treinta y cinco. Ni por esta escaramuza los unos llevaron cosa mas cierta al Rey, ni los otros al Consul, donde hubiesen hallado los enemigos; mas supose por los fugitivos, los quales en todas las guerras dá la liviandad de los ingenios, para conocer las cosas de los enemigos. E Filipo pensando que aprovecharia para ganar el amor de los suyos, y porque de mayor voluntad se pusiesen al peligro, si tuviese cuidado de enterrar los caballeros que eran muertos en el campo, mandólos traer al real, porque todos viesen la honra de lás sepulturas. No hay cosa tan incierta, ni tan impenetrable como los animos del pueblo, ca lo que parecia que los debia hacer mas prontos para qualquiera pelea, les pusó temor et pereza, porque los que habian visto heridas hechas con saetas y pocas con lanzas, acostumbrados de pelear con Griegos y Illiricos, despues que vieron los cuerpos mutilados con espadas Españolas, los brazos cortados, y las cabezas separadas de los cuerpos, y del todo partidos los cue-

llos, et las entrañas abiertas, contemplaban con espanto y temor contra quien habian de pelear. Y tambien el mismo Rey tomó en sí espanto, no habiendo aun entrado en batalla igual con los Romanos: porende mandando llamar á su hijo y la guarnicion que tenia en los estrechos de Palegonia para ayuntarla con el exército, abrió camino para Macedonia á Pleurato, y á los Dardanos; y él con veinte mil peones y quatro mil de caballo, guiandolo los fugitivos, fue contra los enemigos. Y á poco mas de doscientos pasos del real Romano enfortaleció con vallado y baluarte un montecillo cerca del rio Athaco, y mirando el real Romano que estaba baxo, dicen que se maravilló de toda la forma del real, et de todas las cosas ordenadas por sus partes, asi de la ordenanza de las tiendas, como de los espacios de las calles, et dixo que aquel real á ninguno pareceria ser de barbaros.

CAPITULO XIII.

De como los del Rey Filipo se encontraron con algunos de los Romanos, y fueron desbaratados, y el Rey salió sobre los que andaban á buscar trigo.

Dos dias el Consul et el Rey estuvieron esperando, cada uno lo que el otro haria, y detuvieron la gente dentro los reales. El tercero dia el Romano sacó toda la hueste al campo, et el Rey temiendo tan súbitamente arriesgar toda la batalla, envió quatrocientos Tralles, que es linage de Illiricos, como en otro lugar ya es dicho, y trescientos Cretenses, ayuntandoles igual número de caballeros, dandoles por Capitan á Athenagoras uno de sus privados et de su palacio, para mover los caballeros de los enemigos. Esta esquadra estaba poco mas de quinientos pasos apartada de los Romanos, et el Consul envió dos alas de caballeros y los Velites, para que los caballeros et peones fuesen iguales en

cuento con los enemigos. Los del Rey creyeron que seria la pelea, segun ellos lo acostumbraban, que los caballeros á veces siguiendo, otras huyendo feririan et se retraerian, et quela ligereza de los Illiricos les oprovecharia para corridas et ímpetus súbitos, et los Cretenses echarian las saetas contra los enemigos que vernian derramados. Esta manera de pelear turbó el arremetimiento de los Romanos, no mas recio que pertinaz, porque no era menor que si peleáran con toda lo hueste. Los Velites, echadas las lanzas, peleaban con las espadas, y los caballeros luego que arremetieron, unas veces peleaban con los caballos, otras descavalgaban, et peleaban mezclados con los peones; de manera que los caballeros del Rey no acostumbrados de batalla firme, no eran iguales con los Romanos, ni los peones usados de correr que estaban medio desarmados, no sufrian la fuerza de los Romanoss armados con escudos y espadas asi para defenderse como para herir en los enemigos. Y asi no pudieron sostener la pelea, et no se defendiendo con otra cosa sino con la ligereza, huyeron á su real. Y despues dexando pasar un dia, queriendo el Rey pelear con todo el exército de caballeros et de armas ligeras, en la noche escondió entre los dos reales en lugar dispuesto para celada los adargados, que llaman Peltatos; et mandó á Athenagoras et á los caballeros, que si la fortuna viniese á cuento en batalla abierta, usasen de ella, et si no, retrayéndose poco á poco, atraxesen los enemigos al lugar de la celada. La gente de caballo se retraxo: los Capitanes de la gente adargada no esperando bien la señal, moviendo los suyos antes de tiempo, perdieron la ocasion de vencer; y los Romanos vencedores en la batalla abierta, y libres de las asechanzas de la celada, volvieron á su real. El dia siguiente el Consul salió á la batalla con toda la hueste, poniendo los elefantes delante las primeras banderas; ca entonces comenzaron á usar de ellos

ls Romanos porque tenian algunos que habian tomado en la guerra Africana. Mas el Rey Filipo no salió entonces, antes se detuvo en su real; et el Consul se acercó reprehendiendo su temor. El Consul viendo que ni asi tenia manera de pelear, y porque estando los reales tan cerca el uno del otro, no podian ir á buscar trigo, porque los caballeros luego saldrian sobre la gente tendida por los campos, mudó el real á ocho millas de allí en un lugar llamado Octolopho, pensando que de allí seria menos peligroso el ir á burcar el trigo.

Yendo, pues, los Romanos por los campos á buscar trigo entretanto que se retiraban, el Rey primero detuvo su gente dentro el real, porque los enemigos tomasen osadia con negligencia; mas despues que los vido derramados, salió muy presto corriendo con toda su caballeria, et puso las banderas entre el real Romano et los que iban por los campos. Despues envió una parte contra los de los campos dándoles señal que ninguno dexasen vivo, et él quedóse con la otra parte, et tomó los caminos por donde los enemigos habian de tornar á su real. E ya á todas partes habia muertes et huir, et ningun mensagero de tan gran mal aun habia ido al real Romano, porque los que huian caian, donde el Rey estaba, et mas morian por los que tenian tomados los caminos que por los enviados á los campos. E á la postre algunos que se libraron, contaron en el real Romano, mas el alboroto, que cierta nueva. El Consul mandó á los caballeros que les fuesen á socorrer, et él sacó las legiones del real, et con la esquadra quadrada se fue contra los enemigos. Los caballeros derramados por los campos, algunos se extraviaron engañados por las voces que oian en diversos lugares, otros encontraron con los enemigos, y en muchos lugares se travó pelea. La estacion del Rey hacia muy cruel batalla, porque en la multitud de caballeros et peones era quasi exército cum-

plido, et muchos de los Romanos caian en él, porque tenia cercado el camino del medio. Y tambien los Macedones eran mejores, porque el Rey estaba delante amonestándoles, et los Cretenses de socorro herian súbitamente á muchos peleando ellos ayuntados et aparejados contra los derramados. E si tuvieran modo en el perseguir, no solo alcanzáran gloria de la presente batalla, mas tambien dieran fin á la guerra. Mas pasando adelante con la cobdicia de matar sin templanza, cayeron en las legiones Romanas que habian pasado adelante con los Tribunos de caballeros; et los caballeros Romanos que huian, luego que vieron las banderas de los suyos, volvieron los caballos contra los enemigos, et en un momento de tiempo se mudó la fortuna de la guerra, volviendo las espaldas los que poco antes perseguian. Muchos fueron muertos encontrados de cerca, et muchos huyendo. E no solo murieron algunos con hierro et heridas, mas cayendo en las lagunas con los caballos, fueron hundidos en el cieno. Tambien el Rey estuvo en peligro, porque cayendo en tierra por ser el caballo mal herido, faltó bien poco que no fue muerto. Ayudóle un su cababallero, que apeandose le puso en su caballo para que huyese, y el caballero no pudiendo á pie seguir los de caballo que huian, fue muerto por los enemigos, que vinieron recios á la caida del Rey. El Rey yendo al derredor de las lagunas huyendo por camino et fuera de él con mucho temor, á la postre allegó á su real, no pensando los mas que se pudiera salvar. En esta batalla murieron docientos caballeros de los Macedones, y quasi ciento fueron presos, y ochenta muy ornados caballos fueron juntamente presos con los despojos de las armas.

Fueron algunos que dixeron que en este dia el Rey habia sido temerario, y el Consul perezoso, ca Filipo se debia detener, pues sabia que en pocos dias los enemigos se verian en mucha necesidad de vituallas, et el Consul

pues habia desbaratado toda la hueste de los enemigos, y quasi habia tomado al Rey, debia luego ir sobre el real, porque los enemigos quasi desbaratados no permanecerán en él, y asi en poco tiempo fueran combatidos. Esto es cosa mas ligera de decir que de hacer, como lo son otras muchas cosas; porque si el Rey saliera á la batalla con toda su hueste, por ventura entre el alboroto, como todos vencidos et espantados huyesen de la batalla dentro el baluarte, pudiera el Rey perder el real; mas como toda la gente de pie hubiese quedado en el real, y hubiese en él guardas y defensiones en las puertas, ¿qué otra cosa fuera ir sobre el real, sino imitar et seguir la necedad del Rey, por la qual un poco antes no sabiéndose templar habia sido desbaratado? Ni es de reprehender el primero consejo del Rey con el qual fue sobre los Romanos derramados por los campos, si pusiera templanza y diera fin á la victoriosa batalla. Tambien no es de maravillar que quisiese tentar la fortuna, porque era fama que Pleurato et los Dardanos con grande exército habian pasado en Macedonia, et si él fuera cercado destos grandes exércitos, creerse hia que los Romanos estando quedos, lo vencieran.

CAPITULO XIV.

De como el Rey Filipo se fue de noche de su real, y los Romanos se fueron tambien del suyo, y pasaron un monte que el Rey habia enfortalecido con gente de armas, porque no pudiesen pasar.

Pensando el Rey Filipo despues de dos batallas de caballeros, en las quales habia sido desbaratado, que su estada en estos lugares seria menos segura; queriéndose partir, y en su partida engañar á los enemigos, en poniéndose el sol, envió un embaxador al Consul, para que

le pidiese treguas para enterrar los caballeros muertos. Y en esta manera engañó á los enemigos, pues en la segunda vigilia, con mucho silencio se partió, dexando muchos fuegos encendidos por todo el real. Ya dormia el Consul quando le dixeron que un embaxador era venido et la causa de su venida, al qual hizo responder, que el dia siguiente de mañana le oiria, y le daria respuesta. Esto fue causa que la noche, y parte del dia siguiente dió tiempo á Filipo de arrebatar de recio su camino, y subióse á los montes, donde sabia que los Ronanos no irian con la hueste pesada. El Consul, en amaneciendo, envió el embaxador con las treguas dadas, y dende á poco fue avisado que el enemigo se habia ido; et no sabiendo por donde lo persiguiese, estúvose en el mesmo lugar algunos dias, enviando á traer trigo y otros panes. E despues fue á Stubera, et de Pelagonia tomó todos los panes que estaban en los campos, et de allí pasó á Pellina, aun no sabiendo donde eran idos los enemigos. Filipo asentóse primero acerca de Brunio; et despues dexando los caminos, fuese por unos montes, y puso súbito espanto en los enemigos. Y los Romanos levantáronse de Pellina, y asentaron el real acerca del rio Osphago. Y el Rey no estando muy lejos de allí, haciendo un baluarte sobre la ribera de un rio que los moradores llaman Erigono puso sus tiendas. E despues avisado que los Romanos irian á Eordea á tomar los pasos; porque los enemigos no pudiesen subir al paso angosto y fragoso, fuese delante. E allí enfortaleció unos lugares con baluartes, otros con piedras á manera de muro, otros con árboles puestos delante, asi como el lugar le ayudaba y hallaba materia para hacerlo. E asi, como él pensaba, hizo el camino que de su naturaleza era dificil, inexpugnable, poniendo por todos los pasos embarazos de artificios y obras. E la mayor parte de los montes y selvas era dañosa á la gente de pie de los Macedones, la qual

ningun provecho tiene en la guerra, sino quando pone delante, como un muro, los escudos con lanzas luengas, para lo qual es menester campo abierto y llano. Tambien las espadas muy luengas entre los ramos de los árboles empachaban et detenian á los de Thracia. Una esquadra de los de Creta estaba buena; mas si podía echar saetas á qualquiera caballo, ó caballero descubierto si alguno arremetia contra ellos, no tenian harta fuerza para pasar los escudos Romanos, ni habia alguno descubierto que pudiese herir. E como sintieron que estas armas eran vanas, derribaban sobre los enemigos las piedras que hallaban por todo el valle. Este derribar de piedras con el ruido mayor que hacia en los escudos, que el herir en los hombres, detuvo un poco los Romanos que subian. E despues no haciendo caso de ellas, los unos haciendo ingenios para se cubrir, subieron entre los enemigos, otros con poco rodeo subiendo á lo alto del cerro, echaron de las estaciones á los Macedones temerosos. E como los lugares eran dificiles para huir, mataron muchos de ellos. En esta manera los Romanos pasaron aquellos lugares angostos con menor batalla que pensaban, y llegaron á Eordea, donde talando á todas partes los campos, fueron á Elimea, et de allí fueron con ímpetu sobre Orestide, et tentaron de tomar la villa que es llamada Celetro, que está asentada quasi como isla, ca una laguna cerca los muros, et dexa una entrada angosta donde está el camino et paso para la villa. En el principio, confiando del asiento, cerraron las puertas, et quisieron resistir; mas despues quando vieron que venian las banderas de los enemigos, et que con pertrechos se allegaban á las puertas, et les tomaban la entrada, antes de querer experimentar batalla, se dieron por temor. E de Celetro pasaron á los Dasaricios, et tomaron por fuerza la ciudad de Pelio, et de allí sacaron los esclavos con toda la otra presa; mas los que eran li-

bres dexóles el Consul ir sin rescate, et les tornó su ciudad, poniendo primero en ella guarnicion recia et valiente, porque era ciudad dispuesta para hacer entradas et salidas súbitas contra Macedonia. Yendo en esta manera el Consul por las tierras de los enemigos, retraxo la hueste á lugares pacificos, conviene saber, á Appolonia, donde habia sido el comienzo de la guerra.

CAPITULO XV.

De como los Etolos y Athamanes, amigos de los Romanos, tomaron muchos lugares de los enemigos, et fueron despues desbaratados por el Rey Filipo.

Los Etolos y Acarnanes et Dardanos, y las muchas guerras salidas en diversos lugares, movieron á Filipo, et envió contra los Dardanos que ya se volvian de Macedonia á Athenagoras con los peones desembargados, y la mayor parte de los caballeros, et mandó que les saliese á las espaldas, y feriendo en la postrera esquadra los detuviese, porque no sacasen exércitos de su tierra. Democrito, Pretor de los Etolos, que en Naupacto fue autor de la tardanza para deliberar de la guerra, él mesmo en el ayuntamiento pasado los habia movido á las armas, despues de la fama de la batalla de los caballeros acerca de Octolopho, y del pasar de los Dardanos, et Pleurato con los Illiricos en Macedonia, y de la venida de la armada de los Romanos á Oreo, y sobre tantas gentes como rodeaban á Macedonia, declinóse con los Etolos á los Romanos por el cerco de mar que amenazaba. Asi ayuntando consigo á Aminandro, Rey de los Athamanes, pusieron cerco sobre Cercinio, ca habian cerrado las puertas, y no se sabe si por fuerza, ó por su voluntad, porque tenian dentro guarnicion del Rey. Mas en pocos dias Cercinio fue tomado et quemado, y los

que quedaron de tan gran destruicion, libres y siervos fueron levados entre el otro despojo. Este temor hizo desamparar las ciudades, y huir á los montes á todos los que moraban en derredor de la laguna Bebe. Los Etolos por necesidad de robar se partieron de allí, et fueron á Perrhebia, et en el camino tomaron á Cirecias, y cruelmente la destruyeron, y los que moraban en Malea, se dieron de voluntad. Decia Aminandro, que de Perrhebia se fuesen á Gomphos. Athamania está encima de esta ciudad, y parecia que la podian tomar sin grande batalla. Los Etolos fueron á los campos de Thesalia abundantes de robos, siguiéndolos Aminandro, aunque no le parecian bien las derramadas cavalgadas de los Etolos, ni el asentar del real en lugar donde la suerte los traia, sin diferencia ni cuidado de lo enfortalecer. E porque el atrevimiento de los Etolos et negligencia no fuese causa de alguna destruicion para sí et á los suyos, viendo que ellos asentaban su real debaxo de la ciudad Phecado en lugares campestres, apartandose él de allí poco mas de quinientos pasos, tomó para los suyos un montecillo seguro, aunque con poca defension. E como los Etolos apenas se acordaban estar en los campos de enemigos sino porque robaban, y unos fuesen derramados y quasi sin armas, et otros en el real sin hacer estaciones, se igualan los dias á las noches en comer et beber, y dormir, estando descuidados, sobrevino Filipo; et sabido esto por algunos que fuian de los campos, Democrito et los otros capitanes comenzaron de temer. Y era esto á hora de medio dia, et muchos hartos de comer estaban durmiendo. Y los unos despertaban á los otros, et mandábanles tomar armas, otros enviaban á los campos á llamar los que robaban; et tan grande fue el espanto, que algunos caballeros salian sin las espadas, et muchos no se vestian las corazas et lorigas. Y saliendo de rebato, como hubiesen con gran trabajo ayuntado quasi seiscientos entre

caballeros et peones, cayeron en los caballeros del Rey, mayores en número, et ánimos, et armas; et asi al primero encuentro desbaratados apenas comenzando de pelear, dieron á huir, et con mengua volvieron al real. Algunos fueron muertos et presos, que fueron alcanzados por los caballeros. Filipo, allegando ya los suyos al baluarte del real, mandó hacer señal á recogér, porque temia los caballeros et caballos cansados, no tanto por la batalla, quanto por el luengo camino et venida arrebatada. Por eso mandó que los caballeros por esquadras, y entre ellos los de ligéras armas fuesen á dar agua y á comer, los otros detuvo armados en sus estaciones, esperando la esquadra de peones que venia mas tarde por la pesadumbre de las armas: y como llegó, luego mandó que ordenadas las banderas, y puestas delante de sí las armas comiesen prestamente. En este tiempo, la gente de caballo y de armas ligeras, estuvo aparejada y armada para si los enemigos moviesen alguna cosa. Los Etolos porque ya los que estaban por los campos se habian retirado al real, pusieron acerca las puertas y baluartes hombres armados para lo defender entretanto que estando feroces por el lugar seguro miraban los enemigos que estaban quedos. Mas despues que se movieron las banderas de los Macedones, y armados y ordenados comenzaron ir para el real, todos súbitamente dexando las estaciones, por la parte detras fuyeron al montecillo y al real de los Athamanes. Y en esta fuida tan arrebatada muchos de los Etolos fueron muertos y presos; y Filipo si le quedára gran espacio del dia, tuvo por cierto que tambien despojára los Athamanes del real. Mas viendo que el dia se pasaba en pelear et robar el real de los Etolos, á la noche se asentó en un llano acerca del montecillo para en la mañana acometer á los enemigos; mas los Etolos con el mesmo temor que habian dexado su real, en la mesma noche huyeron derramados. Mucho

les aprovechó Aminandro, el qual guiando con los Athamanes que sabian los caminos por los montes, y por senderos no sabidos de los enemigos que los perseguian, los levó á Etolia. En este fuir derramado pocos cayeron en los caballeros Macedones que los vinieron á perseguir, quando el Rey, otro dia por la mañana, vido el monte desamparado. En estos dias Athenagoras, Capitan del Rey Filipo, alcanzo los Dardanos que se tornaban á sus confines. Y primeramente turbó la esquadra postrera, et despues quando los Dardanos volviendo las banderas enderezaron la esquadra, la batalla era igual. Entonces Athenagoras se detuvo de pelear. Mas quando los Dardanos comenzaron otra vez andar adelante, los del Rey con la gente de caballo y de ligeras armas fatigaban á los Dardanos cargados de armas pesadas; y ayudábales el lugar. Pocos fueron muertos, y muchos mas heridos, y ninguno preso: porque no salen neciamente de sus ordenanzas, antes recogidos pelean y hieren. Desta manera Filipo reparó los daños recibidos en la guerra Romana, retrayendo dos gentes, conviene saber, los Athamanes y los Etolos con comienzo esforzado y salida dichosa.

CAPITULO XVI.

De como la armada de los Romanos se ayuntó con la de Attalo, y tomaron muchos lugares, y de las cosas que los de Athenas ordenaron contra el Rey Filipo.

Despues á Filipo fue disminuído el número de los Etolos enemigos suyos, porque Scopas, Príncipe de la gente de Egypto, enviado de Alexandria por el Rey Ptolomeo con mucho dinero, levó seis mil peones et caballeros á sueldo en Egypto. Ni dexára ninguno de los mancebos Etolos, sino que Damocrito trayéndoles á memoria la guerra que

se aparejaba et la soledad que seria; y no se sabe si lo hacia él por el cuidado que tenia de la gente, ó por adversar á Scopas que le habia hecho pocos regalos, detuvo alguna parte de los mancebos en la tierra. En aquel estío el Rey Filipo et los Romanos hicieron estas cosas. En el principio del mismo estío la armada de los Romanos partiendo de la isla de Corcyra con Lucio Apustio, Legado, et pasando delante Malea, se ayuntó con el Rey Attalo acerca Scylleo del campo Hermionico. Entonces la ciudad de los Athenienses, la qual por temor en alguna manera habia templado el odio que tenia contra el Rey Filipo, lo derramó todo con la esperanza de la ayuda presente. Nunca faltan en ella lenguas para mover el pueblo, lo qual es en todas las ciudades libres, y principalmente en Athenas donde el bien razonar vale mucho, y con el favor del pueblo crece. Luego preguntaron al pueblo: y él determinó que las estatuas, y todas las imágenes y nombres de Filipo, y de sus mayores, asi del linage masculino como femenino todos fuesen borrados, y que fuesen quitados los dias de fiestas, y los sacrificios, y los Sacerdotes que habian sido establecidos por causa de los honrar: y que todos los lugares en que algo hubiese dedicado á él, fuesen abominables, en adelante, ni allí se pudiese poner ni dedicar cosa alguna: y que los Sacerdotes comunes, quantas veces rogasen por el pueblo Atheniense y sus amigos y exércitos y armadas de ellos, tantas veces maldixesen y abominasen á Filipo y á sus hijos et reyno y exércitos por mar y por tierra, y á todo el linage y nombre de los Macedones. A este decreto ayuntaron, que si despues alguno traxese cosa que perteneciese á la infamia de Filipo, que el pueblo Atheniense lo mandaria hacer todo; y si alguno hablase ó tornase por él, que quien al tal matase, que con razon los mataria. Y á la postre concluyeron, que quantas cosas en el tiempo pasado habian ordenado contra los Pisistratidas, aquellas mismas

guardasen contra Filipo. En esta manera los Athenienses con escripturas et palabras, con las quales solo son poderosos, hacian la guerra contra Filipo Rey de Macedonia.

Y Attalo et los Romanos allegando de Hermione á Pyreo, se detuvieron allí unos pocos dias, et siendo cargados de los desmedidos decretos de los Athenienses en honra de sus amigos, quanto fueron en odio contra el enemigo Filipo, de Pyreo navegaron á Andro. Y como se parasen en el puerto llamado Gaureleon, enviaron á tentar los ánimos de los de la ciudad si la querian dar por su voluntad, ó si querian mas experimentar las fuerzas. Ellos respondiendo que tenian guarnicion del Rey, et que no eran de su albedrio; el Rey Ettalo y el Legado Romano sacando las huestes y todo el aparato de combatir ciudades, por diversas partes fueron á la ciudad. Y gran espanto pusieron en los Griegos las armas Romanas y banderas que antes de aquel tiempo no habian visto, y los ánimos de los que tan prontamente iban á los muros; y asi luego huyeron á la fortaleza. Los enemigos tomaron la ciudad, y como en la fortaleza se detuviesen dos dias, mas por confianza del lugar que de las armas, al tercero dia trataron de dar la fortaleza, y que ellos saliesen con sendos vestidos y fuesen á Delio de Beocia. Y los Romanos dieron al Rey Attalo la ciudad, y ellos tomaron el despojo y los ornamentos. Y Attalo por no tener la isla desierta, persuadió casi á todos los Macedones y á algunos de los de Andro se quedasen. E despues fueron llamados con palabras del Rey los que por pleytesía habian ido á Delio, et tambien el deseo de la patria mas facilmente inclinó sus ánimos á creer. Y de Andro pasaron á Cydno, donde gastaron algunos dias envano en combatir la ciudad, y porque no era mucho provecho detenerse, fuéronse. En Prasias, que es lugar de la tierra firme de Atica, diez navios de los Iseos fueron ayuntados á la armada Romana. Estos fueron enviados á robar et

talar los campos de los Carystios. Y la otra armada estuvo en Geresto, puerto, noble de Euboea, esto es de Negroponte, hasta que volviesen de Carystio. De allí todos navegando por el alto mar á cerca la Isla Scyro, allegaron á Ico, donde se detuvieron algunos dias porque el viento Boreas les era contrario. Despues que cesó, pasaron á Sciato, ciudad poco antes robada et destruida por el Rey Filipo; et la gente se tendió por los campos, et trajo á las naos trigo y las otras cosas que podian para comer, porque no habia despojo, ni tenian los Griegos porque fuesen robados. Despues yendo á Cassandrea, lo primero fueron á Mendis, aldea cerca del mar de aquella ciudad; y de allí como quisiesen pasar el promontorio, y acercar la armada á los muros de la ciudad, salió una cruel tempestad que casi los cubrió de ondas: de manera que derramados, perdiendo la mayor parte de los remos y velas, huyeron á la tierra. Y aquella tempestad fue aguero para hacer la guerra por tierra, ca recogiendo todas las naos en uno, y sacando las huestes, acometieron la ciudad. Y echados de allí con muchas heridas porque estaba en ella valiente guarnicion del Rey: volviendo atras con comienzo vano, traspasaron á Canastro de Pallene. De allí pasado el promontorio de Torona, navegando fueron á Acanto, á donde primero talaron los campos, y despues tomaron la ciudad por fuerza de armas, y la destruyeron. Y no pasaron mas adelante, ca tenian las naves cargadas de despojos; por donde volvieron á tras á Sciato et de aquí á Euboea, ó Negroponte. El Rey Attalo y Apustio dexando la armada en Euboea, con diez naos ligeras entraron en el seno Maliaco á hablar con los Etolos de la manera que habian de hacer la guerra. Sipyrhicas Etolo fue el principal de aquella embaxada, el qual vino á Heraclea para comunicar los consejos con el Rey et con el Legado Romano. Y por la alianza demandaron al Rey Attalo que diese mil hombres de pelea, porque aquellos les era obligado dar pa-

ra la guerra contra el Rey Filipo. Esto les fue negado porque ellos tambien se habian tardado de salir á talar á Macedonia, en el tiempo que siendo Filipo á cerca de Pergamo et quemando todas las cosas sagradas et no sagradas, ellos por su provecho lo pudieran sacar de allí. En esta manera los Etolos se fueron sin socorro, con esperanza mas de los Romanos, que de Attalo. Y Apustio volvió á la armada con Attalo, et despues comenzaron á consultar de combatir á Oreo. Aquella ciudad era fuerte por los muros, et porque ya antes la habian tentado, estaba bien guarnecida. Ayuntáronse con ellos, despues de haber tomado á Andro, veinte naos de Rhodas todas cubiertas, con Agesimbroto su Capitan. Esta armada enviaron para que estuviera en Zelasio, que es promontorio sobre Demetriade frente de Isthimia; para que si alguna cosa movian las naos de los Macedones, estuviese en socorro. Heraclides Capitan del Rey, tenia allí su armada; mas por ocasion, si alguna le diese la negligencia de los enemigos, que por osar de hacer alguna cosa por fuerza. Los Romanos y el Rey Attalo por diversas partes combatian á Oreo: los Romanos á la fortaleza del mar, Attalo contra el valle que esta entre dos fortalezas, por donde la ciudad tambien está cercada de muro. E como los lugares eran diversos, asi combatian de diversas maneras: los Romanos allegando á los muros ingenios, los del Rey con trabucos, ballestas y echando toda manera de armas, y piedras de gran peso; et hacian minas, et todo lo que en el otro combate habian probado, y les habia aprovechado. Y no solo eran mas los Macedones que defendian la ciudad que antes, mas tenian ánimos mas esforzados, acordandose de las reprehensiones del Rey por la culpa acometida. E tambien tenian en la memoria las amenazas et prometimientos para delante; de manera que habia poca esperanza de tomarla luego. En este medio el Legado pensando que otra cosa se podia hacer, dexando la gente que le pareció ser necesaria para acabar

las obras, pasó á la tierra vecina, et con la venida súbita tomó á Larissa sin la fortaleza, no aquella ciudad noble que es en Thessalia, mas otra que llaman Cremaste. Y tambien Attalo tomó á Egeleon, estando los de ella sin temor por el combatir de la otra ciudad. E ya las obras eran en efecto acerca de Oreo, et la guarnicion que dentro estaba, era cansada por el continuo trabajo et velas de dia et de noche, et por las heridas que recibian. E tambien el muro en muchos lugares era derribado por los encuentros que en él daban, y por un camino abierto por la ruina y que está sobre el puerto, los Romanos entraron en la fortaleza. Attalo en amaneciendo, haciendole los Romanos señal de la fortaleza, arremetió sobre la ciudad, derribando gran parte de los muros. E la guarnicion, y los otros de la ciudad fuyeron á la otra fortaleza, y á dos dias despues se dieron; et la ciudad quedó para el Rey, los cautivos para los Romanos.

E ya estaba acerca el otoño: y el seno Euboico (llamado Cela) es sospechoso á los marineros; et por ende deseando salir de allí antes de los movimientos del invierno, tornaronse á Pireo de donde habian venido á la guerra. E Apustio dexando allí treinta naos, navegó á gran priesa sobre Malea á Corcyra. Y como fuesen presentes los dias en que se celebraban los sacrificios de Ceres, detuvóse allí el Rey Attalo por estar presente en ellos; y despues que fueron acabados se fue á Asia, enviando á Agesimbroto con los suyos á Rodas.

CAPITULO XVII.

De como Lucio Furio Pretor Romano entró en Roma con triumpho, despues de muchas et diversas alteraciones que hubo en el Senado sobre su entrada.

Estas cosas fueron hechas en aquel verano contra el Rey Filipo et sus amigos por el Consul el Legado Romano, ayu-

dandoles el Rey Attalo, y los de Rodas. E Cayo Aurelio el otro Consul, como fuese á su provincia siendo ya acabada la guerra, claramente tomó ira contra el Pretor, porque en absencia habia hecho la guerra; et asi lo envió á Hetruría, y él llevó la hueste á los campos de los enemigos, y talando y robando, con mayor despojo que gloria hizo la guerra. E Lucio Furio, parte porque en Hetruria no tenia que hacer, parte deseando el triumfo de Francia, el qual pensó alcanzar mas ligeramente siendo ausente el Consul que le tenia odio et envidia; llegando á Roma no pensando alguno que venia, tuvo el Senado en el templo de Bellona, y contando las cosas que habia hecho, pidió que le diesen licencia de entrar en la ciudad con triunfo. Favorecióle gran parte del Senado por la grandeza de sus hechos, y por la voluntad que le tenian. Los viejos no querian que triunfase, asi porque habia hecho la guerra con exército ageno y no suyo, como porque con la codicia de alcanzar el triunfo habia desamparado la provincia sin exemplo de otro alguno. Los consulares decian que debia haber esperado al Consul, y que pudiera él asentar el real cerca de la ciudad para defender la colonia, de manera que no entrara en batalla hasta la venida del Consul; y que pues el Pretor no habia esperado al Consul antes de pelear, que el Senado lo debia esperar antes de determinar el triunfo, donde los dos fuesen delante todo el Senado oidos para mejor conocer, y juzgar de la causa. Gran parte del Senado juzgaba que no debian mirar sino las obras, et si las habia hecho en el oficio, y con sus auspicios. E decian mas, que de dos colonias que estaban quasi como puertas para resistir á la ferocidad, y á los continuos impetus de los Franceses, como la una fuese destruida y quemada, et aquel fuego estaba para pasar en la otra que estaba acerca, como suele de unas cosas vecinas pasar en otras ¿qué habia de hacer entonces el Pretor sino lo que hizo? Ca sino se pudiera hacer cosa alguna sin el

Consul, ó el Senado habia errado en dar el exército al Pretor, porque si quisiera que la guerra no se hiciese por el Pretor, mas por el Consul, pudiera determinar la deliberacion que el Pretor no hiciese nada, sino el Consul: O, erró el Cónsul que lo mandó pasar de Hetruria en Francia con exército, y no le salió en Arimino para hallarse en la guerra, la qual no era razon que se hiciese sin él. Y no que era menester esperar en los tiempos de la guerra las tardanzas, y dilaciones de los Capitanes, y que algunas veces deben los hombres combatir, no porque quieran, mas porque los enemigos los fuerzan. Y que deben mirar la batalla, y el fin della, y la buena salida, ca los enemigos estan desbaratados y muertos, los reales robados y tomados, la Colonia libre del sitio, y los cautivos de la otra eran cobrados y restituidos á los suyos, y que con una batalla era puestá fin á la guerra: y que no solo por aquella victoria se habian gozado, mas tambien habian hecho suplicaciones tres dias á los Dioses, porque la república habia sido bien y prosperamente, y no locamente tratada por Lucio Furio; y que las guerras de Francia por hado cierto eran dadas á la gente Furia. Con estas palabras de Lucio Furio, y de sus amigos, la magestad del Consul ausente fue vencida por la gracia, y amor del Pretor presente: y todos consintieron en el triunfo de Lucio Furio. E triunfo, de los Franceses el Pretor Lucio Furio estando en el oficio, y llevó al tesoro trescientas et veinte mil libras de cobre, et de plata ciento et setenta mil. E no llevó cautivos delante del carro, ni despojos, ni le siguieron hombres de armas; y todo parecia que estaba con el Consul si no la victoria.

CAPITULO XVIII.

De como Publio Cornelio Scipion hizo los juegos que prometiò estando en Africa, et de lo que hizo Cayo Cornelio Cethego en España, y de la eleccion de los oficios que fue hecha en Roma.

Celebráronse despues con grande aparato los juegos que Publio Cornelio Scipion siendo Consul habia prometido en Africa de hacer. E fue determinado acerca de los campos de sus caballeros y hombres de guerra, que segun los años que cada uno de ellos habia estado en la guerra de España, ó de Africa, por cada año recibiese dos yugadas de tierra: y que señalasen aquellos campos los diez varones. Despues hicieron tres varones para asignar moradores á Venusia, que por la guerra de Anibal estaba despoblada: conviene á saber, á Cayo Terencio Varro, Tito Quincio Flaminino, y á Cayo Cornelio Scipion, hijo de Cayo. Estos escribieron moradores á Venusia. En este mismo año Cayo Cornelio Cethego, que era Proconsul en España, desbarató grande exército de enemigos en el campo Sedetano. Dicen que en aquella batalla fueron muertos quince mil Españoles, y setenta y ocho vanderas tomadas. E venido á Roma Cayo Aurelio de la provincia por causa de los ayuntamientos, quejóse, no que el Senado no le habia esperado, ni le habia dado lugar de contener con el Pretor, mas que el Senado asi habia concedido el triunfo que no oyera palabras de alguno, sino de aquel que queria triunfar, no de aquellos que se habian hallado en la guerra con él; y que los antiguos por eso habian ordenado et establecido que Legados, Tribunos de Soldados, y Centuriones, et los caballeros se hallasen en el triunfo, porque publicamente fuese vista et conocida la verdad de los hechos y hazañas de aquel á quien se hacia tanta honra. E

¿quién del exército que habia combatido con los Franceses, se habia hallado allí, al qual el Senado pudiera preguntar si el Pretor decia verdad, ó si eran vanas las cosas que contaba? Despues de estas quejas publicó dia para los ayuntamientos, en los quales hicieron Cónsules á Lucio Cornelio Lentulo, et Publio Vilio Tapulo; et despues hicieron Prétores á Lucio Quincio Flaminino, Lucio Valerío Flacco, Vilio Tapulo Ceneo Bebio Tamphilo. Y tambien en este año fueron los mantenimientos muy baratos. E los Ediles Curules que eran Marco Claudio Marcello, et Sexto Elio Peto, partieron entre el pueblo gran quantidad de trigo traido de Africa á dos dineros por moyo. E hicieron los juegos Romanos con grande aparato, et rehiciéronlos un dia, et pusieron en el tesoro cinco estatuas de cobre de la plata recibida de penas. Tambien los juegos del pueblo fueron tres veces hechos por los Ediles. Lucio Terencio Massaliota, y Ceneo Bebio Tamphilo, al qual habian señalado Pretor. En el mercado se hicieron por espacio de quatro dias los juegos fúnebres, por causa de la muerte de Valerio Levino. Estos hicieron los sus hijos, Publio y Marco, et ellos dieron el juego de los Acuchilladores, ó Esgremidores; y fueron los que esgrimieron veinte y cinco pares. Y murió en este año Marco Aurelio Cotta, uno de los diez varones de los sacrificios, y en su lugar fue puesto Marco Acilio Glabrio. En los ayuntamientos fueron hechos Ediles Curules dos, que luego no podian tomar el oficio, conviene saber, Cornelio Cethego absente que tenia la provincia de España, y Valerio Flacco presente, porque era Sacerdote Dial que no podia jurar las leyes, et ninguno podia regir el oficio mas de cinco dias, sino que primero jurase las leyes. E demandando Flacco que lo absolviesen de las leyes, determinó el Senado que si el Edil diese á albedrio de los Cónsules quien jurase por él, si á ellos parecia, tratasen con los Tribunos del pueblo, que la relatasen delante el pueblo. Entonces fue dado que jura-

se por su hermano Lucio Valerio Flacco que era señalado Pretor. Los Tribunos lo comunicaron con el pueblo, et el pueblo estableció, que asi fuese como si el mismo Edil en persona jurara. Y del otro Edil hizo establecimiento el pueblo, poniendolo delante los Tribunos, para ver que dos querian que fuesen á España al exército con imperio; que Cornelio Edil Curul viniese á regir su oficio et Lucio Manlio Acidino saliese de la Provincia despues de muchos años que habia en ella estado. Et mandó el pueblo que Cornelio Lentulo y Lucio Estertinio tuviesen el imperio de España con autoridad de Cónsules.

LIBRO SEGUNDO

DE LA QUARTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

De como fueron las provincias repartidas, et de como los de Cartago alcanzaron algunas cosas que al Senado demandaron, y los de Caliz ciudad de España que no tuviesen Prefecto ó Alcalde.

Los nuevos Cónsules y Prétores comenzando su oficio á quince de Marzo, partieron por suerte entre sí las provincias. E Italia vino á Publio Lentulo, y Macedonia á Publio Vilio. E á los Prétores, la de la ciudad vino á Lucio Quincio, Arimino á Ceneo Bebio, Sicilia á Lucio Valerio, et Cerdeña á Lucio Vilio. E mandáron al Consul Lentulo que hiciese nuevas legiones, y á Vilio que tomase el exército de Publio Sulpicio, y diéronle licencia que para su cumplimiento hiciese tanta gente quanta le pareciese. E al Pretor Bebio, de tal manera le señalaron las legiones que el Consul Aurelio habia tenido, que las tuviese hasta que el Consul con exército nuevo fuese en Francia, y que como él llegase, todos los hombres de guerra fuesen enviados á sus casas, sacados cinco mil de los amigos; y que estos bien le bastaban para tener la provincia á cerca de Arimino. E prolongaron el imperio á los Prétores del año pasado; et mandaron á Sergio que cuidase de asignar los campos á los hombres de guerra que muchos años habian ganado sueldo en España, Sicilia y Cerdena: á Quinto Minucio, que en los Brucios acabase de hacer las inquisiciones sobre las conjuraciones y mo-

nipodios que habia hecho el Pretor con diligencia y fe; y los que hallados en sacrilegio habia enviado atados á Roma, que los enviase á Locros para ser castigados et sentenciados. Y que cuidase de tornar al templo de Proserpina las cosas que habian sido hurtadas de él. Los Pontifices renovaron las fiestas Latinas, porque los embaxadores de Ardea se habian quejado en el Senado, que en ellas no les habian dado carne en el monte Albano como lo acostumbraban. Y tambien fue dicho que en Suesa dos puertas et el muro que era entre ellas habian sido tocadas de rayo del cielo. Y despues vinieron cartas del Consul Sulpicio de Macedonia, en las quales entre las otras cosas estaba escrito que en la popa de una galea habia nacido un laurel. E por causa de las primeras señales habia ordenado el Senado que el Consul sacrificase con grandes sacrificios á los Dioses que le pareciese. E por esta postrera señal fueron llamados al Senado los Aruspices que sabian interpretar las tales cosas. E por la respuesta de ellos mandaron al pueblo que un dia hiciesen suplicacion, y en todos los altares sacrificaron.

Este año fue el primero que los Cartagineses truxeron á la ciudad de Roma el tributo en plata. E diciendo los tesoreros que no era buena, porque en la experiencia de la prueba menguaba la quarta parte, los Cartagineses tomando dineros emprestados en Roma cumplieron la falta de la plata. Despues demandaron al Senado que si le parecia, les restituyesen los rehenes, y el Senado les restituyó ciento, y les dió esperanza de los otros si ellos estaban en la fe. E demandando ellos que los rehenes que no les eran restituidos, fuesen mudados de Norba donde estaban mal hallados, á otra parte, diéronles licencia que fuesen pasados á Signia y á Ferentino. Y tambien los de Cadiz pidieron que no les enviasen Prefecto, ó Corregidor, et fuéles otorgado, aunque era contra lo que habian firmado con Lucio Marcio Septimo quando ellos se encomendaron á los Romanos. Y á los Narnienses que se que-

jaban que les faltaban moradores para su cumplimiento de ciudad, et que algunos que no eran de su linage se tenian por moradores con ellos, por estas causas mandaron al Consul Lucio Cornelio que escogiese tres hombres, y escogió á Publio et á Sextio Elios, llamados entrambos por sobre nombre Petos, et á Cayo Cornelio Lentulo, para que cumpliesen el número de los moradores, segun que el Senado los habia dado á los Narnienses. Los Cosanos demandaban lo mismo que los Narnienses, mas no lo alcanzaron. Hechas estas cosas et otras que eran menester en Roma, los Cónsules se fueron á sus provincias.

CAPITULO II.

De la discordia que fue en la hueste Romana que estaba en Macedonia, y de como los Etolos hicieron levantar al Rey Filipo el cerco que tenia sobre Taumaco et como enfortaleció dos montes contra los Romanos.

Y llegando Publio Vilio á Macedonia halló en la hueste discordia entre los Soldados, la qual ya antes habia sido movida y no bien asosegada en el principio. Esta discordia fue de dos mil Soldados que de Africa despues de vencido Anibal como voluntarios fueron traspasados en Sicilia, de allí quasi aun año despues en Macedonia. E decian que esto no lo habian hecho por su voluntad, mas que los Tribunos los habian puesto á su despecho en las naos; y como quiera que fuesen en la guerra, ó por fuerza, ó de voluntad, que ya fuera razon que acabáran ellos, y hicieran fin de ir á la guerra, ca muchos años habia que no habian visto á Italia, y se habian envejecido debaxo de las armas en Sicilia, Africa, et Macedonia, et que ya estaban consumidos por el trabajo et obras, et desangrados de tantas heridas recibidas. El Con-

sul les dixo que le parecia que tenian probable causa de demandar licencia de salir de la guerra, si la pidiesen con templanza, mas que aquello, ni otra cosa no era causa justa para mover discordia y escándalo; y porende si querian estar debaxo de las banderas et obedecer á lo que les mandasen, que él escribiria al Senado que les diese licencia de se ir de la guerra, et que mas ligeramente alcanzarian lo que pedian, con templanza, que con pertinacia. En aquel tiempo Filipo combatia con grande esfuerzo la ciudad Thaumaco con pertrechos y ingenios, y estaba ya para allegar á los muros, et los derribar; empero la súbita venida de los Etolos lo hizo parar de lo comenzado. Estos, con el Capitan Archidamo, entre las guardas de los Macedones entraron en la ciudad; et no cesaban noche, ni de dia de salir unas veces contra las estaciones, otras contra las obras de los Macedones. E ayudabales la naturaleza et sitio del lugar: ca Thaumaco, á quien va de Pylas, y del seno Maliaco por Lamia, está sentada en lugar alto sobre las gargantas que llaman Celas; et quien pasa los lugares fragosos y asperos de Tesalia, y caminos revueltos y empachados en vueltas de valles como llega á la ciudad adeshora, á manera de gran mar, descubre un gran llano que apenas puede ver el cabo de los campos llanos con los ojos. De este milagro se llama la ciudad Thaumaco. E no solo es fuerte por la altura, mas tambien porque está sobre peñas á todas partes tajadas. Y estas dificultades, y tambien porque el precio no era digno de tanto trabajo y peligro hicieron que Filipo se dexase de lo que habia comenzado; é tambien venia ya el invierno quando de allí se partió; y asi tornó la huesta á Macedonia á invernar.

E como entonces los otros con el reposo que el tiempo les daba, afloxasen juntamente los ánimos y los cuerpos, el Rey Filipo quanto afloxaba el ánimo de los continuos trabajos de los caminos et batallas, tanto mas los cuidados y

pensamientos de todo el fin de la guerra le afligian; mayormente que temia, no solo los enemigos que por mar y por tierra lo fatigaban, mas tambien los ánimos de sus amigos y de los de su pueblo, ca temia que los unos no lo dexasen con la esperanza de la amistad de los Romanos, y los Macedones no hiciesen alguna novedad. Por ende envió sus embaxadores á Achaia, ansi porque les requiriesen del juramento, que cada año por pactos habian de dar al Rey Filipo, como porque restituyesen á los de Achaia la ciudad de Orchomenon, et Herea, et Triphilia, et que restituyesen la ciudad Aliphera á los Megalopolitanos que contendian, que nunca ella habia sido de Triphylia, mas que debia ser restituida á ellos, porque era una de aquellas que fueron contribuydas por ayuntamiento de los Arcades, para edificar la ciudad Megalopoli. Y de esta manera, y por estas cosas firmaba la amistad et alianza con los Acheos. E atraxo á sí los ánimos de los Macedones con Heraclides, porque viendo que él le traia gran odio, despues de lo haber acusado de muchos crímenes et excesos, lo puso en prisiones con gran gozo de los populares. E si algun tiempo antes habia aparejado guerra con gran diligencia, agora la aparejó con mayor, exercitando en las armas los Macedones, y los hombres de sueldo. Y en el principio del verano, envió con Athenagoras todos los extrangeros que le ayudaban, y los de armas ligeras, por Epiro á Caonia para ocupar las entradas et pasos que están acerca de Antigonia, que llaman los Griegos Stena; et despues de pocos dias los siguió él con exército mas pesado. Y miró todo el asiento de la region, y creyó que era el lugar mas convenible acerca del rio Aous. Este rio corre entre los montes, los quales los moradores llaman al uno Eropo, al otro Asnao, y va por un valle angosto dando poco camino sobre la ribera. E mandó á Athenagoras, que con gente de ligeras armas tomase et

enfortaleciese el monte Asnao, y él puso su real en Eropo. En la parte que las peñas estaban tajadas, puso poca gente armada, et lo que era menos firme, enfortalecíólo con cavas et baluartes y torres. Tenia gran quantidad de trabucos y ballestas en los lugares convenibles para echar á los enemigos, que no se allegasen. Y puso la tienda real delante el baluarte en lo mas alto, porque pareciese y pusiese espanto en los enemigos, et confianza en los suyos. El Consul siendo avisado por Caropo Epirota, de los bosques que el Rey habia tomado, en acabando de pasar el invierno en Corcyra, en el principio del verano salió en tierra firme vestido de la vestidura llamada trabea, que era de Capitanes y Reyes, y fuese camino derecho para los enemigos. Y estando casi á cinco millas del real del Rey, dexó sus legiones en un lugar fuerte, y él con la gente ligera y suelta fue á mirar los lugares. Y el dia siguiente tomó su consejo si tentarian de pasar por el monte que el Rey tenia tomado, aunque se ofrecia gran trabajo et peligro, ó si levaria el exército por el mismo camino, por el qual el Consul Sulpicio el año pasado habia entrado en Macedonia. Y tratando él muchos dias este consejo, vínole nueva como Tito Quincio era hecho Consul, y le habia cabido por suerte la provincia de Macedonia, y que ya era venido á Corcyra. Valerio Antias dice que este Consul Vilio entró en el bosque, y porque no pudo entrar por camino derecho, porque estaba todo ocupado por el Rey, siguió un valle por cuyo medio va el rio Aous, y haciendo presto una puente pasó á la ribera donde estaba el real del Rey, y peleó con él en el campo, y que el Rey fue desbaratado et fuyó dexando el real. En aquella batalla, dice Valerio, que fueron muertos de los enemigos doce mil, presos dos mil et docientos, et tomadas ciento y treinta y dos banderas, y docientos y treinta caballos, y que en aquella batalla votó

un templo á Júpiter si venciese. Los otros autores Griegos y Latinos, cuyas historias yo he leido, dicen que Vilio ninguna cosa hizo digna de memoria, mas que Tito Quincio, Consul siguiente, dió principio á la guerra.

CAPITULO III.

De como Ceneo Bebio Tamphilo fue desbaratado por los Franceses, y fueron muertos muchos Romanos, y de los ayuntamientos hechos en Roma.

Entretanto que estas cosas se hacian en Macedonia, el otro Consul, Lucio Lentulo, que habia quedado en Roma, hizo ayuntamientos para hacer Censores. E pretendiéndolo muchos varones esclarecidos, fueron hechos Censores Publio Cornelio Scipion Africano, y Publio Elio Peto. Estos escogieron con grande concordia entre sí et sin infamia de ninguno el Senado, y arrendaron por cierto precio el portazgo de las cosas que iban á venderse, á Capua y Puzol, y arrendaron el portazgo de los lugares donde agora hay una villa, adonde enviaron trecientos moradores, ca este número era determinado por el Senado; y vendieron los campos de Capua. En este tiempo Lucio Manlio Acidino, viniendo de España, y defendido por Marco Porcio Lecca, Tribuno del pueblo, que no entrase con Ovacion, habiéndolo alcanzado del Senado, entró en la ciudad solo y privado, y levó al tesoro mil et docientas libras de plata, et casi treinta de oro. Este mismo año Ceneo Bebio Tamphilo, que habia tomado la provincia de Francia de Cayo Aurelio, Consul del año pasado, entrando neciamente en los campos de los Franceses Insubres, fue cercado casi con toda la hueste, y perdió mas de seis mil y seiscientos hombres. Este tan grande daño fue recibido de aquella guerra, de la qual ya no habia temor. E por esta perdicion

el Consul Lucio Lentulo salió de Roma, y viniendo á la provincia llena de espanto, recibió el exército temeroso, y reprehendiendo con muchos denuestos al Pretor, lo mandó salir de la provincia, y tornarse á Roma. Ni el Consul hizo cosa digna de memoria, porque fue llamado á Roma, para tener los ayuntamientos, que eran embargados por Marco Fulvio y Marco Curio, Tribunos del pueblo, que no consentian que Quinto Flaminino, despues de haber sido Qüestor, pidiese el consulado: que ya la Edilidad y Pretura eran tenidos en fastío, porque los nobles no subian al consulado por los grados de los oficios dando de sí buen exemplo, mas traspasando los medios, continuaban los oficios menores con los mayores. Esta causa vino al Senado; et deliberaron los Senadores, que el que pidiese oficio, que por las leyes podía pedir, era cosa justa que el pueblo tuviese poderio de lo dar á quien quisiese. En la autoridad de los Padres se pusieron los Tribunos. Y fueron hechos Cónsules Sexto Elio Peto, et Tito Quincio Flaminino. E despues celebraron la eleccion de los Prétores, et hicieron á Lucio Cornelio Merula, y á Marco Claudio Marcello, á Marco Porcio Cato, y á Cayo Helvio, que habian sido Ediles del pueblo. Estos hicieron los juegos del pueblo, et el convite de Júpiter por causa de los juegos. Y los Ediles Curules, conviene saber, Cayo Valerio Flaco, Sacerdote Dial, et Cayo Cornelio Cethego, hicieron los juegos Romanos con gran aparato. Y murieron este año Sergio y Cayo Sulpicios Galbas, Pontífices. Y en lugar de ellos fueron puestos Marco Emilio Lepido, et Ceneo Cornelio Scipion. E los Cónsules Sexto Elio Peto, et Tito Quincio Flaminino, comenzando su consulado, llamaron el Senado al Capitolio, y mandaron los Padres que los Cónsules entre sí partiesen las provincias de Macedonia y Italia, ó echasen suertes, et el que tomase á Macedonia, hiciese para cumplir las legiones, tres mil hombres Ro-

manos, et trecientos caballeros, y de los amigos del nombre Latino cinco mil peones, et quinientos caballeros. Y para el otro Consul señalaron todo el exército nuevo. E á Lucio Lentulo, Consul del año pasado, prolongaron el imperio, y que no se partiese de la provincia, ni sacase de ella el exército viejo, hasta que el Consul fuese con las legiones nuevas. Los Cónsules echaron por suerte las provincias, et vino Italia á Elio, y á Quincio Macedonia. Los Prétores tambien echaron suertes, y á Lucio Cornelio Merula vino la de la ciudad, y á Marco Claudio Sicilia, á Marco Porcio Cerdeña, y á Cayo Helvio Francia. Despues comenzaron á hacer gente, ca sin el exército de los Cónsules mandaron á los Prétores, que por su parte buscasen soldados: quatro mil peones de los amigos del nombre Latino, y trecientos caballeros, á Marcello que tenia Sicilia; y á Caton que tenia Cerdeña, tres mil peones et docientos caballeros: de manera que estos dos Prétores, en llegando á sus provincias, despidiesen los caballeros y peones viejos.

CAPITULO IV.

De como los embaxadores del Rey Attalo fueron á Roma, et del consejo que el Consul Quincio tuvo con la gente quando llegó al real, y como se trató paz entre el Rey Filipo y el Consul, y no se concluyó.

Despues los Cónsules mandaron entrar en el Senado los embaxadores del Rey Attalo. Y puestos dentro dixeron, que su Rey con armada y exército por mar y por tierra, habia ayudado á la república Romana, et todo lo que los Cónsules Romanos le habian mandado, hasta entonces lo habian hecho con gran diligencia, et que temia que de allí adelante no pudiese hacer lo mismo por causa del Rey Antiocho, que le habia entrado en su reyno estando sin guar-

das por mar y por tierra. Y por ende que suplicaba á los Senadores, que si querian que les ayudase en la guerra de Macedonia, le enviasen socorro para defender su reyno, y si no quisiesen, que sufriesen que él se tornase con su armada y exércitos á defender su reyno. El Senado mandó responder á los embaxadores, que muy placiente les era, que el Rey Attalo con armada y exército habia ayudado al pueblo Romano, y que no le enviarian socorro contra el Rey Antiocho, porque era amigo y compañero de los Romanos, mas que no detendrian la armada y exército de Attalo, sino quanto á él cumpliese. Y que el pueblo Romano siempre habia usado de las cosas agenas á albedrio de cuyas son, y que el principio y fin de ellas siempre lo han dexado en poderio de aquellos que quieren ayudar á los Romanos; mas que ellos enviarian sus embaxadores á Antiocho que le dixesen, que el pueblo Romano se aprovechaba del Rey Atalo et de sus naos y exército contra Filipo enemigo comun de todos; y que haria cosa aplacible al Senado y al pueblo, si se abstuviese del reyno de Attalo, y dexase de hacerle guerra, ca justa cosa era que los compañeros y amigos del pueblo Romano entre sí tuviesen paz. E detúvose en Roma, el Consul Quincio que daba priesa por ir á su provincia, por causa de ciertas señales, teniendo hecha eleccion de gente, en que habia escogido hombres de virtud probada y conocida, que habian sido en la guerra de España, ó de Africa. La calle pública habia sido tocada de rayo del cielo en los Veyos, et tambien en Lanuvio la plaza, y el templo de Júpiter, y decian que en Suesa habia nacido un cordero con dos cabezas, y en Sinuesa un puerco con cabeza de hombre. Y por causa de estas hicieron suplicacion un dia, y los Cónsules pusieron diligencia en las cosas sagradas; y placados los Dioses, fuéronse á sus provincias. El Consul Elio fue á Francia, et el exército que tomó

de Lucio Lentulo, y lo habia de dexar, diólo al Pretor Helvio, y él con las nuevas legiones que traxo consigo para hacer la guerra, no hizo cosa digna de memoria. El otro Consul Tito Quincio, pasando de Brundusio, mas presto que los otros Cónsules lo acostumbraban, llegó á Corcyra con ocho mil peones et quinientos caballeros. Y de Corcyra pasó con una galea á Epyro, et á grandes jornadas fue al real Romano. Y llegando allí envió á Vilio, et deteniéndose algunos dias, hasta que llegase la hueste que venia de Corcyra, tuvo su consejo, si iria camino derecho por el real de los enemigos, ó si no tentaria cosa de tan grande trabajo et peligro, mas iria su camino seguro á Macedonia por los Dasaricios y el Lyco. Y venciera este parecer, sino que temió, que si se apartase mucho del mar, dexaria ir al enemigo de las manos, y si el Rey se quisiese defender, como antes habia hecho, en los montes et selvas, pasaria el verano sin algun efecto. E asi, como quiera que fuese, plúgole en aquel lugar, aunque desigual, dar sobre los enemigos. Y mas le placia hacer esto, que hallaba manera de hacerlo. Y de esta manera estuvo quarenta dias en la vista de los enemigos sin hacer cosa alguna.

En este medio la gente de los Epyrotas dieron esperanza á Filipo de paz. Y teniendo su consejo escogieron para ello á Pausanias et Alexandro maestro de caballeros, los quales traxeron á habla al Rey et al Consul, donde el rio Aous se ayunta en riberas muy angostas. Y la suma de lo que el Consul pedia era, que el Rey sacase las guarniciones de las ciudades, y que tornase todas las cosas que se hallasen á los que habia talado los campos y ciudades, et las que no pareciesen, fuesen apreciadas á justo albedrio. El Rey respondió que una condicion era de unas ciudades, y otra de otras, ca las que él habia tomado, que las tornaria, mas las que sus antecesores le habian dado,

que no dexaria la posesion justa de ellas, y hereditaria. E si se quejaban de algunos daños las ciudades con las quales habia tenido guerra, que él lo dexaria en arbitrio de los pueblos que quisiesen, con los quales unos et otros habian tenido paz. El Consul decia que para esto no habia necesidad de arbitrio ni juez, ca ¿quién no veia, que la injuria habia comenzado por aquel, que primero hizo armas? Y que Filipo de ninguno habia sido movido, mas él fuera el primero que habia hecho fuerza á todos. Y despues tratando qué ciudades habia de librar, el Consul nombró primero de todas á Thesalonica. Y tanto se encendió sobre esto el Rey en ira, que dixó á voces, ¿qué cosa mas grave me mandáras, ó Tito Quincio, si yo fuese vencido? E asi se salió de la habla, et con dificultad fueron detenidos, que no trabasen entre sí batalla con piedras y dardos et saetas, porque estaban departidos por el rio que estaba en medio. El dia siguiente en el llano bien patente hicieron los unos con los otros algunas escaramuzas ligeras; y despues retrayéndose los del Rey á lugares angostos y fragosos, los Romanos encendidos en la cobdicia de pelear, fueron tras ellos. Tenian por sí los Romanos la orden y doctrina militar, y linage de armas, para aquejar los del Rey: los otros, por el contrario, tenian ballestas y trabucos dispuestos para usar de ellos casi en todas las peñas, como si fuesen muros. E recibidas y dadas heridas de una parte y otra, como algunos muriesen, la noche puso fin á la batalla.

CAPITULO V.

De como el Consul Romano fue guiado de un pastor para ir á donde el Rey Filipo estabá, y de como lo hizo huir del lugar donde se habia asentado.

Estando, pues, las cosas de està manera, fue enviado un pastor por Charopo, Príncipe de los Epyrotas, al Consul, el qual le dixo que apascentaba ganados en el bosque que el Rey habia ocupado, y que sabia todos los senderos y vueltas de aquellos montes. Y que si queria enviar con él algunos, que él los levaria sobre la cabeza de los enemigos, por entrada y camino no nuy dificultoso, mas antes ligero y sin trabajo. Estas cosas le mandó Charopo decir que las creyese de suerte que fuesen mas en su poderio que del pastor. E queriendo el Consul mas creer lo dicho, que osarlo, et teniendo su ánimo mezclado en gozo y temor, movido por la autoridad de Charopo, determinóse de tentar la esperanza ofrecida. Y por apartar la cosa de sospecha, no dexó en los dos dias siguientes de perseguir los enemigos, ordenando á todas partes la hueste, y poniendo hombres de refresco en lugar de los cansados. Despues dió á un Tribuno de caballeros quatro mil peones escogidos y trecientos de caballo, y mandóle que levase los de caballo, hasta donde los lugares la sufriesen, et quando llegase donde los de caballo no pudiesen pasar adelante, los asentase en algun llano; y los de pie que fuesen por donde la guia les mostrase, et quando fuesen sobre los enemigos, como lo habia prometido, hiciesen señal con humo, et no levantasen antes el clamor y las voces, hasta que vista la señal conociese él que la batalla era comenzada. E mandóles que fuesen de noche, y por suerte toda la noche habia luna, y que entre dia que

comiesen y durmiesen. Y dió la guia atado al Tribuno, aunque le prometió de le hacer grandes mercedes, si salia verdad lo que habia prometido. Despues que el Consul Romano hubo enviado la sobredicha gente, á todas partes estaba atento, para tomar las estaciones de los enemigos. E como en este medio los Romanos hubiesen dado señal con humo que eran subidos á lo alto del monte, entonces el Consul partiendo el exército en tres partes fuese por medio del valle con lo mas fuerte de la gente, y allegó las alas derecha y izquierda al real de los enemigos. E con la misma diligencia los enemigos les salieron delante. Y saliendo fuera del baluarte, con el deseo que tenian de pelear los Romanos, tuvieron la ventaja en el esfuerzo, sabiduria, et manera de armas. Mas despues que muchos del Rey fueron heridos et muertos, recogiéronse en lugares seguros, ó por artificios, ó su naturaleza, y el peligro se convirtió sobre los Romanos, que iban neciamente á lugares desiguales y angostos, y no fáciles para se retirar seguros. E no salieran sin daño por esta su temeridad, sino fuera porque el clamor oido á las espaldas, et la batalla comenzada turbó á los del Rey con súbito temor y espanto. E algunos de ellos dieron á fuir: otros deteniéndose, mas porque les faltaba lugar para fuir que tenian ánimo para pelear, fueron cercados por los enemigos delante y detras. E todo el exército pudiera ser destruido, si los vencedores los persiguieran; mas la aspereza y estrechura de los lugares impidieron la gente de caballo, y la pesadumbre de las armas á la gente de pie. El Rey al principio huyó desbaratadamente sin consideracion alguna: mas despues habiendo andado espacio de cinco millas, sospechando lo que era, conviene saber, que por la aspereza de los lugares los enemigos no lo podian perseguir; se asentó en un montecillo, et envió los suyos por todos los cerros y valles, para recoger los que

iban derramados. Y perdidos dos mil hombres de estos, todos los demas siguiendo como alguna señal, allegándose en uno, se fueron camino de Thesalia. Los Romanos entretanto que les fue seguro, los persiguieron matando et despojando, et tomaron el real del Rey, de dificultosa entrada aun dexado sin defension. E aquella noche se quedaron en su real. El dia siguiente el Consul persiguió á los enemigos por los lugares angostos por donde el rio va entre los valles. El Rey el primero dia fue al real de Pyrrho. Este lugar, llamado el real de Pyrrho, está en Triphylia de la tierra Melotida. E despues el dia siguiente caminando mucho, ca el temor le daba priesa, allegó al monte Lyngon. Los montes de Epyro están entre Macedonia y Thesalia, et el lado que está vuelto á Thesalia, mira contra Oriente, y Macedonia está contra el Norte. Están estos montes cubiertos de muchos bosques, en las alturas tienen campos llanos, y fuentes que de continuo manan. E allí estuvo el Rey algunos dias, pensando si tornaria á su reyno, ó si seria mejor ir á Thesalia. E inclinó su parecer á levar su gente á Thesalia. Y por los atajos cercanos fue á Trica, et despues arrebatadamente traspasó las ciudades que estaban al paso, y sacaba de sus casas á los que le podian seguir, y quemaba las villas, et dexaba á los moradores de ellas levar lo que pudiesen, y á lo otro mandaba dar sacomano para la gente de guerra. De manera que con nombre de amistad hacia por donde pasaba mas crueldad, que hicieran los enemigos. Estas cosas hacia Filipo contra su voluntad, mas queria sacar á lo menos los cuerpos de sus amigos libres de la tierra, que esperaba que luego seria ocupada por sus enemigos. Y en esta manera destruyó las villas de Phacio, Iresia, Euhidrio, Eretria, Palephato. E yendo á Pheras, fue echado de ella; y porque habia necesidad de tardanza si la queria tomar, et el tiempo no era bueno, dexó lo co-

menzado, y tornose á Macedonia, ca era fama que los Etolos se allegaban. Estos habiendo oido la batalla que habia sido acerca del rio Aous, talaron primero los lugares comarcanos, et pasaron acerca de Sperchia y Macra, que llaman Comen, y de allí en Thesalia. Y del primero encuentro tomaron á Cymene y Angea, et deteniéndose en talar los campos, fueron echados de Metropoli por los de la villa, que corrieron á defender los muros. Y despues yendo sobre Calithera, con mayor porfia sufrieron semejante encuentro de los de la villa, et retrayendo dentro de los muros á los que habian salido, se fueron contentos de aquella victoria, porque no habia esperanza de tomar la villa. Y partidos de allí tomaron á Theuma y Calathana, dos aldeas pequeñas, y las destruyeron, y Acharras se les dió. Y por el mismo miedo Xinias fue desamparada de los moradores, los quales cayeron en la guarnicion que llevaban de Athamanes, porque fuese mas seguro el buscar de las provisiones; y sin orden et desarmados, con los que no eran para tomar armas, todos fueron muertos por los armados. Xinias fue saqueada. Despues los Etolos tomaron á Cyphara, un castillo puesto sobre Dolopia. Estas cosas hicieron en pocos dias los Etolos. E Aminandro et los Athamanes luego se movieron despues de la fama de la victoria que los Romanos habian alcanzado. Mas Aminandro no confiando mucho de su gente, pidió al Consul un poco socorro. E yendo á Gomphos, luego tomó por fuerza de armas una villa, llamada Phechado, puesta entre los Gomphos y las entradas angostas, que dividen á Thesalia de Athamania. E despues acometió de tomar á Gomphos, y los moradores se defendieron algunos dias con grande esfuerzo; mas luego que alzó las escalas sobre los muros por el mismo temor se le dieron. Este rendirse de los Gomphos puso mucho espanto en los de Thesalia. E despues se dieron los que tenian á Argenta,

y á Pherino y Thimaro, y Lisinas y Stimon, y Lampso, y otras pequeñas villas vecinas de allí.

CAPITULO VI.

De como Tito Quincio pasando á Thesalia, tomó á Phalera et la quemó, y tomó muchos lugares, donde se hizo fuerte con su gente. Y de lo que Lucio Capitan de la armada hizo con el Rey Attalo, y con los de Rodas.

Entre tanto que los Athamanes y Etolos, perdido el temor de los Macedones, en la victoria ajena hacian sus despojos et robos, et Thessalia era destruida por tres exércitos, sin saber quales tenia por amigos, ó quales por enemigos, el Consul pasó en Epyro por los estrechos que la fuida de los enemigos habia abierto. Y aunque sabia bien á que parte los de Epyro, salvo Caropo, habian favorecido, mas pues veia que hacian lo que él mandaba, estimolos segun el habito y manera, que de presente los hallaba, y no segun lo pasado; y con la facilidad de los perdonar, atrajo para en delante los ánimos y voluntades de ellos. Despues enviando mensajeros á Corcyra, para que las naos de carreo fuesen al seno llamado Ambracio, el á jornadas pequeñas llegó en quatro dias al monte Cerceto, donde asentó su real mandando venir allí á Aminandro con su socorro, no tanto por tener necesidad de él, quanto por tener guias para Thesalia. E por la misma causa muchos de los Epyrotas, que voluntariamente venian, fueron recibidos. La primera ciudad de Thesalia que combatió fue Phalera. Esta tenia dos mil Macedones en guarnicion, los quales al principio resistieron con gran esfuerzo, quanto las armas, y los muros podian defender; mas el combate fue continuo, y nunca cesó de noche ni de dia, porque el Consul conocia que los ánimos de los

otros pueblos de Thesalia atendian á esto, conviene saber, si los primeros resistiesen, á la fuerza de los Romanos. Demanera que el continuo combatir venció la pertinacia de los Macedones. E despues que Phalera fue tomada, vinieron embaxadores de Metropoli y de Pieria, dando las ciudades, y demandando perdon, el qual fue otorgado. E Pialia fue destruida et quemada, y de allí el Consul se fue á Eginio. E viendo que este lugar con poca defension era casi inexpugnable, haciendo sobre él pocas armas, se volvió á la region de los Gomphos. Y pasando por los campos de Thesalia, como ya todas las vituallas faltasen al exército, porque no habia dexado dañar los campos de los Epyrotas; mandó primero saber si las naos de carreo eran llegadas á Leucade, ó al seno de Ambracia, et envió alternadamente las esquadras á traer vituallas de Ambracia. Es el camino de Gomphos á Ambracia empachado y trabajoso, pero corto. De esta manera en pocos dias trahiendo vituallas del mar, el real fue abastecido de toda abundancia. E de allí se fue á Rhage, que está quasi á diez millas de Larissa, (los de Rhage salieron de Perrhebia,) et esta asentada sobre el rio Peneo. En la primera venida de los Romanos los de Thesalia no hubieron temor. E como Filipo no osaba penetrar en Thesalia, asi estando dentro de Tempe, que son lugares muy placientes en Thesalia, segun los enemigos tentaban algun lugar, luego como se le ofrecia ocasion, enviaba gentes en defension.

Casi en este mismo tiempo que el Consul puso su real contra el Rey Filipo en las entradas de Epyro, su hermano Lucio Quincio que tenia encomendada por el Senado la armada por mar, et el imperio de la costa marina, vino con dos galeas á Corcyra. E luego que supo que la armada era partida de ella, pensando que no debia tardar, luego que la alcanzó en la Isla Zama, despidió á Lucio Apustio á quien el succedia. E llegó tarde á Malea, remolcando por la mayor parte las naos, en las quales venian las vituallas.

E mandando á los otros, que quanto pudiesen, diesen priesa á salir de Malea, él con tres galeas ligeras llegó delante á Pyreo, et allí tomó las naos que Apustio Legado habia dexado para defension de Atenas. En este mismo tiempo vinieron dos armadas de Asia, una con el Rey Attalo que era de veinte y quatro galeas, et la otra de Rodas, que era de veinte naos cubiertas, et era Capitan de ellas Agesimbroto. Estas armadas se ayuntaron acerca de la Isla Andro, y despues pasaron á Euboea, apartada de ella por un pequeño estrecho de mar. E lo primero que hicieron, fue talar los campos de los Carystios; y despues viendo que la ciudad de Caristo estaba fuerte con el socorro que de Calcis habia subitamente venido, se fueron á Eretria. Y allí vino Lucio Quincio con las naos que habian estado en Pyreo, sabiendo que Attalo era venido, et mandó que las naos de su armada que viniesen fuesen á Euboea. Eretria era combatida con grande esfuerzo, ca las naos de tres armadas juntas traían consigo pertrechos y ingenios de todas maneras para derribar ciudades, y los campos tenian abundancia de madera para hacer nuevas obras. Los de la ciudad en el principio reciamente defendian los muros; mas despues cansados, y algunos heridos, viendo que les derribaban parte del muro, deliberaban de se dar. Mas estaba dentro la guarnicion de los Macedones de los quales no tenian menor temor que de los Romanos; y Philocles Capitan del Rey les enviaba mensajeros de Calcis, que vendria muy presto, si pudiesen sufrir el cerco. Esta esperanza mezclada con temor los forzaba dilatar el tiempo, mas que querian ó podian. Mas quando despues supieron que Philocles habia sido desbaratado, et con gran temor habia fuido á Calcis, luego enviaron embaxadores al Rey Attalo pidiendole perdon, y encomendandose á su fe. Y con la esperanza de la paz, habiendose en la guerra con negligencia, solo en la parte donde el muro estaba derribado, pusieron gente, no curando de las otras. Y Quincio subió al muro con

escalas por la parte donde no habia sospecha, y tomó la ciudad. Los de la ciudad todos fuyeron con sus mugeres y hijos á la fortaleza, y despues se dieron. Y no hallaron en la ciudad mucho oro ni plata, ni moneda, mas hallaron imagenes y estatuas de arte antigua, y otros ornamentos, mas que la grandeza de la ciudad demostraba. Despues tornaron otra vez sobre Caristo, y primero que sacasen la hueste en tierra, todos los de la ciudad huyeron á la fortaleza. Y de allí enviaron embaxadores á pedir la fe, y palabra del Capitan Romano, el qual luego concedió á los de la ciudad la vida y libertad, y á los Macedones puso precio de trescientos dineros por persona, y que se fuesen dexadas las armas. Por esta quantidad de moneda fueron redemidos, y desarmados fueron pasados á Euboea. Despues que estas armadas hubieron tomado dos nobles ciudades de Euboea en pocos dias, cercando á Sunio, promontorio de la tierra de Athenas, se fueron á Cenchreas, mercado de los de Corintho.

CAPITULO VII.

De como el Consul Tito Quincio combatió la ciudad de Rhage, y no la pudiendo tomar, fue á tomar otros lugares.

En este medio el Consul tuvo en Rhage el combate mas luengo y dificultoso que todos esperaban, y los enemigos le resistian por donde menos pensara; ca él habia creido que toda la dificultad seria en derribar el muro, y si habria entrada para la ciudad, que seria en los enemigos el huyr y matanza qual suele ser en ciudades tomadas. Mas despues que hubo derribado parte del muro, et comenzaron de entrar en la ciudad, aquello fue principio de nuevo trabajo; ca los Macedones que estaban en la fortaleza, y estos muchos escogidos, pensando de alcanzar gran gloria, si defendiesen pri-

mero la ciudad con armas y virtud que con los muros; ayuntados de la parte de dentro con esquadra firmada con muchas ordenes, como sentieron que los Romanos entraban por lo derribado del muro, los echaron á fuera por el lugar empedido y dificil para se recoger. De esto pesó mucho al Consul, y pensó que esta mengua no solo era tardanza para tomar una ciudad, mas tambien pertenecia para toda la guerra, la qual muchas veces depende de embarazos de cosas de poco. Y asi mandó alimpiar el lugar que estaba lleno de lo que habia caido del muro derribado, et allegó luego una torre muy alta, que levaba mucha gente en muchos tablados, et envió las capitanías debaxo de las banderas, para que si pudiesen, por fuerza de armas desbaratasen la esquadra recogida de los Macedones, que ellos llaman Phalange. Y como aquellos lugares fuesen angostos, y el espacio del muro derribado no fuese ancho, la manera de las armas, y la pelea era mas convenible á los enemigos, que á ellos. Y recogidos los Macedones ponian delante de sí lanzas muy luengas, y hacian galapago como con los escudos espesos. E los Romanos despues que hubieron echado las lanzas en vano contra ellos, tomaron las espadas; pero no se podian allegar ni cortar las lanzas de los enemigos, y si algunas cortaban, de lo que quedaba, hacian los enemigos entre las lanzas enteras, casi como un baluarte. Et sin esto la parte sana del muro les daba entrambos los lados seguros; y no tenian que retraherse de largo espacio, ni hacer impetu, lo qual acostumbra desbaratar las ordenes. Y á caso sobrevino otra cosa para mas firmar sus ánimos, et fue, que como la torre fuese llevada por el fuelo de la tierra, que no estaba bien apretada, la una rueda se abaxó tanto que hizo inclinar la torre, que pareció á los enemigos que caía, y puso mucho espanto en los que estaban sobre ella. Viendo el Consul que hacia poco, ó nada, pesábale mucho de hacer prueba de la gente et armas, sin tener esperanza de poderla asi presto tomar, ni

lugar, estando lejos del mar, et siendo los lugares todos destruidos por los daños de la guerra, donde pudiese tener el invierno. E asi dexado el cerco, porque en toda la costa de Acarnania et Etolia no habia puerto que juntamente recibiese todas las naos de carreo, que traian vituallas al exército, et tuviese casas onde pudiesen estar las legiones el invierno, parecióle que Anticyra en Phocis, vuelta contra el seno de Corintho, estaba dispuesta para esto; porque no se apartarian mucho de los lugares de Thessalia, et tendrian delante á Peloponneso apartada con poco espacio de mar, et á las espaldas quedaria Etolia y Acarnania, y á los lados Locris et Beotia. Y en el primero encuentro sin batalla tomó á Phanotea de Phocis, et á Anticyra. E despues tomó Ambrísio, et Hiampolis. E porque Daulis estando puesta en un montecillo alto, no se podia tomar con escalas, ni con ingenios, acordó de los fatigar con tiros, et atraerlos á escaramuzas; y fuyendo á veces, et otras persiguiendolos, y peleando muchas veces sin hacer cosa, los trajo á tanta negligencia y menosprecio, que los Romanos mezclados con los que se retraian á la puerta, entraron en ella. Y de esta manera seis otras villas pequeñas de Phocis se dieron á los Romanos, mas por espanto que por armas. Elatia cerró las puertas y demostró que no recibiria al Consul, ni al exército Romano, sino por fuerza de armas.

CAPITULO VIII.

De como el Consul tentó el ánimo de los Acheos, y hizo que su hermano y Attalo, y los de Rodas, y Athenienses les enviasen embaxadores, et como fueron oidos, et de como Aristeno Pretor de los Acheos hizo una oracion larga en favor de los Romanos.

Teniendo el Consul cerco sobre Elatia se le demostró esperanza de obra mayor, conviene saber de volver la gente de los Acheos de la amistad del Rey á la Romana; ca ellos habian echado á Cycliadas principal del bando que era de la parte del Rey, et habian hecho Pretor á Aristeno que los queria ayuntar con los Romanos. La armada Romana y Attalo, y los de Rodas estaban en Cenchreas, y aparejaban todos de consejo comun de combatir á Corintho. Asi pensaron que era mejor, antes de combatir tal ciudad, enviar embaxadores á los Acheos, prometiéndoles que si dexaban la amistad del Rey, y tomaban la de los Romanos, que agregarian á Corintho al antiguo ayuntamiento de aquella gente. E con autoridad del Consul, enviaron el hermano del Consul, Attalo, y los de Rodas, y los Athenienses embaxadores á los Acheos, los quales diéronles audiencia en Sicion. Y los Acheos tenian los corazones no muy asentados, ca los detenian los Lacedemonios enemigos enojosos y continuos, y habian temor de las armas Romanas, y estaban obligados á los beneficios de los Macedones, y á las gentes antiguas de aquella costa. Tenian empero al Rey sospechoso; mirando no á lo que entonces hacia, sino á su crueldad et poca fe, y que despues de la guerra seria señor mas grave et incomportable. E no solo ignoraban lo que cada uno en el ayuntamiento de su ciudad, ó en los comunes de la nacion dirian por parecer, mas ellos pensando entre si mismos no ha-

llaban cosa cierta que quisiesen, ó deseasen. Estando ellos de esta manera confusos mandaron entrar los embaxadores, y dieron lugar que hablasen. Primero habló el embaxador Romano, que era Lucio Calphurnio, et despues los embaxadores del Rey Attalo, et los de Rodas, et despues dieron licencia á los embaxadores del Rey Filipo que hablasen; á la postre los Athenienses fueron oidos por deshacer todo lo que los Macedones dixesen. Estos Athenienses hablaron mas ferozmente contra el Rey, porque ningunos otros habian recibido de él tantos daños, ni mas crueles. Este ayuntamiento fue dexado poniendose el Sol, habiendo gastado todo el dia con tantas hablas de tantos embaxadores. El dia siguiente llamaron ayuntamiento, donde dando los Magistrados licencia por pregon, como es costumbre de los Griegos, si alguno quisiese aconsejar, y no saliendo ninguno, gran espacio de tiempo estuvieron callando mirandose unos á otros. E no es de maravillar que, si revolviendo sus cosas en sus pensamientos, sus ánimos entre sí mismos estaban adormidos y contrarios, tambien las razones dichas demostrando á todas partes dificultades, los hubiesen turbado. A la postre Aristeno Pretor de los Acheos por no dexar sin habla et mudo el ayuntamiento, comenzó su oracion en esta manera. »Que es de »vosotros Acheos? ó ¿á donde están aquellas contenciones de »vuestros ánimos, con las quales hablando de Filipo, y de »los Romanos en los convites et ayuntamientos, á penas os »podiades refrenar de vuestras manos unos contra otros? ¿E »agora en el ayuntamiento hecho sobre esta causa, como »hayais oido de cada parte las palabras de los embaxadores, »y como con pregon os llamen para decir vuestros pareceres, estais mudos et ninguno habla? Y si el cuidado de la »salud comun no os hace hablar, á lo menos las afecciones et voluntades á una parte, ó á la otra ¿no inclinan »vuestros ánimos, como ninguno sea tan rudo y grosero »que pueda ignorar, que agora tiene ocasion de decir y

„aconsejar lo que quiera, ó tenga por bueno, antes que „alguna cosa deliberemos? Ca despues de determinado todos lo habreis de defender por bien y provechoso, et aun „los que antes no lo querian" Esta amonestacion del Pretor no solo no incitó alguno para aconsejar, mas ni movió ruido, ni murmuracion de ayuntamiento de tantos pueblos. Entonces el mismo Aristeno dixo otra vez: "vosotros, principales de los Acheos, no os falta mas el consejo que la „lengua, mas ninguno de vosotros quiere consultar de lo „comun con su peligro. E por ventura yo tambien callaria, „si no tuviese oficio, mas agora siendo Pretor veo que, ó „no debiamos oir los embaxadores, ó no debemos dexarlos „ir de aquí sin respuesta. E yo ¿cómo puedo responder sin „vuestra deliberacion et decreto? E pues ninguno de los „que aquí sois llamados, quiere decir su parecer, ó no osa, „tengamos por sentencias las oraciones de los embaxadores, „que ayer dixeron, asi como si no nos demandaran lo que „querian, mas antes nos aconsejaran lo que nos fuese provechoso. Los Romanos et Rodios et Attalo piden nuestra „compañia y amistad, y dicen que es razon, que les ayudemos en la guerra que hacen contra Filipo. Filipo nos „trahe á la memoria la amistad que con él teniamos, et el „juramento, et agora nos requiere que estemos con él, et „que es contento de esto solo, conviene saber, que no nos mezclemos en la guerra. ¿Ninguno de vosotros piensa en la „causa porque los que aun no son amigos, piden mas que el „amigo? Esto no se hace por la templanza de Filipo, ni „por imprudencia de los Romanos: los puertos Acheos dan „y quitan esperanza á quien demanda: et de Filipo ninguna cosa vemos sino el embaxador; mas la armada Romana „esta en Cenchreas y lleva consigo el despojo de las ciudades de Euboea. Vemos el Cosul y sus Legiones que van „por Phocis y Locride separadas por poco espacio de mar. „¿Maravillaisos por qué Cleomedon embaxador del Rey,

» agora sin confianza ha dicho que tomemos guerra por el » Rey Filipo contra los Romanos? Pues si por el mismo » pacto y juramento que agora nos requeria, le rogamos » que Filipo nos defienda de Nabis, y de los Lacedemonios, » y de los Romanos, no solo no hallará socorro para nos de- » fender, mas ni aun que nos pueda responder, sino lo que » el mismo Filipo; el qual prometiendonos el año pasado, » que haria guerra contra Nabis, tentó de sacar toda la flor » de nuestra juventud á Euboea, et desque vido que no le » quisimos dar este socorro, ni ponernos en la guerra de los » Romanos, olvidandose de la amistad que agora requiere, » consintió que fuesemos talados y robados por Nabis, y los » Lacedemonios. A mí por cierto la oracion de Cleomedon » no parece que concuerda entre sí. Tiene en poco la guerra » Romana, y dice que será tal el fin de ella, qual fue de la » guerra pasada que tuvieron con Filipo. Pues ¿por qué el » absente primero pide nuestro socorro, que presente nos » defienda de Nabis y de los Romanos? ¿Por qué ha sufrido » que Eretria y Carysto sean tomadas con tantas ciudades » de Thessalia? ¿E por qué sufre agora que Elatia sea com- » batida, y se ha ido de las entradas inexpugnables de Epi- » ro, que estan sobre el rio Aous, por fuerza, ó por mie- » do, ó por voluntad, et se ha ido del todo á su reyno, » dexando el bosque donde estaba asentado? Si por volun- » tad ha dexado tantos amigos suyos que sean destruidos por » los enemigos, ¿qué puede rehusar que sus amigos no mi- » ren por sí mismos? Si por temor, perdonenos que tambien » tenemos el mismo temor. Si vencido por armas se ha ido, » ¿crees tú Cleomedon, que nosotros los Acheos nos defen- » deremos de las armas Romanas, de las quales vosotros los » Macedones no os habeis defendido? Piensas que te cree- » mos que los Romanos no hacen la guerra con mayor exér- » cito y armadas y esfuerzo que la hicieron antes, hasta » que lo veamos? Entonces ayudaron á los Etolos con ar-

„mada de mar, y no hicieron la guerra, ni con hueste
„con Capitan consular; y las ciudades maritimas de los ami-
„gos de Filipo estaban espantadas y revueltas, las que mas
„estan dentro en tierra tanto fueron seguras de los Romanos,
„que el Rey Filipo hizo daño á los Etolos que pidian sin uti-
„lidad la ayuda de los Romanos. Mas agora habiendo los
„Romanos acabado la guerra de Africa, que han sufrido
„diez y seis años dentro las entrañas de Italia, no han en-
„viado socorro para la guerra á los Etolos, mas ellos mis-
„mos, por mar y por tierra, han venido contra los Mace-
„dones. Este es el tercero Consul, que con grande esfuer-
„zo hace la guerra. Sulpicio encontrando con el Rey en la
„misma Macedonia lo desbarató, y hizo fuir, y taló y ro-
„bó la mas rica parte de su reyno. Agora teniendo el Rey
„las cerraduras de Epyro, et confiando en la naturaleza del
„lugar, que junto con el exército lo hacia fuerte; Quincio
„lo ha echado del real, et lo ha persiguido por Thesalia, y
„casi delante sus ojos ha tomado sus guarniciones y ciuda-
„des que le eran amigas. No sean verdad las cosas que los
„embaxadores de los Athenienses agora dixeron de la cruel-
„dad, avaricia, luxuria desenfrenada del Rey, ni pertenez-
„can á nosotros las crueldades que en la tierra de Athenas
„han sido hechas contra los Dioses del cielo y del infierno,
„y mucho menos las cosas que los Cianios y Abidenos apar-
„tados de nosotros han sufrido; olvidemonos, si quereis
„de nuestras llagas y males, y de las matanzas y robos he-
„chos en Messana en medio de Achaya; olvidemos á Ga-
„ritenes nuestro amigo de la ciudad de Cyparissa muerto
„contra razon divina y humana casi en el medio combite, y
„Arato padre y hijo que eran de Sicion, los quales mató, co-
„mo acostumbrase Filipo llamar al padre viejo desdichado,
„y á Polycratia muger del hijo, hizo levar á Macedonia, pa-
„ra su propia y desordenada luxuria: Olvídemos otros adul-
„terios, y corrumpimientos de dueñas y virgenes. Pense-

» mos que no tratamos con Filipo por cuyo temor todos es-
» tais enmudecidos, ca no teneis otra causa de callar sien-
» do llamados al ayuntamiento: Pensemos que entendemos
» con el Rey Antigono muy benigno y justo, y al qual so-
» mos muy obligados; ¿por ventura creeis que nos pidiera
» que nos hiciesemos lo que no se pudiese hacer? Pelopone-
» so es casi isla junta con los estrechos del Isthmo á la tier-
» ra, y á ninguna cosa está mas abierta que á guerra del
» mar. Quando cien naos cubiertas, et cincuenta ligeras,
» et treinta barcos Isaicos comenzaren á talar toda la costa
» marina y combatir las ciudades puestas casi en ella, ¿nosotros
» retrahernos hemos á las ciudades dentro tierra, como que
» no tengamos guerra en ellas dentro de sus mismas en-
» trañas? Pues quando por tierra Nabis et los Lacedemo-
» nios, et por mar la armada Romana nos harán guerra,
» donde iremos á buscar la amistad del Rey, y el socorro de
» los Macedones? ¿creeis que con nuestras armas bastaremos
» á defender nuestras ciudades de los Romanos, si los hace-
» mos nuestros enemigos? Muy bien defendimos en la gue-
» rra pasada á Dimas. Asaz exemplos nos dan los males aje-
» nos, que no busquemos de ser exemplo para muchos otros.
» E porque los Romanos piden vuestra amistad, no querais te-
» ner en hastío lo que vosotros debiais desear, y con mucha
» diligencia pedir. No penseis que movidos por temor en
» tierra ajena huyen á nuestra amistad por esconderse de-
» baxo de la sombra de nuestro amparo y socorro, para
» que sean recibidos en nuestros puertos, y tomen vi-
» tuallas, ó otras cosas las que hayan menester; antes tie-
» nen el mar á su mano, y á qualesquiera tierras que
» van, luego las hacen de su señorío. Mas lo que ruegan,
» pueden forzar; y porque no os quieren forzar, no sufren
» que acometeis cosa con que os perdais. E lo que Cleome-
» don un poco ha os mostraba, como un camino medio y
» seguro de consejo, que esteis asosegados y os quiteis de

„la guerra; este no es medio camino, mas ninguno, por„que allende que habemos, ó tomar, ó desechar la amistad „de los Romanos, ¿qué sucederá, sino que no teniendo en „ninguna parte amistad firme, como quien esperamos el „fin de lo que seria para allegar nuestros consejos á la „fortuna, seremos despojo del vencedor? No querais des„echar los que vosotros debiais pedir, pues se os ofrece „de voluntad. No penseis que lo que hoy podeis hacer, „lo podreis hacer siempre. No tendreis siempre, ni muchas „veces, esta ocasion: gran tiempo ha que deseais libraros „de Filipo: ved aquí que sin vuestro trabajo y peligro han „pasado el mar con grandes armadas los que os tornarian en „vuestra libertad. Si estos menosprecias, no teneis buen seso; „pero menester es que los tengais, ó por amigos, ó por „enemigos."

CAPITULO IX.

De como los Acheos se dispusieron á tomar la amistad de los Romanos, y de como con su ayuda el Consul cercó la ciudad de Corintho.

Despues de la habla del Pretor comenzaron á murmurar, unos consintiendo á lo que el Pretor habia dicho, otros reprehendiendo reciamente á los que asi consentian; et no solos ellos, mas todos los pueblos contendian entre sí. E tambien entre los oficiales de aquella gente, diez que llaman Demijurgos, la contencion no era entre ellos menor, que en el pueblo. Los cinco decian que hablarian de la amistad de los Romanos, y que para ello darian su favor, et los otros cinco decian que estaba establecido por ley et estatuto, que los oficiales no podian hablar, ni el ayuntamiento determinar alguna cosa que fuese contra la amistad de Filipo. Y tambien este dia se pasó en contenciones, y quedaba un dia de ayuntamiento justo, pues mandaba

la ley que el tercero dia se hiciese la deliberacion ; en el qual dia tanto se encendieron las voluntades y pasiones, que faltó bien poco que los Padres no pusieran las manos en los hijos. Risiaso Pellenense tenia su hijo Demijurgo, que era llamado Memnon, et era de la parte que no queria que fuese publicado el decreto, ni demandar las sentencias. Este rogó mucho á su hijo que dexase que los Acheos proveyesen al bien de todos, et no perdiese con su porfia tantos pueblos. E viendo que sus ruegos aprovechaban poco, con gran ira lo amenazó que con su propia mano lo mataria et no lo tendria por hijo sino por enemigo; de manera que lo atraxo á que el dia siguiente se ayuntase con los que querian hablar y consultar sobre la amistad de los Romanos. Entonces siendo mas que los otros, consultaron, et quasi todos los pueblos aprobaron el consejo, et demostraron lo que querian deliberar. Los Dimeos et Megalopolitanos et algunos de los Argivos antes de hacer la deliberacion se habian levantado, y se habian ido del ayuntamiento, no les deteniendo, ni reprehendiendo alguno; porque Antigono habia restituido á su tierra los Megalopalitanos echados en la memoria de los Abuelos por los Lacedemonios, et Filipo un poco antes, no solo habia rescatado los Dimeos presos por el exército Romano, mas tambien les habia restituido su tierra. Pues los Argivos, sin que creen que los Reyes de Macedonia salen de ellos, muchos, ó la mayor parte estaban ayuntados por amistad familiar con el Rey. E por esto se salieron del ayuntamiento que se inclinaba á tomar amistad con los Romanos, et fueron perdonados de este apartamiento, porque eran obligados al Rey en grandes beneficios. Los otros pueblos de los Acheos viendo que dilataban los otros sus sentencias, con deliberacion presente firmaron alianza et amistad con el Rey Attalo y los de Rodas; y con los Romanos, porque no podia ser firme sin mandamiento del pueblo, dila-

târonla hasta que pudiesen enviar embaxadores á Roma. Mas plúgoles de enviar luego tres embaxadores á Lucio Quincio, y levar todo el exército de los Acheos á Corintho; la qual Lucio Quincio combatia despues de tomada Cenchreas. Los Acheos pusieron su real á la parte de la puerta que está contra Sicion, y los Romanos á la parte de la ciudad que está vuelta á Cenchreas, et Attalo á la parte de Lecheo, puerto sobre el otro mar, habiendo traido el exército por el estrecho. E combatian al principio ligeramente, esperando que habria discordia dentro entre los ciudadanos et la guarnicion del Rey. Mas despues que todos concordes defendian la ciudad como patria comun, y los de Corintho tenian á Androstenes, Capitan de la guarnicion, como si fuera ciudadano suyo, et por favor de ellos puesto en aquel oficio; toda la esperanza de los que combatian estaba en la fuerza de las armas y obras, et de cada parte allegaban á los muros ingenios y pertrechos con grande trabajo. Y de la parte que combatian los Romanos ya habian derribado parte del muro. Y como los Macedones corriesen para lo defender, porque estaba sin defension de baluarte, se trabó entre ellos y los Romanos una batalla muy recia. Y al principio ligeramente los Romanos eran echados por la multitud; mas despues con el socorro de Attalo y de los Acheos igualaban la batalla, y parecia cosa cierta que habian de echar de allí los Griegos y Macedones. Estaba allí gran multitud de Italianos fugitivos, parte de los quales habian seguido á Filipo de la hueste de Anibal, por temor de los Romanos: otros eran marineros que no habia mucho que habian dexado las armas de mar con esperanza de mas honrada y provechosa guerra; y estos no teniendo esperanza de la vida si los Romanos venciesen, se encendian mas á rabia que á esfuerzo. A la parte que está contra Sicion hay un promontorio de Juno que llaman Acrea, muy entrado en el mar quasi á siete millas de Co-

rintho, á donde Philocles, Capitan del Rey Filipo, traxo mil y quinientos soldados por Beocia. E luego fueron unos barcos de Corintho para los pasar á Lecheo. Attalo decia que debian ir á quemar las obras hechas para el combate et dexar el cerco. Quincio con mucha porfia perseveraba; mas despues viendo por todas las puertas guardas ordenadas del Rey, et que no podrian resirtir si salieran á fuera, siguió el parecer de Attalo. En esta manera sin hacer cosa alguna despidieron los Acheos, et ellos se volvieron á las naos, y Attalo se fue á Pyreo, et los Romanos á Corcyra.

CAPITULO X.

De como el Consul Tito Quincio tomó la ciudad Elatia, y Philocles, Capitan del Rey Filipo, tomó á Argos, y de lo que el otro Consul hizo en Francia, y de cierta conjuracion que hicieron los esclavos.

Entretanto que la armada del mar hizo estas cosas, el Consul teniendo puesto su real en Phocis sobre la ciudad Elatia, tentó al principio, si pudiese haberla, viniendo á habla con los principales de ella. E respondiendo ellos que no estaba en su mano, et que los del Rey eran mas et mas fuertes que los de la ciudad; entonces á todas partes dió combate con armas et artilleria, Y derribado todo el muro que estaba entre las torres, abrió la ciudad, y juntamente los Romanos acometieron por el camino abierto; et de todas partes de la ciudad concurrieron á defender aquel lugar por donde cargaban los enemigos. En el mismo tiempo los Romanos entraban por lo derribado del muro, y arrimaban escalas á lo que no era caido; et por aquí entraron armados en la ciudad, vueltos los ánimos de los enemigos á una parte. Y espantados los enemigos por este alboroto, dexando el lugar que defendian, todos fuyeron

á la fortaleza, siguiéndolos la otra gente que no hacia armas. De esta manera el Consul tomó la ciudad, et la puso á sacomano, y envió al castillo mensageros para que dixesen á los del Rey que los dexaria ir sin armas, et á los de la ciudad, que los tornaria á su libertad. E para esto dió su fe, et asi despues de pocos dias tomó la fortaleza. Y con la venida á Achaya de Philocles, Capitan del Rey, no solo Corintho fue libre del cerco, mas tambien la ciudad de los Argivos fue dada por ciertos principales de ella á Philocles, habiendo ellos tentado primero las voluntades del pueblo. Era costumbre que el primero dia del ayuntamiento los Prétores por causa de agüero nombrase al Dios Júpiter y Apolo y Hércules, y habian ayuntado á la ley, que el Rey Filipo fuese nombrado con ellos. Y porque despues de la amistad firmada con los Romanos el pregonero no habia nombrado el nombre del Rey Filipo, luego el pueblo comenzó á murmurar. E despues salió gran clamor de los que nombraban su nombre, y querian que la honra legítima no le fuese usurpada, hasta que con gran consentimiento fue nombrado. E con la confianza de este favor Philocles en la noche ocupó un cerro sobrepuesto á la ciudad, donde hay un castillo que ellos llaman Larissa; y puesta allí guarda, como en amaneciendo fuese con sus banderas derecho á la plaza que está debaxo de la fortaleza, salióle al encuentro una esquadra ordenada. Eran quasi quinientos mancebos Acheos escogidos de todas las ciudades, poco antes allí puestos de guarnicion, y era su Capitan Enesidemo. El Capitan Philocles les envió uno que les dixese que saliesen de la ciudad, ca ellos no eran iguales con los de la ciudad, quanto mas ayuntándose con ellos los Macedones, á los quales los Romanos en Corintho no habian podido resistir. E al principio ninguna cosa movió, ni al Capitan, ni á ellos; y aun despues que vieron venir de la otra parte los Argivos armados,

y viendo su cierta perdicion, parecia que entrarian en qualquiera peligro si su caudillo fuese porfioso. Mas Enesidemo, porque no se perdiese la flor de los mancebos de Achaya juntamente con la ciudad, hizo con Philocles pacto que los dexase ir; y él armado con pocos criados suyos se estuvo en el lugar que habia tomado. Enviole Philocles uno que le pidiese, qué queria hacer; á lo qual no respondió otra cosa sino que echó delante de sí el escudo, y dixo que armado queria morir defendiendo la ciudad á él encomendada. Entonces por mandado de Philocles los de Tracia echáron sobre él y los suyos armas, y todos fueron muertos. Y despues de hecha la amistad entre los Acheos y los Romanos, dos nobles ciudades, conviene saber, Argos y Corintho estaban en poderio del Rey. Estas cosas fueron hechas aquel estío por los Romanos en Grecia por mar et por tierra.

Ninguna cosa digna de memoria hizo Sexto Elio en Francia. Habiendo tenido en ella dos exércitos, deteniendo el uno que debia despedir, del qual fuera Capitan Lucio Cornelio, Proconsul, y que él encomendó á Cayo Elvio, Pretor, y el otro que levó á la provincia; gastó casi todo el año en recoger los de Placencia y Cremona á sus pueblos, y colonias, de donde estaban derramados por las guerras. Mas asi como en aquel año Francia fue asosegada sin esperanza, asi tambien acerca de la ciudad se levantó un alboroto de los esclavos. Los rehenes de los Cartagineses eran guardados en Setia. Y con estos, como hijos de principales, habia muchos esclavos, y otros algunos que los Setinos despues de la guerra de Africa habian mercado de aquella gente. E como estos hicieron la conjuracion, enviaron por todo el campo de Setia hasta Norba y Circeios á solicitar los otros esclavos. Y habiendo bien aparejado todas sus cosas, deliberaron el dia de ciertos juegos que se habian de hacer, al tiempo que el pueblo fuese aten-

to á los mirar, acometer sobre toda la gente; et tomando asi de súbito á Setia, ocupar despues á Norba y á Circeios. Esta maldad tan cruel fue descubierta en Roma á Lucio Cornelio Merula, Pretor de la ciudad. Dos esclavos fueron á él antes de amanecer y le dixeron lo que habia sido hecho, y se esperaba de hacer, á los quales él mandó guardar. E despues llamó al Senado, y contó lo que los esclavos le habian dicho. El Senado le mandó que fuese hacer pesquisa de aquella conjuracion, y á deshacerla. E fue con cinco Legados, y á quantos hallaba por los campos mandaba con juramento tomar armas y seguirlo. E haciendo de rebato gente hasta quasi dos mil hombres, no sabiendo ninguno á donde iba, llegó á Setia, et tomó luego los principales de la conjuracion. Los otros esclavos fuyeron de aquella ciudad, y despues envió á buscarlos por los campos. E fue este servicio excelente de los dos esclavos descubridores et de un libre. E al libre dieron los Senadores cien mil libras, y á los esclavos á cada uno veinte y cinco mil, y libertad. Este precio se pagó del tesoro á los señores de ellos. Y no mucho despues se dixo en Roma que los esclavos de las reliquias de esta conjuracion habian de ocupar á Preneste. Y Lucio Cornelio, Pretor, fue tambien allá, y hizo matar quasi quinientos hombres que estaban en culpa. E la ciudad estuvo en temor que los rehenes y captivos hacian estas cosas; porende en Roma velaban las calles, y mandaron á los oficiales menores que la rondasen, y que los tres varones que tenian las mazmorras estuviesen con diligencia y mucho cuidado. El Pretor envió cartas por toda la tierra del nombre Latino que tuviesen en guarda los rehenes, y no les diesen lugar de salir á lugares públicos, et que los esclavos estuviesen en la carcel pública con grillos que no fuesen de menor peso de diez libras

CAPITULO XI.

De las cosas que Attalo y Massinissa emviaron á Roma, y el Consul Elio volvió á Roma á tener las elecciones, et hicieron consules et Pretores, y fue prolongada Macedonia á Tito Quincio hasta que le fuese enviado sucesor.

En este mesmo año los embaxadores del Rey Attalo pusieron en el Capitolio una corona de oro de docientas y quarenta y seis libras, et hicieron gracias al Senado de que Antiocho movido por la autoridad de los embaxadores Romanos habia sacado su hueste de los campos del Rey Attalo. En este mismo estío vinieron al exército que estaba en Grecia docientos caballeros et diez elefantes, y docientos mil moyos de trigo enviados por el Rey Massinissa. Y tambien de Sicilia y Cerdeña fueron enviadas muchas vituallas et vestidos para la gente. E á Sicilia gobernaba Marco Marcelo, et á Cerdeña Marco Porcio Cato, hombre santo y inocente, tenido empero por muy áspero en refrenar las usuras. Fueron echados de Sicilia todos los usureros, et los gastos que acostumbraban hacer los de la isla para pompa de los Prétores fueron abaxados, ó del todo quitados.

El Consul Sexto Elio en llegando de Francia á Roma por tener los ayuntamientos, hizo Cónsules á Cayo Cornelio Cethego, et á Quinto Minucio Ruffo. Y dos dias despues tuvo la eleccion de los Prétores. Este año fue el primero que hicieron seis Prétores, porque las provincias et el imperio crecian. Y fueron hechos estos, conviene saber, Lucio Manlio Vulso, Cayo Sempronio Tuditano, Marco Sergio Silo, Marco Helvio, Minucio Ruffo, Lucio Acilio. De estos eran Ediles del pueblo Sempronio y Helvio,

y Curules Quinto Minucio Thermo, et Tito Sempronio Longo. Este mesmo año fueron hechos quatro veces los juegos Romanos. Siendo Cónsules Cayo Cornelio et Quinto Minucio, lo primero trataron de las provincias de todos, asi de los Cónsules como de los Prétores. Y los Prétores luego hicieron lo que se podia hacer por suerte. Sergio hubo la jurisdiccion de la ciudad, Minucio la extrangera, Acilio á Cerdeña, Manlio á Sicilia, Sempronio la España citerior, Helvio la ulterior. Mas aparejando los Cónsules de echar suertes de Italia et de Macedonia, Lucio Opio et Quinto Fulvio, Tribunos del pueblo, les pusieron impedimento, diciendo: que Macedonia era provincia muy apartada, et que ninguna otra cosa habia sido hasta entonces mayor embargo para la guerra como el que apenas el Consul comenzaba la guerra quando en lo mejor de ella lo hacian tornar á Roma siendo acabado el año. E que quatro años habia que era comenzada la guerra de Macedonia: que Sulpicio habia gastado la mayor parte de su año buscando al Rey y á su exército; y que Vilio encontrando con los enemigos, fue mandado venir á Roma sin haber acabado la cosa; y que Quincio habia sido detenido en Roma la mayor parte de su año por hacer los sacrificios, y que con todo asi habia hecho sus cosas en la provincia, que si fuera algo mas antes, ó si el invierno fuera mas tardío, pudiera haber puesto fin á la guerra; y que agora estaba en estaciones de invierno, y se decia que de tal manera rehacia la guerra, que si el succesor no lo impedia, el estío primero que venia podria darle fin. Con estas palabras vencieron de manera que los Cónsules dixeron, que ellos estarian á la autoridad del Senado, si los Tribunos hiciesen lo mismo. Y dexando luego los unos et los otros la determinacion á los Senadores, estos deliberaron que Italia fuese provincia para entrambos los Cónsules, et señaláronles dos legiones, y que hiciesen

guerra á los Franceses de aquende los Alpes, que se habian apartado del pueblo Romano. E prolongáronle el imperio hasta que le llegase succesor á Quincio, y decretáronle para la guerra de Macedonia suplemeto decinco mil peones, y trecientos de caballo, et tres mil marineros, et mandaron que el mesmo Lucio Quincio Flaminino, fuese Capitan de la armada como habia sido el año pasado. E á los Prétores de España dieron ocho mil peones de los amigos et del nombre Latino, et quatrocientos de caballo, porque despidiesen los soldados viejos, et mandáronles poner mojones donde feneciesen la España citerior et ulterior. Para Macedonia hicieron Legados á Publio Sulpicio et Publio Vilio que habian sido Cónsules en ella. Y primero que los Consules et Prétores fuesen á las provincias, les plugo de alimpiar las malas señales; porque en Roma el templo de Summano y el de Vulcano, et en Fregellas el muro et la puerta de la ciudad habian sido tocadas de rayo del cielo, et en Frusino de noche salió una gran lumbre, et en Asculo nació un cordero con dos cabezas et cinco pies, et en Formias dos lobos entraron en la ciudad, et mataron en ella quantos encontraron. En Roma entró un lobo, no solo en la ciudad mas tambien en el Capitolio. Y Cayo Acilio, Tribuno del pueblo, hizo que cinco colonias fuesen levadas á la costa del mar, las dos á las entradas de los rios Vulturno, et Literno, et una á Puzol, et otra al castillo de Salerno. Y á estas ayuntaron Buxento, et mandaron que á cada colonia fuesen treinta familias. Y para las levar hicieron tres varones los quales por tres años fuesen oficiales, conviene saber, á Marco Servilio Gemino, Quinto Minucio Thermo, Tito Sempronio.

CAPITULO XII.

De como los dos Cónsules con diversos exércitos fueron á Francia por caminos diversos, et de lo que aquel año hicieron.

Hecha la eleccion de la gente, et acabadas las otras cosas divinas et humanas que los Cónsules habian de hacer, entrambos fueron á Francia. E Cornelio fue por camino derecho á los Insubres, que entonces estaban en armas, habiendo tomado en su compañia los Cenomanos. Y Quinto Minucio volvió su camino á la parte izquierda de Italia contra el mar de abaxo, y sacando el exército por Génova, comenzó la guerra por los Ligures. Y las villas Clastidio y Litubio se dieron, y dos ciudades de las mismas gentes, Celelates y Cerdiciates, y todas las tierras de aquende el rio Pado, sacados los Boyos de los Franceses, y los Iluates de los Ligures. Y dícese que eran quince villas, et veinte mil hombres los que se habian dado. Y de allí levó las legiones al campo de los Boyos. El exército de estos no habia mucho que habia pasado el Pado, et se habia ayuntado con los Insubres y Cenomanos, porque habian oido que los Cónsules ayuntando las huestes en uno harian la guerra, et todos juntos serian mas fuertes. Mas despues que supieron por fama que el un Consul quemaba los campos de los Boyos, luego salió entre ellos discordia: ca demandaban los Boyos que todos les ayudasen, y los Insubres decian que no desampararian su tierra; demanera que los exércitos se partieron, yéndose los Boyos á defender sus campos, et los Insubres con los Cenomanos se asentaron sobre el rio Mincio. Y debaxo de aquel lugar acercó su real el Consul Cornelio al mesmo rio á cinco millas de los enemigos. Y enviando de allí por los lugares

de los Cenomanos et á Bressa, que era la cabeza de aquella gente, despues que supo que los mancebos estaban en la guerra sin autoridad de los viejos, et que los Cenomanos no se habian ayuntado á la rebelion de los Insubres, por consejo público; hizo llamar los principales et comenzó á tratar con ellos et trabajar que los Cenomanos se apartasen de los Insubres, et tomando sus banderas, se volviesen á sus casas, ó se pasasen á los Romanos. E no pudo el Consul alcanzar ésto; mas diéronle la fe que ellos no pelearian, ó si tal ocasion se ofreciese, ayudarian á los Romanos. Los Insubres no sabian de esta concordia, mas tenian alguna sospecha que los amigos no anadban con la fe recta; et por esto quando salieron al campo, no les osaron encomendar ninguna de las alas, porque si por engaño ó traicion faltasen, no los hiciesen del todo perder, mas pusiéronlos detras de las banderas en socorro. El Consul antes de comenzar la batalla votó de hacer un templo á Juno Sospita, si venciese aquel dia y desbaratase los enemigos. Toda su gente alzó muy gran clamor diciendo, que ellos harian que él cumpliese su voto; y luego arremetieron contra los enemigos, los quales no pudieron sufrir el primero encuentro. Algunos escriptores dicen, que los Cenomanos en tal alboroto dieron contra ellos por las espaldas, et en medio de los Romanos y Cenomanos murieron de los Insubres treinta y cinco mil, y fueron presos vivos cinco mil y sietecientos, entre los quales cuentan á Amilcar, Capitan de las Africanos, que habia sido causa de aquella guerra, et que tambien fueron tomadas ciento et treinta banderas. E las ciudades que se habian rebelado se dieron á los Romanos. El Consul Minucio al principio pasaba con la gente derramada, talando los campos de los Boyos; mas despues que vido que habian dexado los Insubres, et se habian retraido á defender su tierra, detúvose en el real pensando que habria de pelear en batalla con

ellos. Y los Boyos no dexáran de salir á ella, sino que la fama que los Insubres eran vencidos, les puso temor y espanto. E asi dexando su Capitan et el real, derramados por los lugarejos cada uno para defender lo suyo, hicieron que los Romanos mudasen la forma de hacer la guerra; ca el Consul habiendo perdido la esperanza de determinar la causa en una batalla, comenzó otra vez de robar y talar los campos, et quemar las casas et combatir los lugares et villas. En estos mismos dias fue quemado Clastidio, et de allí fueron las legiones contra los Iluares Ligustinos, los quales solos eran rebeldes; mas esta gente luego que supo que los Insubres habian sido vencidos en la batalla, et que los Boyos estaban espantados, de manera que no osaban tentar de entrar en batalla, luego se dieron. En este tiempo los Cónsules escribieron á Roma las cosas que con victoria hacian en Francia. Y Marco Sergio Prefecto de la ciudad leyó las letras en el Senado, y despues por mandamiento de los padres las leyó delante el pueblo. Y fue ordenado de hacer suplicacion á los Dioses por espacio de quatro dias.

CAPITULO XIII.

De como Tito Quincio tomó á Opunte, y el Rey Filipo pidió habla con él, y de las cosas que entre ellos pasaron al tiempo de la habla.

Ya era el invierno quando Tito Quincio despues que hubo tomado á Elatia invernaba en Phocis et Locride. En Opunte se movió discordia ca los de un bando llamaban los Etolos que estaban mas cercanos, los del otro llamaban á los Romanos. Y los Etolos vinieron primeros; mas el otro bando que era mas poderoso, echó los Etolos, y envió mensajeros al Consul Romano, hasta cuya venida tuvo la ciudad. La fortaleza tenia guarnicion del Rey, la qual nunca quiso salir.

de ella, ni por amenaza de los de la ciudad, ni por la autoridad del Capitan Romano. Y la causa que luego no fue combatida, fue que un embaxador del Rey vino pidiendo lugar et tiempo para habla. Esto fue concedido al Rey con gran dificultad; no porque Quincio no desease que la guerra fuese acabada por él, parte por armas et parte por condiciones, ca no sabia aun si le enviarian por succesor á uno de los dos Cónsules nuevos, ó si el imperio le seria prolongado, en lo qual habia encomendado á sus amigos y parientes que trabajasen con fuerza. Creia que la habla habia de ser cosa apta et convenible para que pudiese ladear el negocio, á guerra, si se quedaba, ó á la paz si se iba. Escogieron el lugar en el seno Maliaco acerca la costa de Nicea. El Rey vino de la ciudad Demetriade con cinco barcos y una nao, y estaban con él los principales de Macedonia, y el desterrado de los Acheos el noble varon Cycliadas. Con el Capitan Romano estaba el Rey Aminandro, y Dyonisodoro embaxador de Attalo, Agesimbroto Capitan de la armada de Rodas, et Pheneas Príncipe de los Etolos, et dos Acheos Aristeno et Xenophon. En medio de estos el Capitan Romano fue hasta la orilla del mar, et veniendo el Rey á la proa de la nao que estaba con las anchoras echadas en el agua, díxole el Capitan Romano. "Mejor » hablaremos et nos oyremos entre nosotros si salis en tierra. Y como el Rey dixese que no lo haria, díxole Quincio: ¿De quién tienes miedo? A esto respondió el Rey con ánimo soberbio et real. » A ninguno temo yo sino á los Dioses in» mortales, mas no doy fe á los hombres que cerca de tí veo, » et de todos, menos creo á los Etolos. Esto, dixo el Romano, peligro es igual á todos los que van á hablar con los enemigos, que en ninguno haya fe. Entonces dixo el Rey. » ¡O Tito Quincio! no es igual el galardon de la perfidia, si » Filipo et Phaneas sean engañados, ca no tendrian tanta » dificultad los Etolos en hacer otro Pretor en su lugar, quan-

„ta los Macedones en poner otro Rey en el mio. Y despues de estas cosas dichas, callaron. Y dende á poco diciendo el Romano, que le parecia que era cosa justa que él hablase primero, pues habia pedido la habla, dixo el Rey que la habla primera era del que daba las condiciones de la paz, et no del que las pedia. Entonces el Romano dixo, que su habla sería simple, et que diria tales cosas las quales si no se hacian, no habria condicion alguna de paz. Lo primero que los Romanos pedian, que de todas las ciudades de Grecia saliesen las guarniciones del Rey, et que los cautivos y fugitivos fuesen restituidos á los amigos del pueblo Romano, y á los Romanos los lugares de Illírico, los quales el habia ocupado despues de la paz hecha en Epíro; y que restituyese á Phtolomeo Rey de Egypto las ciudades que le habia ocupado despues de la muerte de Philopator Ptholomeo. Y que estas eran sus condiciones et del pueblo Romano, mas que con esto era cosa justa que fuesen oidas las cosas que pedian los amigos del pueblo Romano. El embaxador del Rey Attalo pidió que le tornase las naos et cautivos que habia preso en la batalla naval acerca de Cio, et que restituyese sin daño alguno á Nicephorio et el templo de Venus que habia robado et destruido. Y los de Rodas pidian á Perea, region en tierra firme delante su isla, y de su antiguo señorio; y que sacase las guarniciones de Iaso et Bargilios, et de la ciudad de los Euromensios, y de Sestos y Abidos, en el Helesponto; et que restituyese á los Bizancios Perintho, segun el estado antiguo, et dexase libres todos los mercados de Asia, y los puertos de Achaya. Los Acheos pedian las ciudades de Corintho et Argos. Y como el Pretor de los Etolos Phaneas hubiese pedido quasi las mismas cosas que los Romanos, conviene saber, que saliese el Rey de Grecia, et que restituyese á los Etolos las ciudades que en el tiempo pasado habian sido de su jurisdiccion y señorio; tomó la habla de él Alexandro principal de los Etolos, varon

entre los demas eloquente, y dixo: que habia rato que callaba, no porque pensase que en aquella habla se haria alguna cosa, mas por no perturbar la habla de sus amigos: que Filipo no trataba fielmente de paz, ni habia hecho en algun tiempo guerra con verdadera virtud, mas antes en las hablas asechaba y engañaba, y en la guerra no salia á campo igual, ni combatia con banderas desplegadas, mas huyendo quemaba et robaba las ciudades, y vencido destruia los premios de los vencedores; y que los antiguos Reyes de los Macedones no hacian asi las guerras, antes peleaban en el campo, guardaban las ciudades quanto podian, para que tuviesen su imperio mas rico y poderoso. Pues ¿qué cordura es tomadas las cosas sobre que se contiende destruirlas, y no reservarse otra cosa si no la guerra. E decia mas que el año pasado mas ciudades de sus amigos habia destruido Filipo en Thesalia, que todos los enemigos que jamas fueron en Thesalia, et que siendo amigo de los Etolos, mas cosas les habia quitado que siendo enemigo, et que habia ocupado á Lysimachia, echando de ella el Pretor, y la guarnicion de los Etolos, y que desde los fundamentos habia derribado et destruido á Cio tambien de su señorio, et que con la misma astucia y engaño tenia á Thebas, Pthias, Echino, Larissa, et Pharsalo. Movido por la habla de Alexandro el Rey Filipo, allegó la proa á la tierra porque fuese oida su respuesta. Y como comenzó á hablar principalmente contra los Etolos, entrepusóse reciamente Phaneas, diciendo que la causa no estaba en palabras, mas que ó habia de vencer por guerra, ó habia de obedecer á los mejores. Respondió el Rey Filipo, burlandose de la enfermedad de los ojos de Phaneas, diciendo: Esto los ciegos lo ven. Era Filipo mas parlero por su naturaleza que á Rey convenia, y aun en las cosas graves no se templaba mucho de reir. E comenzóse de enojar que los Etolos asi como los Romanos le mandasen salir de Grecia, los quales no podian decir porque fines et términos era Gre-

cia, ca los Agreos, Apodotas et Amphilocos, de los Etolos, que es grande parte de ellos, no son Grecia. Y dixo mas. "¿Piensan ellos tener justa querella porque yo no me he abs„tenido de sus amigos, como antiguamente tengan ellos esta „costumbre por ley, que, solamente quitada la pública „autoridad, dexan los mancebos de su gente hacer guerra „contra sus amigos, et muchas veces esquadras contrarias tienen Etolos en su ayuda? E yo no combati ni tomé á Cio, „mas ayudé á mi amigo Prusia que la combatia; et libré „á Lysimachia de los de Thracia, mas porque la necesidad „para esta guerra me apartó de su defension, tienenla los „de Thracia." Estas cosas dixo Filipo respondiendo á los Etolos. "Al Rey Attalo et á los de Rodas no les debo cosa „alguna, ca el principio de la guerra no salió de mi, mas „de ellos; mas por consideracion de los Romanos yo restituiré „Perea á los de Rodas, et á Attalo las naos et cautivos que „se hallaren. Y á lo que dicen de Nicephorio, et de la res„titucion del templo de Venus, ¿qué otra cosa responderé, „si no que restituiré su costa en la manera que los montes et „selvas cortadas se pueden restituir?" Y la postrera habla suya fue contra los Acheos, en la qual comenzando primero de los beneficios de Antigono, y despues de los suyos para aquella gente, mandó relatar los decretos de ellos, en los quales se contenian todas las honras divinas et humanas, et hizo memoria del reciente decreto del exército, por el qual lo habian desamparado, et reprehendió gravemente su poca fe, et al fin dixo que les restituiría Argos. En lo de Corintho, que lo deliberaria con el Capitan Romano, et que le preguntaria si tenia por bien que él se fuese de aquellas ciudades, las quales por derecho de guerra tenia, ó si tambien habia de dexar las que habia habido de sus antecesores. Y aparejando los Acheos et Etolos de responder á estas cosas, como el sol estuviese cerca de se poner, dilataron la habla para el otro dia siguiente. Y Filipo se volvió de don-

de habia venido, et los Romanos et sus amigos se tornaron al real.

CAPITULO XIV.

De como el dia siguiente el Proconsul Tito Quincio, et Filipo hablaron, et de lo que en su habla determinaron de hacer.

El dia siguiente al tiempo que determinaron, Quincio vino á Nicea, ca este lugar habian señalado para hablar. Y pasaron algunas horas que el Rey Filipo no venia, ni mensajero suyo. E ya no esperando que viniese, parecieron sus naos. Y dixo que como le habian demandado cosas tan graves y tan indignas, faltandole consejo habia gastado parte del dia en deliberar. Y comunmente de todos era creido que á sabiendas habia dilatado su venida hasta la tarde, porque los Acheos y Etolos no tuviesen tiempo para le responder; y él confirmó esta opinion pidiendo que le diesen lugar de hablar solo con el Capitan Romano, estando los otros aparte porque no gastasen el tiempo altercando, y se pudiese dar algun fin al negocio. Esto al principio no fue aceptado, porque no pareciese que echaban los amigos de la habla; mas despues no desistiendo él de lo pedir, por consejo de todos el Capitan Romano con Apio Claudio Tribuno de los Soldados, apartados los otros, fue hasta la orilla del mar. Y el Rey, con los dos que el dia antes tuvo, salió en tierra, y despues que algun espacio de tiempo hablaron en secreto, no se sabe lo que Filipo dixo á los suyos de lo que habian tratado; mas Quincio dixo á sus amigos, que él saldria de toda la costa de Illírico, y enviaria los fugitivos, y los cautivos que hallase; et que restituiria á Attalo las naos y los marineros presos con ellas, y á los de Rodas tornaria la region que llaman Perea, y que no saldria de Iaso et Bargilios; y á los Etolos volveria á Pharsalo et Larissa, mas no

á Thebas; y á los Acheos que saldria no solo de Argos, mas tambien de Corintho. A ninguno plugó la deliberacion de las partes, de las quales saldria, ó retendria, porque decian que en esto mas perdian que ganaban, y que nunca cesarian las causas de la guerra sino sacaba de toda Grecia las guarniciones. E como todos los del ayuntamiento á grandes voces dixesen esto: Filipo oyó las voces, et asi pidió á Quincio, que fuese todo este negocio dilatado para el dia siguiente, creyendo que, ó él persuadiria á Quincio, ó se dexaria persuadir de él. Y señalaron para la habla la costa, cerca de Thronio, et allí se ayuntaron luego de mañana. Entonces Filipo dixo que rogaba á Quincio y á todos los otros no quisiesen turbar la esperanza de la paz. Y á la postre pidió tiempo para enviar embaxadores á Roma al Senado, que ó con estas condiciones él alcanzaria paz, ó recibiria qualesquiera condiciones de paz que el Senado le diese. Esto no placia á los otros, ca decian que no buscaba otra cosa sino tardanza y dilacion, para se rehacer. Quincio dixo que esto seria verdad si el tiempo fuese para ello dispuesto, mas que siendo ya invierno, ninguna cosa se perdia en dárle tiempo para enviar embaxadores; porque sin autoridad del Senado ninguna cosa de lo que ellos concertarian con el Rey, seria firme y valedera, et que podian saber la autoridad del Senado, en tanto que el invierno les daba necesario asosiego en la guerra. A esta sentencia consintieron los principales de los amigos, y haciendo treguas por dos meses con él, determinaron enviasen dos embaxadores para avisar el Senado que el Rey no lo engañase; y en el pacto de las treguas añadieron, que luego saliesen las guarniciones del Rey de Phocis y de Locris. Y Quincio envió con los embaxadores de los amigos á Aminandro, Rey de los Athamanes, y porque pareciese forma de embaxada, envió tambien á Quinto Fabio hijo de la hermana de su muger, y Quinto Fulvio y Apio Claudio.

CAPITULO XV.

De como los embaxadores de Attalo, y de los otros amigos de los Romanos, y los del Rey Filipo fueron á Roma, y de lo que les fue respondido por el Senado; y de como Filipo sabida la respuesta, dió á Nabis Tyrano de los Lacedemonios la ciudad Argos, y hizo que entrase en ella con su Capitan Philocles.

Luego que los embaxadores llegaron á Roma, primero fueron oidos los de los amigos que los del Rey, y su habla toda fue en decir mal del Rey. Y mucho movieron al Senado, mostrando el asiento del mar y tierras de aquella region, porque todos viesen que si el Rey tenia á Demetriade en Thesalia, y á Calcis en Euboea, y á Corintho en Achaya, Grecia no podia ser libre, et que Filipo, no con mayor injuria que verdad, las llamaba grillos de Grecia. Despues entraron los embaxadores del Rey, los quales comenzando luenga oracion, una corta pregunta les atajó la habla. E la pregunta fue: Sí su Rey habia de salir de estas tres ciudades. Y como ellos respondiesen, que especificadamente de ellás no les habia sido mandado cosa alguna, los despidieron sin hacer paz. Y á Quincio dieron poderio libre de paz, ó de guerra de la qual, como bien se mostró, el Senado no se enojaba. E Quincio mas codicioso de victoria que de paz, no dió mas habla á Filipo, antes dixo que no recibiria otra embaxada de él, sino que le traxese que saldria de toda Grecia. Filipo viendo que por guerra se habia de determinar et que de todas partes necesitaba atraher amigos et fuerzas, principalmente de las ciudades de Achaya que estaban muy distantes, et teniendo mas cuidado de Argos que de Corintho, pensó ser cosa muy buena, darla, como en fe, á Nabis tyrano de los Lacedemonios, para que si él vence-

se, se la restituyese, et si fuese vencido, la poseyese Nabis, et escribió á Philocles, que era Gobernador de Argos et de Corintho, que hablase con el tirano. Y Philocles allende de lo que levaba al tirano, ayuntó que el Rey queria dar sus hijas en matrimonio á los hijos de Nabis. El tirano al principio dixo que no recibiria aquella ciudad, sino que fuese llamado en socorro de ella por decreto de de los mesmos Argivos. E despues que oyó que ellos en lleno consejo, no solo habian menospreciado, mas aun abominado su nombre, pensando que por esto tenia causa de los robar, dixo á Philocles que quando quisiese le diese la ciudad. De esta manera de noche, sin saberlo ninguno, entró el tirano en la ciudad, et en amaneciendo ocupó todos los lugares mas altos, et cerró las puertas, y destruyó los bienes de los pocos principales absentes que huyeran, y á los que fueron presentes quitó el oro et plata que tenian, y mandóles pagar mucha quantidad de moneda. Los que pagaron, luego fueron dexados sin injuria et daño de sus cuerpos, et de los que fue sospecha que la escondieron y se retraxeron de la pagar, á manera de esclavos fueron atormentados. Despues llamando á ayuntamiento del pueblo publicó una interrogacion de borrar las deudas viejas, y otra de partir los campos entre ellos. Estos son dos fuegos para los que buscan novedades de encender el pueblo contra los nobles. Despues que la ciudad de los Argivos fue en poderio de Nabis, no acordándose el tirano, de quien habia tomado la ciudad, et con qué condicion la habia tomado, envió embaxadores á Quincio que estaba en Elacia, et Attalo que tenia el invierno en Egina, que les dixesen que Argos estaba en su poderio, et que si Quincio venia á habla con él, no desconfiaba que los dos concordarian. Quincio por despojar á Filipo de aquella ciudad, respondió que él iria, et luego envió á Attalo que viniese de Egina á Sicion; et él con diez galeas,

que acaso aquellos dias su hermano Lucio Quincio habia traido de Antycira et de Corcyra, pasó á Sicion, donde ya estaba Attalo. Y como le dixese que el tirano debia venir al Capitan Romano, et no el Capitan Romano al tirano, atraxo á Quincio á su parecer, que no fuese á la ciudad de Argos. Y asi concordaron de se ayuntar á habla no muy lejos de la ciudad Mycenica. Y Quincio fue con su hermano et pocos Tribunos de caballeros, et Attalo con su compañia real, et Nicostrato, Pretor de los Acheos, con pocos de sus amigos. Y hallaron allí el tirano que esperaba con toda su hueste. Y salió armado con hombres armados en medio del campo. Quincio estaba sin armas con su hermano y dos Tribunos de caballeros, y al Rey tenia en medio el Pretor de los Acheos, et uno de los de su palacio. El comienzo de la habla del tirano fue excusarse que él armado y acompañado de armados, viendo desarmados al Capitan Romano y al Rey, habia venido á habla con ellos, diciendo que él no temia á ellos, mas á los desterrados de los Argivos. Despues que comenzaron á tratar de las condiciones de la amistad, el Romano pidió dos cosas: la una que feneciese la guerra con los Acheos, y la otra que le socorriese contra el Rey Filipo. Respondióle que él le socorreria contra Filipo: de la paz con los Acheos dixo que haria con ellos treguas hasta que la guerra contra Filipo fuese acabada. De Argos nació contienda por el Rey Attalo, diciendo que tenia la ciudad por fuerza vendida por traicion de Philocles, y él dixo que los Argivos lo habian llamado á él porque los defendiese. El Rey pedia que hiciesen ayuntamiento de los Argivos para que se supiese la verdad. Esto no rehusó el tirano. El Rey dixo que sacase de la ciudad la guarnicion y que el ayuntamiento libre, no teniendo mezclados los Lacedemones, declararia la voluntad de los Argivos. El tirano dixo que no la sacaria. Esta contienda no hubo fin,

et asi se partieron de la habla. El tirano envió al Capitan Romano seiscientos hombres de la isla de Creta, et hicieron treguas por quatro meses entre Nicostrato, Pretor de los Acheos, y el tirano de los Lacedemonios. De allí Quincio fue á Corintho, et con la esquadra de los Cretenses se allegó á la puerta, para que mostrase á Philocles, Prefecto de la ciudad, que el tirano se habia apartado de Filipo. E Philocles vino á habla con el Capitan Romano. E amonestándole el Capitan Romano que luego se pasase et le diese la ciudad, de tal manera respondió, que parecia mas diferirlo que negarlo. Y de Corintho Quincio pasó á Anticyra, de donde envió su hermano á tentar la gente de los Acarnanes. Attalo fue de Argos á Sicion. Allí la ciudad con nuevas honras acrecentó las viejas honras del Rey; et él, allende que con mucho dinero habia redimido en otro tiempo un campo sagrado del Dios Apolo, tambien entonces por no dexar sin alguna munificencia la ciudad compañera et amiga, les dió diez talentos de plata, et diez mil moyos de trigo, y asi se volvio á sus naos á Cenchreas. Y Nabis despues de haber afirmado la guarda de Argos, tornando á Lacedemonia habiendo despojado los hombres, envió su muger á Argos á robar las mugeres. Ella llamando á su casa algunas veces de una en una las mugeres nobles, otras, muchas de un mesmo linage, lisongeándolas et amenazándolas, no solo les quitó todo el oro que traian, mas aun tambien los vestidos, et ornamentos mugeriles.

LIBRO TERCERO
DE LA QUARTA DECADA DE TITO LIVIO.

CAPITULO PRIMERO.

Del sitio de la ciudad de Leucade, que es en Acarnania, y de como fue tomada por los Romanos, y de lo que hicieron los de Rodas contra el Rey Filipo.

Lucio Quincio Flaminio, hermano del Proconsul Romano, sabida la súbita mudanza de Acarnania, movió con la armada para hacer la guerra. Llegado, pues, acerca de Heteo puso el cerco sobre la ciudad de Leucade, que es la principal de toda la provincia de Acarnania. Está esta ciudad de Leucade situada entre dos gargantas altas, que tienen casi quinientos pasos de luengo, y no mas de ciento y veinte pasos de ancho, las quales antes á la parte de Occidente juntaban á Leucadia con Acarnania, y está allegada al monte que mira á Oriente y Acarnania. Las partes mas baxas de la ciudad son llanas, y están puestas al luengo del mar, que ahora divide á Leucadia de Acarnania. Asi la ciudad es expugnable, asi por mar como por tierra: porque los vados en aquel lugar son mas semejantes á estanques de agua, que á mar, el campo todo tierra, y bueno de trabajar. A esta causa los muros de la ciudad por muchas partes eran socavados, ó abatidos con pertrechos y otros instrumentos de guerra. Pero quanto era mas oportuna esta misma ciudad para los que la combatian, tanto eran por otra parte mas inexpugnables y animosos los corazones de los que estaban cerrados. Nunca estaban

ociosos, ni perdian ocasion ninguna para rechazar y dañar á sus enemigos. Estaban con grande atencion trabajando noche et dia, por rehacer los daños que recibian de los que combatian. Rehacian las partes desportilladas del muro. Cerraban con mucha destreza et diligencia los lugares abiertos et abatidos. Y quanto los enemigos les hacian mayor daño, tanto ellos buscaban, y hallaban mayores remedios. Allende de esto, salian á las veces fuera del pueblo, y con ánimos esforzados acometian á sus enemigos, en los quales hacian no poco daño. Despues se retraian á la ciudad et defendian con armas los muros, muy mejor que ellos eran con los mismos muros defendidos. Habíanse, pues, tan animosamente en este peligro los de Leucade, que estaban en términos de sostener el cerco, y dilatarle mucho mas luengo tiempo de lo que esperaban los Romanos, si no les aconteciera un desastre no pensado. Habia dentro de la ciudad algunos desterrados de la nacion Italiana, que eran moradores de Leucade. Estos por congraciarse con los Romanos, ó por ventura corrompidos por dineros, admitieron algunos de ellos secretamente dentro de la fortaleza del pueblo. Los primeros hicieron lugar á otros, de tal manera que luego se apoderaron los Romanos de la fortaleza. Los Leucadios, aunque vieron la traicion, y por ella se conocieron casi perdidos, no por eso perdieron el ánimo, sino usando del consejo que les pareció mas conveniente en aquel extremo peligro, acordaron de resistir animosamente á los Romanos. Encendióse pues una porfiada et peligrosa batalla de entrambas partes en la plaza de la ciudad, en la qual los Leucadios se hubieron valerosamente, y resistieron con esforzado corazon algun espacio de tiempo el ímpetu y fuerzas de los Romanos. Estando, pues, en su ardor y porfia esta batalla, los Romanos escalaron el muro por muchos lugares, y tambien por las aberturas que habia rompidas en él entraron todos dentro de la ciu

dad. A esta sazon el mismo Legado Romano con grande tropel de gente cercó por todas partes á los ciudadanos que combatian ; los quales no pudiendo mas resistir á las fuerzas Romanas, algunos de ellos no quisieron dexar las armas de la mano, hasta que cayeron muertos en medio de sus enemigos peleando, y otros dexando las armas se dieron al vencedor. Pocos dias despues que fue divulgada la fama de la batalla que se habia dado en el lugar que llaman Cynoscephalas, todos los pueblos de Acarnania vinieron de su propia voluntad á darse al Legado. Casi en este mismo tiempo, inclinando la fortuna su favor enteramente casi á una misma parte, los de Rodas determinaron de recobrar de Filipo la provincia que era llamada Perea, la qual habia sido poseida de sus antecesores. Para esta empresa enviaron á Pausistrato, Pretor, con ochocientos peones ligeros de los Acheos, et con mil et novecientos armados, cogidos de diversas gentes de los aliados, como eran Galos, Nisuatas, Pisuetas, Tamianos, Areos de Africa, y Laodicenos de Asia. Con esta gente movió Pausistrato derecho á Tendeba en la tierra de los Stratonicos, y sin ser sentido de los del Rey Filipo, que estaban en Thera, ocupó aquel lugar, para su empresa muy oportuno. Luego á esta sazon le sobrevinieron en su socorro mil soldados de pie y cien caballos de los Acheos, que eran expresamente enviados para que le ayudasen, gente muy escogida, el caudillo de los quales se llamaba Theoxeno. Por otra parte Dinocrates, que era Prefecto del Rey de Macedonia, por recobrar el lugar que habian tomado los Acheos, movió contra ellos, y en el camino dió la vuelta á otro castillo, que tambien era de la jurisdiccion de Stratonicea. Este castillo se llamaba Astragon. Juntando pues, Dinocrates consigo toda la guarnicion que en él habia, y de los que estaban esparcidos por diversas partes, y con la ayuda de los Thesalos, prosiguió su viage derecha-

mente al lugar que es llamado Alabanda, donde estaban los enemigos. Los de Rodas que supieron su venida, no rehusaron la batalla. Asentados, pues, los reales muy cerca los unos de los otros, de cada parte se comenzaron á ordenar las haces, y aparejarse para el combate. Dinocrates puso quinientos Macedonios en la ala diestra y en la izquierda puso los Agrianos. En el medio de entrambas haces puso á los que habia cogido de las guarniciones de los castillos, la mayor parte de los quales eran de Caria. A los dos lados ordenó la gente de á caballo, y los auxîliares de los Thraces y Cretenses. Los Acheos fueron puestos por los Rodios en la ala derecha. Los soldados que estaban á su sueldo ocuparon el lado izquierdo, y estos eran muy diestros y experimentados en la guerra. En el medio fueron puestos los otros que habian venido en su socorro mezclados de mucha variedad de gentes. Los caballeros, y los que eran de ligeras armaduras, guardaban los cuernos del exército. De esta manera ordenadas las haces de entrambas partes, estuvieron aquel dia quedas á las dos vandas de un arroyo pequeño que las dividia. Mostráronse los unos á los otros, et despues que se hubieron tirado pocas saetas, se retiraron las huestes cada una á su real. El dia siguiente ordenadas las haces de la misma manera, se dió la batalla mucho mas porfiada et sangrienta de lo que se pudiera esperar de aquel pequeño número de combatientes. Porque no habia mas de tres mil hombres de pie, et casi ciento de caballo, de cada una de las partes; pero no solamente en el número et en las suertes de las armas fueron iguales, sino tambien en los ánimos et esperanza con que pelearon. Los de Achaya fueron los primeros que pasado el arroyo hicieron grande ímpetu en los Agrianos, que estaban puestos contra ellos. Despues toda la hueste pasó el arroyo casi de corrida. Luengo tiempo duró la batalla dudosa. Ochocientos hombres de los de Achaya hicieron mover de

su lugar á mil y ochocientos de los adversarios, et los pusieron en huida. Tras estos se inclinó luego toda la esquadra del medio. Los Macedonios todo el tiempo que pudieron conservarse juntos en un mismo lugar, permanecieron firmes, et no pudieron ser movidos con la fuerza de sus enemigos. Pero despues que la ala izquierda se halló desbaratada enteramente, queriendo tirar lanzas y dardos contra el enemigo que venia de traves, á la hora fueron turbados, et comenzaron luego á hacer grande alboroto entre sí: despues tomaron las espaldas, y se pusieron en huida; á la fin, dexando las armas se fueron huyendo precipitadamente, hasta que se acogieron á la ciudad de Bargilias. Al mismo lugar tambien se acogió Dinocrates. Los de Rodas fueron en su alcance siguiéndolos todo lo que les restaba del dia, y despues como sobrevino la noche, se recogieron á su real. Es notorio, que si los vencedores prosiguieran su victoria sin detenimiento ninguno, que facilmente pudieran tomar la ciudad Stratonicea, sin pelea ni contradicion. Pero perdióse la ocasion de este negocio, ocupándose los vencedores en cobrar las villas et castillos de Perea, donde se detuvieron algun tiempo. En este medio confirmáronse los ánimos de los que estaban en guarnicion dentro de la ciudad, y poco tiempo despues Dinocrates con los que le habian restado de la batalla entraron dentro de los muros, tanto por acogerse á lugar seguro, quanto por defender el pueblo. Despues de esto, en vano fue cercada y combatida la ciudad, pues no pudo ser tomada, sino algun tiempo despues por Antiocho. Estas son las cosas que se hicieron en Thesalia, et en Achaya, et en Asia, casi en un mismo tiempo.

CAPITULO II.

De la victoria que huvo el Rey Filipo contra los Dardanos, que entraron á talar los términos de su Reyno. De como se revelaron los Españoles, et Antiocho vino en favor del Rey, et le resistieron los de Rodas.

Esto hecho, como oyese Filipo, que los Dardanos habian entrado en los terminos de su reyno, y que talaban los campos de Macedonia la alta; aunque casi por todas las partes del mundo le sobrevenian adversidades et era muy contraria la fortuna, tanto á sí, como á los suyos; todavia sintiendo mas que la muerte ser echado de la posesion de su reyno, comenzó luego con grande impetu á hacer gente de guerra por todas las ciudades de Macedonia. Hicieronse en breve tiempo seis mil hombres de pie, et quinientos de caballo. Con estos se partió el Rey Filipo contra sus enemigos, y llegando á los Stobos de Pelagonia dió sobre ellos de improviso. Grande multitud de hombres de los Dardanos pereció en la batalla; pero muchos mas fueron muertos de los que andaban esparcidos por los campos con deseo de robar. Los que pudieron escaparse huyendo, sin esperar la próspera ó adversa fortuna de la batalla, ni poner mano en los enemigos, se fueron derechos á sus tierras En esta expedicion le fue favorable la fortuna al Rey Filipo, et muy diferente del ordinario curso de los otros negocios; con lo qual recreados un poco los ánimos de sus gentes, se recogió á la ciudad de Thesalonica. No solamente vino muy á proposito al pueblo Romano ser acabada la guerra Africana, porque no hubiese de hacer en un mismo tiempo la guerra contra los Carthagineses y contra el Rey Filipo juntos; pero tambien le fue muy oportuno, que el mismo Filipo fuese vencido de los Romanos, en tiempo que Antiocho movia nueva guerra en

Syria contra el pueblo Romano. Porque allende que mas facilmente podia ser vencido cada uno por sí, que si entrambos juntasen sus fuerzas en uno, tambien en este mismo tiempo se rebelaba toda España, y con grande alboroto juntaba sus fuerzas y poder entero para hacer la guerra. Antiocho en el verano pasado, despues de haber sojuzgado et puesto debaxo de su poderio todas las ciudades de Cele Syria que eran del Rey Ptolomeo, determinó de retraherse para invernar en Antiochia. Pasado el invierno tan poco estubo quedo, sino juntó todas las fuerzas y poder de su Reyno, asi por mar como por tierra; y enviando delante á sus dos hijos Arduo y Mithridates, con grande exército de gente por tierra, con orden que le esperasen en la ciudad de Sardes, él se partió con la armada por mar, acompañado de cien naos cubiertas muy grandes, et de otras docientas galeras et naos pequeñas abiertas. En esta jornada tenia intencion, lo uno de tentar todas las ciudades que hallase por el camino pertenecientes al Rey Ptolomeo de Egypto, costeando la tierra de Cilicia et Caria, et lo otro venir al socorro del Rey Filipo contra los Romanos, con su exército por tierra, et con su armada por mar; porque aun no estaba enteramente destruido, y viniendole al presente tal ayuda, habia alguna esperanza de poder restaurarse. En esta coyuntura peligrosa hicieron cosas muy señaladas los de Rodas por la fe y alianza que tenian firmada con el pueblo Romano, tanto en su defension, como en favor de todos los Griegos. Aunque vieron que tan grande guerra venia sobre ellos, no solamente no se alteraron, ni hubieron pavor de tan grande potencia, como contra ellos venia, mas aun con animoso esfuerzo enviaron sus embaxadores al Rey, á Nephelida que es un promontorio de Cilicia, muy ilustre et celebrado por causa de una confederacion et alianza antigua que en el habian hecho los Athenienses: avisandole, que si en aquel lugar no se parase con su gente de guerra, que ellos le juzgarian por ene-

migo, et como á tal saldrian contra él, et procurarian de estorvarle el paso, no por causa de odio ninguno que tuviesen con él, si no porque no querian permitir que se juntase con Filipo, y ambos juntos estorvasen á los Romanos de poner en libertad á toda la Grecia. A esta sazon Antiocho combatia á la ciudad de Coracesio con grandes ingenios et pertrechos; la qual, despues de haber tomado á Zephirio, et Soles, et Aphrodisiade, et Corico, et Selinunte, et Anemuro, que es un promontorio de Cilicia, y allende de estos lugares, habiéndosele entregado de su propia voluntad, ó por fuerza de armas todos los castillos et plazas fuertes de aquella comarca, le detenia contra lo que esperaba, cerradas las puertas. En este lugar fueron oidos los embaxadores de los de Rodas. Y aunque la embaxada era de tal calidad, que con justo título pudiera encender el ánimo del Rey, todavia mostrando un semblante moderado les respondió, que él tambien enviaria sus embaxadores á Rodas, para que renovasen las antiguas alianzas et confederaciones, que desde luengos tiempos habia habido entre él y los de aquella ciudad. Tambien les rogaba que no tuviesen temor ninguno, ni se moviesen un punto por causa de su venida, porque él les prometia que no haria daño ninguno á ellos, ni á sus aliados, et que tampoco violaria la amistad que tenia con los Romanos. Lo qual podian juzgar, como por evidente argumento, de la embaxada que él habia enviado á los Romanos, et de la honorifica respuesta que ellos le habian dado por decreto de todo el Senado. A esta sazon acaso eran llegados de Roma los embaxadores del Rey Antiocho, los quales fueron muy humanamente oidos y despedidos, como el tiempo et oportunidad lo demandaba, visto que en aquella sazon estaba incierto el fin de la guerra que se hacia contra el Rey Filipo. Quando estos embaxadores de Antiocho estaban contando estas cosas en la congregacion de los Rodios, viniéronles nuevas ciertas como todo el

exército del Rey Filipo era deshecho et destruido en el lugar que es llamado Cinoscephalas. Oidas estas nuevas, los Rodios perdieron todo el temor que antes tenian á Filipo, et determinaron de salir al camino con armada, para resistir al Rey Antiocho. Tampoco pusieron en olvido el cuidado provechoso de conservar en su libertad y privilegios las ciudades aliadas del Rey Ptolomeo, sobre las quales parece que venia la potencia et armas del Rey Antiocho; porque á unas ayudaron con gente, et á las otras con avisos de los daños que podrian sobrevenirles, para que con tiempo proveyesen en lo que era necesario. Y con estas ayudas guardaron la libertad de las ciudades de Caunia, Mindia, Halicarnaso et Samio. No me parece necesario detenerme mucho tiempo en recontar por extenso todas las cosas que se hicieron en estos lugares por su orden, pues que las guerras que propiamente son del pueblo Romano cuya historia escribo, son de tanto momento, que á gran pena puedo bastar á comprehenderlas enteramente en mi escritura.

CAPITULO III.

Del Rey Attalo, de su muerte y virtudes por las quales alcanzó el Reyno, y le dexó establecido hasta la tercera generacion de sus descendientes, et de como se firmó la paz con el Rey Filipo, y se levantaron en España grandes alborotos.

En este mismo tiempo el Rey Attalo fue llevado muy enfermo et doliente desde Thebas hasta la ciudad de Pergamo, donde murió en breve tiempo de esta dolencia, siendo llegado á la edad de setenta et un años, et reynado quarenta y quatro enteros. A este Rey ninguna otra cosa le habia dado la fortuna sino las riquezas, para que por ella tuviese esperanza de alcanzar el Reyno. Pero como era señor de

grandes tesoros, usando de ellos con grande prudencia, y con igual magnificencia, sustentó por esta via en tanta manera su dignidad y estado, que le pareció á si el primero, y despues tambien á los otros que era digno de reynar, pues que administrando con tanta discrecion y nobleza sus grandes riquezas, tambien se estimaba que por igual grado administraria el Reyno. Habiendo pues vencido en batalla campal á los Galos, que era gente bellicosa, et con su nueva venida en Asia la tenian aterrada; alcanzó Attalo el nombre y titulo de Rey, cuya grandeza fue siempre sustentada con la grandeza de su mismo ánimo. Todo el tiempo de su reynado rigió á sus súbditos con mucha moderacion y recta justicia. Siempre guardó inviolable y firme su palabra y fe que habia dado á sus confederados. Nunca se halló mentira ni falsedad en sus dichos y hechos, sino perpetua verdad et limpieza en todas sus obras. Fue verdadero amigo de los amigos, y muy blando, y amoroso para con sus familiares, et muy liberal para con los que con él comunicaban. Despues de su muerte, dexó su muger viva, y quatro hijos; y el Reyno tambien establecido y confirmado, que sus descendientes lo poseyeron hasta la tercera generacion. Estando, pues, en este estado los negocios de Asia, Grecia, y Macedonia, quando á gran pena era acabada la guerra contra Filipo, y antes que fuese concertada la paz, casi en un momento se levantó en la España ulterior una guerra muy grande y muy peligrosa. Marco Helvió tenia el cargo de aquella provincia. Este Marco escribió letras al Senado Romano, por las quales les hacia saber, como dos Principes de aquella tierra, el uno Colca, y el otro Luscino estaban en armas, y que á las partes de Colca, seguian diez y siete lugares poderosos, y con Luscino se armaban tambien dos ciudades muy fuertes Cardona y Bardona. Tambien tenia por cosa muy cierta, que toda la comarca maritima de los puertos et ciudades que estaban al luengo del mar, se levantarian en

armas, luego que sintiesen algun movimiento en los pueblos sus comarcanos, aunque estas ciudades maritimas hasta entonces no habian declarado sus ánimos. Estas letras leyó en el Senado Marco Sergio Proconsul, cuya autoridad y señorio se extendia sobre los ciudadanos, y sobre los extrangeros. Sobre este caso determinaron los Padres, que despues de acabados los ayuntamientos de los Prétores, á quien cupiese por suerte la provincia de España, luego avisase al Senado de la guerra de España, para que conforme á ello, diesen orden en lo que mas cumplia.

CAPITULO IV.

Del triunfo que fue concedido á los Cónsules en Roma por los hechos nobles que habian hecho.

En este tiempo vinieron los Cónsules á Roma, á los quales les fue dado Senado abierto en el templo de Belona, donde demandaron que les fuese concedido el triunfo, que merecian por los notables hechos que habian en la guerra prosperamente acabado. Oida esta peticion, Cayo Atinio Labeon et Cayo Vrsanio, Tribunos del pueblo, demandaron en el Senado, que cada uno de los Cónsules demandase el triunfo por si apartadamente, et no entrambos juntos; porque no querian permitir que se igualase la virtud de entrambos, ni fuese recompensada con iguales premios, siendo, como eran, muy diferentes los meritos. A esto respondió Minucio, que á entrambos juntamente se habia encomendado la provincia de Italia, y que de comun parecer et voluntad habian gobernado los negocios de la guerra en las partes que se habian hallado. Decia mas Minucio, que los Boyos habian pasado el Pado para juntarse contra él con los Insubres y Cenomanos, y que su compañero talando et destruyendo los campos de los Boyos, los hizo tornar del exército, por guar-

dar lo que de sus tierras les quedaba. No contentos con esta respuesta los Tribunos decian, que Cornelio habia hecho cosas tan notables en la guerra, que no mas se podria dudar en concederle el triunfo, que en tributar á los Dioses inmortales los honores que les eran debidos por el favor et prosperidad que en ellas le habian dado; pero con todo esto, que, ni él ni otro ningun ciudadano habia nunca sido de tan grande autoridad y gracia en el pueblo Romano, que despues de haber alcanzado para sí mismo el triunfo que con justo titulo se le debia, diese la misma dignidad et honra á su compañero demandándola injustamente. E que en el caso presente constaba que Quinto Minucio habia hecho algunas escaramuzas et cavalgadas contra los Lygures de tan poco valor, que á penas merecian ser contadas, et que el mismo en Galia habia perdido grande número de Soldados, entre los quales contaban los Tribunos militares Tito Juvencio, et el hermano de Labeon, que habiendo peleado desdichadamente en una ballata, fueron muertos con otros muchos varones fuertes ciudadanos et aliados del pueblo Romano. Que si algunas villas y aldeas se habian entregado, habia sido con falsedad y fingimiento, sin dar rehenes ni seguridad alguna. Estas alteraciones duraron entre los Cónsules et los Tribunos dos dias enteros, hasta que á la fin vencidos los Cónsules con la perseverancia de los Tribunos, cada uno de ellos demandó el triunfo por su parte. A Ceneo Cornelio por consentimiento de todos los Senadores fue concedido el triunfo, en el qual los Placentinos et Cremonenses le mostraron favor muy grande, haciendo gracias al Consul por los beneficios que de él habian recibido, et recontando, como por su virtud habian sido libres del cerco que sobre ellos tenian puesto los enemigos, et muchos de ellos que estaban en poder de los adversarios, habian por su liberalidad sido rescatados de servidumbre. Despues de este triunfo, Quinto Minucio relatando sus hechos, et demandando el triunfo, como vió que todo el

Senado le era contrario, dixo, que él triunfaria en el monte Albano por respeto del imperio Consular, imitando tambien en esto el exemplo de muchos varones clarisimos. Ceneo Cornelio triunfó durante el tiempo de su Magistrado, de los Insubres y Cenomanos que habia vencido. Llevó en el triunfo muchas enseñas militares, y tambien otros muchos despojos de gran valor de los Galos, llevados sobre los carros triunfales, que habia ganado. Delante de su carro triunfal iban muchos hombres nobles de los Franceses, que eran sus presos, et entre ellos, segun cuentan algunos historiadores, iba tambien Amilcar Capitan et caudillo de los Africanos. Pero lo que mas convirtió á si los ojos de todos los que se hallaron presentes, fue la multitud grande de Colonos Cremonenses et Placentinos, los quales seguian el carro de los que habian sido redimidos de la cautividad. Llevó mas en el triunfo docientas y treinta y siete mil y quinientas monedas de metal, et setenta et nueve mil monedas de plata. Dió á cada uno de los Soldados setenta monedas de metal, á los caballeros doblado, et á los Centuriones tres doblado. Quinto Minucio Consul triunfó en el monte Albano de los Ligures ó Genoveses, et de los Galos Boyos. Este triunfó, tanto por causa del lugar, quanto por la pequeña fama de nobles hechos, et porque todos sabian que no era hecho á costa del Senado, no fue tenido por muy honrroso; mas en las enseñas militares que llevaba, et en los carros, et en los despojos, casi fue igual con el triunfo de su compañero. Tambien en la suma del dinero: porque llevó docientas et cinquenta et quatro mil monedas de metal, et cinquenta et tres mil et docientas de plata. A los Soldados y Centuriones et caballeros dió tanto como habia dado su compañero. Acabado el triunfo se celebraron las juntas y elecciones Consulares. Fueron creados Cónsules Lucio Furio Purpurio, y Marco Claudio Marcello. El dia siguiente fueron eligidos Prétores Quinto Fabio Buteo, Tito Sempronio Longo, Quinto Minucio Thermo, Marco Acilio

Glabrio, Lucio Apustio Fullo, et Cayo Lelio. A la fin de este año vinieron letras de Tito Quincio, por las quales hacia saber al Senado como habia dado la batalla contra Filipo, y que el exército de los enemigos habia sido roto et destruido, y puesto en huida. Estas cartas fueron leidas primero en el Senado por el Pretor Sergio, despues por la autoridad et decreto de los Padres fueron tambien leidas en la congregacion del pueblo. Por causa de estas propias victorias fue ordenado, que por cinco dias enteros celebrasen en Roma solemnes sacrificios á los Dioses, para hacerles gracias por el favor y prosperidad que de su clemencia recibia el pueblo Romano. Poco tiempo despues vinieron embaxadores á Roma de Tito Quincio, et tambien del Rey Filipo. Los Macedonios fueron llevados fuera de la ciudad á una quinta pública, et en aquel lugar fueron aposentados et tratados liberalmente. Despues se congregó el Senado en el templo de Belona. En esta congregacion no se hicieron muchas palabras, porque los Macedones afirmaron que el Rey Filipo estaba presto para admitir todas las condiciones de paz que el Senado et pueblo Romano le propusiese. Oida esta razon, el Senado ordenó que fuesen enviados diez embaxadores, conforme á la costumbre de sus mayores, por cuyo consejo et autoridad el Capitan Tito Quincio propusiese al Rey Filipo las condiciones de paz. Ordenó tambien el Senado, que en el número de estos embaxadores fuesen Publio Sulpicio et Publio Vilio, á los quales siendo Cónsules habia caido por suerte la provincia de Macedonia,

CAPITULO V.

De la poblacion que se aumentó á los Cosanos, y de los juegos públicos que se celebraron en Roma, et de como fueron repartidas las provincias entre los Cónsules.

En este mismo dia demandaron los Cosanos, que se aumentase el número de sus pobladores. Oida su peticion, el Senado et pueblo Romano ordenó que les fuesen aumentados hasta el número de mil moradores, pero con tal condicion, que no se hallase entre todos ellos persona que despues del consulado de Lucio Cornelio et Tito Sempronio hubiese sido enemiga. En este año fueron celebrados los juegos Romanos en los teatros y lugares públicos por los Ediles Curules Cornelio et Ceneo Manlio Vulson, et fueron hechos con mayor magnificencia et aparato que de antes se habia acostumbrado, et vistos con mayor gozo et alegria por causa de las prósperas victorias que en aquel tiempo al pueblo Romano habian sucedido. Todos estos juegos fueron tres veces renovados. Y los juegos plebeyos fueron renovados siete veces. Acilio Glabrio et Cayo Lelio son los que hicieron estos juegos, y del dinero que se habia cogido de penas pecuniarias, pusieron tres estatuas de metal dedicadas á la Diosa Ceres, et á los Dioses Libero et Libera. Quando Lucio Furio et Marco Claudio Marcelo comenzaron á administrar el oficio de su consulado, tratábase sobre el repartir de las provincias. El Senado asignó á entrambos la provincia de Italia. Contra este decreto del Senado demandaban los Cónsules, que echasen entre sí suertes sobre la provincia de Italia et de Macedonia. Marcelo, como hombre deseoso de haber la provincia, comenzó á decir en el Senado ser esta cosa muy

necesaria, porque él juzgaba la paz de Filipo ser fingida, y se tenia por muy cierto, que si de aquella provincia se sacase el exército, que luego tornaria á rebelarse Filipo, como persona enemiga del pueblo Romano. Movieron estas palabras á los Padres tanto, que casi salieran con lo que deseaban los Cónsules, sino interviniera el Rey Quinto Marcio, y Cayo Atinio Labeo, Tribunos del pueblo; los quales profirieron que se opondrian, si ellos primero no habian preguntado al pueblo, si querian, y mandaban que se hiciese paz con el Rey Filipo. Esta rogacion fue propuesta al pueblo en el Capitolio. Todas treinta y cinco tribus, como fueron preguntadas, respondieron, que se hiciese. Alegraríanse mucho todos de que la paz fuese confirmada en Macedonia, et tanto mas se alegrarian, quanto fueron mas tristes las nuevas que en aquel tiempo vinieron de España por letras ciertas y divulgadas. Escribíase por cosa cierta, que el Proconsul Cayo Sempronio Tuditano en la España citerior habia sido vencido en batalla, et su exército deshecho et desbaratado, y que muchos nobles varones eran muertos en la batalla, y que el mismo Tuditano, siendo herido gravemente fue sacado de la pelea, y poco tiempo despues muerto de la herida. Fue, pues, atribuida la provincia de Italia á entrambos los Cónsules con las mismas legiones, que habian tenido los Cónsules pasados, y les fue mandado, que escribiesen tambien quatro legiones nuevas. Las dos para que fuesen enviadas adonde el Senado hubiese ordenado, et las otras dos, para que con ellas y con el mismo exército quedase en la provincia Tito Quincio Flaminio, ca bastantemente parecia serle prolongado su imperio por el decreto del año pasado. Despues de esto los Prétores repartieron entre sí las provincias. A Lucio Apustio Fullo cayó por suerte la jurisdiccion de la ciudad. Marco Acilio Glabrio tuvo el cargo entre los ciudadanos et extrangeros. Quinto Fabio Buteon

hubo á España la ulterior, y á Quinto Minucio Thermo cupo España la citerior. A Cayo Lelio tocó Sicilia. A Tito Sempronio Longo le vino Cerdeña. Fue tambien ordenado que á Quinto Fabio Buteon, y á Quinto Minucio á quien habian caido las provincias de España, fuesen dadas dos legiones, á cada uno la suya, de aquellas mismas que los Cónsules habian de escribir, con quatro mil hombres de pie, y trecientos de caballo de los confederados y del nombre Latino. Y á estos mandaron que luego sin dilacion se partiesen á sus provincias.

CAPITULO VI.

De la nueva guerra, que se levantó en España, y de las monstruosas señales que fueron vistas en Italia, y de la entrada que hizo en Roma Ceneo Cornelio Lentulo.

En España se levantó la nueva guerra cinco años despues que fue acabada la guerra pasada Africana. Antes, pues, que los Prétores se aparejasen para esta guerra quasi nueva, porque entonces España se habia movido de su propia voluntad, sin inducimiento de los Cartagineses, y sin ayuda ni exército ni Capitan de Cartago, et antes que los mismos Cónsules se partiesen de la ciudad: procuraron, como lo tenian de costumbre, los prodigios et cosas monstruosas que se decia haber en aquellos tiempos y comarcanos lugares acaecido. Lucio Julio yendo á caballo á la ciudad de los Sabinos, de un rayo del cielo él et el caballo cayeron luego muertos. El templo de Feronia en el campo Capenate fue tambien herido de un rayo que cayó del cielo. Cerca del templo de la Diosa Moneta, ardieron de suyo los hierros de dos lanzas. Un lobo entró dentro de la ciudad de Roma por la puerta Esquilina, et pasando por enmedio del mercado, et por la parte mas pobla-

da de toda la ciudad, se fue corriendo por la calle que llaman Tusca, y tambien por la otra llamada Equimelia, et á la fin se escapó por la puerta Capena, casi sin ser herido. Estos milagros et acaecimientos no pensados ordenó el pueblo, que fuesen purgados con sacrificios mayores. En estos mismos dias Ceneo Cornelio Lentulo, que habia tenido la provincia de España citerior antes que Sempronio Tuditano, entró con Ovacion en la ciudad de Roma por ordenacion del Senado, y llevó delante de sí mil et quinientas et quince libras de oro, et veinte mil libras de plata, et treinta et quatro mil et quinientas et cincuenta monedas de plata forjada. Lucio Stertinio que habia estado antes en la provincia de España ulterior, sin probar la esperanza del triunfo, puso en el erario público cincuenta mil libras de plata, et de los otros despojos de los enemigos edificó dos arcos triunfales en Roma en la plaza llamada Boaria, delante el templo de la Fortuna et de la madre Matuta, et otro en el cerco que es llamado Máxîmo, et en estos arcos puso estatuas doradas. Esto casi es lo que se hizo durante el tiempo de aquel invierno.

CAPITULO VII.

Del odio que habia en los Beocios contra los Romanos, y como se huyó Zeusippo, y fue justiciado Pisistrato por causa de la muerte de Barchilas, y de los grandes males que despues los Beocios hicieron contra los Romanos.

Invernaba en aquel tiempo en Atenas Quincio, del qual como los confederados del pueblo Romano demandasen muchas cosas, algunas tambien demandaron et alcanzaron los Beocios; entre las quales esta fue una, que los hombres de su provincia, que en la guerra habian servido al

Rey Filipo, les fuesen restituidos. Sin dificultad ninguna alcanzaron esto de Quincio, como lo habian demandado, los de Beocia; no porque el Capitan Romano los juzgaba dignos de semejante beneficio, sino porque era necesario al pueblo Romano alcanzar el favor de las provincias et ciudades por causa del Rey Antiocho, que comenzaba ya á ser sospechoso. Restituidos, pues, los Beocios, luego se declararon los ánimos, et fue conocido quan poco habia aprovechado para con ellos este beneficio; porque luego enviaron sus embaxadores al Rey Filipo, haciéndole gracias por aquellos hombres que se les habian restituido, como si él, y no Quincio et los Romanos, les hubiera hecho este beneficio. Y en la primera junta, en què se hallaron los Beocios, declararon por Gobernador general de toda Beocia á un cierto Barchilas, no por otro respeto, sino porque antes habia sido Capitan de los Beòcios que habian estado á la guerra en la armada de Filipo, olvidando á Zeusippo y Pisistrato, y otros que fueran autores de la confederacion Romana. Estos amigos del pueblo Romano recibieron grande pena y enojo en ver estas cosas presentes, y comenzaron á tener temor de otras mayores en el tiempo venidero. Consideraban que si los Beocios tenian atrevimiento de hacer semejantas cosas estando el exército Romano casi á sus puertas, qué harian de ellos despues, quando las armas Romanas salidas de la provincia de Beocia fuesen pasadas á Italia: principalmente hallándose Filipo cerca de ellos, ayudando á sus amigos et confederados, y siendo enemigo capital de los que habian seguido las partes contrarias. A esta causa determinaron de matar, entretanto que tenian cerca de sí las armas Romanas, á Barchilas, el principal entre los favorecedores del Rey. Aguardando, pues, tiempo y lugar oportuno para poner en efecto lo que habian determinado, un dia que habia comido en público Barchilas en un solemne convite,

tornándose á casa lleno de vino, acompañado de algunos hombres afeminados, que por darle pasatiempo con sus juegos se habian hallado presentes en el explendido convite, fue acometido en el camino de seis hombres armados, los tres de los quales eran Italianos, y los tres Etolos, y le mataron. Los que le acompañaban por el camino, luego se pusieron en huida, y por donde quiera que iban se lamentaban del caso no pensado que les habia acontecido. A la hora se levantó grande alteracion por toda la ciudad, andando muchos hombres con luminarias encendidas por todo el pueblo para buscar y prender los que eran autores de aquel hecho. Mas los homicidas luego que lo hubieron puesto por obra, se escaparon por la puerta de la ciudad que hallaron mas cercana. El dia siguiente luego en amaneciendo se congregó grande número de gente convocada con voz de pregon por mandamiento público, como si se hubiera hallado algun cierto indicio de los que habian muerto á Barchilas. Estando, pues, todos congregados, publicamente se oian muchas voces que afirmaban, como aquellos hombres abatidos y de ningun valor, que venian en su compañia, eran los autores de la muerte de Barchilas. Esta era la fama pública y vulgar; pero la opinion secreta á Zeusippo hacia culpado y sabidor de este negocio. Por entonces parecióles á los jueces lo primero llevar presos á los que con él habian estado quando fue muerto, et ponerlos á tormento por sacarles la verdad de lo que sabian. En este medio que daban tormento á los hombres, levantóse en medio de la congregacion Zeusippo con la misma intencion de apartar de sí aquella sospecha, y dixo, que estaban en error muy grande los hombres que pensaban que aquellos medio hombres eran autores de una muerte tan atroz. Para confirmar esta su opinion alegó muchos argumentos probables, con los quales persuadió á la mayor parte de la gente, que él era limpio et sin culpa en

aquel caso, pues que si él supiera alguna cosa, ó se sintiera en algo culpado, no llevaba razon que de su propia voluntad se ofreciese en las manos de la multitud, ni tampoco hiciese mencion de la muerte del otro, principalmente no siendo de persona preguntado. Pero tampoco faltaron allí algunas personas de mas claro juicio, que facilmente juzgaban, como por esta via Zeusippo queria desvergonzadamente prevenir á los jueces, y apartar de sí cautelosamente esta sospecha, disculpándose sin propósito, y se tenian persuadido, que esta disculpa procedia de mala conciencia. Poco tiempo despues fueron atormentados los hombres que no tenian culpa. En el tormento, como ellos sabian la opinion de todos, nombraron á Zeusippo et á Pisistrato, sin decir argumento ni señalar razon ninguna porque aquellos les pareciesen mas culpados que otros. Sabido esto, Zeusippo con cierto Stratonidas una noche se fue huyendo á Tanagra, teniendo mayor temor de su propia conciencia, que del indicio, ó testimonio que pudieran contra él decir aquellos hombres, que no sabian ninguna cosa. Mas Pisistrato menospreciando estos indicios, se quedó en la ciudad de Tebas. Zeusippo tenia un criado que era ministro et sabidor de todo el caso. A este temia infinito Pisistrato pensando que por él seria descubierto; et asi queriendo poner en ello remedio, su mismo temor fue causa que á la fin fuese la cosa descubierta. Pisistrato escribió una carta á Zeusipo, por la qual le avisaba que luego hiciese matar á su criado, porque por esta via no fuese descubierto el negocio, porque él le tenia por mas abonado para saber poner en efecto semejastes obras, que para encubrirlas. Al que llevó estas letras mandó Pisistrato que luego en llegando se las diese en su propia mano. El mensagero, quando llego á donde Zeusippo estaba, como no pudo hallar oportunidad de hablar con él, dió las letras á este criado suyo, el que él pensaba ser pa-

ra con su señor el mas fiel et el mas cabido, et dándole las cartas le dixo mas, que las diese á mucho recado porque eran letras de Pisistrato á Zeusippo en las quales le avisaba sobre negocios de muy grande importancia para él. El mozo tomó las cartas, y prometió de darlas luego á su señor en propia mano: Pero remordiéndole la conciencia con la sospecha de lo que en las cartas se contenia, las abrió. Leydas las cartas que sobre él mismo eran escritas, luego se demudó perturbado con el peligro en que se veia. Y asi por evitar la muerte, lleno de pavor et espanto se fue huyendo á la ciudad de Thebas. Su amo Zeusippo movido con la ida de su mozo, sospechando lo que podria ser, luego se partió de aquel lugar, y se fue á la ciudad de Athenas, con pensamiento que aquella estancia seria mas segura para su destierro. Pues tornando á Pisistrato, entendido el caso, ó por sospecha, ó por cierto indicio, luego fue preso, et despues puesto á tormento, et á la fin ajusticiado. La muerte de su Capitan encendió et encruelésció los ánimos de los Thebanos et Beocios con odio intolerable contra los Romanos, como tambien el que Zeusippo principal entre aquella gente habia sido sabidor et participante de aquella maldad. Para rebelarse publicamente contra el pueblo Romano, ni tenian fuerzas que resistiesen, ni caudillo que los gobernase. Mas como no podian manifiestamente hacer la guerra á ley de buenos guerreros, convirtieronse al oficio de robar y saltear los caminos. A quantos encontraban por los caminos, soldados aventureros, ó que andaban por los lugares donde invernaban con diferentes negocios, los tomaban presos. A unos los arrebataban del camino, et los llebaban á lugares secretos donde ellos escondidamente hacian su manida, para aguardar y tomar á sobre salto los que pasaban: á otros guiaban engañosamente á posadas desiertas, et allí como en lugar seguro cruelmente los mataban. A la fin creció tanto en ellos la maldad, que se deleytaban en cometer semejantes maldades, no solamente

por el odio que tenian con los hombres, sino por el deseo que en ellos crecia de robar, pues muchos andaban de una parte á otra con dineros para comerciar. Al principio hallabanse faltos algunos pocos, despues cada dia faltaban mayor número de personas conocidas, hasta que poco á poco vino la maldad en tanto extremo que toda la provincia de Beocia comenzó á tener mala voz por causa de los robos, latrocinios y muertes que en ella se hacian, y los soldados salian del real con mayor temor que si fuese en tierra de enemigos.

CAPITULO VIII.

De como Quincio envió á buscar por las provincias los malhechores, y á la fin fueron restituidos por los Beocios, y se hizo la paz con los Beocios, y de las condiciones de paz que se acordaron con el Rey Filipo.

A esta sazon Quincio como entendiese las maldades que hacian los Beocios, y las muchas gentes que cada dia faltaban, determinó de enviar personas ciertas por todas las ciudades, para que buscasen los malhechores, y se pusiese remedio en aquel daño público tan grande con castigo de sus autores. Y hallaronse muchos hombres de pie muertos cerca del lago que es llamado Copaide, de donde sacaron muchos cuerpos muertos sepultados en el cieno, y en las riberas del lago, atados cantos y otras cosas de gran peso al cuello para que con ellos se hundiesen. Tambien hallaron que se habian hecho muy grandes et enormes maldades en Acrephia, y en Coronea. Fueron presos muchos de los malechores, et Quincio mandó que fuesen todos puestos en su mano. Despues por quinientos soldados, que tantos eran los que faltaban, mandó pagar á los Beocios quinientos talentos. Los Beocios no querian cumplir lo que el Capitan Romano mandaba, escusandose á sí mismos, y á las ciudades de su provincia, dicien-

do, que ninguna cosa se habia hecho por autoridad y mandamiento público. A esta causa, pues, el Capitan Romano envió lo primero sus embaxadores en Athenas y en Acaya, para que en presencia de los aliados y amigos del pueblo Romano dixese que ellos se movian con muy santa y necesaria guerra contra los Beocios. Esto hecho, repartió en dos partes su exército, la una de las quales dió á Publio Claudio, con orden que se fuese derecho á Acrephia, y con la otra parte él puso cerco á Coronea, talados primero los campos, y destruidas las tierras por donde pasaron las esquadas, saliendo de Elacia. Perturbados por extremo los Beocios por causa de estos daños que tan sin pensar habian recibido, y de otros mayores que temian, vanse huyendo fuera de sus casas, haciendo grandes lamentaciones por donde quiera que iban. Estando en este alboroto y miseria tan grande no sabian que otro remedio tener para amansar las armas Romanas, sino enviar embaxadores al Capitan para que tratasen con él algunas condiciones de paz. No fueron admitidos los embaxadores Beocios al Capitan Romano. En esto movidos á compasion los Acheos, y los Athenienses sobrevinieron como medianeros y intercesores por los Beocios. Mas valió la autoridad de los Acheos para con los Romanos, pues estaban determinados, si no pudieran abrir el camino para tratar de algunas condiciones de paz para los Beocios, de hacer juntamente la guerra con ellos. Siendo, pues, intercesores los Acheos alcanzaron que los embaxadores Beocios viniesen á tratar la paz con el Capitan Romano. Fue acordado que los Beocios entregasen todos los malhechores, y pagasen tambien treinta talentos á los Romanos. Con estas condiciones alcanzaron la paz, et levantaron el cerco de la ciudad de Coronea. Pocos dias despues vinieron diez embaxadores de Roma por cuyo consejo fue tambien otorgada la paz al Rey Filipo con estas condiciones: Que todas las ciudades de los Griegos, que estaban en Europa et tambien en Asia fuesen libres, et que gozasen

de su libertad et de sus leyes. Que las ciudades de Europa que estuviesen debaxo de la jurisdiccion del Rey Filipo, que el Rey luego hiciese sacar la guarnicion et gentes de guerra que en ellas hubiese; y de las ciudades que estuviesen en Asia, de Euromo, Pedasis, Bargillis y Iaso, Myrina y Abidos y Thaso et Perinto; porque tambien querian que fuesen libres. Que Quincio escribiese letras á Prusia Rey de los Bithynios, por las quales le hiciese saber lo que habia parecido bueno al Senado, et á los diez embaxadores que se hiciese en aquel acuerdo de paz acerca de la libertad de los Cianeos. Que el Rey Filipo fuese obligado á restituyr á los Romanos todos los presos y los fugitivos que suyos tuviese. Que entregase tambien el Rey á los Romanos todas las naos cubiertas que tenia, y con ellas una, que era de grandeza no acostumbrada, la qual era gobernada con diez y seis ordenes de remos. Que el Rey no tuviese mas de quinientos hombres armados, y ningun elefante. Que nunca hiciese guerra fuera de los términos del Reyno de Macedonia, sin consentimiento del Senado Romano. Que pagase mil talentos de moneda al pueblo Romano, la mitad pagados luego, y la otra mitad dentro de diez años por iguales pensiones. Valerio Antias escribe, que en estas condiciones se añadió mas, que el Rey Filipo no moviese guerra contra Eumenes, hijo del Rey Attalo que entonces era nuevo Rey, y habia sucedido á su padre. Aprobadas, pues, estas condiciones de paz por entrambas partes, para seguridad y cumplimiento de ellas se dieron rehenes, entre los quales fue tambien entregado á los Romanos Demetrio hijo del Rey Filipo. El mismo Valerio Antias escribe mas, que á Attalo que estaba ausente se dió la isla de Egina, y se le enviaron en presente ciertos elefantes: que á los de Rodas se dieron la ciudad de Stratonicea en Caria, y otras ciudades, que hasta entonces habia tenido el Rey Filipo; y que á los Athenienses fueron dadas las Islas de Paros, Imbro, Delos y Scyro.

CAPITULO IX.

De como no fue aprobada esta paz por el juicio de los Etolos et de las causas que daban por las quales juzgaban ser paz sospechosa.

Todas las ciudades de Grecia aprobaban esta paz, salvo los Etolos, los quales no tenian osadia de reprehenderla publicamente, pero encubiertamente murmuraban del decreto que habian hecho los diez embaxadores Romanos. Decian que se habian fingido unas letras vanas que propusiesen delante de los ojos de los hombres una sombra de libertad. Por qué causa se entregaban á los Romanos muchas ciudades, sin ser nombradas, otras sin ser nombradas ni entregadas se pronunciaban por libres? Sino porque las ciudades que estan en Asia sean libres, visto que ellas de suyo por la longura del camino estan mas seguras; y las otras que estan en Grecia como son Corintho, Calcis, Oreo, Eresria y Demetriade, alzarse con ellas no siendo nombradas. Y para decir la verdad, esta criminacion no era de todo punto vana. Porque cierto se dudaba de Corintho, y de Calcide, y de Demetriade, pues que en la comision que trayan los diez embaxadores que venian de Roma, todas las otras ciudades de Grecia sin ninguna duda eran libradas; pero tocante á estas tres ciudades habian ordenado el Senado y pueblo Romano que los embaxadores hiciesen conforme al tiempo, y lo que juzgasen ser mas provechoso para la república, confiandose en esto de su fe y prudencia. Florecia en este tiempo el Rey Antiocho, del qual no dudaban los Romanos, sino que luego pasaria en Europa, luego que viese tiempo oportuno y lugar, para hacer sus cosas, como él deseaba; y á esta causa no querian permitir, que semejantes ciudades de Grecia puestas en tan

oportuno lugar para detenerlo, estuviesen sujetas á él. De Elatia, pues, pasó el Capitan Romano con los diez embaxadores á Anticyra, et de allí se pasaron á Corintho, donde se trataron los consejos de los diez embaxadores. De nuevo afirmaba Quincio que toda Grecia debia ser librada y puesta en su libertad y albedrio, si querian que fuesen refrenadas las lenguas de los Etolos, y entre todas las naciones, tenido en aquella dignidad que se debia, el amor y magestad del pueblo Romano, y acreditar, que él no habia pasado el mar por traspasar el imperio de la sujecion de Filipo á la obediencia del pueblo Romano, sino para dar libertad entera á toda la Grecia. No habia persona que hablase palabra contra lo que Quincio decia tocante á la libertad de las ciudades. Pero todos afirmaban que era muy mejor y mas seguro para ellos estar debajo de la tutela et amparo del pueblo Romano, que por el Rey Filipo de Macedonia recibir por Señor al Rey Antiocho. A la fin acordáronse con los Romanos con estas condiciones: Que Corintho fuese dada á los Acheos, pero con tal condicion que en la fortaleza que era llamada Acrocorinto, hubiese guarnicion de Romanos; y estos retuviesen á Chalcide y Demetriade, hasta que se pasase el cuidado y solicitud en que estaban del Rey Antiocho. A esta sazon se acercaba el tiempo en el qual se solian celebrar en Grecia los juegos llamados Isthmios. Estos juegos solian siempre ser muy frequentados, asi por la inclinacion natural de aquella gente con que ve qualesquiera espectaculos y novedades, tantos de juegos et exercicios del cuerpo, quanto de ingenios y artes y ligereza et destreza, como tambien porque á causa de la oportunidad del lugar, por dos mares diversos concurrian á estos juegos los hombres de todas las partes de Grecia. En estos juegos tenian los ánimos todos atentos esperando qual estado seria despues de estos juegos de toda la Grecia, y tambien qual seria sū propia fortuna. Otros que eran de mas encendidos ingenios no contentos de sus

particulares pensamientos pronunciaban tambien muchas palabras, por las quales declaraban lo que sentian.

CAPITULO X.

De los juegos solemnes que se celebraron en Corintho, et del pregon que se hizo en nombre de los Romanos pronunciando publicamente libertad para todas las ciudades de Grecia, et de las grandes gracias que hicieron á Quincio los Griegos celebrando sus loores, et la clemencia del pueblo Romano.

Estando pues los ánimos de todos los Griegos suspensos de la manera que decimos, tambien los embaxadores se sentaron en su lugar para ver los juegos. A la hora el pregonero con un trompeta salió fuera, y se puso en medio de la arena, de donde con solemnes versos se suelen denunciar estos juegos, y despues haciendo silencio con la trompeta pronunció estas palabras: » El Senado Romano, y Tito Quincio sú Capitan » despues de haber vencido al Rey Filipo, y á los Macedo» nios, manda que todos los Corinthios, los Phocenses, los » Locrenses, et la isla de Euboea, y tambien los Magnetas, » los Thesalianos, los Petrebios, los Acheos, y los Phthiotas » sean enteramente libres, et que vivan conforme á sus leyes á » su voluntad et albedrio." Nombró tambien el pregonero todas las gentes, que antes habian estado debaxo del poderio y mando del Rey Filipo. Oida esta voz del pregon, levantóse tan crecido gozo en los corazones de los Griegos, que no sabian enteramente comprehenderle ni moderarse. Era tan grande el bien que les habia venido allende de lo que esperaban, que no creian haber oido lo que la voz del pregon habia pronunciado, et asi como atonitos se miraban unos á otros, no de otra manera que si en su presencia se representará una falsa imaginacion de sueños vanos. Porque aquel bien no espe-

rado era general de todos et particular de cada uno, y los que le oian no daban entero crédito á sus ojos, ni á su oidos; á esta causa se preguntaban unos á otros, si era verdad, que semejante cosa en nombre de los Romanos se habia publicado. Tornaron á llamar al pregonero con el deseo grande que cada uno tenia no solamente de oir, sino tambien de ver el portador de su libertad. Rogabánle que de nuevo tornase á pronunciar las mismas palabras. Oida, pues, otra vez la cierta sentencia de su libertad, levantaronse adeshora tan grandes clamores y regocijos, y tantas veces redoblados entre todas las gentes dando muestras de alegria, que facilmente se pudo juzgar que entre todos los bienes humanos el mayor que puede venir á los hombres es la libertad. De esta manera se acabaron muy presto et arrebatadamente los juegos, sin que los ojos ni los ánimos de los hombres pudiesen estar atentos á los pasatiempos y exercicios que el pueblo hacia; porque en tanto grado habia ocupado los corazones de todos el gozo de su libertad, que impedia el sentido de qualesquier otros deleytes. Despues de acabados y despedidos los juegos públicos, todos como desalados, se iban corriendo al Capitan de los Romanos, et todos de un tropél cargaban sobre él con el deseo grande que tenian de verle, et tocarle la mano, y hacerle gracias por tan señalado beneficio. Otros que por causa de la multitud de gente no se podian llegar á él, le echaban coronas de rosas y guirnaldas texidas de laurel. Y era tan grande la multitud de gentes que se apretaban unas á otras por llegar á ver al Capitan Romano, que en aquel aprieto casi se vió en peligro Quincio. Pero como era mancebo robusto casi de treinta et tres años, con el calor et fuerzas de su mocedad, y sobre todo con el fruto excelente de gloria que en aquel instante cogia de sus trabajos, cobraba mayores fuerzas. Y esta alegria tan grande que todos entonces mostraban por causa de su libertad, no se pudo acabar en aquella hora, ni en aquel dia en que fue publicada la buena nueva, sino

duró muchos dias despues renovada con pensamientos, y con palabras muy gratas y testificadoras de la gratitud de su ánimo. Todos á una voz no cesaban de loar et de bendecir los Romanos, diciendo, que contra la opinion de los hombres habia en la tierra una tal gente y nacion, que á sus propias costas, y con su gran trabajo y peligro hacia guerras, no por usurpar tiránicamente el imperio y mando de otros reynos, sino solamente por poner en libertad á otras naciones. Y que este beneficio tan grande con el qual no podian igualarse todos los otros humanos, le hacia de su propia voluntad, no solo á sus vecinos y amigos cercanos, ó á hombres y tierras que están cerca de las suyas, sino á hombres que nunca vió, y tierras que están muy lejos puestas de su imperio; y que pasaba los mares con grandes peligros solamente por evitar que en toda la redondez de la tierra no haya imperio que sea injusto, y que en todos tiempos et lugares la ley, la justicia, la equidad et honestidad sean poderosísimas. Que esta por cierto era una obra mas divina que humana, ver que á sola una voz del pregonero eran puestas en libertad todas las ciudades de Grecia y de Asia. Que esta era obra que podia ser concebida con la imaginacion y pensamiento de un ánimo atrevido et valeroso, pero poner por obra semejante hecho, ó traerlo á perfeccion era solamente hechura de la virtud y fortuna de la gente Romana.

CAPITULO XI.

Del ayuntamiento que se hizo, en el qual los embaxadores Romanos dieron audiencia á los otros embaxadores que á ellos eran venidos, y de lo que respondió al embaxador del Rey Antiocho et á los otros. Y de la repartición de oficios que hicieron entre sí los embaxadores Romanos despues de acabadas las cortes.

Despues de hechos et celebrados estos triunfos et alegrias por la victoria del pueblo Romano, y por la libertad de las ciudades de Grecia et Asia, el Capitan Romano Quincio, y con él los diez embaxadores que habian venido de Roma, determinaron de dar audiencia á los embaxadores de muchos Reyes y ciudades que á ellos eran venidos. Los primeros de todos fueron llamados los embaxadores del Rey Antiocho. Estos propusieron casi las mismas palabras que habian propuesto en Roma, sin confirmarlas con las obras; á los quales agora que era vencido y sojuzgado Filipo, sin dificultad ninguna les respondieron muy á las claras que fuese fuera de las ciudades de Asia, que antes habian sido de los Reyes Filipo y Ptolomeo, y dexase libres todas las ciudades Griegas. Y sobre todo le fue denunciado et encargado que ni él mismo pasase en Europa, ni enviase gentes de guerra. Enviados con esta respuesta los embaxadores del Rey, comenzaron á tener cortes de las otras gentes et ciudades; la qual junta fue presto acabada, porque las ciudades pronunciaban á punto los decretos et sentencias de los diez embaxadores. A los Orestos, que es gente de Macedonia, porque fueron los primeros que se apartaron de la obediencia del Rey, fuéronles restituidas sus leyes antiguas, para que viviesen conforme á ellas. Los Magnetes y Perre-

bios, y Dolopes fueron declarados por libres. A la gente de los Thesalos, allende de la libertad que les fue concedida, se les atribuyeron los Acheos Phithiotas, salvo á Thebas y á Pharsalo. A los Etolos que demandaban á Pharsalo y á Leucadia que les fuesen restituidas, los remitieron al Senado Romano, para que allí fuese su causa conocida et sentenciada. Los Phocenses, et Locrenses, fueron de nuevo contribuidos á estos mismos Etolos, por autoridad et decreto de los embaxadores Romanos. Corintho et Triphylla y Herea, que es ciudad de Peloponeso, fueron restituidas á los Acheos. Las ciudades de Oreo y Eretria, los diez embaxadores Romanos las querian dar á Eumenes, hijo del Rey Attalo, pero esto no lo consintió Quincio. La cosa vino á ser juzgada por el albedrio del Senado, el qual juzgó que estas ciudades fuesen puestas en libertad, y con ellas tambien otra llamada Caristo. A Pleurato fueron dadas Lyco y los Parthenos. Entrambas estas gentes de los Illirios habian estado debaxo de la jurisdiccion del Rey Filipo. Mandaron tambien que Aminandro poseyese los castillos que durante el tiempo de la guerra él habia tomado del Rey Filipo. Acabadas las cortes, y despedidos los que á ellas habian venido, los diez embaxadores Romanos repartieron entre sí los oficios que debian administrar, y cada uno de ellos se partió á poner en libertad las ciudades de aquella region, cuyo gobierno y administracion le tocaba. Publio Lentulo se partió para Bargilias: Lucio Titilio para Ephestia et Thaso, et para las ciudades de Thracia: Publio Vilio et Lucio Terencio para el Rey Antiocho: Ceneo Cornelio para el Rey Filipo. Despues que este embaxador hubo declarado su embaxada al Rey, tocante á negocios de menor importancia, preguntóle, si tendria por bien de admitir en sus oidos un consejo que no solamente le seria provecho, sino tambien saludable et aun casi necesario. El Rey

le respendió, que no solamente le oiria de buena gana, pero aun haria gracias á quien tal consejo le diese. Entonces el Legado Romano le rogó y amonestó con grande instancia, que pues habia ya alcanzado la paz, que no fuese contento con ella; sino que enviase de nuevo sus embaxadores para demandar en el Senado la amistad et confederacion del pueblo Romano, porque si el Rey Antiocho moviese de suyo alguna cosa, no pareciese que él lo estaba aguardando et esperando alguna buena oportunidad para rehacer la guerra. Este embaxador Romano habló con Filipo en Thesalia en el lugar que es llamado Tempe, donde prometió que luego sin detenimiento enviaria su embaxada á los Romanos, para requerirlos de amistad, como era aconsejado. Con esto se partió luego Cornelio para Thermopilas, donde se solia hacer en dias ciertos un grande ayuntamiento de Grecia, el qual llaman Pylayco. Allí amonestó principalmente á los Etolos que permaneciesen constantes et fieles en la amistad del pueblo Romano. Algunos de los Príncipes de los Etolos se habian quejado, que no les parecia ser tal el ánimo de los Romanos para con ellos despues de la guerra, qual habia sido durante el tiempo de la misma guerra. Otros les zaherian sus beneficios con mayor ferocidad, diciendo que sin ellos no solamente no pudiera ser vencido el Rey Filipo, pero aun tampoco pudieran pasar en Grecia los Romanos. Pareciόle al Romano, que si hubiera de responder á estas cosas como convenía, fuera necesario pasar los límites de moderacion; et á esta causa, solamente les dixo, que si ellos enviasen sus embaxadores al Senado, que ellos alcanzarian en Roma todo lo que fuese conforme á equidad et justicia. Confiando, pues, en la autoridad de estas palabras, eligieron Legados que fuesen á Roma. De manera que esta es la fin que hubo la guerra contra el Rey Filipo.

CAPITULO XII.

De la conjuracion que se levantó en Hetruria de los siervos, y de como fueron castigados por Marco Acilio, y de la victoria que hubieron los Romanos contra los Boyos, et les ganaron su tierra.

Durante el tiempo que se hacian estas cosas en Grecia et Macedonia et Asia, levantóse una conjuracion peligrosa de los siervos en Hetruria. Para hacer la inquisicion sobre esta conjuracion, et para reprimirla fue elegido Marco Acilio, Pretor, á quien habia tocado la jurisdiccion de los ciudadanos et extrangeros. Este Marco Acilio tomó consigo una legion de la ciudad de dos que habia, et con ella se fue á Hetruria, donde halló muchos de los conjurados, que estaban congregados et con mano armada, á los quales venció peleando. Entre estos hubo muchos muertos et muchos presos, de los quales, á los que halló que habian sido cabezas de la conjuracion, los hizo azotar muy cruelmente, et despues mandó que fuesen ahorcados: á otros los restituyó á sus señores. Los Cónsules se partieron para sus provincias. Marcelo se partió con su gente, et entró en los términos de la tierra de los Boyos; y llevando sus soldados cansados del camino luengo que habian hecho, asentó su real sobre un montecillo. A la hora salió contra el Corolamo, Príncipe de las Boyos, con grande poder, et acometiéndole de improviso le mató hasta tres mil hombres. En esta batalla súbita et alterada murieron algunos varones señalados de los Romanos, entre los quales fueron los Prefectos de los aliados Tito Sempronio Gracho, et Marco Junio Sillano, y los Tribunos de los caballeros de la segunda legion, Aulo Ogulnio, et Publio Claudio. Pero con todo esto los Romanos guardaron et fortalecieron

animosamente su real, de tal suerte que los enemigos, despues de aquella próspera batalla, no pudieron hacer ninguna cosa contra ellos. Estúvose algunos dias en aquel lugar el Capitan Romano curando los heridos et recreando los ánimos de su gente, que con aquel súbito desastre estaban muy espantados. Los Boyos, como es gente que no puede esperar luengo tiempo, se partieron de allí, et se aposentaron en los castillos mas cercanos. Marcelo tambien se movió con los suyos, et pasando luego el rio Pó, llegó á la tierra de los Comenses, donde los Insubres tenian asentado su real, con los quales tomaban armas los Comenses. Las legiones Romanas, en el mismo camino por donde iban, trabaron batalla con ellos. El acometimiento de los enemigos fue hecho con tanto ímpetu que al primero encuentro hicieron retraer á los antesignanos. Quando esto vió el Capitan Romano, temiendo que una vez rechazados los suyos podian ser desbaratados, opuso una esquadra de los Marsos, y mandó que se moviesen juntamente contra los enemigos todas las esquadras de la gente de caballo del nombre Latino. El primero et segundo encuentro de esta gente pudo resistir á los enemigos que animosamenta venian contra ellos. Despues tambien penetró adelante con sus enseñas con grande ánimo haciendo mucho estrago en los adversarios. No pudieron los Galos resistir mas adelante tanto esfuerzo, et asi tornaron las espaldas, et se pusieron todos en huida. Escribe Valerio Antias, que en aquella batalla murieron pasados de quarenta mil hombres, y fueron presas quinientas siete banderas, y quatrocientos y quarenta y dos carros, y muchas cadenas de oro. Entre las quales escribe que se halló una cadena de muy grande peso, et que Claudio la puso en el Capitolio, haciendo de ella un presente en el templo de Júpiter. En este dia fue preso y robado el real de los Galos. La ciudad de Como fue tambien tomada dentro de

pocos dias. Despues de esta victoria veinte y ocho castillos vinieron de su propia voluntad á ponerse en manos y á la merced del Consul Romano. Pero esto se halla dudoso entre los escritores, si el Consul llevó exército primero contra los Boyos, ó contra los Insubres: sí deshizo el daño recibido en la una batalla con la próspera y gloriosa victoria de la otra, ó disminuyó la victoria que habia ganado cerca de Como con el daño que recibio en los Boyos. Durante el tiempo que estas cosas fueron hechas con tan varia et diversa fortuna, el otro Consul, que era Lucio Furio Purpurio, pasando por la tribu Sappinia vino á los Boyos. Ya era llegado cerca del castillo que es llamado Mutilo, quando temiendo ser cerrado por dos partes, la una de parte de los Boyos, la otra de parte de los Ligures, le pareció mejor consejo tornarse, et asi tornó á llevar su exército por el mismo camino que le habia traido, hasta que con grande rodeo, por lugares abiertos et seguros, llegó á juntarse con su compañero. Despues que fueron juntados los exércitos, movieron lo primero todos juntos contra la tierra de los Boyos talando y destruyendo quánto hallaron, hasta que llegaron á la ciudad llamada Felsina. Esta ciudad con todos los otros castillos que estaban en torno de ella, et casi toda la tierra de los Boyos fué luego puesta en potestad del pueblo Romano, et sujetada á su imperio, salvo los mancebos que estaban en armas para correr la tierra, et agora desordenados andaban asparcidos por los montes. Esto hecho pasaron los Romanos su exército en la tierra de los Lygures. En este medio, los Boyos pensaron acometer á los Romanos de improviso en el camimo por donde iban descuidados, et no muy puestos en orden, creyendo lejos los enemigos. Con esta opinion los siguieron por pasos escondidos de los bosques por atajarles el camino; pero no habiéndolos alcanzado, pasaron con diligencia el rio Pado con naves hasta

que llegaron á talar la tierra de los Levos et Lebuos. De allí volviendo por los términos de los Ligures, cargados de lo que habian robado por los campos encontraron el exército de los Romanos; y con mayor celeridad y vehemencia se dió entre ellos la batalla, que si de antes con atencion hubieran pensado el tiempo y lugar oportuno para ella. En esta batalla se conoció claramente la grande fuerza que tiene la ira para encender los ánimos; porque fue tan grande la indignacion y odio, que los Romanos cobraron contra los Boyos, que pelearon contra ellos con mayor deseo de matarlos que vencerlos. Y asi fue que casi no dexaron hombre á vida, que llevase las nuevas de su desastre.

CAPITULO XIII.

De los sacrificios que se celebraron en Roma por la victoria de los Boyos, y del triunfo de los Cónsules Romanos, y de como el Rey Antiocho se movió y procuró de hacer rebelar las ciudades de Grecia.

Habida esta victoria, con la qual se confirmaba pacíficamente la posesion de la tierra de los Boyos, los Cónsules escribieron letras al Senado dándoles cuenta de las prósperas victorias que habian alcanzado, por cuya ocasion fue ordenado en Roma, que se hiciesen suplicaciones y sacrificios en la ciudad que durasen tres dias. Poco tiempo despues llegó á Roma el Consul Marcelo, al qual con grande aprobacion y consentimiento de los Padres fue permitido que entrase en Roma con triunfo. Triunfó, pues, Marcelo durante el tiempo de su magistrado de los Insubres, y de los Comenses. La esperanza del triunfo de los Boyos dexó para el otro Consul su compañero; porque á él le habia propiamente venido la batalla adversa entre aquella gente, y á su compañero próspera. Grandes fueron los

despejos de los enemigos, que llevaron en los carros que habian tomado. Tambien pasaron en este triunfo muchas banderas, et otras enseñas militares que habian tomado de los enemigos. Llevaron mas trecientas y veinte mil monedas de metal, y docientas et treinta et quatro mil monedas de plata apurada. Diéronse á cada uno de los soldados de pie ochenta monedas de metal, y á los caballeros y Centuriones tres doblado. En este mismo año el Rey Antiocho invernó en Epheso, y trabajó de reducir todas las ciudades de Grecia á la misma forma de imperio, que los tiempos pasados habian tenido; pues las demas, ó porque estaban situadas en lugares llanos y poco fuertes, ó porque se confiaban poco de sus muros, de sus armas y del esfuerzo de sus gentes, parécia-le que sin dificultad se someterian á su yugo. Las ciudades de Smirna y de Lampsaco usurpaban su libertad; y era cosa verisimil, que si se cediese á estas ciudades, otras ciudades de Jonia, y Eolia, y Helesponto imitarian el exemplo de Esmyrna et Lampsaco, como por corrupcion. Envió, pues, de Epheso, donde estaba, sus gentes para que pusiesen cerco sobre la ciudad de Smirna. Mandó tambien que la guarnicion de gente de guerra, que estaba puesta en Abidos, en un mismo tiempo partiese para poner el sitio sobre la ciudad de Lampsaco, dexando poca gente en la ciudad para guarda de ella. No solamente ponia espanto á estas ciudades con la fuerza, et poder que sobre ellas enviaba, sino tambien por sus embaxadores. Unas veces con dulces palabras, otras reprehendiendo su temeridad et pertinacia, dábales muy buena esperanza, que si una vez se diesen al Rey, en muy breve tiempo ellas alcanzarian de su clemencia todo lo que deseaban; mas quando ellos mismos, y tambien todos los demas entendiesen, que tenian libertad alcanzada por el Rey, y no arrebatada por su ocasion y atrevimiento. A estas palabras de los embaxadores del Rey, respondian, que no se debia maravillar, ni tenia ocasion de indignarse contra ellos

Antiocho, sino les parecia cosa justa ni honesta, dilatarse luengo tiempo la esperanza de su libertad. Mas en el comienzo del verano, él mismo partió de Epheso con sus naos, y se fue á Helesponto, y transportó la gente de guerra en Madeyto, ciudad de Chersoneso, et juntóla con el exército que llevaba en la armada por mar; y porque cerraron las puertas, cercó luego las murallas con hombres armados, y quando comenzaban el combate, dióse luego en sus manos la ciudad. Este mismo miedo vino luego sobre todas las otras ciudades que hay en Chersoneso, et por no venir en semejante peligro, tambien se le dieron. Despues se vino con todo su exército de mar y de tierra á la ciudad de Lysimachia. Y como la vió toda desierta y desamparada, y asi caída y aruynada, porque pocos años antes la habian tomado y destruydo los Thraces, tomóle gran deseo de restaurar y reedificar aquella noble ciudad, que estaba situada en lugar muy oportuno. De manera, que luego con mucho cuidado y diligencia comenzó á reedificar los edificios, y los muros de la ciudad. Allende de esto, hizo que por todas partes fuesen buscados y congregados dentro de su ciudad los Lysimachienses, parte de los quales eran esclavos, y los redimió por dineros, y parte de ellos, eran huydos, y andaban esparcidos por Helesponto y Chersoneso, que se aumentase la ciudad con nuevos pobladores proponiéndoles cierta esperanza de muchos provechos, porque queria que esta ciudad fuese muy poblada et frequentada. Y tambien por quitar el miedo de los Thraces, tomó consigo la mitad del exército que habia por tierra, y con él se fue á correr y talar los campos de las tierras comarcanas á los términos de Thracia, y la orra mitad del exército con todos los marineros dexó en la obra de la ciudad comenzada.

CAPITULO XIV.

Como el Senado envió á Lucio Cornelio para concertar al Rey Antiocho, y al Rey Ptolomeo, y de lo que sobre ello hicieron, y de como se partieron de él con mas encendidos ánimos que habian venido, y de la grande tormenta de mar que le sobrevino al Rey Antiocho donde perdió muchas naos.

En este mismo tiempo Lucio Cornelio fue enviado del Senado para concertar, las discordias que habia entre los Reyes Antiocho y Ptolomeo. Este Cornelio andando por su camino llegó á la ciudad de Selymbria, donde acordó de reposar un poco. A esta sazon vinieron tres de los diez embaxadores Romanos á la ciudad de Lysimachia, Publio Lentulo de Bargilias, y Publio Villio y Lucio Terencio de Thapso. Pocos dias despues llegaron á esta misma ciudad, Lucio Cornelio de Selymbria, y Antiocho de Thracia. En las primeras vistas y hablas con los embaxadores Romanos de entrambas partes no hubo otra cosa que ofrecimientos muy honestos, y palabras de amor, y despues los combidaba con mucha cortesia el Rey tratandolos benignamente. Pero quando comenzaron á tratar sobre los negocios, y del estado presente de Asia, indignaronse gravemente los ánimos de ambas las partes. Los Romanos no disimulaban, que al Senado desplacian mucho todas las cosas que él habia hecho, despues que de Syria era partido con su armada por mar: y juzgaban ser cosa muy justa et honesta, que se restituyesen al Rey Ptolomeo todas las ciudades tomadas, que habian sido de su jurisdiccion y señorio. Porque tocante á las otras ciudades que antes habia poseydo Filipo, y despues usando de la ocasion y oportunidad las habia tomado Antiocho, estando Filipo ocupado en la guerra contra los Romanos; por ninguna via

les parecia cosa tolerable, que habiendo los Romanos hecho la guerra por tantos años, y sostenido tan grandes peligros et trabajos, asi por mar como por tierra, á la fin el premio de la guerra fuese poseido et gozado de Antiocho á quien no pertenecia. Y aunque fuese verdad, que los Romanos podian disimular honestamente su venida en Asia, como cosa que á ellos no tocaba; pero que al presente él sea entrado dentro de los limites de Europa con exércitos por mar y por tierra, ¿con qué cara podian los Romanos disimularlo? ¿ó, quánta diferencia habia de esto á guerra manifiesta y publicada contra ellos? Bien es verdad que el Rey, aunque pasase en Italia, negaria que hacia guerra abierta contra los Romanos. A esto respondió el Rey á los embaxadores: Que mucho tiempo antes él habia considerado, que los Romanos tomaban á su cargo de inquirir lo que debia hacer el Rey Antiocho; pero que ellos en este medio no consideraban, hasta que términos por buen derecho debian llegar, asi por mar como por tierra. Que toda la provincia de Asia en ninguna parte tocaba al pueblo Romano, y que por la misma razon no tocaba mas á ellos inquirir ó preguntar lo que hacia el Rey Antiocho en Asia, que perteneceria á Antiocho preguntar lo que hacia el pueblo Romano en Italia. Pues tocante á lo que pertenecia al Rey Ptolomeo, en cuyo nombre se quejaban haberle sido quitadas algunas ciudades; que él tenia muy buena amistad con el Rey Ptolomeo, et que allende de la amistad él trabajaba entonces de juntar con él un estrecho parentesco. Tampoco él habia cogido ningunos despojos de la adversa fortuna de Filipo, ni tampoco habia pasado en Europa contra los Romanos, sino para recobrar las ciudades y lugares del Chersoneso, que habia sido de Lisymaco. Y si es verdad que vencido Lysimaco, todo lo que á él pertecia á ley de buena guerra era de Seleuco, por la misma causa él juzgaba pertenecer á su imperio et señorio. Que en los tiempos pasados estando sus mayores ocupados en otros ne-

gocios con cuidado de proveer á otras cosas que á su estado tocaban, vino primero el Rey Ptolomeo, et despues el Rey Filipo, y tomaron ciertos lugares de su señorio, et usurpando la posesion de ellos, hicieron suyo lo que era ageno; asi como habian tambien usurpado otros lugares de las partes comarcanas de Thracia, que sin duda ninguna habian sido de Lysimacho; mas que al presente él era venido á restituir á la jurisdiccion antigua las cosas que de buen derecho le pertenecian, et no á usurpar las agenas. Que de esto daba entero testimonio la ciudad de Lysimachia que habiendo sido destruida por la injuria y fuerza de los Thraces, él tornaba de nuevo á rehacerla et edificarla, para que Seleuco su hijo la poseyese como cabeza del reyno. En estas altercaciones, asi de una parte como de otra, se pasaron algunos dias, en fin de los quales se divulgó un rumor incierto sin saber donde procedia, como el Rey Ptolomeo de Egypto era muerto; por cuya ocasion no se pudo dar conclusion en ninguna cosa de las que antes habian tratado, porque ambas las partes disimulaban haber oido cosa ninguna de esta muerte. Y Lucio Cornelio, á quien era cometida la embaxada para entrambos los Reyes Antiocho et Ptolomeo, demandó que le fuese concedido un poco de tiempo para poder hablar en este medio al Rey Ptolomeo, y declararle tambien la embaxada que le traia de parte del Senado y pueblo Romano. Procuraba este embaxador de llegar á Egypto antes que se moviese en aquel reyno alguna cosa en la eleccion del nuevo Rey, si era verdad lo que habian oido de la muerte de Ptolomeo. Y por otra parte Antiocho pensaba que si tal ocasion se ofreciese, seria suyo el Reyno de Egypto. Despedidos, pues, por esta causa los Romanos, et dexando á su hijo Seleuco con el exército de tierra para restaurar á la ciudad de Lysimachia, como lo habia comenzado, él con toda la armada por mar navegó en Epheso. De allí envió sus embaxadores á Quincio, para que negociasen con él de firmar amistad y confedera-

cion con el pueblo Romano. Despues él con su flota costeando la tierra de Asia, llegó á Lycia. Y habiendo en Patara entendido, como vivia el Rey Ptolomeo, acordó de dexar el camino, et mudar el consejo que habia tomado de ir á Egypto. Pero con todo esto tomando camino de Chypre, despues de haber pasado el promontorio Chelidonio fue forzado á detenerse en Pamphylia cerca del rio Eurimedonte, por causa de la sedicion que se levantó entre los marineros. De allí se partió á las cabezas que llaman del rio Saro, y en este camino se levantó una tempestad tan grande, que casi anegó al Rey con toda su flota. Muchas naos fueron destrozadas y perdidas, muchas se anegaron de tal suerte, que ninguno pudo salir á nado en tierra, ni escaparse personas de ellas. Grande multitud de hombres pereció en esta tormenta, no solamente de los marineros, y de los soldados que no eran conocidos, sino tambien de personas de mucho valor, y señalados amigos del Rey Antiocho. Despues que fueron cogidas las reliquias que habian quedado de este naufragio, como vió el Rey que la flota no estaba en tal estado que pudiese pasar á Chypre, determinó de tornarse á Seleucia con mucho menos número de naos, et mas pequeña compañia de gentes que habia traido. Llegado en Seleucia, mandó que se sacasen las naos en tierra, para que fuesen aderezadas, porque ya comenzaba el invierno, y él se fue á pasar el invierno en Antiochia. En este estado estaban las cosas de los Reyes.

CAPITULO XV.

De los tres varones que se eligieron en Roma, et de la contienda que se levantó entre los Tesoreros, y los Sacerdotes, y de como se eligieron nuevos Cónsules y Prétores, et fueron repartidas las provincias, y asignados nuevos exércitos.

En Roma fueron este año elegidos tres varones que llamaban Epulones Cayo Licino Lucullo, Publio Manlio, el qual fue el primero autor de esta ley, y Porcio Lecca. A estos tres varones fue concedido por ley, que tuviesen facultad de vestirse la ropa, que llamaban Pretexta, como la tenia el Pontífice. Pero en este año se levantó grande alteracion et contienda entre los Qüestores, ó Tesoreros de la ciudad, Quinto Fabio Labeon, y Lucio Aurelio, contra todos los Sacerdotes. Habia necesidad de dineros, porque habian resuelto pagar á los particulares la ultima pension de dineros que habian contribuido para la guerra, y los Qüestores demandaban á los Augures y Pontífices que pagasen el sueldo que les tocaba, pues que ellos solos no habian contribuydo ninguna cosa para hacer la guerra. Los Sacerdotes en vano apelaron de este negocio á los Tribunos, y se le cobró el tributo de todos los años que no habian pagado. Este año murieron dos Pontifices, et fueron elegidos otros dos en su lugar. Marco Marcello Consul fue elegido en lugar de Tito Sempronio Tuditano, el qual siendo Pretor en España era muerto; y Lucio Valerio en lugar de Marco Cornelio Cethego. Tambien murió Quinto Fabio Maxîmo Augur, siendo mancebo de muy poca edad, antes que llegase á la administracion de ningun magistrado. Y en este año no se eligió ningun Augur que succediese en su lugar. Despues se celebraron las juntas y congregaciones consulares por Marco Mar-

celo, Consul. Fueron elegidos nuevos Cónsules Lucio Valerio Flaco, y Marco Porcio Caton. Eligiéronse tambien Prétores Cayo Fabricio Luscino, Cayo Atinio Labeon, Cayo Manlio Vulso, Apio Claudio Neron, Publio Manlio y Publio Porcio Lecca. Ediles Curules fueron Marco Fulvio Nobilior y Cayo Flaminio, y distribuyeron en el pueblo un millon de moyos de trigo, á dos ases por moyo. Este trigo traxeron los Sicilianos á Roma por honrar con esta liberalidad á Cayo Flaminio y á su padre. Flaminio comunicó su honra con su compañero. Los juegos Romanos fueron aparejados con grande magnificencia, et fueron tres veces todos renovados. Los Ediles del pueblo Ceneo Domicio Aenobarbo et Cayo Scribonio, Curion Máxîmo, acusaron á muchos mercaderes de ganados, y los traxeron al juicio del pueblo, tres de los quales fueron condenados. De los dineros que estos pagaron por la pena que les fue puesta, se edificó un templo en la Isla de Fauno. Los juegos del pueblo se renovaron por dos dias, y por amor de estas solemnidades se celebró un convite magnífico. Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio en el dia que comenzaron el gobierno de su magistrado, propusieron en el Senado, que les parecia honesto et necesario que se repartiesen las provincias. Los Padres visto que en España se encendia tan grande guerra, que era necesario se proveyese de Capitan y exército que fuese consular; dixeron que les placia que los Cónsules repartiesen entre sí, ó sacasen por suertes las provincias de España citerior y de Italia. Y al que tocase la provincia de España, que llevase consigo dos legiones, et cinco mil compañeros del nombre Latino, y quinientos caballeros, y allende de estos veinte naves luengas; y que el otro Consul escribiese dos legiones, con las quales juzgaban ser harto bien acompañado et fuerte para conservar la provincia de Galia, mayormente habiendo sido el año pasado debilitados et quebrantador los ánimos de los Insubres et de los Boyos. A Caton

le vino por suerte España, et á Valerio Italia. Esto hecho, repartieron tambien los Prétores sus provincias. A Cayo Fabricio Luscino vino la gobernacion de la ciudad, y á Cayo Atinio Labeon la de fuera. A Cayo Manlio Vulso le cupo la provincia de Sicilia, et á Cayo Claudio Neron la de la España ulterior. Publio Porcio Lecca tuvo á Pisa, para que guardase á las espaldas de los Ligures. Publio Manlio fue dado al Consul, para que le ayudase en su provincia de la España citerior. A Tito Quincio fue prolongado por un año su imperio, porque no solamente el Rey Antiocho, y los Etolos eran sospechosos, y al parecer poco fieles; pero aun tambien Nabis, tirano de los Lacedemonios, queria entreprender novedades. Fueron tambien atribuidas dos legiones á Quincio, para el cumplimiento de las quales si faltase alguna cosa, fue ordenado, que los Cónsules lo supliesen, y lo enviasen á Macedonia. Permitieron mas allende de la legion que tenia Apio Claudio, la qual habia antes tenido Quinto Fabio, que alistase dos mil hombres de á pie, y docientos caballeros nuevos. Igual número de hombres de á pie, et de caballeros nuevos, fue ordenado que se enviase á Publio Manlio en España citerior, y tambien le fue dada la misma legion, que habia sido del Pretor Minucio. A Publio Porcio Lecca, que estaba en Hetruria cerca de Pisa, atribuyeron dos mil hombres de á pie, y quinientos caballeros del exército Galico. En Cerdeña fue prolongado el imperio á Sempronio Longo. Repartidas, pues, las provincias de la manera que dicho es, los Cónsules antes que se partiesen de la ciudad de Roma, por mandamiento de los Pontífices celebraron la fiesta que llaman del verano sagrado. La qual solemnidad el Pretor Cayo Cornelio Mamula por autoridad del Senado, y por mandamiento del pueblo la habia prometido, siendo Cónsules Cenco Servilio, y Cayo Flaminio, y fue celebrada esta fiesta vein-

te y un años despues que fue prometida. En estos dias Cayo Claudio, hijo de Apio Claudio Pulchro, fue elegido y confirmado Augur en lugar de Quinto Fabio Máxîmo, que el año pasado era muerto.

CAPITULO XVI.

De la victoria que hubo Quinto Minucio en España, et de como los diez embaxadores contaron en Roma el aparato grande con que pasaba en Europa el Rey Antiocho, y de los Etolos y Lacedemonios que no eran firmes en la amistad de los Romanos.

Maravillábanse mucho en este tiempo las gentes vulgares, que no se hacia caso de la guerra que se levantaba en España, quando vinieron letras de España de Quinto Minucio, por las quales hacia saber como acerca de la ciudad llamada Turba, halló á Budar y á Besasides, Capitanes Españoles, con gente de guerra, y como les habia dado la batalla, y sido en ella vencedor, en la qual habia muerto doce mil de los enemigos, et preso al Capitan Budar, y puestos en huida todos los otros. Leidas estas letras en el Senado y publicadas en el pueblo, ya tenian todos menos temor de la guerra contra los Españoles, de cuyos feroces ánimos habian estado con grande temor los Romanos, que redundaria alguna guerra sangrienta. Y asi despues que los diez embaxadores tornaron á Roma, y declararon el estado en que estaban los negocios de Asia, todos sus pensamientos se convirtieron al Rey Antiocho. Estos diez embaxadores despues que hubieron contado en el Senado todas las cosas que habian hecho con el Rey Filipo, y las condiciones con que se le habia dado la paz, declararon como les restaba otra guerra contra el Rey Antiocho no menos grave y peligrosa, que lo

habia sido la otra contra Filipo. Decian como ya era pasado en Europa con una armada de naos grandísima, et con un exército de gente de guerra por tierra muy bien en orden, proveido de todas cosas necesarias; et que si no le retraxera la esperanza vana nacida de rumor aun mas vano, que en su ánimo habia concebido de conquistar el reyno de Egypto, por cuya causa se habia detenido algun tiempo en el camino, ya estuviera de toda la Grecia encendida con una guerra. Allende de esto, declaraban como los Etolos no estarian firmes en la amistad del pueblo Romano, y que sin ninguna duda no estarian quedos, sino que moverian alguna cosa contra ellos, asi porque de su natural es gente inquieta et poco reposada, como por estar enojada contra los Romanos. Sobre todo afirmaban que estaba arraigado en las entrañas de Grecia otro mal no menos importante que estos, que solo bastaba para poner en alteracion, y contienda todo el imperio de los Griegos, porque Nabis que á la sazon era tirano de los Lacedemonios, tenia en pensamiento, si pudiese, de hacerse tirano de toda Grecia, el quàl en avaricia y crueldad igualaba á todos los otros tiranos, que de luenga y antigua fama eran celebrados. Y que si este alcanzáse una vez la posesion de la isla de Argos, puesta sobre Peloponeso como fortaleza, y tornados á Italia los exércitos Romanos, verian que toda la provincia de Grecia en vano habia sido librada de Filipo, sino que en lugar de un Rey, que siquiera estaba muy lejos de ellos, dende en adelante Grecia seria sujeta á un tirano vecino. Siendo estas cosas dichas y confirmadas por autoridad de graves varones, y que afirmaban ser ciertas, y ser ellos, como testigos de vista del caso, parecioles mas importante el negocio de Antiocho, pero que la consultacion de lo que se debia de hacer contra el tirano se debia de apresurar con toda la celeridad et presteza que fuese posible, como quiera que el Rey por qualquiera causa

que fuese se habia retraido á Syria. Despues que hubieron disputado luengo tiempo si habia causa suficiente para que el Senado deliberase, ó si darian el cargo á Tito Quincio de lo que tocaba al tirano de los Lacedemonios: parecioles que bastaba por entonces remitir todo este caso al juicio y voluntad del Capitan, para que él hiciese lo que juzase ser mas perteneciente al pueblo Romano. Porque aquel negocio, aunque era de algun momento, no era de tanta calidad que en dilatarse, ó en acelerarse consistiese la suma dignidad del imperio Romano; y juzgaban ser cosa digna de mayor consideracion pensar con atencion lo que podrian hacer Anibal et los Cartagineses, si acaso se levantase alguna guerra contra el Rey Antiocho.

CAPITULO XVII.

De las acusaciones que se escribian de Cartago conta Anibal, á las quales dió crédito el Senado contra la opinion de Scipion, y de los notables hechos que hizo Anibal en la gobernacion de Cartago.

Desde la ciudad de Cartago algunas personas señaladas y enemigas de la parcialidad de Anibal, siempre escribian letras á Roma á muchos Príncipes de su conocimiento, avisándoles como Anibal no reposaba, et que ordinariamente solia enviar embaxadores et letras al Rey Antiocho, con el qual tenia encubiertas pláticas, et el mismo Rey habia tambien enviado á Anibal sus secretos embaxadores; y que asi como algunas fieras bestias, que por causa de su ferocidad natural jamas pueden ser mitigadas ni amansadas, de la misma manera era implacable y feroz el ánimo de Anibal, que jamas podia estar quedo ni reposado. Que no cesaba de quejarse que su ciudad se entorpècia por falta de exercicios militares, que se debilitaba la virtud de los hom-

bres, et que se hacian negligentes et perezosos, et que no podian ser despertados sino con el sonido et alboroto de las armas. La memoria de la postrera guerra pasada, que constaba haber sido tanto movida como proseguida por el juicio, y vehemente ímpetu de solo Anibal, hacia que pareciesen estas cosas creibles, y fuesen tenidas por verdaderas. Habia tambien encendido con un nuevo hecho los ánimos de muchos hombres poderosos entre los Cartagineses. En este tiempo dominaba en la ciudad de Cartago la orden y dignidad de los jueces, tanto con mayor autoridad, quanto era mas durable su imperio, pues se habian ordenado tales jueces que fuesen perpetuos. Las haciendas, la fama et la vidad de todos estaba puesta en las manos y juicio de estos gobernadores. El que á uno de estos tenia por enemigo, á todos juntos tambien los tenia por adversarios. Tampoco faltaban acusadores que dixesen testimonio contra quien quiera que fuese de los jueces aborrecido. En el reyno, pues, tan soberbio de estos jueces, que no usaban moderadamente de las grandes riquezas que poseian, como fuese elegido Pretor, Anibal, mandó luego llamar al Qüestor, ó Tesorero del tesoro público. Este menospreciando la autoridad de Anibal, no quiso venir á su llamamiento, porque era de la parcialidad contraria, et tambien porque del oficio de tesorero venian á ser elegidos jueces, que era, como decimos, el supremo magistrado, et con la esperanza de las grandes riquezas, que en breve esperaba conseguir, crecíale desde entonces la soberbia de supremo juez, et no queria obedecer al mandamiénto. Pero no pudiendo sufrir esta injuria Anibal, envió luego los ministros públicos del pueblo para que le prendiesen et le echasen en prision. Despues sacándole al ayuntamiento del pueblo, acusóle gravemente Anibal, et no menos á los mismos jueces, cuya demasiada soberbia et riqnezas eran tan desordenadas, que por cau-

sa de ellas menospreciaban las mismas leyes, et no hacian caso del magistrado. Luego consideró Anibal, que eran muy gratas en los oidos de todos estas palabras, et que con callados pensamientos et ánimos favorecia todo el pueblo á esta acusacion que era justa y verdadera, y que los que eran en la república de mas baxa condicion, eran por extremo agraviados con la soberbia de estos jueces, y no podian sufrir su tirania: á esta causa luego estableció et confirmó una ley que dende en adelante no fuesen los jueces perpetuos, sino que cada año se eligiesen nuevos, y que ninguno fuese osado de usurpar este magistrado dos años continuos. Pero es verdad, que quanto fue grande la gracia que alcanzó por causa de esta ley para con todo el pueblo, tanto ofendió los ánimos de la mayor parte de los principales. Hizo tambien otro hecho, del qual redundó grande provecho para toda la república, et no menores enemistades contra su propia persona. Las rentas públicas se consumian y destruian sin provecho ninguno, parte por la negligencia, y parte por los robos, et rapiñas de muchos Príncipes y Magistrados, que como si fueran bienes particulares los aplicaban á sí mismos. De esta suerte, no solamente faltaban los dineros que eran necesarios para las cosas, que se ofrecian en la república, pero aun quando venia el tiempo, en que habian de pagar á los Romanos el tributo que les debian, no se hallaba en el fisco público para cumplirlo, et era necesario sacar este grave tributo de las costillas de los hombres particulares. Pero Anibal quiso poner en tan grave daño remedio. Y asi lo primero que hizo, fue considerar quanto montaban las rentas públicas, que se cogian cada año, asi por mar como por tierra. Despues haciendo la cuenta de las cosas y oficios, en qué se gastaban, et tambien quanto era lo que se consumia et los ordinarios usos de la república, et quanto era lo que disminuia el robo de los que la trataban, pronunció

en la congregacion de todo el pueblo, que con los dineros que restaban, y sin demandar nada de los particulares, la república era harto rica para pagar sin molestia de ninguno todo el tributo que se debia á los Romanos. Y no solamente lo pronunció de palabras, pero aun lo mostró por las obras. Entonces aquellos que habian sido sustentados muchos años con el robo de las rentas públicas, asi como si les hubieran quitado sus propios bienes, y no sacado de sus manos por fuerza el robo público, concibieron grave odio contra Anibal, y procuraban de provocar la indignacion de los Romanos contra él; et buscando causas de odio los instigaban á que le tuviesen por nuevo enemigo. El Senado daba crédito á estas acusaciones. Pero Scipion Africano juzgaba no ser cosa conveniente á su dignidad dar crédito á las acusaciones que se escribian contra Anibal procedidas de odio particular, sin otra causa suficiente, y tambien tenia por cosa indigna de la magestad del pueblo Romano, que se interpusiese la autoridad pública de la ciudad de Roma, á los odios y parcialidades de hombres particulares de Cartago, y que no se contentase haber vencido en guerra pública á Anibal á ley de nobles caballeros, sin intentar contra él ninguna calumnia, sino como acusadores hiciesen fábula de su nombre. Pero á la fin venció la opinion del mayor número, aunque fue menos prudente. Y asi fue ordenado que se enviasen embaxadores á Cartago, que acusasen en el Senado de los Cartagineses á Anibal, diciendo, que tenia tramas secretas con el Rey Antiocho, et que le incitaba con su consejo, et ayuda á que hiciese la guerra. Fueron enviados tres embaxadores con esta embaxada, Cayo Servilio, Marco Claudio Marcelo, y Quinto Terencio Culleo.

CAPITULO XVIII.

De los embaxadores que enviaron los Romanos á Cartago contra Anibal, et de como él lo sintió, et se fue huyendo de Cartago derecho al Rey Antiocho, al qual halló en Epheso, et fue bien recibido.

Estos embaxadores luego que llegaron á Cartago, avisados por el consejo de los enemigos de Anibal, á los que preguntaban la causa de su venida, respondian, que eran venidos á despartir y concertar las diferencias que habia entre Massinissa, Rey de los Numidas y los Cartagineses. Esta fama se divulgó por la tierra, y era creida de los hombres vulgares. Pero Anibal no ignoraba, que contra él solo se dirigia esta embaxada de parte de los Romanos, y que de tal suerte ellos habian concedido la paz á los Cartagineses, que siempre les quedaba una guerra irreconciliable contra su persona, que jamas podia ser aplacada. A esta causa, como Capitan sagaz y animoso, determinó de dar vado al tiempo y á la fortuna. Y habiendo aparejado todas las cosas que eran necesarias para su partida, conversando aquel dia mas de lo acostumbrado en público por evitar la sospecha, luego que vino la obscuridad de la noche disfrazado se salió fuera de la puerta de la ciudad acompañado solamente de dos compañeros, que ignoraban enteramente lo que él habia determinado. En el lugar que habia ordenado halló los caballos prestos; y toda aquella noche caminó con grande presteza, pasando por una region del campo Vocano, hasta que el dia siguiente de mañana pasó entre Achola y Tapso, y llegó á una torre que era suya. Allí estaba una nao presta de muchos remos, esperándole, en la qual se entró luego, et se partió de aquel lugar. De esta manera salió Anibal de

Africa, el que muchas veces se habia dolido mas de los tristes casos de su patria, que de su adversa fortuna. Aquel dia navegó con tanta presteza, que llegó á la isla de Cercina. En el puerto de esta isla hallaron los marineros Africanos, que venian con Anibal algunas naos grandes cargadas de mercaderias que iban á Cartago. Y como al tiempo que Anibal salia de la barca, se hiciese grande concurso de gente para saludarle y decir que fuese bien venido, mandó que á los que preguntasen á donde iba, respondiesen los suyos, que iba por embaxador enviado á Tyro. Pero teniendo temor que alguna de aquellas naves se partiese de noche, et dixese en Tapso, ó en Achola, como le habian visto en Cercina, mandó que aparejasen las cosas necesarias para sacrificar, y convidó á los maestros de las naos, et á los mercaderes á su sacrificio, et pidió que se quitasen las velas et los mástiles de las naos, para que le hiciesen sombra, debaxo de las quales cenasen á las orillas del mar, porque era el medio del estío, y hacia calor muy grande. Quanto el tiempo et la oportunidad lo permitia, celebróse el sacrificio, y aparejaron la cena, que duró hasta la mayor parte de la noche con mucha abundancia de vino. Anibal estaba atento á las ocasiones, y luego que se pudo escapar sin ser visto de los que estaban en el puerto, se entró en su nao, y se puso en camino. Los otros se quedaron allí dormidos et llenos de vino, hasta que el dia siguiente se levantaron tarde trasportados de lo mucho que habian bebido, et gastaron algunas horas en aparejar sus armas, y en poner dentro de las naos las cosas que les eran necesarias. Pero en este medio en la ciudad de Cartago la multitud de gente que era acostumbrada á freqüentar la casa de Anibal, se juntó delante de su puerta, y luego divulgando por el pueblo como Anibal no parecia, se congregó en la plaza de la ciudad grande número de hombres, que andaban á buscar al Príncipe

de su ciudad. Ninguno sabia decir cosa cierta de lo que de él era hecho. Unos adivinaban, que se habia huido, lo qual era verdad, otros decian que habia sido muerto por fraude de los embaxadores Romanos, y la mayor parte de la gente era de esta opinion. Allí mostraban los hombres varios semblantes, segun la diversidad de los ánimos, como se suele hacer en ciudad, donde hay muchos bandos, y unos favorecen á una parcialidad, y otros á otra. A la fin vinieron ciertos hombres, que dixeron como le habian visto en Cercina. Mas los embaxadores Romanos declararon en el Senado de Cartago, como los Padres Romanos eran advertidos, que antes el Rey Filipo de Macedonia se habia movido, principalmente por instinto de Anibal á hacer la guerra contra el pueblo Romano, y que al presente sabian que enviaba letras et embaxadores al Rey Antiocho, para moverle á que hiciese lo mismo que hizo Filipo. Demanera que este hombre no reposaria, hasta que hubiese encendido una cruel guerra por todas las partidas del mundo. Por tanto que ellos no debian permitir, que semejantes cosas se hiciesen en su tierra, sin que fuesen castigados como lo merecian los autores de ellas, si querian satisfacer los Cartagineses al pueblo Romano, de que ninguna de aquellas cosas se habia hecho con su voluntad ni por consejo público. Los Cartagineses respondieron, que ellos harian todo lo que los Romanos juzgasen ser justo. Mas tornando á Anibal, que iba su camino, llegó prosperamente á Tyro. Allí fue recibido de los fundadores de Cartago, con tanto honor y magnificencia, como persona tan ilustre hallándose en otra su patria merece ser tratada. Despues que allí hubo reposado algunos dias pasó en Antiochia. Luego que oyó que el Rey era de allí partido, determinó de hablar con su hijo Seleuco, que á la hora no estaba en aquel lugar ocupado en celebrar las solemnidades de ciertos juegos en Daphne. Fue de Seleuco muy

bien recibido, y despues de haberse despedido de él, sin detenimiento ninguno se entró en el mar, y no cesó de navegar, hasta que llegó á Epheso. Allí halló al Rey Antiocho, que estaba con el ánimo perplexo et dudoso sin saber lo que debia de hacer tocante á la guerra contra los Romanos. Pero no poco aprovechó para confirmar su ánimo la venida de Anibal, la qual fue al Rey muy grata. En este mismo tiempo los ánimos de los Etolos se apartaron de la alianza y amistad de los Romanos; porque habiendo enviado sus embaxadores á Roma á demandar las ciudades de Pharsalo et de Leucade pertenecientes á ellos por la confederacion primera, los Romanos los remitieron á Quincio.



INDICE

DEL LIBRO SEPTIMO DE LA TERCERA Decada de Tito Livio.

LIBRO SEPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

LIBRO DECIMO.

INDICE

DE LA QUARTA DECADA DE TITO LIVIO que trata de la guerra Macedonica.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

